

HUELLAS DE GIGANTES ***En la Patagonia Mágica***

Victoriano Raigada



HUELLAS DE GIGANTES

En la Patagonia Mágica

Novela

VICTORIANO RAIGADA

**A Teodora, mi esposa, receptora
incansable de todos mis sueños y
esperanzas.**

HUELLAS DE GIGANTES

En la Patagonia Mágica

datos de Edición

PROSCENIO

Las dos ciudades hermanas desperezan sus cuerpos a orillas del río Negro: Carmen de Patagones sobre el lado Norte; Viedma en el Sur; y entre una y otra, los rizos del agua engañosamente oscuros se deslizan placenteros hacia la inmensidad atlántica.

Esto ocurría el 16 de febrero de 1986, cuando un sol mañanero llenaba de luces las hojas de los sauces y una brisa leve mecía el césped crecido junto al murallón. Enfrente, el caserío trepaba la barranca buscando el cerro, y las torres de la iglesia dibujaban sus nítidos perfiles contra un cielo azul con nubes pequeñas aún sonrosadas del amanecer.

Todo parecía igual a otras mañanas. Sin embargo, pocas horas después la Historia hace uno de sus guiños malabarescos, y las dos hermanas serán poseídas por los teletipos (campanas repiqueteando en los oídos del planeta), para transmitir la noticia. El gobierno de la Nación presidido por el doctor Raúl Alfonsín dirá al mundo que el complejo Viedma-Carmen de Patagones será a corto plazo el nuevo Distrito Federal, desplazando así a Buenos Aires de su liderazgo capitalino. En buena hora: la Patagonia Argentina, demorada siempre en sus legítimas aspiraciones de grandeza, se convertía de repente en la *Cenicienta* que, fea por un maleficio de leyendas políticamente nefastas, arroja sus harapos para transformarse en una belleza capaz de atraer la mirada de todos los países ávidos de milagros nuevos, de esperanzas originales, de vírgenes en estado de gracia...

¿Quiénes eran ellas para saltar de golpe al primer plano de un filme hecho con secuencias de universalidad? No exijamos explicaciones al revoltijo de la historia. ¿Cómo prever el futuro, trazar las coordenadas del porvenir, recubrimos con el gorro de los nigromantes* y, en las cenizas del pasado, ver el nudaje de los acontecimientos que han de indicarnos el camino a recorrer? Bástenos el saber que nuestras naturalezas están conformadas por la misma célula que nos ata al secreto de lo que fue y de lo que será. Y está bien que así sea. ¿Por qué privarnos de crear en esas trapisondas* que por largo tiempo hizo de la Patagonia la muchachita de la fábula? ¿Quién nos quitará el derecho de convertirnos en el *Segismundo* de Calderón? También los sueños guardan en sus entrañas la semilla que germinará en imposibles realidades...

Yo agradezco la oportunidad que tales bambollas me otorgaron, pues gracias a ellas he podido levantar el retablo que os mostrará uno de los dramas menos conocidos de la Conquista.

.....oOo.....

Dos meses transcurrieron tras la impactante noticia. Una noche, al regresar a casa, encontré sobre la mesa escritorio una encomienda y una carta. Los sellos con la efigie

* Nigromantes: (m. y f.) Persona que ejerce la nigromancia o adivinación mediante la invocación a los muertos.

* Trapisondas: f. coloq. Embrollo, enredo, confusión).

del Rey Juan Carlos decíanme de su procedencia española. Leí el nombre del remitente: “Cecilia Guzmán de Villegas”; de mi prima Ceci. Me asaltó el recuerdo de su cuerpo menudo, movedizo; su clásica figura con los puños sobre las caderas y los músculos de la cara trabajando a destajo en el intento de enfatizar el habla... Ya abierta la carta, recorrí con gusto los renglones de una escritura deliciosamente femenina. Decían:

“Querido primo:

“Resulta imperdonable que no solo nos separe el océano, sino también la tardanza en escribirnos. Resulta injusto, repito, que deba echarse a volar el anuncio del traslado de la Capital argentina a donde tú vives, para que dé unos empujones a mi pereza. Como descargo, digo que el tiempo no sobra tras la muerte de Juan, el haber tomado a mi cargo la administración de las tierras y la crianza de los pequeños”.

Después de algunas consideraciones sobre temas familiares, entra mi prima de lleno en el asunto de la encomienda, y en los motivos de su despacho.

“... Pues verás: cuando la radio y la televisión empezaron a machacar con lo del traslado, una palabra quedó dando vueltas en mi cabeza como un moscardón: VIEDMA. No se trataba, no, de que era el nombre de la ciudad donde tú resides, sino algo más viejo, de mucho tiempo atrás, envuelto en recuerdos nebulosos que se escabullían cuando estaba segura de tenerlo cogido por los cabellos. ¡Hijo! ¡Durante casi una semana estuve a la caza! Hasta que una noche, hallándome en la cama a oscuras sin poder dormir, el 'moscardón' saltó de mi sesera y se puso a hacer cabriolas* ante mis ojos...

¡El arcón! ¡La dichosa palabra estaba encerrada en el arcón del abuelo! Te acuerdas del mueble, ¿verdad? Está en el desván; una antigualla muy hermosa que, por ser de vieja data en la familia, nunca pensaron en venderla. No pude esperar la mañana. Me puse un chal sobre los hombros y subí al sobrado. Levanté la pesada tapa del arca. Sí, allí estaba con los dos gruesos legajos, amarrados por la vejez, de páginas quebradizas y oliendo a años y más años de quietud y abandono. Temerosa de dañarlos, con sumo cuidado fui dándole vuelta a las páginas hasta que la encontré: 'Francisco José de Viedma'. ¡Esa era! Por qué estaba allí, no lo sé; nunca nos pusimos a deletrear el texto de tan voluminoso manuscrito, librado por casualidad de ser convertido por nosotros en pajaritas o barquichuelos. Los cargué en brazos y volví a la cama dispuesta a comenzar la lectura que, al fin, resultó imposible, pues me cansé pronto de leer y releer un texto con filigranas inútiles, lleno de abreviaturas y un lenguaje nada familiar para

* Cabriolas: f. Salto que da el caballo, soltando un par de coces mientras se mantiene en el aire.

la época en que vivimos. Y me dije: ‘He aquí algo especial para mi primo. Que él se muera de gusto descifrando todo esto: un laberinto cansador colocado en la periferia de la Historia’. Cada uno a lo suyo: tú a enhebrar palabras y yo a desesperarme porque no llueve o porque llueve demasiado. Pero algo he de exigirte a cambio del envío: cuando hayas puesto en limpio el jeroglífico, me envías una copia para así poder, sin trabajo, enterarme de lo escrito por nuestro antepasado; que lo es, no te queda duda. Fíjate en la letra y verás cuánto se parece a la tuya...”

Terminaba la carta con afectuosos saludos para mi esposa y mis hijos.

Con cuidado corté los hilos y desenvolví la encomienda. Dentro de una caja de fuerte cartón y protegidos con papel de seda, estaban los dos manuscritos. Me asaltó de pronto una emoción difícil de explicar. ¿Obedecía tal sentimiento el hecho de ver en él un retazo de mi niñez? ¿O era algo que venía de más atrás a horcajadas en la curva retrospectiva del tiempo? Sea lo que fuere, al tomar en mis manos uno de los rimeros*, dejé a un lado la búsqueda de respuestas para concentrarme en lo que hacía. El papel, oscurecido por la acción de los años, estaba a punto de desintegrarse, y la tinta desvaía en medio de manchones producidos por la humedad, formaba lagunas, dificultando así la lógica continuidad del texto y haciendo de la lectura un azaroso rompecabezas. Por suerte, el papel había sido fabricado con la vieja técnica del hilo y era por ello que las cuartillas*, escritas de ambas caras, resistían la marcha destructora de los siglos. Puse el legajo nuevamente en su estuche dispuesto a tomar el asunto con la calma del arqueólogo enfrentado a una reliquia que se le deshace entre los dedos.

Pasé muchas semanas con la lupa y el bolígrafo, la máquina de escribir y cinta engomada; transcribiendo, interpretando; con el estoicismo que requiere labor tan engorrosa. Mas poco a poco, y a medida que avanzaba a los trompicones* entre los hierbajos y pedruscos de un decir arcaico y una caligrafía plagada de adornos inútiles, fui entusiasmandome con el relato de las aventuras protagonizadas por el autor en la Patagonia del siglo XVIII, y a enorgullecerme un poquito ante la idea de que tal personaje era, quizás, un eslabón en la cadena de mi genealogía. Confieso, sin embargo, que al adentrarme cada vez más en los sucesos, íbase perfilando la desconfianza: ¿todo ello había sido experimentado de verdad por mi lejano pariente o 'viajó' a la Patagonia sin moverse de su cómoda poltrona y al solo impulso de una imaginación superdotada? Pero no: con el correr de las semanas y tras pacientes investigaciones, me fue dado el comprobar que si bien la fábula hizo su juego, la realidad también estaba presente en hechos de indudable autenticidad.

* Rimeros:(m.) Montón de cosas puestas unas sobre otras.

* Cuartilla: (f.) Hoja de papel para escribir cuyo tamaño es el de la cuarta parte de un pliego.

* Trompicon: (m.) Tropezón o paso tambaleante de una persona.

Ocurría que en la urdimbre de las distintas situaciones dramáticas la lanzadera entraba y salía entre lo que fue y lo que pudo haber sido; cosa a fin de cuentas natural en la conformación de la Historia desde que el mundo es mundo; y con mayor razón en Iberoamérica, donde historia y literatura se han condicionado estrechamente para darnos un verdadero panorama de lo acontecido a partir del Descubrimiento. No resulta ilógico el pensar que, junto a los primeros actores de la epopeya, otros personajes anónimos fueron los verdaderos hacedores de la trama en su accionar multitudinario; un nudo, y otro más, y miles de nudos forman el tapiz con sus escenas magistralmente trazadas. Las comparsas que marchan junto a un Cortés o un Pizarro, todos, se mueven y actúan con sus grandes o pequeñas virtudes y miserias. Ellos son los verdaderos histriones en el enorme escenario de la representación. Debo decir, además, que no pude escapar a la influencia del estilo que el autor imprimió a su prosa. Acostumbrado al modo simple y llano de la redacción periodística, me vi de pronto metido en el juego idiomático de un Cervantes o de un Góngora por obra y gracia del contagio. Poco hice por soslayar dichos modismos. Al pasar en limpio la totalidad de la narración, me pareció que no estaba mal el haber dejado esa pizca de color y forma que en el lenguaje obra a la manera de salsa en un guiso a la castellana. También he procurado allanar el camino de los sucesos podando todo aquello que estorbara el buen fluir de la crónica. Busqué, pues, escurrirme de cuanto pudiera significar molestia o distracción: paréntesis viciosos, apartados, incisos o acotaciones al margen más propios de libros de estudio que de novelas hechas para entretener. Por último, confieso mi atrevimiento al permitirme cambiar el título de la obra. El original, como era de práctica en el siglo XVIII resultaba larguísimo. Creo que HUELLAS DE GIGANTES, se adapta mejor a nuestra época y resume bien el simbolismo del tema. *Gigantes* eran las pisadas de los indios que dieron nombre a la Patagonia, no porque fueran de pies desmesurados, sino debido a la costumbre de envolverlos en pieles a fin de evitar los rigores de la nieve; y *Gigantes* fueron los hombres capaces de levantar pueblos y ciudades con un épico sentido fundacional. Unas huellas siguieron a otras en la continuidad de un proceso histórico irreversible, transformador de un mundo nuevo y de una nueva concepción humanística. Pero... me detengo. Hora es de presentarse, plagiando quizás a *Crispín*, el de *Los intereses creados* de don Jacinto Benavente, a un personaje que pareciendo hecho de la farsa, no lo es: el vasallo que en el antiguo retablo del gran absurdo español se disfraza de príncipe y logra con su ingenio confundir a la inmensa platea universal, de tal modo que este no llega nunca a saber quién es quién en el desarrollo de la increíble tragedia americana; o dicho con las palabras que nunca dijo Cervantes al ajustar las piezas de su inmortal *Don Quijote*: aquí la tenéis. Ved a Fermín de la Colina como yo le vi; un pobre caballero andante que, soñando ser héroe o santo, resbala en el tremendo lodazal de la Decadencia.

CAPÍTULO I

Llego al ruinoso convento por senda suavizada en su empinar gracias a sus vueltas y revueltas por entre almendros florecidos y chopos de platería. Cuando lo enfrento, veo sus muros de piedra exhibiendo sin recato rasgones y huecos donde manchones de musgo y movedizas lagartijas se apañan por gozar los últimos resplandores de la tarde; una hermosa tarde de junio con sus luces y sombras acogedoras que bailotean bajo los castaños y los pinos al ritmo de una brisa suave, juguetona, con olor a tomillo. Como una vieja y derrengada pordiosera, descansa lo que fuera abadía junto a un arroyuelo que descende rumoroso entre guijas doradas y flores silvestres. ¡Cuánta ruina! Sin techos, con agujeros que antes eran ventanas y miran ahora con sus cuencas vacías; espiando, viendo la muerte que se acerca, como suele acercarse la muerte con su carga de suciedad y miseria cuando se ha dejado de luchar y encoje uno los hombros. Mas debo completar lo que me propuse, aunque me duela y ponga en mí la sensación de que, igual que el monasterio, he dejado por el camino todo lo bueno y lo malo de mi vida aventurera.

Marcho con paso lento y ademán reflexivo hacia la gran puerta de madera claveteada con puntas de hierro ennegrecidas por el óxido; las dos hojas, casi fuera de sus goznes, hunden las extremidades inferiores en la tierra dura, llena de malezas. Completando la impresión de soledad que todo lo invade, se deja ver el locutorio con sus paredes desconchadas por la lepra salitrosa del tiempo. Junto a la puerta, intacto aún, se ve el clásico torno de los conventos y un trozo de cordel. Tiro de la sogá, pero nada se oye. También el sonido de la esquila ha sido tragada sin remedio.

Me doy vuelta y miro los oscuros tejados del pueblo con sus estructuras desiguales y apeñuscados los unos con los otros para resistir mejor el empuje de los años. Están igual que entonces, cuando de niño los señalaba uno por uno diciendo: “Allí está el del tío Calixto; y en el de al lado vive la tía Raimunda con su escoba de bruja y los manteos* llenos de remiendos...”.

La luz muestra su languidez, la dulzura enfermiza del crepúsculo. Las sombras se alargan por los campos gibosos y el verde de los sembradíos. Una bandada de golondrinas cruza el espacio buscando el nido y los grillos empiezan a ensayar sus cricris monocordes.

Siento que los recuerdos me anudan la garganta. Apoyado en el bastón, traspongo la puerta desvencijada, penetro en el locutorio y, atravesando huecos, sorteando desigualdades, voy reconstruyendo en mi memoria las distintas dependencias antes llenas de vida y santificadas de rezos: la amplia cocina, la celda de sor Verónica de la Cruz, el refectorio con su mesa enorme y la tarima donde se acomodaba la lectora, mientras las religiosas engullían con no poco entusiasmo las escasas raciones...

.....oOo.....

* Manteo: (m.) Ropa de bayeta o paño que llevaban las mujeres, de la cintura abajo, ajustada y solapada por delante.

Once monjas sentadas en torno a la mesa de pino, rústica y limpia a fuerza de restregones* de arena y legía, mascaban silenciosamente el guiso de patas y bacalao contenido en sus escudillas: alimento de pobres logrado con mucho esfuerzo y no pocas plegarias. Por dos estrechos ventanucos entraba la escasa luz de la tarde. sor Verónica de la Cruz ocupaba el escaño; con ritmo sentencioso iba desgranando el texto elegido para tal momento.

Era sor Verónica una monja joven; no más de veintitrés años; rostro agradable, manos finas, y unos ojos grandes y negros más habladores que los labios; su voz se imponía agradablemente al ruido de las cucharas, y aunque no era ajena al conocimiento de que las monjas poco o ningún caso hacían de su lectura ocupadas en dar rápida cuenta de las pequeñas raciones, sus palabras se ceñían con gusto a la belleza de la frase o a la hondura de la idea. Solo la Madre Superiora, con su hermosa y sufrida vejez a cuestas, detenía a veces su tranquilo yantar a fin de poner atención al exquisito decir de la joven hermana.

Una de las monjas se levantó para encender los candiles. Sor Verónica seguía leyendo a la luz de una vela las reflexiones de *La Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis:

“... La gloria del bueno es el testimonio de la buena conciencia -recitaba la joven-. Si tienes buena conciencia, siempre tendrán alegría. La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades. La mala conciencia siempre está temerosa e inquieta...”

La esquila sonó de pronto con rápido repiqueteo y señales de impaciencia. Todo se detuvo en el comedor: las cucharas, el ruidoso masticar y la voz de sor Verónica. Esta, dando un salto, bajó de la tarima y, con la falda del hábito enredándose entre las piernas, se fue corriendo al reclamo de tan insólito llamado. No era para menos; la campanilla jamás sonó en el convento, quizás porque la extrema pobreza rechaza a quienes buscan mitigar sus necesidades con necesidades ajenas.

Tras sor Verónica corrieron las otras hermanas; ligeras unas, otras con trabajo, y hubo quien, rengueando, buscó no quedarse atrás.

La primera en llegar al torno fue sor Verónica. Las demás se arracimaron enseguida y, todas juntas, miraban asombradas cual si estuvieran contemplando un fenómeno caído por arte de vaya uno a saber qué raro sortilegio.

Porque debo explicaros sin rodeos: quien estaba acostado en la cunilla del torno era yo, fajado como una momia desde el cuello hasta los pies y una gota de leche deslizándose por la barbilla, señal de que poco antes había dejado la teta; y no se extrañen, mis lectores, por esta mi prodigiosa manera de recordar escenas y detalles a tan pocos días de haber nacido. Simplemente estoy contando lo que me contaron. No fueron pocas las veces en que las monjas buscaron entretenerme relatándome mi llegada

* Restregón:(m.) Señal que queda de restregar o frotar mucho y con ahínco algo con otra cosa.

cuando estaba ya en condiciones de entender y guardar en la memoria tan fausto acontecimiento.

Sor Verónica me sacó del torno con cuidados desmedidos y arrumacos propios de una madre.

-Bienvenido -me susurraba apretándome contra sí- ¿Quién ha podido dejarte como un animalito sin alma y a la ventura?

-Alguna sinvergüenza -añadió sor Vinagre torciendo el hocico- ¿Qué otra cosa puede esperarse de un mundo apañado por el demonio? Pues cosas como esta.

Cuidad vuestras palabras, sor Francisca -dijo la abadesa que se había acercado sin ser notada-. No juzguéis vanamente y pensad que al final ese torno ha servido para algo. ¡Vamos! Llevad esta criatura donde haya mejor luz y podamos verle con mayor detenimiento.

Nos fuimos hacia el comedor. Y digo fuimos porque sin saberlo, sabía yo que era parte ya del convento, de aquella pobre congregación de monjas. ¿O creéis que a un niño de días no le funciona el caletre*? Buenas sorpresas nos llevaríamos de poder registrar con un aparato las sensaciones y discernimientos del recién nacido. Mas esperad, esperad, pues todo llega, y lo que hoy es fantasía puede que mañana se convierta en realidad tangible y sin engañifas*.

Ya en el refectorio, hicieron lugar en la mesa, y sor Verónica me puso en ella boca arriba, sin saber qué debía hacerse. La abadesa le sacó de su azoramiento:

-¿Qué esperáis? Desenvolvedle y veamos si es niño o niña.

La joven monja quitó la faja con ademanes desenvueltos y me expuso a la vista de todas tal cual mi desconocida madre me echó al mundo.

-¡Es un niño!

-¡Un niño! ¡Válgame Dios! ¡Un niño!

La palabra “niño” recorrió todas las bocas, ya en voz alta o con el solo movimiento de los labios, como si el sexo puesto a la vista fuera motivo para el asombro.

-Nada de aspavientos, hermanas, pues tenía que ser una cosa o la otra -razonó la priora-. Pero la clara evidencia nos está indicando que, siendo niño, no puede ser criado en el convento. Tendré que hablar con nuestro confesor y pedirle que halle un lugar donde cuidarle cristianamente.

Mi permanencia en la comunidad religiosa pendía de un hilo. Pero allí estaba sor Verónica de la Cruz dispuesta a romper lanzas. Terminó de ajustarme la faja y, frente a la superiora, dijo con humildad no exenta de firmeza:

-Madre, perdonad si os contradigo. Mas entiendo que Dios puso al pequeño en nuestras manos con propósitos que no debemos analizar, y menos discutir. ¿Quiénes somos nosotras para echar a rodar un alma puesta por Él bajo estos techos? Y un alma tan pequeñita, ¡Dios mío!

* Caletre: (m.) coloq. Tino, discernimiento, capacidad.

* Engañifa: (f.) coloq. Engaño artificioso con apariencia de utilidad.

La anciana esbozó una sonrisa y comentó para sí: “Ay, sor Verónica, ya empezáis con vuestro genio. ¡Válgame el Señor!”. Y dándose vuelta, marchó hacia una de las puertas laterales mientras le ordenaba:

-Venid a mi despacho...

Obediente, sor Verónica dio unos pasos; pero volviéndose rápidamente se levantó de la mesa; entonces sí, conmigo en brazos fue tras la superiora.

En brazos de la monja estaba yo, y con ella entré al despacho de doña Ana de Azcárate, que tal era el nombre de la Madre.

-Vaya, sor Verónica. Veo que venís acompañada -dijo la abadesa a modo de recibimiento.

-Sí, Madre -respondió la joven bajando los párpados y esbozando una sonrisa-. Se empeñó en venir conmigo, el pobrecito...

-Sentaos -invitó la superiora tratando de imprimir a su ceño una adustez que no sentía-, habéis cometido una imprudencia al contradecir delante de las otras hermanas. ¿Por qué esa actitud?

-Pido perdón, madre. No tuve intención de contradecirle. Obedecí, simplemente, a un impulso de caridad.

Se había sentado sor Verónica en la silla frente a la superiora, conmigo en el regazo.

-Mírele... ¿no parece un gorrioncillo caído del nido? -prosiguió la joven monja-. Pues viene al caso que, si por voluntad de Dios le arrancaron de su propio nido para echarlo en el nuestro, por algo será. Deje que se críe entre nosotros, madre. Tiempo llegará, cuando crezca y resulte imprudente su estada en la comunidad, para que le hallemos el debido lugar de acuerdo a sus luces y merecimientos. Mientras tanto, gocemos de este regalo del cielo y hagamos de él, pobrecito, un jilguerillo que alegre nuestras vidas con sus cantos y revoloteos.

Debo decir que los diminutivos eran en labios de sor Verónica cosa de nunca acabar. Los ponía aún en los casos de mayor solemnidad, como si con ellos quisiera introducir en sus dichos una comunicación de ternura: ligazón debida a tanto leer y meditar las obras de Santa Teresa. Cosa archisabida por la superiora, quien se complacía en oírle por contraste de las muchas simplezas escuchadas a las otras religiosas. ¡Pero cuánto costaba acomodarle en el redil de las reglamentaciones! Mas no exageremos: todos sus pecados de desobediencia tenían por fuente la vivacidad de su genio, y solo en las cosas pequeñas, que en las grandes daba siempre muestras de gran religiosidad y profunda observancia. Pero aquella inteligencia desbordante, aquella imaginación sin cortapisas, aquel modo gracioso de hacer y de decir... ¿Cómo encerrarle en un molde común, pasivo, sin vuelo? Bien sabía de todo esto la Madre Superiora, y, por saberlo es que disculpaba con agrado aquella alegría que a fin de cuentas no era otra cosa que una obligación del alma. Por eso respondió a las palabras de sor Verónica con un hablar reflexivo y bondadoso: -Hija, no hagas de tu intención de ser caritativa manta para cubrir lo que realmente deseas: tener un muñeco en quien volcar el sentimiento de madre que

todas las mujeres llevamos dentro, por gracia de Dios. Piensa que puede resultar peligroso el atarnos a un amor que os haga olvidar los votos de amor único, el de nuestro Señor, al cual te has consagrado de por vida.

Por un momento las dos quedaron calladas, reflexionando, pausa que yo aproveché para regurgitar parte de lo que había mamado. Se apresuró la superiora a rebuscar un paño entre sus cosas y, encontrado este, se lo alcanzó a la joven para que me limpiara. Así lo hizo, mientras comentaba:

-El amor que pudiera darle a este niño, no sería otra cosa que un reflejo del amor a Dios. Creo que nuestro Esposo no tomaría por desvío el acto de amar, atender y educar a una de sus criaturas, Además, ¡miradle! Está solo, tan pequeñito y solo que si le dejáramos librado a la suerte cometeríamos gravísimo pecado.

-Pero ¿cómo le mantendríamos en el hipotético caso de que nos quedáramos con él? La crianza de un niño ocasiona gastos, y sabes, hija mía, que este es uno de los conventos más pobres de España y sus Indias. Tenemos deudas a raudales y vivimos de limosnas; la comida es escasa y vestimos zurciendo y rezurciendo el hábito que nos cubre. ¿Has pensado que al niño le dejaron aquí tal vez a causa de la pobreza y no por obra de un desliz vergonzante? ¡Pues vaya que eligieron bien!

-“No solo de pan vive el hombre”. Y si de alimentarle se trata, la Divina Providencia hará que hallemos el modo de llenar su estómago sin descuidar el espíritu. ¿Acaso no vivimos nosotras de milagro? Pues... ¿qué significa un pajarillo más? Unas miguitas de menos, y, sin embargo... ¡qué banquetes para nuestras almas!

Así, tironeando de un lado y aflojando del otro, se llegó a un acuerdo entre las monjas, y quedé en el convento.

¡Sor Verónica! ¡Cuán fácil era de explicar lo que sentía con sus veintitrés años y un corazón sediento de ternura! Pedro, qué más podía hacer yo sino chuparme el dedo o llorar con fortísimo berrinche cuando el hambre me estrujaba las tripas ¡Y qué pronto aprendí el oficio de tirano! Por cualquier sutileza, ya estaba yo reclamando la presencia de la joven para que me alzara en brazos y, con sus mimos, barriera mis congojas. Arteros y triviales caprichos la mayoría de las veces. Mas cómo entender la carga que mi adopción había puesto encima. Porque el acuerdo entre la Abadesa y sor Verónica no acababa en el compromiso de mi crianza. Había más...

Muchas veces había intentado doña Ana de Azcárate dar a cultivar los terrenos entre las tapias del convento; casi dos hectáreas que, convenientemente trabajadas, habrían sobrado para dar de comer con holgura a la comunidad, y aún servirse del sobrante a manera de trueque. Pero ¿dónde hallar los trabajadores que hicieran un vergel de aquel baldío? ¿Con qué pagar las jornadas? Las hermanas eran viejas y poco podían hacer; dos o tres jóvenes con edad parecida a la de sor Verónica salían en busca de limosnas, y nos les quedaba tiempo para dedicarse a otras tareas. Pues por mí, sor Verónica de la Cruz,

con bizarra* entereza, se hizo cargo de hallar el modo de arrancar hierbajos, roturar la tierra, sembrarla y cosechar los frutos del esfuerzo. Nada más, y nada menos. Mas Dios premia a los que en Él confían. Tras mucho buscar y recorrer caminos, encontró sor Verónica la persona indicada: un viejo soldado venido de América sin más riqueza que lo puesto y un hambre que le roía las entrañas. Contaba don Evaristo Saavedra unos sesenta años, pero se mantenía bien dispuesto a realizar cualquier trabajo que le permitiera comer regularmente. Le nombraron hortelano* del monasterio; le arreglaron una casucha que antes había servido como depósito de herramientas, y a trabajar... ayudado por sor Verónica y dos hermanas que trocaron las bolsas de pedir por el azadón y el rastrillo. Con el tiempo, el erial* se fue convirtiendo en un halago para los ojos y satisfacción para los estómagos. Mientras, iba yo creciendo con la huerta, pegado siempre a los hábitos de sor Verónica, o bien imitando el trajinar de los grandes en los sembradíos.

Pero volvamos al despacho de la Madre Superiora, pues no es cuestión de andar haciendo de volatinero, saltando de un lado a otro para confusión de todo.

-Tendremos que bautizarle enseguida y ponerle un nombre -decía la abadesa- ¿has pensado en ello?

-No, madre... Aunque, siendo hoy el día de San Fermín...

-Sí, también caí en ello. Se llamará, pues, Fermín Expósito.

Dio un respingo sor Verónica y dijo:

-No, ¡Expósito*no!

-¿Qué tiene ello de malo? A falta de pan...

-¡Dios mío! La costumbre suele pecar de indiscreta. ¿Por qué colgarle al niño el cartel de abandonado?

-Pues no se me ocurre otro. Con gusto le daría el mío, o el tuyo, Salazar; mas líbrese el Señor de caer en malévolos comentarios.

-Se me ocurre... Muchos apellidos señalan el lugar de nacimiento: Segovia, Toledo, Zamora... Nuestra casa se la conoce por el nombre de Convento de la Colina. Pues ya está: nuestro niño se llamará Fermín de la Colina.

-Quedó la superiora pensativa, buscando los pro y los contras de la idea. Mas al fin dijo, moviendo suavemente la cabeza:

* Bizarro: (adj.) valiente, arriesgado.

* Hortelano:(m. y f.) Persona que por oficio cuida y cultiva huertas.

* Erial:(adj.) Dicho de una tierra o de un campo: Sin cultivar ni labrar.

* Expósito: es el recién nacido "expuesto", es decir, sometido a "exposición"; que ha sido abandonado o entregado por sus padres a instituciones de beneficencia Solía tratarse de niños procedentes de partos fuera de matrimonio, o huérfanos de padre en situación de pobreza extrema.

-Sea. Así se llamará: Fermín de la Colina.

Desde ese instante tuve el nombre y apellido con los cuales recorrí medio mundo y firmaré estas memorias.

.....oOo.....

Le llamaban 'Marisabidilla*' por su pasión a los libros, religiosos o profanos; su tendencia a meterse por los vericuetos de la teología, la literatura, el dominio del latín o las escabrosidades filosóficas. Lo dicho completaría el retrato de sor Verónica de la Cruz. Pero falta decir que era de talla más bien pequeña, con manos delicadas, esbelta al caminar y un señorío que ni el hábito podía menguar, si es que no lo aumentaba. En cuanto a la cara, bueno, imaginemos un rostro hermoso sin ser hermoso, donde los ojos negrísimos ponían una belleza sin igual, que no era belleza, y unos labios moviéndose a impulsos de las sonrisas, las oraciones o el enojo, de manera cambiante para no aburrir a quienes le trataran. Algo más: las cejas oscuras, anchas, bien dibujadas, y los dientes pequeños y blancos daban el tono justo que habrían hecho las delicias de un retratista más atento a las luces del espíritu que a las líneas de la carne. Sí: lo digo con el orgullo del hijo que ve en la madre reunidas todas las virtudes que adornan a las demás mujeres.

Cumplidos los tres años, un día sor Verónica me sentó en sus rodillas y dijo más o menos lo siguiente:

-Bueno, Fermín, hora es de pensar que en la vida no todo es comer, dormir y correr enloquecido tras los pájaros de la huerta ni guardar en los bolsillos todos los bichos que hallas en tus vagabundeos, para repulsión y susto de la hermana Justina. No, pequeño. Seguirás haciendo todo eso que te gusta, pero también aprenderás a leer y escribir, y a contar; todo lo que un hombre de bien necesita para que no le aten con el cordel propio de los brutos. Después vendrán el latín, las ciencias sagradas, y el sacerdocio, si es que Dios así lo quiere. Escucha bien, Fermín... Si-es-que-Dios- así- lo-quiere; pues de no sentir vocación por la vida monástica, a otra cosa; y el Señor lo más contento, que en la vida hay muchas formas de servirle y honrarle. Seré tu maestra. Ya verás: haremos del estudio un juego y no habrá palmetas ni aquello de que “la letra con la sangre entra”. Serás aplicado, estoy segura. Cuando sientas que la pereza como un demonio pretende agarrarte del cuello, piensa que tal vez no gusta a Dios ni a sor Verónica. Ya verás el resultado.

Doña Ana de Azcárate hacía cada vez más vieja y achacosa. Ya estaba dispuesto (aunque la joven monja lo ignoraba) que ella sería la sucesora en el priorato. Pese a sus múltiples funciones, mi maestra continuó con el mismo cariño y entusiasmo ocupándose de mi formación.

Así pasaron los años: entre cartillas y pizarras, corridas al pueblo para cumplir mandados, asistiendo al señor cura en el oficio de la misa y otras tareas que llenaban mis

* Marisabidilla: (m. y f.) coloq. Persona que presume de sabia.

horas; permitíanme así engañar al demonio no dándole tiempo a que me tomara ni siquiera por la sotana. Porque debo decir que hasta bien grandecito no supe de otras ropas que no fueran una sotana hecha a lo monjil con los restos de otras desechadas por inservibles.

Tenía ya ocho años cuando sor Verónica, de nuevo...

-Siéntate y escucha, Fermín. Debo decirte que eres grande para que sigas entre mujeres. Desde mañana irás a vivir con don Evaristo Saavedra. Se da el caso, además, que él está muy viejo y necesita de tu compañía. Pues, hijo, imagínate que Dios le llame de repente y se nos vaya sin los santos sacramentos...

Yo oía alelado a sor Verónica que sentada al escritorio que fuera de doña Ana de Azcárate hablaba mientras movía nerviosamente unas cuartillas, poniéndolas en uno y otro lado sin ton ni son. Mi querida monja hacía tiempo que era priora del convento tras la muerte cuasi en santidad de doña Ana.

Sentí que las palabras punzaban mi alma hasta el punto de llenar mis ojos de lágrimas. Sor Verónica huía a mis miradas. Hasta que en un arranque de furia dijo con vos fuerte, conmovida:

-¡Oh, ven aquí!

Corrí hacia ella. Sus brazos rodearon mi cuerpo y su cara se apretó contra la mía. Entonces dejé que las lágrimas corrieran libres por mi rostro y me ceñí a la monja como una garrapata. ¡Dios, qué hermoso era estar así! La mano mujeril acariciando mis cabellos y su voz penetrando en mis oídos con susurros enternecedores.

-¡Qué bobos somos, hijo! ¡Mira... emocionarnos cual si marcharas al fin del mundo! Vamos... comportémonos sensatamente. Seguirás en el convento, pues la casita de don Evaristo queda solo a un tiro de piedra...

Me apartó con suavidad. Quedé sin acertar con las palabras que tradujeran la angustia de mis sentimientos. Pero, ¿es que acaso necesitaba ella de mis vocablos para entenderme? ¡Si entraba y salía de mi corazón como de casa propia!

CAPÍTULO 2

La casita ocupada por don Evaristo Saavedra no era otra cosa que una sola estancia de regular tamaño donde se juntaba la cocina con su amplio hogar, la mesa para comer, dos sillas de paja y, junto al fuego, un largo escaño propicio para hablar o meditar al calor de la lumbre. El piso era de tierra endurecida, y las paredes, de adobe, prolijamente encaladas. Allí fui a parar con paso cansino y la cabeza gacha de los desterrados.

Cuando llegué con mis tesoros dentro de un lío no más grande que mi cabeza, el viejo hallábase agachado frente al hogar echando en un caldero los ingredientes del guiso para la cena. Nada indicaba que hubiese advertido mi presencia, pero en cambio dijo con voz tonante y carrasposa:

-Siéntate. Pronto estará la comida.

Me acomodé en el escaño y me puse a observar a don Evaristo. Andaba arrimándose a los setenta años con la desenvoltura propia de un estado físico aceptable. No me detuve mucho en el examen pues para mí no era nuevo aquel cuerpo erguido como si estuviera siempre dispuesto a formar fila. Soldado hasta los tuétanos, hablaba ordenado y escuchaba obedeciendo; para él no había término medio. Parecía una roca, pero escarbando un poco los sentimientos le salían a flor de piel. Para sor Verónica era igual que el pedernal, que “responde a los golpes soltando estrellas”. Mas no sigamos con un esbozo que aparecerá, solo y más entretenido, a medida que avancemos en el relato.

-Si mientras esperas quieres entretenerte, allí hay algunos libros.

-Estoy cansado de leer libros de santos -respondí.

Se enderezó sin apuro, diose vuelta con igual parsimonia y, flameando su aventajada estatura, vociferó:

-¿Quién dijo que yo leo vida de santos? ¡Pardiez*! Solo mencionarlo mereces un soplamocos. Allí encontrarás lo mejor de nuestra literatura; que yo ahorraré en pan, mas no en libros. Por ejemplo:¿Te has topado alguna vez con *Don Quijote de la Mancha*?

Reconocí que no.

-Pues empieza por él si quieres entrar al maravilloso mundo de la fábula.

No dijo más. Se agachó nuevamente y siguió con lo suyo.

Me arrimé al estante guiado por el deseo de complacer al viejo. Pasé un rato leyendo títulos y repasando autores. Había poco, pero de calidad. Lo digo ahora, cuando los años me han servido para distinguir la paja del trigo; y allí el grano estaba bien cribado. Desde *La Celestina*, siguiendo por Francisco de Quevedo, el barroquismo de Góngora, Lope de Vega en el teatro, y otros que no recuerdo, pero todo ejemplo y honra de las letras españolas. Hasta llegar a Cervantes con su *Don Quijote* puesto por don Evaristo sobre un pedestal: encima de una mesilla junto a la cama, al lado de la palmatoria*;

* Pardiez: interj. coloq. Por Dios.

* Palmatorio (f) Especie de candelero bajo, con mango y pie, generalmente en forma de platillo.

prueba de que se había constituido en libro de cabecera. Bien encuadernado en cuero y con títulos en oro se destacaba extrañamente en medio de la pobreza.

El anciano había terminado de aderezar el guiso y, tras avivar las brasas, se acomodó en el escaño y se puso a observarme. Yo daba vueltas las páginas del *Quijote* prestando más atención a las estampas que al texto, pues la luz no era buena y me costaba deletrear las palabras. De pronto, la recia voz llegó hasta mí.

-Ven, siéntate a mi lado, pequeño. Trae el libro, pues quiero enseñarte algo.

Hice lo que don Evaristo ordenaba. Tomó el libro y, con el índice, señaló el nombre puesto en la tapa.

-¿Qué dice aquí?

-Miguel de Cervantes Saavedra, leí de corrido.

-Tú lo has dicho. "Saavedra". ¿Sabes lo que ello significa?

Le miré sin comprender.

-Yo me llamo Evaristo Saavedra. Nacido para mi bien en Alcalá de Henares, de familia afincada en dicha ciudad desde siempre. En ella nació también don Miguel, antepasado mío.

Se entiende que no estaba yo en condiciones de admirarme por lo que el viejo decía, pues hasta entonces *Don Quijote* y su autor habían sido para mí vulgares desconocidos. No obstante, traté de dar a mi cara la expresión de asombro que el viejo espiaba de soslayo.

-Sí, Fermín. Tengo la honra de pertenecer al árbol genealógico de tan grande ingenio. Por desgracia, carezco de las condiciones que se necesitan para ser buen escritor. En eso no me parezco a mi pariente; pero sí en la valentía de guerrear por España y por mi rey. Don Miguel lo hizo en Lepanto y otros lugares. Yo, en América; y si bien la historia me ignorará, de ello estoy seguro, no por eso han sido pocos mis merecimientos. Porque has de saber, Fermín, que el pasar a la fama es muchas veces obra de enredos que no de virtudes. Ya te contaré, si Dios me da vida y a ti paciencia, mis aventuras y desventuras en el Nuevo Mundo, que no han sido pocas. Y ahora vamos a cenar, que el guiso huele bien y a comer llama.

Nos pusimos de pie. Él para retirar el caldero de entre las brasas y yo a poner el libro en la mesita.

El guiso, hecho de patatas y un poco de carne, estaba realmente sabroso. Se lo dije al viejo, quien me contestó:

-El buen soldado debe saber cocinar e ingeniarse para convertir en comida lo que encuentre, sin andar con remilgos. Una vez... Mas perdona. Lo contaré en otro momento; si lo digo ahora el guiso se te atragantaría y no es cuestión de echar a perder lo que tanto me costó preparar.

Estaba yo sorprendido por el discurrir de don Evaristo. Aunque lo había tratado con frecuencia, nunca fueron más de tres las palabras cambiadas entre nosotros de manera seguida, y siempre a horcajadas en el tema de surcos y plantíos. Necesité varios años

para descubrir el por qué de su elocuencia: borrar de mí la amarga impresión de ser un desterrado del paraíso.

Comimos los dos de la misma escudilla*, como era costumbre entre gente pobre y, mientras lo hacíamos, nos mirábamos el uno al otro con franqueza y sin ocultamientos. De vez en cuando se largaba sus pequeños eructos y regüeldos,* pero en lo demás, era fino en el comer y en lo de no arrebatar, por más hambre que tuviese.

Acabada la cena, limpiamos los cacharros y, tras ponerlos en sus lugares, nos sentamos al amor del fuego para dar pie a que los estómagos hicieran su trabajo antes de echarnos en la cama.

-Trae a *Don Quijote*, Fermín.

Se lo entregué y, con él en la mano, me preguntó:

-¿Quieres que te lo lea? Me resultará fácil, pues casi lo sé de memoria.

¿Qué más quería yo que pasar entretenida la pausa entre el comer y el dormir? Lo expresó mi alegría con unos cabeceos, y él, poniéndose en la debida posición, comenzó a leer:

-“*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga* antigua, rocín flaco y galgo corredor...*”

Siguió el anciano leyendo la prosa de Cervantes con voz pausada, subrayando intenciones, poniendo vivacidad donde debía y el todo justo en el decir de sentencias y refranes. Lector extraordinario era don Evaristo. Me ocurrió muchas veces que el embrujo de aquel estilo llano, hiciera yo del viejo un remedo de *Don Quijote* haciendo de las suyas por los campos de América; ajeno a bastardos apetitos y con sus armas y escudo puestos al servicio de la Gloria. Y no estaba muy lejos de la verdad, como lo iréis sabiendo a medida que avance en el relato.

Fueron extinguiéndose las brasas y el candil comenzó a menguar su luz. don Evaristo Saavedra dejó de leer.

-Es hora de ir a dormir, o mañana no habrá quién nos levante -me dijo con algo de cansancio en la voz-. El manjar, cuando abunda, no debe zamparse de un bocado.

Tras enfundarnos en largos camisones nos metimos en la cama. Espalda contra espalda y tapados a medias, quedamos quietos a fin de no molestarnos el uno al otro. La pesada respiración me indicó pronto que don Evaristo dormía. Yo, en cambio, con la mirada en la obscuridad, daba vueltas y revueltas; no con el cuerpo, sino con el cerebro que no paraba en fabricar imágenes.

El viejo soldado había hecho de mi mente campo propicio para que en él actuaran distorsionándose los más raros ensueños. Cosa natural en un niño que, como todos los

* Escudilla: (f.) Vasija ancha y de forma de una media esfera, que se usa comúnmente para servir en ella la sopa y el caldo.

* Regüeldo: (m) Eructo de gases del estómago.

* Adarga: (f) Escudo de cuero, ovalado o de forma de corazón.

de su tiempo, percibía los últimos coletazos de la grandeza de nuestra España sin ver todavía, de manera clara, el sayo* polvoriento y remendado de quienes volvían de una Epopeya, más dispuestos a descansar de sus aventuras que de hacer ostentación de sus hazañas. Allí estaba sor Verónica de la Cruz cociéndose en el caldero de la mística activa, y don Evaristo con su *Don Quijote* batallando por un ideal hecho a la sombra de un *Sancho Panza*. No diré que lo dicho se me ocurrió en la vigilia de esa mi primera noche con don Evaristo, pero sí que los conceptos habíanse colado en mi espíritu como semilla en tierra fértil. Ya maduraría y daría sus frutos aprovechándose de mi natural tendencia a magnificar las cosas; o al revés: a hacer de los dragones corderillos.

Despuntó la mañana, y ambos nos levantamos. Tras un frugal desayuno nos dirigimos, él a trabajar en la huerta y yo a la capilla para hacer de monaguillo en la misa oficiada por don Rafael, cura del pueblo y confesor de la comunidad.

La mayoría de las monjas estaban ya en sus reclinatorios y entre ellas sor Verónica. Al ver a la superiora arrodillada y con la cara entre las manos, mi alma se llenó de un gozo suave cual si los pétalos del misterio le estuvieran rozando para dejarle el perfume de una emoción salida vaya uno a saber de dónde. Porque ya habréis advertido que yo estaba perdidamente enamorado de sor Verónica, a la manera que puede estarlo un mocoso de ocho años apenas. Cuando llegué al altar, levantó ella la cabeza y me sonrió. Si me hubiesen dicho en ese momento que el sol aparecía todas las mañanas de entre sus labios, ¿por qué no creerlo? ¡santo cielo! ¡Pues no era poco hermosa la sonrisa aquella!

.....oOo.....

-Fermín, tienes que dejar de vestirte con esa ropa. Me desagrada.

-No tengo otra.

-Pues la buscaremos, ¡pardiez! ¿O será cosa del otro mundo el dar con quien, por crecer, haya dejado calzas en buen uso?

Hablaba don Evaristo mientras me examinaba con ojos de sastre. Sus palabras me produjeron cierto cosquilleo de placer, pues por mí, con gusto habría tirado lejos ropa tan impropia de un varón con sus atributos en orden.

-Quizás algunos de los hijos del médico... -insinué con titubeo.

-Pues allí iremos. Déjalo por mi cuenta. No andaremos con remilgos*, y si algo hay que arreglar, no olvides que el buen soldado debe zurcir la ropa como cualquier mujer. Y que agreguen a las calzas algún jubón* y unas sandalias. ¡Nuestro chico vestirá como Dios manda!

Bajamos al día siguiente después de la oración. La casa del médico don Braulio levantaba su fachada al costado de una plazuela con fuente en el medio. Allí iban los

* Sayo: (m.) Prenda de vestir holgada y sin botones que cubría el cuerpo hasta la rodilla.

* Remilgo: (m.) Pulidez o delicadeza exagerada o afectada, mostrada con gestos expresivos.

* Jubón: (m.) Vestidura que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo.

vecinos con sus cántaros. Llamamos y apareció una criada que tras hurgar indiscreta en los motivos de nuestra visita, se fue a llamar al ama quien se presentó enseguida de buen semblante y gestos campechanos.

-Entren en la salita y pónganse cómodos -nos dijo-. Braulio salió a ver un enfermo y presumo que tardará en regresar. Si es que yo puedo... porque supongo que no les ha traído ninguna dolencia...

-Ninguna, señora -respondió don Evaristo sentándose en una silla mientras yo me acomodaba en otra-. Pues verá, señora... ¿Le parece bien que este chiquillo tenga que seguir haciendo el mamarracho de por vida? Miradle: con especie de sotana encima parece andar en eterna penitencia...

Me miró la mujer con una chispita de diversión en los ojos.

-La verdad es que Fermín no luce a lo caballero -dijo-. Pero qué puedo hacer yo para tapar el remiendo.

-Buscar entre las ropas de vuestros hijos -arremetió don Evaristo- y ver si entre las que están en desuso puede servir alguna para vestir al desnudo, tal cual manda el Señor.

Rió por lo bajo la simpática esposa del médico.

-Don Evaristo, usted no pide, ordena. Y no está bien, se me ocurre, disponer de cosa ajena.

-Señora, la necesidad tiene cara de hereje.

-Pero eso de venir a lavarla en esta casa...

-Lo hago con el mayor de los respetos.

Los dos gozaban con los retruécanos*. Mas yo, inocente, sufría por el temor de que la arrogancia del viejo echara por tierra nuestros logros. Me tranquilicé cuando la señora Isabel, que así se llamaba la dama en cuestión, dijo con cierta reticencia:

-En fin... veré qué puedo hacer. Sospecho que no mucho, pues ya he ido dando a otros necesitados los rezagos de mis hijos, y hasta de mi marido. Pero procuraré encontrar algo para Fermín -y mirándome subrayó-. Hijo, no hay duda de que pareces un espantapájaros, y me extraña que las monjas no hayan visto lo que está bien a las claras.

-Lo han visto, señora -aclaró el anciano-. Pero en casa de mendigo no busquéis hartazgo. Bastante han hecho, y están haciendo, por el muchacho, pese a la pobreza en que viven. Recién ahora empiezan a sacar la cabeza del saco de deudas y apremios que les ahogaban. La huerta...

-... Que usted ha trabajado sin ahorrar esfuerzos...

-... Ha sido el premio dado por Dios para librar a sus almas de la vergüenza que significa recurrir a la mendicidad.

-Sin embargo vos habéis venido...

-Cuidado, señora... Yo no vengo a mendigar, sino a pedir. Y espero que entendáis la diferencia que existe en lo que parecen sinónimos, y no lo son.

* Retruécano:(m.) Juego con las palabras en que se suele producir una repetición.

Yo puedo pedir algo que me pertenece... y mendigar lo que no es mío.

-Entonces... ¿consideráis que la ropa pedida es algo vuestro?

-No, mío no; que yo solo hago de letrado al reclamar lo que al chico pertenece. Porque no negaréis que todos debemos sentirnos responsables de lo que pueda ocurrirle a un niño; y si Dios nos ha dado la fortuna, es para que la administremos en favor de los que nada tienen. ¿Está claro, señora?

-Como agua de manantial.

-Entonces...

-Que Fermín venga mañana. Le entregaré cuanto haya conseguido. Y no tengáis cuidado por él, señor letrado, pues a Fermín nada le faltará mientras yo viva o él pueda bastarse por sí mismo.

Púsose de pie don Evaristo y, haciendo una reverencia, dijo:

-Señora, a fuer de caballero beso vuestros pies y quedo a disposición para lo que gustéis mandar. Presentad mis saludos a don Braulio.

-Así lo haré, don Evaristo.

Nos marchamos pero antes de cruzar la puerta de calle me dijo doña Isabel:

-No dejes de venir a esta casa cuantas veces quieras. Sabes que Diego, el chiquitín, te quiere mucho. Lo harás, ¿verdad?

-Sí, señora Isabel.

Don Evaristo y yo nos dirigimos hacia la salida del pueblo, mas no en dirección a la colina, sino por el lado contrario, cosa que me extrañó. Pero nada dije y seguí caminando junto al viejo.

Y conocía del pueblo todos sus recovecos, subidas y bajadas. Este, como tantos otros, era de viejas casas que escondían su vetustez con la ayuda de la cal; casucas antiguas, seniles; callejas que trepaban cuevas y descendían barrancos; mujeres ancianas de negros vestidos sentadas en los poyos o en rústicos banquillos, cosiendo y hablando, hablando y tejiendo, mientras el chismorreó hacía de las suyas con palabras punzantes o frases inconclusas. La iglesia y la plaza. Con el permiso de sor Verónica, ¡cuántas veces presencié alborotado los actos que allí se realizaban! Desde una procesión con el santo patrono, hasta la 'batahólica*' corrida de toros, o los cómicos de la legua que tanto servían "para un cosido como para un fregado": desde la sátira de costumbres hasta los dramones que en desprolijos versos jugaban a llorar y a morir en el ridículo intento de copiar la vida.

Salimos del pueblo llevando a la rastra sus imágenes de miseria y sordidez, cuando de pronto se hizo el milagro del pobretón mal zurcido, corcovado que, por arte de ilusionismo, se transforma en joven apuesto, brioso, vestido con el ocre de los viñedos y el áureo pajizo de los trigales. Nos detuvimos sobre un alto promontorio de rocas a fin de observar con detenimiento tanta belleza. Don Evaristo seguía callado. Sin desviar la

* Batahólica: (adj.) De batahola; bulla, ruido grande.

mirada del cuadro que tenía delante, se apoyó en una peña y, en el suelo, sujetándose las rodillas con las manos. A poco, el anciano empezó a hablar con su recia voz desvaída en los melancólicos tintes de la noche cercana.

-Mira bien, Fermín; llénate el alma con este regalo del cielo...

Tornó a callarse; sin proponérmelo, yo también iba dejándome ganar por la quietud que me envolvía. A lo lejos, por estrechos senderos, regresaban los labradores y sus mujeres con el azadón al hombro o llevando un rocín por el cabestro.

-Cuando estaba en América -reinició don Evaristo- el recuerdo de estas escenas se me clavaba en el espíritu haciéndome sufrir...

-Allí, acaso, ¿no se ven cosas así? -pregunté respetando intuitivamente la cómica religiosidad del momento.

-Las hay, claro que las hay; pero enormes, desmesuradas, sin límites que la encierren en la íntima pequeñez de nuestros sentidos. Me resulta difícil explicártelo. Aquí todo ha sido hecho a nuestra medida. Allí la naturaleza con sus inmensos espacios, las montañas con los picos perdiéndose en las nubes, las selvas que envuelven nuestro caminar por un término de meses, y los desiertos ubérrimos* o estériles extendiéndose por miles y miles de leguas, nos sitúan en la ambigüedad de lo infinito. Por eso la Conquista debió hacerse con gigantes, no de cuerpo, sino de espíritu; a modo de un milagro universal llevado de la mano de España, la elegida, la predestinada. Pasarán los siglos y colgarán de nuestros cuellos el sambenito* de todas las crueldades, crímenes y aberrantes ambiciones. Pero métete en la cabeza este concepto, Fermín: la historia no enseñará nada y solo ha de servir de acomodo para justificar cualquier cosa.

-¿Dónde aprendió todo eso, don Evaristo? -pregunté sinceramente asombrado por la elocuencia que no por lejos sospechaba en él.

-De *Don Quijote*, Fermín, de *Don Quijote* -respondió-. La filosofía del ingenioso hidalgo es la filosofía de España.

La noche se nos venía encima. Una luna enorme comenzó a salir tras los álamos y almendros que limitaban los cultivos. Yo, con pocas ganas de volver al convento y muchas de seguir oyendo a don Evaristo, azucé:

-Entonces, ¿es mentira que España se portó mal en América?

-No generalices, muchacho. No ha sido España, sino españoles mal nacidos los que dieron pie a que nos pintaran con los tintes del infierno. Testigo he sido de abusos y crueldades de ciertos virreyes y corregidores. Mis andanzas por el Perú me llevaron a presenciar los crímenes más infames contra los indios y a participar, como soldado, en la represión a las huestes de Túpac Amaru, un inca levantisco que había logrado reunir gran cantidad de sus hermanos de raza y llevarlos a una lucha contra la opresión de los personeros reales. No sé cómo terminó la cosa, pues me resistí a ser parte de tan

* Ubérrimo: (adj.) Muy abundante y fértil.

* Sanbenito: (m.) Letrero que se ponía en las iglesias con el nombre y castigo de los penitenciados, y las señales de su castigo.

horribles barbaridades. Regresé a España cuando la revolución indígena estaba en su mayor virulencia. Pero termine como termine, esas y otras cosas serán las responsables de prestar a follones* y traidores el harnero* con que pretenden tapar el cielo de gloria que a España le corresponde. Y es hora, Fermín, de que marchemos al convento. Tenemos luna llena y nos resultará fácil el camino.

Llegamos pronto a la pequeña puerta practicada en el muro del convento, a pasos de nuestra vivienda. Una vez en la habitación me puse a encender el fuego mientras don Evaristo juntaba lo poco que había para preparar la cena. Los resacos sarmientos hicieron pronto llama y yo me senté en el escaño. Con trabajo me puse a analizar los decires del viejo. Me daba cuenta de que no podía sino armar el esqueleto de lo escuchado; ciertas palabras aunque fijas en mi entendimiento carecían de sustancia. Ahora me resulta admirable ver cómo el tiempo ha ido rellenando el esqueleto y dando a los vocablos su valor real.

-Bueno, Fermín... ¿Qué te parece si tuestas unas castañas? Por salir a caminar, nada recogimos en la huerta y es poco lo que hay: pan y algo de tocino sobrante del mediodía.

Comimos sin prisa y bebimos del cántaro el agua recogida en el cristalino arroyuelo que corre junto al convento. Ya podíamos irnos a dormir; pero antes, el ritual de todas las noches: leer a Cervantes.

-“Capítulo XXXII. Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de Don Quijote. Acábose la buena comida, ensillaron, sin que les sucediera nada digno de contar, llegaron otro día a la venta espanto y asombro de Sancho Panza...”

Rato largo estuvo don Evaristo leyéndome las ocurrencias del *Caballero de la Triste Figura*, con el placer de costumbre y sosteniendo el libro cual si fuera un tesoro. Después nos metimos en la cama.

.....oOo.....

Así pasaron cinco años; yo, haciendo durar la ropa que doña Isabel iba dándome; poniendo el hombro a cuantos pidieron mi ayuda y encariñándome cada vez más con sor Verónica y don Evaristo.

Una noche, después de la lectura, el viejo soldado cerró la novela de Cervantes y, poniéndola en mis manos, dijo:

-Es tuyo, Fermín. Quiero que lo guardes como recuerdo mío. Vayas donde vayas, llévalo contigo, que más de una vez encontrarás en sus páginas entretenimiento, y en sus relatos, cosas que meditar y sentir, para bien de tu espíritu y ejemplo para tu conducta.

Se acostó esa noche y no volvió a levantarse. Según el médico fue cosa de un enfriamiento agravado por la edad. Lo cierto es que don Evaristo se nos iba al otro mundo sin que nada pudiéramos hacer. La congoja apretaba mi garganta y una rabia

* Follón: (adj.) Vano, arrogante, cobarde y de ruin proceder.

* Harnero: (f.) Utensilio consistente en un aro con una malla u otro material agujereado fijados en él, y que sirve para cribar.

sorda me crecía en el pecho. Él había sido para mí el padre y el abuelo que nunca tuve.

Sor Verónica le atendía con el afecto propio de una hija. Yo no me separaba de su lado, tratando de complacer sus menores deseos y leyéndole capítulo tras capítulo de su *Don Quijote*. Don Evaristo me lo agradecía con sonrisas macilentas.

Murió una madrugada en brazos de sor Verónica, tratando de inhalar con esfuerzo el aire que no llegaba a sus pulmones. Y no digo más. No quiero abundar en detalles de angustias y pesares cubiertos desde entonces, poco a poco, por las arenas del tiempo.

CAPÍTULO 3

Era un cuarto a mi medida, con una ventanilla que, al recibir el sol por las mañanas, me lo arrojaba a la cara diciendo: “¡Eh, arriba, que ya es hora!”. Obediente, sacudía las últimas hilachas del sueño para vestirme y correr a cumplir con mis obligaciones; entre otras, ayudar al padre Rafael en la primera misa. Porque habréis de saber que tras la muerte de don Evaristo Saavedra, sor Verónica y el cura acordaron que fuera yo a vivir a la casa parroquial.

Trabajo me costó dejar la estancia donde crecí al amparo del viejo. Con él surqué mares, penetré selvas de pesadilla, planicies extensas como continentes, ríos sin orillas y montañas... todo a lo grande. Fue un duro golpe perder a un mismo tiempo el cariño del anciano y los relatos de sus aventuras.

Estaba yo en los trece años, edad en que a nuestro alrededor hacen sus piruetas los fantasmas de la incertidumbre y los desasosiegos.

.....oOo.....

En la sacristía, el cura don Rafael acababa de ponerse la casulla*.

-Otra vez tarde, Fermín...

Nada dije. Callar a tiempo fue siempre una de mis pocas virtudes.

Rápidamente me planté encima el blanco sobrepelliz* y con el incensario marché al altar. Me siguió el sacerdote con paso medido y entrelazadas las manos.

El templo estaba casi vacío. Unas pocas viejas se arrodillaron con trabajo cuando nos vieron. Las otras estarían saliendo para sus tareas en el campo.

Observar a los sacerdotes mientras oficiaban, era uno de mis entretenimientos. Dividíalos en dos clases: aquellos que ponían unión en el 'sacrificio diario del Divino Maestro' y los que hacían de la liturgia una tarea profesional, aprendida de memoria y recitada a la ligera. El padre Rafael arrimábase a los primeros. Los ornamentos sagrados le caían a medida; eran parte de sí mismo, formando un todo de sugerencias extraordinarias con los ademanes que imponía a su espigado cuerpo. Monaguillo suyo desde mucho tiempo atrás, jamás lograba sustraerme al encanto ritual que en él era algo intrínseco, sobre todo en el ofertorio. Llegaba al corazón de los fieles de manera sutil, alegre, tan natural como los rayos del sol jugando entre los bancos o haciendo resaltar de gozo el dorado de las imágenes.

.....oOo.....

Estaba yo predestinado a sufrir influencias de personas fuera de lo común. Habréis visto el carácter de sor Verónica y su mística consciente; la altivez caballeresca de don Evaristo con su *Quijote* a cuestas...

* Casulla: (f.) Vestidura que se pone el sacerdote sobre las demás para celebrar la misa, consistente en una pieza alargada, con una abertura en el centro para pasar las manos.

* Sobrepelliz: (f.) Vestidura blanca de lienzo fino, con mangas perdidas o muy anchas, que llevan sobre la sotana los eclesiásticos, y aún los legos que sirven en las funciones de iglesia.

Pues bien, aparecía el cura Rafael oprimido por un medio opaco, de bostezar pueblerino; él, que guardaba en sí la fuerza de un Colón o de un Magallanes, esmerilada por una fe sin cortapisas*. No exagero: Rafael Carranza ardía en el fuego sagrado de la Conquista; en el volcán oculto bajo un manto de tomillos y amapolas. Una chispa, un choque al parecer intrascendente, y lo veréis saltando por encima de los vallados del conformismo y la medianía. ¡En buenas manos habíame puesto sor Verónica!

Me pregunté muchas veces: Qué designios encerraba la decisión del Altísimo de permitir que me abandonaran en el torno de un convento, para luego ser parte de una trilogía capaz de llevarnos a la cúspide de insólitas hazañas o a los más espectaculares derrumbamientos. Qué españoles somos, para brillo de nuestros laureles y vergüenza por las propias miserias.

Con lo dicho, no alimenten los lectores fantasías alrededor de mis orígenes, más dignas de arcaicos que de una realidad puesta en su punto. ¿Cómo ser yo el resultado de un desliz cometido por una princesa descarriada o por la imprudencia de un noble hecho a lo donjuán? ¡Vaya! ¿No basta mi cuerpo para negar semejante extravagancia? Si os muestro mi retrato veréis en él a un vulgar campesino, de padres campesinos y abuelos campesinos; y entre tanto campesinado incluyo a las abuelas para que no haya dudas sobre mis ancestros. Mas no toméis esto como descripción de mi persona, pues debo aclarar que si bien llevo sobre los hombros la vulgaridad de la herencia, debo señalar (aunque mi humildad se deteriore) que no era yo del todo feo ni desgarrado. A fin de cuentas, el hecho de nacer en cuna de oro no es garantía de belleza o distinción; reyes hubo en nuestra España con figura de vasallos, y vasallos con figura de reyes. En cuanto a las ropas con que envolvieron mi cuerpo casi recién nacido, os aseguro que, aún rebuscando mucho, no encontraríais lienzo de más baja calidad. Y cumplido el paréntesis, necesario a mi entender para una buena comprensión de la historia, volvamos a nuestro cura don Rafael Carranza.

Era poco amigo de hablar mucho o a destiempo. Con sus cuarenta años encima, siempre se mostró dispuesto a empezar la vida en cada jornada; y en cada jornada, pulir sus fuerzas espirituales para lo que Dios quisiera. Sabía de todo: desde ayudar en 'riegas' y vendimias, hasta meterse en la más empinada teología. El latín era para él lengua de entrecasa y familiares los autores clásicos que manejaba con la ciencia y el arte de un erudito.

Mas permitidme deciros que no todo en él fue 'agua de rosas'. A su lado sufrí mucho el hambre. Pues ¿no se le había ocurrido al 'santo' hombre que hacer vida de anacoreta* fortalecía el espíritu y eliminaba venenos?

Y allí estábamos diariamente comiendo lo que una vieja sorda y fea nos ponía delante: patatas lavadas o unas habas con tirillas de bacalao, u otros 'manjares' por el

* Cortapisas: (f.) Obstáculo, dificultad.

* Anacoreta: (m y f.) Persona que vive en lugar solitario, entregada enteramente a la contemplación y a la penitencia.

estilo. Y dábase el caso de que don Rafael rengueaba en tal sentido no por avaricia o escasez de recursos: es que así entendía él la comunión perfecta entre cuerpo y alma. Gracias a mis frecuentes mandados al convento, donde me regalaban buenos trozos de longaniza y pan, iba sobrellevando las escasas raciones de la iglesia. Pero algo más contribuía al regocijo de mi estómago. Al pequeño Diego, hijo del médico y la señora Isabel, se le metió en la sesera rechazar la comida si yo no le acompañaba para entretenerlo con payasadas, y como el niño era de poco comer y enclenque por naturaleza, la madre rogábame siempre que participara de las sustanciosas comidas de Diego, quien festejando mis ocurrencias, comía cuanto su madre le echaba en la boca.

-¡Fermín! -solía decirme la señora Isabel- No imaginas cómo aprecio tu ayuda. Anda, come, que bien lo mereces.

No me hacía de rogar. Entre bromas y risas llenaba mis carrillos y mascaba sin miramientos. Debo decir, en mi descargo, que hacía aquello no por sacar ventajas; quería al niño y el inventar pantomimas de titiriteros era una de mis diversiones favoritas, y mi estómago agradecido se permitía dar al cuerpo lo que desesperadamente necesitaba para bien de su normal desarrollo.

Así fue pasando el tiempo: estudiando; monaguillo por las mañanas y comensal de la señora Isabel en los almuerzos; los mandados al convento y no dejando por ello de participar en cuanta guerrilla hubiera entre muchachos, de las cuales, más de una vez, salí descalabrado y renqueante*.

.....oOo.....

Estábamos a finales de diciembre y toda la chiquilinada revuelta y ansiosa con los preparativos de el Zangarrón, una fiesta pueblerina; la mascarada anual que entronca con la celebración del santo patrono y las felicitaciones de las Navidades y el Año Nuevo. El Zangarrón es el protagonista indiscutible de la fiesta; representa la encarnación del mal; y una inversión de roles hace que aparezca en su juego de siglos como protector de San Esteban. Dice la leyenda que en tiempos pretéritos una temible peste diezmó al pueblo. Los vecinos recurrieron a San Esteban; pero el santo, al parecer, se negó a atender sus peticiones. El cura se decidió a sacarlo en procesión con gran enojo de la gente, la cual, amotinada, lanzó piedras al santo. Entonces apareció un enmascarado vestido en forma estafalaria que atrajo la atención del público llevándole detrás de sí. De tal modo, el diablo, o sea el Zangarrón, paradójicamente salvó a San Esteban de ser lapidado por la turba. Según las versiones, el mamarracho fue un vecino; y un vecino, hombre joven, es el que en la actualidad representa al Zangarrón.

Llegó el día de la fiesta y por calles y callejas comenzaron las corridas de los chiquillos y las expectativas de los grandes. El Zangarrón andaba suelto. Yo corría a la par de los demás, enfervorizado con las risas, y temeroso, no lo niego, de tropezarme de

* Renqueante:(Part. intr.) Andar o moverse como renco, oscilando a un lado y a otro a trompicones.

lleno con el esperpento de horrible careta, un cinturón que sujetaba cencerros, cintas por cabellos y calzas y jubón hechos con retazos multicolores y en la mano derecha una vara con dos vejigas de cerdo infladas y sujetas en la punta; con ellas zurraba sin piedad a quienes hallara delante. En sus correrías el disfrazado metíase en las casas por ventanas y puertas, haciendo así valer sus prerrogativas como representante del mal en la Tierra. ¡Si habré recibido vejigazos en el intento de torearle y correrle detrás por entre el pueblo alborotado!

Años después viendo las danzas rituales de los indígenas americanos, pude constatar que no había mucha diferencia entre el Zangarrón y el simbólico expresionismo de los mal llamados salvajes.

Pues bien: (y aquí viene la razón de esta historia con el Zangarrón como figura) el señor pregonero real no tuvo mejor idea que ir a cumplir su trabajo precisamente en ese día. Montado en una mula, con el tricornio en la cabeza y un tambor al costado que hacía redoblar para llamar la atención, detuvo su cabalgadura frente a la iglesia y, desenrollando un cartel, se puso a leer con voz estertórea* lo que en él estaba escrito:

-“Señores vecinos, en nombre de vuestro Rey Carlos III, que Dios conserve, hacemos saber que su majestad ha dispuesto abrir un registro para que en él se inscriban aquellos que deseen trasladarse a un lugar del Nuevo Mundo llamado Patagonia...”

El pobre hombre no pudo seguir. De golpe, cayeron sobre la mula y el jinete vejigazos a granel, mientras en torno saltaba la estrafalaria figura de el Zangarrón con su careta aulladora; todo acompañado por el infernal griterío de los niños y las carcajadas de los grandes. Se encabritó la mula, se asustó el pregonero y el diablo no soltaba la presa azuzado por la bulla que festejaba sus ocurrencias. De no haber sido por el cura que salió en auxilio del pregonero real, jinete y tambor habrían rodado por el suelo. Mas el padre Rafael hizo que el Zangarrón se alejara un tanto, sujetó a la bestia por el roncal, y ayudó como pudo a que el pregonero bajara y fuera con él al interior de la casa, no sin antes gritarme:

-¡Fermín! Ve y ata la mula, pues asustada como está, capaz es de empezar a los coces con medio mundo...

No sin aprensión, pues la mula estaba realmente recelosa y espantadiza, la llevé hasta una argolla puesta en la pared, mientras procuraba calmarla.

-¡Sooo! Tranquila, pregonera, tranquila...

Una vez atado el animal, dudé entre seguir a el Zangarrón o entrar a ver qué ocurría con el hombre del sombrero de tres picos. Opté por lo segundo. Allí, en la sala, el pobre jinete, pálido y sudoroso pese a que estábamos en invierno, se hallaba sentado frente al cura con una copa de jerez en la mano no del todo firme, mientras decía:

-Vaya ocurrencia la mía, señor cura. Venir a pregonar aquí justamente hoy...

La verdad es que no fue un acierto; aunque bien pudieron advertirle en Zamora que

* Estertóreo: (adj.) Que tiene estertor, respiración anhelosa, generalmente ronca y silbante, propia de la agonía o del coma.

en este pueblo es fecha de que el demonio ande libre.

-Pues sepa, reverendo, que esta burla a la autoridad han de pagarla cara. No así... porque si se interrumpe con payasadas la lectura de un bando real.

-Cálmese y olvide lo ocurrido -expresó el padre Rafael-, nadie hará caso de su denuncia. Es tradición de siglos que en este pueblo y en este día, el diablo haga lo que se le antoje. Y no es tan sencilla la cosa. El Zangarrón, corriendo de un lado a otro, entrando y saliendo, castigando con las vejigas a diestra y siniestra, es la representación de la más absoluta libertad; esa que el pueblo otorga con pleno derecho. Si en lugar de ser usted el objeto de los vejigazos hubiese sido yo, tenga la seguridad de que, sin dudar, habría permanecido inmutable y sonriente; y soy el cura, amigo; el representante de Dios en la Tierra y cuidador de la moral cristiana; pero también hombre respetuoso de las decisiones del pueblo en su conjunto.

-*Vox populi, vox Dei*, dije yo casi en susurro.

-Sí, muchacho: -exclamó el cura sonriente- “La voz del pueblo es la voz de Dios”.

-Eso huele un poco a falta de respeto a la autoridad -agregó el pregonero.

-Puede oler a cuero quemado, pero es cierto -remató el cura- y a fin de quitar asperezas al diálogo dijo presuroso:

-Anda, Fermín, trae unos bizcochos para acompañar el jerez.

Salí para cumplir con lo mandado. Pronto regresé portando una bandeja con bizcochos que puse arriba de la mesa, y me senté algo alejado de los dos hombres que habían proseguido la conversación de este modo:

-Me iré antes de la noche y sin leer el bando -decía el funcionario real-. Después de haber hecho el ridículo, pocos ánimos quedan para intentarlo de nuevo.

-Perded cuidado. Si no os parece mal haremos copia del decreto y yo lo leeré durante las misas.

-Se agradece el favor, señor cura. La verdad es que me libráis de un cargo de conciencia; el no cumplir con mi deber...

-Entiendo. Pero aún no sé qué dice el pregón...

-El rey, por intermedio de su Ministro Universal de Indias, invita a los súbditos de Zamora a que se trasladen a una región americana que se llama Patagonia en el extremo Sur. Todos los gastos correrán por cuenta de la corona y, además, los colonos han de recibir tierras, herramientas para trabajarlas, semillas para sembrar...

Con ojos muy abiertos el cura escuchaba; en silencio, esperando más explicaciones, pero entendiendo que el otro nada tenía para agregar, preguntó:

-¿El mensaje está dirigido únicamente a los agricultores?

-Sobre todo a ellos. Aunque a decir verdad, no desdeñan a gente de oficio, como carpinteros, albañiles, y hasta maestros de párvulos* y sacamuelas que entiendan de barbería y sepan curar dolencias comunes.

* Párvulos: (m. y f.) Niño que está en el primer estadio de la enseñanza escolar.

Además de hablar, el pregonero no perdía tiempo y remojaba con el jerez los bizcochos que se echaba a la boca, uno tras otro con asombrosa regularidad. Los ruidos de la fiesta iban y venían según el recorrido de la máscara. La escena aparecía intrascendente, aunque extraña por las actitudes del cura que no hacía otra cosa que moverse en el asiento cual si tuviera hormigas en el trasero. Hasta que lanzó la pregunta:

-¿Y sacerdotes?

-Que yo sepa... -respondió el hombre del tricornio-. Aunque nada tendría de particular el que también manden religiosos, ya que hay tantos salvajes para llevar al redil de nuestra Santa Madre Iglesia.

-Por supuesto. ¿O creéis menos importante salvar el alma de los pobres indígenas que cultivar tierras y amasar fortunas?

-Perdone, el señor cura, pero mi cabeza no da para tanto. Son cosas que le explicarán mejor en el Ayuntamiento de Zamora.

Quedó el padre Rafael pensativo y tamborileando suavemente con los dedos en la mesa, en tanto que el hombre del rey daba fin al último bizcocho y hacía la pregunta de rigor.

-¿Acaso está el señor cura interesado por viajar a la Patagonia? Si así fuere, piénselo bien. He oído que esas tierras no son un Potosí. Quienes allí vayan, será para doblar el lomo sobre los surcos; y bien sabemos que pisando terrones nadie se hace rico. Y menos si van con ánimos de evangelizar. Le ruego que tome mis palabras con discreción, pues si las mismas llegaran a caer en oídos interesados, adiós con la canonjía* que tanto me costó conseguir.

-Perded cuidado, buen hombre. Por nosotros no correrá peligro vuestro trabajo. Dad a Fermín el bando para que lo copie y pueda yo así cumplir lo prometido.

Me dio el hombre el rollo de pergamino y yo me apresuré a transcribirlo, mientras la conversación recaía sobre el alboroto en la calle y la conveniencia o no de seguir su camino el pregonero.

-¿Creéis, señor cura, que podré acercarme a la carretera sin toparme con el demonio? Me gustaría no llegar a Zamora demasiado tarde.

-Estemos atentos. Cuando el Zangarrón corra hacia el lado contrario, montad la mula y alejáos cuanto antes. Fermín le acompañará para indicarle el camino más corto, que lo hay, y menos concurrido.

Hizo caso el pregonero a las sugerencias del cura. Cuando la algarabía se trasladó en dirección contraria a la carretera, montó en la mula y nos marchamos a paso vivo; apuro que no hizo nada por impedir el diálogo siguiente:

-Según parece, muchacho, tendrás cura por muy poco tiempo, ¿eh? -comentó el jinete mientras miraba a uno y a otro lado temeroso de que apareciera el esperpento y sus vejigas-. Don Rafael anda con ganas de meterse a misionero.

* Canonjía: (f) coloq. Empleo de poco trabajo y bastante provecho.

-No lo sé -respondí discreto-. Nunca mencionó ante mí tales propósitos.

-Pues ya verás, ya verás... El cura es hombre joven, decidido y este pueblo debe estar resultándole como una piedra de molino puesta al cuello.

-El padre Rafael es hombre de mucho estudio y no creo que necesite de banderillas para tomar decisiones.

-El tiempo lo dirá. Soy perro viejo y conozco de estas fiebres a las cuales he puesto un nombre: correcaminos. ¿Entiendes, muchacho?

-Sí, señor.

La carretera estaba a la vista y libre para tranquilidad del pregonero. Nos dijimos adiós y emprendí el regreso cual si el tambor del funcionario redoblara en mi cabeza. No creáis que yo veía como disparates los comentarios sobre las ansias misioneras de don Rafael. ¿Acaso no había notado yo las hormigas recorriendo su cuerpo? ¿Y los dedos repiqueteando en el tamboril de la mesa? Recordé lo mucho que me había explicado don Evaristo sobre esa especie de locura que se apodera de uno ante el mágico nombre de América; aventuras, riquezas y glorias bailando en el ruedo de la esperanza; miserias, traiciones y crueldades retorciéndose igual que nidos de culebras. Y yo, con apenas un poco más de trece años encima, atenaceado por un miedo teñido de soledad. ¿Qué sería de mí si al padre Rafael le entraba la picazón de redimir salvajes?

Casi sin darme cuenta aparecí en el promontorio donde estuviéramos el viejo soldado y yo hablando de estas cosas. Era más o menos la misma hora de aquel entonces. Pero los campos estaban vacíos de gente debido a la fiesta. Y lloré, lloré como nunca en uso de razón: silenciosamente.

Cuando llegué a la iglesia no encontré al padre Rafael por ninguna parte. Supe al fin que se había encerrado en su habitación. No dio señales de vida hasta la hora de cenar, cuando entró en el comedor sonriente y lanzando un latinajo, que yo me apresuré a traducir. Cumplíamos una vez más el rito convenido de aprender jugando. El mismo sistema empleábamos con otras materias, como la historia de la Filosofía por la cual andaba transitando.

Entró la vieja con una fuente de sopa hecha con pan, ajo y pimentón. No olía del todo mal. Después apareció en la mesa un mejunje combinado con arroz y guisantes pegajoso e insípido. Hecho ya a los almuerzos abundantes y sustanciosos de la señora Isabel, difícil me resultaba hacerlo pasar por el garguero. En cambio, el señor cura comía indiferente, más atento a sus meditaciones que al 'engrudo'. Con el arroz y los guisantes terminó la cena. De sobremesa, me dijo el prelado:

-Mañana debo ir a conversar con sor Verónica. Deseo que vengas conmigo, pues en cierto modo es posible que hablemos de tus estudios y en la manera de encauzarlos. ¿Entendido, Fermín?

Se me llenaron los ojos de lágrimas, y al no poder contenerme, lancé el exabrupto:

-Queréis iros a la Patagonia, ¿verdad?

Dio el cura un respingo y me observó con fijeza. Después, ceremoniosamente,

expresó:

-Tú lo has dicho. Aunque mis proyectos dependen de muchas cosas: del señor obispo, de la gente del Ayuntamiento, de ti mismo. Porque sabrás comprender que no está en mi ánimo abandonarte a la buena de Dios.

-Si el señor cura se marcha a América, yo iré también -dije con el ceño fruncido y un sollozo que me gorgoteó en la garganta-. Si es que usted, padre, quiere hacer el *Don Quijote*, nada impedirá que yo haga de Sancho Panza, o de Rocinante si es preciso, pero aquí no me quedo. Por ser ella mujer perdí a sor Verónica; después don Evaristo se fue al otro mundo y me dejó solo. Y ahora el señor cura...

-Detente, detente, Fermín, y no desbarranques. Apenas eres un muchacho que ignora lo que le conviene. ¿Crees que ir a la Patagonia es lo mismo que llegar hasta el viejo molino? ¡Por Dios! Ni se te ocurra mencionar semejante despropósito ante sor Verónica, o se arma la de san Quintín.

-¡Que se arme el diluvio! ¡Pero donde vaya el cura irá el monaguillo!

-Combativo estás, muchacho.

-Defiendo mis razones.

-Veo que has adelantado más de lo debido.

-A usted y a sor Verónica lo debo.

-Parecemos, Fermín -dijo riendo por lo bajo- personajes de la picaresca española: *El Lazarillo de Tormes* o *El Buscón*, de Quevedo... ¿Los has leído?

A la vista estaba que el padre Rafael pretendía escaparse de mi arremetida. Pero ¿qué otra podía hacer que no fuera contestar a su pregunta?

-No, señor cura, no los he leído.

-Pues debieras hacerlo. A tu edad me volvía loco leyendo y releiendo lo que muchos tildan de fábulas insustanciales. Esas novelas y los relatos de viajeros famosos fueron culpables de que mis estudios no marcharan siempre como debiera; Marco Polo, Vasco da Gama, Sebastián Caboto y otros, y otros... Hombre, si no hacía otra cosa que viajar por el mundo en alas de una fantasía puesta en mis manos por obra y gracia de los textos que, explicando lo real, mueven a ensoñaciones y a prodigiosas aventuras.

-Igual cosa le ocurrió al *Caballero de la Triste Figura* -le respondí por decir algo.

Me miró el padre Rafael como si no me hubiese entendido. Después preguntó:

-¿Te refieres a *Don Quijote de la Mancha*?

-Al mismo.

-¿Lo has leído?

-Es mi libro de cabecera; después de la *Imitación*... claro.

-Vaya, vaya... -razonó concisamente- Conque *Don Quijote*... ¿eh?. Y yo sin saberlo. ¿Puedo preguntarte de dónde te viene semejante apego.

Le expliqué el origen de mi entusiasmo por el libro; el parentesco de don Evaristo con el autor; las hazañas del viejo soldado por los campos de América, o de la Mancha; pues no creía -le dije- que tuviera muy claras cuál era la una y cuál la otra... Todo comentado con el énfasis y la imaginación de un chiquillo, claro. El cura escuchaba sin

perder palabra. Y yo, viendo su interés, adornaba el relato con guirnaldas entretejidas por la ficción. Hasta que, en medio de una pausa hecha por mí para tomar aliento, metió baza* y dijo pensativo:

-Mira que tenerle tan cerca... Y yo sin saberlo...

Esta vez fui yo quien miró a don Rafael con la boca abierta.

-Sí, Fermín. Nunca pensé que el viejo hortelano fuera el don Evaristo Saavedra mentado en más de una carta por don Juan de San Martín, un paisano mío de Palencia que fue a radicarse con su esposa, Gregoria Matorras, a un lugar llamado Yapeyú, en el Virreynato del Río de la Plata. En tal correspondencia me pedía que tratara de recabar noticias sobre el tal Saavedra, del cual se hizo muy amigo al paso de este por Yapeyú, yendo de Lima a Buenos Aires. Pero a pesar de todas mis averiguaciones, nunca pude dar con tu querido don Evaristo. Y ahí le tenía, a un tiro de honda...

-De haber apreciado un poco más a los curas, quizás el viejo soldado se hubiese acercado un poquito a usted, y entre palabra y palabra... ¡Pero qué! Simpatizaba tan poco con las... Bueno...

-Dilo, hombre, dilo.. ¡Con las sotanas! Razones tendría. “El hábito no hace al monje”, pequeño; y no pocas veces es tapadera de maldades. “Cosas veredes, Sancho...”, dice tu amadísimo personaje, ¿verdad? Y yo te digo, Fermín, pese a tus pocos años (y que Dios me perdone), que la comprobación de tales hipocresías es lo que me lleva a buscar nuevos horizontes.

-A eso... y a sus muchas lecturas de libros de caballería.

Sonrió. Luego dijo con travieso mohín*.

-Procura que nadie se entere, pero en cierta medida tienes razón. ¡El mundo es nuestro, Fermín! La lengua castellana y nuestra fe han roto los moldes de lo imaginable. Y sin embargo, aquí estoy, medrando en un pueblo mísero y haciendo de confesor de monjas o de pobres viejas con pecados sin pecados... ¡Cuando hay tantos hijos de Dios a quienes convertir! Y yo, viendo pasar el tiempo entre libros sin vida y dejando la vida entre los libros, mirando con ojos de ciego el gran volumen de la Historia viva que me reclama que trata de hacer de mí una herramienta de conversión. ¿Entiendes ahora el por qué de mis reacciones ante la charla del pregonero?

Oía aturdido. ¿Quién era yo para que el señor cura se dignara en hacer de mí cofre de confidencias? ¿Es que un muchacho es capaz de asimilar y retener tan elevadas meditaciones? Los años me ayudaron después a discernir el meollo de la cuestión. El padre Rafael no hacía otra cosa que ventilar su espíritu. Un perro le hubiese servido con igual medida. ¡Cuántas veces habremos utilizado un animal o un pájaro como depositario de nuestros razonamientos! Pues el sacerdote me tenía a mí; de mí dependía sor Verónica para ensayar muchas de sus disquisiciones de alto vuelo; y no dejemos de lado a don Evaristo cuando se despachaba sobre sus aventuras, entreveradas en los

* Baza: (loc. verb.) coloq. Intervenir en asuntos o conversaciones de otros.

* Mohín:(m.) Mueca o gesto.

últimos tiempos con las de *Don Quijote*. Mas dábale el caso en la tábula rasa* de mi entendimiento el punzón calaba hondo y allí quedaba, para que luego lo analizara del revés y del derecho.

-... Pero debo decirte -continuaba el cura- que no son de ahora estas mis desazones por escapar de la rutina que entumece y ahoga mi sentido del apostolado...

-Pues vayamos a la Patagonia, ¿qué esperamos?

Rió una vez más el cura de mi ocurrencia y dijo amonestándome:

-¡Ni lo pienses! Tus estudios, primero. Luego harás lo que tú quieras. Con que ya sabes: primero, el seminario.

-Si piensan hacer de mí un sacerdote, seré un sacerdote sin vocación; una tapadera de maldades tal cual señalara vuesa merced.

Me miró cual si hubiese quedado sordo.

-¿Qué dices? ¡Hombre, vaya novedad! Siempre te creí destinado a servir a Dios y a su Iglesia.

-A eso estoy destinado por ser cristiano y defensor de la fe; pero sin sotana y sin tonsura*.

-¿Sabe sor Verónica de tu... apostasía?

-Nada le he dicho. Pero tened la seguridad de que la aflicción de la Madre Superiora no será tanta.

Un viento helado había corrido a la gente y hecho de el Zangarrón tan solo un tema para comentar alrededor de las brasas. La vieja ama apareció con un brasero que puso debajo de la mesa.

.....oOo.....

La semana posterior a la fiesta estuvo llena de expectativas. El padre Rafael viajó dos veces a Zamora, tuvo otras tantas entrevistas con sor Verónica y pasaba a mi lado como si no existiera. Ni la llovizna persistente y helada era motivo para que el cura se quedara quieto. Guarecido bajo su enorme paraguas, andaba de un lado a otro nervioso y preocupado como quien tiene grandes problemas para resolver y no da con las soluciones. Yo sentía que todo aquello era consecuencia de la picadura del tábano encerrado en el bando real y por lógica deducía que mi nombre iba de la mano con los ajetreos del cura.

Tras la llovizna, un sol tímido manchaba de claridades la cerrazón. Después de la misa me dijo don Rafael:

-Oye, Fermín. Llégate al convento, pues la madre superiora quiere hablar contigo.

La madeja empezaba a devanarse y como para mí siempre era una fiesta

* Tabula rasa: (f) Tablilla sin escribir// (loc adv) Para expresar la acción de no tener en cuenta hechos pasados.

* Tonsura: (f) Porción tonsurada de la cabeza, ordinariamente de forma circular.

* Apostasía: f. Acción y efecto de apostatar. Abjuración, retractación, perjurio

entrevistarme con sor Verónica, dejé el desayuno y salí corriendo hacia la colina. Encontré a mi querida monja en su despacho, rodeada de papeles y atenta a la consulta de un libro. Aguardé en la puerta. No advirtió mi presencia y así pude estudiar el rostro inmerso en la intimidad, sin los involuntarios retoques del fingimiento. Con dolor comprobé que la madre superiora estaba envejeciendo. Sus ojos esforzábanse en la lectura y pequeñas arrugas decían que el tiempo no pasa vanamente. Estoy seguro que a no ser por la toca hubiese visto su cabello sembrado de canas. Arrepentido de mi indiscreción, carraspeé a fin de hacerle notar mi presencia. Al verme, sonrió como los ángeles.

-¡Ah! ¡Eres tú, Fermín! Ven a mi lado.

Me acerqué. Tomó mi cabeza entre sus manos y me dio un sonoro beso en la mejilla. ¡Dios! ¡Cuánto hacía que no me besaba de esa forma! Sin embargo, al tiempo que mi alma se estremecía de gozo, una aprensiva premonición la apretaba casi hasta las lágrimas.

-Anda, trae la silla y siéntate a mi lado -me apuré con gracioso ademán-. Así oirás mejor lo que debo decirte.

Acerqué la silla cuanto pude y me preparé para escuchar la sentencia.

-¿Sabes que el padre Rafael nos deja? Pues, hijo, se le ha metido entre ceja y ceja el disparate de irse al otro lado del mundo a evangelizar indios. ¡Cómo si aquí no hubiese salvajes tan necesitados o más de la palabra de Dios!

-Y yo iré con él -dije con la cabeza gacha.

Me miró sin decir nada, esperando quizás que yo ampliara el comentario. Más dándose cuenta de mi decidido estancamiento, habló con palabra lenta y ademán reflexivo.

-Sí, algo me dijo el señor cura. ¡Ay, Fermín! ¡Estás loco! ¿A qué viene semejante barbaridad?

-No quiero verme solo otra vez. ¿No es razón valedera?

-¿No me tienes a mí?

-¿Hasta cuándo? A medida que vaya creciendo nuestras entrevistas se harán cada vez más difíciles... Si cumplidos mis ocho años resultó imprudente mi permanencia en esta casa, ¿qué puedo esperar cuando me convierta en mozo hecho y derecho?

Viendo un gesto de estupor en el rostro que más quería en el mundo, agregué a modo de disculpa:

-Perdóneme, Madre, pero no sé decirlo de otra manera.

-Pero, hijo... ¡Si has hablado muy bien! Cosas claritas pide el Señor. Mas creo que desviaste el tiro un poquitillo. Vamos a ver si aclaramos mejor las cosas. En el amor carnal, digamos, justa es la presencia de un alma al lado de la otra. No podría ser distinto sin caer en grandes sufrimientos. El amor espiritual, en cambio, está hecho de sensaciones, a veces sublimes como es la adoración al Altísimo. Y no necesitan de un acercamiento material, pues viven en la plenitud de saberse correspondidos. ¿Qué otra cosa es el amor entre hermanos cuando este es puro? Ocurre igual entre la madre y el

hijo. ¿Entiendes, Fermín? Pues has de cuenta que soy tu madre y lo seguiré siendo aunque estés a una legua o te vayas al otro extremo del planeta.

Oía a sor Verónica boquiabierto. Cada palabra era música para los sentidos, aunque ello no impedía que siguiera en mi terquedad. Continuó, pues, el tira y afloja. Ella, empeñada en que yo debía tener por meta la universidad, puesto que estaba sobradamente dotado para alcanzar los picos más altos de la sabiduría.

-Mirá que largarte al azar -me decía seria y cejijunta-, cuando tienes todo a la mano para brillar en España a grandes alturas.

-Sobre mí se ceñirá siempre, madre, la sombra del expósito.

-Déjate de frases tontas, Fermín; y no pienses a lo pequeño, que hombres de todos los colores y orígenes han llegado a sentarse en tronos o a meterse en los santuarios.

Era inútil el querer convencerla de que yo no era ningún genio. Machacaba en su idea fija de hacerme doctor de la iglesia o de lo que fuere.

Hasta que inició el retroceso perseguida por los mandobles* de mis argucias*, desordenados casi siempre, pero categóricos y eficaces en sus empecinamientos. Me decía la querida monja, por ejemplo:

-¿Qué te hace suponer que así porque sí han de permitir a casi un niño viajar a la Patagonia?

-No viajaré solo, sino con el padre Rafael.

-Nuestro buen cura no es tu padre a los ojos de la ley.

-Pues me iré escondido en la bodega de cualquier nave... o me haré grumete, o qué sé yo. Pero de algún modo llegaré a América donde hago más falta que aquí.

-Sí, anda que estarán esperándote para convertirte en virrey o emperador de todas las Indias. Hijo, nunca imaginé que pecaras de testarudo.

-Pues hora es ya de que empiece a ver en mí algunos defectillos.

Y entonces atacué a fondo.

-Lo que me atormenta, madre, es dormir sobre los laureles, como decía don Evaristo. Es pecado desperdiciar lo que otros hicieron a fuerza de coraje y sacrificios. Al paso que vamos, América no durará mucho en poder de España. Y quien ahora es dueña de medio mundo mañana será una mendiga postrada en su península.

¡Qué bien me estaban saliendo las frases aprendidas del viejo soldado! De tal forma las esgrimía, que sor Verónica escuchábame con ojos de asombro y firmemente convencida de estar acertada al considerarme un aprendiz de sabio. Así, lo que ganaba por derecha lo perdía por el revés, no saliendo de tal manera del círculo en que nos habíamos metido. Era pues cuestión de arreciar con los mandobles prestados.

-Pues allí iremos el padre Rafael y este su Fermín, madre. A la Patagonia. A poner el pecho entre ladrones y piratas. A salvar para nuestra patria regiones grandes como continentes...

* Mandobles: (m. pl) Amonestación o reprensión áspera.

* Argucias: (f.) Sutileza, sofisma, argumento falso presentado con agudeza.

Estoy seguro, amigos lectores, que Dios habrá perdonado mi debilidad por los discursos ajenos. Mas los plagios me vinieron entonces de perilla para convencer a sor Verónica; sin saber yo, claro está, que no necesitaba ella de ser convencida. Sus actitudes eran tan solo el reflejo de dudas que saltaban en su conciencia y le ponían en el balancín de encontradas decisiones. Si estaba tan deseosa como el cura de entrar en el ruedo de la evangelización americana, o filipina, o la que se terciara, con tal de llevar su cruz en alto y la palabra de Cristo en el corazón.

-Bien, Fermín... -me dijo, dando así el tema por concluido-, hablaré con el padre Rafael; entre todos estudiaremos la forma. Y ahora ve, hijo, tengo mucho que hacer.

Me revolvió el cabello a manera de despedida. Salí a paso vivo. La senda que bajaba esquivando almendros y castaños se me hacía resbaladiza a causa de la tierra mojada por la lluvia; pero yo iba a los saltos, alegre, sin medir los riesgos de un revolcón.

Las casas mojadas parecían fantasmas contra el cielo plumizo. Las personas iban encogidas por el frío y soltando apenas un débil “adiós” cuando me las cruzaba en las callejas. Sintíendome con el alma llena de gorriones, me asaltó la necesidad de mostrarla a quien fuere. Y quién mejor que la señora Isabel. Allí fui. Cuando la buena mujer abrió la puerta me espetó a rajatabla.

-¿Qué haces por aquí tan temprano? Anda, entra pronto pues el frío arrecia.

Entré, alcé la cresta y dije de un tirón:

-Vengo a decirle que me iré a América con el padre Rafael a convertir indios y a fundar ciudades en la Patagonia.

-Hombre, eso sí que está bueno -me respondió mientras por los ojos soltaba unas chispitas burlonas que yo tomé por entusiasmo-. Y dime... ¿Dónde queda esa Pata... Pata...?

-Patagonia.

-Pues eso. ¿Está muy lejos?

-¡Uf! Más allá, mucho más allá de Buenos Aires. Donde termina el mundo.

-¿Buenos Aires has dicho? Mira la casualidad... en Buenos Aires vive una prima a quien no veo desde que era una chiquilla. Bueno sería que la saludaras en mi nombre cuando allí te encuentres.

-Eso, y cuanto la señora quiera mandarme.

-Y dime, Fermín... ¿Sabe el señor cura que tú andas regando sus proyectos de aquí para allá?

Quedé en suspenso cual si me hubiese pillado en falta. Respondí:

-Bueno... como saber... no lo sabe, pero que la señora Isabel...

-Gracias, hijo, por la confianza. Lo dicho quedará entre nosotros. Mas te aconsejo que sin la debida autorización de don Rafael a nadie digas sobre el dichoso viaje. Pueden no gustarle tus pregones y considerar que no le conviene un chismoso por compañero. ¿Está claro?

Avergonzado bajé la cabeza y no supe salir del atolladero. La mujer usó de la bondad

para consolarme, diciendo:

-No tomes tan en serio lo dicho, Fermín. Un tropezón no es caída y, si no se repite, nada habrá “entre dos platos”; y hablando de platos... ven hoy a comer. Tendré para el almuerzo un cocido con berzas*, chorizo y medio pernil de cerdo que te sabrá a gloria. Y basta de bulla por hoy, pues Dieguito duerme y no quiero que se levante temprano; hace mucho frío.

Agradecido besé la mano de la señora Isabel y silencioso marché a la calle dispuesto a no echar en saco roto la reprimenda. Con tales pensamientos y con el deseo de que algo hubiese quedado del desayuno, llegué a la casa.

* Berzas: f. col.

CAPÍTULO 4

Mi firme propósito de no decir palabra que tuviera relación con el viaje estaba resultándome pesado; y el cura, por su parte, nada decía que diera pie al rompimiento de mis intenciones. Mas a callar, que no era el caso de volver a las andadas para que otras 'isabelas' me tacharan de enredado y chismoso.

Siete días, contados uno a otro, transcurrieron a partir de mi entrevista con sor Verónica. Hasta que al fin, el señor cura se acercó hasta la mesa donde yo estaba estudiando. Puso tres libros a mi derecha y, con tono intrascendente, me dijo:

-Es bueno que aprendas la geografía de América. Empieza por abajo, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río de la Plata... para empezar.

Sin más, se marchó a su dormitorio. Quedé bajo los efectos del golpe dado tan sutilmente, tembloroso, indeciso, mirando los libros que, lo sabía, encerraban la tan esperada respuesta. Tomé el primero con aprensión, como si estuviera por abrir una puerta a lo desconocido. Era un tratado sobre Américo Vespucio, sus cartas geográficas y el relato de los viajes que realizara por las orillas del Nuevo Mundo; el otro, Magallanes y su búsqueda del famoso estrecho a lo largo de las costas patagónicas y por último, la odisea y muerte de Juan Díaz de Solís en la desembocadura del Río de la Plata, o Mar Dulce, como él lo nombrara.

Estábamos desayunando en la mañana siguiente cuando el sacerdote me dijo como quien no quiere la cosa:

-Fermín, mañana iremos a Zamora.

-¿Yo también? -pregunté con los ojos abiertos como platos.

-He dicho iremos, ¿no? Cuando termines de comer, llégate hasta la casa de Nicolás, el del molino y le preguntas si puedo contar con su caballo.

.....oOo.....

El rocín tenía mataduras por todo el cuerpo; flaco y derrengado de puro viejo, daba lástima verlo; pero en él íbamos presumiendo de jinetes por la carretera a Zamora: el cura sobre la albarda* y yo a horcajadas en las puntiagudas ancas del animal. Marchábamos a paso lerdo, pues éramos conscientes de que si lo apurábamos, el jamelgo bien podría quedársenos en el camino.

El aburrimiento suele aguzar el ingenio, y el ingenio la palabra. De allí que cura y monaguillo tanteara la búsqueda de algo que los entretuviera. Hasta que solté la inesperada pregunta.

-¿Por qué se hizo cura, don Rafael?

Tomado de sorpresa, contestó enseguida. Fácil hubiese resultado decir: "Porque me dio la gana"; pero no era el presbítero amigo de salidas tan extremas. Tanto pensó que creí me daba el silencio por respuesta. Pero no; al cabo de gruñir desmañados introitos,

* Albarda:(f.) Especie de silla de montar, de cuero crudo o curtido.

expresó decidido:

-Dime, Fermín. ¿Has intentado alguna vez apretar una brasa? ¿Tenerla en el puño? No, ¿verdad? Mas has de cuenta que esa brasa que no quema; soplada por Dios, se convierte en llama que no calcina; es fuego de amor vivo que va moldeando el espíritu a la medida sin medida de la eternidad... A eso lo llamo vocación sacerdotal.

Calló el padre Rafael. El caballo marcaba con sus herraduras el suave tac-tac de la marcha. No me atreví a romper el silencio. Cualquier palabra o frase resultaría con sabor a nada. Fue el mismo cura quien interrumpió la pausa, diciendo:

-¿Te imaginas, hijo, lo que debe ser una brasa de tal magnitud en un alma sin vocación? El infierno por dentro; Satanás soplando para que todo el cuerpo se retuerza en la quemazón de un imposible; el odio de la rebeldía cayendo sin retorno en la medida sin medida de esa misma eternidad. Por tal causa, jamás intento llevar a nadie al sacerdocio. El elegido sabrá escuchar la voz y encontrar la llama de la verdadera santificación. Espero, Fermín, que en lo dicho tengas la respuesta. Quizás no la encuentres del todo clara, pero ninguno de los Misterios se muestra claramente. De otro modo no serían Misterios. Así llegamos al puente que, atravesando el Duero, deja en las puertas de Zamora. No conocía la ciudad, por lo tanto, iba yo embobado viendo, ya, tantas casas y altísimos campanarios. Pero la suerte quiso jugarnos una mala pasada, y he aquí el caballo duro en la entrada misma del puente. Como yo, el animal jamás se había topado con semejantes cosas, y vaya uno a saber qué miedos le asaltaron. Lo cierto es que no arrancaba. Al fin tuvimos que apearnos y, de la rienda, meterle en vereda y llegar a la otra orilla en medio de las risas y burlas de jinetes y caminantes.

Pasado el puente el pobre rucio* tuvo que sufrir una vez más el peso de nuestras humanidades. A fuerza de taconeos nos llevó a una venta donde, por un real apenas, el señor cura logró que le dieran pienso al caballo y a nosotros humeantes tazas de caldo con buenos trozos de pan, que sirvieron para quitar de nuestros cuerpos la tembladera causada por el frío.

El interior de la posada me pareció un calco de aquellos en los que *Don Quijote* sufriera tantas desventuras. No pude terminar la reflexión, pues el padre Rafael la cortó al preguntarme:

-Dime, Fermín.... ¿Empezaste alguno de los libros que te di a leer?

-Sí, señor cura -respondí prontamente-. El de Américo Vespucio todavía no lo acabé, pero en él hay algo... bueno...; pareciera que hubiese querido engañar a la Historia. Porque eso de ponerle América al mundo descubierto por el solo hecho de haber Américo Vespucio dibujado unos planos...

-Los méritos de Vespucio no están únicamente en los planos que hizo, sino también en los muchos viajes que debió realizar para dejarnos tales cartografías. Pero no hay duda que el trastrueque de nombres huele un poco a farsa. Más así es la historia, hijo.

* Rucio: Dicho de un animal, especialmente de una caballería: De color pardo claro, blanquecino o canoso. Apl. a asno o a caballo, u. t. c. s.

Hay en ella infinidad de tramoyas que hacen pensar en las comedias de enredos. Bien podemos tomar como ejemplo lo que a nosotros nos toca de rebote: la urgencia de su majestad Carlos III al pretender remediar en dos días un error de siglos: la repoblación de la Patagonia. ¿Y todo por qué? Muy simple: a la señora Historia le ocurrió lo que a muchos autores que no aciertan con la manera de hallar desenlace para ciertos enredijos, y salen entonces por cualquier parte, aunque para ello haya que agregar a la trama algún personaje llevado a contrapelo. Tal el caso del jesuita Tomás Falkner. ¿Quieres oírlo?

Sin poder hablar, pues tenía la boca llena de pan, dije sí con la cabeza.

-Tiempo nos sobra -siguió diciendo el cura-, pues aún no son las nueve y recién a las diez debemos presentarnos en el Ayuntamiento. Escucha...

-Un día de octubre de 1702 nació en la ciudad inglesa de Manchester un niño al que pusieron de nombre Tomás. Hijo de un boticario calvinista... Creo que te enseñé lo que significa calvinista, ¿verdad?

Contesté cual si estuviera recitando una lección de memoria.

-Partidario de Calvino, hereje francés propagador de la reforma protestante en Francia y Suiza.

-Perfecto, Fermín. Tomás Falkner, el hijo del boticario, estudió medicina, y luego de ejercer durante algún tiempo en Inglaterra, se embarcó como médico en una nave dedicada al infame tráfico de negros entre Guinea, una posesión portuguesa en África, y en el Río de la Plata. En Buenos Aires le sobrevino al calvinista una enfermedad gravísima. El padre Sebastián de San Martín lo curó con tanta dedicación y bondad que Falkner no solo abjuró* de su protestantismo sino que abrazó el sacerdocio en la Compañía de Jesús. En misión de apostolado recorre buena parte del territorio del virreinato, hasta que debe abandonar América junto con todos sus hermanos de la Orden por imposición de nuestro rey. Regresó entonces a su patria y se incorporó a la Provincia Inglesa de la Compañía de Jesús. Es allí donde escribe el libro *Descripción de la Patagonia y Lugares Adyacentes*, y en él una frase que se convierte en piedra de escándalo. Dice: "*Si alguna Nación intentara poblar estas tierras, ello sería causa de constante alarma para los españoles*". La frase provocó un revuelo mayúsculo y muchos vieron en ella una traición a la monarquía española. Otros (yo entre ellos) entendieron que las palabras de Falkner no eran otra cosa que una advertencia a España para que no dejara desamparado a tan grande y desierto territorio.

Calló el padre Rafael. Bebió de la taza y luego continuó:

-Un amigo jesuita que vive en Londres hizo que tal libro llegara a mis manos. Me interesó el tema, comencé a indagar y vi con nuevos ojos ese extenso mundo que hablaba como nosotros y rezaba como nosotros. Sentí que Dios nos lo había entregado en custodia. España era el apóstol faltante para llevar la predicación de Cristo a los gentiles 'guardados' detrás del Atlántico, o Mar de las Tinieblas. Y me pregunté qué

* Abjurar: (tr.) Retractarse, renegar, a veces públicamente, de una creencia o compromiso que antes se ha profesado o asumido.

hacía yo por cumplir el mandato. Y tras la pregunta vino el desafío que ahora enfrentó decididamente...

-¿Qué enfrentamos, señor cura?

Fijó los ojos en mí durante unos instantes, para enseguida hablarme con tono cauteloso.

-Has tocado el punto delicado, Fermín... Habrás advertido que en ningún momento avivé en ti las ilusiones de tan largo viaje; no porque me opusiera a tus deseos, sino por las muchas trabas que me presentaron en el Ayuntamiento. Eres casi un niño... ¿Comprendes?

-Pero yendo con usted...

No dije más. Bajé la cabeza para ocultar la pesadumbre que, sin duda, dejaba traslucir mi rostro. Ello fue motivo para que el cura reaccionara y me dijera presuroso:

-No tomes lo dicho a la tremenda, hijo. La batalla recién empieza. Pelearemos, muchacho, ya lo verás. A fin de cuentas no tengo por qué dejar en tierra a mi monaguillo.

Mostrándose cariñoso, me dio un ligero golpe en la cabeza. Hizo ademán de levantarse, pero alguien se paró junto a la mesa y detuvo su decisión.

-Buenos días nos dé Dios. ¿Puedo acompañarles un momento? -dijo el pregonero, pues él era.

-Por supuesto -respondió el padre Rafael-. Tomad asiento y pedid al mesonero lo que gustéis.

-No más que un vasito de moscatel, ¿eh?

Sentóse el vocero del rey, pidió el cura el vaso de vino y, restregándose las manos para quitarse el frío de la calle, el hombre expresó:

-Vaya alboroto que tenemos en el Ayuntamiento. Esperan la visita nada menos que del Ministro Universal de Indias, don José de Gálvez, quien desea ver con ojos propios cómo va el asunto de mandar familias a la Patagonia... Con él viene el Intendente de la Coruña, don Jorge Astraudi, quien, según parece, ha hecho buena labor en Galicia para el arreo de futuros pobladores.

Llegó el vino y el pregonero hizo mutis para mirar, golosamente, cómo le ponían el vaso delante; pausa que aprovechó el padre Rafael para preguntarle:

-¿Y el asuntillo que puse el otro día en vuestras manos...?

-Difícil se ha puesto, señor cura; y no porque haya ahorrado esfuerzos, además de prometer una que otra retribución. Poca cosa... Pero es que la llegada del ministro destapó recelos y nadie quiere comprometerse en... bueno, en cosas que pudiesen parecer irregulares.

-Nada he pedido -aclaró el padre Rafael- que pueda interpretarse como una compra de conciencia. Por lo tanto, deje el señor pregonero las cosas tal cual están y no haga de un buen deseo sospechosa bajeza.

-No tome a mal lo dicho, señor cura. Estoy muy lejos de querer ofenderle. Y para

demostrarle mi buena voluntad, le daré un buen consejo: para que su pedido no se pierda entre las patas de los follones de abajo presente sus requerimientos a quien puede resolverlos de un plumazo: a don José de Gálvez, ya que le tendrá bien a mano. Eso sí... no olvide de enaltecer las virtudes del muchacho, y aún de exagerarlas, si ello fuere preciso.

-Que no lo será. Con la verdad demostraremos las excelencias de Fermín. Y ahora, andando, pues se acercan las diez y quiero ser de los primeros.

Tras las palabras del cura, el del tricornio* y vuestro servidor marcharon presurosos a la par del sacerdote.

.....oOo.....

El edificio de Ayuntamiento vibraba de excitación. La flor y nata de la burocracia zamorana habíase dado cita para presenciar la llegada del señor Ministro Universal de Indias. Trabajo nos costó llegar hasta la sala de audiencias, lugar donde se reunirían las familias dispuestas a marchar a la Patagonia. El pregonero fue a engrosar uno de los grupos cercanos a la puerta, acomodándonos el cura y yo a unos pasos de la mesa reservada a las autoridades. A mí no me alcanzaban los ojos para observar cuánto ocurría alrededor. Curioso, expectante, procurando no perder detalle, iba fijándome en las gentes que esperaban y en los comentarios dichos a media voz. Al fin me cansé de picotear en uno y otro lado y concentré mis observaciones en una familia alineada en dirección al estrado: la mujer, el marido, dos muchachos y una niña que no llegaría a los doce años. Nada de particular, salvo que sus ropas denotaban pobreza; mas no esa pobreza que se distingue por la dejadez y el abandono, sino la otra: la que a pesar de los remiendos y zurcidos muestra un alto nivel de dignidad; cual si quisiera decir “No os fijéis en lo exterior, pues vale lo que llevamos dentro”. Ello no quitaba la rusticidad propia de los campesinos que llevan la tierra metida en la piel, y en sus cinturas las consecuencias de las siegas y de los rastrojos*. Pero esto que en los muchachos y el hombre resultaba natural y sin remedio, parecía en la mujer y la niña un encantamiento. Las dos se parecían, salvadas las distancias de la edad: cabellos castaños, ojos marrones, rostros de óvalos perfectos y graciosos oyuelos en los carrillos cuando sonreían. Tanto insistí con la mirada que al fin la chiquilla diose vuelta. No hubo en ella zozobra ni timidez ante mi pertinaz observancia; sonrió, y sus pupilas parecieron decirme: “Ah, ¿eres tú? ¡Mira que hemos tardado en encontrarnos!”. La imaginación tiene estas cosas. Menos mal que un revuelo de gente distrajo mi extraño reconocimiento. Llegaba el señor ministro saludando y seguido de don Jorge Austradi y el Intendente de Zamora. El único a quien yo conocía era el intendente, pues dos o tres veces estuvo de visita en el convento.

Se sentaron tras la mesa y con ellos, un vejete que enseguida se puso a husmear los

* Tricornio: (m.) Sombrero de tres picos.

* Rastrojos: (m. pl.) Residuos que quedan de algo.

papeles contenidos en una gran carpeta; llevaba quevedos montados sobre una respetable nariz que, de vez en vez, absorbía algo que le acercaban el índice y el pulgar; con el tiempo supe que era un polvo llamado rapé*, sacado del tabaco. Dicho personaje retiró un escrito de los muchos que había en el portadocumentos y se lo entregó a don Jorge Austradi, quien, recibéndolo, se puso de pie y leyó lo siguiente:

-Con la venia del señor Ministro Universal de Indias, don José de Gálvez, aquí presente para honor y lustre de la ciudad de Zamora, me complazco en dar lectura a la real orden que tiene fecha del 23 de marzo de 1778. Por la misma se hace saber que con el fin de que los ingleses y sus colonos insurgentes no piensen en establecerse en la bahía San Julián o sobre la misma costa para la caza de ballenas...”.

Sin duda -pensé- aquello tenía directa relación con lo escrito por el jesuita alertando sobre la inagotable apetencia de sus paisanos. Así que abrí bien los oídos a fin de no perder una coma de lo que allí se decía.

-... En aquellos mares en que se han dedicado con mucho empeño -seguía el lector- ha resuelto su majestad que se den órdenes reservadas y bien precisas al Virrey Buenos Aires y también al Intendente de la Real Hacienda previniéndoles que de común acuerdo y con toda la posible prontitud disponga hacer un formal establecimiento y población en dicha bahía San Julián...

No cansaré a mis pacientes lectores con las retahíla* de los famosos decretos e iremos a lo realmente importante para los que estábamos allí. Por ejemplo: cuando don Jorge Austradi dijo con voz engolada.

-El primer fuerte tendrá veinte hombres; luego se construirán casas. El gobernador avisará al virrey para que mande familias. En el número de hombres que constituyen estas familias deben contarse sacerdotes para la administración de sacramentos, médicos con medicinas, cirujanos, labradores, albañiles... y animales.

Un murmullo recorrió la sala; el intendente gallego dejó a un lado el papel y agregó de cosecha propia:

-Quiere nuestro Rey Carlos III que todos aquellos que vayan a colonizar las nuevas tierras, den buen trato y agasajo a los indios para atraerlos a nuestra santa fe católica, obra que sin duda emprenderán los eclesiásticos y misioneros que con tal fin se envían.

Don Jorge Austradi calló unos instantes, dijo unas palabras al oído del ministro y agregó:

-Doscientas cincuenta familias irán de España a la Patagonia. Viajarán por cuenta de la Real Hacienda; se les entregarán tierras, animales, herramientas y semillas de siembra. Muchas han firmado ya contrato en Galicia y pronto lo harán los maragatos de León. Aquí, en Zamora, lo harán dentro de unos momentos los que se hallan en este recinto. Aquellos que no sepan firmar lo harán con una simple cruz al pie del contrato

* Rapé: (m) Tabaco de polvo, más grueso y más oscuro que el ordinario y elaborado con hoja cortada algún tiempo después de madura.

* Retahíla: (f.) Serie de muchas cosas que están, suceden o se mencionan por su orden.

que el señor escribano preparó al efecto. Preséntense a medida que él les llame.

Y dirigiéndose al vejete de los quevedos, le dijo:

-Cuando gustéis, señor escribano.

Carraspeó el notario, tomó un escrito de la carpeta y llamó con voz aflautada.

-Alberto Espinosa, herrero, y su mujer Manuela Martínez...

Cuatro familias habían pasado ya por la mesa, cuando el escribano llamó:

-Don Rafael Carranza, eclesiástico...

El señor se puso de pie, me tomó del brazo y me llevó con él. Cuando estuvo frente al escribano le dijo con estudiada arrogancia:

-Habéis olvidado de pronunciar el nombre de Fermín de la Colina. Este muchacho viajará conmigo, señor notario.

-En distintas ocasiones, señor cura, dejé perfectamente aclarado que este menor no puede viajar a la Patagonia, no tiene padres que se responsabilicen por él.

-Las hermanas del Convento de la Colina pusieron a este chico bajo mi protección para que le cuidara, dispusiera de su educación e hiciera de él un buen cristiano. Durante tres años cumplí el deseo de las monjas. ¿Quiere que le deje ahora abandonado?

-La ley es la ley -respondió amoscado el escribano.

El padre Rafael, sin inmutarse, encaró entonces al Ministro don José Gálvez, y tras una ligera reverencia, expresó:

-Ruego al excelentísimo señor que se digne dictar justicia en el presente caso. Puedo atarme a ese contrato sin romper la promesa que hiciera a las hermanas. Si tal hiciere, ¿no deshonraría acaso mi condición de sacerdote?

El ministro miró con fijeza al cura, mientras se apretaba el labio inferior con dos dedos; luego habló con sonrisa socarrona.

-Entiendo que nadie le obliga a que abandone la protección del muchacho. Con no ir a la Patagonia... Esto no es una leva*, señor cura.

Y dirigiéndose a don Jorge Austradi, preguntó:

-¿Qué opináis al respecto, señor intendente?

Igual que el señor notario. El muchacho solo podrá viajar fuera de España si lo hace con sus padres, y a falta de estos, con una familia que le tome a su cuidado con las debidas garantías.

-Ya lo ve, señor cura. ¿Qué puedo hacer yo?

De pronto ocurrió lo imprevisto. La mujer de los ojos marrones y hoyuelos en la cara se levantó de donde estaba sentada; con paso ligero, nerviosilla, dirigióse al padre Rafael y le habló al oído. Este con mucha atención, escuchó a la mujer y tras las inaudibles palabras dijo al cura:

-¿Puedo rogarle, excelencia, que ordene posponer por unos minutos la resolución del caso?

* Leva: (f) Recluta de gente para el servicio militar.

-Sea -respondió don José de Gálvez-. Mas apurad, que el tiempo es corto.

-Gracias, señor ministro.

Y así diciendo llevó a la campesina hasta un lugar medianamente apartado y allí estuvieron hablando escaso tiempo; como en confesión. Luego ambos se dirigieron a la mesa y el padre Rafael dijo despaciosamente, a la manera con que lo hacía en el púlpito, cuando se refería a los misterios:

-Excelencia, la señora aquí presente acaba de comunicarme que su familia está dispuesta a tomar a su cargo a Fermín de la Colina y llevarlo con ellos a la Patagonia. Ya veía, su señoría; Dios no abandona las causas justas.

Me pregunto, reverendo -dijo divertido el Ministro Universal de Indias- por qué razón os hicistéis sacerdote y no letrado.

-Soy ambas cosas. ¿No trato, acaso, de salvar a los fieles como abogado de Dios?

-Bien... Veamos, señor escribano -finalizó el ministro- el modo de darle ejecución legal a este planteo.

-La señora... ¿Cómo se llama la señora? -preguntó el vejete de mala gana.

-Mónica de Araujo, esposa de Jonás Cañizo, campesinos -respondió decidida la interpelada.

Rebuscó entre los papeles el escribano hasta encontrar lo que buscaba.

-Sí, aquí está. Jonás Cañizo, su mujer Mónica de Araujo y sus hijos Fidel, Santiago e Inés... Pues agregamos a Fermín de la Colina como adoptivo y ya está. Necesitaremos, eso sí, dos personas que atestigüen el hecho.

-Pues bien, ratificó don José de Galvez. Obrad a conciencia.

-¿Hay en la sala -casi gritó el escribano- alguien que conozca al niño Fermín de la Colina? ¿Aquí presente?

-Yo, el primero -respondió el padre Rafael- Nada impedirá que atestigüe a su favor, supongo.

-Supone bien, reverendo padre... ¿Hay algún otro?

Una figura con sombrero de tres picos apretado bajo el brazo salió de entre el público y avanzó hacia la mesa al tiempo que decía en voz altisonante:

-Seré el otro testigo. Me llamo Ildfonso Sánchez y soy el pregonero mayor del rey, para servir a vuestra señoría. Conozco a Fermín de la Colina lo suficiente como para dar fe de que es un buen muchacho y ...

-Está bien, está bien -interrumpió el escribano mirándole por encima de los quevedos- ¿Quién puede dudar que oficiáis de pregonero?

Las palabras del letrado arrancaron murmullos y risas al público allí reunido.

Yo estaba desconcertado, apabullado, sin saber del todo mi ubicación en el desarrollo del drama... o de la comedia. Me arrancaban de los brazos del padre Rafael para echarme en los de la familia campesina. ¿O era solo una trampa para burlar la ley y pudiera ir con el cura a la Patagonia? Sea lo que fuere, me veía como títere en la plaza del pueblo; tiraban de los hilos y bailaba, bailaba... ¿Qué importancia tenían los

sentimientos de un niño a quien las monjas habíanle puesto Fermín de la Colina? ¡Que aquello terminara pronto! No quería ofrecer el triste espectáculo de ponerme a llorar como un crío de teta.

Miré hacia donde estaba mi nueva familia y vi los ojos de la niña (se llamaba Inés) puestos en los míos. ¿Qué mensaje contenía aquella mirada? ¿Qué estaba diciéndome la sonrisa clara, tan clara cual el agua del arroyuelo que corría junto a mi convento?

La voz enérgica del padre Rafael zamarreó mis meditaciones. Decía:

-Antes de firmar, exijo que no separen a Fermín de mi tutela en ningún momento, ni aquí, ni durante el viaje. Veremos como se presentan las cosas en América. Solo aceptaré el distanciamiento si el mismo Fermín lo solicita, y siempre que sea para estar junto a la señora Mónica de Araujo; por lo menos hasta su mayoría de edad. ¿Queda esto en claro?

-Os doy mi palabra, señor cura -respondió don José de Gálvez-, de que vuestros deseos serán respetados. Si así no fuere, recurrid a mí.

-Gracias, excelencia y ahora sí: deme la pluma el señor escribano. Aunque... esperad. El contrato señala una paga por mis servicios sacerdotales...

-Es la convenida -señaló el notario- ¿Tenéis algo que objetar?

-Nada. Pero os pido que toméis nota para que dicha suma sea transferida íntegramente a la señora Mónica de Araujo en retribución por los cuidados y mantenimiento de mi protegido.

-¿Y vos de qué viviréis? -preguntó el ministro inclinándose hacia el padre Rafael.

-No os preocupéis por ello, excelencia. Dios proveerá.

A lo que respondió don José de Gálvez:

-Sea. Aclaradlo bien, señor escribano.

Firmó el padre cura y, mientras lo hacía, mis ojos se llenaron de lágrimas. El títere quedaba así despanzurrado en mi conciencia.

CAPÍTULO 5

Regresábamos al pueblo. El jamelgo* medía sus pasos consciente de que le exigíamos demasiado. Sin embargo, pese a los deseos de llegar cuanto antes, sus remoloneos para nada nos preocupaban. Otros eran los pensamientos que entretenían nuestros espíritus.

El triunfo, paradójicamente, nos había cerrado las bocas y puesto pesas en el ánimo. Yo veía clarita la razón de mi desconcierto; no era otra que el vérmelas con una familia para estrenar, hecha a la medida de la ley.

Mas también actuaba el inicio de la aventura y el forcejeo en la sala de audiencias, donde yo había figurado ¡Oh Señor!, como primer personaje del drama. Pero en cuanto el padre Rafael, ¿dónde hallar las causas de su mutismo, siendo el hacedor del milagro? Claro que la frase dicha por el cura al ayudarme a montar algo descubría de sus inquietudes. “Ay Fermín; en buena nos hemos metido... ¡Dios nos ayude!” Hecha la invocación, siguió mudo y yo en cuaresma; cosa lógica si pensamos que el sacerdote era especialista en ayunos; mas como nunca me agradaron las cosas a medias, ni eran de mi gusto las raciones de hambre, le pregunté una vez traspuesto el río y ya seguro de que el 'rocinante*' no iba a repetir su estancamiento.

-Me quiere explicar, don Rafael, ¿qué quiso decir con aquello de “en buena nos hemos metido”? Porque supongo que no estará vucencia jugando a las adivinanzas...

Me miró el cura por encima del hombro y dijo con cierta rispidez:

-Atrevido estás, Fermín. Cuida tus palabras y no las lles fuera de la buena discreción.

-Eso trato. Pero desde que salimos del Ayuntamiento el señor cura no ha hecho otra cosa que empujarme a la curiosidad. Donde yo esperaba regocijo, encuentro preocupación y tristeza. ¿No existe en ello un contrasentido?

-¿Contrasentido? Lo hay, claro que lo hay, demonios. Pero el momento no es el mejor para tocar ciertos temas.

En silencio, llegamos a la casa parroquial. Entró en ella el padre Rafael mientras yo taconeaba el caballo a fin de volverlo a su dueño, sin azuzarlo, pues con menos carga encima y la seguridad de que íbamos camino de su propia cuadra, hizo que sacara a relucir las fuerzas restantes para ensayar algo parecido a un trote. Pobre animal; la vejez lo espatarraba, y la cabeza, gacha y bamboleante le hacía parecer caricaturesco en su empeño por acortar distancias.

La tarde olía a tomillo y romero. Momentos antes había recorrido la falda de la colina y visto el convento en lo alto, silencioso tras los castaños y los almendros; todo bajo un cielo de gloriosa transparencia, con nubes pequeñitas a medio dorar por un sol que

* Jamelgo: (m.) coloq. Caballo flaco y desgarbado, por hambriento.

* Rocinante: (m.) Rocín matalón. Caballo flaco, endeble y que rara vez se halla libre de mataduras.

buscaba el ocaso.

Tras devolver el caballo al molinero volví caminando despacio, con una brizna* de hierba entre los dientes y pensando, pensando...

Recorría yo la edad de las aguas turbias, del querer y no querer; en los años del miedo que se agazapa y espía desde las sombras; inmerso en confusiones cambiantes que hoy llevan a la euforia y mañana al desaliento; sin el regazo de sor Verónica que me ayudara como antes a calmar terrores y a desvanecer inquietudes.

Rumiando despropósitos llegué a la casa parroquial. Entré sin hacer ruido y fui a buscar en mi cuarto la soledad propicia que diera alaruge a mis reflexiones.

Sentado en el borde de la cama, resultábame imposible cerrar la compuerta al torrente de ideas que anegaban la capacidad de mis desorbitadas fantasías.

Me puse de pie y me acerqué a la ventana. Abrí una de las hojas. El viento frío me dio una bofetada pero no hice caso. Vi la luna llena dar saltos entre nubes. Desde lo alto (mi aposento hallábase debajo del campanario) miré el pueblo; me pareció el dibujo de sombras y claridades melancólicas de un modo deshabitado; el escenario para una representación alucinante con telón abierto, pero sin personajes y un solo espectador: yo, en la mordiente soledad de la noche.

.....oOo.....

A pesar de la trabazón impuesta por sentimientos tan contradictorios, la realidad del cambio con sus mágicas expectativas iba sobresaliendo airosa y pujante. También al cura le veía renovado y trascendente. Dos días después del viaje a Zamora me sorprendió mostrándose ante mí vestido con hábito nuevo: el de los hijos de San Francisco en lugar de la sotana negra. Con cierto humor alegre en los ojos, respondió a la muda pregunta de mi boca entreabierta:

-Debo ir a lo práctico, Fermín. La ropa de monje es la más adecuada para el trabajo de Evangelización en América.

Y se fue orondo a officiar la primera misa. Lo seguí contento a la sacristía; el hábito le daba a mi maestro una dimensión distinta, y yo me alegraba de ello. No me pidáis que explique acertadamente las razones que tiene la luz para jugar entre las rosas, o de los sentimientos retozando en las claridades del alma. El nuevo ropaje le caía al padre Rafael como si con él hubiere nacido.

Pero lo que más revolucionó nuestras expectativas tuvo lugar cuatro días después del viaje a Zamora. Mediaba la tarde cuando un alboroto de ruedas, cascos de caballos y gritos rompieron la calma pueblerina. Pegué un salto y con el libro que estaba leyendo en la mano miré por el ventanuco. Abajo, frente a la iglesia, se había detenido un carruaje de cuentos. Tiré el libro sobre la cama y bajé corriendo las escaleras, me planté en la plaza. ¡Dios! ¡Aquello era extraordinario! La carroza, laqueada en color guinda, toda llena de bronces labrados y con un gran escudo en la puerta; los cinco caballos

* Brizna: (f.) Filamento o hebra, especialmente de plantas o frutos.

briosos y pintados de blanco rebullendo tras la ruidosa carrera; el cochero, en lo alto tirando de las riendas mientras lanza a los animales “sooos” tranquilizadores y los chiquillos llegando igual que moscas a la miel para palpar con ojos propios la inaudita presencia. Todo absolutamente todo llevó mi curiosidad a los extremos de lo inconcebible. Por primera vez desde el principio del mundo un espectáculo de tal magnitud se representaba en plaza tan pobretona. Mas pronto caí en la cuenta de que nada había de fabuloso, cuando vi que de la carroza descendía nada menos que al Ministro Universal de Indias, don José de Gálvez. Ya en el suelo y tras sacudirse la ropa, miró hacia donde yo estaba y me dijo sonriente:

-¡Hola, muchacho! ¿Quieres avisarle al señor cura de mi llegada y preguntarle si puede recibirme?

Dije “sí” con la cabeza y, dándome vuelta, eché a correr. Más no había dado dos trancos cuando choqué contra el cuerpo de padre Rafael, de tal, que casi rodamos por el suelo.

-Tranquilo, Fermín, tranquilo... -dijo sujetándome los brazos-. Veamos a qué viene tan regio personaje.

El señor ministro asomaba a la puerta. Expresó mientras hacía una reverencia al sacerdote:

-¿Cómo estáis, padre? Perdonadme que haya venido así, tan de sopetón, pero aprovechando mi regreso a Madrid...

-Es un placer, señor. Os ruego que entréis.

Los dos hombres y yo tras ellos nos dirigimos al comedor, único lugar de la casa digno de recibir a tan alto funcionario. Sin protocolos ni estiramientos don José de Gálvez se acomodó en una de las sillas y el cura lo hizo en la otra. Yo permanecí de pie junto a la puerta como esperando órdenes...

-Me he permitido, padre Carranza, traeros personalmente el aviso de embarque. Tomad -y mientras entregaba un papel al sacerdote, continuó-. Se ha dispuesto que el 20 de octubre parta de Ferrol hacia Sudamérica el correo “Princesa”. En él debéis viajar vos, el muchacho Fermín, la señora Mónica Araujo de Cañizo y familia, además de otras cuatro oriundas de Zamora. ¿Hay algo que pueda detener vuestra partida?

-No, señor ministro.

Y antes de retomar la palabra don José de Gálvez se apresuró a decir:

-¡No tengo otra cosa para ofreceros que un vino de Jerez bastante aceptable...!

-Que venga, señor cura. El polvo del camino ha resecado mi garganta y a esta no le resultará mal vuestro convite. Además... tengo entendido que recibís de las manos unos bizcochos de fama reconocida, si es que se me ha dicho bien.

-Le han dicho la verdad -y haciéndome una seña agregó don Rafael-. Ya lo has oído, Fermín. Agasajemos con lo mejor a tan alto mensajero, que Dios guarde.

Mientras salía yo a cumplir con lo mandado, sonrió el ministro y dijo no sin cierta ironía:

-Acertáis, padre, al juzgar de insólita la consulta del Ministro Universal de Indias que

se aviene a serviros de correo...

Para no perderme la continuación de la charla me apresuré a preparar el vino, las copas y los bizcochos... Cuando volví, don José de Gálvez estaba diciendo con voz pausada y en cierto modo grave:

-... Tiene, vucencia, sin embargo, tiempo de sobra para pensar y repensar la conveniencia o no de hacer el viaje. A España, amigo mío, ya no le quedan sino migajas para repartir entre sus hijos. Llena de deudas, gasta más en defenderse de los ladrones de afuera y adentro que el rédito dejado a las arcas reales por las tan mentadas ubres americanas.

-Si piensa su excelencia que mi decisión está inspirada por bastardos intereses, sea de la clase que sean, permitidme deciros con el mayor respeto que os equivocáis. Precisamente, es la corrupción que palpo en todos los órdenes de la vida de nuestra patria lo que me induce con más fuerza a colaborar, si ello es posible, en el salvataje de los restos que aún quedan del naufragio. Pero entendedme bien, señor ministro, los bienes materiales me tienen sin cuidado. Quiero, únicamente, ayudar a proteger las semillas tan generosamente sembradas por la Reina Isabel: sus propósitos humanísticos, la lengua de Castilla y la evangelización en su forma más pura. Ya no queda otra cosa que defender, señor. ¿O sí?

Apoyó don José de Gálvez la cabeza en una de sus manos y se mantuvo así unos instantes, pensativo. Había puesto yo la bandeja con las copas y el vino sobre la mesa y, retirándome discretamente hasta la ventana, simulé estar más atento a lo de afuera que al diálogo entre los dos hombres; el administrador y político, de relevancia importante en España y sus Indias, y al parecer humilde sacerdote que aún persistía en hacer de *Quijote* en un mundo corroído hasta los huesos por la lepra de un utilitarismo salvaje. Levantó la cabeza el ministro y mirando directamente a don Rafael a los ojos, espetó:

-Bien, señor cura. Compruebo que no me engañaba al considerarle útil para la misión que le tengo señalada. Necesito un hombre que allí donde vaya se convierta en mis ojos y en mis sentimientos...

Se puso de pie el cura de manera enérgica y apuntándole con el dedo, apostrofó:

-¿Me está sugiriendo que le sirva de alcahuete?

-Padre Carranza... siéntese, por favor. No ponga en mis palabras el baldón de una sospechosa villanía. Se cae en tal infamia cuando hay un toma y daca. Yo nada os ofrezco; absolutamente nada. Es España la que necesita de vuestra honradez y claro juicio, que las tenéis, a pesar de las quiméricas ilusiones que os rondan para seduciros. Ya veréis que no es oro todo lo que reluce, ni son ángeles los hombres que irán a servir al rey en la Patagonia; en esos desiertos del fin del mundo que, para arrancarles un maravedí*, habrá que sudar hasta el agotamiento sobre los surcos. Pero la colonización de la Patagonia no solamente significa asegurar las tierras contra el asalto de bucaneros

* Maravedí: (m.) Moneda antigua española, efectiva unas veces y otras imaginaria, que tuvo diferentes valores y calificativos.

y pescadores de ballenas. Su majestad Carlos III desea con ahínco que el poblamiento se haga hombro a hombro con el indígena de la región. Los encargados de las fundaciones... y le doy los nombres: don Francisco de Viedma y Narváez, el hermano de este, don Antonio de Viedma y don Juan de la Piedra; todos ellos tienen instrucciones precisas tendientes a evitar enfrentamiento con los indios, y caer en la cuenta, de una vez por todas, que los aborígenes son tan hijos de Dios como cualquiera de nosotros.

El padre Rafael volvió a sentarse, tamborileando con sus dedos sobre la mesa, tal cual era costumbre, y preguntó:

-¿Acaso no contáis con hombres más entrenados que yo para esas tareas de... fiscalización?

-Los tengo a montones y, por cierto, que resultan seria carga para la tesorería del rey. Pero no me sirven, estimado padre, no me sirven...

Veíase claro que la proposición de don José de Gálvez repugnaba a la conciencia del sacerdote. Cansado el ministro de los reparos, sacó a relucir la fuerza de su carácter, expresando:

-Oh, reverendo, dejémonos de andar con muletas y vayamos de una vez por todas al meollo de la cuestión. Os estoy pidiendo que me ayudéis a administrar justicia, no entrar en intrigas que consideraríais, con razón, de muy baja estofa.

-Supongamos, excelencia, -replicó el padre Rafael- que yo encontrara válido vuestros argumentos. ¿Significaría ello de alguna utilidad? Porque debéis aceptar que no son mis propósitos hacer en América de simple observador; muy al contrario, es posible que llegue a extraviarme en los terrenos del apostolado y no vuelva jamás a la vida civilizada. Si tal cosa ocurriera, como ha ocurrido con otros, ¿de qué os serviría mi aceptación? Ya véis que no soy digno de confianza, pues podría fallaros cuando más necesitárais de mí. Buscad, por amor de Dios, persona a quien encargarle la misión tan delicada.

-La buscaré. *Deo favente*.

Y entonces me traicionó la costumbre de responder al juego inventado por mi maestro. Y exclamé sin darme vuelta y en voz alta:

-“*Con la ayuda de Dios*”.

Me miró el ministro, echóse a reír y dijo irónicamente:

-Veo que habéis enseñado bien al loro, padre Rafael. ¡Buena manera de traducir!

Mas ahí no paró la cosa, pues haciéndome una seña, expresó:

-Acércate, muchacho.

Temeroso, pues mi actitud bien merecía un rapapolvo*, me acerqué a don José de Gálvez. No vi en él severidad, sino cierta e inexplicable complacencia. Me preguntó con marcada pronunciación:

-Dime. ¿Qué harías tú en el caso de encontrarte en la Patagonia y vieras tratar de

* Rapapolvo: (m.) coloq. Reprensión áspera.

manera canalla a los indios?

-Pues... gritar, gritar y gritar hasta que vuestra Señoría me oyera.

Miró el ministro al cura y dijo con voz triunfante:

-Tenéis la respuesta. No hay escapatoria que os valga. Enseñad a Fermín el oficio de 'segundo comandante'. Él reemplazará a su maestro cuando las exigencias del apostolado impongan al señor cura inevitable ausencia. ¿Conforme?

-No está en mí resolver cuestiones que solo a Fermín atañen. Contéstale tú, ¿quieres? -me instó el cura entre ansioso y desconfiado.

-Excelencia -dijo al ministro-, antes de responder a un sí o a un no, ¿puedo hacerle una pregunta? -y ante el mudo asentimiento de don José de Gálvez dijo haciendo gala de un insolente desparpajo- ¿Quién os indicó que recurriríais al padre Rafael para tan importante... trabajo?

Se pasó la mano por la cara en el intento, quizás, de ocultar sus deseos de echarse a reír y me contestó con otra pregunta.

-¿Te importa mucho el saberlo?

-Sí, señor ministro, porque viendo el rabo se adivina el lagarto, si es que me entendéis...

Desahógose al fin el ministro lanzando una discreta carcajada y dijo sin titubeos:

-No pecaré si revelo mis fuentes de información, pues en manera alguna hubo promesa de ocultamiento. Ahí va: el señor obispo, el alcalde de Zamora, el señor pregonero del rey, y sor Verónica de la Cruz. Si necesitas alguno más...

Estuve por contestarle que con sor Verónica bastaba, pero decidí callarme y expresé:

-Acepto, si es que el señor cura se decide a complaceros.

-¿Queda otro remedio? -contestó el sacerdote-. Simplemente ruego a Dios que nuestros servicios resulten innecesarios.

-Os acompaño en la súplica -rubricó el ministro-. Mas no creo en semejante fortuna. Desde ya estoy oliendo tufillo de tormenta en los cielos patagónicos...

Si los amigos lectores perseveran en la lectura, comprobarán que el señor Ministro Universal de Indias tenía muy buen olfato.

Solicité permiso, me hice a un costado y enseguida marché presuroso a participar del jolgorio de mis amigos en torno a la carroza. ¿Cómo permanecer ajeno a tanta efervescencia? Pasaban los chiquillos los dedos por los relucientes bronces y la esmaltada carrocería; a los gritos descubrían detalles y hasta se hubiesen metido entre las patas de los caballos de no mediar la severa mirada del cochero y su látigo amenazante. Ya teníamos comentarios con que alimentar los corrillos por largo tiempo. Salió al rato don José de Gálvez acompañado del cura; subió el ministro a la carroza, hábilmente viboreó un trallazo en el aire y los caballos emprendieron veloz carrera a través de la plaza, perseguidos por el grupo de chiquillos que no se resignaban a que el espectáculo se diese por terminado.

.....oOo.....

Desperté de madrugada. Era jueves y el día se anunciaba frío y sin sol. La luz estremecía en el cuarto, indecisa, con sus tonos grises esfumando el relieve de las cosas. Pocos deseos tenía de abandonar el tibio refugio de las mantas, pero fui sacando los pies de las cobijas y comencé a vestirme con prisa, pues era mi intención ganarle esta vez al cura llegando yo primero a la sacristía. Inútil empeño. Cuando pisé la trastienda del altar, ya don Rafael estaba acomodando las vestiduras sagradas. Saludé, me respondió el cura, distraído. Y cada uno a lo suyo...

Cuando salí al altar precediendo al sacerdote, miré la gente arrodillada. Como todos los días, eran viejas y uno o dos ancianos los fieles asistentes: aquellos que por sus achaques no servían para trabajar la tierra o atender un oficio. De pronto la sorpresa detuvo mis movimientos. Entre los arrodillados en primera fila estaba la señora Isabel, con el rostro entre las manos y la mantilla de negro encaje cayéndole sobre los hombros. ¡Dios! Ella visitaba la iglesia únicamente los domingos... Durante la misa, dos o tres veces le vi sacar el pañuelo y llevárselo a los ojos. Una vaga inquietud fue creciendo dentro de mí, a punto tal que me distraje y obligué a mi maestro a que me reprendiera por lo bajo. Me esforcé por seguir correctamente la resabida liturgia, pero un hormigueo de impaciencia hizo que yo deseara -¡oh, pecador!- ver acabada la misa cuanto antes. Llegado el final, salí casi corriendo hacia la sacristía, con gran extrañeza de don Rafael. Me saqué los atuendos de monaguillo, disparé hacia el comedor y, arrancando una bufanda del perchero, quise llegar a la puerta del templo antes de que los feligreses se dispersaran. La señora Isabel fue una de las últimas en salir. Me planté junto a ella y pregunté ansioso:

-¿Ocurre algo?

Me miró la buena mujer y respondió casi llorando:

-Hijo... pues que Dieguito se ha puesto muy malo, ¿sabes? Vine a rogar a Dios y a la Virgen para que no se nos vaya...

Caminamos juntos, azotados por ráfagas de viento que pugnaban por arrancarle la mantilla a la señora Isabel y a mi cuello la bufanda. En las tejas acanaladas veíanse frágiles colgaduras de carámbanos y un cielo desapacible sumergía al pueblo en opaca tristeza. Yo iba con la garganta apretada, callado, pues no daba con las palabras justas. Demonios, siempre ocurre igual. Locuaces hasta la exageración en otros momentos, basta que el corazón tropiece con cosas así para... Llegamos a la casa. Pregunté encogido por el frío y la timidez:

-¿Puedo verle?

-Sí, ven conmigo.

Subimos las escaleras y en el piso de arriba entramos a una pequeña habitación donde en una cama, tapado hasta el cuello, estaba Dieguito con la carita muy pálida, oscuras ojeras, labios descoloridos y los ojos cerrados. Desde el borde del lecho, don Braulio le miraba inmóvil, con los dientes apretados, sin saber qué hacer, pese al bagaje de sus conocimientos. Al verme, llevó su índice a la boca para indicarme que no hiciese ruido.

¿Qué me empujó a desobedecerle? No lo sé. Un impulso superior a mí hizo que me acercara al niño, que me inclinase hacia él y con voz que pretendió ser alegre dijera:

-Dieguito, soy yo, Fermín... Despierta, hombre, que tenemos que jugar. El padre se puso rápidamente de pie y me lanzó una mirada terrible con intenciones de echarme a las patadas de la habitación. Pero una inteligente mirada de su mujer le contuvo. Yo, sin hacerle caso, seguí con lo mío, dándole a mis palabras las inflexiones payasescas que tanto le gustaban al pequeño. Hasta me puse a cantar una letrilla de mi invención donde reunía al maullido del gato, el ladrar del perro, el rebuzno del asno y el cacarear de la gallina... Entonces, los párpados de Dieguito fueron elevándose poco a poco, y una sonrisa, como llegada de lejos, le fue distendiendo los labios. Su mirada tardó en enfocar me debidamente, pero cuando al fin lo consiguió, hubo como un ensayo de risa en la garganta y en sus ojos. A la letra cantada llegó la mímica y los animales de la fábula buscaron al niño con imitaciones donde el burro alcanzaba sus orejas, el gato deslizábase felinamente, la gallina ahuecaba sus alas dando vueltas por el cuarto y, así, cada uno con sus movimientos característicos trataron de reavivar la imaginación del enfermo. Me pareció, ¿o fue real el tenue rosado que apareció en sus mejillas? Corrió doña Isabel a buscar el frasco y la cuchara, levantó el médico la cabeza del niño y entre los dos hicieron tragar el remedio que antes rechazaba. Yo seguía con la pantomima sin tener que recurrir a la risa forzada que tanto se parece al llanto.

Lentamente, con el pasar de las horas, se fue normalizando la respiración del niño y hasta logramos que retuviera una taza de caldo. El alimento, las cataplasmas y las pociones que bebía sin rechistar empezaron a surtir efecto y a barrer de la casa las aprensiones extremas. ¿Un milagro? Si lo hubo, debióse únicamente a las oraciones de la señora Isabel, que no a los juegos disparatados de este vuestro servidor, a quien Dios tomó de las orejas y le convirtió, quieras que no, en el bufón encargado de practicar ante Dieguito los pases mágicos de la alegría. Cosa que me costó una semana o más de encierro, pues tanto a don Braulio como a la señora Isabel se le metió en la cabeza la idea de que yo resultaba indispensable para el restablecimiento absoluto y a conciencia de mi amiguito. Solo me dejaban ir a oficiar de monaguillo, y eso, acompañado siempre por mi benefactora (vaya uno a entender las razones), se le había dado por asistir a misa diariamente y a comulgar todas las semanas. Puesto que hablábamos poco, de mirada a mirada cuando yo le ponía la patena bajo la barbilla para que recibiera la Sagrada Forma. Con los ojos decíame: “Sabes a qué obedece todo esto” y yo no sabía otra cosa que sonreírle, como habría sonreído a mi propia madre. Claro... en el caso de que la hubiere conocido...

Se preguntará el amigo lector a que viene este pasaje de mi vida que para nada entroncado con mis aventuras americanas. Más ya veréis cómo el episodio fue una de las tantas prendas -digamos- que sirvieron para garantizar a mi favor los réditos de futuros 'milagros'.

Mientras tanto, iba acercándose la fecha señalada para el embarque. El invierno

llegaba a su fin y algunos capullos tempraneros aparecían tímidamente entre el verdor de árboles y plantas. Por no ser menos, la cara de Dieguito tenía nuevos colores y las fuerzas se mostraban en el niño con la pujanza de los brotes en eclosión. La señora Isabel 'tocaba el cielo con las manos'. Metíame la comida por los ojos empeñada en hacer de mi cuerpo una bola de grasa. Pero a pesar de mis excesos gastronómicos (vengadores de pasadas vigili­as), la delgadez era en mí de una invariabilidad absoluta. Además, la buena mujer, ansiosa por demostrarme su agradecimiento, me proveyó de ropa y calzado flamante para que yo los estrenara en el viaje a las nuevas tierras. Por primera vez usaría prendas que otros no hubiesen sudado anteriormente.

Pero hora es ya de que dejemos el pueblo y abramos la cancela a las nuevas andanzas. No me pidáis que relate despedidas que nunca existieron. Sor Verónica, Dieguito y su madre marcharon conmigo. Nada de lágrimas y besuqueos que ponen en el alma las flaquezas y el escozor del desarraigo. Solo diré que mi querida monja insistió machacona y llorando sin llorar que “jamás dejara de escribirle”. Puso en mi cuello una cadena con Cristo crucificado y en las manos la navaja que tantas veces me sirviera para afinar mis famosas plumas de escribir. “Usala únicamente para eso -me dijo-. Salvo que con ella te veas obligado a defender tu vida, entregada por Dios para que bien la cuides”. La señora Isabel me dio un talego lleno de comida y una carta para su prima, la señora de Villares, radicada en la Santísima Trinidad de los Buenos Aires. “Si algo necesitas, recurre a ella”, me dijo, mientras disimuladamente guardaba en mi faltriquera* cuatro relucientes monedas. A Dieguito tuvo que arrancarle de mis brazos. Pues... ¿no se le había ocurrido al pequeño el disparate de querer marchar conmigo a ver los gigantes de la Patagonia? Los gigantes, claro, de mis cuentos y pantomimas.

* Faltriquera: (f.) Bolsa de tela que se ata a la cintura y se lleva colgando bajo la vestimenta.

CAPÍTULO 6

La diligencia partió de Zamora repleta de bultos y pasajeros. Yo iba sentado entre el padre Rafael y Mónica de Cañizo, quien llevaba en el regazo a Inés. Jonás Cañizo, con un atado de ropa encima de las piernas, completaba el asiento. Frente a nosotros el herrero Alberto Espinosa y su mujer, más otro matrimonio con dos chiquillos: uno mamándose el dedo y el otro metiéndose en la boca bolillas de pan. Fidel y Santiago iban junto al cochero. Así, apretujados, sintiendo en los huesos las desigualdades del camino y en ojos y narices la sequedad del polvo; engañado el hambre con rápidos bocados y echándonos en la garganta el fino chorro de una bota con vino claro y aguachento; sintiendo en la noche las molestias del traqueteo y del frío, recorrimos la distancia entre Zamora y La Coruña. Cuando sentí que el padre Rafael sacudía con el codo mi amodorramiento, la diligencia se hallaba detenida frente a una posada, muy cerca de los muelles de El Ferrol.

El amanecer asomaba en un cielo limpio, mágicamente sembrado de estrellas. El olor de la brea y la sal llegó a mis narices; supe entonces que los sueños empezaban a materializarse. Quise correr hacia el puerto para observar el juego de las olas contra el murallón, y sentir en mi piel las caricias del aire salitroso cargado de mensajes de otros mundos y de otras gentes. Pero don Rafael contuvo mis ansias.

-Anda, Fermín. Carga esas alforjas, y ve adentro; que tengo ganas de sentarme sin apretaduras y poner los huesos al amor de la lumbre.

La posada lucía acogedora con sus lámparas aún encendidas y el fuego del hogar entibiando la estancia. Nos ubicamos el cura y yo junto a un mesón. Eché una mirada en torno, buscando a la familia Cañizo, al no verla, pregunté:

-¿Y la señora Mónica...?

-Han quedado afuera, esperando la hora en que han de subir a la nave. Comprende... no todos pueden enfrentar el gasto que significa la comodidad del albergue.

Bajé la cabeza y permanecí pensativo.

-Oh, tienes razón, muchacho -saltó el cura-. Iré a buscarlos y yo correré con los gastos.

Me enderecé en el asiento y dije con alegre voz:

-Padre, yo tengo unas monedas de plata que me regaló la señora Isabel. Si vos queréis...

-No, Fermín. Guarda tu dinerillo para situaciones más apremiantes.

Se fue a la calle. Antes de que traspusiera la puerta le miré enternecido. ¡Que alto aparecía con el hábito de estameña marrón! Muchos años después le vería en los lienzos de El Greco; una figura alargada buscando el infinito.

Comencé a impacientarme. Los minutos pasaban y el cura no aparecía. Tentado estuve de salir a averiguar la razón de su tardanza, pero cuando iba a ponerme de pie hizo su aparición, y con él, la familia Cañizo en pleno con sus bártulos a cuestas.

-Pos mirad las molestias en que os habéis metido, señor Abate -venía diciendo la campesina- somos muchos y ...

-No soy abate sino simple clérigo; que el hábito no hace al monje, buena mujer -le interrumpió el cura, para luego continuar, esta vez dirigiéndose a mí-. Trabajo me ha costado el convencerles. Mas aquí le tienes, Fermín, a resguardo del aire frío que llega del mar, dispuestos a no dejarlos solos.

Se acomodaron en torno de la amplia mesa, y quiso la casualidad que Inés le tocara sentarse a mi derecha, mientras a la izquierda lo hacía su madre.

Llamó el padre Rafael al mesonero y pidió para todos... lo que imaginé pediría: un caldo bien caliente y una hogaza de pan. Pobre me pareció el convite, mas debo reconocer que al oír el encargo hubo muestras de complacencia en la cara de todos.

Mientras aguardábamos, el tío Cañizo dejó entrever que era hombre más amigo de los silencios que de las palabras. Mi maestro veíase en figurillas para hacerle hablar. A las preguntas respondía con monosílabos o encogimiento de hombros, de modo tal, que el sacerdote nada sacaba en limpio. Desistió al fin del inútil propósito y buscó entonces lograr con uno de los hijos lo que no pudo conseguir del padre; preguntó al que más cerca tenía:

-Y tú, muchacho. ¿Ves con agrado el viaje a la Patagonia?

Por el mozo respondió la madre de la siguiente manera:

-No esperéis, señor cura, que os responda. Mis gemelos ni oyen ni hablan. Sordomudos son de nacimiento, por la voluntad de Dios. Pero saben trabajar la tierra que es una gloria, y estad seguro que allí donde vayan ganarán muy bien el pan; que para arar y recoger no hacen falta discursos... ¿Verdad?

-Verdad, señora -respondió el padre Rafael-. Hombres conozco de gran labia que no sirven para la maldita cosa.

Llegó el mesonero con los tazones de caldo y una bandeja con abundantes raciones de pan. Nos pusimos a comer callados y a pensar cada uno en lo suyo. Hasta que el padre Rafael preguntó a la señora Mónica:

-¿Cuáles son los motivos que os obligan a viajar?

-El principal, la hambruna diaria, señor; las tierras no eran nuestras y entre pagar el arrendamiento, las gabelas al rey y el diezmo a la iglesia, pos ni *pa'* mantener los bueyes; y ello con las buenas cosechas, que con las malas... ¿Cómo no hacer caso del ofrecimiento de animales, herramientas, semillas y plantas, además de tierras? Pos buenos: a dejar tierrucas ajenas y correr tras las propias... aunque sea en el fin del mundo.

-Comprendo -dijo del padre Rafael mientras asentía con suaves movimientos de cabeza-. Pintáis muy bien el drama del campesino español. Dios quiera que en América la suerte se os dé vuelta y llene vuestros bolsillos de plata bien ganada.

*Gabelas: f. Tributo, impuesto o contribución que se paga al Estado. Carga, servidumbre,

-Comamos todos los días... y a conformarse; no pido más.

Las claridades del alba entraban ya por puertas y ventanas, y con ellas, dos marines con sus bolsos al hombro y alegres al sentir el calorcillo del albergue. Caminando con sus clásicos balanceos pasaron a nuestro lado, cosa que aprovechó don Rafael para preguntarles:

-Decidme: ¿Sabéis dónde está amarrado el “Princesa”?

-Pues sí -respondió uno de ellos-, doblad a la derecha, seguid el muelle, y como a trescientos pasos le encontraréis.

Dio las “Gracias” el padre Rafael y los dos hombres marcharon a ocupar una de las mesas.

Yo, entre tanto, me atreví a mirar sin disimulo a Inés. Ella hacía como que no se daba cuenta de mi impertinencia; con la vista baja masticaba despaciosamente pellizcos de pan. Del pañuelo oscuro atado a la barbilla salían rizos castaños presurosos por atrapar entre sus hebras finísimas las primeras luces de la mañana. Daba gusto poner los ojos en la niña y contemplar su perfil, con la nariz algo respingada y los labios enrojecidos de amapolas. Tanto insistí con mi escudriñamiento que al fin levantó los párpados y puso en mí sus pupilas. Hizo la pregunta con voz apenas modulada:

-¿Te gusto?

Quedé aturdido sin acertar plenamente con el significado. ¿Qué responderle? No había descaro en la intención ni hallaba burlas en el decir. Pero aún quedé mas azorado cuando agregó:

-Tú me gustas mucho, ¿sabes? Siempre quise tener un hermano o hermana con quien hablar. Están Fidel y Santiago, claro: pero los pobres únicamente se hacen entender por señas y miradas...

Entonces caí en la cuenta de que al entrar yo en la familia, Inés sería mi hermanita por adopción. Tal discernimiento puso la caricia de un gozo sin exaltaciones en mi alma; el cálido regocijo de sentirme partícipe de la ternura que envolvía a la niña como una aureola. ¿Qué joya había puesto a mi lado el Divino Hacedor?

-Fermín, recoge tu bolso y salgamos -dijo de pronto don Rafael- mientras pago al ventero mira de no dejar olvidado bulto alguno.

La señora Mónica siguió el ejemplo:

-A marchar todos; no vaya a ocurrir que el señor capitán adelante la salida y nos quedemos con tres cuartos de narices.

Cada uno tomó su bulto y en hilera salieron a la calle. Regresaba don Rafael después de haber cumplido con las exigencias del posadero, que no fueron pocas, según los rezongos entre dientes del cura.

.....oOo.....

El espectáculo del puerto me dejó maravillado. El mar lamía con olas apaciguadas los navíos y murallones. Imagináos al muchacho que por vez primera enfrenta la

realidad de sus sueños. Embarcaciones que se aprestaban para salir; ligeras corbetas, recias fragatas, finas goletas, descansando de azarosas travesías, con sus velámenes* sueltos o recogidos; mástiles con el desplazamiento de sus cordajes; mascarones de proa mostrando antojadizas fabulaciones: figuras de mujer con los senos al aire, cabezas de leones y otros animales pintados con variadísimos colores, desvaídos muchos por el fregar de rabiosas tempestades. Voces de mando, chácharas marineras, y las aguas apuntilladas de espuma. El aire que sabía a sal y brea se metió en mi alma como licor espirituoso, incitante, posesivo...

No iba el cura menos arrobado que yo al contemplar el despliegue de cuadros tan diversos, hecho al embrujo de lejanas leyendas.

-Mira, Fermín. ¡Ahí está el “Princesa”!

Amarrada al muelle, la blanca goleta lucía junto a otros navíos maltratados por el rigor de los viajes. Notábase que la pintura era reciente y las velas no demasiado viejas. El personal de a bordo trajinaba con la carga bajo la mirada atenta del capitán, de pie en el puente.

Alrededor nuestro fueron apeñuscándose mi nueva familia y otros pasajeros que, por cuenta propia, resolvieron tomar al cura de guía. Al vernos junto a la planchada, un tripulante bajó hasta nosotros y preguntó con ronca voz y gesto desapacible:

-¿Este es el rebaño que viajará a la Patagonia?

Se adelantó el padre Rafael y le respondió con estudiada altanería:

-Cuida las palabras, y a no insultar, pues quien a ofender se atreve, palo ha de aguantarse.

A lo que contestó el marino sin bajar el tono:

-Preparen los papeles y aguarden a que terminemos de cargar. Mientras tanto, ponerse a barlovento y esperar a que suba la marea. ¿Entendido?

-Ni pizca -respondió el cura- mas descuidad, que aunque dicho en mal cristiano, por los cuernos se conoce al carnero.

Y dándose vuelta nos indicó:

Alejémonos un tanto, y a tener paciencia, pues no queda otro remedio. Yo estaba divirtiéndome enormemente. Mi maestro era una caja de sorpresa. Jamás le hubiese imaginado inventando refranes o jugando a las zancadillas con los vocablos, mientras cargaba unas alforjas y sostenía el bulto que, momentos antes, pesara sobre una de las caderas de Inés.

No habían pasado diez minutos cuando un estrépito de rueda y casco se agregó al característico alboroto de los muelles. Una carroza con cinco hermosos caballos hizo su aparición a la carrera y se detuvo frente a la planchada del “Princesa”. Del lujoso carruaje descendió un caballero que impresionaba por su vestir y la distinción de sus modales. Echó un vistazo entorno, detuvo la mirada unos instantes sobre la sayalesca figura de don Rafael, esbozó una ligera sonrisa y fue al encuentro del capitán que

* Velámenes: (m. pl.) Conjunto de velas. Unión de paños para recibir el viento en una nave.

presuroso bajó a recibirle. Miré de reojo a mi maestro. Le vi con el rostro contrariado, cosa que me indujo a inquirir con presteza:

-¿Quién es?

Puso el cura sus ojos en los míos cual si no hubiese entendido la pregunta. Luego, desviando la mirada, contesto:

-Don Francisco de Paula Sanz, Director General de la Renta de Tabacos del Virreynato del Río de la Plata.

Le pregunté si el tal personaje viajaría con nosotros, a lo cual contestó afirmativamente, para agregar en seguida:

-Dios así lo quiere, y a obedecer llaman.

Ambiguo me pareció el comentario, pero nada dije; preferí aguardar mejor ocasión para volver sobre el tema.

.....oOo.....

20 de octubre de 1778. Cinco familias (veintidós personas en total), a las que se agregaron don Francisco de Paula Sanz y dos de sus criados, estaban ya sobre cubierta observando los preparativos de zarpada.

Hizo sonar su silbato el contramaestre (el mismo que tildara de rebaño) y la tripulación corrió al cabrestante. Yo observaba todo con los ojos bien abiertos; iba de un lado a otro buscando de meterme en la apasionante actividad de los marineros: las órdenes emitidas enérgicamente, la estridencia del silbato y el chirriar de las poleas... Se retiraron las amarras, se inflaron las velas y el “Princesa” fue despegándose del muelle para adentrarse decidida en la inmensidad del Atlántico. España se convirtió de a poco en una línea oscura, para terminar desapareciendo. Nada sentí de aquel desgajamiento. Las novedades se producían a bordo una tras otras y no daban lugar a tempranas reminiscencias.

En los primeros días de navegación no hice otra cosa que andar curioseando por todas partes. Preguntaba a diestra y siniestra cuál era la función de cada cosa y, así, pude apresar nombres jamás oídos en mi vida: obenque*, cofas*, trinquetes*; los imbornales* que se sumergían en las espumosas estelas y las escotillas de cubierta semejantes a boca de sótanos; el aparejo con su conjunto de palos, vergas* y jarcias... Y más, muchas más

* Obenque: (m.) Mar. Cada uno de los cabos gruesos que sujetan la cabeza de un palo o de un mastelero a la mesa de guarnición o a la cofa correspondiente.

* Cofas: (f.) Mar. Meseta colocada horizontalmente en el cuello de un palo para fijar los obenques de gavia, facilitar la maniobra de las velas altas, y antiguamente, también para hacer fuego desde allí en los combates.

* Trinquetes: (m.) Mar. Palo de proa, en las embarcaciones que tienen más de uno.

* Imbornales: (m.) Mar. Agujero o registro en los trancaniles para dar salida a las aguas que se depositan en las respectivas cubiertas, y muy especialmente a la que embarca el buque en los golpes de mar.

* Vergas: Mar. Percha labrada convenientemente, a la cual se asegura el grátil de una vela.

que se aposentaban en mi cerebro de manera fija, aunque desordenada. Con el tiempo aquel “universo” flotante iría mostrándome sus secretos; la forma de moverse entre los ritos y ceremonias de una hermandad vieja como el mundo.

Poco a poco la fiebre de novedades fue menguando, permitiéndome entonces una mayor convivencia con mis compañeros de aventura. Así me di cuenta, por ejemplo, de que el padre Rafael no era el mismo de antes; andaba cabizbajo, leyendo con inusual frecuencia su breviario, o absorto durante largos ratos en la contemplación del mar. A su vez, la familia Cañizo permanecía tozudamente recluida bajo cubierta, reponiéndose de los intensos mareos que la tuvo a maltraer en la primeras jornadas. Muchas veces bajé a hacerles compañía y, con mis charlas, distraerlos de todo aquello que empujaba el ánimo a la sentina. Pude lograr que, por lo menos, la señora Mónica e Inés me siguieran en ocasiones hasta cubierta, donde yo (Dios me haya perdonado), hacía vanidosas galas de los conocimientos adquiridos.

-Pos mira, hijo, que has adelantao en poco tiempo -elogiábame la mujer- pronto llegarás a capitán...

Reímos los tres; Inés como si tuviese cascabeles de cristal en la garganta; yo, alegre al contestar que mis palabras eran obedientes a los propósitos de aliviarles el espíritu. Algunas veces don Rafael se arrimaba a participar de nuestro parloteos, pero su presencia inhibía a madre e hija, por lo cual la conversación hacía entonces más seria y reflexiva. Por tal motivo el cura trató en adelante de ahorrarnos, según él, la transmutación de la alegría por la solemnidad, privándose así de sus comentarios, que nada tenían de ceremoniosos. Pensé que mi maestro había dejado en la tierra la espontaneidad y la mesura, rasgos característicos en su trato con la gente; y ello me preocupó. De tal modo, que la conciencia se puso a reprocharme el haber yo dejado al bueno de don Rafael sin compañía. Tratando de remediar la falta, me convertí en su perrillo faldero; cosa que no escapó a su perspicacia, pues, en un aparte me dijo:

-Veo, Fermín que te has alejado un poco de la familia Cañizo. Y eso no está bien. Debes hacerte a la idea de que tú eres parte de ella. Lo correcto, pues, es que la trates y la conozcas, ¿entiendes?

-Sí, padre. Pero está claro que ello será... bueno, cuando usted...

Acongojado, no pude continuar. El sacerdote apoyó su mano en mi hombro y me dijo, mirándome con bondad:

-No debemos engañarnos, Fermín. Llegará un momento en que tu vida y la mía tomaran caminos separados y ello no ha de afligirnos, pues necesariamente tendremos distintas misiones a cumplir.

Ambos permanecimos en silencio; yo dándoles vueltas a mis pensamientos con el propósito de aclarar sus aristas y definir la compleja figuración de sus ángulos. No obstante, y pese a mi inexperiencia, lograba percibir que algo preocupante retorciase en el ánimo de don Rafael; y que el bailoteo había comenzado con la llegada de don Francisco de Paula Sanz al “Princesa”. Tan hondo estaba calando en mi sospecha de que

tal personaje tenía algo que ver con la desahogada actitud de don Rafael, que me propuse no descansar hasta poner en limpio el obscuro enredo; única forma de concurrir en ayuda del querido sacerdote y de llevar a mi alma el equilibrio que solo la verdad puede otorgarnos. En fin, que supuse era llegado el momento de clavar banderillas al asunto y sin más, me lancé al ruedo sin medir las consecuencias.

-Me parece, señor cura, que usted está ocultándome cosas.

El padre Rafael continuó mirando la lejanía, hasta que las palabras llegaron hasta mí vacilantes, o para decirlo mejor, trabajosamente elaboradas:

-Fermín... siempre ocultamos algo. A veces para bien; otras para mal.

En nuestro caso no es ni una cosa ni otra. Sí: Tienes razón al pensar que oculto algo. Mas no es intencional. Considero, simplemente, que no es oportuno el atiborrar con intrigas y enredijos tu capacidad de percepción. Tiempo llegará en que debas enfrentarte, quiera que no, a situaciones difíciles o a inevitables riesgos. Yo deseo que ello ocurra cuando estés maduro y puedas luchar con armas iguales. ¿Sabes qué recomendó sor Verónica el día de nuestra partida? “Cuide su paternidad -me dijo- que Fermín no se arroje a las aguas antes de saber nadar, pues es muy dado a imaginérselas. No olvidéis que lleva siempre de la mano a su *Don Quijote*: el que tomó a los molinos por gigantes y quedó hecho una lástima, ¡valgámonos Dios!”

Era de suponer: el casi monólogo del padre cura, lejos de adormecer mis inquietudes, hizo que estas se avivaran. Y como era yo de los que no dejan el campo a medio escardar, arremetí con razones que, si no aturdieron a mi mentor, le demostraron que no era yo crío de teta. Por otra parte, consideré que malo es el discípulo que no busca el absorber la sabiduría del maestro, si es que este la tiene; y el mío, vaya si era rico en el saber.

Trataré de admitir todo cuanto el señor cura acaba de explicarme, pues no queda otro remedio. Mas siempre me aconsejó el molinero: “Nunca quieras disimular lo que el saco abulta, ni niegues la harina que en el vestido llevas”. De modo que, ya lo ve el señor cura, ¿cómo impedir que me haga cargo de lo que es evidencia a simple vista?

-Nada has comprobado, y las consejos del molinero bien pueden ser aforismo de tu invención. ¿O te crees capaz de envolverme en una retórica inflada de quijoterías?

Corrido por el regaño guardé silencio y me puse a observar el avance de la noche sobre la serena superficie del mar. Un airecillo venido del Noreste inflaba las velas con desgano, y el “Princesa” corría sin premura. El crujido de las cuadernas* y los palos descendieron hasta resultar casi inaudibles, y el balanceo insinuábase apenas, para alivio de los que no estábamos acostumbrados a bailar sobre las olas. Fue en ese momento, propicio a las evocaciones, cuando el padre Rafael habló tomando el soliloquio por recurso, y sin mirarme, empezó, los brazos apoyados en la borda enclavijados entre sí:

* Cuadernas: (f.) Mar. Cada una de las piezas curvas cuya base o parte inferior encaja en la quilla del buque y desde allí arrancan a derecha e izquierda, en dos ramas simétricas, formando como las costillas del casco.

-Hubo en el siglo pasado un personaje de leyenda que en nuestra historia figura como don Juan de Austria, hijo ilegítimo del gran Carlos V. Fue la gran pesadilla de Felipe II que en él veía peligrar la fanática fortaleza de su reinado. La subida al trono de hijos bastardos, frecuentes en la monarquía europea, daban razón a los temores de Felipe. Trató este de inculcar a don Juan de Austria la vocación por el sacerdocio, pero la realidad le convierte en el héroe de la famosa batalla de Lepanto, donde la cristiandad venció para siempre el poderío y la amenaza religiosa de los turcos, y en la que, como sabes, Cervantes, tu reverenciado don Miguel, perdió la mano izquierda. Don Juan de Austria bien pudo ser Rey de España en lugar de Felipe su hermano y, con ello dar a la patria un sesgo más genial y heroico del que tuvo. Pero en la vida de los pueblos como en la de los hombres, el futuro se hace imprevisible, y la paradoja se entrecruza en la urdimbre de los hechos...

Calló el padre Rafael y yo respeté el silencio, pues sabía que lo expuesto no era una simple lección de historia más trascendente. Pasaron algunos minutos, tras los cuales, continuó:

-Nuestro rey actual, Carlos III, nació en Madrid en 1716, siendo hijo de Felipe V e Isabel Farnesio. Es coronado Rey de Nápoles y se casa con María Amalia de Sajonia a los veintidós años, teniendo su esposa solo catorce... ¿Me sigues, Fermín?

Respondí afirmativamente.

-Pues bien: Carlos y María Amalia fueron excelentes Reyes de Nápoles. Aunque buen esposo, allá por 1740 Carlos tuvo amoríos con una princesa napolitana, de los cuales les nació un hijo bastardo. Siendo su primer hijo (y no lo oculta), Carlos siente gran afecto por él. Nuestro rey ha tenido trece hijos legítimos: siete murieron, María Josefa es contrahecha, Carlos que nada tiene de brillante, Fernando, Rey de Nápoles, Pedro y María Luisa. Pero el bastardo es superior a cualquiera de ellos. Su educación fue esmerada; distinguidos sus modales; su inteligencia fuera de lo común; habla y escribe correctamente siete idiomas y se destaca como un gran intuitivo, virtud esencial en todo gran político. A fin de escamotear el mundo su merecida realeza le pusieron de nombre Francisco de Paula y le agregaron el apellido Sanz.

-Francisco de Paula Sanz... Es él...

-Sí: El Director General de la Renta de Tabaco en el Virreynato del Río de la Plata, viajero en el “Princesa” y descendiente directo de príncipes y reyes; hasta se le considera de la misma sangre que doña Elvira, hija del Cid Campeador.

La revelación hecha por mi maestro me dejó por demás impresionado. Mas nada dijo y esperé a que don Rafael continuara:

-Entenderás ahora por qué traje a colación el caso de Juan de Austria, hijo de Carlos V y héroe de Lepanto. Tanto se parece al de don Francisco de Paula Sanz, hijo de nuestro Carlos III, que cuesta entender la manera estúpida con que dejamos pasar las lecciones de la Historia. Ya tiene, Fermín, explicada las razones de mis cavilosas actitudes... Sé que no vas a poner lo a ti confiado en las orejas de los demás.

-Nada diré, estad seguro... Pierda yo la lengua antes de cometer semejante felonía. Mas decidme: ¿qué puede importaros el que nuestro compañero de viaje sea Rey de España o el Preste Juan de las Indias? Porque como suele expresar el molinero...

-Calla y dejate de refranes traídos de los pelos. Sabrás con el tiempo la ligazón que existe entre el señor Director y tu cura don Rafael. Por ahora, basta con lo explicado. Aunque es bueno que lo sepas: conozco a don Francisco de Paula Sanz desde hace mucho, desde los tiempos en que ambos corríamos por las calles de Nápoles en busca de aventuras... y desazones.

No dijo más el padre Rafael. Yo quedé rumiando una conjetura tras otra en el empeño de hallar respuestas que me sacaran del embrollo.

Me hallaba en la mañana siguiente sentado en una de las escotillas de cubierta, releendo el *Quijote*, cuando advertí a Inés de pie junto a mí.

Le invité a que me hiciera compañía, y ella aceptó, mientras preguntaba:

-¿Qué estás leyendo?

Le dije sobre mi afición a entretenerme con las locuras del Ingenioso Hidalgo. Alabé las graciosas maneras que tenía Cervantes de relatar tantos disparates y los muchos ejemplos de conducta puestos en las famosas páginas. Inés escuchaba mirándome a los ojos, insistentemente, profundamente, como si en ellos estuvieran, y no en las palabras, el valor de mis observaciones. Con delicadeza, retiró el libro de mis manos y dijo mientras observada en el abigarrado texto:

-¡Cómo me gustaría aprender a leer!

-Es que ... ¿No sabes leer?

-No. Mi madre quiso que estudiara, pero mi padre se opuso. Dice que “Las mujeres a guisar y a tener críos. Lo demás son pajaritas”.

-¿Y lo dijo de un tirón? He visto que no es hombre de hablar mucho. Reíamos los dos, tras lo cual, pregunté entusiasmado:

-¿Quieres que te enseñe? Aprovechando que nada tenemos que hacer durante la travesía...

-Por supuesto que sí. Pero es madre quien tiene que dar el permiso.

-Pues con ir a preguntarle... Vamos.

Fuimos a buscarla bajo cubierta. Estaba en un apartado que servía de dormitorio de mujeres y niños, conversando con dos compañeras de viaje mientras zurcía una camisa. Al vernos llegar, puso las manos en la falda y nos miró interrogante. Enseguida le hicimos saber de nuestro proyecto. Sin pensarlo mucho comentó:

-Costará algún dinerillo...

-Nada -exclamé- sé la cartilla de memoria y libros no han de faltarnos. Don Rafael nos ayudará, si es preciso.

-Pos', bueno... creo que tu padre no se opondrá -concluyó dirigiéndose a Inés-. Mientras no le toquen el bolsillo...

Y retomando la aguja siguió dándole al zurcido.

Volvimos a cubierta decididos a disponer lo necesario para empezar con las primeras letras. Pero un movimiento inusual nos distrajo. Iban algunos marineros hacia popa, el padre Rafael con ellos, y vimos al capitán con el catalejo puesto en el ojo. Corrimos Inés y yo para sumarnos al grupo. Supimos entonces que el motivo de la alteración era dada por un navío que, visto a la distancia, parecía venir tras nosotros. Me arrimé a don Rafael.

-No entiendo la razón de tanta bulla -le dije- ¿Qué tiene de raro un navío en esta ruta? Es lo mas común desde los tiempos de don Cristóbal.

-Si el que vemos trae buenas intenciones, nada debe preocuparnos. Mas piensa que estos mares están plagados de piratas que acechan y asaltan los barcos españoles. Unas veces de manera caballeresca y otras igual que chacales. Veamos qué dice el capitán...

Tomé lo de “veamos” como una invitación y seguí al cura, no sin antes pedir a Inés que me aguardara. Subimos al alcázar e interrogó don Rafael:

-¿Ha logrado identificar el navío, capitán?

Este respondió sin dejar de mirar por el catalejo:

-No muestra pabellón alguno. Dispone de cuatro cañones por banda y poderosa arboladura. Además, están tratando de acortar distancia. Ruegue a Dios, padre, que no sea un tiburón asesino de los tantos que merodean en estas aguas.

Durante el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde, no hicimos otra cosa que observar el progresivo acercamiento del buque. El calor apretaba, pues estábamos en la línea del Ecuador. Un cielo limpio, terso cual si imitara la seda y despiadadamente luminoso, arrancaban al océano agudos destellos que herían nuestros ojos al pretender observar la indeseable embarcación. Pero quiso la suerte que por falta de viento las velas del “Princesa” fueran perdiendo tensión y quedaran flácidas, sin ganas de empujar el navío que detuvo su marcha y quedó inmóvil. Igual cosa le ocurrió al misterioso buque, pues el mar es enemigo de injustos favores y mide a todos con el mismo rasero. Allí quedó a nuestra vista y de tal manera que esforzándonos un poco conseguíamos avizorar los movimientos de cubierta. Con extrañeza veíamos cada tanto arrojar bultos negros por encima de la borda notando, además, que las aletas triangulares que nos siguieron hasta entonces habían desaparecido. Hasta que la explicación llegó a todos con horrible crudeza. Nos la trajo el padre Rafael.

-Es un barco negrero. ¡Lo que tiran al mar son cadáveres de esclavos! ¡Dios! Todo hace pensar que tienen la peste a bordo. Puede que sea cólera, tifus o fiebre amarilla. Los tiburones se están dando un fiesta. ¡Malditos sean!

Las palabras del cura nos llenaron de espanto. Allí tenebrosamente cerca, estaba sucediendo lo que jamás ha de tener perdón de Dios. La salvaje explotación del negro. Hombres y mujeres, encadenados en la sentina, en infame promiscuidad, estaban padeciendo y muriendo de manera inconcebible.

El padre Rafael no sacaba los ojos del barco esclavista. Pálido, con el rostro endurecido por la indignación, gruñía improperios y golpeaba con el puño el filo de la

borda.

-¡Lo de siempre! -decía- ¡Dictamos leyes para salvar y defender a los indios y permitimos el comercio criminal de negros africanos en América! ¡Hermoso ejemplo de hipocresía al más alto nivel! Me faltan palabras para nombrar tanta perversión.

-Yo las tengo: Asesinar a Dios.

Iba a responderme don Rafael cuando ciertos preparativos en el barco negro despertaron con fuerza su curiosidad. Una barca había sido puesta a flote y varios hombres subieron a ella. A fuerza de remos enfiló hacia nosotros.

El capitán, que no perdía detalle, gritó:

-¡Contramaestre! ¡Abordaje a la vista!

-El aludido sopló el silbato y la tripulación acudió al llamado. Imitando la voz autoritaria del capitán, dijo exaltado:

-¡Todos a buscar las armas! Preparen pistolas y sables y esperen órdenes.

Corrieron los marineros. En tanto, hombres, mujeres y niños aparecieron en cubierta con la alarma en los rostros y averiguando por la razón de tanto ruido. Yo le comenté a mi maestro si es que no había exageración en las órdenes, por no ser muchos los de la barca, a lo que me respondió:

-Un capitán que se precie no debe desatender las sorpresas. Recuerda cómo un puñado de españoles conquistaron el Imperio Azteca...

El bote se acercaba rápidamente. Cuando estuvo al lado del “Princesa” uno de los tripulantes se puso de pie, y haciendo bocina con las manos, llamó a los gritos:

-¡Ah ...! ¡El capitán!

Contestó don Isidro Arrechea y ante el reclamo del hombre en el sentido de que le dejara subir, replicó enérgicamente:

-Decidme desde ahí lo que sea. ¿Qué buscáis?

-¡Un sacerdote! Os rogamos que si alguno viaja en el “Princesa” le dejéis venir. Hay dos moribundos que piden confesión.

-¿Qué os ocurre?

-Tenemos peste a bordo. Cólera, según el médico. Son muchos los negros que están muriendo; pero ellos no importan. Son los dos marineros contagiados...

-Con que un barco negrero, ¿eh? -interrumpió el capitán- ¡Y con peste! ¡Debéis estar locos si pensáis que voy a mandar un cura a semejante infierno! ¡Alejáos cuanto antes, por todos los diablos!

Yo oía y observaba alelado cuanto ocurría. De pronto, tras el exabrupto, la escena cambió como por arte de magia. El padre Rafael, que se había corrido hasta la borda para mejor ver a la gente del bote, miró hacia el alcázar y dijo con voz fuerte:

-¡Capitán! Soy yo quien debe resolver este caso -y agregó, dirigiéndose ahora a los que estaban en la barca-. Iré con vosotros.

Bajó don Isidro Arrechea, seguido por Francisco de Paula Sanz, y enfrentando al cura le dijo indignado:

-Os prohíbo que vayáis con esa gente.

Le miró el padre Rafael y le expresó con tono bondadoso:

-Solo Dios es dueño de mis actos y solo a Él obedezco. ¿Cómo desoir el llamado de un moribundo? No regresaré, perded cuidado.

Imaginad lo que yo estaba sintiendo. El miedo se me introdujo en la sangre, empalideció mi rostro y puso temblor en los labios. La decisión del querido maestro fue un golpe inesperado que me llevó a reaccionar de la peor manera: igual que suelen hacerlo los pusilánimes o los derrotados cuando les abandona la dignidad. Corrí hacia el sacerdote y, abrazándome a él, le rogué llorando que no me abandonara, más otras expresiones que prefiero relegar al olvido. Pero recuerdo muy bien el breve lapso de tiempo donde todo el mundo exterior dejó de existir. Ceñido al cuerpo de don Rafael, tan solo tenía conciencia de que el abrazo estaba impidiéndole marchar hacia a la muerte; pues tal significaba, y así lo percibía, su absurda determinación. Mas a pesar de mi aturdimiento, oí cuando dijo:

-No le hagáis caso, capitán. Es todavía un chiquillo.

Fue suficiente. Las palabras obraron a manera de un revulsivo. Aflojé el abrazo, limpié con el dorso de la mano la cara humedecida y, con paso lento, me dirigí a la baranda de popa. Pero enseguida sentí que el padre Rafael me tomaba de los hombros.

-Acompañame a buscar la estola* y el breviario* -me dijo-. Así tendremos ocasión de aclarar un poquitín las cosas..

Marché a su lado con la cabeza gacha. El iba diciéndome:

-No estoy seguro, Fermín, si agraderá a Dios lo que estoy por hacer pues siento que el egoísmo ha metido baza en la partida y fácil es confundir altruismo con conveniencias. Nuestros caminos se encontrarán en el futuro, y entonces podré aclararte mejor la realidad de los hechos.

Habíamos llegado al dormitorio que bajo cubierta compartíamos con otros compañeros. Tomó don Rafael la sagrada estola y el breviario; mientras subíamos, continuó diciendo:

-Otra cosa importante: No te separes jamás de la señora Mónica. Ella puede llegar a ser la madre que nunca tuviste. Por lo menos hasta que seas mayor de edad. ¿Entendido?

Dije que sí con la cabeza y marchamos al encuentro de los que esperaban. Mas una sorpresa saltó de repente para dar a la escena final el consabido golpe de efecto. Cuando el padre Rafael se disponía a utilizar la escala de sogas, don Francisco de Paula Sanz se adelantó y le dijo sin retaceos:

-Rafael, ¿ni aún pidiéndotelo yo, abandonarías determinación tan desatinada?

* Estola: (f.) Vestidura amplia y larga que los griegos y romanos llevaban sobre la camisa y se diferenciaba de la túnica por ir adornada con una franja que ceñía la cintura y caía por atrás hasta el suelo.

* Breviario: (m.) desus. Libro de memoria o de apuntamiento. Libro que contiene el rezo eclesiástico de todo el año.

-Sabe que no, Francisco.

-Bien... vete con Dios.

-Que Él te acompañe siempre. Lo necesitarás, te lo aseguro.

Se estrecharon las manos mirándose a los ojos, y el padre Rafael, tras bendecir a cuantos le observamos doloridos, bajó hasta el bote. Sin demora y a golpes de remos sabiamente ejecutados, le llevaron hasta el buque atrapado por el cólera.

El diálogo entre los hombres, rápido, nervioso, ribeteado de enigma, se incrustó en mi mente y allí se mantuvo por el resto de mis días.

Una mano me tomó por el brazo e hizo que los negros pensamientos se alejaran, tal vez para tomar fuerzas y volver más tarde con nuevos impulsos. La señora Mónica, pues era ella quien me tenía sujeto, estaba diciéndome con entonación cariñosa:

-Es hora de comer algo, Fermín. Inés ha ido a preparar unos bocados de pan y queso y un tantico así de longaniza... Si es que te atreves.

Caminamos los dos buscando la escotilla. Agonizaba el sol entre nubes de rojos brillantes, fulguraciones de esmeralda y amarillos resplandecientes. El mar era una espejo multicolor ardiendo en el horizonte.

.....oOo.....

Ya noche cerrada, el “Princesa” seguía inmóvil, las velas vencidas y sus cordajes quietos. Un cielo tropical mostraba en un azul muy suave su joyería de estrellas. Yo, acodado en la borda, no hacía sino mirar las luces de posición del buque esclavista.

Desde que tuve uso de razón, tomé por costumbre no hacer de la soledad objeto de tristeza, y a entender que un niño abandonado no podía darse el gusto de afincarse en su amor exclusivo sin que a la larga hubiere rompimientos traumatizantes. No es que me quejara. El cariño de sor Verónica, de don Evaristo, de la señora Isabel, ¿cómo olvidarlo? Más la pérdida de don Rafael había colmado la medida a una edad en que andamos tanteando, igual que ciego sin lazarillo. Comencé la gran aventura de la mano de mi maestro; conté con su experiencia, con su confianza, con las palabras que guían y las amonestaciones que corrigen. ¿Qué hacer ahora con tantos sueños hechos al calor de las sobremesas o de los estudios orlados de fantasías? Allí estaba yo, solo en un navío fijo en medio del mar tenebroso y con la mira puesta en una Patagonia de leyenda; pensando, removiendo sensaciones, sumido en la maraña del miedo y sin mi querido don Rafael que, a no dudarlo, estaría ya metido hasta la tonsura en la terrible corrupción de la peste. Así meditando, sentí que una mano se apoyaba en la mía. Vi a Inés a mi lado. Durante breve tiempo permanecimos así, sintiendo yo la tibieza de su palma y la presencia de su cuerpo inmaduro.

-Él está bien, Fermín. Le veo claramente...

Lo dijo como si de verdad estuviera presenciando una escena.

-No le ves. Le imaginas, que no es lo mismo -comenté, por decir algo.

-Te aseguro que lo estoy viendo -repito-. Se halla en la bodega del buque hablándole

a un negro mientras le limpia la cara con un paño.

Le miré fijamente. Insistí:

-¿Quieres hacerme creer que ves al padre Rafael y a cuanto le rodea... ? Visiones; son visiones, Inés.

Volví a mi posición contemplativa, la mirada puesta en las luces lejanas. Inés me apretó la mano cual si buscara en ella refugio, compresión... O tal vez sentía piedad ante mi obstinada ceguera. Continuó, poniendo en sus palabras un suave matiz de quejosa mansedumbre:

-Piensas igual que mis padres... dicen que sueño despierta, que estoy loca... Y me pongo triste. Yo no tengo culpa de ser distinta a los demás, de ver lo que otras no ven. Esperaba que tú me creyeras...

Por largos minutos permanecemos en silencio. Yo, dando vueltas en torno a sus fantásticas revelaciones, y ella, prendida a mi mano cual si temiera perderse en la obscuridad que nos rodeaba; obscuridad que no me impedía atisbar la blancura de su rostro y los débiles reflejos de su cabellera.

-Te contaré, Fermín, lo que a nadie he dicho -expresó tras la pausa-; una tarde volvía yo a casa tras llevar la merienda a mis padres y hermanos. Iba cantando, pues me gusta cantar, por un sendero que, dando vueltas, une al pueblo con los plantíos de garbanzos y guisantes. De pronto, tropecé con un viejo sentado en la hierba, al lado del camino. A su lado tenía un largo bastón y unas alforjas. Su caballo era blanquísimo, igual que su barba. Al verme, pidió que me detuviera para que le ayudara a levantarse, pues estaba muy cansado. Yo le imaginé peregrino por la vestimenta y el cayado y, sin dudar, le presté mis fuerzas para que lograra ponerse en pie. Caminamos juntos por largo trecho, él, apoyado en mi hombro y yo, llevándole las alforjas. Iba el peregrino diciéndome: "Te agradezco, pequeña, tu bondad para conmigo; mas yo te daré, en cambio, un don que solo reciben los elegidos. De ahora en adelante tendrás un ojo en medio de la frente". Uy -respondí jocosa, pues consideré que el anciano bromeaba- ¿No cree usted que luciré muy fea? "Nadie lo verá, me dijo. Solo tú sabrás que lo tienes, pues con él has de percibirlo todo: lo cercano y lo distante; las cosas reales que nuestras limitaciones nos ocultan. No habrá para ti impedimentos de siglos ni distancias. Verás todo lo que es invisible a los ojos vulgares. Mas debo advertirte que el don te servirá únicamente para hacer el bien, pues no es otra cosa que una herramienta de amor". Nada más dijo el anciano. Cuando nos despedimos en un desvío del sendero, quedé mirándole. Una luz blanca le rodeaba el cuerpo, igual a la que tiene la virgen en algunas estampas.

No negaré que el 'cuentecillo' me turbó un tanto, sobre todo porque en labios de Inés tenía un sentido especial: resultaba ingenuo y al mismo tiempo profundo. Era ella misma...

-Las predicciones del viejo caminante -continuó- tardaron en cumplirse. Fue pasado el tiempo cuando empecé a sentir que yo era distinta. Tal cual lo son mis hermanos, pero al revés. O serías tú si poseyeras un ojo aparte de los dos que tienes. ¿Sabes una cosa?

Durante el viaje he podido subir muy arriba, en el cielo, y presenciar desde allí el fondo del mar. Ni las más extraordinarias fantasías son capaces de crear lo que yo he visto; ciudades maravillosas, naves de ensueños, arcos iris desparramando luces de inimaginable belleza. La realidad, Fermín, no es tal como vulgarmente se nos aparece. Esta existe, pero distinta de la que vemos. ¿Quieres más? Nuestro encuentro en el ayuntamiento de Zamora no fue para mí cosa nueva. Supe quién eras tú. Te esperaba, pues desde que tuve el don te vi muchas veces en el convento, y en la casita de la huerta con don Evaristo y ayudándole a don Rafael en la misa... ¿Por qué tú? No lo sé, de verdad no lo sé... simplemente espero que algún día el secreto me sea revelado.

Lo último me impactó sobremedida. ¿Cómo podía ella saber de mis andanzas por el pueblo si nunca habíamos conversado sobre tales cosas? ¡Vaya con la pequeña mujercita! Y de pronto me asaltó la idea de que, así como ciertas almas son poseídas por el demonio, ¿por qué un Ángel no puede igualmente hacerse dueño de nosotros?

Quién sabe hasta cuándo habrían durado tales especulaciones teológicas, si no es por la señora Mónica que, acercándose, nos expresó:

-Vamos, hijos. Se hace tarde y es hora de dormir. Fuimos caminado lentamente en busca de nuestras incómodas literas. De haber obedecido a mis deseos, me hubiese quedado toda la noche observando las farolas encendidas del barco negrero. Pero me acosté para no desairar a mi nueva madre. Mas gran parte de la noche la pasé con las manos en la nuca, boca arriba, meditando sobre los extraños sucesos de aquel día.

CAPÍTULO 7

Los balanceos del “Princesa” me despertaron. El viento soñaba con ganas. Me levanté y, trastabillando, corrí a popa. No vi el barco negrero. El mar tranquilo de la víspera se mostraba ahora encrespado bajo un cielo revuelto por nubarrones amenazantes. La ausencia del otro navío renovó mis congojas y cuando las lágrimas comenzaron a temblequearme en las pestañas, oí una voz a mi lado:

-Aquí la ruta se divide en dos. Una se dirige al Caribe y la otra, que es la nuestra, sigue rumbo al extremo sur. El viento empezó muy de madrugada, y el navío con el padre Rafael fue alejándose hasta desaparecer.

No me fue necesario mirar a quien hablaba, pues reconocí la voz de don Francisco de Paula Sanz.

-No des por perdido a don Rafael Carranza, muchacho. Él es indestructible.

Escuché sus pasos alejándose hacia el castillo de proa. Me di vuelta, y una vez más, comprobé el señorío de su andar, pese a los bandazos del “Princesa”.

Las palabras del alto funcionario nada me dijeron, inmerso como estaba en mi pesadumbre. Dos o tres días tardé en salir del marasmo. Los pocos años y la sed de novedades pudieron más que la tristeza. Debo reconocer, sin embargo, que Inés hizo mucho por que yo retornase a la holgura propia de mi carácter; también ayudaron los afectos que me prodigaba la señora Mónica cuando la ocasión lo requería y las lecciones de lectura, a las que se arrojó la buena campesina *pa'* aprender, como ella dijo, “por lo menos a escribir mi nombre”. Así, entre el 'A, B, C' de la cartilla y las fantasiosas elucubraciones de Inés fueron pasando las semanas.

Dos días antes de llegar a Montevideo paseaba por cubierta con mi *Don Quijote*, cuando uno de los sirvientes de don Francisco de Paula Sanz se acercó a mí y en un español afrancesado me dijo que su señor quería hablarme.

Le seguí hasta un camarote amplio y suntuoso, con una mesa escritorio atornillada al piso y sentado a ella, escribiendo, el enigmático personaje. Al verme entrar se puso de pie en un acto de gentileza que me extrañó y me puso en guardia, pues no me creí merecedor de tal cortesía. Hizo que me sentara frente a él y dijo sin darse tiempo a respirar:

-Anda, lee esta carta.

Cuando la puso en mis manos y me fijé en ella, sentí un escalofrío. La firma bajo el último renglón señalaba: “Sor Verónica de la Cruz”. No le pasaron por alto al caballero mis emociones, ya que, mostrándome una comprensiva y amplia sonrisa, me dijo:

-Vamos, Fermín de la Colina. Lee y date un empacho de vanidades. Ya quisiera para mí esos elogios de mujer tan principal.

La carta de mi querida monja, tras los saludos de rigor, entraba de lleno en los motivos que le dieran origen. Decía:

“Llegado a mi conocimiento que en fecha próxima habéis de viajar al Río de la Plata en el barco “Princesa”, me atrevo, aprovechando la amistad habida a través de amigos comunes, a pedirlos que os sirváis tener por deferencia el amparo hacia un muchacho de nombre Fermín de la Colina, que habrá de viajar en dicho navío bajo el cuidado del padre Rafael Carranza, confesor de este convento y religioso de buenísimas relevancias...”

Continuaba la carta con exagerados encomios hacia mi persona, que de ser merecidos, nadie habría que me igualara en España y sus Indias. Y tras enumerar mis “amplios y utilísimos conocimientos”, cerraba el grifo de las inocentes y exageradas alabanzas, diciendo:

“Por lo expuesto aceptaréis conmigo, excelencia, que sería lamentable que mi recomendado se perdiera en el remolino americano teniendo, como tiene, las virtudes para llegar a las más altas cumbres. De su señoría depende que valores tan manifiestos no se malogren por falta de cuidados. Y no digo más, pues segura estoy de que Dios hará el resto. Recibid el debido respeto de esta vuestra hermana en Cristo y contad con que os tendré presente en todas mis oraciones”.

Avergonzado devolví la carta y me puse a observar las uñas de las manos con exagerada minuciosidad. Se arrellanó don Francisco de Paula en el asiento y, por largos instantes, me tuvo bajo rigurosa observación. Luego habló con calma y con sencillez.

-Bueno, Fermín, tú dirás de qué manera podremos complacer a sor Verónica de la Cruz...

Continué callado, sin poder articular las ideas que me zumbaban como avispa en el cerebro. Por obra y gracia del amor maternal de sor Verónica me sentí pedante y alabancioso, como si fuera yo, y no la monja, el culpable de tales desaciertos. No escapó a don Francisco de Paula mi incomoda posición, pues tratando de ahorrarme embarazosas respuestas, dijo:

-Disculpemos la exagerada costumbre que las mujeres tienen de llevar a las nubes a quien aman. Ocasión tuve de hablar con sor Verónica una sola vez y no pude menos que admirarle. Eres huérfano, ¿verdad?

La pregunta me tomó de sorpresa, pero respondí sin titubeos:

-Fui abandonado en el Convento de la Colina siendo casi recién nacido...

-Y sor Verónica te crió y te educó como a hijo propio; que no por ser monja tiene cegada la fuente de su maternidad. Pues a ver si en alguna medida le complacemos. Puedes entrar como escribiente bajo las órdenes de mi secretario, con lo que vendrías a ser un prosecretario en el servicio de mi despacho particular. ¿Qué te parece?

-Iré a la Patagonia, excelencia. Perdonadme, pero así lo quiso el padre Rafael. Además, estoy bajo la tutela de la familia Cañizo.

-Eso sería cosa fácil de arreglar.

-No. Con ella viajo y con ella cumpliré lo convenido en el Ayuntamiento de Zamora.

-Insisto, sin embargo, en que no es la Patagonia el lugar conveniente para el

desarrollo de tus cualidades. Ni creo que a sor Verónica le agrade ese lugar tan alejado de la mano de Dios.

-Permitidme deciros, señor, que no conocéis muy bien a sor Verónica de la Cruz. Ella está convencida de que llegará por méritos propios a los picos más altos, pero en alas de la evangelización. No entiende que yo pueda actuar de otra manera...

Se quedó unos instantes pensativo don Francisco de Paula Sanz y, condescendiente, me respondió:

-Bien. No me corresponde a mí quebrar tu voluntad. Mas si en algo puedo ayudarte, dilo, muchacho.

Por mi mente cruzó cual una centella el compromiso contraído con el Ministro don José de Gálvez. ¿Por qué no aprovechar -me dije- una segunda muleta que haría más fácil el caminar por los senderos elegidos por sor Verónica y don Rafael? Y recité entonces de un tirón las enseñanzas de mis maestros.

-Podéis ayudar en mucho, excelencia. Interceded para que la fundación de pueblos en la Patagonia se haga con la cruz y el trabajo honrado, no con espada. Cuidad de que los indios se conviertan en súbditos de nuestro rey con iguales derechos y oportunidades que los españoles; y tened a bien el vigilar, desde vuestra altísima posición, que los celos y las ambiciones no malogren los fines de tan ansiadas conquistas.

Di por acabada la retahíla* hecha con materiales ajenos; se quedó el Director de Tabacos mirándome con expresión burlona o complaciente, que no vi del todo claro, y me dijo:

-Cosa difícil de cumplir me pides, muchacho. Eres aún muy joven y no sabes distinguir con certeza lo que hay de sueños y realidades en tus reclamos. No mezcles las razones, pues nada hubiese hecho la cruz sin los mandobles de la tizona*. Una cosa es predicar y otra el resistir los embates de la indiada. Pero todo lo sabrás a su debido tiempo... y no es cuestión de que mi escepticismo quiebre tus magníficos ideales. Ve a la Patagonia, Fermín, y ya en ella, hazme saber cuanto ocurra; bueno o malo. Te prometo que haré cuanto pueda para que tus intenciones no caigan en el vacío.

Se puso de pie don Francisco de Paula Sanz. La entrevista había terminado. Me levanté y, con mi *Don Quijote* siempre de la mano, me incliné reverente y fui hacia la puerta, no sin antes agradecer al gentil hombre sus deferencias para conmigo. A punto ya de salir, me dijo:

-Si llegas a saber de nuestro buen cura don Rafael, trata de comunicármelo enseguida.

.....oOo.....

En la mañana siguiente vimos algo así como una nube oscura en el horizonte. Nos dijeron que era la costa de Montevideo. Llegamos por fin a tierra americana. A mi lado

* Retahíla: (f.) Serie de muchas cosas que están, suceden o se mencionan por su orden.

* Tizona: (f.) espada, arma blanca.// Espada del Cid Campeador.

estaba Inés con el pañuelo en la cabeza y una burda mantilla que, cruzándole el pecho, tenía atada atrás, en la cintura. La señora Mónica y el resto de la familia alineábase contra la borda; embelesado, viendo aquello con los atributos de una realidad fantástica. Salía del mar el milagro hecho de ensoñaciones y esperanza. 'América' gritaban nuestras ansias 'América', decían las gaviotas volando por encima de los mástiles. 'América', contaban las jarcias* y las velas sopladas por la brisa del Este. Y en aquella palabra 'América' se sintetizaban nada menos que la libertad ganada tras quinientos años de lucha contra el Islam y que, aún sin saberlo, estábamos sembrando en nuevas tierras. Lo dicho, amigos lectores, lo sentía como un reflejo salido de inciertas premoniciones. No niego que el buril* del tiempo le haya dado la forma que, imperfecta, traduce los sentimiento de un Fermín de la Colina de apenas quince años, con más intuición y memoria que conocimiento. Pero así está escrito y así lo dejo, confiado en que vosotros sabréis alinear con la imaginación lo que tenga de insípido y desmañado.

Ya atardecido, la muy noble ciudad de Nuestra Señora de los Buenos Aires apareció ante nosotros pregonando su pobreza; sin muelle, malecón o desembarco donde poder arrimarnos. Estábamos anclados como a dos leguas y media de la costa, esperando no sé qué... Todo me resultaba extraño, inédito, desalentador, pues no había concebido así las puertas del Nuevo Mundo.

Inés anudó su introspección a la mía, diciendo:

-¡Dios mío! ¡Cuán grande es!

Yo le miré de reojo, sin acertar ni medianamente con la razón del asombro.

-Las casas parecen llegar a las nubes: sus calles son anchas, muy anchas y larguísimas. En ella hay un mundo de gente... y carruajes sin caballos que ruedan y ensordecen con sus ruidos de... de pesadilla.

Iba yo a preguntarle de qué hablaba, cuando su padre, que junto a ella no perdía detalle de cuanto estaba sucediendo en la costa, miró furioso y dijo levantando la mano:

-¡Calla tus locuras o te planto un bofetón, pequeña bruja!

-Pero, padre, es que yo...

La frase quedó sin terminar. La cachetada fue un trallazo sobre la mejilla de Inés, trastabilló y hubiese caído de no haberme apresurado a sostenerla. Una rabia salvaje me dominó. ¿Mas qué podía hacer yo? Maldecir en silencio y dejar que Inés se marchara corriendo, avergonzada y dolorida hacia los miserables cubículos de la baja cubierta. No obstante, apostrofé al bruto con palabras que ardían en mis labios como brasas. ¿Por qué esa barbaridad? Fue injusto, injusto...

Sin pronunciar vocablo quiso echarse sobre mí, pero uno de los gemelos se interpuso y fue quien recibió el golpe. Extrañamente, la arrogante actitud de Cañizo se desdibujó

* Jarcia (f. pl.). Mar. Conjunto de cabos y cables que forman parte del aparejo de un buque de vela.

* Buril: (m.) Instrumento de acero, puntiagudo, que sirve a los grabadores para abrir líneas en los metales.

en un caer de brazos, abyecto, falto de hombría. Aquello no tuvo otras consecuencias, mas fue el inicio de un largo rosario de miserables bajezas y dramáticos desencuentros.

Mientras sucedía la borrascosa escena, una chalupa estaba dirigiéndose hacia nosotros. Se arrimó por fin al costado del “Princesa”. Subió un empleado de aduana y, tras conversar con el capitán, procedió a reunir a todo el pasaje y echar un vistazo a los permisos de radicación. Luego nos puso en fila y comenzó el traspaso a la chalupa. Cerca, la familia Cañizo aguardaba, impaciente como todos, a que le tocara el turno. Vi en las pestañas de Inés huellas de lágrimas y en una de sus mejillas la roja señal de la bofetada. La señora Mónica tenía los labios apretados y una expresión dura en los ojos. No obstante, haciéndome una seña, dijo en voz alta:

-Fermín, ven con nosotros.

Me acerqué y la buena campesina me ubicó delante de ella y de Inés.

Detrás seguía el tío Cañizo y los dos gemelos, serios, inexpresivos y portando los bultos más grandes. No pude menos que mirar con simpatía a quien me había defendido (el llamado Santiago), y este respondió a mi gesto arrugando la nariz y sonriendo a medias.

Lentamente fuimos acomodándonos en la barca, la cual, una vez completado el pasaje, se despegó del “Princesa” y, navegando con soltura, enfiló hacia la costa. Pero faltaba aún el segundo trasbordo. Cuando la chalupa hubo tocado fondo a respetable distancia de la orilla, una carreta de grandes y anchísimas ruedas, tirada por bueyes, se acercó de manera que pudiéramos subir sin los riegos de un chapuzón. Así logramos pisar por vez primera tierra americana.

La casualidad quiso que, durante el trayecto en la carreta, quedara yo sentado junto al hombre que la conducía, un andaluz más bien bajo, pero de fuerte contextura, tez morena y ojos vivaces. Con el gracejo* propio de su tierra iba informándome sobre algunos detalles del original desembarco. Ya detenidos en la orilla, quiso saber la razón de nuestro viaje. A lo cual respondí que iríamos a la Patagonia. Cuando tal oyó, dijo vehemente y dando un puñetazo en su pierna:

-Pues mira lo que son las cosas, hombre. A la Patagonia marchará en estos días un paisano mío. ¡De Jaén, hombre, de Jaén! ¡Nada menos que don Francisco de Viedma y Narváez! Un gran terrateniente, además de buenísima persona. Lo que no entiendo es por qué diablos se ha metido el bueno de don Francisco en atolladero semejante, cuando nada le falta en sus haciendas, de las mejores en toda Andalucía.

Le respondí que, a lo mejor, la decisión de su paisano estaba dada por exigencias del mismo rey. Pues para defender y poblar la Patagonia se hacía preciso hallar hombres de gran valor y con fortuna propia, pues la vacas a ordeñar -agregué- tienen ubres flacas y escasez de comida.

-Y sabiendo, ¿marchas sin más a sufrir hambre o a que os almuercen los indios?

*Gracejo: nombre masculino. Gracia y simpatía que tiene una persona al hablar o escribir.

Iba yo a dar respuesta a tan negras agorerías, cuando le llamaron para que de nuevo se metiera en el agua, pues se acercaba la chalupa* con el capitán del “Princesa” y don Francisco de Paula Sanz. Mas antes para cumplir con sus tareas me dijo, mientras subrayaba las palabras dándome golpecitos en el brazo:

-Muchacho, me llamo Martín Heredia. Si alguna vez me necesitas, pregunta a cualquiera y te dirán donde encontrarme. Como recuerdo te regalo un consejo: cuando estés en la Patagonia, arrímate a don Francisco de Viedma; es un hombre que da buena sombra.

Durante la conversación con el carretero no me había pasado por alto la llegada de mucha gente, sin duda principal, dadas sus ricas vestimentas y los carruajes que utilizaban. Un hombre sobresalía de entre los demás por sus atuendos. Supe que era el Virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo, y, entresacando puntas, llegué a la conclusión de que todo lo que había dicho don Rafael con respecto a la identidad de don Francisco de Paula Sanz venía a resultar verdadero, pues no así el más poderoso señor del Río de la Plata estaba allí para rendir honores al director de la Renta de Tabacos. Conclusiones que se afirmaron cuando observé al supuesto hijo de Carlos III bajar de la carreta con un impecable traje de corte, sombrero de tres picos ribeteado de armiño, grandes hebillas de plata en el calzado, la cabellera natural prolijamente rizada y puño de finísimo encaje saliendo de las mangas del chaqué, todo lo cual le daba al misterioso personaje una elegancia no aprendida y marcada por el sello de la herencia. ¡Vaya con mi compañero de travesía! Bien claro estaba que habíase emperifollado para decir: “Cuidado: Soy más que vosotros” Y tengo por cierto que todos los que habían ido a recibirle, incluso el virrey, entendieron la voz del silencio y no titubearon en rendirle pleitesía.

.....oOo.....

Los futuros pobladores de la Patagonia, con sus bultos a cuestas y mirando a un lado como perros en casa ajena, fuimos llevados hasta un pobre edificio con paredes de adobe y techo de paja, que servía para dar momentáneo refugio a los futuros colonos. Allí nos instalamos, durmiendo vestidos y comiendo cada uno de lo suyo, aunque era común el intercambio de alimentos, con lo cual lográbamos mayor variedad dentro de la escasez. Pues debo decir que la soldada convenida en el ayuntamiento estaba aún por verse y cada uno veíase obligado a dar pellizco a los magros ahorrillos con que salieron de España.

Yo mantenía íntegro el capital dejado en mi bolsillo por la señora Isabel, consciente de que, a la larga, serviría para tapar algún agujero en las necesidades de la familia Cañizo.

En la mañana que siguió al desembarco decidí no demorar la entrega de la carta que la señora Isabel escribiera a su prima. Consideré que la mejor hora para cumplir con el

* Chalupa: (f.) Embarcación pequeña, que suele tener cubierta y dos palos para velas.

encargo sería después de la siesta y antes de la oración. Por lo tanto, pasadas las cinco de la tarde, retiré el sobre guardado entre mis ropas y me dediqué a salir, no sin antes recabar la autorización de la señora Mónica. Me acerqué pues adonde ella estaba y le dije:

-Puedo, señora Mónica, cumplir con el...

Me plantó la palma de la mano frente a la nariz e interrumpiéndome con gesto rápido expresó:

-No te parece, Fermín, ¿que es tiempo ya de que dejes a un lado lo de señora y me digas madre? Bueno, si es que...

Una risita de Inés saltó detrás de mí lo que hizo exclamar a la mujer:

-A ver, niña, si dejas de reír sin ton ni son... y procura guardar más compostura.

-Es que estoy contenta, madre.

-¿Oíste, Fermín? Esa palabra... ¿no te suena a gloria?

-¡A gloria, a cielo, a paraíso, madre! -enfaticé realmente emocionado mientras le plantaba un sonoro beso en la mejilla.

-¡Ole! -festejó la mujer del herrero que, sentada un poco más allá, atendía a su crío, empeñado en buscar la teta por entre el cierre de la blusa.

Se generalizó la alegría, a la que mi madre puso término al decirme:

-Anda, hijo, y cumple con tus obligaciones. Si algo de tiempo te queda, procura averiguar hasta cuándo nos van a tener en palmatoria y sin dinerillos, pues si esto se alarga, ya me veo pidiendo de puerta en puerta...

Le dije que tal cosa no ocurriría, pues allí estaba yo para evitarlo. Y con la ridícula presunción atada cual banderín a la inexperiencia de mis años, marché a la calle. Solo cuando me vi en la mitad del ruido y sin saber adónde dirigirme, bajé la cresta y me sentí azorado. Pues dábase el evento de que en el sobre la señora Isabel había solamente escrito el nombre de su prima: "Doña Clara Argüello, viuda de Villares". Ninguna otra seña. Mas preguntando aquí, averiguando allá pude saber que la tal señora vivía a pasos de la iglesia de Montserrat. Pero algo me intrigó sobremanera: el hecho de que todos aquellos a quienes inquiría por el domicilio de la señora de Villares, me daban respuestas con sonrisas picarescas o un brillo malicioso en la mirada. Achaqué dichas actitudes a mi condición de forastero y seguí en el empeño...

Mientras caminaba las calles iba comprobando que Buenos Aires no era ni con mucho la gran ciudad hecha con la plata y el oro que, según se decía en mi pueblo, se encontraba en las nuevas tierras como guijarros* en el campo. Ello, pese a lo que me dijera una y otra vez don Evaristo Saavedra. Buenos Aires era grande, pero aldea al fin. No obstante, puestas las ilusiones en su sitio, habríase constatado mejor lo que resultaba evidente: la vida empujando como aire el interior de una burbuja; el bullir del hormiguero que en ocultas galerías cumple su destino; la ambición que, a falta de oro,

* Guijarros: (m.) Pequeño canto rodado.

transforma la piedra en cal y esta, en argamasadas fundaciones; y tierra fecunda que nada rechaza cuando se la trabaja con amor y se hace cuenco de fabulosa riqueza. Entonces, yo solo vi calles rectas persiguiendo horizontales, casas bajas con delirio de Adelantados. ¡Cuán absurdas me parecieron las visiones de Inés!

La de la viuda de Villares era casa de ricos. Su frente bien cuidado, la magnífica artesanía de sus rejas y la maciza puerta de madera tallada lo atestiguaban. El llamador que utilicé digno era de figurar en vitrina, dada la belleza del diseño y su delicada orfebrería. Al tímido reclamo abrió la puerta una joven negrita, quien, al verme hizo ostentación de sus dientes blanquísimos y de unos ojazos dispuestos a tragarme. Le dije que traía una carta para la señora. Hizo que se la entregara y, tras un “*agualde*”, cerró la puerta y quedé solo, mirando el lodazal de la calle y la Iglesia de Montserrat que enfrente lucía su clásica arquitectura. Al ratito volvió la negrita. Me indicó que la siguiera y, moviendo las nalgas con graciosos balanceos, caminó adelante mío hacia una sala donde nuevamente quedé solo. Yo nada sabía de lujos ni de valores, para aquella estancia hablaba por sí de lo que puede el dinero cuando va unido al buen gusto: techo artesonado con finas maderas, grandes cuadros y sillones recubiertos con riquísima tapicería; dos jarrones inmensos llenos de rocas... Interrumpieron mi examen unos pasos detrás mío. Me di vuelta. ¡Dios! ¡Aquello no podía ser! La señora Isabel estaba mirándome sonriente, con los pliegos de la carta en la mano y en espera de que yo cerrara la boca abierta por el asombro. Al fin atiné con las palabras:

-Pero... usted, señora...

-Sí, muchacho, me parezco muchísimo a mi prima Isabel. Justifico tu sorpresa. ¡Vaya! Pues no hacíamos pocas bromas cuando de niña lográbamos que nos confundieran. Pero ven... siéntate y háblame de Isabel, de Braulio, de sus hijos... No todos los días caen del cielo regalos como este. Nos sentamos en un amplio sillón y fui contestando a cuantas preguntas quiso hacerme; con gusto, pues ella mostraba sin ambages el placer que mis relatos le estaban produciendo. Cuando hube agotado el caudal de mis recuerdos y me vi en figurillas para responder a sus inquisiciones, dio la mujer un giro a sus comentarios y, señalándome la carta, me preguntó de manera resuelta:

-¿Cómo diste con mi casa?

-Pues preguntando a uno y a otro.

Movió suavemente la cabeza de arriba a abajo y, por unos instantes, se mostró seria y pensativa. Mas pronto la sonrisa volvió a iluminar su cara y me habló con desenvoltura:

-Me pide Isabel que te ayude en lo que pueda. Y como para complacer a mi prima debo saber cuáles son tus necesidades, bueno es que me las digas para proceder en consecuencia. De mí no esperes mucho, pero tengo amigos a quienes recurrir y da por seguro que no seré desairada. Mas es preciso que primero conozcas a la viuda de Villares. No sería correcto andar tapando con remilgos lo que a fin de cuentas llegará a

tus oídos adornado de abalorios* y perendengues* de la más baja estofa. Difícil me resultará explicártelo, pues estoy segura que si bien te han enseñado, lo han hecho en cambio de manera incompleta y sin mostrarte... vamos, el otro lado de las cosas...

Se levantó del sillón casi de un salto y encaminándose a una de las puertas que daban al interior de la casa dio una palmada y dijo de manera tajante:

-Trae chocolate para dos. Y unos bollos.

Volvió a sentarse y, tras permanecer callada largos segundos, me hizo una pregunta por demás extraña:

-Dime. Por una de esas casualidades... ¿has leído alguna vez *La Celestina*... de Rojas?

Quedé en suspenso sin acertar del todo con la respuesta; visto lo cual apuré diciendo:

-Vamos, hombre. ¿Sí o no?

Le respondí afirmativamente, pues *La Celestina* fue uno de los libros que don Evaristo me diera a leer como un ejemplo de la buena literatura.

-Pues ese es mi oficio -me espetó sin más la señora Clara. Corregido y sin que tenga yo, me parece, los aires de bruja y alcahueta del famoso personaje. Y ahora que lo sabes, abandona esa cara de bobo y mírame igual que antes. Aprende a ver las cosas del derecho y del revés, pues el modo de no dar con los huesos en la hipocresía del ocultamiento, fruto de engañosas experiencias. Si tienes que caer, muchacho, que sepas por lo menos dónde caes. Y de todo esto, ni una palabra a Isabel, pues para ella y su familia yo soy la digna y honrada viuda de don Isaías de Villares, que fuera alto funcionario del gobierno y pegado un poquito a la más alta y rancia nobleza; tan rancia que olía estercolero.

Interrumpió doña Clara su monólogo ante la llegada de la joven negrita. Traía esta el chocolate, que puso encima de una mesilla, al lado nuestro, para irse inmediatamente sin intentar siquiera el más mínimo contoneo. Tras lo cual siguió diciendo la extraña viuda:

-Viéndote la cara, veo que has regresado del limbo, muchacho. Y me agrada que así sea, rápido y seguro en tus reacciones. Pues en este Nuevo Mundo, heredado de nuestros 'prohombres', hay que ver a lo lince y atacar como serpiente. De otra manera quedarás para siempre en lamentable medianía. Anda, toma el chocolate y dime la forma de complacer a mi prima.

Aproveché para inclinarme, tomar la taza y llevarla a los labios. Mientras tanto mi cabeza trabajaba con brío. Pues en situación igual, bien lo sabéis, jamás me había encontrado, y dábase la circunstancia de que no acertaba con el lugar donde poner los pies sin el riesgo de un resbalón, que me había puesto en ridículo ante la encantadora *Celestina*. Y digo 'encantadora', pues a pesar de la abrupta confesión doña Clara seguía ante mí con la misma cara y figura de la señora Isabel. ¿Dónde estaba el cambio? Adentro, por supuesto, donde solo Dios conoce y puede hallar el origen del mal sin

* Abalorio (m.) Objeto de adorno vistoso y generalmente de poco valor.

* Perendengue (m) Pendiente. Adorno femenino de poco valor.

perderse en los laberínticos recovecos de la culpa; o del perdón.

Pero tenía yo que responder a los requerimientos de doña Clara, cosa no fácil, pues a los puntillosos reparos se oponía el propósito de no caer en la bajeza propia del imprudente o del bellaco. Indecisión inútil, pues la viuda, adivinando mis pensamientos, me sacó del encierro del modo más simple:

-Oh, bien, Fermín: Veo que no careces de orgullo, pues te resistes a los favores de una alcahueta.

-Señora, no he querido...

-Deja las cosas como están o las complicarás inútilmente. Pero entiéndelo: haré las cosas como a mí me dé la gana y de acuerdo a los deseos de Isabel. Veremos quién puede más: si tu gazmoñería* o mi generosidad.

Como viera que yo daba señales de constricción, agregó con menos énfasis:

-Ya te enseñará la vida que el tapiz tiene dos lados; y que muchas veces, el bulto que semeja la falta es precisamente el nudo que sostiene el tejido. Quizás lo dicho te parezcan ahora ataduras en el aire, pero ya verás que el tiempo aclara y perfecciona los conceptos.

-Señora... -le interrumpí-. Permitidme decirlos que si Fernando de Rojas os hubiere conocido, "*La Celestina*" no sería la que conocemos. Entre usted y la bruja del libro hay un abismo difícil de aceptar: un absurdo pueril. Ya os enseñará la vida a no confundir gordura con hinchazón, y que lo ahora oscuro aclarará con el correr de los días...

Me miró doña Clara con indecisión manifiesta, pues resultaba evidente que mis dichos no eran otra cosa que un remedo* de los suyos, al que agregó además el tonillo sentencioso que ella pusiera en el discurso. Por un momento temí que la parodia le hubiese increpado los ánimos y me preparé para lo peor.

Mas ella, golpeándose la falda con las manos estalló en alegre carcajada. Tardó en serenarse, pero al fin dijo entre hilachas de risa:

-Algo me escribe Isabel sobre tu agudeza para armar frase y afilar el ingenio. Pero no creí que llegara a tanto. Improvisas pronto y bien. Mas ten cuidado, que no siempre están todos los oídos hechos al ruido de la fiesta.

Había logrado lo que me había propuesto: quitar hondura a la conversación y llevarla por caminos escabrosos. Pude así despedirme sin turbulencias. Mientras me acompañaba hasta la puerta decía doña Clara:

-En adelante considera a esta casa como tuya; siempre es bueno hallar refugio si la tormenta arrecia.

-No lo olvidaré, señora.

Le besé las manos y me fui caminando en dirección al río. La noche no tardaría en caer sobre Buenos Aires. Los pregones iban apagándose y los encargados de encender los faroles iban con sus escalerillas a cumplir con el rito trascendente del fuego.

* Gazmoñería: (f.) Afectación de modestia, devoción o escrúpulos.

* Remedo:(m.) Imitación de algo, especialmente cuando no es perfecta la semejanza.

Mientras saltaba charcos o eludía las huellas profundas dejadas por los carruajes y la bestias, pensaba en el mundo marginal de doña Clara. Y como siempre ocurre, la ignorancia ponía exageradas deformaciones a ese mundo de alcobas pecaminosas y diabólicos secretos. Sobre todo, le daba vueltas y más vueltas al párrafo del adiós: “En adelante ten a esta casa como tuya...” Pero ocurría que al despertar de mis instintos le resultaba grato tergiversar las intenciones, pese a los tirones de una conciencia bien enseñada... y olímpicamente ciega. Perdonadme, amigos lectores, si os digo que me sentía pesaroso de no haber mirado tan solo un poquitín por el ojo de la cerradura.

Cuando llegué al mísero hospedaje vi que Inés estaba esperándome en la puerta. Salió a mi encuentro y, enfrentándose, expresó con cierto titubeo:

-Has tardado mucho, Fermín. Pensé si no te habrías perdido.

-Ya ves que no. Aunque... dime -agregué con tonito burlón- ¿Y tu tercer ojo?

-Traté de usarlo -contestó sin reparar en grosería-. Solo conseguí ver unas manchas negras, muy negras...

Debo reconocer que la respuesta me cosquilleó muy adentro. Pero nada dije y, tomándole de un brazo, hice que entráramos juntos donde los demás conversaban y reían mientras ensayaban milagros con los exiguos alimentos reunidos.

.....oOo.....

En el siguiente mediodía comenzó a funcionar el tejemaneje de doña Clara. Un negro de gran corpulencia apareció entre nosotros con una enorme cesta y, preguntando por Fermín de la Colina, la puso a mis pies cuando le respondí que era yo el que buscaba.

-Entonce, esto es *pala* usted -expresó de buen talante.

-¿Quién lo manda?

Se encogió de hombros y se puso a descargar el contenido de la cesta: dos jamones, varias longanizas, una horma de queso, paquetes de legumbres y dos enormes panes, juntamente con una botella de vino. Cuando todo quedó encima de la mesa común, dio el negro media vuelta y, con la canasta apoyada en la cadera, se fue a la calle sin decir palabra.

Pero lejos. Mirábamos los alimentos con ganas de hincarle el diente: y cuanto antes mejor. Así que decidí de acuerdo con mi madre invitar a todos al inesperado 'banquete'. Inés mientras tanto, decía con machacona insistencia:

-Pero... ¡por Dios! ¿Quién habrá enviado estas cosas?

-Una mancha negra, muy negra -le respondí jocoso sin dejar de meterme en la boca un buen trozo de jamón y dar mordiscos al pan-. Anda, Inés. Come y no averigües. Que el estómago no sabe de misterios ni le interesa la metafísica.

No paró ahí el asunto. Un duendecillo entrometido se había instalado entre nosotros para complacernos y limar impacencias. Hasta el Intendente de la Real Hacienda, don Manuel J. Fernández, nos visitó para “conocer a los futuros y abnegados pobladores de la Bahía sin Fondo”. Así nos codeamos con el hombre que tendría relevante influencia

en el suministro de bienes y salarios para los asentamientos del Sur. Y sin mayores reclamos, los dos reales y medio que a los contratados correspondían llegaron como por arte de magia; y ¡oh sorpresa! ¡También la señora Mónica recibió lo donado a ella por el padre Rafael a fin de que ayudara a mi manutención! Debo apuntar, sin embargo, que junto a la vida fácil con que nos regalábamos en Buenos Aires por obra del geniecillo milagrero, crecía en algunos la engolosinada tentación de quedarse a vivir en Buenos Aires; aunque también los miedos azuzaron los impulsos separatistas, pues las notificaciones sobre navíos hundidos, los ataques de la indiada salvaje, las heladas extremas, los vientos perpetuos, ponían a la imaginación el peso de muy negras premoniciones. Pero allí hacía su juego la tozudez campesina de mi nueva madre quien con sencilla dialéctica echaba abajo las proyectadas escapatorias objetando:

-Mira que por un 'quítame de ahí esas pajas', vamos a seguir penando *pa'que* ganen los usureros y chupasangres. Me den a mí unas tierrucas y que vengan todas las plagas de Egipto. Que yo sabré defenderlo que Dios me *ha dao pa'sacarle fruto* y escapar de la miseria. Cuatro hombres (y estás incluido) y una niña a cargo sobre mi conciencia. *Pos* a renegarse y poner los... rebaños donde haga falta.

Carlos III y su Ministro Universal de Indias podían dormir tranquilos. Con gente como la señora Mónica Araujo, la Patagonia continuaría para los hijos de España. Y lo digo sin sonrisa irónica. Las mujeres que acompañaron a sus hombres en la conquista fueron así: humildes soñadoras de grandeza con alma de pueblo pobre dispuesto a un sacrificio que ni siquiera entendía; y que, tal vez por no entenderlo, equivocó muchas veces el rumbo de la misión altísima que le fuera confiada: abrir a una Europa agonizante y cristiana las puertas del Nuevo Mundo. ¿A quién, sino a España (tierra de altivos mendigos) podía Dios encomendar semejante tarea?

CAPÍTULO 8

Última semana de diciembre. Cuatro navíos surcaban las aguas del Atlántico con rumbo a Bahía sin Fondo. Las familias llegadas en el “Princesa” a Buenos Aires iban ahora en la fragata “Nuestra Señora del Carmen”, piloteada por el vasco Gorostiaga y llevaba de comandante a don Francisco de Viedma. Una brisa enriquecida de sol hacía que nos sintiéramos eufóricos y predispuestos a pensar en la buena ventura. Delante nuestro navegaba la goleta con el mismo nombre de la fragata, y el paquebote al mando de don Basilio Villarino. Nos seguía la zumaca con el piloto Goicochea. La marcha era lenta pues no podía exigírseles mayor rapidez a barcos elegidos al azar y equipados a la ligera, ya por falta de tiempo o a lo exiguo de la partidas otorgadas por el Intendente de Buenos Aires. ¡Cuántos reveses y demoras hasta el momento en que nos echamos a la mar! Los días se nos hicieron largos y tediosos, aún sabiendo que una administración pesada y engorrosa daba calce a todos los desgobiernos. España sufría de lo que suele llamarse “mal del papeleo”. Enfermedad propia de los estados burocráticos donde nada se hace sin el laborioso proceso del expediente sellado, rubricado, copiado... y archivado porque no sirve para la maldita cosa; o se inventa con gran ingenio su inutilidad, pues se da de patadas con los intereses creados en todas las esferas; civiles, eclesiásticas y militares. Con el pretexto de salvar “honrosas” respetabilidades, se hace el juego a las tardanzas con carradas de papel que traban los chirriantes engranajes del Poder. Y a este vicio agréguese la costumbre de Carlos III de nombrar dos comandantes con iguales poderes para una misma expedición. Con lo cual, buscando que se controlaran entre sí, abren en la empresa grietas por donde se cuelan los escorpiones de la envidia o el resentimiento. También, la nuestra adolecía de los mismos defectos, encarnados por don Juan de la Piedra y don Francisco de Viedma, aunque disminuida en el segundo por una clara percepción de justicia. Pero esto ya es harina de otro costal, que iremos vaciando en el momento oportuno. A seguir, pues, con los cuatro navíos enfilados hacia el extremo Sur.

Las velas hinchadas iban acumulando sueños. El mar prometía tiempo de bonanza y a lo lejos, se levantaban formidables acantilados con los pies metidos en acariciantes espumas. Aún no veíamos en la verticalidad de esos riscos el símbolo de lo inaccesible, del rechazo hosco: de la virgen que no quiere ser poseída. ¿Cómo pensar bajo aquel cielo purísimo en regiones desoladas, en tempestades, naufragios, hambres, derrotas, fríos desgarrantes y peñascales llevando a horizontes desconocidos? Imposible ver lo malo en ese mar azul, juguetero al dar contra los cascos o al abrirse generoso ante el empuje de las proas; aguas sin el légamo* residual de civilizaciones enfermas; con riqueza incontable para distribuir a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos hasta la

* Légamo: m. Cieno, lodo o barro pegajoso.

consumación de los siglos, si es que el hombre no se enloquece buscando el “vellocino de oro” en la esquila diabólica de la destrucción.

Doscientas treinta y dos personas iban en los navíos. Cincuenta eran presidiarios. Ellos nos tenían afligidos, pues en momento alguno pensamos que con nosotros fuera a viajar gente tan indeseable. Mas pronto supimos la razón del embarque: muchos de los contratados en España prefirieron desertar o desaparecer antes que meterse en tan riesgosa aventura, debiéndose echar mano pues a hombres fuera de la ley, aunque por delitos de menor cuantía. También, y por iguales motivos, viajaban dieciséis negros entre una tripulación descontenta y renuente a la disciplina... Que no siempre las buenas obras se hacen con material de primera. Aunque suele ocurrir que el arquitecto capaz logra sus ilusiones con el uso circunstancial de elementos groseros o herramientas defectuosas.

.....oOo.....

Estábamos Inés y yo sentados en uno de los escalones que llevaban al alcázar. Leíale con gusto:

-“¡Ta, ta! -dijo Sancho-¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

-“Esa es -dijo Don Quijote-y es la que merece ser señora de todo el universo”.

-“Bien la conozco -dijo Sancho- y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo”.

Inés seguía mi lectura con la sonrisa en los labios y los ojos chispeando de regocijo. Habíale tomado afición a la novela de Cervantes y no pasaba día sin que me rogara que le leyera un “tantico así” de las prodigiosas aventuras. Y al “tantico así” se agregaba el “sigue, sigue, Fermín, que eso está muy bueno”.

-¿Por qué no lees tú? Necesitas practicar la cartilla -le respondía yo con la marrullería* propia de a quien le gusta hacerse rogar- . Anda, toma el libro...

-Me agrada oírte a ti. Si parece que estoy viendo delante de mis ojos a ese pobre *Caballero de la Triste Figura*.

-Dale el gusto, hombre. No dejes a la niña en suspenso; ni a mí, pues también escuchaba con muchísimo interés.

La voz sonaba a nuestras espaldas. Me puse de pie casi de un salto. Era don Francisco de Viedma, quien escondiendo su regocijo tras una aparente seriedad, continuó:

-Siéntate, muchacho, y pon término a nuestra curiosidad. Si mal no recuerdo, el capítulo donde estás metido es uno de los más graciosos y disparatados del *Quijote*.

Sin cohibirme, pues de sobra valoraba yo mis condiciones para la lectura, aprendidas de don Evaristo Saavedra, me senté y seguí con las palabras de *Sancho*: “¡Vive el Dador,

* Marrullería (f) Astucia tramposa o de mala intención.

que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh, hildeputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Se dice que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales* suyos que andaban en un barbecho* de su padre, y, aunque estaba de allí más de media legua, así la oyeron como si estuviera al pie de la torre..”*

Cuando terminé el capítulo -que era el sexto- la luz teñía con suave anaranjado la blancura de las velas. El sol había traspuesto los rocosos murallones y en medio de múltiples coloridos se había ocultado en el lugar incierto en que el mundo termina y comienza el cielo, allí, en la Patagonia secreta...

Permanecíamos Inés y yo sentados y don Francisco, de pie, en el silencioso embrujo de la tarde. A poco, dijo blandamente:

-Extraño parece oír el *Quijote* en medio de la vastedad que nos rodea. Fuera del contorno seco de la Mancha no parece el mismo. O sí, es él con los atributos de su universalidad...

Tras ligera pausa, preguntó con voz incisiva:

-¿Qué opinas, muchacho, del capítulo que acabas de leernos?

-Entiendo que es uno de los más sabrosos y reveladores -respondí cauteloso-. En él, Miguel de Cervantes nos muestra qué tan loco es el amo como el escudero: *Don Quijote*, transformando a la marimacho de Aldonza Lorenzo en la sin igual *Dulcinea del Toboso*, y de *Sancho Panza* admitiendo con quijotesca simplicidad la revuelta sesera del hidalgo, nos señala las dos caras de la misma moneda. O sea, el ideal exaltado en sus dos vertientes: una, la del “caballero de la Caballería andante” que busca la gloria a costa de todos los renunciamientos; la otra, la de lograr ventajas y materiales... sin caer en la malicia ni explotar a sabiendas la renguera del caballero.

Paré de golpe porque de golpe me di cuenta de que estaba metiéndome en un tembladeral. ¿Quién era Fermín de la Colina para pontificar sobre tan escabroso tema? Reparo que, al parecer, no compartió don Francisco, pues tomó la palabra donde la había yo dejado, y expresó:

-Dices bien: el ingenio de Cervantes puso las dos locuras a tirar de una empresa con dos puntas. Mas... ¿Hubiese nacido el “desopilante” libro sin la invención de tan disparatados personajes? ¿Y... existiría esta expedición en que nos hallamos si en ella no hicieran su juego los “*Quijotes*” y los “*Sancho Panza*”?

Lo último me impresionó a tal punto que me levanté y sin cortedad puse la mirada en los ojos del comandante; no porque quisiera rebatir sus conceptos; es que los mismos tiraban parejos con otros clavados en mi pensadera.

Inés se levantó y torció la rígida expectativa al comentar:

* Rejo (m) Robustez o fortaleza.

* Zagales: m. y f. Pastor joven.

* Barbecho: m. Tierra labrantía que no se siembra durante uno o más años.

-Pues vaya acierto el del tal don Cervantes. Más... ¡Qué genial me parece la obra de uno de los tantos titiriteros que se llegaban al pueblo para hacernos reír con los garrotazos y caídas de su muñecos!

Reímos ante la salida de Inés. Acabada la risa, don Francisco de Viedma nos sorprendió con una ligera reverencia. Nos dijo:

-Se acerca la hora de la cena y resulta penoso que por ella debamos interrumpir nuestra plática. Permitidme, jóvenes amigos, que os invite a compartir mi mesa. No habrá cosa del otro mundo, pues esta es una expedición de pobres. Pero estoy seguro de que habremos de reemplazar la falta de manjares con el placer de la buena compañía... Si por compañero me aceptáis. ¿Qué os parece?

Nos miramos Inés y yo mientras aceptábamos con senda agitación de cabeza. No obstante, dijo Inés con buen sentido:

-Tendremos que consultar con nuestra madre, claro. Mas no creo que se oponga.

-Pues id por el permiso. Yo iré a disponer lo necesario a fin de que la paséis a gusto. Os espero dentro de una hora.

Sin decir más, el caballero andaluz dio vuelta y despaciosamente subió los escalones que llevaban a su cabina.

.....oOo.....

La hermosa declinación de la tarde había hecho que la mayoría de los marineros anduviera alegre y ocupada en los detalles de una navegación sin sobresaltos. También las familias formaban corrillos en la cubierta y, entre risas y comentarios, ventilaban sus preocupaciones o ponían al descubierto el meollo de sus esperanzas. Los Cañizo se mantenían en silencio, mirando el mar y a los otros barcos que a toda vela se deslizaban sobre las aguas que, al subir y bajar, parecían torsos de olímpicos gigantes. Inés le comunicó a su madre la invitación de don Francisco. Nos miró la mujer pensativa, arrugó el entrecejo su marido y los mellizos permanecieron incomunicados. Dijo al fin la señora Mónica poniendo los brazos en jarras:

-¿Y se *pue'* saber a qué viene el convite?

-Pues, madre... a lo mejor su señoría quiere seguir hablando de *Don Quijote*.

-¿De quién?

-De *Don Quijote* -subrayó Inés-. Un hombre muy loco que anda por los libros haciendo un montón de disparates.

Saltó el viejo Cañizo:

-¡Muy bien! Id a llenar el besugo mientras nosotros aguantamos el dolor de tripas. Nos dará unas habichuelas... ¡Y a la cama, maldito sea!

-*Pa' lo* que haces, te basta y sobra.

-Mira que...

-... que nada, ¡hombre! ¡A ver si *golvemos* a las andadas y se arma otra chamusquina!.

Yo seguía con tristeza el diálogo abrupto del matrimonio, la penosa cerrazón de Santiago y Fidel y la sombra de angustia asomando en el rostro angelical de la niña. De sobra sabía yo que un bicho venenoso derramaba constantemente su ponzoña en la sangre y los nervios de los Cañizo: un alacrán que tapiaba las almas como se tapa la cueva para que no penetre en ella el aire y el sol.

-Venid conmigo -decidió la señora Mónica interrumpiendo así mis amargos pensamientos- Debéis limpiaros las caras y las manos y alisar esas greñas, que no parecen pelos. ¡Válgame Dios! Buenos *estáis pa' presentaros* en una cena de campanillas. Tú, Inés, busca el refajo de las fiestas; y tú, Fermín, ve a cambiar esas alpargatas por los zapatos de hebillas grandes. *¿Pa' que* los tienes si no has de usarlos en ocasiones como estas?

Hicimos lo que la buena mujer nos indicó y luego de revisarnos de pies a cabeza, dijo:

-¿Véis? Lucir con poco es la ciencia de los pobres. Marchaos ya, y no dejéis que el estómago se ande con melindres, sin olvidar la discreción ni echar en saco roto las buenas maneras; que una cosa no quita la otra. Y tú, Fermín, cuida de Inés, ¿quieres?

-Pierda cuidado, madre -le respondí con suficiencia-. Ni la guardia real le protegerá mejor.

-Me basta con tu honradez, hijo.

Seguidos por la mirada enternecida de la señora, subimos a cubierta. Un airecillo agradable disipó de nuestros pulmones la pesada atmósfera de abajo. Faltando aún muchos minutos para la hora señalada, nos pusimos a charlar Inés y yo mientras la noche incipiente iba apagando brillos en el suave bullir de las olas. Dijo Inés cual si estuviera respondiéndose a sí misma:

-Me gusta... ese hombre, me gusta...

-A mí también -expresé, dando por sabido que se refería a don Francisco de Viedma-, pero aún no puedo definirlo con exactitud.

-Veo, y no te burles, que para su bien o para su mal, es de los elegidos.

-Como no lo pongas en limpio...

-Alguien le ha ordenado que encuentre el lugar...

-El rey, por supuesto.

-No, alguien más poderoso que el rey le ha dicho que halle el sitio donde ha de levantarse una ciudad grande, muy grande, desde la cual se gobernará una gran nación.

-Yo, en cambio, veo que vuelves a los dislates. Haces de tus sueños una sarta de realidades sin fundamento y dejas que el buen tino se vaya al diablo.

-Escucha, Fermín. Si vas a poner esto que llamas mi locura en la horma de *Don Quijote*, el loco eres tú. ¿Por qué no percibes que hay cosas infinitamente importantes que escapan a la percepción común...?

Calló Inés. Las personas que pasaban detrás nuestro casi eran sombras perdiéndose en los recovecos del navío. El mar ronroneaba su eterna melodía acompañado por el

murmullo de las jarcias y el suave chasquido de las olas al dar contra los flancos. Por largos minutos ambos permanecemos sin hablar, gozando de aquellos melancólicos instantes con el alma abierta a los más delicados sentimientos. Con pesar rompí el embrujo, diciendo:

-Vamos, Inés. Ya es hora.

.....oOo.....

Bien en lo cierto había estado don Francisco de Viedma al decirnos que era la nuestra una expedición de pobres, pues la cena de 'campanillas', al decir de la señora Mónica, nada tenía que fuera distinta a la servida en esos momentos a toda la gente del navío. Aunque debo decir, para descargo del señor anfitrión, que la misma fue abundante y guisada con esmero. Don Francisco era uno de esos jefes que ajusta sus necesidades al rasero de lo que puede dar al subalterno.

Sí, colación y no, banquete fue lo que ofreció don Francisco, en cambio se mostró generoso en las atenciones. Su rostro anguloso, de nariz larga y ojos vivaces, estuvo siempre dispuesto a ensayar la risa o festejar los comentarios, no sin dejar por ello de concentrarse en un pensamiento o escuchar atentamente nuestros discursillos, no siempre oportunos o atinados.

No dejaré de señalar que fue mucho lo que aprendí en las dos horas que duró el convite. Era don Francisco de Viedma razonador y analista, más proclive a estudiar dónde poner los pies que a dar vuelos a inútiles fantasías. Durante la charla hizo uso repetido de las palabras “planeamiento” y sus derivados. Un ejemplo:

-No caeré, muchacho, en el error de querer hallar riqueza a la buena de Dios. Allí donde vamos tendremos que sembrar primero y cosechar después. Nada nos será regalado. Y no olvidemos que el primer útil de labranza debe ser el planeamiento. Por la improvisación, todo el oro de México y el Perú, toda la plata de Potosí, se nos convirtió en puro gasto.

-Usted olvida -me atreví a señalar- que mucho es lo que nos robaron y nos roban.

-Dices bien. Siempre habrá riesgo si echamos las riquezas a la calle. Utilicemos de una vez por todas el oro y la plata en obras y emprendimientos en la misma América. Que nuestro rey haga uso únicamente de los réditos del capital invertido, ajustándose a planes verdaderos y sin quiméricas ansias de un imperialismo a la europea, y verá que “otro gallo ha de cantarle”. Esto que te digo se llama reinversión. ¿Está claro?

-No del todo. Porque... ¿dónde está el capital de nuestra empresa? Según tengo entendido, el oro y la plata lo ven en la Patagonia únicamente los visionarios.

-Claro que no lo es -salto Inés deteniendo la cuchara a medio camino- yo he visto...

Me miró y dejó la frase sin concluir. Pero don Francisco quiso que la terminara.

-¿Qué has visto, niña?

-Oh, nada, señor; cosas que imagino.

-Pues cuéntanos lo que imaginas.

-En fin... veré, usted. Sueño algunas veces con un río muy ancho; sus orillas están repletas de árboles frondosos y hay casas, muchas casas...

... y tierras bien trabajadas que ofrecen el sustento a multitudes. Ya ves como los dos soñamos las mismas cosas.

-¿También habéis visto los grandes puentes que van de orilla a orilla?

-También. Pero eso lo dejo para los que han de continuar con la empresa, que las cosas nunca vienen de golpe. Mas como siempre ha de haber un primero.... ¡Allá vamos!

Reímos los tres. Inés, mirándome con disimulo, arrugaba la nariz pícaramente, como diciéndome: “¿Qué tal? Aprende, niño, aprende...”-mientras don Francisco continuaba:

-También debemos procurar que el indio se integre al capital.

-¿Como simple mercancía? Interrumpí presuroso.

-Como parte de una sociedad de responsabilidad común y en igualdad de condiciones. Después de todo, ellos son los dueños de la tierra. Pongamos nosotros los recursos de la civilización y España habrá justificado la misión evangelizadora para la que fue elegida.

Boquiabiertos escuchábamos a don Francisco cuando alguien llamó a la puerta y entró rápidamente sin hacer caso de formalismo. Era un marinero que sin ambages dijo a nuestro anfitrión:

-El timonel ruega al señor comandante que vaya al puente enseguida. Salió presuroso don Francisco, no sin antes decirnos:

-Seguid comiendo. Regresaré en cuanto pueda.

Detrás suyo corrió el marinero. Nos quedamos solos. Intrigados y sin hacer caso de la comida. Al ratito se oyó el inconfundible vozarrón del contraмаestre.

-¡Arriad las velas! ¡Apresurad o sentiréis mis botas en los traseros! ¡Por Neptuno! Habéis dejado esta cangreja al desgaire*...

Nos levantamos de un salto y corrimos al castillo de proa. Don Francisco de Viedma hablaba con el piloto mientras ponía miradas recelosas en un cielo negro como la tinta. Al vernos dijo, simulando tranquilidad:

-Id inmediatamente junto a vuestra familia. Se nos viene encima una tempestad. Pronto, antes que nos pesque y no podáis andar por cubierta.

Tomé a Inés de la mano, bajamos y, corriendo, nos metimos por la escotilla.

.....oOo.....

Al descargar el huracán su primer golpe, todo pareció desencajarse: crujieron las cuadernas cual si los ensambles y espigas fueran a saltar en pedazos, furiosas ráfagas de viento aullaron al meterse en los recovecos y el ruido que hacían las grandes olas al chocar contra el navío cobraba tétricas resonancias en la fantasmal penumbra de la cubierta inferior. Nos parecía estar encerrados en una cáscara de nuez gigantesca que

* Desgaire: loc. adv. Con descuido, que puede ser afectado.

rodaba entre peñascos. Corrimos tras los bultos que bailoteaban al son de los truenos y los chasquidos de las aguas en un aquelarre de características sobrecogedoras. Plañían las mujeres con los rosarios entre las manos, y no faltaron hombres que, subrepticamente, llevaron a sus labios la forma cuadrangular del escapulario. Yo, hecho a la exhibición de mi religiosidad, besé sin ocultamientos el crucifijo que de mi cuello había colgado la querida sor Verónica.

Era la primera vez que palpábamos las posibilidades ciertas de una naufragio, y el terror crecía parejo con la intensificación del temporal. Nos mirábamos los unos a los otros con rostros pasmados, tensos los cuerpos y las mentes puestas en viejos relatos de barcos hundidos, personas ahogadas y tiburones al salto... Sin embargo ansiábamos por escapar a la idea de la muerte, no llegando, como ocurre en las pesadillas, al último eslabón. La señora Mónica tenía en su regazo al más pequeño de los hijos del herrero; los gemelos, sentados juntos en uno de los camastros miraban impertérritos, ya que, al no oír se sustraían por lo menos a la horrisona batahola; Cañizo blasfemaba entre dientes y ceñudo parecía buscar entre nosotros al culpable desatador de tantos diablos. Inés con los ojos cerrados y algo pálida se abrazaba fuertemente a uno de los brazos de su madre. Un poco más allá, los demás apenas se distinguían en los penumbrosos tintes de la bodega.

El encierro estaba produciendo en mí grandes angustias, pues no podía sustraerme a la idea de escapar del vientre del navío; de unirme a la tripulación que seguramente estaría librando una lucha sin cuartel por mantener a flote el conjunto de tablas, palos, cuerdas y velámenes. ¿Pedidle a un muchacho que permanezca quieto ante un revuelo de novedades? El Ángel de la Guarda le pisa los talones y él obra en consecuencia, metiéndose en cualquier berenjenal y arrastrando al “bueno” tras de sí. Yo no hice otra cosa. Sin que nadie lo advirtiera me fui acercando a la escotilla. Subí los escalones, empujé la tapa ... y una avalancha de lluvia y viento se me echó encima. Para no rodar tuve que asirme del borde. Gran esfuerzo hice por plantarme en cubierta y, ya en ella, por cerrar con gran trabajo el acceso a la bodega, pero ... ¡Oh Dios! Un cuerpo saltó de la abertura cual títere de sorpresa y detrás de él, otro. Entre los dos me ayudaron a cerrar la abertura y pude ver, a la luz de un relámpago, que mis imitadores no eran otros que Santiago y Fidel, los imponentes gemelos. ¿Qué hacer yo en situación semejante sino convertirme en cabecilla de la travesura? Con señas les mostré un fuerte cabo que corría a lo largo de la cubierta y, sujetándonos a él, nos fuimos arrastrando hacia el castillo de proa.

Si el arrepentimiento total existe, él estaba conmigo. ¡Con qué ganas hubiese vuelto al interior de la 'nuez'! Porque aquello no era cubierta ni cosa parecida. Entre la lluvia torrencial que nos azotaba en remolinos y las oleadas burbujeantes ansiosas de tragarnos de una vez y para siempre, la pesadilla más loca y aberrante sería apenas un simple asustadero de niños, nos movíamos cual muñecos de trapo. Una ola inmensa que imaginé alta como el palo mayor hizo que mis manos soltaran el cabo y comenzara a dar

volteretas llevado por las aguas, sin entender yo si estaba en medio del mar o era aún pasajero del “Nuestra Señora del Carmen”. Sentí que tiraban de mí y me arrastraban sin contemplaciones, hasta verme sujeto entre uno de los mástiles y los cuerpos de los gemelos que, con dientes y uñas, se agarraban de donde podían. Tras el paso de una ola y antes que se produjera la siguiente, me agarraron los brazos y, corriendo, me introdujeron hasta la puerta misma de la cabina de mando. Impaciente abrí la puerta y atropellamos hacia adentro Santiago, Fidel y yo. Gorostiaga, que luchaba con todas sus fuerzas aferrado del timón, apenas si notó nuestra llegada, pero don Francisco de Viedma, con ademanes nerviosos y palabras hoscas, me enfrentó sin preámbulos:

-¿Qué haces aquí?

-Venimos a ponernos bajo vuestras órdenes, señor. Seis manos servirán para algo en esta emergencia, supongo.

-Pues supones mal. La gente no hecha a estas situaciones resulta un estorbo más que una ayuda.

-Bajé la cabeza corrido por la reprimenda, mientras oía que el comandante preguntaba a los hermanos:

-Y vosotros, ¿quiénes soís?

Los gemelos le miraron impertérritos, ante lo cual, tuve que apresurarme a decir:

-No lo oyen. Son sordomudos.

-Pues buena cosa traes de compañía. ¿Para qué sirven si no entienden órdenes ni pueden ajustarse a una disciplina?

-De no haber sido por ellos estaría yo en la panza de los tiburones. Me salvaron de ser arrastrado al mar cuando veníamos hacia aquí. Pueden más de lo que parece.

-Lástima de mozos -reflexionó don Francisco-. Cuerpos de atletas y sordos...

Tras lo dicho, nos dio la espalda y se puso ante el ventanal. Por largos minutos se quedó mirando pensativo la negrura del exterior, rasgada de vez en cuando por fugaces relampagueos. Por mi parte sentía la desagradable sensación de que el buque se elevaba hacia lo alto para caer enseguida en un abismo estremecedor, inacabable... Gorostiaga interrumpió de pronto nuestras meditaciones al decir:

-La brújula parece tener el 'baile de San Vito', comandante.

-Tratad en lo posible de no perder el rumbo -respondió don Francisco sin dejar de atender lo que afuera pasaba-. Sería catastrófico que la tempestad nos mande a los acantilados.

-Eso procuro, pero a veces el “Carmen” se resiste a ser gobernado. Parece un potro salvaje saltando en las olas...

Yo me sentía incómodo, predispuesto a mandar todo al demonio y volverme por donde había venido. Mas de pronto apareció en la puerta un marinero de cabello blanco y rostro atezado por todos los soles del planeta. Entró sin tapujos, pero con gran respeto y dijo a don Francisco de Viedma:

-Hay una vía de agua en la sentina. Tenemos ya una cuarta de agua y seguirá

creciendo si no lo remediamos.

-¿Cómo os llamáis, marinero?

-*Puchero*, señor.

Ante la mirada interrogativa de don Francisco, el tal *Puchero* agregó:

-Así me llaman; un mote puesto por gustarme mucho el famoso cocido. Mi nombre verdadero es Anselmo Perea, natural de Santander, para lo que vuesamerced quiera mandarme.

Una leve sonrisa iluminó fugazmente el rostro preocupado del comandante y dijo enseguida:

-¿Podéis encargarnos de ese trabajo en la sentina?

-Puedo. Pero necesitaré dos ayudantes.

-Aquí tienes tres. Llévalos contigo, busca la estopa necesaria, tapa el estropicio y desagota.

Nos miró *Puchero* de arriba a abajo y comentó dubitativo.

-¿Servirán? No parece gente del oficio.

-No lo son -respondió don Francisco-. Pero en la emergencia espero que sepan responder. Id, Perea, y apresurad el taponamiento.

Con un cabezazo nos indicó el marinero que le siguiéramos. Salimos los cuatro, no sin antes ver yo en don Francisco de Viedma una velada sonrisa y un simpático gesto de aprobación.

El temporal seguía con sus latigazos de lluvia y viento. Se me apretó el estómago al pensar que de nuevo tendríamos que recorrer la cubierta bajo las garras del monstruo, mas *Puchero* conocía su trabajo y nos llevó hasta las entrañas mismas del navío burlando el furor de las olas, con una gran linterna en la mano y ademanes tan seguros que puso en mí y en los gemelos una apreciable cantidad de confianza, pese a las inéditas y tenebrosas emociones que nos encogían el ánimo y trababan nuestros desplazamientos. La sentina olía a brea y sal en descomposición; pero había además otros olores indefinibles: el olor al Mal si es que lo perverso se distingue también por sus asquerosas tufaradas. Mas el tiempo urgía y no era cosa de andarse con melindres.

El agujero en el caso (al decir del marinero) se había agrandado y la inundación alcanzaba ya un pie de altura. Chapoteando en el agua y a la luz de la linterna que Fidel sostenía en alto, metimos estopa en el agujero, bien apretada, hasta lograr que ni una sola gota atravesara la entabladura. Conseguido lo principal, nos dijo *Puchero* dándole a su voz un ligero tinte de autoridad:

-*Güeno*, muchachos, *agora* a sacar el agua y *dispués* a fijarse si los bultos están bien agarraos, no vaya a ser que alguno se suelte y nos abra un boquete que no podamos rellenar con hilachas. Tú -dijo señalándome- En aquel rincón hay dos cubos. Tráelos y empecemos.

Hice lo que ordenaba. Poniéndonos al alcance los unos de los otros, estuvimos por largo tiempo llenando cubos y trasladándolos a la cubierta de más arriba, donde los

vaciábamos por un portalón abierto en el casco en el lado contrario a la tormenta, la cual persistía en sus propósitos de mandarnos al infierno. Cuando terminamos con el agua y hubimos controlado las amarras, nos sentamos a descansar.

La luz de la linterna, con vela de sebo, apenas si alcanzaba a iluminar medianamente dos varas en círculo; más allá, todo era sombra que el ulular del viento, el retumbe de los truenos y los fuertes chasquidos del oleaje convertían en horribles cajas de resonancia. Volvieron a mí las fétidas emanaciones, haciéndome exclamar:

-¡Aquí huele muy mal, señor Perea ...!

-No me llames, mozuelo, por un nombre al cual no estoy acostumbrado. Dime *Puchero*, por '*ansí* es el mote que llevo casi *dende* que nací -dijo el marinero, de buen talante- Cuanto al olor ... *güeno*, es el del negro, que nunca se va y queda en el aire como estiércol de Satanás.

-Perdonad, pero no entiendo -dije de verdad confundido-. Lo del negro...

-Es el olor de *toas* las miserias, pestes y barbaridades del tráfico de esclavos. ¿Entiendes? Este navío puesto al amparo de "Nuestra Señora del Carmen" fue en otro tiempo el "Alagoas", que hacía negocios yendo y viniendo del África a las poblaciones costeras del Brasil. Si te fijas, verás *entuavía* las argollas puestas en los parantes por donde pasaba la cadena que, a la vez, se unía a un grillete aherrojao en la pata del negro o de la negra; o del negrito, que *pa' el* caso valía sus buenos reales...

Me vinieron a la memoria los cuerpos oscuros arrojados para servir de banquete a los tiburones; el navío que tenía sus entrañas apestadas de cólera y adonde el padre Rafael se empeñó en ir a ejercitar su ministerio. Todo se me anudó en el alma como un reptil que apretaba... Tuve la impresión de que el aire viciado de miasmas* diabólicas disolvíase en mi cuerpo para quedar allí para siempre, alimentando pesadillas, encendiendo visiones...

-Es común -seguía comentando *Puchero*- que la administración del reino compre a precios tiraos estas fragatas negreras *pa'* expediciones como la nuestra. Son viejas pintarrajeadas por *juera*, que por dentro, llenas están de parches y costurones. ¿Pero qué importa? Si el mar las traga, poco costaron... y los hombres se reponen en "menos de lo que canta un gallo".

* Miasmas: m. o f. Efluvio maligno que, según se creía, desprendían cuerpos enfermos, materias corruptas o aguas estancadas. U. m. en pl.

CAPÍTULO 9

La escena parecía sacada de una mente enfebrecida. Era demasiado absurda y truculenta para ser real: un marinero hablador, un Fermín fuertemente impresionado y dos gemelos sordomudos en un círculo de luz fantasmal... descansando en la quilla de un navío que estaba siendo juguete de la tempestad. Yo, que en mis vigiliass de eterno solitario había hecho malabarismos con las más audaces aventuras, me veía ahora frente a frente con circunstancias jamás concebidas en los extremosos cubiletes de la imaginación. Pero no estaba asustado. O sea, no demasiado asustado, pues el viejo *Puchero* era de los que, sin proponérselo, sabía aquietar las aguas con serenidad contagiosa. Hablaba sin hacer caso de los bamboleos y hasta soltando bromas cuando un arrebato del temporal nos tomaba de sorpresa. “Anda y *güelve* por otras”, decía riendo; o bien, “Jala, jala, que con cuernos mochos no hay clavadas”, en su manera de burlarse de las embestidas, igual que el torero cuando restrega con el capote el morro de la bestia. Y a las palabras unía los ademanes para aclarar las ideas, pues no siempre los vocablos o la sintaxis se ajustaban del todo a sus parloteos, que allí iban rebotando en la agreste formación de las frases. Al comentarle yo su actitud desaprensiva, dijo encogiéndose de hombros:

-A *güena* hora voy a pecar de asustadizo. Ya estoy *curao* de espantos. ¡Si habré *aguantao* tempestades, hijo! Desde los trece años navego los mares jugándome la vida. Empecé como grumete en un viaje a las Filipinas, y no he *parao*. En tres naufragios me salvé por un pelo y aquí me ves, a la espera de lo que Dios decida...

-¿Ha navegado mucho por estas aguas?

-¡Uf! Varias veces viajé desde Montevideo a Tierra del Fuego. Estuve con don Juan de la Piedra en las islas Malvinas, cuando él oficiaba de gobernador. ¡Vaya soledad la de esas tierras! Hace poco tomé parte con don Antonio de Viedma en la fundación de San Julián. Donde el hermano de nuestro don Francisco se encuentra todavía. Recorrí golfos, exploré playas y anduve a la búsqueda de caminos por los *acantilaos*, metido entre pingüinos y lobos de mar.

Calló *Puchero* unos instantes para agudizar el oído, y dijo tranquilizador:

-*Paece* que el mar está cansándose. El resoplido se oye *entrecortao* y no arma tanto jaleo. Saldremos de esta.

Amainaba la tempestad. ¿O era tan solo un reflejo de mis deseos? El marinero, adivinando quizás mis pensamientos, dijo sin moverse:

-La danza termina y los musiqueros empiezan a guardar sus bandurrias. Ahora te digo, zagal, ya que ha *pasao* lo peor, que hubo momentos de no apostar ni un maravedí*

* Maravedí: m. Moneda antigua española, efectiva unas veces y otras imaginaria, que tuvo diferentes valores y calificativos.

por este bendito barco. Merece, pues, que le revisemos de nuevo la panza y veamos si la carga se mantiene segura.

Tomó la linterna cuya vela llegaba a su fin y nos pusimos a recorrer todo el ámbito de la sentina, mirando todo el maderamen del casco y las amarras de bultos y esqueletos que protegían los arados y herramientas. Tuve entonces ocasión de fijarme en las argollas mencionadas por el bueno de Perea; allí estaban, adheridas a los parantes como muestras de lo que puede la perversidad en una de sus más diabólicas manifestaciones.

Cuando pisamos cubierta vimos el mar agitándose en un subir y bajar de grandes olas. Por el Este, una claridad tenue, indecisa, filtrábase a través de nubes oscuras, dando a la magnitud que nos rodeaba una fantasmagórica sensación de irrealidad. La furia desatada se había convertido en un claroscuro igual al dejado por el miedo en nuestros espíritus.

Marchó *Puchero* a presentar su informe y los gemelos permanecieron a mi lado. Al verles sumisos, encerrados tras el inexpresivo mundo del silencio, la ternura puso en mi pecho un cosquilleo de emociones nuevas. Les tomé del brazo y juntos fuimos a saber cómo habían pasado la noche los pasajeros de la cubierta inferior. Casi todos dormían, tensos aún, acurrucados vestidos en los jergones. Inés y la señora Mónica, que estaban despiertas, se incorporaron al vernos llegar; de un salto se pusieron a nuestros lados y tras tocarnos cual si dudaran de nuestras existencias, dijo la mujer con entonación simuladamente regañona:

-¡Buena noche nos habéis hecho pasar, hijos! ¡Vaya ocurrencia la vuestra! Sin decir “agua va” os tiráis a la tormenta y aquí quedamos las dos, pensando en las peores desgracias...

Les expliqué, no sin cierto y vano orgullo, nuestros trabajos en la sentina. A lo cual respondió Inés con una sonrisa de oreja a oreja:

-Pues si no es por vosotros... mal la hubiésemos pasado. Mira si el agua empieza a subir y a subir... ¡Ay, no quiero ni pensarlo!

Le miré de reojo intentando descubrir si hablaba en serio o si lo dicho estaba orillado con un poquitín de burla. Como nada pude sacar en limpio, me limité a contestar:

-Todo el mérito debe cargarse a la cuenta del marinero que bajó con nosotros; y a Fidel y a Santiago, pues sin ellos, a estas horas estaría yo en el fondo del océano.

-Pues si vosotros la pasastéis mal -subrayó la señora Mónica- imaginaos nosotras, si al terror que sentíamos le agregáis las desazones de vuestras ausencias. Todos la pasamos mal, hijo. Hubo quienes echaron hasta la primera mamada que les dio su madre, que ya es decir. A cada momento sentíamos que el buque se hundía, se hundía... y allí quedaba, entoñado* por las olas que rugían como dragones; o como deben rugir los dragones, pues en mi vida, gracias a Dios, ninguno he visto ...

Sugerí entonces que fuéramos los cinco a respirar aire limpio, cosa que hicimos

* Quedar entoñado: (intr) Quedar sepultado.

yéndonos a cubierta.

Los tripulantes andaban de un lado a otro revisando cuánto había que revisar bajo la celosa mirada del contra maestre; entre ellos *Puchero*, quien al verme saludó con la mano y una sonrisa en su cara de viejo lobo de mar. El océano, si no quieto, quería el sosiego bajo un sol al que le costaba salir de entre hoscos nubarrones; el ventarrón se había convertido en un soplo vivificante que barría de nuestros pulmones el aire viciado de las bodegas. Oímos de los marineros ciertos comentarios: de los tres barcos que juntamente con el “Carmen” integraban la expedición, solo dos, aunque muy lejos, seguían visibles. No el de don Juan de la Piedra. Ello vino a ensombrecer nuestra reconquistada alegría, pues sospechábamos que el 'monstruo' habíase engullido 'la víctima elegida para el sacrificio'. Inés, al lado mío, con los ojos puestos en el horizonte, dijo por lo bajo:

-Navega con dificultad delante nuestro... Ya lo verás, Fermín...

Terminaba 1778, y en el primer día del año nuevo alcanzamos a la fragata de don Juan de la Piedra. Supimos que una vía de agua producida por la tormenta anegaba las bodegas a razón de veinte pulgadas por hora, lo cual hacía inevitable el bombeo permanente hasta llegar a destino. Los comandantes acordaron continuar cerca los unos de los otros para socorrerle si fuere necesario.

Puchero y yo solíamos pasar muchas horas juntos. Cuando las obligaciones se lo permitían, con su caminar de viejo marinero se me acercaba y nos poníamos a conversar; o bien paseábamos callados por cubierta llevando nuestros pensamientos a la rastra. Muchas cosas aprendí de él, pues siendo un gacetillero de raza, conocía un montón de hechos y trapisondas que relataba con singular gracejo* y espontaneidad; sin herir, pues en sus comentarios no cabía la malicia ni el resentimiento. Me decía esa tarde:

-Hombre... tienes razón al hablar como hablas de nuestro comandante... Pertenece a la raza de los *llamaos* a mandar. Y como no sirve *pa'* enjuagues de pacotilla ni hace de la doblez timón de conveniencia, ¡pos arrea! Verás cómo sus maneras, aunque enérgicas y precisas, irán a encallar en las marrullerías de don Juan de la Piedra, que busca todo el mando de la expedición para sí. Mucho tiempo he *pasao* a la sombra de don Juan, y conozco sus mañas. Le falta... grandeza, vamos. Siendo como es un gran marino y excelente *adelantao*, cae en las pequeñeces de los fulleros y embrollones. Desde que salimos de Montevideo andan los dos jefes en un tira y afloja por el mando que les corresponde; es la comidilla diaria puesta a rumiar entre los dientes de la tripulación. Y bien es sabido que los encontronazos entre mandamás hacen saltar la chispa de la desobediencia, la inseguridad, el desaliento... y el motín. No diré que esto vaya a ocurrir en nuestro caso, pero ese chisporroteo puede un día alcanzar la 'santa bárbara' y ... ¡Bum!

* Gracejo: m. Gracia, chiste y donaire festivo en hablar o escribir.

-Mal lo pintáis, *Puchero*.

-Brocha me dan para ello. Mientras su majestad y el ministro que le aconseja sigan con esto de nombrar jefes para una misma tarea...

No estaba *Puchero* muy alejado de la verdad. Con el tiempo, puede certificar sus agorerías y atarlas a las palabras que en su visita a la casa parroquial dijera el Ministro General de Indias con referencia a los hombres encargados de poblar la Patagonia. Poco confiaba en ellos cuando se le hacía necesario hallar un informante de los posibles líos que podrían generarse en tan relevante misión.

.....oOo.....

El día 5 de enero divisamos unas tierras que subían hacia el mar, y una gran ensenada a la derecha. Un poco más, y entraríamos a Bahía Sin Fondo.

El Día de Reyes...

Estábamos en un golfo que, según *Puchero*, “no figura en ningún plano”. Sus aguas son poco profundas, calmas y transparentes hasta el punto de permitir ver el dibujo completo entre las dos puntas; paredes de un amarillo pálido cayendo a pique en un mar esmeralda, terso, callado...

Dejando la nave al garete, permanecemos todo lo cerca que el nivel de las aguas lo permitía, a la vista de una boca que se divisaba a barlovento. “Debemos esperar a que la marea haga lo suyo”, nos dijo *Puchero*. “Si el piloto es hábil, y Goicoechea lo es -agregó- al amanecer estaremos al abrigo de un magnífico puerto”. Y así fue. Aún no había salido el sol cuando el “Nuestra Señora del Carmen” llevado por la fuerza de la marea, entró a un excelente fondeadero. Allí, don Juan de la Piedra subió a entrevistarse con don Francisco de Viedma. Yo, aprovechándome de mi poca edad, que restábale importancia a mi presencia, hice lo de siempre: meterme en lo que no debía; y así fui testigo de la conversación ríspida y altanera de los dos hombres. Decía don Juan de la Piedra arrogándose preeminencias de adelantado:

-He llamado a este puerto de San José. La divina providencia ha satisfecho con creces nuestros ruegos, y es aquí donde haremos el asentamiento... digo, si es que no opináis lo contrario. En cuyo caso...

-Debo decirle, comisario, que durante la travesía no se ha hecho otra cosa que considerarme como simple pasajero, sin permitirme decisión alguna pese a lo dispuesto por el mismo rey y su excelencia el señor Vértiz, y ahora resolvéis por cuenta propia elegir el lugar del asentamiento y denominarle de acuerdo a vuestros deseos. Es más -agregó con ostensible contundencia- don Nicolás García, al frente de la tropa, me impidió bajar a tierra con ridícula arbitrariedad. Permitidme expresaros que estas manifestaciones y quejas os llegarán por escrito a fin de dejar constancia de las mismas...

-Dáis a las cosas demasiada importancia -respondió don Juan de la Piedra poniendo

en sus palabras cierta socarronería-. Debéis disculpar a gente como don Nicolás García que no tienen práctica. Ya le llamaré la atención... En cuanto a las otras quejas, os serán contestadas cuando deba responder por escrito a vuestras demandas.

Dicho lo cual, se encogió de hombros y se alejó, dejando a don Francisco en lucha con sus pensamientos. Así asomaron las primeras disensiones entre los jefes.

.....oOo.....

Yo estaba ansioso por bajar a tierra, unirme a los expedicionarios y comenzar a vivir 'el suelo prometido'; ver con mis propios ojos lo que tanto conocía a través de relatos y lecturas; palpar con todo mi cuerpo las prometedoras visiones que desde el barco entreveía rodeadas de misterio... Lo desconocido llamando con voces de siglos la insaciable curiosidad del hombre. Tan imperioso me resultó el deseo de entrar en la aventura que, decidido, me fui al encuentro de don Francisco de Viedma que en esos momentos bajaba del alcázar*. Le dije con el debido respeto:

-Perdone, señor...

-Te escucho, muchacho.

-Quisiera ir con algunas de las expediciones a estudiar el terreno... ¿Podría contar con vuestro permiso?

-Tiempo habrá, Fermín. Ven a mi cámara. Quiero hablar contigo.

Dándose vuelta volvió por donde había venido. Le seguí escaleras arriba y entramos a su despacho. Cerró la puerta y sin rodeos me preguntó:

-¿Cuáles fueron tus estudios?

Me vi en un brete, pues nunca había hecho balance de mis ilustraciones. Y hasta ignoraba -creédlo- la importancia cabal de las mismas, salvo por los altos elogios de sor Verónica, y sabéis que sus ditirambos* obedecían más a su cariño que a mis merecimientos. Pero algo tenía que decir y lo dije de la siguiente manera:

-Aprendí Gramática, Latín, Ciencias Sagradas, Historia Universal y de la Iglesia, Caligrafía, y otras pequeñeces que no debéis tomar en cuenta, como mi habilidad para fabricar plumas de escribir. Nada quedó en el tintero, pero lo hice de un tirón y como echando al gizonte una poción desagradable. Tras lo cual, cundió el silencio y don Francisco se quedó mirándome de hito en hito, hasta que habló:

-Bien, muchacho, y mal porque no entiendo tu viaje a la Patagonia con tal carga de sabiduría. Aunque algo atisbé la otra noche al oír tus razonamientos fundados, qué duda cabe, en una enseñanza superior.

-Lo que sé -respondí- mérito es de los que me educaron, es decir, sor Verónica de la Cruz y el cura don Rafael Carranza. Y al señalar mis títulos lo hago en homenaje a ellos, que no a la pedante valorización de ciencias adquiridas a fuerza de machacar por largo tiempo y pese a mis naturales rebeldías. Lo que sí puedo asegurarle -agregué sonriente-

* Alcázar: (m) Fortaleza. Recinto fortificado.

* Ditirambos: m. Alabanza exagerada, encomio excesivo.

es que no hallará en mí un Santo Tomás de Aquino...

-No aspiro a tanto -dijo respondiendo con naturalidad a mi sonrisa- Quiero simplemente, que hagas de cronista de todo cuanto veas. Ello justificará tu agregaduría a las expediciones que emprenderemos hasta encontrar el sitio apropiado para la fundación. Pero por ciertas razones, esto debe quedar entre tú y yo. ¿Está claro?

-Sí, señor.

-Pero dime... ¿Debido a qué tuviste a una monja y a un cura por maestros?

Como era de práctica, debí exponer una vez más a la curiosidad de los otros las razones de mi crianza en el Convento de la Colina. A lo cual respondió:

-Perdona, muchacho. No fue mi intención urgir en tus secretos.

-No debéis preocuparos por tan poco, ni pensar que hago de mi abandono capucha de indignidad. Jamás oculto lo que considero innecesario tapar, pues estaba de Dios que así tenía que ser y no en mí, que nada tengo de que excusarme o arrepentirme. Expósito soy; y a buena hora si con ello di en el buen camino y tuve por madre espiritual a una mujer de extraordinarias y reconocidas cualidades.

-He oído hablar de sor Verónica de la Cruz; y hasta leído algunos de sus escritos que me parecieron trabajos de una religiosa fuera de serie. Espero que, además de sus sapiencias, te haya inculcado la discreción. Pues las cosas que confiaré a tu almario serán aptas para la vileza o la felonía.

-Así lo entiendo -respondí complacido-. Pero mis pocos años...

-La edad no es rasero que mida la honradez. Niños hay que parecen viejos por sus buenos sentidos y viejos que parecen niños por sus cortos alcances. En cuanto a la buena conducta, hija es de una esmerada educación. Procura no fallarles a tus maestros, ni a mí; y por sobre todo no traiciones a Fermín de la Colina.

Como ya nada teníamos que decirnos, opté por retirarme. Pero don Francisco de Viedma me dijo antes de que transpusiera el hueco de la puerta:

-Mañana iremos con varios hombres a ver si encontramos agua en ese desierto. Todo me hace suponer que no es este el lugar apropiado para una población de envergadura, pese a lo que dice don Juan de la Piedra.

CAPÍTULO 10

En la mañana siguiente bajamos a recorrer la península. Ocho hombres componían la expedición: don Francisco de Viedma, el mismísimo *Puchero* y un servidor, además de cinco tripulantes bien armados, por si había indios, y con herramientas para cavar pozos en procura de agua dulce.

A medida que nos alejábamos de la costa íbamos sintiendo más y más la aridez de paisaje bajo el cielo infinito, y el monocorde silbido del viento que, persistente, acentuaba sin altibajos la machacona vaciedad de la estepa.

-Decidme, *Puchero* -solicité al viejo marino aprovechando un acercamiento- ¿Toda la Patagonia es así?

-¡Qué va, hombre! Hay lugares peores y otros, en cambio que *paecen* paraísos terrenales. Pero lo *pior* es que no huelo agua por ningún *lao*, y sin agua... *Mia* como anda don Francisco: de 'capa caída' y con el ceño *arrugao*, pues se está dando cuenta de que no es este lugar *pa'* vivir, ni *pa' na'*.

-¿Y los indios? No los he visto...

-Ni los verás. El agua, siempre el agua, Fermín...

Se acercaba el mediodía y no habíamos encontrado aún el más mínimo vestigio de charco ni manantial. De pronto, un grito alegre nos llevó a todos junto a dos de los hombres. Metían estos las manos en un pozo recién abierto y las sacaban chorreantes de agua. Mas, ¡cuán poco duró el regocijo! El precioso líquido era puro salitre. Y así durante toda la jornada; lugar donde cavábamos no salía agua; o si salía, resultaba peor que la del mar. Hasta que don Francisco de Viedma ordenó el regreso, convencido, sin duda, de que el sitio señalado por don Juan de la Piedra era el menos apto para el asentamiento con el que el hidalgo andaluz soñaba. Es decir: con abundantes materiales para las viviendas y tierras propicias para la agricultura, que para eso traíamos arados, herramientas y hombres para los diversos oficios. ¡Poblar, poblar la Patagonia! El meollo de la cuestión consistía en eso: en que las poblaciones de avanzada defendieran las lejanas tierras del Sur contra la rapiña y el despojo de quienes, perdidas sus colonias en el Norte de América, buscaban compensación quitándole a España lo que el Descubrimiento le había otorgado.

Caminábamos deseosos de llegar cuanto antes al navío. El sol, cerca del ocaso encendía fuegos mágicos, melancólicos, en una vastedad sin fronteras; panorama sin estrenar para quienes, como yo, sentían el erial a modo de una conjunción de infinitos, o enigmático en el silencio vivo, recatado, que se oculta y escamotea tras la inexistencia de contornos fijos; sin desánimos para el espíritu, pues dentro de mí tomaba cuerpo la idea de que la desierta península se constituía en la antesala de otro mundo vigoroso y lleno de promesas. Quizás Inés... Y me sonreí al pensar en las imaginativas premoniciones que mi amiguita del alma hubiese pergeñado en postura semejante.

La falta de agua fue entre los expedicionarios una enorme burbuja a punto de

reventar, tanto se infló y discutió. La tirantez entre los dos jefes se hizo ostensible al resto de la flota, la cual empezó a soliviantarse temerosa de que el agua dulce se acabara. Don Francisco de Viedma y don Juan de la Piedra dispusieron entonces mandar gente hacia todos los rumbos, sin medir lejanías. Y el rastrillaje dio sus frutos: el 27 de enero, Basilio Villarino, piloto del “Santa Teresa”, dio con unos manantiales de agua dulce a unas tres leguas del campamento. La noticia fue un campanazo de gloria. ¡La expedición estaba salvada! Eso creíamos...

.....oOo.....

Don Basilio Villarino... Necesario resulta presentar a quien en estos relatos tomará a su cargo el papel de mago y que, sin duda, oiréis mencionar en más de un capítulo. Yo no le conocía, pero, según *Puchero*, era gallego, de La Coruña, y poseedor de un olfato especial para abrir caminos donde otros se atascaban vencidos por el desaliento. De su varita mágica surgió el agua en la tierra peninsular y, de su instinto, la 'milagrería'* de caudalosos ríos y valles ubérrimos*. Comprenderéis, pues, mis deseos de tratarle y ser partícipe de sus virtudes, convertidas en verdaderas hazañas a través del tiempo.

El manantial descubierto puso distensión en la rivalidad de ambos jefes. De acuerdo el uno con el otro, marchó don Juan a reconocer unas lagunas y don Francisco se puso a organizar la vida en el campamento. Los niños y las mujeres seguían en los barcos; no así los hombres que, cada uno en su oficio, debieron emplearse en la construcción de improvisadas viviendas.

De pronto la confusión y el miedo cundieron por el campamento. Dos presos se habían evadido y la sospecha de que hubiesen marchado al encuentro de los indios para informarles de nuestra presencia e incitarles a que nos atacaran, se hizo carne en el ánimo de todos. Informado don Francisco preguntó de manera tajante al jefe de la guarnición:

-¿Cuándo escaparon?

-Después del desayuno. Nos dimos cuenta de la fuga cuando no se presentaron a recibir el almuerzo. Les hemos buscado por los alrededores, pero no quisimos alejarnos sin la venia del señor comandante.

-Bien hecho. Que nadie se aventure a salir. Poned cuatro centinelas con buena vista y mejor predisposición, y los demás, a construir una empalizada sin pérdida de tiempo. Trabajad con las armas al alcance de las manos.

Durante la tarde y parte de la noche la actividad se hizo febril, sin desmayos, no pensando en comidas y evitando charlas inútiles. Cada uno estaba en lo suyo bajo las órdenes del carpintero.

La luna llena y algunos faroles y fogatas distribuidas convenientemente facilitaron

* Milagrería: (f) Propensión o tendencia a tomar como milagros hechos naturales o explicables naturalmente.

* Ubérrimos: (adj.) Muy abundante y fértil.

los trabajos. Ninguno de los hombres se echó atrás. ¡Y cómo aprovechamos a los gemelos! Sus corpachones iban y venían cargando troncos y obedeciendo cuanto les pedíamos por medio de señas. Procuraban permanecer junto a mí y yo recibía el apego con tonto sentimentalismo. Don Francisco de Viedma, igual que todos, no se dio descanso hasta ver el vallado concluido.

Estábamos el marinero, los hermanos y yo sentados en el suelo rodeando una de las fogatas, pues aunque verano, en aquellas latitudes las noches son desapacibles. Me decía *Puchero*:

-Don Francisco de Viedma no conoce a los indios. Ellos jamás atacan si no son atacaos. Prefieren los ringorrangos del trueque y son ladrones porque... porque sí, vamos.

-Decidme entonces que habrías hecho puesto en el lugar de don Francisco.

-Pues... buscar nosotros a los indios cargaos con baratijas y aguardiente, no *pa'* regalar, que sería *demostrarle* miedo, pero en un toma y daca ... *pa'* simular, vamos.

-Proceder de tal manera no me parece honrado.

-Tampoco lo es rompernos el lomo y comer a las mil quinientas *pa'* construir un cerco que de nada servirá si los salvajes se nos vienen a la rebatiña. Fermín... a no hacer de Papa cuando ni siquiera somos monaguillos.

La noche era un velo de plata tendido sobre los hombres y las cosas. Y el cerco, con aguzadas puntas, un símbolo de encierro en la inmensidad del páramo. La civilización se hacía presente en la Patagonia.

.....oOo.....

Regresó don Juan de la Piedra trayéndonos la noticia de que las lagunas exploradas no eran otra cosa que remansos de salitre. Se asombró el sagaz marino al ver el cerco construido a la ligera, y rió al percatarse de nuestras prevenciones. Dijo:

-En nuestra recorrida no hemos visto un solo indio. Encontramos, sí, restos de fuego apagado a la ligera; señal de que anduvieron rondándonos, pero de paso y en camino al Norte. Si conocieráis las costumbres indígenas -agregó dirigiéndose a don Francisco- fácil os resultaría comprender que ellos no acampan donde el agua escasea. Y por aquí las vertientes brillan por su ausencia.

-Lo cual me afirma en la idea de que debemos explorar más arriba y encontrar el famoso río de los Sauces.

-Ya he comisionado a García para que vaya con "La Oliveyra" a reconocer el golfo. Mientras tanto, ¿qué os parece si echamos un vistazo a las 'fuentes de Villarino'?

*Ringorrangos: M. coloquial. Rasgo de pluma exagerado e inútil. En pl. Adorno superfluo y extravagante

Accedió don Francisco de Viedma y allí fueron los dos, montados en los únicos caballos del campamento y seguidos de a pie por Villarino y este vuestro servidor (que allí estaba aunque los cronistas de la época no me señalen). Yo iba feliz al verme junto al hombre que llegaría a ser uno de los más insignes expedicionarios de la Patagonia. Entre una y otra frase le fui conociendo, avizorando sus proyectos y la pasión que los mismos encerraban.

-Sí, muchacho -me decía pintando sus expresiones con las cadenciosas 'verbalidades' gallegas- España ha perdido empuje. Quienes mandan han hecho de la capa un sayo y creído que ya nada hay por descubrir. ¿Es que se terminaron los Solís, los Gabotos, los Magallanes o Sarmientos de Gamboa? Aquellos fueron hombres, ¡Madre de Dios!

-No es que se hayan terminado. Falta el sentido de epopeya. Una vez me comentó cierto soldado a quien mucho quise, que cuando el español pierde su quijotesca locura cae en tierra como pájaro al que le han cortado las alas.

-Triste destino nos espera, entonces.

-Simplemente pensemos que el guerrero está descansando... Mientras otros le ocupan la plaza. Vaya manera de cuidar lo ganado.

-No desesperemos. Quinientos años duró la gesta de la Reconquista y España saltó al hecho glorioso del Descubrimiento... la historia a veces se repite.

-Pues quisiera saber qué van a decir de nosotros dentro de quinientos años a partir de la Gran Hazaña. Si seguimos deshojando los laureles con tan absoluta desaprensión, quedaremos en la Historia como los grandes calzonudos.

Reí divertido por la salida de Villarino y dije maliciosamente:

-Pues de personas como usted dependerá que los laureles recobren sus brillos y les nazcan nuevas hojas.

-Pues por mí no quedará, vota a... Muchacho, ¿cuál es tu nombre?

-Fermín.

-Pues bien, Fermín, escucha. Tengo las alas enteras y no dejaré que me las corten. Descubriré lo que haya para descubrir en estas tierras. Y pondré mi hojita en la Corona de España. Que reverdecerá, te lo aseguro; como que me llamo Basilio Villarino.

Mientras así hablábamos los dos jefes marchaban erguidos en sus cabalgaduras, callados y oteando distancias. Hasta que la voz clara y segura de Villarino hizo que dieran vuelta la cabeza.

-Girar un tanto a la izquierda. No falta mucho.

En efecto, al poco rato entramos en una alucinante salina que, de acuerdo a mi compañero, tenía más de dos leguas de circunferencia y no pasó mucho tiempo hasta pisar un terreno fangoso y abrirnos camino entre cañas de hasta dos pulgadas de grosor.

Al fin llegamos a la peña de la cual brotaba el manantial. ¡Espectáculo hermoso en la desolada superficie! Rebuscando por los alrededores descubrimos otras dos fuentes que, como la primera, desaguaban en la salina. Y viendo don Francisco la refulgente blancura salitrosa, dijo entusiasmado:

-Con esta salina y las que dejamos atrás hay para proveer de sal a toda América.

-No es la explotación de este producto el objetivo que nos marcaran, respondió de la Peña con tonillo zumbón.

-Pues no lo echéis en saco roto, que cuando el pan falta buena es la galleta.

Lejos estaba en esos momentos don Francisco de Viedma de imaginar que, exprimiendo un poco sus palabras, la profecía se enredaba en ellas igual que diablillo perturbador.

-Lo que sí digo, y creo no equivocarme, es que estos manantiales no están a tres leguas como dijistéis, Villarino. Calculo cinco, y quizás me quedo corto -agregó el andaluz.

-Es posible que estéis en lo cierto y que mi entusiasmo haya acertado leguas con la mejor intención.

-Cerca o lejos, el agua existe, subrayo de la Piedra.

-Pero muy lejos de la costa, donde debemos necesariamente establecernos. ¿Qué opináis, Villarino?

-Estoy de acuerdo con usted. Y desde cualquier ángulo que se mire, el hallar la boca del río de los Sauces se hace imprescindible. Y os juro que si me encomendáis la tarea, yo encontraré lo que hasta ahora nos ha resultado esquivo.

-¿No pensáis igual, de la Piedra?, preguntó don Francisco.

Se encogió de hombros el comisario y dijo de mala gana:

-Debemos esperar a García. Quizás él regrese con novedades.

Recién a las diez de la mañana siguiente estuvimos de vuelta en el campamento.

.....oOo.....

Inútiles resultaron las muchas excursiones llevadas a cabo en el intento de solucionar el grave problema del agua. Una tras otra y de manera desesperante, las lagunas resultaron muy salobres o secas. De continuar así, pronto se terminarían las reservas, y sin el vital elemento, las epidemias eran riesgos latentes para la colonia recién fundada. Además, las deserciones se producían con frecuencia, y aunque algunos regresaban, la disciplina iba poco a poco corroyéndose con el consiguiente deterioro de las relaciones entre jefes y subalternos. Empeñábase don Francisco de Viedma en dar ocupación a presos, soldados y artilleros haciéndoles construir un nuevo establecimiento en el sitio elegido por don Juan de la Piedra, mientras este se ocupaba de los preparativos de su gran deseo a cumplir: gobernar San Julián, más al Sur. Entre tanto subsistía la esperanza de que García volviera con algo en las manos. Y volvió, pero sin nada en ellas. Respondiendo a las malhumoradas preguntas de don Juan, dijo:

*Zumbón: Adj. Coloquial Dicho de una persona: que frecuentemente anda burlándose, o tiene el genio festivo y poco serio. Burlón. Bromista. Socarrón.

-No he podido entrar en ningún puerto, pero aseguro que he estado en la boca del río; eché la barquita, pero casi la pierdo, pues había mucha reventazón de mar en la entrada. Medimos la profundidad y solo había seis brazas. Muy pocas. Encallaríamos de seguro...

-¡Cuernos de Satanás! Si hubiéseis esperado la pleamar, habríais entrado ¿Y el agua?

-Dulce.

-¡Santo cielo! ¡Y aquí muriéndonos de sed!

De mal talante fue don Juan de la Piedra a donde estaba Villarino y sin preámbulos le ordenó:

-Preparaos a salir inmediatamente con el bergantín. Os obligo a cumplir vuestra promesa: hallar ese río que se nos esconde de mala manera y traérselo por el rabo. ¡Vive Dios! ¿Entendido? Y tú, escarabajo del demonio, déjate de andar detrás mío o sentirás mis botas en tus fundillos.

Estoy seguro que mis lectores habrán comprendido que las últimas palabras del comisario estaban destinadas a mi humilde persona. Y tomadlas como las tomé yo: Justas y merecidas, pues a decir verdad, habíame pegado a don Juan de la Piedra convencido de que sus airadas actitudes marcarían un hito en el devenir de los sucesos. Mas no paró ahí la cosa, pues abandonando el seguimiento al comisario me fui en pos del piloto y con él, a disponer los preparativos de zarpada “Cómo aramos, dijo el mosquito al buey”, visto lo cual, Villarino me espetó sin detener el paso:

-Si lo que buscas es agregarte a la expedición, trata primero de conseguir la venia de don Francisco.

-Tened por seguro que no me la negará.

-Pues a traerla, que es mucho lo por hacer; aunque te aconsejo lo pienses bien antes de meterte en el baile, pues la búsqueda no resultará un simple rigodón.

Dejé a don Basilio Villarino, corrí, a donde estaba el señor de Viedma y, ya frente a él, le dije sin rodeos:

-Quisiera ir con el piloto Villarino a buscar el río de los Sauces. Os ruego no pongáis reparos ...

-¿Cómo sabes que Villarino...?

-El señor don Juan de la Piedra -respondí antes de que cerrara el interrogante- ha ordenado al piloto que salga inmediatamente con el bergantín.

-¿“El Nuestra Señora del Carmen”?

-Con el bergantín, dijo.

-Espero que no sea el nuestro, pues las mujeres y los niños aún están en él y no hay manera de alojarlos en las barracas sin terminar. En cuanto a ti... pues hazte el gusto, previa autorización de tu madre.

Las cosas me estaban saliendo mejor de lo que yo pretendía, no solo en lo referente a la expedición sino también a mis deseos de ver a la familia que habíame adoptado.

Encontré a Inés y a la señora Mónica cosiendo unos trapos en la baja cubierta,

mientras conversaban con las otras mujeres puestas en corro* y ocupadas cada cual en lo suyo. Cuando me vieron, madre e hija saltaron sobre mí llenas de gozo y acosándome con preguntas que no podía responder, pues eran muchas y a borbotones: “que cómo estaban los mellizos, que hasta cuándo las tendrían en cuarentena y qué el agua y qué la terminación de las barracas...” Al fin se sosegaron y pude meter baza en el dislocado parloteo. Así fui poniéndolas al tanto de las novedades hasta llegar a las razones de mi presencia en el buque. Me oyó la señora Mónica cual si estuviera leyéndole el Evangelio y me respondió:

-Hijo, mucho me gusta que te arremangues y ayudes a buscar salida; pues de seguir así, nos verán pronto bebiendo agua en el mar y rajándonos como tierra de secano. Dios quiera que encontréis pronto dicho río con nombre a cosa verde, como la esperanza... Pero vayamos a cubierta -me dijo por lo bajo- pues debo hablarte y no quiero que la niña y las demás escuchen.

Me tomó del brazo y suavemente me llevó hacia la escalera, mientras le decía a Inés:

-Tú sigue con el zurcido, así Fermín podrá llevar la ropa a tus hermanos.

Ya en cubierta, su rostro adquirió rasgos de tristeza e inquirió cautelosamente:

-¿Sabes... en qué anda mi marido?

La pregunta me tomó por sorpresa y no pude hallar una contestación, pues la verdad es que al tío Jonás no le había visto desde que bajáramos del barco, quizás porque yo mismo hice por no encontrarle. Notó la buena mujer mi azoramiento e interpretándolo equivocadamente expresó:

-Entonces es cierto...

-¿Cierto qué, madre?

-Eso que te guardas *pa'* que yo no sufra... y que otros con menos miramientos han venido a decirme: Jonás anda haciendo cosas... bueno, que han de reventar por algún *lao*, y entonces...

Yo permanecía callado, expectante, temeroso por lo que la señora Mónica iba a manifestarme y que al fin dijo con gesto duro, resueltamente:

-Se ha *metío* en el enjuague de los presos y sinvergüenzas que tratan de escapar. Él les entrega agua y comida por unos *riales* que *pa'* lo único que han de servirle es *pa'* cavar su propia sepultura.

-Pero... ¿de dónde saca el agua y los alimentos? -pregunté anonadado.

-Robándolos, hijo, robándolos. ¿No sabes que ha sido *nombrado* dispensero, o algo así? Pues mira que eligieron bien, ¡válgame Dios!

-Pero si le descubren...

-A la horca, hijo. ¿Te das cuenta?

-¿Inés lo sabe?

-No. Y el alma se me *regüelve* por miedo a que se entere.

* Corro: m. Cerco que forma la gente para hablar, para solazarse, etc.

-No debe enterarse. Cuide de que ello no ocurra. Yo, por mi parte, procuraré desarmar el cepo, aunque en él quede parte del pellejo del tío Cañizo.

Me despedí con un beso, aconsejándole que dijera a Inés que yo andaba de prisa con los preparativos de la expedición.

Por el camino fui pensando en cómo desenredar la diabólica madeja; y no hallaba el modo. Al mismo tiempo, una pregunta que no era nueva iba golpeándome el cerebro de manera obsesiva: ¿Cómo en la familia que habíame tocado en suerte por disposición del Altísimo, cabía un ser tan mezquino y despótico, por no decir cosas peores? Para mí era un misterio; o un acertijo empeñado en hacerme guiños y meterme en tanteos disparatados. ¿Habéis visto alguna vez la mancha repulsiva en un rostro hermoso? ¿O la víbora entre rosas que aguarda el momento en que aspiremos el aroma de las flores para echársenos a la cara? ¡Dios! Sin dudas exageraba las cosas, pero así las sentía y así las digo; quizás porque los sucesos a posteriori están influyendo en el actual correr de la pluma.

Había llegado casi al campamento y el problema de cómo encarar las trapisondas del viejo seguían sin resolver. No escapó a mis planteos el que, estando ya la señora Mónica al tanto del malhadado asunto, señal era de inminente explosión. No pensé que el estallido era ya un hecho. Y el encargado de hacérmelo saber fue *Puchero*, quien aguardaba mi regreso comiéndose las uñas junto a la empalizada. Cuando me tuvo junto a él, dijo alterado:

-¡Por fin llegas, chico! ¡Casi corro a buscarte! Al tío Cañizo le han *pescao* en cosas muy malas y poco falta *pa'* que dé pataditas en el aire. La horca, vamos...

Pedir mayores explicaciones a *Puchero* de nada servía, sabiendo yo de qué pata cojeaba lo sucedido. Así me limité a preguntarle:

-¿Dónde le tienen?

-¿A quién?

-Al tío Cañizo, hombre.

-En ningún *lao*.

-Acabáis de decirme que lo han agarrado haciendo... bueno... lo que sea.

-Lo han *pescao*, pero no le han *pescao*. Déjame que te explique.

Mientras caminábamos en derechura al centro de la plaza, iba *Puchero* desarrollando la crónica de los hechos con la habilidad y el suspenso del más capaz gacetillero. Me contaba lo mismo que dijera la señora Mónica, pero corregido y aumentado, hasta finalizar de la siguiente manera:

-... lo cierto es que, hallada la culpa, el culpable ya se había *largao* con otros de la misma calaña, llevándose agua y comida, además de los dos únicos caballos que teníamos. Y ahí tienes a todos, con don Francisco de Viedma a la cabeza, hechos una furia y amenazando con garrote y horca a los *escapaos*. Y ahora deja que te dé un consejo antes de que enfrentes las fanfarrias del chismerío: ¡tú, con la frente alta! Nada has hecho *pa'* que te sientas *avergonzao*; y si alguien se atreve contra ti, aquí me tienes

como vara de escarmiento. *Pa' lo que sea, Fermín, pa' lo que sea.*

Las expresiones de *Puchero*, aún sabiéndolas sinceras, no lograron mitigar la rabia y la tristeza que invadieron mi alma. Sobre Inés, la señora Mónica y los gemelos caería la deshonra de manera injusta, solapada, por el simple mandato de la sangre. Yo mismo me veía salpicado hasta los tuétanos; y con tales cargas, fui a entrevistar a don Francisco de Viedma.

Le encontré caminando bajo un cobertizo donde habíanse apilado bultos con herramientas y sacos de comida, además de algunas barricas aguateras. Farfullaba improprios mientras golpeaba con el pie alguno de los fardos. Al verme dijo de manera abrupta:

-Las ratas están haciendo un buen trabajo. Si no las combatimos, pronto habrán dado cuenta de nuestros escasos abastecimientos.

Interpretando torcidamente sus palabras, dije con voz alicaída:

-No imagina, señor cuánto siento lo ocurrido. Y le ruego que no tome medidas que puedan herir a justos por pecadores...

Me miró el comandante con fijeza, y preguntó:

-¿De qué está hablando, muchacho?

-De las picardías cometidas por Jonás Cañizo.

-¡Ah, eso! ¿Y tú qué tienes que ver con los delitos de ese miserable? Yo estaba refiriéndome a las verdaderas ratas. Mira el estropicio que hacen con las habas y los garbanzos. Y quiera Dios que no se nos metan con el agua. En cuanto a Cañizo, no pasará mucho tiempo hasta que lo tengamos aquí de nuevo pidiéndonos clemencia y rasgándose las vestiduras. Ni los indios querrán saber nada con él. El tutor que te ha tocado en suerte, Fermín, nació para la horca.

-Yo no tengo tutor sino tutora: la señora Mónica Araujo.

-Una buena mujer, no me cabe duda. Por eso no debes temer que pueda yo descargar sobre inocentes las culpas de un malnacido. Pero dime... ¿Conseguiste el permiso para viajar con don Basilio Villarino?

-Sí. Y dejo a usted una promesa. Una vez encontrado el río de los Sauces no pararé hasta dar con Jonás Cañizo.

-Eres muy joven para que te envenenes acariciando venganzas. Confórmate con ser parte de un hallazgo que hará cambiar la suerte de esta expedición. Anda y traéme la buena nueva. Yo me encargaré de que nada le falte a la señora Mónica, a Inés y los muchachos. ¿Conforme?

Le agradecí emocionado por sus bondades y marché a encontrarme con el piloto Villarino.

CAPÍTULO 11

Indudablemente, la adversidad nos toreaba. El bergantín “Nuestra Señora del Carmen”, al mando de Villarino, había sido acondicionado para salir a buscar el río de los Sauces, pero los vientos soplaron en contra durante dos días, angustiosos debido al problema de la sed. Cinco barricas con agua fueron subidas a bordo, pero tuvimos que dejarlas en el primer campamento a fin de socorrer a las gentes que, por señas, nos comunicaban la situación extrema en que se hallaban.

-Si no encontramos pronto el río, mal la vamos a pasar, Fermín.

Así dijo *Puchero* que, para mi fortuna, había sido incorporado a la tripulación, reconociéndole de tal modo las experiencias por él recogidas en anteriores viajes. Yo nada le respondí, puestos mis sentidos en los patéticos reclamos: “Agua, agua, agua!” Y las palabras hechas bandera en los ademanes de los fundadores, vibraban en el aire con temblores de congoja. Pero los golpes del mar y los vientos del Noroeste tenían al bergantín prisionero, con el explicable enojo de don Basilio Villarino que, de tal manera, veíase demorado en sus ansias de salir a buscar la gran solución.

En la madrugada del 13, a eso de las 3, con un golpe de timón pudo Villarino soltarse y poner el bergantín entre las dos puntas de la bahía; al poco rato estábamos afuera y navegando en pleno mar. ¡Habíamos vencido a quienes nos tenían acorralados y sin salida! Y como el mar respeta a los audaces, allá íbamos, proa al Norte y con las dos velas hinchadas de promesas, bordeando la costa en una mañana sin sol, con cielo encapotado y amenazas de temporal. Al siguiente día una mar gruesa, con grandes olas, zarandeó el “Carmen” y puso en nosotros el temor de que fuéramos a dar contra los arrecifes de la costa. Tan fuerte se desató el oleaje que, en un momento dado, una avalancha de agua barrió la cubierta y, cuantos estaban en ella debieron nadar para no ser barridos del navío. Yo, que sabía nadar, me agarré como pude a unos cabos y así aguanté la furiosa turbonada, con gran regocijo de *Puchero*.

-Pareces un mono, Fermín -me gritaba- ¡Bájate o serás la risa de todos!

Me solté, sí, pero no sin comprobar que las bestias mugían en el toril* y no había amenazas de nuevas arremetidas. Y por no saber caí en el engaño. Menos mal que *Puchero*, previendo nuevas emergencias, hizo que me pusiera a resguardo mandándome con los que trabajaban bajo cubierta. Toda la noche la borrasca hizo de las suyas y la tripulación se vio en figurillas para salvar el barco del vendaval. Villarino sostenía el timón con mano maestra, y solo una vez se lo entregó a Goicoechea para hacer una recorrida y asegurarse de que el personal estaba cumpliendo. Cuando pasó junto a mí iba con el ceño fruncido y un rictus de amargura en los labios. Al verme detuvo su andar y me preguntó:

-¿Con miedo, Fermín?

* Toril: (m.) Sitio donde se tienen encerrados los toros que han de lidiarse.

-No, señor -contesté- solo preocupado.

-De ese mal padecemos todos. Está de Dios que la suerte se nos ponga en contra y no hallemos la dichosa desembocadura.

-Ya aparecerá -dije sin convicción-. Recordad que Magallanes se las vio negras hasta descubrir el estrecho y enfilar por él.

Sonriendo continuó su camino mientras el bergantín se agitaba entre bandazos*.

Al día siguiente se calmó un tanto la fuerte marejada y Villarino se atrevió a poner proa hacia tierra, con la esperanza de acertar de una vez por todas con la boca de un río que se nos escabullía vaya uno a saber entre qué misterios o jugarretas. A poco vimos la costa y *Puchero*, que no dejaba de buscarme para charlar a gusto, me dijo:

Si Villarino sigue esos acantilaos, el río de los Sauces aparecerá en cualquier momento. Lo cual no quiere decir que la cosa esté resuelta; según parece, el río tiene buenos cerrojos y no le gustan las visitas.

-Esperemos que nuestro capitán no se desaliente -dije respondiendo a los comentarios-. Anoche le vi de capa caída...

-No conoces a Villarino. Nuestro gallego es un hombre de carácter y no le gusta dejar las cosas a medias. Encuentre él la boca y verás cómo el “Nuestra Señora del Carmen” irá derecho al tragadero. Aunque no será fácil, según lo comprobó don Pedro García. Pero Pedro García es Pedro García y Villarino es Villarino.

Tras la 'complicada' definición, *Puchero* guardó silencio y se quedó mirando el empinado roquedal que a lo lejos aparecía como símbolo de lo inaccesible.

Fascinante fue la impresión que recibimos en la madrugada del 16 de febrero: la tierra buscando el mar entre dos puntas, la desembocadura del río de los Sauces. Nos acercamos jubilosos, dispuestos a trasponer la barra y entrar en la boca. Pero el viento nos echó afuera cual vigilante dispuesto a defender la inviolabilidad del incógnito. Parecía que todos los elementos se conjuraban para detenernos. Yo, igual que siempre, procuré acercarme al lugar de las decisiones, allí donde Villarino daba órdenes al timonel con los gestos de un gladiador en plena lucha.

-¡De nuevo a tierra, Goicoechea! -enfaticaba con los músculos del rostro fuertemente marcados- Con cuidado, pero sin flaquezas.... ¡Hemos de vencer a esos mil demonios que nos cierran el paso!

El timonel iba pendiente del timón y de la quilla. Habría sido desastroso encallar con el océano tan picado. Villarino inclinó su cuerpo hacia cubierta y gritó con fuerza.

-¡A ver la sonda!

-¡Doce palmos! -respondió el marinero encargado de medir el nivel de las aguas.

-El timón toca fondo, señor -dijo Goicoechea-. Y hay reventazones* debajo por todas partes.

-¡Tres brazas! -informó el marinero desde lejos.

* Bandazo: (m.) Movimiento brusco de alguien o de algo hacia un lado.

* Reventazón: (f) Acción y efecto de reventar . Deshacerse en espuma las olas.

-Cambiad el rumbo, rápido -ordenó Villarino-. Cuando tengamos siete brazas daremos fondo hasta el amanecer.

Calculé que en esos momentos serían las diez de la noche. Se volvió a oír la voz del sondista: “Cuatro brazas”. Y al rato: “Seis brazas”. Cuando el marinero gritó las “siete brazas”, Villarino dio la orden:

-¡Fondead!

El vozarrón marcó en la oscuridad de la noche una pausa tranquilizadora en medio del ulular del viento, el rumoreo de corrientes ocultas y el chasquido de las olas contra el casco del bergantín. Villarino, que advirtió mi presencia en la escalinata, me dijo:

-Anda a dormir, muchacho. Se acabó la función por esta noche.

Con un “sí, señor”, bajé los peldaños con la intención no de ir a dormir (algo imposible tras la jornada vivida), y sí a verme con *Puchero*. Le encontré sentado en un rollo de sogas junto a uno de los palos. Su voz se oía inconfundible en medio de la oscuridad. Estaba acompañado por dos marineros apenas distinguibles. Cuando *Puchero* adivinó que yo estaba allí, soltó un “hola” y me dijo:

-Acércate, Fermín. Quiero presentarte a dos amigos. El que está a mi izquierda se llama *Besugo*, y este otro *Zanquilla*. Dos buenos muchachos si no pones a su alcance cosas que valgan la pena.

Oí dos interjecciones que buenamente tomé como saludos de bienvenida y, para no ser menos, largué un “hum” que podía interpretarse de cualquier manera. *Puchero* siguió con la palabra:

-Les contaba a estos muchachos... *pa'* pasar el rato... los apuros en que me vi con cierta indiecita en el Puerto de Consolación, cuando el naufragio del '64...

Tras una pausa que le permitió atar los cabos de la historia, continuó:

-*Pos* veréis: iba yo de un *lao* a otro llevando madera, desbastando troncos y trabajando a *distajos pa'riconstruir* el “Purísima Concepción”, y ella, la indiecita, siempre atrás. Me sentaba a comer lo poco que hubiese y ella atrás mío. Acurrucada en el suelo como a dos varas; siempre a dos varas. Avanzara o retrocediera yo, caminara a los bosques o *golviere* al 'astillero', pues ella detrás, siempre a dos varas. Hasta ese nombre le puse: *Dos Varas*. La onita, pues era de la tribu de los Onas, no se cansaba de las *seguiduras*, y yo no sabía qué hacer *pa'* sacármela de encima...

-¿Era muy indiecita? , preguntó el de la izquierda.

-Catorce años, más o menos.

-¿Bonita? Interrumpió lacónico el de la derecha.

-Todo lo hermosa que *pue'serlo* esa clase de 'aborígenas'.

Cara ancha, cuerpo ancho, desgredada y con un mal olor que las dos varas no podían disimular. Todas las mujeres y hombres de la tripulación se reían de mí y me cargaban con cuchufletas que otro, con menos pulgas, no hubiese *aguantao*. Unos decían que la indiecita era mi 'ángel de la guarda'. Otros, que la 'sombra de mis pecados' y no faltó quien propusiera dar cuenta al Santo Oficio por mi prácticas brujeriles, pues 'de sobra se

veía mi entrega al diablo con tal de seducir a *Media Vara*'.

Calló *Puchero* y los tres esperamos que prosiguiera con el relato, pero este no reaparecía. Hasta que el de la izquierda le apuró diciendo:

-*Güeno*.Y... ¿qué sigue?

-Nada. Ya he *terminao*.

Yo me di cuenta que *Puchero* no había concluido el relato. Simplemente estaba tomándose la licencia que tiene el narrador para manipular el arte del suspenso. A los pocos minutos preguntó:

-Vosotros, ¿qué hubiéseis hecho en mi caso?

-Pues... lo *mesmo* que tú.

-¿Y qué hice yo?

-*Na*.

-Poco es -remachó- *Puchero*.

-Si... vamos a ver... -dijo el de la derecha- la chica se había *enamora*o de ti, y en...

-Acaba, hombre.

-Pues que con achicar las varas a dos pulgadas, o menos...

-Yo no podía hacer lo que piensas, maldito marrano. Bastaba con mirarle a los ojos para que en mí se apagaran las malas intenciones. ¿Nunca habéis visto un perro mirando los ojos del amo? ¿Cómo responder a esa mirada con una porquería? El perro, aún mirando al patrón con cariño, si no le llaman mantiene siempre con él la distancia de dos varas, no vaya a ser que el amo se encuentre de mal humor y al perro le caiga encima una patada... *Güeno*... En ese pasaje de mi vida, como dicen los *letraos*, no hubo amor, ni fidelidad, ni cosa que se le parezca. Solo fue una cuestión de intereses: mi navaja.

Ante el riesgo de una nueva licencia narrativa, fui yo quien le empujó a que le pusiera el debido punto final a tan dislocada historia. Y como *Puchero* no podía quedar a mal con su público, dijo de manera socarrona:

-El padre de *Dos Varas* le había *echao* el ojo a mi navaja y se dijo que la misma debía pasar a sus manos. Como los onas no son ladrones, le encargó a la hija que no se separara del arma, y que, *llegao* el caso, me la pidiera a cambio de... ciertos favores. Pero la niña no se atrevía, corrida tal vez por mi poca predisposición a los amoríos con las salvajes. Mas terminó el armado del buque y ya a punto de embarcarnos, *Dos Varas* tuvo que apurar la cosa, y utilizando señas y palabras me dio a entender las razones de sus seguimientos. Y le di la navaja.

-¡Qué bobada! -dijo no sé si el de la izquierda o el de la derecha- *Mia* que por una navaja... Yo se la habría *negao*.

-Y yo dado no una, sino diez, de haberlas tenido. En aquella desolación sin nadie que arrimara a mi alma un poco de cariño, *Dos Varas* fue igual que una buena sombra; algo que no se puede explicar con palabras. Estoy seguro que ella me quiso durante todo el tiempo que le tuve a mis espaldas. Me lo dijeron sus ojos, mojaos por las lágrimas, el día en que nos embarcamos. ¿Y quién sabe? Quizás le *güelva* a encontrar... ¿no?

.....oOo.....

El amanecer del 18 nos encontró a todos sobre cubierta. Pudimos ver entonces numerosos bajíos entre los cuales fluían poderosas corrientes: las del río de los Sauces, sin lugar a dudas. Junto al bergantín flotaban algunos palos quemados, señal indudable de presencias humanas en las márgenes del estuario, o tal vez más arriba. Villarino cobró nuevos ánimos y nos puso a trabajar de firme, hasta el punto de romper algunos aparejos. El esfuerzo resultó gratificante, pues el 21, al ponerse el sol, divisamos una punta que nos llevó por fin a divisar la entrada del río, y en la madrugada del 22 de febrero nos dispusimos a empujar hacia la boca, pero tocamos fondo con tres brazas de profundidad, y allí quedamos con el fin de no poner al “Carmen” en riesgos inútiles. Había que reconocer los bajíos y Villarino ordenó echar el bote, al cual subió juntamente con Goicoechea, Francisco Ros, un ayudante de artillería, y el autor de estas memorias, dispuesto a no perderse un solo detalle del histórico acontecimiento.

Seguimos sondeando: tres brazas, dos, una braza y media, diez palmos. Alrededor nuestro reventaban los bajos y en el fondo formábanse precipitadas torrenceras. Cuando entramos al río probamos el agua. ¡Dios! ¡Era dulce, dulce! La alegría se unió a nuestras ansias de ir más, más arriba, hacia los verdes ramajes que orillaban las aguas cual indicadores de magníficas promesas. ¡El río de los Sauces! Aquel era ancho, caudaloso, sobre su lecho de oscuras arenas deslizándose hacia la inmensidad atlántica. Miré a Villarino. Iba bebiéndose el paisaje, con el éxtasis de los descubridores de raza en el semblante. Me dijo con un susurro, por lo bajo:

-¡Todo es más hermoso de lo que yo suponía, Fermín! ¡Aquí tiene que venir el señor Viedma a fundar su población!

-A edificar su sueño -dije recordando aquella charla en el recogimiento de la cabina.

Mirando las distantes orillas me vinieron a la cabeza las imágenes pintadas por Inés en la catedral de sus visiones; los grandes puentes atravesando el río, las calles rumorosas y casas perdiéndose por encima de las nubes. Dios, ¡cuánto delirio! ¿Cómo construir puentes tan, tan largos? Y a punto de perderme en intrincadas especulaciones, me espabiló Villarino diciéndome de improviso:

-Necesito pisar tierra; quitarme de encima esta impresión de irrealidad que me produce el ir bogando por aguas que entreví en mis deseos.

Desembarcamos en un lugar donde troncos de sauces grandes y secos, llevados por la corriente, se habían prendido de la orilla. Con Villarino abriendo la marcha exploramos el lugar y vimos plantas de apio, de llantén; patos, perdices, liebres y numerosos lobos marinos de gran tamaño. También campos que el fuego había arrasado poco tiempo antes. Y tras el breve reconocimiento, regresamos al bote, pues teníamos que ponernos en contacto con el “Carmen” por medio de señales convenidas de antemano.

El bergantín estaba a media marea. Avisamos a los de a bordo que podían seguir, pero no pudieron romper la corriente y tuvieron que esperar. Al fin, como alzándole en vilo, la plena marea puso al bergantín dentro del río y libre para remontar las aguas. La sonda

indicó tres brazas; suficientes para rehuir preocupaciones y gozar la tripulación del regalo que Dios les hacía tras probarles en el sacrificio. Al vernos juntos prorrumpimos todos en incontenible algazara. Vimos el valle que, ubérrimo, colmaba con creces nuestras expectativas. Allí estaba, abriendo sus puertas a los hombres venidos de muy lejos a plantar la cruz y empuñar el arado. Y pensando, pensando, mi espíritu alzó vuelo y se puso a recordar a sor Verónica de la Cruz, cuando con verbo iluminado me señalaba la misión primera de España en la Conquista. ¡Ah, si la querida monja hubiese estado allí (divagaba), pintando con la exquisitez de su pluma la majestuosidad del río, la plenitud del valle y el azul intenso en la traslúcida esfera de la tarde! Fue *Puchero* quien golpeó en la entrada de mi recogimiento para decirme:

-Hay perros en los alrededores, Fermín; señal de que los indios andan cerca.

-Que anden. ¿No decíais que atacan solo cuando son atacados?

-Eso dije; pero les gusta quedarse con lo ajeno. Si te descuidas han de robarte hasta el pellejo. Ya Villarino ha ordenado anclar y dispuesto que Goicoechea vaya con el bote a ver qué hacen “nuestros amigos”.

Cuatro horas anduvo el piloto recogiendo información. Volvió seguido por un grupo de indios que, trotando por la orilla y a la par con el bote, gesticulaban y emitían voces extrañas, con inflexiones guturales*, imposibles de entender. Don Basilio Villarino, al ver la “comitiva” mandó a cargar las armas y nos puso a todos en vigilante espera. Al fin conocía a esos personajes tan metidos en las aventuras de mis sueños por obra y gracia de los relatos de don Evaristo Saavedra, las palabras encendidas de sor Verónica y el fervor misional del padre Rafael. Si la imaginación es el fantástico espejo de la realidad, ella había hecho de las suyas en mi espíritu, creando a su antojo seres vestidos con carnavalescos atavíos o desnudos como Adán y Eva en la grandiosidad del paraíso americano. Por no haber medida en mis distorsionados espejismos, transformé la verdad en leyenda poniendo al indio en la policromada fusión de mis erráticas imaginarias. Y allí estaba yo, a un paso del enfrentamiento entre la racionalidad de los hechos concretos y el caprichoso jugar de mis fabulaciones.

Los aborígenes apiñados en la orilla no eran más de ocho. Estáticos, miraban el “Carmen” esperando... ¿qué? Por momentos revoloteó en el aire la indecisión. Hasta que Villarino dijo al piloto resueltamente:

-¡Goicoechea! Traedlos a bordo. No los forcéis...

Fue Goicoechea con el bote; y los indios, sin esperar invitación alguna, subieron decididos cual si no hubiesen esperado otra cosa.

-Tienen hambre, comentó *Puchero*.

Cuando estuvieron en cubierta vimos solamente seis indios; los otros dos, cubiertos de andrajos, eran parte de los presos escapados del Establecimiento San José. De los

* Guturales: (adj.) Dicho de un sonido: Que se articula en la parte posterior del tracto vocal.

cinco fugitivos, solo ellos estaban con vida. Los demás fueron víctimas de la sed o de la lucha con los indios.

Obedeciendo tal vez a una consigna, de entre los sauces y matorrales de la orilla aparecieron otros aborígenes que hicieron un dieciochesco grupo entre hombres, mujeres y niños.

Yo miraba sin acertar a definir mis sensaciones. Tenía el alma estremecida por ideas encontradas, huidizas, sin consistencia; sujetas al cuadro puesto ante mis ojos con la fuerza de una visión brutalmente realista, llegada desde la prehistoria americana. ¡Dios Mío! ¡Aquellos seres nada se parecían a los orgullosos aztecas o a los guerreros incas! Vestidos con pieles, de rostros averiados por intemperies salvajes; las mujeres con ojos de mirada recóndita, impregnada de contenida excitación; y los niños de caras costrosas, serios, inocentes del rol que les tocaba representar en el tablado de las incongruencias y las aberraciones humanas, se constituían en el grito espectral de civilizaciones retenidas en la noche de los tiempos. Intenté salir del círculo angustioso preguntándole a *Puchero*:

-No todos los indios serán como estos. ¿O sí?

Debió advertir en mi voz o en mis facciones barrunto de lo que estaba sucediéndome, pues dijo con parquedad:

-Hombre... ¡qué va! Estos son los pobres. Los hay ricos y poderosos, tal cual ocurre en todas partes y desde que el mundo es mundo. Ocurre que el no comer les pone mansos. Cuando llenen la panza serán otros...

Mientras así hablábamos, uno de los presos evadidos se fue arrimando a nosotros y, cuando estuvo junto a *Puchero*, le preguntó:

-¿Te acuerdas de mí, marinero?

-Pues claro, *Palanca*. Verte y meter las manos en las faltriqueras* *pa'sujetar* lo que se guarda, fue todo uno.

Rió el andrajoso personaje, y volvió a preguntar:

-¿Cómo quedaron las cosas por el San José?

-Con mucha sed. ¿Y tú? Parece que no muy bien...

-De lo *pior*, *Puchero*, de lo *pior*. Maldita la hora en que se me ocurrió *juir*. Solo dos de los cinco estamos vivos, si vivir es andar sin ropa, hambriento y lleno de piojos.

-¿Y el trato con los indios?

-Si no es por ellos... Nos han dado más de lo que podían *dispués* de recogernos casi muertos de sed en las salinas. Las pasamos negras...

Oyéndole hablar se me ocurrió preguntarle:

-¿Conocísteis a un tal Jonás Cañizo? Era el encargado de cuidar el agua y los comestibles en el establecimiento.

-Le conocí. Mal hombre, muchacho, te lo aseguro.

-Escapó del San José.

* Faltriqueras: f. Bolsa de tela que se ata a la cintura y se lleva colgando bajo la vestimenta.

-...Y está a partir de piñón con un capitanejo de los tantos que roban caballos y mujeres. Rápido el hombre *pa'comodarse*. Yo no le he visto, pero en la tribu se comentan sus canalladas.

Se retiró el llamado *Palanca* con el propósito de pedir una ración extra de tocino, y yo quedé rumiando lo dicho sobre el viejo Cañizo. La cosa iba de mal en peor, pues sin duda el padre de Inés se encontraba en campo propicio para cultivar con éxito sus endiabladas felonías.

Un cañonazo nos sobresaltó. Don Basilio Villarino había ordenado a los artilleros disparar para que, susto mediante, los indios abandonaran el barco, cosa que hicieron para alivio de todos. Solo uno, a quien yo examinara desde el momento en que los mapuches (que así se llamaban los aborígenes) subieron al barco. Era indio joven, de aventajada estatura, recia complexión, rostro ancho, cuadrado, de pómulos salientes; ojos negros de mirar intenso, torvo en ocasiones y rasgos duros en la cara morena. Por única indumentaria, una fina piel de nonato cubriendo las partes pudendas de manera entrecruzada y sujeta en la cintura. Su aspecto, arrogante, altanero, diría. Y cosa extraña fue el único de los indios que no aceptó participar en el 'banquete' y el último en ocupar el bote. Como aún *Puchero* seguía junto a mí, no pude por menos que hacerle notar las cualidades y actitudes del joven indio; a lo cual me respondió:

-También yo me he *dao* cuenta. Raro el hombre, de verdad. Ven conmigo. *Palanca* a lo mejor le conoce...

Nos acercamos donde estaba el pillastre masticando con ganas y tragando forzosamente a fin de contestar la pregunta de *Puchero*:

-Te refieres a Huenu, claro. El es uno de los capitanejos del que te hablara, malo aunque su nombre signifique *Cielo*...

-*Pa'ellos*, el cielo no tiene el mismo significado que *pa'nosotros*. Huenu es el lugar donde van los guerreros valerosos; suben a las nubes y se convierten en truenos y relámpagos. En cuanto a ese bicho, cuidaos, pues nos tiene ojeriza y no sería raro que esté imaginando alguna trapisonda... Ve con rabia que los blancos hayan entrao al Curru Leuvu.

-¿Al *Curru* qué?

-Al *Curru Leuvu*, o río Negro en el idioma mapuche.

-Tú quieres marearnos, *Palanca*. Tengo entendido que estos indios se llaman tehuelches.

-Tehuelches y mapuches fueron enemigos en un tiempo, pero ahora tiran del mismo carro.

-Mucho has aprendido en pocos días.

-Viviendo entre ellos, ¿qué remedio queda? Aprendes a revientas.

.....oOo.....

Los indios, lejos de marcharse, quedaron en la orilla. A Villarino tal vecindad le tenía

inquieto, por cual hizo que se reforzaran las guardias. Aunque nada alarmante ocurrió, ya cerrada la noche, comenzó la machacona letanía* del *chaguá*, palabra que significa *tabaco*. Para hacerles callar, Villarino les entregó lo que pedían, y así pudimos conciliar el sueño.

Yo, tendido en mi litera, hice un recuento de lo sucedido en la jornada. Y cuanto más avanzaba en la suma, menos me salían las cuentas. No es fácil para un muchacho emerger de lo ideal y meterse en el cauce torrencioso de una experiencia que hace añicos lo anteriormente imaginado. Cuando los que hicieron mi formación me decían de los indios, de su conquista espiritual, en la alquimia de mis razonamientos tales discursos se entrecruzaban con mis propias asignaturas: tal eran los aborígenes hechos a genio y figura de mis oníricas hazañas.

Me despertó el sol del 24 y los gritos que venían de la orilla. Los mapuches, esta vez en mayor número que la víspera, pedían de comer. Villarino les mandó alimentos mientras apresuraba los preparativos para salir al mar. Hubo que arreglar velas y componer aparejos. Entre tanto, los indios aumentaban junto con sus reclamos de comida, tabaco o lo que fuere. Recelosos estábamos, pues existía el riesgo de acabar con la comida si, para mantener tranquilos a los indios, seguíamos con nuestra forzada generosidad. Villarino trataba de no despertar antagonismos. Con mucho tino el buen gallego quería que los indios quedaran con un amable recuerdo de los españoles, ya que en sus tierras se establecerían de la Piedra y don Francisco de Viedma.

Yo, apoyado en la borda, algo distendido de la puja entre los que pedían y los que daban, sentíame como Villarino en el bote: fuera del tiempo y de las cosas; alejado de lo cotidiano e inmerso en la irrealidad de un entorno que me seducía, pero ajeno a mi propia identidad.

-¡Todo esto es una basura!

Miré a quien así decía y vi a Juan Villamil, el cadete artillero que como yo se acodaba en la borda.

-Con dos o tres cañonazos ponía yo las cosas en su punto. ¿No te parece que nuestro capitán les da mucho alargue y pierde autoridad ante tanto pedigüeño?

Tuve tentaciones de mandarle a los mil demonios, pues el joven aprendiz de artillero no me caía simpático. Aunque mayor en edad (unos dos o tres años), desmerecía en presencia; era de baja estatura, encanijado*, de rostro cetrino*; sus ojos no concordaban entre sí, cosa inexplicable a la hora de apuntar los cañones. En todo el viaje apenas si nos habíamos cambiado media docena de palabras. Pero como la urbanidad obliga, guardé mis rechazos y dije comedido:

-Bueno sería que no miréis torcido lo que para mí está derecho y sin busques. El

* Letanía: (f) Oración cristiana que se hace invocando a Jesucristo, a la Virgen o a los santos como mediadores.

* Encanijado: (tr.) Poner flaco y enfermizo, más comúnmente a los niños.

* Cetrino: (adj.) Dicho de un color: Amarillo verdoso.

señor Basilio Villarino sabe lo que hace.

No aceptó complaciente mi repulsa, sobre todo por aquello de “no mirar torcido”, que tomó como indirecta alusión a su defecto. Mas disimuló su fastidio y dijo:

-Sostengo lo dicho. La basura se barre cuando estorba o se nos mete en las narices. ¿Qué sabes tú de estrategias? Con dos o tres pim, pam, pum, al diablo con los salvajes y sus miserias.

-¿Dónde estudiaste estrategia, so borrego? Porque tengo entendido que sin diplomacia la ciencia militar de nada sirve, ya que la fuerza de los brutos digna es de pesebres y morrales. Apunta tu pim, pam, pum, a otra parte, y déjate de majaderías*. Mentalidades como la tuya son las que han deshonorado la misión civilizadora de España en este Nuevo Mundo.

-Muy gallito te sientes.

-Y con buenos espolones, que te clavaré en el fundillo si no te alejas de mí.

Se marchó corrido y bufando, y tuve entonces ocasión de fijarme en cuanto sucedía. Llegaba de visita el Cacique Julián Gordo, comprometido en la tarea de aquietar la actitud levantisca de algunas tribus. Cuatro corderos llevó de regalo a Villarino, y este le retribuyó con tabaco, yerba mate y aguardiente. Sabía hablar español y ello hizo que los dos hombres se trenzaran en amigable charla y se mirasen con mutua simpatía. Detrás del cacique se erguía el joven indio que en la víspera permaneciera hosco y sin aceptar complacencias.

El cacique se retiró con los hombres de su escolta y, listo el bergantín, dio Villarino la orden de zarpada. Navegamos durante dos horas con el acompañamiento de unos cuarenta indios que correteaban por la orilla dando vivas muestras de amistad. A poco llegamos a la boca del río. No aburriré a mis lectores contándoles las peripecias que sufrimos antes de salir al océano, por temor a caer en el calco de las ocurridas cuando buscábamos entrar. Diré, sí, que demoramos cuatro días entre aprovisionarnos de leña y de agua, las detenciones por culpa de los vientos en contra, las estampidas de la barra y la obligación de componer los planos de la desembocadura. Todo bajo el peso de saber la necesidad que tenían de agua la gente de Puerto San José. Pero logramos al fin atravesar la barra y, con vientos favorables, nos dirigimos a toda vela hacia la Bahía Sin Fondo.

.....oOo.....

Más de un día tardamos en llegar hasta los barcos fondeados en el Puerto San José. Cuando la tropa y los colonos se enteraron de nuestra hazaña, los elogios fueron tantos que la vanidad casi rompe nuestros pellejos. Oyendo decir que el río de los Sauces era “grande como un mar; un panal de miel, tal su dulzura; y que las riberas llenas de frutos, y que el valle, y que los cerros...” la boca se les hizo agua y empezó la puja entre

* Majaderías: (f.) Dicho o hecho necio, imprudente o molesto.

quienes serían los primeros en hacer casa en el “paraíso” descubierto.

La señora Mónica e Inés no esperaron a la euforia provocada por tantas exageraciones y hube de llamarles a sosiego.

-No hagáis caso -les dije- de los que gustan abultar las cosas para hacer de la credulidad ajena motivo de burlas y divertimentos.

-Pero, hijo, mira que dicen...

-Lo que dicen es la verdad, pero sacándole los perendengues* de la exageración, que a nada conducen y todo lo enredan. El lugar es bello y a propósito para un asentamiento perdurable; capaz de otorgarnos grandes satisfacciones, pero a cambio exigirá de nosotros una entrega total y no pocos sacrificios.

-¿Y eso, qué? Lo *regalao* suele llevar a la molicie. Pero la tierra donde una ha *dejao* el sudor...

Inés nos oía con los ojos, con los labios, con toda la cara... ¡Vaya con los silencios de la niña! Había en ellos más parloteo que en un sermón de Navidad. Ansiaba yo el momento de quedarme a solas con ella y gozar de sus disparatadas elocuencias. El instante se presentó con la oportuna llegada de la mujer del herrero; pedía a la señora Mónica que le cuidara su niño de pecho mientras ella iba a lavar unos pañales.

Estábamos sentados en unas rocas lamidas por el ir y venir de pequeñas olas adornadas con encajes de espuma. Más allá, los barcos recortaban sus formas contra el azul brillante del mar y el celeste intenso de un cielo en la plenitud de la tarde.

-Cuéntame de los indios, Fermín -reclamó impaciente-. Anda, dime qué te parecieron con sus pieles y las cintas de cuero en las cabezas.

-¿Para qué decirte lo que ya te han contado...?

-Pero si nadie me habló nada...

-Cómo sabes entonces que los indios visten con pieles y...

-¿Ya empezamos? Lo sé porque lo sé. Y no me pidas explicaciones pues no sabría dártelas.

-Y tú déjate de andar sacando pájaros y conejos como ilusionista de feria.

-De veras que no lo sé, Fermín. Se me ocurrió, simplemente.

¡Madre de Dios! ¿Cómo no creerle? ¿Mienten los ángeles, acaso? Por un rato estuve hablándole de mis sentimientos y reflexiones, de las experiencias vividas en el río de los Sauces. Pinté a los mapuches con los colores más oscuros de la paleta universal. Le dije de sus hambres y miserias, de la mansedumbre en el accionar, del misterio oculto en la hondura de sus ojos. Inés me escuchaba con la boca entreabierta y una visible tirantez en sus músculos faciales; cosa que no entendí, pues no era mi relato tan emotivo que causara en ella semejantes alteraciones. Callé, pues ya nada se me ocurrió decirle. Por unos instantes permanecimos callados, pero advertí entonces lágrimas en sus ojos. Tras preguntarle a qué se debían me respondió con voz débil y trabajosa:

* Perendengues: (m. pl.) Adornos, atavíos //Requilorios, dificultades, trabas.

-Es difícil explicarlo. Mientras hablabas de los indios sentí de pronto estallar alrededor nuestro una nube roja, estrepitosamente salvaje, y un viento fuerte, muy fuerte que nos envolvía llevándonos al mar, un mar también rojo... de sangre. Y girando, girando en el torbellino, la cara de mi padre, las manos de mi padre... ¡Oh, Fermín! Dime que es todo pura imaginación...

¿Qué responderle? ¿Escondía un presagio la fina sensibilidad de Inés o era tan solo una más de sus frecuentes exaltaciones? Sea lo que fuere, nunca habíasele ocurrido mezclar el disparate con los recursillos del drama. ¿Por qué ahora...?

-Pienso, Fermín -continuó ya más tranquila, para bien de mis incertidumbres-, que juzgas a los indios desde nuestra civilización, sin caer en cuenta que también ellos tienen la suya. Mejor o peor, pero la tienen. No están, como dices, tras el horizonte de los siglos. Si viven así, a la buena de Dios, es quizás porque aún son pájaros... y hacen nido donde les parece. Cuidado, Fermín... A ver si queriéndoles “civilizar” les metemos en jaulas y dejan de ser libres.

Inés abría a cada instante su caja de sorpresas, llevándome de las narices de una idea a otra de manera desconcertante. De un plumazo había puesto mi alma en un tembladeral de horribles conjeturas.

.....oOo.....

Nada sabía la señora Mónica de las andanzas de su marido por tierras de infieles; ni estaba en mis intenciones revelárselas. Para evitar preguntas apresuré el regreso al primer campamento pretextando deberes a cumplir.

Ni bien llegué a la colonia las novedades me saltaron a la cara. Don Pedro García habíale comunicado a Villarino que don Juan de la Piedra, contrariando las órdenes recibidas, dejó a un lado la tarea de fundar San Julián y puso proa a Montevideo. Don Basilio Villarino, pues, quedaba bajo las directivas de don Francisco y el gallego se dispuso a ir sin demora, pues Viedma nada sabía de nuestros logros en el río de los Sauces. Por supuesto, entre los acompañantes de Villarino estaba yo, decidido a no perderme ni un poquito de cuanto dijera por el camino, pues entendía que el alejamiento de don Juan de la Piedra era una desertión. También gran beneficio, pues únicamente don Francisco sería el encargado de administrar y dirigir las fundaciones.

Mis propósitos de nada sirvieron, pues a don Basilio Villarino no se le ocurrió otra cosa que ponerme como animal de tiro junto a otros cuatro hombres, entre los que se encontraba *Puchero*. Sin caballos, de alguna manera el carromato hecho por los carpinteros debía llevarse al segundo establecimiento cargado con pipas de agua y haces de leña. Imaginadme resoplando por el esfuerzo igual que un cuadrúpedo, mientras *Puchero* no perdía la oportunidad de zaherirme* con sus chanzas mientras tiraba igual que yo de la vara:

-¡Jala! ¡Jala! ¡Fermín! ¡A *dimostrar* que no eres de miga!

* Zaherirme: (tr.) Decir o hacer algo a alguien con lo que se sienta humillado o mortificado.

-Esto trato, *Puchero*; pero hacer de bestia...

-No te sientas a menos, hombre. ¡Y tira, tira *pa'lante*! Cuando te hayas *acostumbrao*, ya verás: los relinchos te saldrán como nada.

-Bueno es saberlo. Y a no hablar tanto... que el hablar os quita aliento y pesa más la vara.

Lanzó *Puchero* una carcajada abierta y sonora. Villarino y García, que adelante marchaban, se dieron vuelta admirados por el insólito regocijo.

-Buena es la risa si aliviana la carga, marinero -gritó Villarino-. Tirad, tirad que ya falta poco.

-...y a callar toca -dijo mi amigo por lo bajo-. Solo por esto merece tío Cañizo que lo aspen*. ¡Maldito sea! Mira que dejarnos sin caballos...

-De qué os quejáis, ¡demonios! ¡Poned más redaños* en lo que hacéis... o no hacéis, que aquí cada vez pesa más el armatoste y nuestras fuerzas van *pa'menos*!

-Razón no te falta, *Besugo* -respondió *Puchero*- ¡Vamos! ¡A jalar todos!

Terminó el litigio y a poco vimos la empalizada.

Figuraos, si podéis, la conmoción que produjo nuestra llegada entre los hombres medio muertos de sed y vagando cual penitentes en el encierro de la 'fortaleza'. Yo me niego a poner en el papel lo que a fin de cuentas resultaría pobre y deslucido. Basta decir que la llegada del agua y las noticias pusieron a todos en 'pie de guerra', bullentes de impaciencia. Además, el conocimiento de que don Francisco de Viedma pasaba a ser el único superintendente obró a la manera de una honda pronta a dispararse. Desde el primero al último pidieron al caballero andaluz que los llevara sin pérdida de tiempo al ansiado lugar. Y Viedma comenzó a dar órdenes, sin caer en vacilaciones inútiles ni en débiles complacencias.

Fueron nombrados: Villarino, comisionado de las expediciones; don Pedro García a cargo de la comandancia y Pedro de Olmos, capitán del paquebote que antes fuera de Villarino. Quiso don Francisco poner orden en Puerto San José y al efecto dejó a su hermano Antonio al cuidado del mismo. Y en son de romería, los tres barcos pusieron proa hacia la boca del caudaloso río de los Sauces, o Negro; que aún no estaba claro el nombre con que debía llamársele.

* Aspen: (tr.) coloq. Mortificar o dar que sentir a alguien.

* Redaños:pl. Fuerzas, bríos, valor.

CAPÍTULO 12

Para no caer en inútiles reiteraciones nada diré sobre el viaje al nuevo destino. Mas es bueno que sigamos tras los primeros pasos de don Francisco de Viedma en sus reconocimientos de la región y del trato con los indios, pues ellos nos irán adelantando las formas de sentir y de actuar que tuvo el andaluz en su gesta colonizadora.

El 22 de abril eligió don Francisco el sitio donde se levantaría el fuerte. Dicho lugar estaba a unas seis o siete leguas de la desembocadura, en la parte Sur del río. Mirando hacia el Norte, veíase la orilla opuesta trepar entre matorrales y ramajes incrustados entre rocas, hacia la planicie del cerro, verdeante bajo la comba azul salpicada de nubecitas, frágiles en la inmensidad resplandeciente del mediodía.

Teníamos hambre. Desde temprano anduvimos arriba y abajo con el “Nuestra Señora del Carmen”, hasta que don Francisco de Viedma decidió fondear, inmediatamente después de decirle a Villarino:

-¡Aquí! ¡Este es el paraje ideal! Mirad, Basilio, la parte Sur del río ofrece mucho. Los colonos han de ponerse contentos con esas tierras fáciles de regar...

-Me parece bien, señor. Además, el fondo del río asegura buena navegación.

-Pues manos a la obra. La gente al trabajo, enseguida. Lo primero, hacer el foso, ir a recoger madera y aprontar las herramientas... “Nuestra Señora del Carmen” será pronto una hermosa realidad.

-¿Habéis dicho “Nuestra Señora del Carmen”? preguntó Giocoechea que junto a ellos estaba.

-Eso dije -respondió el andaluz-. El nombre que lleva este barco. La Virgen será nuestra patrona y bajo su amparo entregaremos a España el más importante asentamiento de la Patagonia.

-Ta, ta, ta...

Quien emitía los sonidos con la boca arrugada y meneando la cabeza era *Puchero* que junto a la señora Mónica, Inés y el que esto escribe no perdía palabra de las muchas que decían los tres hombres. Le pregunté por lo bajo:

-¿Por qué rezongas? ¿Es que no os gusta el nombre elegido?

-No rezongo, pienso. Nada tengo en contra de la Virgen, de quien soy devoto. Lo que no me gusta es el lugar para el fuerte. Nuestro señor de Viedma se equivoca en grande. Es allí, allí, en la altura, donde debe ser hecho. Las defensas, arriba; no abajo. Mi abuelo solía decirme, en mi Santander, que fueron las alturas de los Pirineos, de las Asturias y del Cantábrico las que detuvieron a los moros.

-Es verdad. En las montañas se hicieron fuertes los cristianos y de ellas bajaron para cumplir la gran epopeya.

-Pues... ¿entonces? Pongamos los cañones arriba y que venga el inglés. Ya le veo

correr con el rabo entre las piernas cuando quiera atacarnos por el río. En cambio... piensa un poco, Fermín. Si el fuerte lo tenemos abajo, y él gana el cerro...

-Estratega estáis, *Puchero*.

-¿Qué es eso?

-Hombre... se llama estrategia a quien estudia el arte de la guerra.

-Pues *pa'decir* lo que yo he dicho no se necesita mucha psiquis. Con una migaja de sentido común...

Y decía bien. Los grandes mariscales de Napoleón, según aprendí después, no se hicieron en academias sino en la lucha, e intuitivos fueron los grandes caudillos de la Historia. ¿Le faltaba a don Francisco de Viedma esa percepción de la que hacía gala el viejo marinero? ¿Dónde quedaron los planeamientos que tan fácilmente esgrimiera la noche de la cena? Reconozcámoslo: cada uno a lo suyo, y don Francisco no estaba en la Patagonia con el fin de armar un ejército sino a hacer en la tierra millares y millares de surcos. La señora Mónica resumió lo dicho con pocas palabras. Dijo cuando la oportunidad le dio baza:

-Olvidáis, señor *Puchero*, que con las rejas del arado se hacen machetes, y con las hoces... pues ya sabéis. Si el inglés viene, dejaremos de arar y recoger *pa'...*bueno, *pa'lo* que sea!

No obstante lo cual, remató *Puchero*:

-Pero... ¡el fuerte arriba, señora, arriba!

La civilización había llegado a las márgenes del río Negro (así lo llamaremos de ahora en adelante). Una actividad febril se puso en marcha y fue entonces que don Francisco de Viedma utilizó alguna de sus mejores virtudes: las del buen organizador que antes de ejecutar planea y nada deja al azar. Daba gusto ver a los hombres cavando el foso, cortando árboles para armar los ranchos y una balsa. De lo último algo tuve que ver en su construcción y *Puchero*, mucho, por ser el artífice principal. Mientras trabajábamos en ella, él, que no podía con su genio, se despachaba a gusto:

-Parece que estoy *condenao* a ser hacedor de flotadoras. Siempre tuve algo que ver con estos maderos. Cuando el naufragio del “Purísima Concepción” en la Tierra del Fuego, a *juerza* de balsas *juimos* llevando a la playa los restos del navío *pa'rehacerlo*. ¿Quién hizo las balsas? *Puchero*. ¿Y dónde aprendió a hacerlas? Ayudando en las Filipinas, cuando a un tifón se le dio por jugar con nosotros.

Y así, con las charlas de *Puchero* fui aprendiendo a leer la vida tal cual es y no como los libros nos la muestra. También me insistía una y otra vez:

-Procura tener el arma siempre a mano. Así lo quiere don Francisco y con razón. Uno nunca sabe cuándo los indios le meten al aguardiente y se envalentonan contra nosotros.

-Mal hacemos en dárselo, si ello ha de ser motivo de zozobras.

-Piensas bien, pero esto viene de lejos y es tarde *pa' buscarle* remedio. Si se lo das, bronca. Si no se lo das, peleas. Viedma ha encontrado un sí y un no: les da, pero medido. Un dedo por barba. Ahí viene la cosa: como no todos los indios se conforman con un

dedo de aguardiente, hacen la rebatiña entre ellos y se arma la de San Quintín. Y ahí entran las pobres mujeres a esconderles las armas *pa' que* no se maten los unos a los otros. Con lo cual nos hacen el favor, pues borrachos y con lanzas, fácil les resulta atravesar a cristianos.

Lo cierto es que así estábamos: con un ojo puesto en la tarea y con el otro vigilando la posible llegada del indio. Los recelos eran muy grandes entre las gentes y era por eso que no bien comenzaba el crepúsculo, íbamos a comer y dormir en los barcos. Confiaba don Francisco de Viedma en que una vez levantadas las defensas podría llegarse a un buen entendimiento con las tribus, comerciando con ellas y poniendo a los dos franciscanos en la tarea de la evangelización. Las intenciones eran buenas...

.....oOo.....

-Estaba yo destinado a la provincia de Tarija cuando recibí la orden de agregarme a esta expedición...

Así me hablaba fray Gerónimo, franciscano que juntamente con fray Pedro de Santiago tenía por misión atender las necesidades religiosas de la nueva colonia. Era joven y no muy predispuesto a ejercer el apostolado entre los indios. Metido en la aventura patagónica por imposición de sus superiores, se le había hecho cuesta arriba desprenderse de la mullida existencia conventual para cargar con las angustias y tensiones por las que estábamos pasando. Oficiaba la misa en un altar precario; y yo solía ayudarlo. Mientras poníamos a buen recaudo los objetos del culto, fray Gerónimo decidió descargarse en mí los negros tintes de su amargura.

-... Pero donde manda capitán... -decíame-. Y es el caso que no sé de qué manera pondré a esos indios en el redil de Nuestro Señor. Son iguales que animales y dudo que les entre en la mollera los beneficios del Evangelio.

-¿No os parece, padre, que es en ese mismo Evangelio donde hallaréis la respuesta?

-Sí, por supuesto. Mas del dicho al hecho... Vayamos a lo primero: ¿Cómo hacerme entender si no conozco su idioma ni ellos el mío?

-Hay un idioma universal, que es el amor. Y no se habla, se practica.

-Tienes respuesta para todo, muchacho. Pero quisiera verte con este hábito encima y por arma el crucifijo enfrentando a esos salvajes desarrapados y llenos de piojos, con más ganas de ensartarnos con las lanzas que de oír la palabra de Dios.

-Fray Gerónimo... nadie os obliga a emprender una tarea que se da de patadas con vuestros sentimientos. Con regresar a España...

-Fácil es decirlo, pero... crees que así nomás puede uno plantársele al superior de la orden y expresarle: "Vaya su Ilustrísima a la Patagonia que yo me quedo acurrucadito en el convento... Hombre...;tú no sabes!

Oyéndole recordé las explicaciones de don Rafael sobre la vocación sacerdotal cuando íbamos sobre la mula y el ejemplo de "la brasa en el puño". Con qué gusto las hubiese plantado en los morros al dichoso franciscano. Lejos estaba yo en esos instantes

de advertir mi fatuidad y de comprender que hay cosas donde solo Dios decide. Fray Gerónimo llegó a convertirse, sin estridencias, en uno de los misioneros más eficaces de la Patagonia. No seguí desbarrancando ante el humilde sinceramiento del padre, gracias a que una especie de caravana venía por la orilla hacia nosotros, cuyas intenciones no sabíamos.

Cerca de quinientos aborígenes estaban reuniéndose frente al “Nuestra Señora del Carmen”. Mandó don Francisco de Viedma a preparar las armas y Villarino hizo que los trabajadores abandonaran las tareas y corrieran a refugiarse en el navío. Por vez primera veíamos tantos indios. Pero observando. Caímos en la cuenta que no portaban las terribles lanzas y ello puso algo de tranquilidad en nuestros ánimos. Todo quedó al fin reducido a vehementes reclamos de comida, tabaco y aguardiente. Se les repartió galletas y algo de yerba, pero exigían más... Quién sabe en que habría terminado la demostración de fuerzas (pues aquello no era otra cosa), si de entre los grupos de la orilla no hubiese aparecido el Cacique Julián con su séquito. Nos hizo señas para que le mandáramos el bote y don Francisco de Viedma le complació. A poco estuvo en cubierta, el jefe indio, con sonrisa halagadora y movimientos calmos, no exentos de dignidad. Detrás de él, mirando a uno y otro lado de manera aviesa e inquisitiva, estaba Huenu, el indio que tan bien nos describiera *Palanca* en el anterior viaje de Villarino.

El Cacique Julián, utilizando un castellano poco entendible, pero ayudado por su lenguaraz, le expresó a don Francisco de Viedma sus complacencias por verle allí “en las tierras de mis mayores”, para bien de las tribus y tranquilidad de los cristianos. Le respondió don Francisco en parecidos términos, pero recalando que “las tierras serían trabajadas para que dieran buenos frutos y ayudaran a un común mejoramiento de las gentes”. Ignoro si el cacique entendió las inciertas expresiones del español, pero la sonrisa aún seguía en la cara del indio cuando con ampuloso gesto invitó al superintendente a que visitara la tribu. Acordaron el encuentro para la tarde de ese mismo día, y los indios abandonaron el barco.

-Perdonadme, señor, pero me siento en la obligación de señalaros que habéis cometido una imprudencia -le dijo Goicoechea a Viedma-. Esos indios no son de fiar ni es todavía momento de que vayáis a la toltería.

-Peor es que demostremos miedo. Deben saber desde un principio que somos superiores. Me acompañarán muy pocos: Villarino, el padre Gerónimo...

Viendo que yo le miraba intensamente, agregó:

-... Fermín y el marinero Perea. La elección de los hombres que han de acompañarme obedece a una consigna: nada de armas ni personas con empaques guerreros. Hay que hacerles entender que no hemos venido en plan de conquista sino como labradores.

-Pero... ¿no os contradecís, señor?

-Esperad, Goicoechea: seremos labradores, sí, pero respaldados por los cañones y arcabuces de España. La fuerza quedará aquí, a vuestro mando, y sin que ellos lo sepan... para lo cual, cuando estemos en camino y como quien no quiere la cosa, hacen

disparar una pieza de ocho en señal de despedida. Desde ya, bueno es que el bergantín sea fondeado de modo que los cañones apunten al tolderío...

El Cacique Julián estaba desembarcando en la orilla y, con el brazo en alto, ordenábales a los indios que se alejaran de allí. Obedientes se fueron tras él y pronto la ribera quedó a la medida de nuestros deseos: Libre de las incómodas presencias y sus cansadores reclamos.

.....oOo.....

El cañonazo se oyó cuando seguíamos una senda bordeada de altos espinos y enredados follajes. Delante iban Viedma y Villarino, detrás fray Gerónimo y yo; *Puchero* cerraba la marcha con un rezongo a cada paso. Maldecía que le hubiesen elegido para lo que él consideraba una encerrona.

-Tú que nada sabes de estas cosas -me decía- te enorgulleces de haber sido *nombrao* acompañante. Ya verás: pronto estaremos cautivos y transformados en objetos de trueque. Tanto vales, tanto pido. Y don Francisco de Viedma, sin contar a Villarino, tiene para esos salvajes...

-Dejáos de plañir como vieja en entierro. ¿No me pintábais los indios con los colores del arco iris? Pues no haremos otra cosa que ir pacíficamente y con el propósito de evangelización, que para eso estará fray Gerónimo.

-¿Cómo se llama el tío del libro que siempre lees? *Don...*

-*Don Quijote de la Mancha*.

-Pues mírate en él, so pánfilo. Por lo que me han *contao* es de los que confunden la paja con el trigo y hacen del morral bolso de terciopelo. Una cosa es no hacer mal a los indios y otra convertirse en tentación para sus tropelías. Y a ello iremos si Dios no lo remedia.

Por más que hice no logré que *Puchero* cambiara de parecer, y allí iba, desparramando mal humor contra los espinos o los hoyos que le entorpecían el paso.

Por temor a una emboscada procurábamos guardar distancias los unos de los otros. Ello nos permitía departir sin que los demás oyeran. Y fray Gerónimo aprovechaba la circunstancia para endilgarme sus resquemores, aunque disfrazándolos de consejos.

-No te angusties, Fermín, si allí donde vamos te encuentras con la maldad haciéndote guiños, o el pecado te hace una zancadilla. Según dicen, las indias andan sin el menor recato y vestidas de desnudo...

-No ha de ser tanto, padre. Yo las he visto cubiertas por una piel, y si algo muestran, lo hacen sin mala intención.

-Además, que dan a comer lagartos y otros bichos asquerosos. Si tal ocurriese, trata de rechazarlos sin desprecio y buenamente.

-Si vamos a hacer caso de habladurías, tened por seguro que en las tribus

encontraremos al diablo con las siete colas sujetándonos por los zancajos*, y vuestros sermones serán cenizas en el viento; que, como véis, en esta Patagonia sopla con ganas y sin dar respiro.

-Yo soñaba con ser aire que aventara los vicios y las maldades del mundo y... ya ves. Mas no te desmoralices, Fermín, que de nada sirve manejar la zaranda si en ella hay solamente paja. Y cuida de no caer en imitaciones salvajes que ofendan los mandatos del Señor...

No sé hasta cuándo me hubiese tenido el frailecito dando trancos a impulso de sus temores y advertencias, de no haber salido a nuestro encuentro un grupo de indios dando muestras de alegría que, fingida o no, quitaron de nosotros un cúmulo de aprensiones.

Marchamos tras los indígenas y pronto dimos con los toldos, armados en un espacio abierto y en el mayor desorden. Todos estaban orientados hacia el Este con el propósito, pensé, de dar la espalda a los fuertes vientos del Oeste. El cacique nos recibió de pie y rodeado por los segundones de siempre, aunque en la oportunidad no vi a Huenu. En voz muy baja le dije a *Puchero* de tal ausencia. Y él, en igual tono, me respondió:

-Espero que no ande por ahí preparándonos una trastada.

La vivienda del jefe se distinguía de las demás por ser grande y “lujosa”: pieles de guanaco cuidadosamente trabajadas, tirantes de madera bien descortezados y, en el piso, cueros de caballo puestos unos sobre otros para hacerlos mullidos y aparentar riqueza. Sobre ellos se acomodó el cacique y, con amable gesto, invitó a don Francisco a que le imitara, cosa que este hizo con estudiada parsimonia y natural elegancia. Sentados ambos y puestos a conversar más con mímicas que con palabras, los españoles nos acucillamos con el instintivo propósito de pararnos rápidamente si las circunstancias así lo requerían. En el centro del espacio libre de todos, varios costillares de cordero se doraban al calor de las brasas junto con largas tiras de carne de no sé qué animal. Aproveché la ocasión de tener a mi lado al lenguaraz para averiguarlo. Respondió a mi pregunta:

-Es de caballo. Por aquí no hay vacas todavía.

Era el traductor un mestizo de hermosa estampa y un buen decir, señal de que había vivido en lugares más civilizados. No pudiendo con mi contumaz* propensión a querer saberlo todo, le inquerí:

-¿Por qué estáis aquí? Entiendo que no es este el lugar que os corresponde...

-Estás en lo cierto. Pero maté en riña a un español que quiso robarme y tuve que escapar al infierno.

Se acercaba el atardecer. La tribu en pleno aprovechó bien las delicias de un asado que, aún sabiendo a poco, puso en el ambiente una distensión tranquilizadora. Mucho hicieron las baratijas que habíamos llevado y que las indias ostentaban pavoneándose de

* Zancajo: m. Hueso del pie que forma el talón.

* Contumaz: (adj.) Rebelde, porfiado y tenaz en mantener un error.

un lugar a otro. El cacique no hacía otra cosa que mirarse en un respetable espejo de mano que don Francisco le obsequiara delicadamente. Tras la carne nos dieron unas gachas* servidas en unos cuencos de barro y una fruta para mí desconocida. Le pregunté al lenguaraz con qué estaban hechas las aguachentas pastas y me contestó: “Es una especie de batata pequeña y molida, a las que les han agregado una semilla parecida a la mostaza. En cuanto a la fruta la llaman chañar. Puedes comerlas confiado pues tienen buen gusto y son alimenticias”. Probé ambas cosas y mi paladar quedó agradecido.

A mi otro lado y sentado sobre los talones, fray Gerónimo miraba aturdido cuanto ocurría frente a nosotros, y se hacía la señal de la cruz a cada instante. Delante de sus narices pasaban las mujeres con solo un manto de guanaco que les caía desde los hombros por la espalda, quedando al descubierto lo demás; piernas, brazos y muslos estaban desnudos, y solo a partir de la cintura una mantilla de tela burda les cubría las partes más íntimas. Los chiquillos y las niñas andaban tal cual sus madres les trajeron al mundo, con solo un taparrabos del todo ineficaz en la turbulencia de sus juegos; corrían estos seguidos por unos perros olisqueadores, flacos y sarnosos. Pensé que el padre Gerónimo estaría pasando las de Caín. Aguzando el oído le escuché decir compungido y escandalizado:

-¡Cuánto hay que hacer, Dios mío! ¡Cuánto!

Estábamos seguro de que iba a terminar en paz, cuando un revuelo se produjo alrededor de uno de los toldos. Del tumulto salió una joven india con terror en el rostro y a la carrera. Detrás le seguía un indio con un gran cuchillo en la mano. *Puchero*, de un salto, se puso junto a mí y agarrándome de uno de los brazos farfulló:

-¡Es Huenu!

Me pareció que lo que estaba ocurriendo no era real; tenía las características propias de un dramón populachero y mal representado. Huenu, a pocos pasos de donde estábamos, tomó a la india de los cabellos, la apretó de espalda contra sí... y de un solo tajo la degolló. Guiado por un impulso ciego me tiré adelante, mas *Puchero* que aún me tenía sujeto me retuvo violentamente:

-¡Quieto, Fermín! ¡Quieto!

La sangre salía a borbotones de la mujer e iba formando un charco en la tierra. Dos perros se arrimaron presurosos a lamer el líquido espeso, negruzco bajo la luz muriente de la tarde. Oí la voz alterada de don Francisco de Viedma:

-¡Por Dios, hombre! ¿Por qué no evitásteis semejante crimen?

-Ella ser esclava. El tiene derecho, respondió el cacique flemáticamente.

Huenu nos miraba rígido en toda su estatura, con los ojos fulgurantes, esperando; esperando nuestras reacciones, mientras de uno y otro lado aparecían jóvenes con lanzas en las manos. Las mujeres con sus niños se refugiaban bajo los cueros. El lenguaraz me

* Gacha: (f pl.) Comida compuesta de harina cocida con agua y sal, que se puede aderezar con leche, miel u otro aliño.

dijo entre dientes:

-Cuidado... disimulad o aquí habrá una degollina.

De pronto, fray Gerónimo me sorprendió. Ajeno por completo a nuestras vigilantes actitudes se desprendió del grupo; con paso de alucinado se acercó a la mujer y, sentándose junto a ella, puso la ensangrentada cabeza en sus rodillas, al tiempo que musitaba una oración. Luego alzó una de las manos de la muerta y llevándola a sus labios, puso en ella un beso y dos lágrimas. Jamás había presenciado yo 'bautismo' igual.

Don Francisco de Viedma, al observar que los indios armados se acercaban con paso lento pero sin pausa, enfrentó al cacique sin alterar su postura conciliadora:

-Si cuando el sol se esconda no estamos todos en el barco, tronarán los cañones y vuestra tribu será destruida.

Sin decir más, con gesto perentorio nos indicó que le siguiéramos. Le obedecimos, pero antes me acerqué al frailecito e hice que se pusiera de pie y marchara con nosotros. Huenu, con el cuchillo en la mano y la mujer a sus plantas, parecía la estatua de un dios salvaje, con el odio en la mirada y una rabiosa decepción en la crispadura de sus labios.

Tratando de no mirar atrás nos dirigimos sin premura hacia la senda por donde habíamos venido, y aunque la procesión andaba por dentro, logramos que nuestra retirada no se pareciese a un vergonzoso abandono de campo. *Puchero* iba pateando el camino y diciendo furioso:

-¡Todo fue una provocación de ese maldito hijo de... Satanás!

-No saben lo que hacen -le respondió fray Gerónimo-. Hay que enseñarles la verdad, la verdad revelada.

-¡Monsergas*! El ser bueno o malo está aquí -voceaba *Puchero*, dándose golpes en el pecho-. En la conciencia de *ca'uno*. ¿O cree, padrecito, que todos los indios tienen el alma negra de Huenu?

Si en esos momentos me hubiesen preguntado qué música tocaban mis sentimientos, habría respondido que a rebato. Todas las convicciones juntábanse en el resumidero del horrible crimen. ¿Por primera vez me era dado palpar el reverso del ideal? La pregunta no tenía respuesta. Pero sí... ¡Sí la tenía! ¡Dios! Estaba allí, en el gesto de fray Gerónimo que en mi cerebro marcábase a fuego para que nunca más se borrara. Fue en el acto de amor del franciscano, en su caridad demostrada en su humilde heroísmo, donde el conflicto se disolvió como cera votiva*. Vi en un relámpago, no la decepción pintada en el rostro del dios salvaje, sino la locura de su impotencia. Quise de alguna manera expresarle a fray Gerónimo aunque más no fuera un atisbo de mi revelación, pero a las primeras palabras me contuvo, diciéndome:

-Vaya, Fermín. ¿Ahora viene con eso? Yo no hice nada que valiera la pena y no quiero que veas en mí virtudes que no poseo.

* Monsergas: f. Cosa o asunto fastidioso.

* Votiva: adj. Ofrecido por voto o relativo a él. Misa votiva.

-No está bien negar lo que vio todo el mundo...

-¡Si estaba muerto de miedo, Fermín! Alguien me empujó de mala manera y, sujetándome por el cuello, me puso bajo el horrible cuchillo. “Anda, so * calzones -me dijo-. Ve a cumplir con tu ministerio”.

La voz de don Francisco de Viedma llegó a nosotros enérgica y acuciante:

-Apurad, que la noche se nos viene encima y no quiero sorpresas.

* So: (adv.) Adverbio usado para potenciar el significado del adjetivo o del sustantivo al que antecede, generalmente con sentido despectivo

CAPÍTULO 13

La colonia era una isla en ebullición rodeada por el flujo y reflujo de las presiones indígenas, desprotegida, separada por miles y miles de leguas de la capital del virreinato. Solo algunos blancos malvivientes andaban cerca, ocultos en la marginalidad de las tolderías y ayudando al vandalismo de los cabecillas puestos a robar caballos y mujeres. No obstante allí estábamos, medianamente defendidos por las armas y mucho por el juego diplomático de don Francisco de Viedma, aunque teniendo que acudir casi todos los días en auxilio de nuestra gente, que llegaba a los barcos aterrorizada y perseguida. El degollamiento de la india había acrecentado aún más el miedo de los colonos a las salvajes incursiones del infiel. De allí que don Francisco de Viedma no hiciera otra cosa que pedir el envío de armas, alimentos y pobladores a las autoridades. La construcción del fuerte requería hombres y técnicos capaces de hacer algo que valiera la pena, pues no solo debía prevenir el ataque de los corsarios ingleses sino también desalentar las amenazas de algunas tribus prontas al pillaje. Pero dichas tareas reñían con mis deseos de correr de un lado a otro, colaborar aquí y allá, agregarme a las excursiones de Villarino y poner el hombro a los trabajos de la cabaña que la señora Mónica estaba construyendo con ayuda de Inés y los gemelos.

-Hay que adelantarse a la rebatiña de los que vendrán -decía la buena mujer mientras le daba al pico, a la pala y al martillo con la habilidad y el empuje propios de un hombre-. *Pa'empezar*, bastará con esta cabaña hecha a la buena de Dios. Después, a limpiar la tierra, disponer la siembra, abrir los surcos y... ¡Recoger la cosecha! ¡Fermín, la cosecha!, y agregó: Tú anda a buscar la madera que los gemelos tendrán ya cortada una buena cantidad. Vete en la balsa.

-Allá voy.

-Ten cuidado, Fermín -me dijo Inés, que no sabes nadar y si esos maderos se dan vuelta...

-Siempre habrá donde agarrarse, niña. Además, la balsa es segura y a prueba de hundimientos. Adiós...

Partí y remando con ganas pronto llegué a la pequeña isla donde los gemelos habían hecho acopio de rollos bien elegidos.

.....oOo.....

Cargada la balsa, emprendí el regreso. Las luces del sol se estremecían a pleno entre los sauces y en las suaves ondulaciones del agua. La balsa deslizábase tranquila, obediente a la vara que hundiéndose en el fondo del río, soslayaba obstáculos y eludía meandros, no muy cerca de la orilla plagada de raíces acuáticas y lejos del caudaloso centro con sus remolinos y torrenceras.

Iba cantando en voz baja una vieja melodía enseñada por sor Verónica, sintiendo en

todo mi cuerpo la belleza del paisaje que se me entregaba puro y sin retaceos, pese a que mi alma vivía los resquemores puestos en ella por el anuncio de que nuevas tribus habían acampado muy cerca nuestro. De pronto la vara se puso rígida, atrapada en el fondo, combándose por mi afán de rescatarla. El tironeo duró segundos. Se rompió la vara y yo sin poder afirmarme caí a las aguas dando manotazos en el intento de asir el borde de la balsa. Pero esta se iba... y sentí la cabeza sumergida y en mis oídos zumbando voces irreconocibles... Las manos batían el aire y las piernas pateaban buscando apoyo. Asaltaron mi mente las figuras de sor Verónica, de Inés, de la señora Mónica y hasta *Puchero* tuvo su lugarcito en esa evocación de punto final. Después, nada...

Recobré el conocimiento echado boca abajo y despidiendo toda el agua del río. Alguien ayudaba al desagote presionando con fuerza mis espaldas. Una voz decía:

-Anda, un poco más y pronto estarás bien.

La curiosidad fue más fuerte que mis padecimientos. Socorrido por el ignoto personaje me incorporé a medias... Giré la cabeza a un lado y otro... solo cuando la voz indefinida sonó detrás, me di vuelta, puesto de rodillas, y vi...

¡Dios mío! ¿Qué tenía delante? ¡Una chica! Pero no una chica cualquiera... Desnuda, con solo un breve paño que, tapándole las nalgas, le pasaba entre las piernas hasta quedar sujeto en la cintura. No supe qué hacer. Me sentí igual a un niño perdido en un jardín de maravillas. Escuché que me preguntaba:

-¿Cómo te llamas?

-Fermín.

-Hermoso nombre. Yo, Huilen.

-¿Huilen?

-Sí. En mapuche significa *Primavera*.

Yo hacía esfuerzos por salir del atolondramiento. Pero no me resultaba fácil. Desde mi humillante posición, puesto de rodillas, con las manos entre las piernas, la veía de pie junto a mí, desparramando belleza en el soleado vibrar de la tarde. Su cuerpo joven, apenas salido de la adolescencia, insinuábase en líneas clásicas talladas en un finísimo marfil de tono oscuro, con un toque carmesí en los labios y una ligera pátina rosada en las mejillas.

-Si no te sacas la ropa mojada, enfermarás.

Sus pupilas eran verdes, luminosas y transparentes cual el agua del mar cuando recoge los brillos del cielo; sus ojos rasgados los tenía ensombrecidos por pestañas negrísimas...

-Anda, no te quedes así. ¿O es que el río te sorbió el seso?

Atenta a que yo, encandilado, no respondía a sus palabras, se alejó y fue a tenderse encima de la hierba. Con movimientos pausados me saqué la camisa empapada y la puse al sol. Luego me tendí a lo largo junto a la muchacha.

-Huilen... ¿de dónde vienes?

Dio vuelta la cabeza y me miró. Luego me dijo, con los ojos cerrados:

-De una tribu mapuche, cerca de aquí.

-Pero tu modo de hablar...

-Mi padre es indio y mi madre una cautiva española, de gente principal. Ella me enseñó el castellano desde muy pequeña. También me enseñó a leer y a escribir.

Quedamos callados. Luego ella reinició la conversación para preguntarme con los párpados bien abiertos:

-¿Por qué andabas por el río no sabiendo nadar?

-La balsa me pareció segura.

-Pues no debiste hacerlo. El río es como un potro a medio domar. Cuando menos piensas, se planta de patas y, si te agarra desprevenido... ¿Te duele la cabeza?

-No. ¿Por qué?

-Tuve que aferrarte de los pelos para traerte a la orilla. ¿Cómo es que no te enseñaron a nadar?

-En mi pueblo teníamos únicamente un arroyuelo que apenas nos llegaba a los tobillos.

-¿Quieres que te enseñe?

-Enseñar... ¿qué?

-A nadar. No siempre estaré aquí para sacarte de apuros.

Han pasado muchos años desde aquella tarde a orillas del río Negro y, sin embargo, las fuerzas desatadas entonces aún se mantienen vivas en el escaparate de mis recuerdos. Todo es frágil menos lo que nace del espíritu. Huilen pertenecía a un mundo libre de hipocresías, de recatos engañosos. Su belleza mostrábase con la naturalidad de una flor y la graciosa sencillez de los pájaros, sin que ello quitara a su carácter la firmeza telúrica* de sus arrebatos y la inmovible apoyatura de sus convicciones. Vaya una muestra de lo que digo: nos secábamos uno junto al otro en el verde tapiz de la ribera, cuando un tumulto de caballos al galope nos rodeó con aspavientos de tornos y revueltas. Eran tres jinetes indios armados con lanzas, de cuerpos morenos brillando al sol. De un salto me puse de pie, mientras del bolsillo sacaba la navaja, el regalo de sor Verónica que siempre iba conmigo. Huilen, en cambio, se levantó como si nada ocurriese, miró al más fiero de los indios y gritó enérgica:

-¡Nahuel!

Contúvose el mapuche y hubo entonces un cambio de palabras recias, de sonido gutural, para mí incomprensibles pero claras por su fuerza explosiva. En autoritario gesto alzó Huilen el brazo y entendí que había dado una orden. El llamado Nahuel, rígido en su cabalgadura, dudó unos instantes, taconeó con furia en los ijares de la bestia y, de manera aparentemente casual, se me echó encima. De un salto evité que los cascos cayeran sobre mí, pero no sin antes lanzarle al agresor un golpe de navaja que le rozó la pierna, no por cierto para acariciarla. Me miró Nahuel con odio y se largó a la carrera

* Telúrica: adj. Perteneciente o relativo a la Tierra como planeta.

seguido por los otros jinetes.

-Nahuel -me dijo Huilen con tono sereno y la sonrisa en los labios- es el encargado de protegerme cuando me alejo de los toldos. Pero hay veces que exagera y me obliga a regañarle.

-¿Qué significa Nahuel?

-Tigre.

-Pues el nombre está bien puesto.

-Es un guerrero valiente que el cacique aprecia mucho. Mas el rencor le consume por negarse mi padre a convertirme en objeto de trueque, pese a que eran muchos los caballos que le ofreció. Ven, acompáñame a buscar la capa que dejé tirada cuando tuve que socorrerte.

La piel de guanaco la encontramos cerca. Huilen se la puso con el pelo hacia adentro. Afuera quedaron unos dibujos hechos de círculos y líneas, pobres de diseño y fuertemente coloreados.

-Tengo que marcharme -dijo mirando el sol-. Dime cuándo quieres que empecemos con las lecciones.

-Decídelo tú.

-Pues mañana, a la misma hora.

-Aquí estaré, Huilen.

Se alejó con ligero paso y alta la cabeza. Yo le seguí con la mirada hasta que desapareció en la tupida arboleda, tierra adentro, hacia el mundo cargado de misterio.

.....oOo.....

Encontré la balsa a una media legua, retenida por las ramas de un árbol caído. Nada podía hacer yo solo, así que opté por ir en busca de ayuda y hacerme de otra vara, urgentemente, pues la noche se anunciaba ya en el alargue de las sombras, y no era cuestión de dejar librada a la ventura la balsa y el cargamento. Pensé en *Puchero* y allí fui a buscarlo en la fortaleza. Llegué sudoroso y lo encontré en el zanjón echando tierra en grandes cestos de espadaña. Al verme sin aliento y enrojecido el semblante, abandonó la pala y me preguntó alarmado:

-¿Qué ocurre?

Le expliqué lo que me aconteciera. Escupió de costado y, tras un “vamos” rotundo, salió del agujero y emprendió la marcha.

-La vara, *Puchero*. Necesitamos otra.

-Ya la tengo, hombre. Esos chirimbolos siempre se hacen por pares, como los remos, por si acaso...

La tarde declinaba con rapidez, por lo cual apresuramos aún más el paso. No era fácil, pues matorrales y charcas se nos oponían, obligándonos a cansadores rodeos. De pronto, *Puchero* se detuvo, me tomó del brazo y llevándose el índice a los labios me pidió silencio. Desde el sitio donde quedara la balsa llegaban voces, golpeteos y chasquidos de ramas al quebrarse. Allí había gente haciendo nuestro trabajo. Con mucha

cautela nos acercamos y, al fin, escondidos tras altas malezas vimos a cuatro indios y un blanco limpiando las aguas para dejar libre de obstáculos la plataforma de maderos. Me miró *Puchero*, yo le miré a él; y ninguno de los dos acertábamos con la manera de encarar la situación. Procuramos no movernos por temor a que nos descubrieran. Los cuatro indígenas trabajaban sin descanso, mientras el blanco, dándonos la espalda, seguía impertérrito el esfuerzo de los otros. Enfurecimos por dentro, pues eso de no acertar con el modo de defender nuestros derechos... De repente el blanco diose vuelta. Ambos dimos tal respingo que casi nos delatamos. Dijo *Puchero* con voz apenas audible y aferrando con fuerzas el machete que llevaba:

-¡El viejo Cañizo! ¡Maldito sea!

Era él. A mi boca subió un esputo amargo y la rabia hizo crujir mis dientes. Intenté salvar la maleza, correr al encuentro del canalla y molerle a golpes con el remo, mas *Puchero* me contuvo a tiempo. Algo estaba ocurriendo, insólito, desconcertante. Dos enormes cuerpos saltaron en la espesura y corrieron con sendas hachas en las manos hacia el grupo depredador, sorpresivamente, sin un grito; ímpetu y arrojo en un accionar de silencios. Cañizo se metió entre los árboles igual que conejo despavorido, mientras los indios se defendían a machetazos. Eran cuatro contra dos. No dudé. Con el palo a manera de lanza me eché adelante para ayudar a los gemelos, pues ellos eran los que estaban jugándose frente a los salvajes. Detrás mío corrió *Puchero* con la espada en alto, profiriendo gritos desaforados. Traté de emplear mi “lanza”, pero Fidel y Santiago se interponían cubriendo mi cuerpo con sus cuerpos. Cuando el encontronazo se puso al rojo se me ocurrió pensar de un modo absurdo que *Puchero* era un viejo pirata dando saltos y esgrimiendo un alfanje*; hasta le vi un parche en el ojo y un garfio por mano. Maldije a mi imaginación, pues no era momento para inventar estupideces. Nos estábamos jugando la vida y yo... Pero debo decir que *Puchero* tenía en parte la culpa por mis desvaríos, pues aún metidos en semejante avispero, no dejaba de hablar ni de emitir los más insólitos improperios. Decía a los gritos mientras esquivaba golpes saltando de un lado a otro:

-¡Anda y que te cuezan, carnero de Satanás! Ven por otra, y saldrás *trasquilao*, ¡hijo de perra!

Y ante los golpes fallidos del furioso indígena metía en la espeluznante escena las banderillas del sarcasmo y de la risa. En lo que a mi concierne... bueno, pude al fin meter la vara y dar con la punta en el cuello de uno de los indios, quien dio un salto de pelele y cayó al agua con exagerada estridencia. Fidel asestó un certero golpe a otro, quien se derrumbó con un abrazo en estrambótica posición y bañado en sangre. Los indios restantes se vieron perdidos y escaparon a la espesura.

Cuando quedamos solos nos miramos los cuatros sin saber qué hacer. *Puchero* no

* Alfanje: (m.) Especie de sable, corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta.

entendía la presencia de los gemelos en el lugar. Le dije:

-Fidel y Santiago regresaban de la isla donde habían estado cortando madera hasta el atardecer. Al pasar por aquí vieron la balsa con los troncos, a los indios en plan de rapiña y yo fuera de cuadro. Pensaron lo peor y acometieron con las hachas con que habían estado trabajando.

-Pues, menos mal que aparecimos nosotros, de sino...

-Los gemelos son fuertes y capaces... Pero ahora os pregunto, *Puchero*, ¿qué hacemos con el herido?

-Dejárselo al canalla del tío Cañizo, *pa'que* se entretenga...

Decidimos por último cargarlo en la balsa y llevarle hasta el bergantín.

.....oOo.....

La luna llena hacía posible el lento navegar por el río. Con admirable pericia *Puchero* conseguía que la balsa se deslizara sin contratiempo por la corriente de plata. De vez en cuando los quejidos del indio ponían la nota de tragedia en la nocturna placidez del paisaje. Yo, pensando en los gemelos, hacía dos inquietantes preguntas: ¿Habían reconocido al viejo Jonás? ¿Y de haber entrado este en la pelea, qué hubiesen hecho Santiago y Fidel? La voz de *Puchero* interrumpió mis meditaciones.

-Primero iremos al Carmen a dejar a este “Cristo”; luego, a llevar la madera a la señora Mónica. ¿Te parece bien?.

-Sí, *Puchero*.

-¿Algo te preocupa? Vas muy callao. ¿Es por ese indio que llevamos medio muerto?

Le dije entonces de mis inquietudes, de las preguntas que zumbaban cual abejorros en mi cabeza.

-Pues claro que reconocieron al padre -me contestó-. Los muchachos son mudos y sordos, pero no ciegos. En cuanto a qué hubiesen hecho de haber *entrao* “Belcebú” en el entrevero; hombre, no lo sé. Aunque piensa: si viendo al viejo entraron a matar...

Unas nubecillas vestían de gasa el redondel mágico de la luna.

Descargados los troncos y asegurada la balsa, descansábamos *Puchero*, los mellizos y yo bajo el cobertizo que hacía de amparo mientras se construía la cabaña. La señora Mónica e Inés habían preparado un guiso de liebre con patatas, que el viejo marinero aceptó compartir de muy buena gana. Convinimos no relatar a las mujeres el choque con los indios. Los gemelos comían con la cabeza gacha, cejijuntos y alargando más de la cuenta el camino de la cuchara a la boca. La señora Mónica nos decía que muy cerca una enorme laguna daba unos juncos hermosos para ser puestos de techo, cuando oímos pasos que se acercaban. Tres hombres se plantaron frente a nosotros y uno de ellos, con voz engolada* y gestos teatrales, interrogó:

-¿Anselmo Perea y Fermín de la Colina?

* Engolada: (adj.) Dicho de la voz, de la articulación o del acento. Que tiene resonancia en el fondo de la boca o en la garganta.

-¿A qué preguntar, si nos véis de sobra?, respondió *Puchero* de mala gana.

-Pues a marchar con nosotros. Estáis detenidos por orden del señor superintendente don Francisco José de Viedma.

El de la voz cantante no era otro que el aprendiz de artillero quien con dos soldados por escolta estaba vengándose de mis recriminaciones pasadas. No quise que aquello le resultara fácil, y poniéndome de pie, le dije:

-¿Traéis la orden escrita?

Por instantes perdió su altivez, pero reaccionó pronto.

-No es necesario. Basta con que yo lo diga y lo reafirmen los hombres que me acompañan. ¿Hay orden o no de apresar a estos dos criminales?, preguntó mirando por turnos a los soldados quienes respondieron afirmativamente con grandes cabezadas.

Lo de criminales resultó demasiado para las tragaderas de *Puchero*. De un manotazo agarró el banquillo que le había servido de asiento y, alzándolo en alto, apostrofó:

-¡Repetid lo dicho y os parto en dos!

Al observar la actitud del marinero, los gemelos se pusieron de pie y avanzaron amenazadores. Temí un epílogo desgraciado, y arrancándole el banquillo a *Puchero*, expresé:

-Iremos con vosotros. Pero a su debido tiempo responderéis por las imprudentes palabras que acabáis de pronunciar.

Viendo a las mujeres temerosas les dije:

-Quedaos tranquilas. En esto hay un error que yo aclararé con don Francisco de Viedma.

El hidalgo andaluz andaba por la cabina con las manos atrás, mirándonos de reojo. *Puchero* y yo aguardábamos de pie a que descargara el chubasco; y este llegó; con granizo y todo:

-El indio que trajisteis a bordo murió. Dadme una buena explicación de lo que ocurrió... ¡O por Dios que los mandaré a Buenos Aires acusados de asesinato!

Con la palabra medida expuse ante don Francisco de Viedma el tenor de los sucesos sin quitar ni agregarle nada, circunscribiéndome de tal modo a que la verdad surgiera por sí. Clara y libre de artificios. Terminé nuestra defensa de manera rotunda:

-Fácil hubiera sido dejar al indio que se desangrara en la orilla del río. El traerle con nosotros prueba que nada ocultábamos. Fue una lucha de cuatro contra cuatro y en ello nos iba la vida. A usted señor, le toca juzgar y a nosotros obedecer. Nada más tengo que decir...

El superintendente continuó dando vueltas por el despacho y, estaba yo seguro, sopesando mis declaraciones. Se detuvo al fin. Con voz neutra le dijo a *Puchero*:

-Retiraos, Perea. Dejados a solas, pues es mucho lo que deberá explicarme el señor “letrado” aquí presente.

Salió *Puchero* cerrando la puerta tras de sí. Viedma me miró de frente y empezaron los regaños.

-¿Dónde has dejado tus ideales y sentimientos para con los indios? Anda, dímelo si es que tienes de donde arañar alegatos suficientes. Porque si mal no recuerdo, cierta noche te alarmaste ante el supuesto de que pudiéramos considerar a los indígenas como mercancía dentro de nuestros planes. ¿Y ahora? ¡Por la posesión de un poco de madera muere un hombre, o dos, que no sabemos, y a recostar la cabeza en la almohada de los justos! Lo ocurrido esta tarde no ayuda en mis trabajos de pacificación; y sin pacificación no habrá riquezas ni misiones civilizadoras. Los Evangelios serán pues letras vacías o parrafadas en el desierto.

Yo me sentía apabullado, sin dar con el modo de esgrimir una réplica libre de acertijos. La pasión que don Francisco le estaba dando a su discurso forzábame a la continencia. Mas permanecer en el silencio me pareció cosa de timorato*; y hablé, no fuera a ocurrir que la verdad quedara de un lado y en el otro solamente las culpas.

-Señor, permitidme decir que entre los indios hay miserables y follones igual que en nuestra raza. Ellos jamás admitirán la paz porque viven de la guerra como pez en el agua. No es con salvajes degüellos indios con los que habréis de trazar surcos y levantar cosechas; ni con los nuestros pillados en acción de bandidaje. ¿Qué haríais vos, señor, si un grupo de aborígenes pretendiera robarnos el Carmen?

-No desvaríes, trayendo a colación ejemplos para confundirme. Una balsa y un poco de madera no representan la soberanía de España en la Patagonia.

-Con las pequeñas cosas se hacen las grandes, y detrás de la sogá va el cordero. Acepto que la pelea pecó de exagerada, pero quisiera haberos visto en los pellejos de Perea y este vuestro servidor cuando los gemelos se lanzaron al ataque contra cuatro indios armados con machetes. ¿Qué otra cosa podíamos hacer sino meternos en un zafarrancho que, sin buscarlo, requería de nuestro honor como personas al servicio de vuesa* merced?

-Callé, pues entendí que todo estaba dicho. Don Francisco reinició sus pasos por la cabina y, sin detenerse, me dijo con cierta pesadumbre en la voz.

-Mañana vendrá a visitarnos el Cacique Negro, de gran predicamento entre las tribus y con muy buenas relaciones en Buenos Aires. Quiera Dios que el indio muerto no pertenezca a sus partidas, porque si así fuere y reclamara castigo, en difícil situación me encontraría. ¿Entiendes?

-Tal cosa no ocurrirá, señor. Pero si ocurriese, estaré a su disposición para que obréis con justicia y de acuerdo a vuestra conciencia.

-Tú, y Perea... haced de cuenta que estáis detenidos. No os alejéis demasiado hasta después del homenaje al cacique. En cuanto a los gemelos, trata de controlar sus impulsos. Ambos son una fuerza que tanto puede responder al crimen como al heroísmo... Y tales ambigüedades no me gustan, muchacho, no me gustan.

* Timorato: (adj) Tímido, indeciso, encogido.

* Vuesa: (adj. poses. 2.ª pers.) desus. Vuestro.

.....oOo.....

Cuando salí de la cabina me pareció que entraba a un mundo de fantasías, hecho de luces blancas y dibujos en negro marcando irrealidades engañosas. Toda la cubierta era un abigarrado nido de sombras. Caminé lentamente y me detuve en la popa a mirar las aguas que corrían por una llanura de silencios. Sentí la necesidad de estar a solas, rodeado por las sensaciones que, erráticas, fluían del paisaje envueltas en rumores suavísimos, de noches dormidas bajo las estrellas. En crisis conmigo mismo, busqué refugiarme en la soledad. Los sucesos de la jornada eran un rompecabezas que me afanaba en armar eludiendo trampas y sofismas*. Mis actos seguían el péndulo de la verdad y la mentira: luces y sombras proyectándose sobre apariencias fingidas para confundirme y extraviarme. ¿Cómo negar que mi cháchara desplegada ante don Francisco usó de muletas para sostenerse? ¡Cuán fácil me resultó justificar los crímenes con el sórdido pretexto de retener lo “nuestro”! La fuerza ciega de los mellizos nubló mis percepciones y usé la vara, que pudo ser cruz y fue espada. ¡Maldito sea! ¡Qué sencillo resulta tergiversar la filosofía de los hechos!

-Hermosa noche, ¿verdad?

Fray Gerónimo, a mi lado, estaba llenándose, como yo, de luna y estrellas.

-Mira la belleza del río, Fermín... y nos decimos pobres cuando con solo alargar la mano podemos llenarla con hebras de plata...

-¿Santo y poeta, padre?

-No te burles. Ni una cosa ni otra. Pero... ¿es pecado que poniendo Dios a nuestro alcance tanta belleza, la dejemos pasar sin echarle un requiebro?

-Todo es apariencia. La luna está jugando a los espejismos.

-¿De verdad lo sientes así? Pobre eres entonces, porque la persona realmente rica es la que puede aprisionar la hermosura y con ella hacer alas para su espíritu.

-En otra ocasión le habría escuchado con gusto. Pero hoy hemos matado a un indio, o dos, y estoy sin ganas de oír frases bonitas.

Callamos. Me pareció ver a fray Gerónimo ofendido por la rispidez puesta en mis palabras, pero no: habló cual si fuera él y no yo quien cargaba las tribulaciones.

-Sé qué ocurrió esta tarde; y estoy aquí por si quieres aliviar tu conciencia. Anda, vuelca sobre mí lo que te pasa.

Y encima le eché al frailecito el lastre de mis amargas conjeturas. Pues tener un confesor a mano es lujo infrecuente en tierras patagónicas. Y si bien el acto carecía de los atributos exteriores del sacramento en regla, yo igual aproveché la ocasión para que me ayudara a poner luz en mis oscuros rincones.

Acabé de hablar. Yo tenía las manos unidas en una inconsciente actitud de plegaria, puestas sobre la borda, mientras miraba el trazo fusco* de los árboles en la orilla. La voz

* Sofismas: m. Razón o argumento falso con apariencia de verdad.

* Fusco (adj.) Oscuro, que tira a negro.

de fray Gerónimo me llegó desprovista de inflexiones especiales: nada de consejos o teoremas sobre el pecado. ¿Había aprendido de golpe tras el degüello de la india? Después de inútiles forcejeos salió por donde yo menos lo esperaba:

-Difícil es -me dijo- hallar orden donde todo es anarquía; y no resulta lógico pretender alumbramientos sin dolor. Tú y yo somos partes mínimas de un todo indistinguible que se pierde en una lejanía de siglos. ¿Cómo juzgar nuestras conductas si estamos inmersos aún en el remolino de la Historia? Lo que te ocurrió esta tarde y me sucedió con el bautismo de sangre y lágrimas nos está indicando que una fuerza dispone de nuestros destinos. Ambos actos son rayos de una rueda convergiendo en un mismo punto de fricción: la enseñanza del Evangelio en las nuevas tierras; la conquista por obra del amor. Todos, Fermín, todos: los canallas y explotadores, los tiranos y genocidas, los mártires y los héroes componen la levadura de una masa en formación; y el fermento que da el tiempo debemos calcularlo con la aritmética infinita del Cosmos.

-¿Su teoría no justifica, padre, las barbaridades de la colonización por el poder? Lo que yo hice esta tarde lo vuelco en un estercolero común, y libre quedo de culpas.

-Si te apoyas en la moral colectiva para hacer de ellas panes de participación, no te quepa la menor duda. Pero hay una moral que rige nuestra conciencia y por la cual tendremos que rendir cuentas a Dios. No confundas los términos, Fermín, ni veas fatalismo en mis juicios. El Señor sabe hacer las cosas y no está en nosotros adivinar en qué anda con la dichosa conquista... o revolución.

CAPÍTULO 14

El Cacique Negro llegó temprano, cuando el sol todavía buscaba salir por entre nubes policromadas. Todos concurren al Carmen a fin de presenciar el ceremonioso encuentro del indio con don Francisco José de Viedma. Yo no quise formar parte de la comitiva y me quedé en el cobertizo junto a Inés y los gemelos. La señora Mónica no pensó igual, y allí fue. El ánimo sufría aún las antagónicas sensaciones de la víspera, y no estaba predispuesto a enfrentarme con dedos acusadores o ser motivo de curiosidades ajenas; que en este mundo los conflictos de los demás son cosas propias, aunque hagamos de ellos espejo de conveniencia.

Rodeamos los cuatro la tabla que hacía de mesa mientras comíamos con poco apetito y mucho silencio la sopa de ajo contenida en el caldero. Un zorzal pretendía llenar de música la mañana. Mezcla de voces entre guturales y castizas prendíase a mis aprensiones con enganches de impaciencia. ¿A qué negar que los amenazantes regaños de don Francisco no habían caído en saco roto? Pensaba en que el bullicio bien podía significar para mí dramáticos requerimientos, cuando Inés me distrajo con una serie de palabras dichas en voz baja y sin que al parecer guardaran relación las unas con las otras:

-La marea roja invadirá la tierra... Lobos contra lobos, ovejas contra ovejas... La nueva raza...

Calló. Yo le tomé del brazo y, zamarreándola suavemente, le pregunté:

-¿De qué estás hablando, Inés?

Sin mirarme, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, dijo:

-La marea roja es la sangre derramada en suelo americano. Los malos lucharán entre sí para ganar el poder y los buenos en lugar de enfrentar a los lobos se matarán entre ellos... sucedió y volverá a suceder.

Dicho lo cual, me miró de frente y exclamó:

-Dentro de doscientos años los indios a quienes tanto tememos habrán desaparecido por lo que satánicamente llamamos "progreso". En el gran desierto se elevarán ciudades asentadas sobre los huesos del indígena, y esas ciudades se llenarán de fantasmas que maldecirán por los siglos de los siglos la palabra *civilización*.

-¿Y la cruz, Inés? ¿Dónde dejas la cruz?

-Aún no lo sé. Quizás la hallemos al final de la historia.

Guardamos silencio por breve rato. Los gemelos habían dado cuenta del desayuno y, puestos de pie, miraron a su hermana fijamente. Inés asintió con la cabeza y los dos se marcharon en dirección al río. Entonces pregunté a la chiquilla:

-¿Puedo saber a qué viene ese lío de los lobos y las ovejas?

-A una voz interior que me zumba cosas en la cabeza sin yo buscarlas. Y he notado, Fermín, que la voz se hace más fuerte cuando los pobres indios andan cerca.

¿Me lo puedes explicar tú que has bebido en la fuente de los grandes sabios?

-No te burles y vayamos tras los gemelos. Pues no quiero que se alejen demasiado.

Mientras íbamos caminando, Inés me preguntó:

-¿Sabes que mis hermanos te quieren mucho?

-He notado, sí, el afecto con que me distinguen. Yo también les quiero.

-Pues cuídalos, Fermín. Lo que ayer ocurrió es una muestra de lo que puede pasarle al amor cuando este se confunde o se mete en encrucijadas.

-¿Quién te puso al tanto de lo sucedido? Yo no quería que lo supieras.

-Nadie me lo dijo. Pero sí escuche las tonterías habladas por los hombres que vinieron a buscarlos. Y atando cabos...

-Tendré que admitir con tus padres que eres una pequeña bruja... con alas de ángel.

Rió Inés y tras la risa apareció un hombre viniendo del río. Cuando Villarino estuvo a mi lado dijo alzando la voz con un tono autoritario que me pareció improcedente:

-Seguidme. Don Francisco de Viedma quiere veros al instante.

-A vuestras órdenes, señor, expresé con no menos arrogancia.

Aquello olía muy feo, sobre todo, porque el correctísimo gallego siempre habíame tuteado, y ahora...

Subimos los tres a un bote y pronto llegamos al bergantín. La cubierta tenía el aspecto propio de las fiestas. Don Francisco de Viedma conversaba animadamente con un indio corpulento y vestido de manera distinta a los otros indios, pues debajo de una rica piel su cuerpo lucía ropa de cristiano, calzaba excelentes botas y de su cinturón pendía una espada de respetable tamaño.

Villarino se acercó al superintendente y le habló al oído. Sonrieron los dos, y el andaluz, dándose vuelta hacia el Cacique Negro le dijo con el ceño semifruncido:

-Están aquí los dos hombres que deseáis conocer. Os ruego que no empleéis para con ellos demasiadas complacencias.

Dicho lo cual, don Francisco de Viedma llamó con voz recia:

-Fermín de la Colina y Anselmo Perea: ¡Presentáos!

Fui con *Puchero* detrás mío rezongando entre dientes. Yo había tenido muchas horas para pensar y medir el alcance de nuestro zafarrancho. ¡Qué diablos! No así porque sí se matan dos hombres sin antes buscar entendimiento, pensaba. Mas una cosa es admitir responsabilidades en el descalabro y otra mostrarme empequeñecido por la culpa y el arrepentimiento. Así que alcé la cabeza, me puse firme y con voz tonante expresé:

-¡A vuestras órdenes, señor!

-Aquí los tenéis. Ellos son los que dieron cuenta de los dos indios.

Lo que a continuación siguió digno es de figurar en las más arteras elucubraciones* de un fabricante de fábulas. Se me acercó el cacique, puso la mano en mi hombro y, con la boca de oreja a oreja, me lanzó lo inconcebible:

* Elucubraciones: tr. Elaborar una divagación complicada y con apariencia de profundidad.

-¡Gracias, muchacho! Tu valentía nos quitó un peso de encima. Los hombres que ayer matar eran criminales, salteadores de tribus y ladrones de mujeres. En premio, dejar que regale caballo. Abajo lo tienes, y es bueno, muy bueno...

Luego se dirigió a *Puchero* y le habló en parecidos términos, pero las palabras finales tuvieron cariz distinto. Miró el cacique al grupo de indios que expectantes seguían la ceremonia e hizo que se le acercara una indiecita de unos ocho años. Le puso la mano sobre la cabeza y, dirigiéndose a *Puchero*, le dijo solemnemente:

-Aquí, mi regalo. Ella ser tu esclava.

Y sin más, empujó la niña hacia el marinero y la dejó con él, para enseguida irse a reunir con don Francisco de Viedma y la plana mayor del Carmen que con las caras encendidas y los ojos chispeantes hacían esfuerzos por retener las carcajadas.

No me moví del sitio. *Puchero* tampoco; y puedo asegurar que al viejo, como a mí, costábale tragar la broma, armada con el tinglado propio de una tragedia... americana. Don Francisco de Viedma y el Cacique Negro intercambiábanse regalos: dos caballos para el español, una hermosa espada toledana para el jefe indio; y de ambas partes las promesas de una amistad que sellaría para siempre (¡Oh la efímera 'indobleguez' de los tratados!) la paz entre dos culturas que por momentos se rechazaban como el aceite y el vino. Un codazo me sacó de la rígida conformación de mis pensamientos. Oí que *Puchero* me decía:

-Oye... ¿Se *pue'saber* qué hago en esto?

-Su cabeza me señalaba a la indiecita pegada a él igual que cachorrilla desamparada.

-Haced de cuenta que *Media Vara* ha regresado. Ya veis: la historia tenía una segunda parte.

-Pues, hombre, ¿sabes qué pienso? Dios tiene muchas maneras de darnos hijos... o nietos. ¿No te parece?

No le respondí. Tan solo le miré a la cara y con los dedos presioné en su brazo. Encogió de hombros y estiró los labios en un gesto de muda resignación; fingido, pues en sus pupilas el duendecillo de la ternura hacía cabriolas sin pedir ni dar explicaciones.

.....oOo.....

El caballo estaba atado por la rienda al tronco de un sauce joven y un indio viejo permanecía de pie junto al animal, cuidándolo. Era un zaino de hermosa estampa, si hermosa puede considerarse la *bastedad** del caballo indio, hecho a los rigores del desierto, a sus fríos y calores, chubascos y arideces; aguantando hambrunas y padeciendo sed con estoica mansedumbre. Por montura una manta sujeta con la cincha y tiras de cuero colgadas de los lados con presillas en la punta, que los indios usaban de estribos metiendo los pulgares en ellas. Al verme, el anciano me dijo trabajosamente:

-Cacique Negro ordenarme cuidar. Potro bueno... poco amansado.

Con lo dicho casi en abreviatura me prevenía sobre la índole del animal y, con

* *Bastedad*: (f) Sustantivo derivado del adjetivo 'basto', grosero, tosco, sin pulimento.

amplio gesto, marcó el clásico ceremonial de la entrega. Después se marchó sin mirar para atrás ni una sola vez.

Me quedé junto al zaino igual que *Puchero* con su indiecita. Sin saber qué hacer. Siempre desconfié de todo aquello que anduviera en cuatro patas, quizás porque nunca fui dueño del más simple animalillo; y en cuanto a caballos, mi experiencia no iba más allá de los pobres rocines de mi pueblo, amansados a fuerza de arado y carreta. Le pasé la mano por el anca y un estremecimiento le corrió a lo largo. Era aquello buena señal o... ¿tenía que vérmelas con un demonio dispuesto a mandarme por sobre sus orejas a olisquear la hierba? En esas estaba cuando hizo su aparición la señora Mónica quien al verme en semejante tesitura adivinó lo que sucedía y, poniéndose en jarras, señaló con su mentón a la bestia.

-¿Qué ocurre? ¿No te atreves?

-¿A qué? ¿A montarlo? ¡Pues vaya si habré montado burros en mi pueblo!

-Pero dase el caso que lo que tienes delante no es un burro, Fermín.

-Igual tiene cuatro patas, ¿no? Y yo dos, para dar el salto y plantármelo encima. Verá cómo se hace...

Y me preparaba yo a poner lo dicho en ejemplar demostración, cuando un grito de la señora Mónica me detuvo.

-¡Espera, hijo! ¡Espera! Desatémolo primero, no vaya a ser que tengamos que bajarte de alguna rama, pues discurre que caballería educada por indios, a la *juerza* ha de ser mañosa y ligera de cascos.

Fue hasta el tronco y con singular parsimonia desató la rienda. Después con ella en una mano, acarició con la otra el morro de la bestia mientras decía susurrante:

-Pórtate bien Babieca y no se te ocurra hacer de mi muchacho un pelele, o te juro que he de molerte a palos.

-¿Por qué le ha llamado Babieca, madre? -le pregunté al hacerme cargo de la rienda-Babieca era el caballo del Cid Campeador.

-Pues mira: yo quise decirle tonto, *pa'que* no se envalentone y entráramos en confianza. ¿Qué podía saber yo de tal caballo ni de tal caballero?

-Pues le habéis bautizado. Babieca tendrá por nombre en recuerdo del gran bisabuelo de *Rocinante*.

-Anda, déjate de palabrejas sin sentido y ve cómo te arreglas *pa'subir* al jamelgo. ¿Quieres que te ayude?

Miré a la señora Mónica con suficiencia, me puse al lado de Babieca y de un salto me planté de a horcajadas en su lomo. Hubo un nervioso mover de cascos y quedé aguardando, quieto, sin intentar tropelías. Le di unas palmaditas en el cuello, poca cosa, para que fuera sabiendo quién era el amo y le dije a la señora Mónica:

-¿Queréis subir, madre? Os llevaré en ancas, para asombro de Inés y de los gemelos.

-No, hijo. Anda solo, que *pa'la* primera vez tienes bastante: y no te hagas el *arrojao*. Que a los caballos, como a las personas, primero conocerlos.

Prudentemente taconeé los ijares de Babieca que con ejemplar mansedumbre emprendió la marcha hacia el cobertizo donde Inés y los gemelos estarían aguardándonos. La señora Mónica caminaba con sus zuecos a la par, alargando el paso cual si anduviera entre surcos, casi barriendo el suelo con su negra falda y ataviada con la eterna blusa gris, que el viento ceñía contra sus firmes y abundantes relieves, propios de una bien dotada campesina.

.....oOo.....

No había olvidado la cita con Huilen. Mediaba la tarde cuando me puse en camino jineteando a Babieca. ¿Cómo no lucirme ante la muchacha india? En las nuevas tierras ser dueño de un caballo valía lo que en mi pueblo la huerta propia. Y allí iba, caballero en mi caballo e ignorante aún de las costumbres indias que si bien eran generosas en la dádiva, también hacían frecuente uso del despojo. Mas llegué sin sorpresas al lugar donde casi me tragó el río Negro con todos sus afluentes. Allí estaba Huilen esperándome acompañada. Junto a ella, un muchacho indio se entretenía dando saltos para colgarse de una rama y convertirla en columpio. No niego que el cuadro me desencantó, pues no fueron pocas las ilusiones que me hiciera al pensar en un encuentro a solas con Huilen, a semejanza del anterior. Mas la figura sentada en la hierba con el torso echado atrás, cubierto por un amplio jubón, las manos en el suelo y el largo cabello negro sujeto por una vincha cayéndole en profuso desparramo sobre los hombros, borró instantáneamente la decepción. Mi espíritu gustaba de la fuerza telúrica resumida en el encuadre: Huilen era el paisaje, y el paisaje vestía a Huilen con ropaje de lo verdadero.

Al verme, se puso de pie para recibirme. El indiecito corrió a sujetar el caballo por la brida y yo bajé de un salto. Me atreví... sí, amigo lector, me atreví a tomar a la muchacha de las manos y, resueltamente, le miré a los ojos. ¿Ella? Pues aceptando con absoluta naturalidad lo que para mí fue una olímpica demostración de audacia. Le pregunté, señalando al muchacho con la cabeza:

-¿Quién es?

-Mi hermano. El te enseñará a nadar.

Nuevo desengaño. Le recordé lo convenido: que sería ella la encargada de convertirme en el más raudo* de los peces. Me miró con los ojos chispeando de burlona coquetería y me respondió:

-¿Sabes? Le conté a mi madre de nuestro encuentro y, entre otras cosas, opinó que no debería ser yo la maestra sino un muchacho como tú. Además, Antü sabe nadar mejor que yo. En el agua soy una rana, mientras que él parece un pequeño tiburón. Sales ganando, Fermín. Mas no te preocupes, pues aquí estaré atenta a los sorpresivos atrevimientos de mi hermano.

No relataré los pequeños triunfos y el montón de fracasos que significó para mí el aprendizaje. Pero debo reconocer que entre Antü en el agua y Huilen dando indicaciones

* Raudo: (adj.) Rápido, violento, precipitado.

desde la orilla, pronto me sacaron el miedo, pude mantenerme a flote y después, avanzar largos trechos dando brazadas y pataletas. Mas lo importante estuvo en las charlas que tras las lecciones mantuvimos Huilen y yo, y de las consecuencias que las mismas emanaron para bien o para mal de mis andanzas. Esa misma tarde, sentados en un tronco caído. El diálogo con Huilen tuvo revelaciones inéditas para mi forma de ver el tramado de los hechos que configuran la vida. Habíale contado a grandes rasgos quién era yo y de dónde venía, y la pregunta surgió inevitable:

-¿Cómo es tu madre, Huilen?

Las palabras quedaron en el aire buscando una respuesta...

-Mi madre... pues es una mujer igual a todas las demás -titubeó Huilen-. Se llama Encarnación de Rojas y Galán. Hace muchos años cayó cautiva de una tribu pampa y mi padre la rescató tras larga pelea...

-El Cacique Negro.

-No, Fermín. Mi padre es Chololaquin, un gran hombre...

-Pero tu madre, Huilen... Anda, cuéntame, pues sospecho que no es ella una mujer cualquiera, a pesar de lo que dices.

-Lo bueno y malo de mi madre lo tiene ella guardado en los más profundo del corazón. Ni los curanderos o brujos, que nosotros llamamos *machis*, han podido conocer jamás esos secretos. Solo mi padre puede entrar a la "casa" de mi madre y gozar de los tesoros que su *huangulen* que significa *estrellita* le tiene reservados. Ella me lo dijo...

Antü, o *sol* en castellano, se entretenía montando a Babieca y haciéndole correr por sobre malezas e islotes de la orilla. Muchacho y corcel formaban un solo cuerpo armoniosamente constituido, con movimientos sincronizados a la perfección y en una acabada muestra del milagro que puede producir el amor entre el hombre y la bestia. Solo algunas veces, el llamado de atención de Huilen desarticulaba esa conjunción de voluntades.

-¡Antü, no vayas lejos...! -o bien- ¡Cuidado con los espinos, Antü!

Y el zagalillo*, con una sonrisa y la mano en alto aceptaba gustoso las advertencias cariñosas de su hermana.

-Encarnación de Rojas y Galán, mi madre -prosiguió Huilen- es una madrileña que en su edad más difícil viose enfrentada a una cruel alternativa. El padre, un hidalgo con posición muy cercana a la nobleza, quiso obligarla a que se casara con un conde de brillante apellido y caducos años. ¿Te das cuenta, Fermín? En el caso de no aceptar ella los designios paternos, se la encerraría en un convento de clausura... ¡a la edad de diecisiete años! Ya ves: cuando la vida se presentaba a mi madre con las mejores galas, se vio ella en el trance de elegir un camino u otro. Se hizo monja. Y tal fue el despecho del vejete que le habían destinado para marido que no se detuvo hasta verla desterrada y en camino hacia un convento de Córdoba, en esto que llamáis América y que para

* Zagal: (m. y f.) Persona que ha llegado a la adolescencia o a la juventud.

nosotros es *che*, la “tierra”...

Yo escuchaba a Huilen gratamente sorprendido, no por lo que decía (tema por demás común), sino por la cualidad puesta en el lenguaje. Es que yo no concebía la “barbarie prehistórica” con aquel discurrir, casi literario, pese a que el padre Rafael habíame hablado de la cultura india como de algo nuevo, capaz de injertarse en el tronco greco-latino y producir variedades de gran valor para la iglesia y el mundo. Pero el estudio de la forma distraíame de la construcción de un relato tan bien pergeñado por la insólita Huilen.

-En el camino de Buenos Aires a Córdoba la diligencia fue asaltada por una partida de indios en guerra. El cabecilla ordenó degollar a los hombres, robar los caballos y someter a las mujeres al cautiverio. Y ahora viene lo interesante, Fermín. Escucha: Encarnación de Rojas y Galán mostró en la emergencia su valor. Además de tener por arma la belleza, disponía de una estimable virtud: saber adaptarse a los imprevistos y actuar con gran coraje y altivez a cuantos se le ponían, entre otros, el capitanejo que la hiciera prisionera y a quien odiaba con toda su alma. Tan bien se impuso que a poco tiempo se convirtió en la capitana del malón y los indios, en sus vasallos. Las correrías de la “monja” se hicieron famosas y no llegaron a ser leyendas porque la aparición de Chololaquin, mi padre, lo impidió. En un enfrentamiento con los tehuelches Encarnación de Rojas y Galán se encontró con lo inesperado: el amor. La salvaje belleza de la joven madriña encandiló al cacique. Y la gallarda y noble figura del indio se incrustó para siempre en el corazón de la española. Y colorín, colorado...

-Dime, Huilen. ¿Ocurrió todo cual lo relatas o a una media verdad le has puesto bocadillos de tu imaginación? Porque reconozcamos que hay mucho de libresco en el estilo de anécdota.

-No he hecho más que repetir el habla de mi madre. Ella es una mujer muy culta, empeñada en que yo y Antü aprendamos lo que haya que aprender para llevar a nuestras tribus a grandes alturas, pues capaces somos de codearnos con la verdadera civilización, ¿sabes? No esa que pretendéis meternos por los ojos y que falsea nuestras formas de pensar y de sentir.

-Oye, oye, Huilen, espera...

La muchacha habíase puesto repentinamente de pie y su fulgurante mirada se clavaba en mis ojos. Su porte mostrábase altanero y yo sentí que la gloria del cielo y la belleza del paisaje desaparecían. Mi voz sonó humilde en el rumoreo declinar de la tarde.

-Escucha Huilen: lo que dije pretendió ser tan solo un comentario risueño sobre tu manera de hablar. Mal puedo criticar la tentación de añadir inventivas a las historias cuando soy el primero en poner zarcillos a las mías; y no por eso traiciono la verdad ni deformed los hechos. Simplemente trato de que el ingenio, si es que lo tengo, adorne la vulgaridad o ponga sonrisa a lo simple.

Largo resultó el esguince, pero sirvió para que Huilen bajara los humos y volviera a ser la de antes. Agregué con amplia sinceridad:

-Tu madre es una gran mujer, no me cabe la menor duda. Quisiera conocerle.

Nuevamente se acomodó en el asiento que yo no había abandonado y, en silencio, pensativa, se entregó a la melancólica placidez de un entorno que presagiaba la noche.

-Algún día, Fermín, le conocerás; y estoy segura de que no has de olvidarle mientras vivas.

-¿Se parece a ti?

-Ella afirma que soy la imagen de la mujer que vendrá. Mitad Encarnación y mitad Chololaquin. Y yo me río, pues lo dice como si realmente anunciara la gran verdad. Cosas de mi madre... pero es hora de que nos marchemos. Vamos, Antü...

-¿Cuándo nos reunimos de nuevo para continuar con las lecciones? Pregunté receloso de que la conversación, a tramos ríspida hubiese influido sobre la voluntad de Huilen.

-Pasado mañana, si te parece bien. Ahora procura llegar cuanto antes al campamento. Que no te pille la noche, pues hay quienes se dedican a matar gente para robar caballos.

.....oOo.....

Sin que nada ni nadie se interpusiera en el camino, llegué a las improvisadas barracas, alojamiento de trabajadores y depósito de herramientas. Junto a ellas, un resguardo de troncos y paja había sido destinado a los caballos, con guardia permanente y tan cerca de los barcos que un solo grito habría bastado para alertar sobre cualquier intento de robo. Allí aseguré a Babieca. Después de darle abundante pienso* y ya el Carmen a la vista, llamé al botero. Cuando el hombre me reconoció dijo con acento marcadamente gallego.

-El señor superintendente ha preguntado por ti. Conviene que le veas enseguida.

Subí al navío y corriendo me presenté en el castillo de proa. Llamé con los nudillos. Oí el “adelante” de don Francisco marcado con cierto tonillo de impaciencia. Cuando entreví al hidalgo andaluz en compañía de Villarino y Goicoechea. Por los rostros me di cuenta de que algo les preocupaba. Me echó don Francisco una mirada pronta y me dijo de igual modo:

-Ah, eres tú. Cierra la puerta y espera unos momentos.

Y siguió con el tema que con seguridad yo había interrumpido:

La situación, como veis, se torna difícil. Por un lado anda el malestar de ciertas tribus que ven con desagrado la llegada de nuevos barcos con armas y pobladores y por otro, la llamada de auxilio de los hombres y mujeres que están en el Puerto San José. Desprendernos de un barco, imprescindible para nuestra defensa aquí, sería un desatino y no acudir en ayuda de nuestra gente en desgracia, una flagrante indignidad. La alternativa es de hierro...

-Por insuperable, señor -expuso Villarino-, permitidme sugeriros una escapatoria: el viaje por tierra.

-¿Con los indios del Cacique Julián al acecho? No llegaría vivo a San José ni uno

* Pienso: (m.) Porción de alimento seco que se da al ganado.

solo de nuestros hombres.

-¿Ni aún pidiendo custodia al Cacique Negro? sugirió Goicoechea.

-¿A ese ladino? -preguntó a su vez don Francisco-. No, amigo mío. El Negro es de los que tiene la amistad en la diestra y el puñal en la siniestra. Todos estos valles los considera como de su propiedad. Mientras en el río Negro haya cuatro hombres y dos navíos casi desarmados, ¿a qué preocuparse? Pero él sabe que vienen gran cantidad de armas, implementos y personas. Y ello le tiene inquieto, ofuscado y con ganas de echar por tierra nuestros planes, aunque para ello tenga que recurrir a una “guerra santa”. ¡Demonios! ¡No tener ya el fuerte construido!

Yo oía los comentarios sin respirar, temeroso de que, al caerles en cuenta, me echaran de allí. Pero había algo más: la encerrona de los tres hombres metíame a la vez, con hábiles sutilezas, en el laberinto de mis propias sinrazones. Pues no otra cosa eran los bailoteos que en la mente hacían nombres como Huilen, Chololaquin y hasta la madrileña. Entraban y salían por entre bastidores igual que personajes a la búsqueda de un apuntador, pues era evidente que no sabían la letra ni el porqué les tenía yo en escena. Fue Villarino quien destapó la lucecilla en aquel desconcierto de engañosas galerías:

-Señor... si diéramos con un cacique realmente amigo, quizás...

Salté igual a tromba que ha encontrado salida:

-¡Chololaquin, señores!

Me miraron los tres cual si estuviera loco. Yo, tras el arranque, quedé azorado y sin saber cómo actuar. Mas don Francisco, que habíase puesto rígido y con sus ojos en los míos, dijo dándoles a las palabras una intensidad fuera de lo común:

-A ver, Fermín. Di algo que valga la pena o juro que te pongo a limpiar la sentina* tres días seguidos. Chololaquin. ¿Y bien...?

No tuve otro remedio que sacar al sol lo que hubiese querido guardar en mí con valor de reliquia vedada al prójimo. Me oyeron los tres tal cual los venecianos debieron escuchar a Marco Polo; mas dándose el caso que, contrariando lo acontecido en anteriores oportunidades, en la ocasión me abstuve de usar perendengues* inútiles, dejando mi alma en su almarío y junto a la discreción; aunque con mucho miedo de que empezaran a escarbar y yo me fuera de boca. Puse punto final allí donde convenía y esperé:

-Bien, Fermín -dijo don Francisco- tu aventura tiene coherencia y no creo que estés disparatando, aunque extraña es y digna de figurar entre las *Novelas Ejemplares* de tu Cervantes. Pero, ¿cómo asegurarnos que el tal Chololaquin es persona digna de confianza?

-Dicen que por la astilla se conoce el palo.

* Sentina: (f.) Lugar lleno de inmundicias y mal olor.

* Perendengues: (m.) Adorno femenino de poco valor.

-No siempre, pues ahí tienes a Jonás Cañizo igual que un punto negro sobre la blancura de su progenie.

-La excepción confirma la regla.

-Y tú siempre con respuestas para todos. Pero vayamos a la cuestión: ¿Qué os parece, señores, el atajo propuesto por Fermín?

-El probar no cuesta nada, y a falta de pan... Respondió Villarino.

-Pero ¿cómo ir al cacique -agregó Goicoechea- y a tientas y a locas pedirle custodia hasta San José?

-Misión es esa que corresponde a Fermín -dijo don Francisco mirándonos de reojo-. Él se encargará de sondear las posibilidades de un acercamiento sin forzaduras. Confiamos en su habilidad, cien veces demostrada, para poner los pies en el lugar debido. Y no te vuelvas atrás, muchacho, pues rejuro que si tal hicieras, de por vida andarás limpiando sentinas. Pero hay veces en que las coincidencias... Tengo algo para ti que, estoy seguro, vendría a ser como un premio por el servicio que has de prestarnos...

Se dirigió a la mesa y de un cajón sacó el clásico pliego cuidadosamente doblado y sellado que distinguía la correspondencia en uso. Don Francisco no dejó por eso de conversarme.

-Todo el día he tratado de dar contigo para entregártelo. Lo trajo el correo indio del Cacique Negro directamente desde Buenos Aires...

Miré el frente del pliego... ¡Oh, Dios! La letra inconfundible de sor Verónica puso en mí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo y el corazón tuvo repiques de campanas echadas a vuelo. Retuve las lágrimas y apenas oí lo que don Francisco decía.

-Os ruego, señores, vengáis conmigo para ver qué nos tienen preparado para la cena. Seguramente lo de siempre. Aunque alguien me ha dicho algo de unas liebres que...

La puerta, al cerrarse, cortó de cuajo la frase del andaluz y yo quedé solo, leyendo una y otra vez los renglones que bailaban ante mis ojos: "Al Excmo. Señor don Francisco de Paula Sanz, en Buenos Aires, para entregar a don Fermín de la Colina".

Y en el reverso: "Envía sor Verónica de la Cruz. Convento de la Colina, de Zamora, España".

No demoré más. Me senté al escritorio, rompí los sellos y me puse a leer; deletreando casi, deteniéndome en cada párrafo para saborear un dicho, a veces una palabra, poco a poco, a fin de que el manjar durase mucho...

"Querido Fermín. Hijo:

Desde que te fuiste he aguardado impaciente que una letrilla tuya, una sola, viniera a poner calma al desasosiego de no saber de ti. Muy ocupado andarás en tu empeño de llevar ovejas indias al redil de Nuestro Señor, para que así te olvides de sor Verónica y del lugarcillo que ocupas en su corazón. Y no estoy sola en mis reclamos, hijo, pues todo el pueblo no hace otra cosa que preguntarme por ti, con especial señalamiento de Dieguito y su madre. ¡Mira que dejar sin payaso al pobre niño! Quiera esta carta aguijonear tu conciencia

y no permita que nos echéis al olvido. Todos esperamos verte un día regresar lleno de honores y acrisolado de virtudes; que a lograrlo fuiste con la ayuda de Dios y el permiso de esta, tu madre en Cristo. ¡Cuidado con estafarnos, caballero! Y no digo más, pues temo que no recibas estas letras y anden las pobres rodando de aquí para allá como perrillo sin dueño y expuestas a la curiosidad de los indiscretos. Cuando me contestes, sabré entonces donde mandarte con destino seguro mis apreciaciones sobre lo que ocurre en España y Europa en este casi final de siglo. Ello ha de servirte, quizás para que le encuentres una explicación a los cimbronazos que sacuden a la América toda, incluida, por supuesto, esa dichosa Patagonia que, si Dios no lo remedia, irá a caer en los bolsillos de quienes florecen con la usura y andan a las dentelladas con todo lo que encuentran sin el debido resguardo.

Recuerda, Fermín, hijo mío: una sola letrilla y pondrás un *tantico* así de alegría en el corazón de esta monja que no te olvida jamás en sus oraciones.

“Sor Verónica de la Cruz”

Cuando acabé la lectura besé la carta con la unción y el recogimiento que destinamos a las cosas sagradas. La guardé cuidadosamente en el bolsillo, abrí la puerta y me perdí como una sombra más en la oscuridad de la cubierta. La Cruz del Sur brillaba como nunca en el cielo colmado de infinitas constelaciones.

CAPÍTULO 15

Las aguas del río bajaban agitadas, barriendo con nerviosos manotazos lo suelto en las márgenes y dejando cuajarones de espuma en los remansos. Ráfagas de viento hacían que los sauces movieran sus ramas con espasmódicas gesticulaciones y los pastos se despeinasen al son de monocordes aullidos. Un cielo gris diluía brillos y derramaba tristezas. No caeré, no, en el recurso vulgar de convertir mi alma en un caduco espejo de circunstancias, pero algo, un poquito de aquella naturaleza conmovida por el eterno flujo y reflujo de causas y efectos ponía semejanzas en mi espíritu. Los sucesos de la víspera dejaron un pozo de revueltas inquietudes y vacilantes remordimientos. La relación con Huilen echada a rodar por entre el juicio de los curiosos y el íntimo reproche de haber yo descuidado las ataduras de amor con sor Verónica bien merecían la licencia de caer en peyorativas comparaciones. Dejad, pues, que me identifique con el paisaje y vayamos a buscar a Babieca; tiempo habrá para que deje en el sendero mi carga de pesadumbre.

Cuando llegué montado al lugar donde los Cañizo construían su vivienda, me salieron al encuentro Inés y la indiecita de *Puchero*, ambas de la mano, sonrientes, esperando de mí una exclamación de sorpresa. Fácil me resultó el complacerlas, pues Inés había hecho milagros transformando una niña mísera y desgraciada en otra de lustroso aspecto y cara alegre.

-¿Qué te parece? -me preguntó Inés tomando a la pequeña por los hombros y mostrándola como se muestra una muñeca.

Yo nada respondí, pero traté de que mis ojos y la boca dijeran todo lo que Inés pretendía, y un poquito más, pues la indiecita, aunque de pobre belleza y flacucha hasta la exageración, con ropa de la muchacha y el cabello azabache limpio y prolijamente peinado, parecía una flor que, nacida al borde del camino, se le ha limpiado de polvo y barro. Encantadoramente graciosas eran en cambio las sonrisas y las miradas encendidas en su rostro cobrizo. Recién cuando bajé del caballo y me puse en cuclillas frente a Rosita, pues tal era el nombre que *Puchero* le había puesto, le dije a Inés:

-Buen trabajo hiciste. ¿Y *Puchero*?

-Date cuenta: le han puesto botas a sus pies descalzos y como estorban su andar, no sabe si quitárselas o someterse al suplicio. Yo le dije que todo estaba en acostumbrarse y él me respondió con guiños y aparentando resignación. Pero anda e intenta robarle las botas...

Reí por las ocurrencias de Inés. Y marchamos hacia la techumbre donde la señora Mónica trajinaba. Exclamó al verme llegar:

-Buen día, hijo. ¿Has desayunado?

-Sí, madre -le respondí-. En el barco. ¿Dónde están los gemelos?

-Fueron a recoger juncos. ¿Por qué no vas tú con el caballo y les ayudas a traerlos?

-Allá voy; aunque preocupado, pues no me gusta dejarles solas y lejos de nuestra gente.

-Si lo dices por los indios, tengo a mano un pistolón *cargao* que no dejará en pie una ristra de salvajes. Ve tranquilo, Fermín, y trae cuanto podáis, pues se acercan las lluvias y conviene techar sin demora.

Monté en Babieca y emprendimos la marcha hacia la laguna larga y estrecha donde Santiago y Fidel segaban juncos. Se la conocía como El Juncal. La espesura de juncos era tanta y tan anegadizo el terreno que hubimos de hacer verdaderas acrobacias hasta pisar firme.

Cuando los gemelos me vieron saludaron alegres con los brazos en alto. Por medio de señas les hice entender que siguieran ellos con el segado y yo procedería a enfardar. Así, hasta el mediodía. Cargamos a Babieca cuanto nos fue posible y aseguradas las gavillas* con una soga, emprendimos el regreso. Llevaba yo el caballo por la rienda y me seguían Santiago y Fidel con sendos bultos sobre los hombros.

El viento había disminuido sus empujes y el sol echaba hacia la tierra haces de luz por entre nubes oscuras.

Pronto llegaríamos al cobertizo. Y la idea me alegraba pues el estómago pedía con no poca impaciencia algo en que entretenerse. De pronto, vimos a lo lejos una figura pequeñita corriendo hacia nosotros cual si el diablo la persiguiera. Poco a poco, Rosita fue perfilándose entre los resecos arbustos y el ocre amarillento de los pajonales. Una fuerte aprensión crecía, crecía en mí a medida que el rostro de la pequeña iba mostrándose cada vez más cerca, contorsionado por la congoja y enrojecido por el esfuerzo. Azucé al caballo para acortar distancias. Cuando nos encontramos Rosita cayó exhausta en mis brazos, respirando agitadamente y sin lograr que le salieran las palabras. Al fin pudo decirme:

-Indios querer llevar a... a Inés. Indios y un hombre querer...

Con la navaja corté de un solo tajo la soga que sostenía la carga y empujé las gavillas; libre el caballo, monté y acometí la carrera. Ignoro cómo pude sostenerme sobre el potro. Agarrándome de las crines, apretando las piernas contra los flancos, siguiendo con mi cuerpo el ritmo vertiginoso del galope, no medí los riesgos de mi inexperiencia. Solo quería llegar... y Babieca lo sabía. El animal pensaba conmigo...

Mi intempestiva llegada causó un revuelo. Me tiré del caballo y corrí hacia mi madre. De un vistazo me hice cargo de cuanto ocurría. El viejo Cañizo sujetaba a Inés por la muñeca; dos indios desgredados y con enormes lanzas trataban de apaciguar sus caballos, inquietos por la irrupción de Babieca. La mujer, echando chispas por los ojos y apretados los puños contra la cintura, dijo por lo bajo, sin mirarme:

-Tranquilo, Fermín. Deja que yo arregle esto sola o aquí habrá una degollina* -y alzando la voz gritó a su marido- Por última vez. Deja la niña. No me obligues a sacarle de tus manazas por la *juerza*.

* Gavillas: (f.) Conjunto agrupado de sarmientos, cañas, mieses, ramas, hierba, etc., mayor que el manojo y menor que el haz.

* Degollina: (f.) coloq. Matanza, mortandad

-La niña es tanto mía como tuya. E iré *ande* yo quiera que vaya.

Uno de los indios saltó:

-Ella ser mía. Yo comprar... Ser mi esclava.

Me fijé en el indio. Era Huenu. ¡El capitanejo que degollara a la pobre indígena! Una rabia inmensa me agarrotó los músculos y puso fuegos en mi sangre. Por las palabras de la bestia comprendí el diabólico drama del cual era yo parte. ¡Cañizo había vendido a su propia hija al más nauseabundo hijo de perra! Me fijé en Inés, la víctima de tan horrible embrollo y le vi altiva, serena, pero sin color en la piel. Al mismo tiempo me di cuenta del porqué de tan perversa situación: la niña que yo conociera en el Ayuntamiento de Zamora se había convertido en mujer; en una mujercita hermosa, finamente modelada y en la que el ropaje se resistía a inútiles ocultamientos. No pude explicarme la tardanza en percibir el cambio. Pero hubo algo aún más inverosímil en aquellos segundos de raras clarividencias: cual si obedeciese a un pase taumáturgico*, el rostro de Inés se convirtió por instantes en el rostro de sor Verónica. Todo, unido por fuerzas invisibles al desarrollo de los sucesos. La señora Mónica se abalanzó contra su marido para arrancarle a Inés, me metí yo en el entrevero con iguales propósitos, los indios hacían caracolear sus caballos tratando de acercarse a la muchacha... y esta se debatía en un remolino de tirones y zarandeos. Mas de pronto, el viejo Cañizo, sorpresivamente, con espumarajos en la boca, soltó a Inés y, enloquecido, se tiró contra la mujer; de un empujón hizo que esta rodara por el suelo y, sentándose encima, comenzó a propinarle puñetazos en la cara, en los brazos, en el torso... Yo apreté a Inés contra mí, la navaja en la mano, esperando la arremetida de los indios quienes por razones inexplicables se mantenían a la expectativa, permitiéndome el retroceso para poner mis espaldas a resguardo. Igual que una tromba aparecieron los hermanos empuñando las hoces. Al verlos llegar con los ojos desencajados, furiosos, amenazantes, los indios dieron media vuelta cual si nada tuviesen que ver en el asunto y se fueron llevando los caballos al trote. Mas a Fidel y a Santiago poco les importó el alejamiento de los salvajes. No bien avistaron a Cañizo zurrando a la madre, tiraron las hoces, agarraron al padre por las axilas y en volandas le llevaron en dirección al río. El viejo pataleaba, chillaba pero los sordomudos seguían impertérritos, cargándolo cual si fuera una rata. Pronto desaparecieron entre el bosque. Y en tales momentos, Inés se desprendió de mí y corrió tras los gemelos. No la retuve, pues al ver a la señora Mónica hacer esfuerzos para ponerse en pie, corrí a ayudarla. Con trabajo pude llevarle hasta uno de los banquillos bajo el techado, mientras ella me decía con palabras torpes debido a la hinchazón de los labios:

-¡Ay! Fermín, Fermín... si tú supieras... Corre, corre hijo y trae a tu hermana... Que no vea...

Le obedecí de inmediato. Les encontré cerca de la orilla y ya de vuelta. Inés,

* Taumáturgico: (adj.) Perteneciente o relativo a la taumaturgia, facultad de ejecutar prodigios.

sollozando, trataba de impedir el caminar de los muchachos golpéandoles con los puños en los pechos. Con los brazos caídos, altas las cabezas, los gemelos nada hacían para defenderse. Grandes lagrimones resbalaban por las mejillas de los gigantes. Traían las ropas empapadas hasta la cintura. Me acerqué con la intención de calmar a Inés, pero ella se abrazó de repente al cuerpo de sus hermanos y prorrumpió en un llanto convulso, intercalado por quejidos breves. Santiago, con extremada delicadeza la levantó en brazos y, apretándola fuertemente, la llevó hasta el cobertizo.

Cuando llegamos, vimos que la señora Mónica tenía a Rosita sentada en sus faldas; con una mano le ceñía la cabeza contra su pecho.

Santiago puso a Inés en el suelo. Esta, de pie, miró a su madre con intensa fijeza, en silencio. Después, la mujer ordenó con voz neutra, moviendo la cabeza hacia un costado:

-Dales a tus hermanos ropa para que se cambien; y ve mondando las patatas para el almuerzo.

Los sordomudos miraban inmóviles, inexpresivos en dirección al lugar por donde los indios desaparecieron. Inés al pasar a mi lado se detuvo para decirme con voz apenas modulada:

-¿Te acuerdas, Fermín? "... de pronto estalló alrededor nuestro una nube roja, estrepitosamente salvaje... y hubo un mar rojo, de sangre. Girando, girando en el torbellino, estaba la cara de mi padre..."

Sus ojos estaban húmedos por las lágrimas y todo su cuerpo traducía las señales de una profunda desolación.

.....oOo.....

Sentí que caía, caía... Busqué dónde agarrarme pero todo era metal bruñido con luminiscencias rojas y negras entre tonalidades de grises sucios, haraposos. Un remolino de agua y viento me arrastraba hacia abajo, y en el fondo bullían desiguales tinieblas. Como siempre, la salvación estuvo en el despertar. Sentado sobre la manta puesta sobre una cama de hojas secas, esperé a que la pesadilla se diluyera en la percepción real de las cosas: los gemelos durmiendo al lado mío y más allá, Inés y su madre casi abrazadas y tendidas sobre lechos improvisados. Un viento del Sudeste se hacía oír con machacona insistencia y grandes relámpagos rasgaban el cielo tenebroso. Sacudíase la techumbre al ser castigada por ráfagas con anuncios de temporal. El frío se metía por todas partes y aunque dormíamos vestidos y cubiertos por gruesas cobijas, la 'helazón' encogía los cuerpos y nos obligaba a taparnos hasta las orejas. Así estuve, como los demás, hasta que la pesadilla hizo que me incorporara presto en medio de la noche.

No era yo quien buscaba analogía entre el rebullicio de la naturaleza y el desbarajuste de mis sueños. Las semejanzas eran simples casualidades, aunque los amagos del vendaval de afuera se empeñaran en ponerle fondo al revoltijo de adentro; que no significaba pequeña cosa, dada la magnitud de la tragedia y el embotamiento intelectual

que siguió a los infaustos sucesos.

Tenues ronquidos salían de las gargantas de Santiago y Fidel. La señora Mónica, cada tanto, dejaba caer un suspiro hondo, prolongado, e Inés parecía no existir en aquella oscuridad herida por los intermitentes relámpagos.

Esos momentos de vigilia mordían perversamente; tal vez era la trabazón de lo irreversible en una desconcertante confusión de encrucijadas, con espacios de tiempo marcando una terminal: la de mi adolescencia. En pocas horas salté de una ingenua conformación de ensueños y aventuras a la realidad brutal del parricidio. Y esa clase de saltos, mi Dios, suelen terminar en el vacío o convertirse en aberraciones. Por primera vez la vida se aparecía con los pingajos del infierno para indicarme que yo era ya un hombre; y el súbito cambio dolía. ¡Vaya si dolía! Pero también se clavó en mí la clara constatación de que la terrible experiencia me ataba para siempre al destino de las cuatro personas que allí dormían. Tal el doloroso fluir de mis pensamientos, hasta que fui sacudido por los gritos que llegaron de lejos:

-¡Fermín! ¡Fermín...!

La voz de *Puchero*. De un salto me puse de pie y corrí afuera. Contesté, también gritando:

-¡Aquí *Puchero*!

A la luz de los relámpagos vi la silueta corriendo hacia donde yo estaba. Antes de llegar, me dijo alterado:

-¡Pronto! ¡A salir de aquí! ¡Se está inundando todo!

-¿Tan grave es la cosa?

-Anda, déjate de preguntas y despierta a la gente; a patadas, si es necesario. Mira si será grave.

No fue preciso recurrir a la drástica indicación de *Puchero*. La señora Mónica e Inés se habían levantado y requerían por las razones del alboroto. A los gemelos tuve que zamarrearles y decirles por señas la emergencia que nos apuraba.

Recogimos mantas y ropas; cargados con ellas marchamos detrás de *Puchero*, quien fue poniéndonos al tanto de la catástrofe.

Habíamos andado apenas quinientas varas cuando la lluvia se descargó torrencialmente. Las ráfagas la convirtieron en chicotazos que daban sin lástima en nuestros cuerpos e impedían que avanzáramos rápidamente. En segundos quedamos empapados y ateridos* por el frío, de tal modo, que hizo que nos gritara la señora Mónica:

-Cubríos con las mantas y sujetaos los unos a los otros. ¡Esto es el diluvio, válgame Dios!

Iba *Puchero* maldiciendo hacia los cuatro puntos cardinales, Inés entre los gemelos que no la soltaban y yo llevando del brazo a la señora Mónica sin evitar por ello que los

* Ateridos: (adj) Pasmados de frío.

dos anduviéramos de aquí para allá con bamboleos de borracho. Los troncos de los árboles y las desigualdades del terreno se nos descubrían en instantáneos deslumbramientos; a nuestros ojos, las danzas de ramas y malezas convirtieron la noche en una monstruosa zarabanda de brujas; no menos atemorizantes resultaron el ulular del viento y los encontronazos con más de un animal espantado por la inundación. Empezaba yo a dudar del buen juicio de *Puchero* que nos guiaba hacia el río en vez de llevarnos a las tierras altas, cuando lo oímos desgañitarse:

-¡*Verruga*!

Nadie respondió. Anduvimos un trecho más, y de nuevo *Puchero*:

-¡*Verruga*...!

Esta vez el viento nos trajo la respuesta, lejana, pero entendible:

-¡Aquí, *Puchero*...!

El agua sobrepasaba las rodillas y subía más a medida que avanzábamos. De repente vimos la figura de un hombre aguantando a pie firme las borascosas embestidas y, a su lado, la barca del “Carmen”.

-Vaya, diablos, ya era hora -nos gritó el hombre a quien le habían colgado *Verruga* por mote-. Un poco más y me encontraríais hecho carámbano.*

-Vamos, vamos, no tanto hablar y ayuda a que suban las mujeres -le respondió *Puchero*.

Treparon a la barca Inés y su madre, me empujó *Puchero* para que fuera tras de ellas y voceó de manera firme, como no lo habría hecho mejor el contraмаestre:

-¡Todos a empujar sin perder tiempo, granujas! Tú, *Verruga*, desamarra y vosotros, a jalar que buenos cuerpos tenéis *pa' la* emergencia.

Al quedar los gemelos como si nada les hubiese dicho, se dio cuenta del yerro y exagerando mímicas les hizo saber lo que de ellos pretendía. Tan rápido lo entendieron los sordomudos que sin esperar a que *Puchero* terminara con sus morisquetas, dieron dos empujones a la barca, de tal forma que la misma quedó enseguida a flote y con ganas de entregarse a la corriente, con gran alarma de los marineros que soltaron al unísono:

-¡Esperad, pezuñas de Satanás! -exclamó *Puchero*.

-¡Demonios, que nos dejáis anclaos! -voceó *Verruga*.

Y chapoteando se tiraron al interior de la barca. Prontamente tomaron los remos y detuvieron el ímpetu del bote, mientras con señas apuraban a los muchachos. Subieron estos y enfilamos río abajo. Digo mal, pues las aguas se movían de modo raro, desplazándose más bien hacia la orilla con impetuosos oleajes, saliéndose de cauce. Tuve la impresión de que una pared enorme detenía el correcto fluir de la corriente en derechura al mar. Y estaba yo en lo cierto, como pronto habré de explicarlo.

Remaban los marineros sin gastar alientos en palabras y los demás callábamos, pues

* Carámbano: (m.) Pedazo de hielo más o menos largo y puntiagudo.

la borrasca nos imponía sus destemplanzas.

Vivía yo los sucesos con la alteración anímica propia de lo grandiosamente imprevisto; sintiéndome incapaz de sustraerme a los influjos de una naturaleza desquiciada e inmerso en la noche poseída por gigantes enloquecidos. Iba en la barca como si la misma bogara en busca de horizontes ocultos tras murallones de pesadilla...

La voz de Inés al lado mío con la duplicidad del eco; débil, soltada en el tenue resbalar de un quejido:

-Todo se vuelve contra nosotros. Tengo miedo, Fermín, mucho miedo...

Nada le respondí, pero busqué su mano y la retuve en la mía.

-¡Allí está el "Carmen"! Gritó *Verruga*.

-¡*Por'to* los diablos! ¡Creí que no íbamos a llegar nunca! Agregó *Puchero*.

En efecto: la anhelada silueta se destacó en medio del río. La realidad desarticuló entonces la esotérica confabulación del Mal que agitaba nuestros sentidos, para volver al camino de siempre. Quisiera Dios que ese retorno ayudara también a borrar los siniestros íncubos* desatados en el mediodía. Algo debió percibir Inés de mis pensamientos a través de nuestras manos enlazadas, pues expresó con el mismo tono de antes:

-Ya nada será igual, Fermín... lo ocurrido marcará para siempre lo que vendrá...

.....oOo.....

Hay veces en que la violencia borra la noción del tiempo; o de lo que solemos llamar tiempo. Se prolonga al infinito o muere en la brevedad de un suspiro, solo treinta minutos duró la inundación y la borrasca que tuviera sugerencia de eternidad. Solo treinta minutos bastaron para que se torciera el rumbo de la Historia. Don Basilio Villarino encontró palabras más simples para explicar el fenómeno:

-Vuecencia sabe muy bien cómo empezó la cosa. Hace cuatro días, los vientos que soplaban con fuerza del Sur rotaron al Este, y anoche, a las once, se convirtieron en una instantánea y terrible taponadura de la cuenca del río que impidió el flujo normal de la corriente y obligó a las aguas a salirse de madre y a tomar el desvío más fácil, metiéndose en el llano.

-Más de una legua en algunas partes -rubricó don Francisco de Viedma-. Todos mis planes quedaron ahogados en la maldita inundación.

Hablaban los dos hombres andando, al tiempo que recorrían con las miradas los estropicios causados al fuerte y los esfuerzos de los hombres por rescatar lo que aún podía servir.

En ese momento se nos agregó el piloto Ros, que venía del interior de la fortaleza y a quien el comisario encaró de manera decidida:

-El informe, Ros... ¡Pronto!

* Íncubos: (adj.) Dicho de un diablo: Que, según la opinión vulgar, bajo apariencia de varón tenía trato carnal con una mujer.

-Sí, señor. La fortaleza se inundó unas tres cuartas, pero felizmente no hubo mayores contratiempos, pues aunque el personal dormía al producirse la inundación, el centinela dio parte y todos subieron al techo del almacén. Allí se mantuvieron hasta que bajaron las aguas, y ahora solo esperan las órdenes de vucencia.

-¿Los perjuicios han sido muchos? -preguntó don Francisco, a lo que respondió el piloto:

-Muy poco. Afortunadamente el desembarco de víveres no se hizo debido a que aún no se ha terminado el almacén. Así que solo se perdieron unos doscientos panes y dos quintales de galletas que estaban en el horno. En cuanto al terreno...

-Sí, ya veo que está como si nada hubiese ocurrido, las aguas se retiraron con la misma rapidez con que vinieron.

Se quedó un tanto callado don Francisco, pensativo, apretándose el labio inferior mientras se apartaba unos pasos para volver enseguida frente a nosotros. Dijo al fin, reflexivamente:

-Los indios me habían asegurado que las aguas no llegarían nunca hasta aquí. Ya lo veis: se equivocaron en grande... o hicieron por equivocarse. Debemos, pues, tomar lo ocurrido como un aviso del cielo y llevar el fuerte a donde jamás pueda inundarse. A la orilla de enfrente, en la ríscosa planicie del cerro. ¿Estáis de acuerdo?

No hubo una sola objeción. Visto lo cual, don Francisco comenzó a dar órdenes contundentes, seguras, sin el mínimo titubeo.

Por largo rato los tres hombres estuvieron cambiando ideas sobre la mejor forma de concretar el nuevo asentamiento. Hasta que don Francisco de Viedma dio por terminado el trascendente coloquio, expresando:

-Iré al "Carmen" a escribir el informe para Buenos Aires. El Virrey de Vértiz debe saber cuanto antes las causas y razones del cambio.

Al pasar por mi lado se detuvo para decirme:

-No olvides la misión que te ha sido confiada. ¿Crees que la inundación sea motivo de desencuentro con... tu 'Princesa'?

-Si así fuere, perded cuidado, señor. Iré hasta la misma tribu para ver a Huilen.

-Trata, sobre todo, de concertar un encuentro entre el Cacique Chololaquin y yo. La entrevista puede resultar beneficiosa para nuestros planes... De paz, Fermín, de paz.

Los últimos vocablos cortaron de cuajo las intenciones de soltar los míos, pues lo de "nuestros planes" no me cayó del todo bien.

Con velada sonrisa se alejó don Francisco, y yo emprendí el camino para encontrarme con la familia Cañizo. Se había dado el caso de que la señora Mónica quiso, contra viento y marea, saber cómo estaban sus tierrucas* después del temporal.

Cuando llegué vi a toda la familia ocupada en arreglar el desorden dejado por la inundación. Sin que me vieran me puse a observarlos con detenimiento. Me pareció que se movían con cierto automatismo, más obediente a motivaciones interiores que a las

* Tierrucas:(f) Denominación afectiva para la 'tierra' usada en Cantabria.

exigencias de las cosas que les rodeaban; sin diálogos, cada uno en lo suyo, trajinando cual entes maquinales dentro de una tarea común. Quien más atrajo mi atención fue Inés. En medio de sus quehaceres, se quedó de pronto erguida, tensa y mirando a lo lejos, sin parpadeos, obnubilada, pensé, por la transposición de velos interiores que le impedían, supuse, palpar la exacta medida de las concreciones. Pero no fui solo yo quien se dio cuenta de la vaga actitud de Inés. Su madre, que observábale de reojo, se plantó con toda su reciedumbre y dijo firmemente bondadosa:

-A ver si también tú nos llamas la desgracia. A lo hecho, pecho, niña. Mira lo que haces, que no es bueno *pa' el* alma tiznarse con culpas ajenas.

Inés le miró callada. Luego dijo con susurros de angustia:

-No os comprendo, madre. ¿Cómo podéis hablar de culpas así... a la ligera? Todos hemos sido parte de un...

-No desvaríes, Inés -le interrumpió la madre-. Solo hubo una culpa y ella estuvo en la locura de tu padre. Nadie sino él dejó suelto el demonio que le poseía. Y ello viene de lejos, hija; desde el nacimiento de tus hermanos. Y no digo más: que el devolver las cosas *pue' destapar* sapos y culebras. Vuelva mi niña a tener su carita de ángel *pa'que* esta familia vuelva a la Gracia de Dios.

Bajó Inés la cabeza, siguió la señora Mónica con sus quehaceres y en el aire quedaron meciéndose los dichos de la mujer, cual adivinanzas puestas a ventilar.

Yo permanecí apoyado contra un árbol, semiescondido tras un seto natural hecho de arbustos. Mi actitud no obedecía a un simple fisgoneo. Es que de pronto sentí la necesidad de apartarme de la trama que a todos nos envolvía y “ver” desde un punto fijo y ajeno la perspectiva de tan extremas situaciones. Así pude observar cómo Inés, tras el diálogo con su madre, había quedado una vez más inmóvil, mirando fijamente una supuesta lejanía. Después, con movimientos despaciosos, fue hasta un lugar del cobertizo y tomó una pala. Con ella en las manos marchó en línea recta hacia un bajío* donde la creciente había acometido con fuerza. Le seguí, tratando de que no me viera. La tierra arenosa estaba húmeda y crujía bajos mis pasos. Ni una sola vez miró Inés detrás suyo. Sin titubeos iba derechamente hacia donde solo ella sabía. Tras caminar un buen rato se detuvo. Le vi permanecer de pie junto a un bulto informe, caídos los hombros y baja la cabeza. Luego, desviándose un tanto comenzó a hincar la pala en la tierra blanda con el evidente propósito de hacer un hoyo. Me fui acercando. Ya cerca, vi con horror el cuerpo del viejo Cañizo, negro e hinchado. Estaba claro que el desvío de la creciente había arrastrado el cadáver del infeliz hasta el lugar. Me acerqué a Inés sin decir nada. Le quité la pala y me puse a cavar la sepultura. Ella nada dijo. Solo miraba, absorta. Su rostro inexpresivo tenía el color gris de la mañana.

Nunca olvidaré la escena enmarcada por la soledad del páramo; sin palabras, lúgubre por el rechinar de la herramienta que hacía aún más notables los silencios. Debió ser

* Bajío: (m.) Bajo. Elevación del fondo en los mares, ríos y lagos.

mediodía cuando todo concluyó. Tomé a Inés de la mano, apoyé la pala en mi hombro y nos fuimos de vuelta al cobertizo. Detrás quedó un túmulo bajo sin nada que lo distinguiera. Solo Inés y yo supimos de aquel final consumado en los límites de la locura.

Antes de llegar, Inés me apretó ligeramente la mano y dijo sin mirarme:

-¿Sabes, Fermín? No hubiese podido seguir viviendo con la visión de mi padre insepulto.

No dijo más. Yo también callé. Cuando llegamos la señora Mónica andaba de un lado a otro, nerviosa, preocupada por la ausencia de su niña. Al vernos llegar con la pala y nuestros rostros ensombrecidos, fue a sentarse junto a la mesa, con la cabeza entre la manos y un sollozo saliéndole en pedazos. Su decaimiento duró solo un instante. Enseguida se puso de pie, echó hacia atrás los hombros y expresó con simulada entereza:

-A ver si terminas de limpiar esos cacharros, Inés; pues al paso que vamos...

Y continuó con sus ocupaciones.

CAPÍTULO 16

Serían las cuatro de una tarde con espesos nubarrones por encima de un paisaje sin brillos, lleno de rumores escondidos entre los inclinados ramajes. El lugar donde solía encontrarme con Huilen estaba desierto. Montado en Babieca esperé largo rato a que la muchacha apareciera.

Persistían en mí las negras tintas de la tragedia. A ellas se les agregaba ahora el desencanto de la ausencia, hasta el extremo de no permitirme considerar que pudiera ser lógico el desencuentro con Huilen. Pero las ilusiones, que pese a todo revoloteaban en mi alma como pájaros nuevos, no resistían el enjaule de la dialéctica más simple; grave señal que la inexperiencia desunía en despareja fragmentación. La palabra “amor” asomaba apenas en el diccionario de mis desperdigadas percepciones.

Pensé en la promesa que le hiciera a don Francisco de Viedma: ir hasta la tribu en el caso de que fracasara la entrevista con Huilen. No hubo, pues, otro remedio que ponerme a encarar tan peliaguda promesa, y puse el caballo apuntando hacia donde estaba el asentamiento de los toldos; al Suroeste, pues era la dirección tomada por Huilen tras nuestras separaciones.

Iba el caballo a paso de hombre, siguiendo un sendero apenas visible entre la arisca vegetación que todo lo invadía. Los cascos del animal silenciaban sus golpeteos en la tierra blanda. El miedo, viejo conocido, empeñábase en acompañarme, dándoles a mis actitudes vergonzosos visajes y escudriñamientos, al extremo de que, a fin de tranquilizarme, Babieca se detenía de vez en vez para mordisquear alguna mata. Las sorpresas resultan posibles cuando se invaden cercados ajenos, o hay indios en permanente acechanza. Tendría algo de raro, por ejemplo, ¿que Nahuel irrumpiera de pronto con sus hombres y se diera el gusto de ensartarme con su lanza? ¿Qué la Virgen del Carmen y sor Verónica me ayudaran en la emergencia!

Habríamos andado algo de media hora, cuando un cántico extraño llegó a mí, asistido por el rítmico entrechocar de no sé qué. La voz era plañidera, gutural, con altibajos: “Oh... oh... om... um...”

El plañir resultaba estremecedor. Por instantes la salmodia se interrumpía, pero no el monótono acompañamiento. Mas de pronto se reiniciaba la cantinela:

“Oh... om... oh... um...”

Pensé en el gemido de la tierra subiendo entre matorrales en medio de agudos prolongados y bajos escurridizos. ¿Una letanía ofrecida a un dios salvaje? Me fui acercando y, a poco, vi a un ser estafalario sentado en el suelo bajo un pequeño toldo de cuero caballuno. Era una vieja esquelética, desnuda de la cintura para arriba, con senos colgando igual que pellejos vacíos, el pelo blanco, untuoso y boca desdentada. Su mano derecha agitaba una calabaza con piedritas en su interior; con ella iba marcando el compás del sonsonete.

“Oh... om... oh... um...”

Cuando me vio, el canto se deshizo entre quejas modulaciones. Su mirada se prendió a la mía con machacona insistencia... Luego, una tenue sonrisa apareció en sus labios y dijo:

-*Cümen*...

No entendí la palabra, mas por el gesto de la vieja supuse que nada malo significaba. Me enteré después, que al decirme *cümen* me había expresado “ser bueno”, lo cual valía un elogio en el buen sentir de los mapuches.

Con poca esperanza de que me comprendiera traté de sonsacarle el lugar de la tribu, pero solo conseguí negativos movimientos de cabeza y el vocablo *quimnon* una y otra vez. (“no entiendo”) Dispuesto estaba a reiniciar mi camino a la buena de Dios, cuando un grito me detuvo:

-¡Fermín!

Antü venía hacia nosotros con una fuentecilla entre las manos. Le vi como a una bendición del cielo, sobre todo, porque su carita morena mostraba bien a las claras que nuestro encuentro había llenado de gozo. Se dirigió con gran respeto hasta la anciana y puso en sus manos la escudilla llena hasta la mitad con una pasta blancuzca. Después, el hermano de Huilen se me acercó, diciendo:

-Le gusta mucho el *chicrul*

-¿Qué es eso, Antü?

-Una comida hecha con maíz blanco pisado, charqui, y papas; el charqui lo muelen bien, pues la *peumave* no tiene dientes ni muelas.

-¿La *peumave*, has dicho?

-Sí, la adivina. Como necesita estar completamente sola para cumplir con los encargos, se viene al bosque, y sueña cantando para saber. A veces se aparta de la tribu por tres o cuatro días y hay que traerle la comida. Pero, dime Fermín: ¿qué haces por aquí?

-Busco vuestra tolдерía. Necesito hablar con Huilen y como no la encontré en la orilla del río...

-Todas las mujeres andan muy ocupadas preparando las fiestas del Año Nuevo. Vamos, yo te enseñaré el camino.

-Anda, sube.

Y con mi ayuda dio Antü un brinco y se plantó en la grupa de Babieca. La *peumave* nos siguió con la mirada, mientras sonreía y, despaciosamente, daba vueltas en la boca los pellizcos de *chicrul*.

-¿Cuándo celebrarán la llegada del Año Nuevo, Antü?

-Dentro de seis días.

Y así, charlando de todo un poco, llegamos al poblado indio con el sol aún oculto tras la espesa cerrazón de las nubes.

.....oOo.....

Mi llegada a la tribu produjo confusión y expectativa. Para el pueblerío, la presencia de un muchacho blanco, solo, sin armas y mirando con desparpajo cuanto se le ponía por delante, resultaba inconcebible a grandes y chicos. Digo solo y digo mal, pues Antü iba conmigo. Su garboso andar y la sonrisa que le iluminaba el rostro mucho hicieron para que yo no tropezara con belicosas demostraciones de antipatía.

Pronto advertí que el tolderío distaba mucho en limpieza y construcción al del Cacique Julián. Las chozas (o *rukas*, en lengua mapuche) estaban prolijamente distribuidas, ni demasiado apeñuscadas, ni tan lejos las unas de las otras como para que sus moradores no pudieran oír el grito de alerta ante cualquier ataque enemigo. Los perros que seguían nuestra marcha nada tenían de repugnantes y los niños, que tanto se parecen los unos a los otros en la redondez del planeta (los ángeles desconocen la segregación) se les veía con los cuerpos libres de costras y tapadas sus entrepiernas con lienzos puestos a manera de pañales.

No sabía por qué dentro de mí estaba floreciendo la vara seca de un nuevo sentimiento, el misterio de una sutil anunciación. Por primera vez, aunque vago y distante, mi antiguo ideal surgía verdadero de entre aquellos toldos primitivos; un ideal marcado por el amor. ¿Estáis sugiriéndome que no era cosa que el cosquilleo de sensaciones puestas de rondón* por los encantos de Huilen? No os lo niego del todo, pero dejad que “el tiempo pinte las uvas”, pues es vano empeño entretejer ilusiones con lanzadera sin hilo.

-Antü, ¿falta mucho?

-¿Para qué?

-Hombre, para dar con tu hermana.

-A Huilen no podrás verla sin antes hablar con mi madre. Es la costumbre.

Nada respondí, aunque no me resultó gracioso el tener que presentarme ante doña Encarnación de Rojas y Galán de sopetón y fuera de lo por mí planeado, o sea: que en conocimiento Huilen de nuestra necesidad de una escolta india hasta Puerto San José, fuera ella quien me presentara a su padre y así poder yo transmitir directamente al cacique los deseos de don Francisco de Viedma. Y allí estaba, atado de pies y manos al firme propósito de Antü: cumplir con los protocolos tribales. Lo cual me lleva a confesar que, si bien le había expresado a Huilen mis grandes deseos de conocer a su madre, tales anhelos se habían convertido en una suerte de pánico ante el inevitable encuentro con la “monja guerrillera”.

Llegados a la *ruca* del cacique, de un brinco se plantó Antü en el suelo y entró corriendo en la vivienda, alta, cuadrada, de techo fabricado con buena cantidad de cueros cosidos con los nervios y venas de los mismos vacunos. La entrada, que los mapuches llaman *conhue*, estaba protegida por una gruesa manta de vivos y variados colores.

* Rondón: (loc. adv.) Intrépidamente y sin reparo.

Salió Antü para indicarme que podía entrar. Desmonté y, galleando* un aplomo que estaba muy lejos de sentir, traspuse el hueco, mientras el muchacho indio se hacía cargo de Babieca. No tuve tiempo de observar por dentro lo que la *ruca* me enseñó por fuera. La cacica estaba sentada sobre las pieles de guanaco. Contrariamente a lo que había supuesto, la estancia veíase bien iluminada por la luz que entraba a raudales por otra abertura hecha en el contrafrente, lo cual permitía que a doña Encarnación se le viera a pleno. Y nombro a tal señora sin vacilaciones, pues no podía ser otra persona con los ojos de color hierba de Huilen. Sus manos apretaban una rueca.

-¿Así que tú eres Fermín? Bienvenido seas.

La voz, recia, resultaba sin embargo musical y con modulaciones fáciles a las sonrisas. Yo no acerté con otra respuesta que la dictada por la más zafia* vulgaridad.

-Fermín soy, señora, para servirle.

-Anda, muchacho, siéntate encima de esas pieles y acomódate bien, pues sospecho que nuestra conversación ha de ser larga y tal vez sustanciosa. A ver; a ver si eres capaz de sentarte a la manera india con la misma elegancia y dignidad con que podrías hacerlo en un sillón de arzobispo. Difícil es, pero no imposible...

Así que empezábamos con un desafío, ¿eh? -me dije-. Pues ya le demostraría a la noble madrileña quién era Fermín de la Colina. Sin andar con rodeos me senté sobre las pieles como lo hubiera hecho cualquier patán. Y después de acomodarme, erecto y con las piernas cruzadas, le dije mirándole a los ojos:

-No sé hacerlo de otra manera.

-Has exagerado la compostura... pero con gusto acepto el desplante -dijo riendo por lo bajo- ¿Así que pecas de orgulloso?

-No es orgullo, señora.

-Rebeldía, entonces. Y ello me gusta. Es quizá el único pecado que justifico en vuestro Luzbel.

-En el nuestro, querréis decir; pues esa cruz me está diciendo que no soís una renegada de Cristo.

Con gesto maquinal acarició la cruz que colgaba de su cuello y se quedó mirándome. Luego entornó los párpados, y las negras pestañas ensombrecieron los rasgos de un rostro de complicado diseño. No era mujer joven, vista por los ojos de mis pocos años, pero conservaba una belleza dura, montaraz, con acentuadas contradicciones. Recordaba a través del alambique del tiempo. Puedo decir que había en ella marcadas divergencias entre lo que parecía ser, debido a su físico menudo, grácil, aristocrático, y la reciedumbre de un espíritu mostrado a través de una mirada punzante, escrutadora. Si a todo ello agregamos los atuendos indios en un cuerpo blanquísimo con matices rosados, colores que la vida nómade no había podido amortiguar, tendremos el privilegio de

* Galleando: (intr). coloq. Presumir de hombría, alzar la voz con amenazas y gritos.

* Zafia: (adj.) Dicho de una persona: Grosera o tosca en sus modales, o carente de tacto en su comportamiento.

conocer uno de los más raros trasplantes de una cultura en otra totalmente distinta. Atento estaba yo al escrutinio de tan asombrosa personalidad, cuando doña Encarnación, sin responder a mi comentario, llamó:

-¡Antü!

Se presentó el chicuelo y su madre le dijo:

-Anda, busca a Huilen, y dile que venga. Sin mencionar para nada la visita de nuestro amigo, ¿entiendes?

-Sí, madre.

Echó a correr el pequeño mapuche y doña Encarnación se expresó con desembozada sonrisa:

-Quiero ver la cara que pone Huilen cuando te vea. Es una manera de descubrir, por sorpresa, lo que el alma esconde, ¿verdad?

-Empleáis, señora, métodos muy... sugestivos para llegar al fondo de las cosas.

-Nunca me gustaron los rodeos. Si Huilen siente hacia ti, vamos, una gran simpatía, lo sabremos inmediatamente. ¿O me vas a negar qué tan interesado estás tú, como yo, por descorrer el velo? Y no te quepa la menor duda: confírmese lo que estoy sospechando y entonces sabrás, Fermín de la Colina, quién es doña Encarnación de Rojas y Galán, esposa del Cacique Chololaquin.

No cabía duda: en las últimas palabras se escondían tambores de guerra. Pero me hice el desentendido y expresé con voz tranquila y ademán sosegado:

-Deseo que vuestra merced me conozca por lo poco o mucho que valgo, y no así, de primera intención. Puedo decirles, no obstante, que mi presencia en este lugar obedece únicamente a una misión que debo cumplir por encargo de mi jefe, don Francisco de Viedma y Narváez.

La “terrible monja guerrillera” clavó sus ojos en los míos. Sostuve estoicamente la penetrante mirada y escuché que me decía:

-Bueno es saberlo, aunque tarde; pues de haber conocido las verdaderas razones de vuestra visita, mi actitud habría sido... más diplomática, digamos.

No se me escapó el cambio impreso en su manera de tratarme. El “tú” había desaparecido y, en su lugar, un “vuestro” frío, rodeado de incógnitas, ocupó el tono de una conversación hasta entonces campechana.

-¿Y puede saberse cuál es la misión que os han confiado? -me preguntó doña Encarnación con estudiada displicencia.

Iba a responderle que era al cacique a quien debía comunicar el mensaje. Mas de pronto, lo abrevado durante mucho tiempo en la Historia Universal hizo que yo recordara aquello de que, “detrás de todo gran hombre hay siempre una mujer haciendo de traspunte*”. Decidí, pues, mostrar las cartas sin titubeos.

* Traspunte: (m. y f.) Teatro. Persona que avisa a cada actor cuando ha de salir a escena y le apunta las primeras palabras que tiene que decir.

-Aunque el recado es para vuestro esposo, nada impide que lo conozcáis de antemano, pues no es secreto y puede pregonarse. Tan es así, que mi intención primera fue la de hacérselo conocer a vuestra hija con el propósito de que ella me aconsejara sobre el mejor modo de presentarlo al señor Chololaquin a quien el señor de Viedma respeta como cacique y como hombre. Y os ruego, señora, que me devolváis el tratamiento con que tuvisteis a bien de recibirme considerándome nuevamente como amigo de vuestros hijos y gran admirador de la señora.

Me miró doña Encarnación con gesto torvo y ojos divertidos; me dijo pausadamente:

-Tú no me engañas, Fermín. Eres enredador igual que un *Lazarillo de Tormes* a quien le han puesto el bonete de catedrático.

-Me falta el ciego, señora.

-Lo llevas adentro, muchacho.

-Dios me ayude, entonces, pues de otro modo no haré otra cosa que andar a los tropiezos por la vida.

Rió por lo bajo la madrileña y yo me regocijé interiormente al haber logrado retrotraer la conversación a la llaneza sin protocolos.

-Se da el caso, señora, -empecé- que cierta cantidad de españoles se encuentra en Puerto San José sufriendo una situación desesperada. Pues bien...

Iba a continuar, cuando se alzó la cortina y Huilen entró, decidida, con Antü detrás suyo. Me puse de pie rápidamente y ensayé un saludo reverencioso. Al verme, el rubor encendió su cara y un gesto duro fue poco a poco enturbiando sus facciones. Por momentos el silencio nos envolvió hasta que la muchacha estalló con una pregunta:

-¿Qué haces aquí? Convinimos en que sería yo quien te presentara a mi madre cuando ella lo viera oportuno.

-No te alteres, hija -intervino doña Encarnación-. Fermín ha venido obligado por un mandato de su jefe. Empezaba a explicármelo cuando tú le interrumpiste entrando de sopetón.

-Usted pidió que yo viniera, madre.

-Así es. Anda, siéntate y escuchemos lo que nuestro amigo ha venido a comunicarnos. Prosigue, Fermín.

-Enfurrñada*, se sentó Huilen junto a su madre, y yo me acomodé con mesura. Antü se marchó afuera, no sin despedirse de mí arrugando su cara con picaresca expresión.

La presencia de Huilen frenó mis simuladas arrogancias y puso titubeos en el alargue de las explicaciones. No escaparon a doña Encarnación tales congojas y acudió en mi ayuda con sospechosa prontitud:

-La situación de los españoles en esa península, que conozco muy bien, no es nueva para nosotros. Sabemos lo que allí ocurre. Comprenderás que estamos obligados a conocer cuánto pasa en nuestras tierras. Lógico es, pues, que utilicemos informantes

* Enfurrñada: (adj) Enfadada.

para saberlo con exactitud y de manera rápida. Ayer nos llegó un *huerquen*, o mensaje, para que mejor lo entiendas, que pinta con trágicos colores las penalidades de vuestros compañeros. Hambre, sed, peste; todo se ha juntado para convertir a Puerto San José en un verdadero infierno.

Don Antonio de Viedma, hermano de tu jefe y responsable de la tropa, ya no sabe qué hacer ni a quién pedir ayuda, pues según parece, al bueno de don Francisco de Viedma más le interesan sus intereses en el *Curru Leuvu* que los martirios de los que allí se encuentran.

Yo me resistía a creerle. Los conocimientos de doña Encarnación sobre los desastres en el Sur iban más allá de cuanto podía imaginarme. ¡Y al tono con que los expresaba! ¡Demonios...! Lenta en el hablar, machacona en los conceptos, autoritaria y condenatoria, ni Carlos III se hubiese despachado con parrafadas tan llenas de intenciones. Como yo me le quedara mirando con la boca abierta y el azoramiento en los ojos, paró en sus hondazos y dijo de la manera más inofensiva:

-Esta lana me está poniendo los nervios de punta. Se niega a dejarse hilar y hace perder mucho tiempo...

-Pues es una buena lana, madre.

-Entonces soy yo quien no sirve para tarea tan despaciosa.

-A ver dejadme a mí...

-Escuchadme, si es que podéis por un instante abandonar tarea tan importante... -dije con cierta brusquedad.

Desvió doña Encarnación la mirada de la rueca y Huilen puso la vara en su regazo. Tenía a las dos mujeres con los ojos puestos en mí como si jamás me hubiesen conocido. Y empecé:

-Antes que nada, una pregunta, señora: ¿Resulta muy difícil socorrer por tierra a los hombres de Puerto San José?

-¿Difícil? ¡Imposible para quienes desconozcan los caminos y las aguadas! -respondió doña Encarnación-. Además, están las tribus enemigas. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque mi presencia obedece a la necesidad de solicitarle a vuestro cacique ayuda para auxiliar a nuestra gente... que es la vuestra, si es que aún os consideráis española.

Me miró la madre furiosa, pero haciendo un esfuerzo simuló condescendencia y expresó:

-No veo la necesidad de hacer por tierra un duro viaje cuando tenéis los barcos para facilitar tan necesaria empresa.

-Si don Francisco de Viedma manda uno de los buques al Sur, tan solo quedaría el "Carmen" para defendernos de cualquier ataque indio. Y un solo barco...

-¡Maldito sea! -estalló la guerrillera-. Vuestro jefe pide con mansedumbre nuestra ayuda y ¡teme al mismo tiempo que le ataquemos! ¡La eterna paradoja castellana!

-No es el Cacique Chololaquin quien provoca los celos del señor Viedma.

-¿Quiénes, entonces? ¿Las tribus del Cacique Negro o del Cacique Julián? ¡Voto a

los mil demonios! ¡El hecho de que guerreemos entre nosotros no significa que deba aceptar Chololaquin el patrocinio de Castilla!

-Señora, no llegamos a la Patagonia con planes de conquista.

-¡Mienten los bellacos que así lo pregonan!

-¡Madre...!

El tono de suave reproche que Huilen imprimió a su palabra mitigó un tanto la destemplanza de doña Encarnación.

-Lo dicho -agregó- no va por ti. Eres muy joven para que tu alma sea cobijo de voluntarias felonías*. Pero es hora ya de que veas las cosas sin anteojeras y no hagas tú de albarda* para ruindades engañosas. La Conquista de América comenzó bajo una capa estampada de rezos y teñida de hipócritas mojigaterías; y así continúa...

-Dura sós al juzgar, señora.

-Razones me asisten para ello. Cuando se ha roto, como he roto yo, las ligazones con una sociedad corrompida por intereses bastardos y desmesuradas injusticias, el derecho a censurar es parte inalienable de la libertad. Hay dos maneras de luchar contra las arbitrariedades que nos gobiernan: una desde adentro, la otra, desde afuera. Yo opté por la segunda.

-La que habéis elegido suele llamarse traición.

-Este término infamante está plagado de innumerables acepciones. ¿Es traición, por ejemplo, que una madre salga en defensa de los bienes que a sus hijos les corresponden por derecho propio?

-No, cuando esos bienes son legítimos.

-Pues ahí tienes. ¿Esta parte del Nuevo Continente no es pertenencia acaso, de Huilen y Antü? ¡Es una herencia de siglos! Chololaquin la recibió de sus mayores y ella tiene que pasar a sus hijos, que son los míos.

Lo que la dama manifestaba con términos entresacados de la más pura retórica nada tenía de impresionable, es verdad, ya que siempre fue tema desde que Colón se dio de bruces con el supuesto Catay. Pero ¡el apasionamiento que subrayaba cada frase...! La noble castellana ponía en sus razones la misma fuerza que las reinas madres esgrimían para defender, en el Viejo Mundo, el derecho de sus hijos a encasquetarse una corona. Mas espera, amigo lector, que ahí no paró la cosa; veréis como una idea o proyecto puede llegar hasta el disparate en la mente de una mujer poseída por vaya uno a saber qué extrañas ambiciones o desmesuradas fantasías. Sigamos, pues, el inédito discurrir de doña Encarnación; para lo cual, fue necesario que utilizara yo una de las tantas banderillas que guardo para tales casos:

-Permitidme unas preguntas, señora. ¿Cómo lograréis legitimar el derecho de vuestros hijos en una Patagonia dejada de la mano de Dios, con tribus en permanentes peleas e invadida por una cultura superior? ¿De qué manera jugaréis vuestras cartas... en

* Felonías: (f.) Deslealtad, traición, acción fea.

* Albarda: (f.) Pieza principal del aparejo de las caballerías de carga.

el caso de que tengáis esas cartas? ¡Utopías!

Me miró la mujer conteniendo la respiración y apretando los puños. Huilen, expectante, seguía nuestros tironeos. Fácil resultaba adivinar que las palabras de su madre eran para ella el Santo Evangelio. Tuve en esos momentos la impresión de que estaba rozando una gran pasión; un ideal largamente pulido en el secreto de largas vigiliyas y exaltado por el tejemaneje de sueños y esperanzas. Temeroso de caer en antipáticas indiscreciones, quise cambiar el tenor de la plática, pero doña Encarnación no me dio tiempo. Dijo con estudiada displicencia:

-¿Utopías? ¿Qué entiendes tú por utopías? ¿Las de Tomás Moro trazando los planes para el gobierno perfecto? ¿Las de los jesuitas apretadas por los dogmas de una teocracia imposible? ¿Las de Platón con su *República*? Déjate de tonterías, muchacho, y escucha: América se convertirá, tarde o temprano, en una fragua universal, con su pluralidad de razas en ebullición permanente. Es ley de leyes, América no escapará a ese destino que hace a la razón misma de la Historia. No caerás, supongo, en el disparate de creer que nuestra prosapia ibérica es única, incontaminada. En nuestra sangre hay de todo, como en botica; y habrá más, mucho más. Las razas indígenas hace siglos que están esperando... ¿Quiénes serán los conquistadores y quiénes los conquistados? Mira a Huilen; observa a Antü. ¿Te atreverías a considerarlos criaturas decadentes?

-No, ¡por Dios!

-Pues igual que Antü y Huilen serán millones los que poblarán el Nuevo Mundo. Y ellos nos herederán, con orgullo, si es que de una vez por todas entendemos lo que es parir hijos. Porque llegará el día en que con todo derecho querrán vivir sus propias vidas y ocupar el lugar que les pertenece; y nuestro deber consiste en apoyarles para que la ley se cumpla.

Debo reconocer que las impetuosas premoniciones me tuvieron en suspenso e imposibilitado de meter baza en el casi monólogo de doña Encarnación. Fue Huilen la que rompió aquella especie de encantamiento:

-Decidlo, madre... Nuestros pueblos indígenas serán capaces de incorporar su cultura milenaria, los progresos que nos traigan de afuera; y haremos con las tribus dispersas el verdadero Mundo Nuevo. La del Cacique Chololaquin será la elegida para realizar la Gran Transformación. Así nos lo enseñaste, madre, y así ocurrirá.

-Sí, hija. Fermín, nuestro amigo, debe saber que tanto tú, como Antü, habéis sido preparados para encabezar la marcha de lo que vendrá.

Según entiendo, el andamiaje de un imperio a estrenar -agregué tímidamente y no sin cierto retintín*, otra vez la utopía...

No estaba apto para aguantar lo que se me vino encima. Doña Encarnación, echando rayos por los ojos y poniéndose de pie de un salto, me enrostró con voz airada y ademanes descompuestos:

-Veo que no entendéis nada de nada. Resulta inútil continuar hablando. Limitémonos,

* Retintín:(m) coloq. Tonillo y modo de hablar, por lo común para zaherir a alguien.

pues, al tratamiento de la cuestión que os ha traído; al respecto, debo comunicaros que ninguna respuesta podréis llevar al señor de Viedma, pues mi esposo está lejos de aquí, y sin él, no habrá decisión que valga.

Me puse lentamente de pie, desolado, sin comprender del todo la soberbia de doña Encarnación. Dispuesto a disculparme por el yerro que sin querer hubiese cometido, bajé la cabeza y con “un señora...” inicié el discurso que ni siquiera había pergeñado, cuando una fuerte voz mapuche interrumpió mis intenciones; venía de afuera y su tono dejaba traslucir cierta urgencia. También en mapuche respondió la madrileña e inmediatamente se apartó la cortina e hizo su aparición con una maraña de arrugas en su cara terrosa. Tras lanzarme una rápida ojeada se enfrentó a doña Encarnación y comenzó a hablarle con lo que supuse eran frases rápidas, cortantes, sin que un solo músculo moviera su rostro. Le oyó con suma atención la madre de Huilen, y cuando el anciano terminó la charla, le despidió con dos palabras y una mano indicándole la salida. Salió el indio. Por breves instantes el silencio ganó la vivienda. Huilen habíase levantado y, con la rueca entre las manos, observaba a su madre con expectación manifiesta. Así estábamos, cuando tres cañonazos, uno detrás del otro, me estremecieron de la cabeza a los pies. Rápidamente dije sin disimular el sobresalto:

-Perdón. Debo retirarme. Los barcos están siendo atacados.

-No hay tal cosa -expresó doña Encarnación-, lo que has oído son tres salvas que festejan la llegada a la boca del río de cinco barcos españoles. Los que seguramente habéis estado esperando durante muchos días. Así me lo ha hecho saber el anciano que acaba de salir. Ya ves: ciertos problemas se resuelven solos. Tu jefe no tendrá ya necesidad de socorrer por tierra a los desvalidos de Puerto San José. Entre tantos barcos, podrá disponer de alguno sin debilitar las defensas. Subrayó las últimas palabras, pues en ellas me pareció advertir el tufillo gramatical de una burla hábilmente disimulada; mas no me di por enterado, y traté de que mis palabras tradujeran un estado de ánimo propenso a la reconciliación, cosa que no me pareció imposible al notar yo, con alegría, que la voluble mujer había empleado una vez más el “tú” para conmigo. Dije, pues, con acentuada galantería:

-El señor de Viedma, no obstante, vería con mucho agrado que vuestro esposo le visitara.

-Se lo haré saber cuando él regrese de su excursión por el País de las Manzanas.

-Y otra cosa, señora. Os ruego que no me privéis del enorme placer que para mí significa la amistad con vuestros hijos.

-Mientras el trato no influya en... vamos, en la educación que yo les he procurado, no me opondré a esa amable camaradería. Pero cuidado: un paso en falso, Fermín de la Colina, y entonces verás lo que puede la madre de Huilen... y Antü.

-De nada tendréis queja, señora. Beso vuestra mano y me retiro, pues quiero presenciar la llegada de los buques.

-Ve sin demora, muchacho, pues la noche es cercana y en las sombras suele

agazaparse más de una acechanza.

Antes de retirarme me aferré con alma y vida a la mirada de Huilen. El verde hierba de sus ojos parecía brillar, como brilla la hierba cuando la perla el rocío.

-Hasta pronto, Huilen...

-Que Dios vaya contigo, Fermín.

Afuera esperaba Antü reteniendo a Babiéca por la rienda, mientras acariciaba complacido los belfos del animal. Respondió a mi sonrisa mostrando con largueza la bellísima blancura de sus dientes. Antes de que yo montara, me señaló algo puesto sobre las crines del zaino.

-Son para ti; las hice yo para que las uses cuando vayamos a cazar avestruces.

Eran unas boleadoras. Las tomé en mis manos y me ocurrió lo que suele ocurrir cuando la emoción nos atraganta; que no logramos arrancar del maldito cepo el término atascado. Solo atiné a revolverle los cabellos y a ceñir su cabeza contra mi cuerpo. Cuando ya hube montado, me dijo el pequeño, al tiempo que distorsionaba la cara con un guiño picaresco.

-Las boleadoras también sirven para voltear caballos, y jinetes.

-Riendo y con el brazo en alto me dijo adiós, mientras con trote alegre iba Babiéca buscando la senda abierta en la cerrazón del bosque.

-No diré que marchaba con miedo, pero sí preocupado. El cielo seguía cubierto por nubes que apresuraban el declinar de la tarde. Envueltos en la muñeca y fuertemente sujetados por los dedos, llevaba los tientos de las boleadoras; arma eficaz cuando se la usa al voleo y con la astucia natural del indio. Ya encontraría yo, sin embargo, la manera de suplantar práctica por improvisación; que la necesidad hace milagros y aguza el entendimiento.

CAPÍTULO 17

Cuando los cinco navíos anclaron frente a la colonia, no faltó un alma al recibimiento. Vítores y demostraciones de alegría pusieron en la mañana resonancias de fiesta. Pero ¡válgame Dios! Los recién llegados, lejos de celebrar nuestra algazara, nos miraban con estupor y hubo quienes se agarraron la cabeza al vernos cual hato de mendigos. Entonces caímos en la cuenta, por imposición de inevitables comparaciones, de cuanto habían sufrido nuestras apariencias durante el peregrinaje desde Puerto San José hasta el actual asentamiento. Los meses no habían transcurrido en vano y el desgaste a la vista estaba de quienes, seguramente, pensaron encontrar la colonia en pleno desarrollo, con sembradíos, cómodas viviendas y un buen comer. ¿Cómo nos atrevíamos a recibir, con telón abierto a los nuevos actores del drama? ¿Qué escenario estábamos ofreciéndoles? ¿Los dos barcos que hasta entonces nos sirvieran de refugio, los inicios de una fortaleza arrasados por la inundación y el otro fuerte, allá arriba, que apenas asomaba de sus cimientos? Por supuesto, estaba el ancho río, el dilatado valle y la vegetación prometedora; la vista esplendorosa que nos llenara de vírgenes entusiasmos la primera vez; sí, ella se exhibía con la prodigalidad de madre joven. Pero los que llegaban oteando riquezas fáciles, solo veían el vestir desastroso que apenas tapaba la delgadez de nuestros cuerpos, muestra de la frugalidad casi franciscana de uso obligado en aquel rincón del vasto imperio. ¡Cuántos hombres y mujeres habrán sentido el impulso de volver al encierro de sus vetustas aldeas! Mas como la esperanza se templea en el infortunio (quizás porque sin ella todo está perdido), los campesinos, artesanos y tropa fueron poco a poco haciéndose a la idea de que el sitio no era lugar de esclavos; ellos mismos tendrían que arrancar los frutos a la tierra, sentir en carne propia el rigor de las malas cosechas y ver, en un solo día, la langosta arrasando el esfuerzo de meses. En cuanto a los soldados y marineros, los pobres padecían el endémico mal que trae el ganar poco y sufrir mucho las acechanzas del indio. Pero allí teníamos a don Francisco de Viedma con sus visiones y sus estrategias de pacificador, haciendo de nosotros el fermento de sus realizaciones; y no le iba tan mal, pues aunque tarde y a fuerza de sus muchos reclamos, las autoridades de Buenos Aires cumplían, si bien a regañadientes, con los envíos materiales, armas, técnicos y pobladores con que apresurar la construcción de la fortaleza y el comienzo de los cultivos, haciendo así que el mencionado fermento hiciera lo suyo y no se diluyera en inútiles trabajos.

Algo, sobre todo, puso al andaluz de humor excelente: la llegada del ingeniero Pérez Brito, hombre de gran capacidad en su oficio; él tendría a su cargo el proyecto y la dirección de los trabajos en el fuerte, ayudado con notable inteligencia por José Puches, el maestro mayor. No por eso disminuyeron las preocupaciones y desventuras de don Francisco, que no sabía cómo hacer para dar vivienda a la nueva gente, y al mismo tiempo calmar el ánimo levantisco de muchos, enredados en dispares criterios sobre quién era la verdadera autoridad de la colonia, pues se daba el caso de que la tropa

negábase a cumplir las órdenes que no emanaran de su jefe, desconociendo así el mandato civil del comisario.

.....oOo.....

-¡Oh, *mon petit*! ¡Me alegra mucho verte!

¿Qué significaba aquello? ¡Nada menos que monsieur Duamel cargando costales en una balsa! Quedé pasmado. ¿El estafalario personaje era realmente el mayordomo y peluquero de don Francisco de Paula Sanz? Con apretada camisa, basto chaleco y desprolijos calzones estaba el francés muy lejos de la pulcra figura que yo conociera en el “Princesa”; y al mirar en torno, azorado, caí en la cuenta de que el grupo del cual formaba parte era el de los presidiarios. La comprobación aumentó mi desconcierto y solo atiné a preguntarle:

-¿Qué hacéis aquí? No comprendo...

Me tomó de los brazos y echando a mi rostro una carcajada expresó:

-No es esta la ocasión para que pueda explicarte mi presencia. Convengamos una entrevista al anochecer y lo sabrás todo. ¡*Mon Dieu*! ¡Estoy seguro de que no vas a creerme! Déjate acompañar por una jarra de vino y oirás cosas tan verdaderas cual los sermones del Evangelio.

Convenimos en encontrarnos cerca de allí, sobre un ribazo de la costa lo suficientemente aislado para que nadie nos interrumpiera. Siguió él cargando bolsas y yo fui a la búsqueda de don Francisco de Viedma.

Hallé a don Francisco rodeado por algunas familias ansiosas por saber dónde pasarían la noche.

-Pues en los barcos -les decía tranquilizador-, ya habrá tiempo para construir viviendas; provisorias, por supuesto, dada la urgencia de vuestros acomodos.

Me puse a su lado, y al verme, expresó:

-Debemos hablar de tu aventura en los toldos, Fermín. Con la llegada de los navíos no hemos tenido tiempo de tratar el asunto. Ven y mientras caminamos, irás contándome cuál fue el resultado de tus gestiones.

Se despidió de las personas que le habían tomado como “pañó de lágrimas”. Mientras bordeábamos el río buscando el “Carmen”, fui poniéndole al tanto de lo que me ocurriera con la esposa del cacique, callando, por supuesto, todo lo referente a Huilen. Cuando hube terminado, apretó su labio inferior con los dedos, tal cual era su costumbre cuando reflexionaba, y luego habló:

-Sé, Fermín, que mucho callas, pero ello no hace el fondo del asunto y no quiero meterme en cosas que a ti solo atañen. Mas te pido, muchacho, tengas cuidado, pues a veces consideramos de nuestra exclusiva pertenencia lo que es de todos. Sabía yo algo sobre la esposa de Chololaquin, pero necesitaba confirmar si la cacica era realmente doña Encarnación de Rojas y Galán, y nadie mejor que tú para averiguarlo, dadas las circunstancias.

-¿No cree vuestencia que el resultado es magro? En nada os favorece la oposición de esa mujer a vuestros planes.

-¿Quién lo sabe? El tiempo dirá si los tantos en nuestro poder nos servirán en el juego. Ahora, Fermín, a esperar el regreso del cacique. Cuando le tengamos a tiro, serás tú quien ha de presentarle la invitación para una entrevista en el “Carmen”; felizmente, sin la necesidad de recurrir a sus favores, pues mañana saldrá uno de nuestros navíos hacia San José.

Ya nada teníamos que hablar, así que nos separamos.

El avanzado crepúsculo llenaba de sombras los movedizos ramajes de los sauces, y el río se ponía cada vez más oscuro. La campana del “Carmen” anunció el momento del Angelus, y, tal cual habíanme adoctrinado, detuve un instante mis pasos, bajé la cabeza e hice la señal de la cruz. Solo entonces me dirigí hacia el lugar del encuentro. El vino quedaría para otra ocasión, pues no era el caso pagar por adelantado valores dudosos.

Cuando llegué, nadie había en la roca. Subí a la plana superficie y me puse a observar el rito diario de la naturaleza al refugiarse en el misterio de su melancolía. Así pasó un rato. Estaba yo pensando en la conveniencia de retirarme, cuando oí la voz detrás mío:

-*Bon soir*, joven amigo, aquí me tienes. ¿Has traído la llave de las confidencias?

-¿El vino? Tiempo habrá para ello.

-Lástima, pues con él se hace más fácil abrir el alma y no tener en cuenta los reparos.

Mientras hablaba, se sentó con las piernas cruzadas bajo el abultado vientre. Yo hice lo mismo. De repente el *monsieur* me sorprendió con una pregunta desconcertante:

-¿Has sentido alguna vez los deseos irrefrenables de comer la fruta o golosina que no te pertenece?

Y sin esperar respuesta se lanzó a la charca de oscuras e insólitas revelaciones, sin parar, cual si le urgiera descargarse de un peso molesto.

-*Mon petit*, es lo que me sucede ante cualquier objeto de valor; no puedo resistir el echarle mano y llevármelo al nido, tal cual lo hace la urraca. Pues figúrate la cantidad de tentaciones que me asaltaban por obra y gracia de mi oficio. Concurrente yo a las más elegantes casas de Buenos Aires (pues fue muy apreciado mi arte), aretes y anillos, pulseras y collares quedaban a mi alcance cual burlonas acechanzas del demonio. ¿Cuántas veces pedí a mi amo que no accediera a las solicitudes de sus amigos y amigas, y me mantuviese bien guardadito en su casa, sin echarme a las de los otros para que me restregaran por el hocico todas sus vanidades? No conocía don Francisco de Palma mi aberrante inclinación, ya que a él nunca le robé nada, tal vez por considerar yo que todo lo suyo eran bienes compartidos; que así ocurre cuando son muchos los años de servicio y amo y criado forman unidad en las costumbres y preferencias.

Yo no salía de mi asombro y oía el afrancesado castellano (perdóneseme el descaro), con el regodeo propio de quien está leyendo las más inverosímiles picardías. No estaba yo aún en condiciones de juzgar los retorcimientos de ciertos extravíos, o de

compadecerme, por no sentirlo en carne propia. No debe extrañarlos, pues, que dijera con la inconsciencia del ignorante:

-Pues buena cosecha habréis tenido...

-¿Lo crees así? -me respondió-. Pues nada poseo, créeme. Cuando se descubrió mi inclinación a lo ajeno, encontraron en un arca de mi pertenencia todo lo robado en una y otra parte. Las joyas no las utilizaba yo para darme gustos o aprovisionarme para la vejez. Robo por robar; con el placer del jugador que pone sobre una carta sus últimos doblones. Yo arriesgo la libertad, y el cuello si viene al caso. Hablo en presente, pues la condena que me obliga a pasar dos años en estas soledades no ha curado mi pasión por tales desvaríos.

-Pues no es broma cuanto le ocurre, monsieur. Decía don Rafael, el cura que usted conoció en el “Princesa”; “más vale morirse a tiempo antes que caer para siempre en las redes de Satanás”; y el tal demonio le tiene bien agarrado.

Nada me respondió. Envueltos ya por la noche sin luna, apenas nos veíamos el uno al otro. Una piedra castigó con fuerza las aguas, arrojada, me di cuenta, por el callado francés. Cuando me habló lo hizo empleando un tono bajo, distinto al de antes:

-Don Rafael... Bien sabía él de estas cosas...

-Mi maestro estaba al tanto de su...

-Fermín -me interrumpió- dejemos la cosa tal cual está. Querías saber las razones de mi presencia en la Patagonia, y te complací. Ahora voy a echar al garguero unas pintas de vino. *Au revoir...*

Por el movimiento advertí que intentaba incorporarse, pero le contuve sujetándole por el brazo.

-Oh, *monsieur*, así la cuestión queda sin terminar. El nombre de don Rafael no debe utilizarse en divagaciones. Conque... veamos de poner las cosas en su punto, ¿eh?

-No conseguirás sacarme una palabra más. Hay hechos que no debo decirte. No tienes edad para escucharlos, ni yo la retórica que pudiera encubrirlos.

-Siempre hay una primera vez -le respondí-. Además, no corresponde a usted el juzgar si mi entendimiento está preparado o no para recibir ciertas revelaciones. Adrede, o sin querer habéis despertado en mí algunas viejas inquietudes difíciles ahora de encerrarlas entre dormideras.

-Dilas.

-Una sola. ¿Qué ocurrió entre don Rafael y don Francisco de Paula Sanz? Algo me contó mi maestro, pero no lo suficiente para revelar el enigma que dejó flotando ante mis ojos antes de marcharse al buque negrero.

Llegó a mis oídos un mastigar de rezongos. Indudablemente, el *monsieur* se resistía a destapar el caldero. Pero al fin, cauteloso, se decidió:

-Te dije que el padre Rafael sabía mucho sobre las aberraciones que, igual a la mía, atan al potro de todas las indignidades. Ya que te empeñas, prepárate a mirar dentro del pozo. Pero antes haré una pregunta cuya respuesta facilitará mi andar por las

escabrosidades de ciertas confidencias. ¿Alguna vez te relató el cura Rafael el pasaje del Antiguo Testamento donde cuenta la destrucción de las ciudades de Sodoma y Gomorra? Contesta.

-No.

-Lo suponía. Porque él fue uno de los muchos que escaparon de la ira de Dios. Don Francisco de Paula Sanz fue también uno de ellos. Compadécelos, muchacho, porque igual a lo ocurrido con la antigua *Leyenda del Judío Errante*, los sodomitas andan desde entonces cargando sobre sí las culpas de viejas desviaciones.

Hizo el francés una pausa que aproveché para endilgarle:

-Perdone, pero nada entiendo.

-Oh, lo quieres más claro, ¿eh? ¡Pues ahí va! Tu querido maestro y don Francisco de Paula eran amigos, pero también amantes. Y no me preguntes qué es esto de amantes entre dos varones, pues consideraré, entonces, que aún no has bajado del limbo.

-Es posible que allí siga, pues en mis estudios de Ciencias Sagradas y de los otros, ninguna materia me explicó las barbaridades que acabáis de señalar. Siempre entendí que los amantes son hombre y mujer, para prolongación de la especie y santidad de la familia.

-Amén... Eres más ingenuo de lo que suponía; y como no estoy dispuesto a desburrarte en cuestión tan delicada, proseguiré con la *Leyenda de los Sodomitas*; ya tendrás tiempo de sacar conclusiones, si es que tu perspicacia es normal y aprende a mirar en el pozo... sin irte de cabeza.

-No se pierda en palabras y a concretar; la cena espera y sus baturrillos no me han quitado el hambre.

-Pues dejemos así las cosas...

El bribón del peluquero capaz era de dejarme con tres cuartas de narices, así que amainé los desplantes y le insté a continuar:

-Sé -le dije- que los dos amigos hicieron de las suyas en el reino de Nápoles.

-Allí fue donde los señoritos, o señoritas, unieron la zarabanda* de sus vicios. Porque sabrás, supongo, que don Francisco de Paula es personaje de alta alcurnia, y tu don Rafael Carranza hijo de las más alta diplomacia.

-Tanto, que don Francisco de Paula Sanz no es otro que un hijo bastardo del rey. ¿Ve que no soy tan lelo?

-Advierto que lo sabes, y ten cuidado, pues el regar tal aserto bien puede costarte la cabeza.

-Hombre...

-Ni más ni menos. Aunque en boca de todos ciertos poderosos se empeñan en considerar el asunto como secreto de Estado. Pero acabemos... No hubo en Nápoles

* Zarabanda: (f) Danza lenta, solemne, de ritmo ternario, que, desde mediados del siglo XVII, forma parte de las sonatas // Lío, embrollo.

depravados mayores, por lo menos a la vista del mundo y bajo el manto de la libertad, o de una licencia apta solo para los privilegiados de la alta nobleza. No me preguntes quién era el vicioso y quién el invertido por natura, pues no lo sé. Y aquí viene el verdadero intrínquilis* de la historia: por circunstancias que se desconocen, ambos amantes se trenzaron una noche en furioso duelo de espada en una calle de Nápoles. Tan reñido fue que aún hoy se recuerda. Quedó don Rafael malherido y desapareció sin dejar rastros. Durante muchos años nadie supo dar razón de su paradero. Cuando le vi en el “Princesa” vestido de fraile casi me caigo de espaldas. Asombro que no advertí en mi elegante y regio amo, lo cual puso en evidencia que él bien sabía sobre el cambio operado en su antiguo compinche. Y termino con una pregunta: ¿Has sabido algo de tu protector?

Le respondí negativamente, tras lo cual, se puso de pie, saltó del ribazo*, y pronto a retirarse me dijo:

-Recuerda que me debes una jarra de vino. Marcho de prisa, pues barrunto* que estarán sospechando una huida hacia los toldos.

-Esperad. ¿Puedo preguntaros si tenéis la intención de aguantar aquí los dos años de condena?

-¡Oh, la, la! ¿Cómo se te ocurre? Tengo dispuesto marchar hacia el Sur con dos indios amigos. Ellos me aseguran que conocen al dedillo el lugar donde se encuentra la Ciudad de los Césares. ¡*Mon Dieu!* ¡Volveré lleno de oro y plata a mi querida Provenza!

-Dejaros de fantasías, pues la tal ciudad existe únicamente en la imaginación de exaltados soñadores y enloquecidos ambiciosos. Cuidad de que tales indios no os lleven a una trampa mortal.

Se fue riendo por lo bajo. Nunca más volví a encontrarle. Tal cual él me lo adelantara, cierto día desapareció de la colonia, según testigos, hacia la solitaria desmesura donde los vientos soplan desbocados y las montañas de hielo permanecen inmutables cual vigías de la eternidad.

Yo seguí allí, a solas con mis pensamientos, que iban y volvían igual que una marejada jugando con los restos del naufragio, pues tal era la sensación puesta en mí por las revelaciones del pícaro francés. Habréis comprendido, amigos lectores, que el fatuo chisporroteo de mis parrafadas sirvieron solo para encubrir el desasosiego primero, y la angustia después, que el espectro de miseria moral diseñado a vuelo de fábula metíase en la sensibilidad de mis presunciones. No supo el relator que cada una de las sugerencias echadas por él en mi juicio a punto estuvieron de abrir a pleno las compuertas del llanto; sí, sus expresiones hicieron trizas la imagen que siempre tuve de mi amado maestro. Solo cuando me entregué desvalido a la soledad que me rodeaba a modo de un gigantesco confesionario, empecé a ver claridades; surgían aquí y allá,

* Intrínquilis: (m) Dificultad o complicación de algo.

* Ribazo: (m) Porción de tierra con elevación y declive.

* Barrunto: (m) Indicio, noticia.

tímidas, temerosas quizás de encontrarse con mis rechazos. Necesitaban una fulguración, y la tuvieron: el viaje a Zamora hecho a lomo de un pobre jamelgo* y ceñido yo a la espalda del padre Rafael. ¿Lo recordáis? Cuando le pregunté a boca de jarro por qué se había hecho sacerdote, me respondió tras larga pausa: “Dime, Fermín: ¿Has intentado alguna vez apretar una brasa, tenerla en el puño? No, ¿verdad? Mas haz de cuenta que esa brasa la tienes sin buscarla en el alma, en el corazón, en los sentidos. Es brasa que no quema; soplada por Dios, se convierte en llama que no calcina. Es fuego de amor vivo que va moldeando el espíritu a la medida de la eternidad... A eso le llamo vocación sacerdotal”. Y al responderle yo “que el hacerse cura era entonces de lo más sencillo”, me dijo apesadumbrado: “¡Sin embargo no es fácil, Fermín; hay veces que para lograr aprisionar la brasa debemos primero trasponer todos los fuegos del infierno”. Dijo algunas cosas más, pero con la referida basta para entender que don Rafael Carranza llegó al sacerdocio por caminos abruptos, enconados de purulencias malignas; esas que el *monsieur* quiso presentarme con pusilánimes circunloquios. Y me halaga el decirlo: por esa andadura en el recuerdo, fui recomponiendo la figura del hombre que me formó intelectualmente tras años de convivencia sin sombras ni resquemores. Mas ¿a qué alargar un tema ya trillado por la Santa Madre Iglesia? Tomad ejemplo de un Agustín o un San Francisco de Asís. Y aunque no pretendo meter a mi maestro en el molde de la santidad, no por eso desmentiré a los pobres negros esclavos que, ellos sí, habrán visto en el cura *Quijote* un círculo de luz donde debía estar el yelmo.

* Jamelgo: (m) coloq. Caballo flaco y desgarrado, por hambriento.

CAPÍTULO 18

Para un muchacho, ¿qué significa el amor? Puede ser luz traspasando los pétalos de una rosa o la exaltación del instinto convertido en deseo; también, las dos sensaciones amalgamadas en carne y espíritu. Pensad si un adulto suele perderse en tales vericuetos, ¿cómo estaría yo con la imagen de Huilen rondándome a toda hora? No vayáis a imaginar que desconocía, este vuestro escriba, los tejemanejes entre varón y mujer: la pasión, el erotismo, la lujuria, el galanteo y todos los recursos de que se valen los autores para sus engaños*. Vaya: ¡pues no había leído poco sobre esas argucias en los libros puestos a mi alcance por don Evaristo Saavedra! Solo con el *Quijote* tuve de sobra para desburrarme. Mas una cosa es la imaginación y otra, la experimentación; y con lo dicho no desprecio los ventanucos que Cervantes abriera a mi entendimiento, pues toda fábula tiene su moraleja para instruirnos debidamente. Pero, ¿cómo se las hubiese arreglado don Miguel, en la Patagonia, con una Huilen fuera de contexto y un Fermín a los topetazos con las primeras escaramuzas del amor? Y sirva este palabrerío para explicaros por qué iba yo, caballero en mi Babieca, hacia el lugar donde solía encontrarme con la alborotadora de mis sueños; sin esperanzas de hallarle, claro, pero anhelando introducirme, aún sin ella, en el ambiente propicio para reverdecer los fútiles sucesos que hacen a la esencia misma del enamoramiento.

La tarde se prestaba para abanicar con regodeos la invisible presencia de Huilen. El sol hacía resaltar el cromatismo de la eterna paleta; un aire enredador mecía en los columpios de las arboledas, y el río se deslizaba con murmurar de rezos. En lo alto, el azul era intenso con pájaros perdiéndose en las reverberaciones de la inmensidad. Nada hacía pensar en peligros o acechanzas. A paso lerdo Babieca respetaba, religiosamente (si es que los caballos entienden de religión) el idílico fluir de mis pensamientos. Hasta que me vi de golpe frente a una figura estática, montada en alazán de largas crines, lanza en alto, mirar fiero y rostro pintarrajeado. Era Nahuel. No voy a ocultar que el esperpento me produjo miedo. Allí estaba, con el torso desnudo, los largos cabellos sujetos por una vincha y los músculos tensos, impidiéndome el paso. Tiré de las riendas y tanteé las boleadoras puestas en la montura: mi única arma, pues de nada servía la navaja en ese trance. De pronto, un alarido me golpeó los oídos de manera brutal. Nunca imaginé que el tan mentado recurso indio tuviera tanta fuerza intimidatoria. Dio el alazán un salto y el salvaje embistió con la lanza apuntándome al pecho. Tal cual se esquivaba una pedrada (y en eso era yo ducho en mi pueblo), me tiré hacia un costado. Pasó la lanza rozándome el cuerpo y hubo bruscos rozamientos de caballos y piernas. Perdí el miedo. Sabía ya cómo defenderme: no dejando espacio a la caña de Nahuel para que hiciera su juego. Aferré los tientos de las boleadoras y mientras las volteaba sobre

* Engaños: (f) coloq. Engaño artificioso con apariencia de utilidad.

mi cabeza, tiré a Babieca contra la grupa del alazán, sin dar tiempo a que este se alejara y Nahuel pudiera repetir el ataque. Pero el indio conocía todos los trucos del combate y yo era apenas un aprendiz en el manejo del caballo y las boleadoras. Hizo parar el caballo en dos patas mientras él, contorsionando el cuerpo, detuvo con la lanza el giro de las bolas, consiguiendo que los tientos se enroscaran en ella. De un tirón pretendí arrancárselas de las manos, pero también me aventajó en el intento. ¡Vaya manera de moverse sobre el caballo! Soltó la rienda, con las dos manos aferró la caña, apretó las piernas contra los flancos del animal y lanzando otro alarido partió al galope; fui tras él violentamente por culpa de mi estúpida pretensión de retener el extremo de las boleadoras. Caí sobre los matojos del sendero y allí sí tuve que abandonar el arma para no ser arrastrado como un muñeco. Mi rabia llegó al paroxismo. De un salto me puse de pie, saqué la navaja y, abriéndola, adopté un gesto fiero mientras gritaba:

-Anda, ¡ven salvaje hijo de perra!

Me respondió con una carcajada. Yo hubiese preferido un lanzazo. Sentí la humillación golpeándome como un insulto. Pensé en Huilen. ¡Suerte que no estuviese presenciando mi ridícula desventaja! Y cuando mi entereza comenzaba a resentirse, alguien me empujó desde atrás. Babieca, con su morro, decíame que no aflojara o tendría él que avergonzarse por tener un amo sin agallas. ¡Dios! ¡El noble caballo reprendía al caballero! Y me fui al ataque. Nahuel, que no esperaba aquello, quedó por instantes desconcertado, sin atender cabalmente mis intenciones. Yo las vi muy claras. Derribaría al indio de su caballo para que ambos quedáramos de igual a igual. Aún a riesgo de que el animal me aplastara con los cascos, veloz me arrimé a su grupa y comencé a darle pinchazos en el ijar derecho. Empezó el alazán a corcovear, Nahuel a querer sujetarlo con las riendas y todos a dar vueltas en una ronda de locos. Mi propósito se cumplía. Ciertamente estaba jugándome entero en el revoltijo, pero lo prefería a tener que sufrir otra vez el suplicio de la afrenta. Solo un jinete como Nahuel era capaz de resistir el zarandeo. Adherido igual que garrapata, intentaba lo imposible con tal de salir de la enojosa situación, mientras hacía desesperados esfuerzos por golpearme con las boleadoras. Hasta que ocurrió lo inesperado en uno de los revuelos: el alazán plantó sus cascos delanteros sobre la 'humanidad' de Babieca, rompiéndose de tal modo la discreta neutralidad de mi caballo. Una serie de coces cayeron contra el alazán, viéndoselas negras el indio para resistir a un mismo tiempo el corcoveo y la coceada. Yo, de un salto, me había puesto a salvo de tanto disloque y con alegría observaba al salvaje zamarreado a su vez cual monigote de trapo. Al fin optó por tirarse del caballo, con tal mala suerte, que rodó por el suelo perdiendo en el revoleo la lanza y las boleadoras. Me había llegado el momento de que fuera yo el de la carcajada. Puesto de pie, arremetió furioso, pese a que yo aún tenía la navaja en la mano.

*ijar: M. Cada una de las dos cavidades situadas simétricamente entre las costillas falsas y los huesos de las caderas

El encontronazo dio con nuestros cuerpos en tierra. La lucha entonces fue pareja, ambos desarmados, pues no me atreví a clavarle la navaja y la dejé caer, para sí emplear las dos manos en el forcejeo. Quién sabe cuál habría sido el final de aquello, si de pronto un enérgico grito de mando no hubiese detenido los impulsos homicidas de Nahuel. Yo también aflojé en la lucha al oír la extraña voz resonando en la tarde. Delante nuestro, un indio de recia estampa, jinete en una bien enjaezada cabalgadura, nos miraba con gesto de enojo. Un grupo de aborígenes con sendas lanzas y bien montados le servía de escolta. No vacilé en identificar al recién llegado. Era Chololaquin, pues el parecido con Antü resultaba notable. Empleando una voz recia se puso a hablar con Nahuel; uno preguntaba y el otro respondía, aunque yo nada entendí del áspero y gangoso lenguaje. Solo la palabra *puemave*, repetida en tres ocasiones, me intrigó. ¿Qué relación podría tener la vieja adivina con el zafarrancho?

Mientras ellos hablaban tuve tiempo de estudiar al cacique. El marido de doña Encarnación era un hombre de mediana edad, porte altanero, ojos profundos, rasgados, con cierto misterio en sus negras pupilas, puesto allí por un ignoto transcurrir de siglos. El resto de las facciones atraían por la nobleza de sus rasgos en una cara ancha, de pómulos salientes y labios delgados, hechos para mandar. Arrogante, pero no presuntuoso; con ademanes tranquilos y un mirar de frente, ajeno, sin duda, a las bajas especulaciones. Sin yo advertirlo, el padre de Huilen estaba atrapándose en las redes de un magnetismo especial, presente también en su hija. Ambos lo demostraban impreso en sus caracteres a modo de un timbre de honor indescifrable, real, dinástico, si cabe el término. Tuve que abandonar el examen y responder a una pregunta hecha en perfecto castellano:

-¿Cómo te llamas, muchacho?

Respondí diciéndole mi nombre con altivez. Tras escucharme, me dijo, señalando a Nahuel:

-Este hombre te culpa de haber dado muerte a una anciana adivina de la tribu. ¿Tú qué dices?

Me resistí a creer lo que estaba oyendo. Era tan absurda la mentira, tan sin sentido, que miré atónito al cacique. Tartamudeé, profundamente indignado:

-Ese hombre está loco. Me atacó sin dar razones y ahora me achaca un crimen del cual nada sé.

-No obstante, estuviste en los toldos.

-En efecto, allí estuve; vuestra esposa atestiguará sobre los motivos de mi visita.

-Bien... no es este sitio apropiado para juzgar si es verdad o mentira lo que dice uno de mis valientes guerreros. Vendrás con nosotros y aclararemos la cuestión.

-¿Y si me niego a seguiros?

-Te llevaremos por la fuerza.

-A mi jefe, don Francisco de Viedma, le desagradecería enormemente medida tan arbitraria.

-Poco importa lo que opine tu jefe cuando está de por medio la muerte de una de las personas más queridas de nuestro pueblo. Anda, monta en tu caballo y a marchar. Si eres inocente, nada debe preocuparte. ¡Ahue!

El enérgico “pronto” me hizo comprender que toda resistencia sería inútil. Alta la cabeza, mostrando una arrogancia que aunque fingida me permitiese ocultar los temores, recogí las boleadoras y la navaja, monté a Babieca, y rodeado por los hombres del cacique marché hacia el tolderío.

.....oOo.....

Llegamos al caer la tarde. Inmediatamente se apretujaron alrededor nuestro las mujeres y los niños para celebrar con gritos y corridas la llegada del cacique y su escolta. Iba yo con el ceño adusto y la incertidumbre en el alma, pues era de prever que nada bueno saldría de la acusación de Nahuel. Además, eso de entrar al poblado igual que reo de la peor calaña, encrespaba mis nervios. ¿Cómo reaccionaría Huilen? ¿y el pequeño Antü? y ¿hasta doña Encarnación cuando me vieran en tan denigrante postura? Por Dios, ¡Mil veces me arrepentí de no haber clavado la navaja en las tripas de Nahuel!

Antü corría a la par de los otros niños. Nos miramos. Algo debió notar en mi rostro, pues amainó su algazara y nos siguió callado. Yo me mantenía erguido, aunque la música anduviera por dentro desafinando de manera horrible. Ya en el centro de la aldea nos detuvimos con Chololaquin a mi derecha y a la izquierda, Nahuel, exhibiendo un aire de vencedor que puso retorcijones en mi estómago. Cerca, demasiado cerca, Huilen y su madre me observaban con el estupor marcado en sus hermosas facciones. Pese a todo, le pedí al cacique:

-Señor, mucho os agradecería me permitiéiseis saludar a vuestra esposa y a vuestra hija.

-Tiempo habrá para ello -me respondió-. Primero debes quedar libre de culpa. Te juzgaremos de acuerdo a las leyes de la tribu; leyes no escritas, pero sabias en su tradición de siglos. Entre tanto, serás encerrado en uno de los toldos, bajo discreta vigilancia.

-¿No podría asistir yo a vuestras deliberaciones? Es justo que pueda defenderme y...

-¿Para qué? -me interrumpió-. No entiendes nuestra lengua. Confía en mí. Sabré si eres culpable o inocente.

Y sin más, dio en mapuche órdenes que por el tono resultaban tajantes. Desmontamos y, sin vacilaciones, me dejé llevar hasta una *ruca* no muy distante de la ocupada por la familia de Chololaquin.

El toldo era pequeño, apenas lo suficiente para que un hombre pudiera mantenerse acostado sobre un lecho de cueros vacunos. No había otra cosa. El lugar se destinaba a modo de celda para recluir a los transgresores de la ley; por muy corto periodo, indudablemente, pues la 'prisión' no ofrecía seguridades dignas de tenerse en cuenta.

Todo lo cual, decíame que los tribunales indios no eran partidarios del encarcelamiento; bajo el código mapuche, el “ojo por ojo, diente por diente, cabeza por cabeza” resolvía cualquier duda en los dictámenes de sentencia. Las conclusiones no me agradaron en absoluto. Si por una de esas trampas tan comunes en la justicia de los hombres, era yo culpado de asesinato...

Mi cuerpo estaba sintiendo el jaleo de la lucha con Nahuel. Me senté en los cueros. No había transcurrido mucho tiempo cuando la mano del guardia abrió el mamparo, y por el hueco se hizo presente... ¡oh Dios de los Ejércitos!... la pequeña figura de Antü trayéndome comida y una vasija con agua. De un salto me puse de pie. Dejó el chico las cosas en el suelo y cuando se incorporó, su dedo índice estaba puesto sobre los labios, clara indicación de que debíamos guardar silencio. Sacó de entre las ropas un papel y me lo entregó rápidamente. Con la misma urgencia traspuso la entrada y el guardia atrancó la puerta. Sin saberlo, supe que el papel venía de Huilen. La luz resultaba escasa, pero con algún esfuerzo pude deletrear el mensaje. Decía: “Fermín, no te aflijas. Por Antü sabemos que eres inocente. Pronto estarás libre. Huilen”.

Una alegría inmensa se apoderó de mí. Puse los brazos en alto, me di palmadas en las piernas, abracé mi propio torso y me tiré a lo largo de la cama. Con las manos bajo la nuca comencé a soñar. ¡Huilen me quería! En la casi oscuridad del miserable recinto veía los verdes ojos de la muchacha frente a mí, con la gloriosa configuración de un milagro. Besé la misiva una y otra vez; y una y otra vez repetí “me quiere” como si en ello estribara la razón de mi vida. Sé que a muchos de mis lectores tal exaltación les parecerá exagerada y con ribetes de dramaturgia barata, si es que no tenía ya algo de los transportes románticos de Espronceda, a quien leí ya en edad madura. ¿O sería el trasplante puesto en mí por *Don Quijote* y su nunca igualada *Dulcinea*? Vaya uno a saber. Lo cierto es que, encerrado en el mezquino cuchitril del toldo indígena, el amor hacía su juego en mis diecisiete años; y esos espejuelos de colores estaban dándole espacio a una idealidad gratificante... o engañosa, como puede serlo la deforme textura de los sueños.

Poco a poco fui tranquilizándome y otros pensamientos bailaron en la cuerda atada a mi espíritu volatinero. Me pregunté qué rol interpretaba Antü en el *quid** de la acusación. Según Huilen, él poseía la llave liberadora. Rogué a Dios, puestas las manos en el pecho, que diera a mi pequeño amigo la sapiencia necesaria para acertar con la cerradura. Medí también los efectos que causaría mi desaparición de la colonia, y vi a *Puchero* disponiéndose a revolver cielo y tierra hasta encontrarme, aún a riesgo de comprometer los planes pacificadores de don Francisco. Otro ruego a Dios buscó que las cosas no salieran de cauce, ni se dañara la buena voluntad entre aborígenes y españoles, pues si ello ocurriese, el castillo donde Huilen y yo debíamos cobijar nuestros amores se desmoronaría sin remedio. Daba pues por descontado que la bella muchacha correspondía plenamente a mis enfervorizadas pretensiones.

* Quid: Aspecto en que reside la importancia de algo o en que consiste su dificultad.

Había un silencio extraño en el tolderío; me pareció fuera de lo común en aquella hora en que las mujeres deberían estar junto a los fogones y los niños en el alboroto que precede a la comida. Algo importante sucedía. Agucé el oído y hasta mí llegaron voces asordinadas y ruidos accidentales. No supe explicarme por qué esa quietud soplaba en mi ánimo ráfagas de peligro cada vez mayores, como si una influencia maligna estuviera infiltrándose en el desarrollo de los acontecimientos. Encerrado en aquel toldo con olor a cueros viejos, a oscuras (pues la tenue luz de las rendijas había desaparecido), sentí las aprensiones de un algo secreto, tal vez la concreción amenazante de ritos diabólicos en un mundo salvaje, primitivo, donde la sangre bañaba los principales actos ceremoniales de una religión extremadamente bárbara. Hice esfuerzos por huir del recuento de lo mucho leído y escuchado sobre trágicas ofrendas y martirios inhumanos. Sí, fue aquel un momento difícil de soportar, pues lanzada la imaginación a las alternativas del miedo, volver al estado normal necesitó de una buena dosis de coraje y sentido común. Logré en parte el equilibrio aferrándome a lo que más a mano tenía: Huilen y doña Encarnación. ¿Cómo no pensar que ellas eran mujeres civilizadas? ¿Podrían permitir la compulsión de atávicas atrocidades y dejarme librado a cuanto quisieran hacerme los malditos miembros del tribunal? ¿Qué fallo, o *lapúmdúngu* (dicho en mapuche) no estaría viciado de nulidad cuando al acusado se le impide ejercer su derecho a defenderse? ¿Madre e hija no habían mamado acaso de la ley fundamental que rige a los pueblos cristianos? Y en medio de estas disquisiciones me detuve de pronto. ¡Diablos -pensé muy bajo- debo haber rodado para que deje mi dignidad en manos de mujeres! Y el reclamo a mi hombría hizo su efecto en el alicaído y maltrecho orgullo. Me levanté, extraje la navaja y alcé el brazo con el propósito de abrir un hueco por donde escapar. Pero me detuvo la voz recia del cacique; así, pues, lo que iba a ser un rasgón de proporciones se convirtió en un simple atisbadero. Miré y lo que vi hizo que distrajera las preocupaciones. Frente a la *ruca* del cacique, sentados alrededor de una fogata, varios indios, viejos algunos y otros de mediana edad, escuchaban a Chololaquin atentamente. Todos se cubrían con unas gruesas mantas de colores puestas sobre los hombros. Entre ellos distinguí la aborrecible presencia de Nahuel. Aquel, sin duda, era un corrillo de notables reunido para juzgar al supuesto autor de un crimen.

Las cortas llamas de la hoguera ponían un bailoteo de luces en los rostros ritualmente pintarrajeados y alargaban las sombras de los cuerpos a manera de rayos multiformes que se perdían en el escampado o trepaban por sobre los toldos. La escena me resultó alucinante; un cañamazo prehistórico donde fantásticos hilos se entretejían formando una escena de sugerencias deshumanizadas, casi mágica a fuerza de primitiva. Tan inmerso me sentí en el hechizo de la representación, que casi olvido la tarea específica del tribunal, no obstante -por esas cosas raras que hacen a la aventura- fuera yo el sujeto atado al tira y afloja de los hilos que podrían llevarme a una desgracia inmerecida.

Hablaba el cacique empleando una oratoria del más alto nivel; y aunque yo nada entendía de aquellas parrafadas, duras por sus entonaciones y el sonido extraño de las

palabras, mi intuición estaba indicándome lo que después aprendí de manera cierta: que el *nguenpin*, o “dueño de la palabra”, no solo debe ser orador sino poeta que se inspira en las hazañas de sus antepasados y en las virtudes de la raza. No cualquiera puede ser *nguenpin*, pues para serlo necesita tener rápida elaboración mental y dominar ampliamente la construcción de sus figuras retóricas. Me atrevo a decir que afamados discursantes de España y sus Indias no aventajaban en mucho el brillo y la fecundidad del orador mapuche; y sirva este desvío para justificar mi asombro, pues tal como ocurre en las obras de un Shakespeare o un Lope de Vega, aún sin entender el discurso, queda uno preso de la magia que trasciende del espíritu creador; y Chololaquin estaba haciendo lo suyo en aquel marco de bárbara majestuosidad.

El tono lento y tranquilo de Chololaquin iba adquiriendo reciedumbre; sin gestos, con la mirada fija en las llamas que le encendían el rostro; consciente del dominio que ejercía sobre los notables de la tribu, fue desarrollando lo que me pareció que era el planteo de la cuestión, hasta que, levantando el brazo con ademán ampuloso, gritó el nombre de Antü. Seguramente el chiquillo esperaba el llamado, pues apareció de inmediato y marchó a arrodillarse junto a su padre. Este le puso una mano sobre el hombro al tiempo que le decía:

-*Dungun* (hablar)

Antü, sin reparos, se lanzó a departir en su lengua, logrando atraer enseguida la atención de cuantos le oían. Por dos veces el nombre Nahuel salió firme de sus labios, y otras tantas la palabra *huinca*, con la cual seguramente me relacionaba, pues sabía yo que así llaman los indios a los cristianos.

No dejé de advertir que, a poco de agregarse Antü a la rueda, Nahuel se fue incorporando. Miraba al chiquillo con rostro fiero y echada hacia atrás su orgullosa cabeza. Algunos de los hombres removían sus cuerpos como si las pulgas les molestaran. Uno, sobre todo, a quien después conocí como el *machi* (o sacerdote de la tribu), exhibía su desasosiego de manera exagerada, hasta el punto que, llegado el momento, extendió sus brazos hacia el niño, quien, viendo con temor el gesto, calló de repente. Un chorro de palabras salió entonces de la boca del *machi*, chirriantes, golpeándose unas con otras hasta formar una especie de canto rítmicamente abrupto, donde los monosílabos “oh...o...om...um...” (los mismos pronunciados por la vieja agorera) bajaban y subían al compás de los brazos, ahora extendidos en dirección a la fogata. Todos le miraban en silencio y con la reverencia de quienes oyen al cura invocar la protección divina. Mas de pronto, dándose golpes con las manos sobre las flacas rodillas, cesó en su canturreo y enérgicamente señaló a uno de los integrantes del corro, un indio con el rostro embadurnado con rojo, blanco y negro. Este dio un salto, y ya de pie, se puso a gesticular dando brincos mientras largaba una retahíla* de indignadas expresiones, ante la impasible actitud de sus pares. No duró mucho el bailoteo, pues el

* Retahíla:(f) Serie de muchas cosas que están, suceden o se mencionan por su orden.

cacique lo cortó de cuajo con un ¡*veicain!*, que en buen castellano equivale al “basta” indiscutible del mandón de turno. Y tras la orden de Chololaquin, explotó el grito de guerra de Nahuel, lanzando al cielo con los brazos en alto y la bocaza abierta como para tragar el mundo. Al alarido respondieron varios jinetes que con las lanzas en alto cercaron al tribunal. Uno de los rebeldes, pues no eran otra cosa, llevaba por las riendas al alazán de Nahuel y su lanza con el penacho de plumas blancas, insignia del capitán. De un brinco montó Nahuel a caballo, aferró la caña y tirando de la rienda, puso al alazán en dos patas con el propósito evidente de echarlo sobre el cacique y Antü. Pero estos no se dejaron sorprender. De un salto se alejó el muchacho, y Chololaquin, con serenidad asombrosa, esperó a que el caballo bajara los cascos, lo aferró por el freno y con la fuerza digna de un Hércules inmovilizó a la bestia con gran indignación de Nahuel que así veía menguado el prestigio ante sus hombres. Dio dos gritos el cacique y de inmediato irrumpieron en escena otros tantos jinetes prestos al ataque con lanzas y boleadoras. Huyeron los del corro, montó Chololaquin en el caballo que detrás suyo estaba, de un manotazo empuñó la lanza empenachada de rojo que uno de sus hombres le había arrimado y estalló la batahola; una batahola infernal, pues a la escasa luz de la hoguera los contendientes parecían sombras de centauros agitándose en un confuso entrevero; demonios aullantes que estremecían la noche. ¿Cómo no aprovecharme de la confusión? Metí la navaja en el pequeño rasgón y me preparaba a abrirme paso a través de una rajadura mayor, cuando oí que un “ángel” pronunciaba mi nombre. Quedé inmóvil. En el hueco de la puerta me apremiaba Huilen.

-Anda, muévete y ¡no te hagas el tonto! Aquí tienes a Babieca. Huye y no pares hasta la colonia.

No perdí un segundo. Tomé a la muchacha por los brazos, le di un sonoro beso en la mejilla y monté a Babieca. Colgadas de la montura estaban las boleadoras. Aferré los tientos, abrí la boca cuanto pude, lancé el grito indio a todo pulmón y allá fui, a meterme entre los demonios sin saber cuáles eran los buenos y cuáles eran los malos, tal era el embrollo en aquel aquelarre de sombras. Detrás quedó el grito de Huilen reprochando mi desatino.

-Fermín, ¡qué haces! ¡Escapa, loco, escapa!

Cosa rara: como a la luz de un relámpago descubrí que el alarido no era empleado por el salvaje únicamente para infundir miedo al enemigo; también abre las espuelas a su arrojo y le rescata del terror que precede a la lucha. Tal cual, lo sentí yo: como si de golpe se hubiesen desatado las amarras de mis instintos primarios. Distinguí el claro pelaje del caballo que montaba el cacique, y puse a Babieca a su lado, mientras vuestro Fermín de la Colina atizaba bolazos a cuanto bulto se le enfrentaba. Sin mirarme Chololaquin dijo con fuerte voz:

-¡Bien, muchacho! ¡*Hueichan!*

No entendí la última palabra, mas por el tono deduje que era una exclamación guerrera. No quise ser menos y lancé al aire un “a ellos, por Belcebú”; salió, que duda

cabe, de mis libracos, o espigado quizás de entre los dichos tan comunes en don Evaristo Saavedra quien, como buen soldado, fue amigo de meter las más pintorescas interjecciones en los relatos de sus aventuras. Pero vayamos de lleno al combate entre los toldos que, al parecer, no marchaba para atrás, ni para adelante. Revolvíanse los caballos, golpeaban las boleadoras, se entrechocaban las lanzas, y los gritos enardecían más y más la bravura del indiaje. Hubo momentos en que me pareció que llevábamos las de perder, aunque allí estaba el cacique moviéndose igual que una tromba, siempre empujando, sin permitir a los contrarios ordenar la lucha o elegir las armas; pues si bien la riña había empezado con lanzas y boleadoras, no tardaron en asomar los cuchillos y la pelea se convirtió entonces en un cuerpo a cuerpo donde fatalmente debía estar corriendo sangre, aunque la misma no se viera a causa de la poca luz. En el entrevero buscaba yo ubicar a Nahuel, no por el afán de medir fuerzas, sino para que el maldito capitanejo no me tomara por sorpresa y consiguiera por fin despacharme al otro mundo. ¡Y vaya si hice lo correcto! En un caracoleo de Babieca le vi detrás pujando por acercarse a mí, contorsionando el rostro, brillantes las pupilas y el cuerpo tenso, semejante al tigre cuando se presta a dar el salto. Nos miramos cual si estuviéramos suspendidos en el borde de una pesadilla. Mas el fugaz encantamiento se deshizo en un brutal encontronazo de hombres y bestias; y en dos gritos desaforados, sobrehumanos, desgarrantes por el paroxismo de un odio ancestral, de machos en celo. Vi el brazo de Nahuel en alto y esgrimiendo un enorme cuchillo. Mi mano empuñaba la navaja firmemente, pronta a dar el golpe sin el estorbo de peligrosas vacilaciones. Sobre mi cabeza pendía la muerte, pero también la muerte amenazaba el corazón de Nahuel. Quiso el destino que Chololaquin llegara a la carrera con dos de sus guerreros y arremetieran contra nosotros, de tal modo que nuestros propósitos de aniquilamiento quedaron desarticulados en un revoltijo de bultos que se entrechocaban entre chillidos ululantes y los relinchos de las cabalgaduras. Retrocedió Nahuel defendiéndose con extraordinaria valentía, y yo quedé desconcertado, buscando ser útil sin hallar el cómo; pues desconociendo quiénes eran quiénes en aquella lucha de fantasmas, mal podía yo lanzarme al ataque o unirme a la defensa. Y allí quedé, asumiendo el deslucido papel de un observador temeroso de meter la pata. Poco duró, sin embargo, mi aturdimiento, pues tal cual ocurre en las representaciones cuidadosamente preparadas, irrumpió en escena un tropel de indios a caballo, portando antorchas que iluminaron el lugar mientras lanzaban, cuando no, el pandemonium de sus alaridos y esgrimían sus lanzas en posición de combate. Tuve la certeza de que los recién llegados eran hombres de Chololaquin, al ver que este les impartía órdenes tajantes prontamente obedecidas. Huyeron los secuaces de Nahuel con este a la cabeza. Cuando aún no había desaparecido el alumbramiento de las antorchas, galopó el cacique hacia donde yo estaba para decirme sin detenerse:

-Tú, *huinca*, quédate y espera mi regreso...

Y se fue tras de los que huían. Me sentí incómodo al verme excluido de una acción

en la cual había participado. Me distrajo una vocecita que llegaba desde el suelo.

-Los persiguen para que no roben la caballada.

Era Antü. Sin responderle, me apeé de Babiéca y, agachándome, le apreté contra mí. El respondió al abrazo con el cuerpo rígido, según cuadra a la dignidad del mapuche, renuente a hacer ostentación de sus emociones. Simplemente me preguntó:

-¿Quieres que monte a Babiéca?

Le tomé de la cintura y lo planté sobre el lomo del animal. Rienda en mano, azuzó Antü a Babiéca, y cuando hubo dado unos pasos me dijo cazarraamente:

-Mi madre te espera en la *ruca*.

No obstante el anuncio del niño, me mantuve quieto, de pie casi en el centro mismo de la improvisada plazuela, observando el rebullir de las mujeres y los niños que salían de los toldos. Aquí y allá empezaban a elevarse las primeras llamas de los fogones. Entonces mi cabeza se puso a disparar sobre mi posición en ese día rematado con las más insólitas contradicciones.

Sumergido en la paz que siguió al enfrentamiento, me sentí como si hubiese caído fuera del tiempo, lejos, a miles y miles de leguas de lo que había sido mi hábitat, si cabe el término. ¿Qué hacía yo en ese punto geográfico, reflexionando en el límite de una experiencia alucinante? ¿En una aventura nacida en los repliegues del absurdo? ¡Cuánto se parecía mi alocado intervencionismo a la batalla del *Ingenioso Hidalgo* contra los “gigantes”! También yo obedecí, válgame Dios, al impulso de mostrar a mi *Dulcinea* de lo que era capaz su caballero en aquello de blandir lanzas... o boleadoras. No os riais, amigo lector, de cuanto digo y comprended que los minutos vividos por mí en medio de la noche, solo, rodeado por la primitiva conformación de los toldos y cargando aún en mi alma las secuelas de una lucha tribal, tenía por fuerza que sacar de madre los razonamientos signados por la lógica. El Nuevo Mundo había empezado en mí, igual que en otros muchos, sus trabajos de mágicas contradicciones que, seguramente, perdurarían en el transcurrir de los tiempos. Perderse en la jungla de la historia es cosa común cuando hacemos de protagonistas y resultará natural que nos critiquen los que, en el futuro, se pongan a revisar nuestras acciones desde sus cómodas butacas. Fue así, llevando a la rastra mis farragosas cuitas, que marché a encontrarme con otra colosal contradicción, personificada en la muy noble figura de la “monja guerrillera”.

.....oOo.....

Dos velas de sebo alumbran el interior, lujo que solamente la familia del cacique podía darse. Doña Encarnación, sentada como de costumbre sobre los cueros, con las piernas recogidas y sosteniendo en sus manos un pequeño y humeante recipiente de barro, me recibió con la cabeza algo gacha y el ceño adusto. Huilen hacía lo posible por simular una excesiva preocupación en la tarea de cuidar una especie de jarra puesta con agua sobre rescoldos, hasta el extremo de ni siquiera mirarme.

-¿Has gustado alguna vez la yerba mate? -me preguntó la cacica sin cambiar de

expresión.

No, señora -le respondí, también serio y con el cuerpo insinuando una ligera reverencia.

-Pues siéntate, y que Huilen te sirva un cuenco. Si es que vas a permanecer en esta parte del Nuevo Mundo, bueno es que empieces a tomar como propias sus costumbres, aunque para ello tengas que poner en juego arrojados mayores al demostrado hace apenas media hora.

En el tono empleado campeaba una acierta ironía que, debo decirlo, hizo ronchas en mi orgullo. Doña Encarnación volvía con sus picaduras, a sabiendas de mi debilidad para los retruécanos. Pero pensé que lo mejor era hacerme el tonto, y dije de manera intrascendente:

-Con placer aceptó esa bebida, de la que mucho he oído hablar, pero jamás probé.

Y me acomodé adoptando una postura que estaba resultándome familiar. Con ansia esperé el brebaje, que pondría Huilen en la obligación de tenerme en cuenta. ¡Demonios! Estaría en el código del amor indio -me pregunté- la observancia de mostrarse indiferente hacia quien estaba dispuesto a dar su vida por una sonrisa, por una mirada, por... tuve que interrumpir el resobado monólogo interior, pues la noble señora me decía, puestos en mí los ojos con machacona insistencia.

-¿Por qué te enredaste en una pelea a la cual nadie te llamó? Cuando mandé a Huilen con el caballo, fue para que huyeras. No imaginé, ni por asomo, que te mezclarías en una lucha motivada por rivalidades facciosas.

Una ráfaga fría me atravesó el alma. Doña Encarnación estaba demostrándome que el gesto heroico de Huilen no había sido otra cosa que una obediencia debida a su madre y que los ímpetus caballerescos para deslumbrar a “mi dama” caían a pedazos en el frívolo pasatiempo de los equívocos; con el agravante, además, que rubricaban con singular acierto las dudas y resquemores que me asaltaran estando a solas en el descampado. Mas tenía que responder a la cacica, sin reparar mucho en el modo de complacerle:

-Señora... digamos que me pareció una deslealtad hacia vuestra familia el darle la espalda al señor Chololaquin.

-Sin tener en cuenta, claro, que tu estúpido coraje iría a exacerbar la bravura de los desleales al cacique. ¡Nada menos que un *huinca* en un choque tribal!

-Perdonad, pero creo que me juzgáis con demasiada dureza. Tened en cuenta que el enemigo del cacique es mi enemigo. ¿A qué extrañarnos que me echara al combate y diera de mí lo que podía?

-¿El enemigo del cacique es tu enemigo? ¿Por qué?

-Imposible responder a esa pregunta. Procurad hacérsela al mismo Nahuel, pues solo él podrá explicaros las razones que tuvo para cruzarse en mi camino y tratar de ensartarme con su lanza. Debe decirnos, también, cuáles fueron los motivos que le llevaron a culparme ridículamente de un asesinato sin pies ni cabeza, por lo menos en lo que a mí respecta.

Esbozó doña Encarnación una sonrisa mientras llevaba a sus labios la taza con la humeante infusión. Al mismo tiempo, Huilen se me acercó y puso en mis manos otro recipiente conteniendo hasta la mitad un líquido entre verdoso y amarronado. Se encontraron nuestras miradas, y olvidé de golpe el anterior desengaño. Sus ojos me decían cosas que, aún incomprensibles, tuvieron la virtud de volcar en mi alma locuaces simpatías, no por sutiles menos halagadoras. Lástima grande que la cacica hiciera añicos tan delicioso encantamiento.

-Vayamos a lo que importa. Escucha y lo sabrás todo.

Por instantes el silencio se adueñó de la *ruca*. Lapso que aprovecharon Huilen y Antü para sentarse a gusto. Yo me puse rígido, expectante, pues iba a conocer, por fin, la trama del misterio. Lejos estaba yo de imaginar el sesgo que doña Encarnación daría a su relato:

-Ocurrió la 'cosa' en una tribu mapuche que acampaba a orillas del *Curru Leuvu*. Un poderoso capitanejo, dueño de importantes tropillas de caballos, quiso convertir a la hija del gran cacique en esposa suya, pese a estar casado ya con varias mujeres. Ciertamente que la *huemalu*, o “doncella”, bien valía las apetencias del influyente personaje, por ser esta, hermosa y de noble estirpe. Pero diose el caso que el gran jefe tenía otros planes, y en ellos jugaba importante papel su magnífica descendencia... ¿Os va gustando el cuento?

Dio Antü enérgicas cabezadas, esbozó Huilen una enigmática sonrisa, y yo permanecí callado, pues no llegaba a entender aquella imitación de *Scherezada*, la de *Las Mil y Una Noches*. Visto lo cual, se dio por satisfecha la relatora y continuó explayándose con picaresca solemnidad.

-Por lo tanto, el cacique se negó a las pretensiones de su principal guerrero, con grave consecuencia para la paz de la tribu, pues el levantisco pretendiente se juró que haría suya la *rayen*, o “flor”, que se le negaba para el quebranto de su orgullo de hombre fuerte con ambiciones de liderazgo. Pero el asunto se habría ido quedando en la nada si es que no entra en escena un inoportuno mancebo para enredarlo todo; sin él quererlo, claro. Lo cierto es que el capitanejo vio en la aparición del *huinca* un rival, donde solo existía una ligera amistad y una misión de cierto corte diplomático. Pero donde hay pulgas hay picazón, y al valiente guerrero los celos le pusieron de punta. Mas no sabiendo cómo actuar recurrió a la *peumave* para que le dijera lo que los grandes espíritus le tenían reservado; y la adivina, tras largos éxtasis e interminables canturreos, le hizo saber que su caso no tenía remedio, debiéndose conformar, por lo tanto, con el fracaso de sus pretensiones ¡Pero bueno era el aguerrido capitanejo para aceptar así porque sí cualquier contrariedad! Fue corriendo al *machi*, y él pidió, exigió que de una manera u otra los dioses del bien, o del mal, buscaran la forma de acceder a sus deseos, o los difuntos pedirían al brujo cuenta por lo que ocurriese en su contra; y allí se armó el desaguizado: se aterró el *machi*, y este le propuso entonces convocar al *huecuvü*, el genio que se introduce en los hombres para azuzar los peores instintos; y como seguramente existía una enojosa competencia entre el brujo y la adivina, le aconsejó que

para revertir las predicciones el *huecuvü* debía entrar en el corazón de la *peumave*, y vaciarlo de sangre. Mas era necesario proceder rápidamente, cuando la anciana estuviera haciendo sus rogativas en medio del bosque, de manera tal, que la muerte recayera en el joven *huinca*, de visita en el tolderío. Al capitanejo le correspondería luego deshacerse del supuesto rival pretextando una venganza al mejor estilo mapuche. Al guerrero indio no le resultaba agradable lidiar con los *huecuvüs*, y el *machi* tuvo entonces que recurrir a su aprendiz, siempre dispuesto a complacerle en la sucia tarea de aumentar el rebaño de espíritus con los más diversos crímenes; y la muerte de la viejísima adivina se consumó de acuerdo a lo planeado.

Interrumpió la cacica su narración para indicarle a Huilen que apagara una de las velas, próxima a su fin. Obedeció la muchacha y todo quedó a media luz. Yo sentía que paradójicas sensaciones estaban envolviéndome en una irrealdad desconcertante, sugerida tal vez por el discurso de la extraña mujer.

Por razones ocultas, iba ella entretejiendo el relato de forma tal que los hechos quedaran despersonalizados y los personajes de la historia quedaran en seres sin nombres, si bien los mismos saltaban reveladores aunque vestidos sutilmente con fabulosos ropajes. Estaba yo tratando de hallar una explicación a tales cosas, cuando la cacica reanudó su reseña:

-Pero nada salió como ellos querían. Diose la circunstancia que el pequeño hijo del cacique, tras haberse ido el *huinca* a su campamento, se llegara hasta la anciana con el fin de retirar una escudilla donde le había llevado la comida esa misma tarde; y la *peumave* estaba viva, animadamente conversadora. Fue en el amanecer del día siguiente cuando hallaron a la anciana muerta, con un pequeño orificio a la altura del corazón. Acusaron al joven *huinca* y el capitanejo juró cumplir el mandato de la ley: “cabeza por cabeza”. De haber conseguido sus propósitos el asunto habría cerrado con la muerte del español, y fue preciso juzgar al supuesto asesino. Las declaraciones del niño pusieron graves dudas en los argumentos de la acusación; y hubo algo más: ¿Cómo achacar al *huinca* el agujero producido en el pecho de la víctima? Sabido es que dicho orificio se hace para introducir una delgada cañita en el corazón, y con ella absorber la sangre de acuerdo al rito impuesto por los brujos desde tiempos inmemoriales. Todo se descubrió en el *deumandunfünhue* o tribunal de justicia. Allí el cacique hizo uso de sus prerrogativas: amenazó, expuso las evidencias y consiguió que el ayudante del brujo pusiera las cartas boca arriba. Convocó el *machi* a su corte de genios, espíritus y demonios, pero inútilmente. Hasta que el fuerte capitanejo, viéndose perdido, atacó con rabia, adelantando así lo planeado, o sea: alzarse contra el cacique, tomar su liderazgo y lograr el sometimiento de la hermosa *huemalu*...

Callose doña Encarnación, echó una escrutadora mirada a cada uno de los que estábamos, y agregó sentenciosa:

-Moraleja: la verdad siempre triunfa, aunque muchas veces estorbemos sus buenos dictados con irreflexivas actitudes. Sé de un caballero que se creyó el *Cid* en su Babieca,

y quiso deslumbrar con su hazaña... 'no sé a quién'. El pobre debe sufrir de un mal que llaman lirismo y que yo califico de tontería.

Rubricó el mordiente comentario la voz de Antü, al preguntar:

-Ese Babieca que usted dice, madre, ¿tiene algo que ver con el caballo de Fermín?

Reímos todos, y así fue como la inocencia rompió el embarazoso encantamiento, lo cual me permitió abordar, sin meterme en honduras, lo que me había intrigado:

-Señora... ¿Puedo preguntaros por qué ha dado a su reseña forma de cuento?

-Hombre... Pues ¿sabes que lo hice sin darme cuenta? -respondió socarrona-. Quizás... los duendecillos del lenguaje pensaron que sería bueno para la salud espiritual de vosotros... digamos, hacer de hechos bochornosamente reales solo un sugestivo prosenio de la imaginación. A ver si tú puedes, Fermín, descorrer la cortina y descifrar lo que muestra el escenario.

Afuera comenzaba el golpeteo de los cascos de la caballada que volvía.

.....oOo.....

Chololaquin no quiso que yo partiera solo. Temía que algunos de los hombres de Nahuel tropezaran conmigo. Decidió pues, de manera firme, acompañarme con una escolta hasta las proximidades de la colonia; y allí íbamos, en medio de la noche, por el angosto sendero indio abierto entre chañares y espinillos; callados, oyendo las escurridizas escapadas de los bichos que se metían, aprensivos en el rebullir de mis instintos. El cacique, haciendo honor al clásico laconismo de la raza, frenaba mi inclinación a desatar la lengua. Solo después de haber andado largo trecho, me dijo en tono bajo y despacioso:

-No veré enseguida al señor de Viedma. Quizás vaya dentro de un tiempo. Pero tú le dirás, esta misma noche, que grandes malones arrasarán Magdalena, La Matanza, Areco y Luján. Se reunirán en Sierra de la Ventana. Los pampas y los ranqueles irán todos al mismo tiempo. El señor de Viedma debe avisar a Buenos Aires enseguida. Que él escriba el parte y yo lo enviaré por medio de un *huerquenlu* ("mensajero") a mataballo. El parte lo entregarás a mi hija Huilen a media mañana de mañana en el lugar donde aprendiste a nadar. Mis hombres estarán vigilando. ¿Alguna pregunta?

Tenía muchas, mas respondí negativamente, pues ellas habrían sonado muy mal en las orejas del indio. La actitud del jefe traicionando a los suyos no se avenía con la imagen del hombre austero, honrado y valiente que me había formado de Chololaquin. Sentí aquella 'traición' decepcionante, asquerosa; y, sin embargo, de la sombra que cabalgaba a mi lado partían emociones de entereza y reciedumbre difíciles de soslayar.

Una pausa incómoda se interpuso entre los dos. Se oía la suave marcha de los caballos sobre la tierra blanda, y el revoloteo de las aves nocturnas atravesando el silencio. Hasta que las palabras de Chololaquin salieron acalambradas en la rigidez de

una extraña eufonía*. Por instantes dudé de que las mismas estuviesen dirigidas a mí, tal era el íntimo acento con que fueron expresadas.

-¿Dónde empieza la civilización... y dónde la barbarie? La línea divisoria no existe. Sé que no existe. Hay entre las dos una tierra de nadie donde todo es basura. En ella se revuelcan las peores maldades del hombre. ¿Por qué las dos culturas milenarias han de enfrentarse? Una y otra tienen mucho para dar y mucho que recibir, pero se entregan al crimen y al pillaje eludiendo así cualquier entendimiento. Yo no quiero esa guerra donde la sangre y el fuego, las torturas y los degüellos se disputan el poder. Prefiero esperar... esperar... ESPERAR. Porque es en la espera donde está el secreto que ayudará a la salvación de mi pueblo. En la estrategia... de los vencedores.

Jamás olvidé el reflexivo discurrir del cacique; sonaba profundo en las tinieblas que nos envolvían. Pero aún me aguardaba otra persona:

-Ves, muchacho, cómo la traición se hace virtud. El encargo que tú llevas puede salvar la vida de muchos hombres, mujeres y niños.... Así contesto a tu ofensa de creer que soy un traidor a mi gente.

-¿Cómo se dio cuenta, señor, que así pensaba?

-Por tu mudez ante mi encargo; y no te culpo. También yo me desgarré en las cuchillas de pensamientos iguales a los tuyos, hasta darme cuenta de que la verdad hay que vivirla... y no explicarla.

Lástima que, de pronto, uno de los indios que marchaban delante viniera a romper el hilo que tejía sutilmente el momento mágico de las confidencias, pues, acercándose a Chololaquin le dijo algo casi en la oreja. Detuvo el cacique su caballo y, alargando el brazo hizo que yo también me detuviera, mientras daba rápidas órdenes. Enseguida me dijo:

-Viene gente con una o dos linternas. La rodearemos...

Si traen faroles, me dije, seguramente son colonos; y de inmediato colegí que *Puchero* y algunos de sus amigos andaban buscándome. Le dije al cacique con atropellada prisa:

-Deteneos, señor. Los que vienen son amigos que me buscan. Dejad que yo me adelante y aclare las cosas...

-Anda, pero con mucho cuidado. Si hay peligro, grita.

Taconeando a Babieca dejé atrás la escolta que nos precedía y, a poco, vi las luces y un rumor de voces españolas. Vociferé para que no hubiese dudas sobre mi identidad:

-¡Aquí Fermín de la Colina! ¿Quiénes soís vosotros?

-¡Maldición! ¿Qué haces ahí, aprendiz de búho? Te hacíamos comido por los salvajes.

-¡Mirad quién habla! -le respondí-. Con esas luces parecéis almas en pena.

* Eufonía:(f) Sonoridad agradable que resulta de la acertada combinación de los elementos acústicos de las palabras.

Avanzando un trecho llegué al viejo marinero que se acompañaba con cuatro de sus mejores compinches. Me tiré del caballo y abracé a *Puchero*, mientras le decía:

-Estamos cercados por indios amigos. A no asustarse...

Y como respondiendo a mis palabras se destacaron a la débil luz de los faroles Chololaquin y sus hombres. Los marineros se apiñaron entre sí; el mismo pudo advertirse en el temblequeo de las linternas. *Puchero*, en cambio, alzó la cresta y dijo con insólita altanería:

-¿Qué significa esto? En jamás de los jamases me abordaron en forma tan descarada. A ver si hay explicación, o ¡vive Dios! que pagaréis la afrenta.

-Calla y no desvaríes, *Puchero*, pues el cacique y sus hombres me acompañan para evitarme peligrosos enfrentamientos.

El cacique, rubricando mis palabras, apoyó su lanza en el hombro de *Puchero* y le dijo con sorna:

-Me gusta ser amigo de los *huincas* valientes.

-Pues aquí tenéis uno para lo que os plazca mandar -respondió mi camarada alzándose en toda su estatura que, como sabéis, no era mucha-. El que hayáis servido de guardia a mi muchacho es gesto suficiente para que me incline ante vuestra señoría.

Y agregando el hecho al dicho se inclinó reverencioso en un alarde de exagerada pleitesía*, ante la silueta montada del cacique. En mis adentros la carcajada pugnaba por abrirse camino, pues bien sabía yo que, adrede, estaba *Puchero* haciendo de la situación un paso de sainete; y por temor a que el disparate desembocara en burla, me apresuré a decir:

-Ya no es necesario, señor, que continuéis ofreciéndome custodia. Con mis paisanos podré llegar al establecimiento sin riesgo alguno.

-Nosotros los seguiremos a distancia -me respondió-. Ya conoces a Nahuel y sus venganzas.

No creí conveniente contradecirle y llevando a Babioca por la rienda, reanudé la marcha junto a *Puchero* y los otros que, sosegados, no veían el momento de encontrarse al abrigo de sus covachas.

Pedí que apagaran las linternas, pues sus luces bien podrían atraer a los indios rebeldes. Así fuimos, maldiciendo por lo bajo a causa de los trompicones o el golpear de nuestras cabezas contra las ramas bajas, hasta que al fin llegamos a la fundación.

Ya en el apostadero del Carmen, quiso *Puchero* detenerse para que le contase la razón de mi ausencia, pero me disculpé y, dando voces, hice que la barca se arrimara a la orilla y me condujera hasta el navío.

.....oOo.....

Encontré a don Francisco encerrado en su cámara, luchando con un desparramo de cuartillas repletas de letras y números. Le sorprendió mi intempestiva presencia, pues

* Pleitesía: (f) Rendimiento, muestra reverente de cortesía.

era ya noche avanzada, pero aceptó de buen talante mi visita. Haciéndome sentar frente a él, me dijo:

-Razón de peso debes tener para venir a esta hora. Pues bien: descarga la batería.

Y abriendo las compuertas, hice fuego a discreción, empezando por el mensaje del cacique (Pues entendí que era lo más importante). Mientras yo desplegaba el relato, la cara del comisario iba convirtiéndose en el espejo de cuanto bullía en el alma de este, risueño, torvo, inquieto y hasta proclive a desatarse en carcajadas. Yo no sabía qué actitud asumir, pues si bien me alegraba tener a mi jefe amarrado al embrujo del suspenso, me escocía en cambio que ciertos pasajes de mi embrollada pero seria aventura diera lugar a un mal escondido regocijo. Terminé al fin con mi reseña (si así podía llamarse el chisporroteo de que hice gala) y el gran fundador, que no había soltado palabra durante el monólogo, me dijo tras pasarse la mano por el rostro, quizá con la pretensión de alisar los muchos gestos que en él saltaron por obra y gracia de mis historietas:

Fermín eres digno de envidia. Con gusto hubiese cambiado yo este engorro de cuentas y reclamos que, como ves, llena mi mesa, por esa avalancha de acontecimientos heroicos. Pero yo nací con la misión de organizar, por aburrida que sea, y tú, para ser llevado a lo alto en alas de fantasía, o de la realidad hecha prodigio.

No sé por qué me pareció que lo dicho por tan alta persona estaba un poco teñido de picarescos halagos, que no se avenían con la seriedad de mis peripecias; lo cual no me privó de responder con el mismo tono burlesco; por si acaso:

-Diga más bien, señor -le expresé-, que todo ello se parece a los disparates del *Ingenioso Hidalgo*, pues los lances me saltan al pecho como saliendo de inventadas locuras.

-Quizá no te falte razón. Mucho habría para rebuscar en la olla de ese misterio que es la vida. Pero dejémonos de ligeras filosofías y vayamos a lo que importa; el pedido del cacique. La cosa tiene sus complicaciones, pues debes saber que el pedido de Chololaquin es copia exacta de otro originado en una información del Cacique Negro, llegado a mí durante la tarde de hoy, y también recomendando urgencia; y para dar cumplimiento a dichos pedidos deberían ser escritos esta misma noche; y no me será fácil acertar con la decisión justa.

-No lo entiendo, señor.

-Las intenciones de Chololaquin y del Cacique Negro ¿serán honestas? Y de serlo, ¿no saldrán las noticias de fuentes inseguras o tramposas? De ser así, bien que caería yo en lo ridículo ante el mismísimo virrey.

-No lo veo a Chololaquin capaz de tales trapisondas, ni tan bobo para hacer oídos a noticias sin fundamento.

-Los jefes indios, Fermín, son excelentes negociadores y muy buenos políticos. Conocen a la perfección los recovecos de la intriga y el arte del disimulo. Tienen el dominio del terreno, un apabullante número de combatientes y el derecho a defender lo

propio. Además, les dimos el caballo, ¡mi Dios!; y ya sabes con qué maestría lo manejan.

-Pedonad, señor, pero creo que os queda tan solo una salida. Son cientos de hombres, mujeres y niños, estoy seguro, pesarán en vuestra decisión.

-¡Qué duda cabe! Mas piensa un momento lo que puede ocurrir si los *chasquis* caen prisioneros de los indios alzados. Estos negarán aunque los maten que son hombres de Chololaquin y el Negro. Tan solo quedará en evidencia el parte de don Francisco de Viedma, que los empujará a volverse en contra de nuestra fundación, y mi empeño por mantener la paz en la Patagonia quedará en agua de borrajas.

Se puso de pie y comenzó a moverse por el pequeño recinto con las manos en la espalda y bufando su desconcierto. Opté por no abrir la boca y esperar; no por mucho tiempo, pues tras algunas zancadas, se paró junto a mí, y dijo:

-¿Has comido?

-Sí, señor. En la tolдерía antes de venir.

-Pues entonces ve a descansar. Mañana a las ocho estarás aquí por si te necesito.

Dejé la silla y con un “hasta mañana, señor”, abrí la puerta y marché escaleras abajo, tanteando, pues las luces de posición apenas conseguían disimular un poco la lobreguez de cubierta.

Dormí esa noche sin que el buen sueño anduviera a los sobresaltos con los sucesos de la jornada. Me levanté cuando el sol tempranero bregaba por colarse a través de una neblina grisácea, sin relieves. Cuando calculé que serían las ocho me hice presente en el despacho de don Francisco. Estaba él secando con arenilla lo escrito en un papel de fuerte textura. Lo dobló en tres partes, lo selló con una oblea y dijo al entregármelo:

-Llévalo. Seis soldados irán contigo y volverán contigo. No te demores en amorosos coloquios y cuida el mensaje como a tu propia vida.

Vi que otro pliego debidamente sellado descansaba en la mesa. Don Francisco, advirtiéndome mi curiosidad, expresó:

-Sí, es para el Cacique Negro.

Nada respondí. Saludé inclinándome ligeramente y marché afuera con el cuerpo erguido y paso rápido. Iba alegre, pensando que la prolongada noche del comisario había dado buenos frutos.

Mi encuentro con Huilen nada tuvo que merezca ser relatado. Fue una ceremoniosa escena protocolar vigilada por soldados españoles y guerreros indios.

Casi seis meses pasaron hasta saber que los partes habían llegado a buenas manos y que las autoridades de Buenos Aires pudieron desbaratar el peligro cierto de una avalancha salvaje. El fuerte del Carmen, distante mil kilómetros de Buenos Aires, había evitado una horrible matanza entre indígenas y españoles.

CAPÍTULO 19

Transcurría el tiempo cargado con múltiples sucesos; azarosos, como son aquellos que rondan en torno de una fundación primaria hecha en los confines del mundo. Pero entre pólvora, angustias y sobresaltos, el fuerte se iba construyendo a sabiendas de que solo en él hallaríamos protección ante los ataques indios, cada vez más amenazadores a medida que los colonos aumentaban en número y las tierras del Sur se convertían en labrantíos.

Estábamos en febrero de 1780; y aunque el asentamiento avanzaba pujante, no por eso el hambre cedía ni los andrajos con que nos vestíamos se remediaban. A tal carencia llegaron bragas y chaquetas que, en lo que a mí respecta, vergüenza me causa exhibirla a las miradas de Huilen. Muchas veces tuve tentaciones de plantarme un taparrabos y andar a lo indio. Pero, ¡qué!: Nosotros, los de allende el mar, representábamos la civilización y no era cosa de cambiar desgarrados traperíos por la 'indigna' desnudez del salvaje. Mas dejemos a un lado las miserias y sigamos con el relato de lo que acontecía en ambas márgenes del río Negro; pues hay para bordar fino en el bastidor de las grandes y pequeñas historias.

La familia Cañizo vivía por fin en la cabaña construida con adobes, techos de juncos, piso de tierra alisada y puerta de troncos con recia tranca. Otras cuatro familias se habían afincado también en la zona. Bien de madrugada se les veía salir con los caballos de tiro a roturar, recoger hierbajos y malezas en los campos que generosamente les habían entregado en nombre del rey; sin darse descanso, alegres con la alegría de quienes están concretando un largo sueño.

Andaba yo corriendo de un lado a otro, obediente a lo que quisieran mandarme aquellos que tenían autoridad para hacerlo. Ponía el hombro en los trabajos del fuerte, iba a la cantera y a los bosques a buscar materiales y hasta intervenía con la soldadesca en la persecución de indios ladrones. Pasaba largos ratos ordenando, cuando no escribiendo copias de la abundante correspondencia que don Francisco remitía al virrey, a don Manuel Fernández y al Ministro General de Indias, requiriendo con ávida impaciencia los envíos de hombres, armas y herramientas, con suertes mezquinas y largamente demorados o caídos en el barril sin fondo de burócratas corruptelas. Esas funciones de copista sin título me permitieron entrar después en el meollo del litigio entablado entre don Juan de la Piedra y los Viedma, escabroso pleito que relataré más adelante, pues él hace a muchos y desgraciados sucesos. Durante una de esas encerronas en el despacho, escribí a mi querida sor Verónica varios pliegos que, ya en edad madura, recuperaré de entre sus papeles. Les contaba en ellos lo que ocurría a orillas del *Curru Leuvu*. Su texto está ahorrándome ahora la molestia de rebuscar en mi memoria los retorcijones de la epopeya patagónica, con la ventaja que da la reseña recién salida del horno. Muchos de esos retorcijones ya los conocéis por lo cual iré al grano: la construcción del fuerte.

.....oOo.....

No bien remontamos la barranca vimos el trajinar de los hombres en la fortaleza. Fray Gerónimo marchaba conmigo, agitado por la subida, pero sin descansar de sus parloteos.

-Aseguran que “las cosas de palacio marchan despacio” -decíame-. Pero esto va resultando la obra del Escorial. Muy lento, Fermín, muy lento. Repara que los muros recién asoman sobre el borde del foso, y ni señales hay de la torre.

-Todo se hará, padre; y si no queremos que la construcción sea “pan para hoy y hambre para mañana”, hay que seguir las reglas que la cosa exige, considere usted que los recursos han sido pocos y muchas las dificultades.

Así hablando fuimos metiéndonos por los lugares de mayor actividad, hasta que dimos con el maestro Puches. Sabiendo yo que el buen hombre se deshacía de gusto cuando alguien se interesaba por la obra, me acerque a él y pedí que instruyera a fray Gerónimo sobre los detalles del fuerte, y enseguida comenzó a dar explicaciones mientras recorriamos el interior de la plaza.

-No soy yo -nos decía- un hombre capaz de buenos logros, ni tengo la experiencia que la obra exige; pero gracias a Dios viene en viaje nada menos que el ingeniero don José Pérez Brito, y él será quien ha de poner mucha de su ciencia en los trabajos. Como usted pueda ver, padre -agregó mientras con el brazo marcaba un semicírculo-, el paraje elegido es el más apto para nuestros fines: domina y cubre la población que está formándose, además de proteger la parte del río donde se afirma el muelle y los caminos que el indio utiliza para acercarse.

-Vaya, vaya -expresó fray Gerónimo por decir algo-, y ¿de dónde sacáis tanta piedra para los muros?

-De una cantera que hallamos muy cerca de aquí. Los bloques no son del todo buenos, ¿verdad, Fermín? pero cumplirán bien sus funciones.

-Mejor hubiesen resultado los peñascos de las orillas -agregué con ínfulas de conocedor-, pero se hace difícil traerlos hasta la cima, y muchos llegarían rotos.

-Ya verá, padre cómo ha de lucir la piedra en la capilla. Dentro de muy poquito podrá oficiar sus misas a cubierto.

-Deme Dios muchos fieles a quien repartir la Eucaristía, aunque por techo tengamos el cielo azul y por campanas el piar de los pájaros.

-No ha olvidado su gusto por la poesía -le dije sonriente.

-Ella es una bendición de Nuestro Señor. ¿Sabes? A veces pienso que Él la utiliza para decirnos un poquito más a través del lenguaje; y ¡cuánto me ha servido en mis recorridas por las tribus! Me bastaba verla en la sonrisa o en la mirada de un indiecito para que las miserias (que las hay, Fermín, que las hay) dieran paso a un poquitín de esperanza.

El fraile se expresaba en voz baja, aprovechando que el maestro Puches decía a un aprendiz la mejor manera de sentar un bloque. Pero pronto nuestro guía volvió a su tema, y retomó los comentarios.

-Los depósitos para la marina serán de junco y paja, igual que el hospital y las habitaciones destinadas a los albañiles y el resto del personal.

-¿Y teméis -preguntó el fraile- que toda esa paja resulte una tentación para las flechas con fuego de los aborígenes?

-Esas barracas son de emergencia, y como ya tenemos funcionando un horno de ladrillos y tejas, pues... ¡que vengan luego las flechitas con sus fueguitos!

-Pues a descuidarse. Estamos en lugar que no admite los alargues. La cosa anda revuelta y hay amenazas de guerrillas entre tribus rivales y bien sabemos que cuando arde el pajonal, es el capricho del viento quien dirige la quemazón.

-¿De dónde saca usted semejante agorería? -preguntó el maestro, no sin cierta inquietud en la voz.

-De lo que he visto y oído. Algunas ideas están levantando campamento, como la del Cacique Chololaquin.

Las últimas palabras del fraile me produjeron un sobresalto.

-Dice usted que... y ¿adónde va esa tribu? -pregunté corrido por la ansiedad.

-Hacia Choele Choele; y a propósito, una muchacha, hija del cacique, me pidió que te dijera que concurras mañana donde tú sabes. A punto estuve de rechazar el requerimiento, pues eso de prestarme a... arreglos de sospechosas entrevistas...

-Nada de malo hay en ello. Hasta el mismo don Francisco se alegrará de saberlo.

-Hombre, pues a punto estuve de plantarle a la jovencita el mote de casquivana. Pero si tú dices...

-Sigamos viendo las obras -le interrumpí presuroso al notar la creciente alarma de Puches por el diálogo-. Mire usted cómo va tomando punto la construcción de la torre.

-Las murallas formarán un cuadrado con sus cuatro baluartes; y aunque solo están acabadas las del Noroeste, fácil les resultará formarse una idea de la importancia que tendrán las fortificaciones.

-¿Y dónde se construirá la capilla? -preguntó fray Gerónimo, más atento al trajinar de los hombres que a las expresiones técnicas que le endilgábamos.

-Junto a la torre, orientada de Norte a Sur -explicó Puches-. La vivienda de don Francisco, la de oficiales y tropa y la de los capellanes se harán a continuación; y también un hermoso almacén para resguardo de lo más importante: los comestibles y la bebida, que no han de faltar, si Dios nos ayuda y la Virgen del Carmen nos protege.

-Lo de la comida pase; pero en cuanto a las bebidas, a qué preocuparse teniendo ese caudal de agua a nuestra disposición.

-El agua no está mal para un remojón, pero el vino y el aguardiente bien nos viene para evitar morriña* y levantar el espíritu.

-No hablaríais de ver lo que yo he visto por obra y gracia del aguardiente.

-¿Se refiere a los indios?

-A ellos, claro. Nuestros bravos capitanes han hecho del aguardiente el arma más poderosa para destruirlos y sojuzgarlos...

* Morriñas: (f.) coloq. Tristeza o melancolía, especialmente la nostalgia de la tierra natal.

Tuvo el maestro Puches el buen tino de cerrar la boca y dejar que los amargos reproches cayeran en un silencio que sirvió para que nuestro informante retomara con naturalidad el hilo de sus comentarios. Dijo al fin el religioso cansado sin duda por ese tema fuera de su gusto:

-Vamos, Fermín, miremos un poco por los alrededores -y tomándome del brazo fue llevándome fuera del perímetro de la ciudadela-. Habíamos andado un corto trecho cuando, dándose vuelta, dijo, mirando los muros de piedra:

-El miedo es un rescoldo del infierno que cuelga de las orejas de Satán. Lo sacude, y ya estamos corriendo como liebres que buscan la guarida.

-Yo nada comenté, esperando la aclaración del exabrupto. Al constatar que aguardaría en vano, dije:

-¿A qué viene semejante acertijo?

-No es acertijo -me respondió-. Simplemente traduzco la pobre impresión que me causa el afanarse por levantar fortalezas.

-Ya, ya: la verdadera fortaleza es la de nuestras almas sin pecado.

-¿Es eso?

-Por supuesto. Pero al decirlo como lo dices caes en una perogrullada.

-Y los pendientes del diablo cambian la necedad por el ingenio, claro.

-No, no es tan simple. Yo que sé muy bien lo que es sentir miedo puedo asegurarte que tal encrispamiento es solo el reflejo de nuestros errores. De nada servirá que nos encerremos entre tapias aunque estas rasquen las nubes.

-Sin embargo, ¿qué sería de la liebre sin su madriguera?

-Una afirmación de la fe.

-O un exquisito bocado para los perros.

-El andar por los toldos me ha enseñado muchas cosas. Yo, llevando por arma solo un crucifijo, he sido respetado por los indios como si fuera el mejor de los hombres. Llegué entonces a la amarga sospecha de que los servidores de Cristo hemos sido estafados con el contexto de una evangelización que ha servido y servirá de escudo a las más abominables injusticias.

-Cuidado, señor fraile, que le estoy viendo la oreja a la excomunión.

-Ello no me preocupa. Sí, los que avivan el fuego puesto bajo el caldero donde se cuecen las miserias humanas de esta América bendita.

-Usted me dijo, no hace mucho tiempo, “que todos los canallas y explotadores, los tiranos y genocidas, los mártires y los héroes componen en estas nuevas tierras una masa en formación; y que el fermento que da el tiempo debemos calcularlo con la aritmética infinita del Cosmos”. ¿Fue o no fue así como lo expresó?

-Tal cual; y mis reflexiones de entonces en nada se contradicen con las de ahora.

Bajó la cabeza el frailecito, alisó con la mano los negros pelos de la barba y, en voz baja, suspirando dijo:

-No me hagas caso, Fermín. Estoy divagando; y es que yo, como tú entonces, no

logro hacer pie en el tembladeral de los acontecimientos.

Nos habíamos detenido en una saliente desde la cual veíamos un largo trecho del río, hasta que una suave curva nos lo ocultaba con gracioso contoneo. Debajo nuestro, un cerrillo exhibía dos curvas de regular tamaño. Tras mirarla detenidamente, fray Gerónimo me preguntó:

-¿Qué son aquellas bocas, Fermín?

-Viviendas -le contesté-. Algunos colonos las han construido para no quedar a la intemperie, mientras edifican refugios estables. Aunque es posible que esas cuevas resulten más seguras contra los indios que las cabañas.

-Pues... no veo la diferencia entre esos albergues y las cabañas si a un malón se le ocurriera atacar.

-La hay; ningún indio se atreverá jamás a introducirse en una cueva. Para ellos son habitáculos de los *huecuvūs*, o espíritus malignos. Solo los brujos pueden ocuparlas, pues disponen de los medios mágicos que los protegen. Así me lo explicó Huilen.

-Dudo que nuestros paisanos hayan tomado en consideración semejante tontería. Hay en muchas regiones de España verdaderas casas hechas a fuerza de piquete en las faldas de montes y serranías. Aunque, la verdad: “en todas partes se cuecen habas”, y es común decir que en Salamanca hay muchas cavernas que en viejos tiempos sirvieron de cubil a diablos y brujas. Pero según un sabio y viejo monje de mi congregación, esos personajes eran heterodoxos que allí se reunían secretamente para conspirar a favor del cisma luterano.

-Bien, ya tenemos pretexto para involucrar a nuestros salvajes o sectarios y reformistas de la peor calaña. ¡Al potro con ellos!

Rió el fraile, mientras me amonestaba:

-No digas disparates, pues aquí las cosas pintan al revés. Según tú, son los indios quienes rechazan mezclarse con diablos y diablesas. Mas pongamos término a esta charla que a nada conduce y mientras andamos otro poco cuéntame de tus relaciones con Huilen.

Me sentí incómodo. Fray Gerónimo había puesto el dedo sobre la parte más sensible de mi alma.

Una bandada de loros volaba en lo alto en dirección a sus nidos. El fraile quedó absorto mirando aquel desfile que ponía en movimiento el lánguido preludio del atardecer. Ello me permitió sopesar el pedido hecho tan sorpresivamente, y hasta acaricié la esperanza de que los logros hubiesen desviado su curiosidad. Sobre todo cuando comenzó con uno de sus tantos desvíos, al decirme, sin dejar su ensimismamiento:

-Así pasaban las golondrinas por sobre los tejados del convento. Yo me sentía en la gloria cuando las veía llegar y refugiarse debajo de las tejas o en los huecos de los torreones. Se me antojaba que Dios las ponía allí para que de noche no me sintiera tan solo con mis rezos, muchas veces caídos en el pecado de rutina. La misericordia del

Señor era grande al suavizar mi soledad dándome esas pequeñas criaturas que rebullían bajo mi ventana; y cuando se iban, Fermín, siempre había en el nido alguna pluma que yo utilizaba como señalador en mi libro de oraciones.

Así era de simple fray Gerónimo. De cosas intrascendentes extraía parábolas y aforismos multicolores; sin afectación, con la humildad de quien nada guarda. He pensado muchas veces que de haberle tenido siempre a mi lado, no hubiese sufrido yo las borrascas y desventuras que me ataran más tarde a dolorosos altibajos. Pero allí le tenía, mirándome ahora a la cara y diciéndome:

-Anda, vayamos hasta el promontorio que se ve a lo lejos, y dime qué sientes hacia Huilen, si es que nada te obliga a poner llave al cerrojo. Ya te explicaré las razones de mi indiscreción.

-¿Por qué no empieza usted por darme esas razones?

-Porque no quiero agarrar al diablo por la cola, sino por los cuernos.

-Si empezamos a meter al diablo en el guisado...

-Bien, hombre, bien; enfoquemos la cosa de otra manera, si te parece. He tenido largas charlas con la niña, y en ellas tu nombre ha entrado y salido como Pedro por su casa. He hablado con doña Encarnación y tu nombre ha bailado al son de varias músicas. En cuanto al cacique, le atacaba una extraña mudez cuando tu nombre salía a relucir...

-Ha dejado a Antü fuera del mapa.

-También, también él me preguntó por Fermín con la alegría brillándole en los ojos. Admitirás, pues, que estoy de 'fermines' hasta la coronilla. En lugar de ocuparme de mi apostolado, tuve que hacer frente a una serie de bobadas más dignas del cancionero amoroso que de personas con buen sentido común; y termino: Te has convertido en un *Amadís de Gaula* deformado hasta la risa por tu *Don Quijote*, que Dios guarde y le tenga donde se merece.

Y lo dijo todo de un tirón, con la misma malicia de quien echa miguitas a los pájaros... Pero a mí las miguitas me parecieron, todas juntas, el peñón de Gibraltar puesto en la honda de un David milagroso. ¡Vaya con el frailecito y sus simplezas! Mas tenía que responder y lo hice de manera destemplada.

-Sus estocadas se arriman con el juego de la indiscreción, no con la medida que, se supone, debe guardar un religioso. Pero no me tocan, señor esgrimista. Amo a Huilen con todas las fuerzas de mi alma y ella responde a mis sentimientos. Un día será mi esposa y usted el fraile que nos casará.

Aún no había terminado el latiguillo cuando me di cuenta de que estaba comportándome con la ampulosidad propia del comediante bisoño*. Cerré, pues, el abrupto final, y me puse a mirar una armadía* cargada de troncos que bogaba río abajo,

* Bisño: (adj) Dicho de la tropa o de un soldado: nuevo o principiante.

* Armadía: (f) desus. Armadijo, trampa.

como si ella significara lo extraordinario. Fray Gerónimo ajustó su paso al nervioso caminar que yo me había impuesto, callado, con la vista puesta también en la balsa. Dijo enseguida, con voz neutra:

-Supongo que esos troncos serán para el fuerte.

-No -respondí-, son para las barracas que se construyen en la barda Sur.

-Y dime, Fermín, ¿cómo habiendo tantas españolas bonitas te has prendado de una americana?

Lo de “americana” me cayó bien. Pudo haber dicho “un salvaje” como era de estilo entre los colonos; y ello suavizó en mucho mis réplicas, cuando le contesté:

-Porque ella es Huilen.

-Ven; sentémonos en esas rocas, y mientras nos solazamos con la belleza de ese ensanchamiento del río, hablemos de tus cosas. No te incomodes, pues mi deseo de saber no es vulgar ni tiende al chismerío. Quizás anudando una reflexión a la otra, puede que yo encuentre respuesta en mis resquemores. Tal vez las zozobras nazcan de la simpleza con la que miro las cosas del mundo, y tú has vivido la vida a borbotones; y claro, es posible que veas cosas que yo no veo pese a mis tecnologías.

Nos sentamos en los peñascos, al borde de la barranca. Confieso que la charla de fray Gerónimo estaba pareciéndome un jeroglífico, mas no había otro remedio que seguir escuchándole:

-¿Imaginas, Fermín, a un enclaustrado como yo, hecho a fuerza de rezos, misas y sermones desde los doce años, verse de repente catapultado a esta Patagonia mágica donde lo imposible se hace real y la utopía es de entrecasa? ¿Y la fe? Esa fe arrullada al son de las lecturas venerables, fortalecidas por retiros donde nos parece oír las voces de los santos, y de Jesús, y de María. Pues nada: a meterse sin más en este infierno de lascivia que es América, a una torre de Babel donde nadie se entiende y las pasiones se barbarizan en lo extraordinario. ¿Por qué no mandaron a los verdaderos santos, inmunes a las tentaciones de la carne?

-Los mandaron, padre, los mandaron; y aquí están, aunque no los veamos por culpa de los basurales que nos rodean; y usted es uno de ellos, aunque su humildad se lo oculta y sus mínimas flaquezas le parezcan aberraciones satánicas. Aunque, veamos... ¿Qué relación tiene este fárrago* de íntimas elucubraciones con Huilen y conmigo?

-A eso iba, Fermín, a eso iba. Ocurre que siempre hay en mí un duendecillo que todo lo enreda y confunde. Quise pergeñar un introito* y me salió un mamotreto. Pretendía decirte que Huilen y tú seréis el símbolo de una esperanza...

-Explíqueme, padre, pues me tiene en ascuas y la noche se acerca.

-Ya. Cásate con Huilen, bendiga yo el matrimonio y establezcamos la simbiosis del Mundo Nuevo. La cruz de sangres y de culturas santificadas por el Santo Evangelio.

* Fárrago: (m) Cúmulo de ideas o expresiones confusas, inconexas o superfluas.

* Introito: (m) Entrada o principio, especialmente de un escrito o de una oración.

-Vaya novedad. Esa mezcla se viene haciendo desde 1492. América está llena de mestizos.

-Hay apareamientos salvajes, que no es lo mismo. Los hijos espúreos nacidos del atropello y la lujuria con el escarnio de nuestra nacionalidad. Póngase el español a la altura del indio, reconózcasele a este los mismos derechos que tienen los ocupantes de sus tierras y veremos a nuestros paisanos bendecidos y dignificados por los siglos de los siglos. ¿Dime si no sería hermoso que vosotros dos complacírais ese reclamo de la historia?

¿Qué contestarle? Yo no salía de mi asombro al oír aquel rimero de inocentadas extraídas sin ton ni son a la manera de un ilusionista. ¿Tan lelo estaba el pobrecito que no veía las llagas de la verdadera situación? Mas otras preguntas se interpusieron irónicas en el fluir de mis reflexiones: Acaso, ¿las excentricidades de fray Gerónimo no eran las mismas de sor Verónica, de las del padre Rafael y de mí? ¿No estaban también en el quijotismo de don Evaristo Saavedra? Tanto habían cambiado mis ideas que lo que antes me parecían verdades de a puño, hoy las veía como fruto de un espíritu cándido, inmerso en una realidad de fantasías. Y no seguí desgranando contradicciones debido a que el fraile me rescató dándome dos palmaditas en el hombro.

-Oye, Fermín, y no te embobes con el pajarillo ese que a los saltitos aprovecha las últimas luces del día. Hay una contra en sus propósitos casamenteros. ¿Sabes cuál es? La madre de Huilen. Mas no te amilanes pues ya verás que la más dura de las oposiciones puede romperse con el desgaste del tiempo y el esmeril de la paciencia. Doña Encarnación no es mala, pero hay en ella cierta... bueno, ciertas ambiciones...

-Todo eso lo sé -salté como un basilisco*. Esa mujer sueña con hacer de sus hijos las cabezas de un Imperio Mapuche más grande que el de Carlos V. En cuanto a mí, no puede verme ni aún puesto en el santoral. Buena está ella para unir su nobleza a la villanía de mi sangre exclusera. Mas sepa usted, reverendísima, que a Fermín de la Colina nadie, por más Encarnaciones de Rojas y Galán que se le presenten, podrá impedir que Huilen sea mi esposa por la gracia de Dios.

-Hombre, no te sulfures, pues te quedan mal esos arrebatos de melodrama.

-¿Es que no me cree?

-¿Cómo no he de creerte? Capaz eres de voltear gigantes con solo utilizar el dedo meñique.

-No se burle usted.

-No es burla, si consideramos que los gigantes pueden ser simples sombras y el meñique una mecha que se enciende. Con lo cual intento decirte que el heroísmo suele caer, por inexperiencia, en vano chisporroteo de pajuela; y tú, Fermín, creerte un hazañoso caballero andante a la búsqueda de su molino de viento.

Reconozco que aquellas hondadas me dejaron corrido. Con qué rara habilidad

* Basilisco: (m) Persona furiosa o dañina.

manejaba fray Gerónimo la ambivalencia de sus actitudes: sátira bondadosa y verdades sin orgullo; y en ambas caras de la rueda era yo quien más volteretas daba, aunque él me hiciera creer a pie juntillas mi superioridad en juicios y experiencias. Pienso ahora, cuando los años me pesan, cuánto de fatuo había en mis posturas y cuánto de soberbia en el aprendizaje costoso y marginado de mis primeras zancadas. Digo lo que digo a sabiendas de que no había maldad en mis errores, y que también era mi persona una masa de cuerpo y espíritu transformándose en el alambique de nuevas filosofías. Hecha esta salvedad, dejo a fray Gerónimo que siga con sus desconcertantes estimaciones.

-No quiero que mis palabras te hieran, Fermín. Tan solo busco llevar sensatez a tu animoso despliegue de fuerzas. Tanto derecho tiene doña Encarnación a sustentar sus ideales como nosotros a defender los nuestros.

-Doña Encarnación es cristiana. ¿Pensaría usted lo mismo si ella estuviera en la antípoda de nuestra fe?

-Para nuestra fe no hay antípodas que valgan. Todos los hombres de la tierra somos hijos de Dios con iguales prerrogativas y oportunidades.

Me resultaba sugestivo que fray Gerónimo estuviera empleando casi las mismas palabras que en su momento me endilgara doña Encarnación. Pero fray Gerónimo fue aún más lejos, al decirme:

-Sabes, acaso, ¿cuánto pueda significar para las almas de esta Patagonia el “desmedido” proyecto de la “monja guerrillera”, como suelen llamarle? ¿Puedes tú desentrañar lo que Nuestro Señor tiene previsto hacer con los habitantes del suelo que pisamos? ¿Estás seguro de que no surgirán de entre ellos los santos y las santas de las próximas centurias? Anda, dímelo.

-Son muchas preguntas para responderlas de un plumazo.

-Correcto. A mí me costaron sudores hasta que las fui asimilando por tragaderas libres de prejuicios. Tú, trata de fundirte en Huilen sin hacer de doña Encarnación la bruja de la leyenda. Si ella quiere ser la emperatriz de una nueva raza, déjala que lo sea... mientras de su cuello siga colgado el signo del Sacrificado. Porque, Fermín, a fin de cuentas, es la Cruz lo único que puede salvarnos...

-Le interrumpió el golpeteo de un caballo lanzado a todo galope. Yo, poniéndome de pie, dije presuroso:

-Alguien viene del fuerte corrido por el demonio.

-Dios nos asista -respondió fray Gerónimo mientras se incorporaba-. Allí viene, y es un indio.

El jinete en cuestión no tardó en llegar donde estábamos. Detuvo la bestia con un fuerte tirón de riendas, y dijo al fraile en un castellano sin deformaciones:

-A usted le ando buscando, padre.

El hombre vestía una rara mezcla de atuendo indio y ropa ciudadana. Yo le conocía. Era el lenguaaz con quien estuve conversando durante la visita que hiciéramos a los toldos del Cacique Julián. El fraile respondió a las palabras del mestizo:

-Pues aquí me tiene. ¿Ocurre algo?

-Una mujer se está muriendo y pide que usted la asista.

-Alguna esclava cristiana, supongo.

-No. Es una de las indias que usted bautizó.

-Pues andando. Tú, Fermín, corre al Carmen y retira de mi aposento el bolso que contiene mi libro de oraciones, la estola y los óleos sagrados.

-Pero la noche se viene encima, padre -le respondí temeroso.

-Este hombre nos guiará.

No me gustó nada el plural de la frase. ¿Es que el frailecito contaba con mi compañía? No pude seguir rumiando mi desconcierto y tuve que partir a toda carrera ante el empuje verbal del mercenario.

-Apresura, hombre, apresura. Y pide también un caballo.

Partí. Pronto llegué al Carmen, retiré del cuartucho el bolso de marras, trepé la barranca con los pulmones en la boca, fui hasta el corral donde siempre había caballo enjaezado* en previsión de una emergencia, expliqué al mozo de cuadra la razón de nuestro apuro, y montando fui al encuentro de los que esperaban impacientemente. Me tiré de la yegua (pues yegua era) y esperé a que el fraile subiera al jamelgo que le había tocado en suerte, pero exclamó sin rodeos:

-¿Qué esperas? Sube, yo iré en la grupa.

-¿De dónde ha sacado usted -le dije- que voy a acompañarle?

-De tu conciencia. No dejarás a este pobre servidor de Cristo que marche solo a lo que Dios quiera; y no juguemos con las palabras cuando hay una mujer pidiendo la extremaunción. Monta de una vez.

Y allá fui a plantarme de un salto sobre la yegua. Tenía que montar el padre, y entonces ocurrió la escena que no olvidaré mientras viva. Sin hacer caso de los que allí estábamos se levantó el vestido talar y lo anudó a la altura de las caderas, dejando al descubierto los atributos que la naturaleza le otorgara como sello de su virilidad. Tanto el lenguaraz como yo casi soltamos la carcajada, pero nos contuvimos y solo me animé a enfrentar la flemática actitud del fraile con la siguiente pregunta:

-¿No usa usted bragas, padre? Antes de contestar me dio la mano, apoyó un pie sobre el mío y, con un envión, puso sus nalgas en la grupa de la bestia tras lo cual explicó:

-Las bragas resultan un engorro cuando hay que vivir al salto de mata y en campo libre, sin resguardos cuando las necesidades apretujan y hay fisgoneo en torno por saber qué llevo debajo de la vestimenta. Así, de resultar preciso, pues con agacharse y dar un revuelo a lo mujeril...

-No cabe duda que va usted a lo práctico -le respondí.

Grandes esfuerzos tuve que hacer para que la risa quedara adentro, pues el caso es que el fraile daba las explicaciones con la inocencia de un niño. ¿Y cómo dañar esa

* Enjaezar: (tr) Poner los jaeces a las caballerías.

candidez con el aguijón de la burla?

A todo esto ya habíamos iniciado la marcha y recorrido a buen paso parte del camino. Le pregunté el lenguaraz si la tribu estaba en el mismo lugar que antes, y me respondió:

-Un poco más al Norte, junto a la gran salina.

-Supongo que allí encontraremos al carnicero Huemu.

-Supones mal, Huemu anda con el Cacique Julián por río Colorado en búsqueda de alianzas. Teme al Cacique Negro y quiere sentirse fuerte antes de entrar en negociaciones con él.

Respiré hondo, pues a quien temía enfrentar era precisamente al capitanejo que había degollado a la india y pretendido llevarse a Inés en connivencia con el viejo Cañizo. Ya bastante había tenido con Nahuel, y no era cosa de andar jugándose el pellejo así porque sí.

El terreno por donde íbamos estaba salpicado de matas descoloridas y grandes manchones salitrosos, blanquecinos en la muriente claridad de la tarde.

Fray Gerónimo iba agarrado de mi cintura, temeroso de caer dado el galope desigual de la yegua. Pese a todo, alzando la voz, dijo al lenguaraz:

-Fueron cuatro las mujeres que bauticé. ¿Cuál de ellas está muriendo?

-La llamada Lilen.

-Es casi una niña.

-Sí -respondió el mestizo-. Se hizo mujer el año pasado.

-¡Dios mío! -exclamó el sacerdote- ¡Apurad, apurad, por todos los santos!

Tal fue la angustia que le notamos en la voz, que exigimos a las bestias mayor premura, aún a riesgo de verle rodar por sobre los pinchudos matojos. Fray Gerónimo se abrazó decididamente a mi cuerpo, y pude oír que decía:

-Me explicó Lilen que su nombre significaba “Aromo del Campo”... Pobre criatura.

Y se puso a musitar junto a mi oreja una oración que, si mal no recuerdo, es la indicada para los fieles agonizantes. De pronto, interrumpió su rogativa para decirme con acento ansioso, desdoblado por el agitar de la carrera:

-Fermín, esta noche vas a presenciar un choque tremendo entre ángeles y demonios.

Dicho lo cual, siguió con su rezo, quizá más intensamente modulado; a mí me pareció el rechinar de un desafío.

El lenguaraz, que se había adelantado, nos dijo girando la cabeza hacia nosotros:

-Estamos cerca.

En efecto: se veían a la distancia débiles columnas de humo que subían rectas en la plácida declinación de la tarde. En el poblado indio se estaban encendiendo los fogones.

Llegamos, y sin rémora nos dirigimos directamente hasta el toldo de Lilen, guiados por el lenguaraz. Un grupo de personas se hallaba allí reunida. Al vernos hubo un movimiento no del todo claro, pues mientras tres o cuatro personas se adelantaron a recibirnos, las demás bloquearon la entrada con gestos huraños y actitudes desafiantes. Una fogata de regular tamaño daba luz a la escena, sumida ya en un claroscuro que

disfumina los relieves. Desmonté con el bolso en la mano y fray Gerónimo, sin perder tiempo, hizo que su cuerpo resbalara contra el flanco de la yegua hasta quedar de pie, dispuesto sin más a cumplir con su ministerio. El lenguaraz con apurado gesto me llevó a un aparte y me dijo con voz queda:

-Cuidado. Haz que el fraile actúe con mesura, pues la cosa está fea.

-¿Por qué? -pregunté en igual tono.

-El brujo está dentro y no ha de permitir que le roben la presa. Para esta gente tan brujo es el *machi* como el fraile.

Saltaron en mi mente las palabras que fray Gerónimo me dijera en relación con el enfrentamiento entre ángeles y demonios. Estampas mostrando luchas sobrenaturales relampaguearon en mi cerebro, y aunque en esas estampas de mi niñez los ángeles siempre vencían, no por ello quedé tranquilo ante el cariz que pintaba el posible entrevero de fuerzas ocultas y antagónicas.

-Dame el bolso, Fermín, pronto.

El reclamo me llamó a la cordura y presuroso entregué al fraile lo que pedía. Con el bolso bajo el brazo arremetió contra el grupo que obstaculizaba la entrada. Fui tras él. Después de algunos forcejeos entramos en la *ruca*, y lo que vimos nos llenó de espanto. Una fogata con buenas llamas daba al ambiente un calor sofocante, agravado por los vapores que salían de una marmita puesta sobre el fuego. Cerca de la fogata, en el suelo, sobre pieles y cubierta por una cobija, estaba Lilen. Pero lo que más nos impresionó fue el personaje que se cernía como un pájaro horrible hacia el cuerpo de la enferma. Era el *machi*. Tenía pintadas de color azul la frente y la nariz, y franjas de rojo intenso le corrían por el cuerpo hasta la cintura, de la cual colgaba una especie de cota trabajada con conchas de mariscos. Arrastraba una larga cola hecha con plumas de avestruz. Brazaletes de piedritas ceñían sus muñecas, y con iguales guijarros, una gargantilla dejaba sobre su torso plumas de colores. También sus piernas y brazos se adornaban con plumas de matices distintos. Una de sus manos apretaba una varilla con cascabeles y la otra una calabaza con guijas* que, al ser agitadas, producían un sonido raspante en contraposición al tintineo de los cascabeles.

Cuando el esperpento vio entrar a fray Gerónimo su rítmico pasear alrededor de la enferma se transformó en una serie de cabriolas con furibundo acompañamiento de cascabeles y calabazas; su cara era la de un energúmeno pintarrajeado esforzándose en una pantomima de terrores. El fraile, sin hacer caso a las ceremonias del brujo, fue hasta la cabecera del lecho, se acurrucó en el suelo con el bolso en la falda, y por largo rato quedó inmóvil, con el crucifijo entre las manos y la mirada puesta en el rostro crispado en mueca fija, con profundas ojeras y una gran profusión de pústulas sobre el mate descolorido de la piel. Lentamente fray Gerónimo abrió el bolso, se puso la estola moviendo apenas los labios. Dos lágrimas descendieron por su rostro y fueron a

* Guijas: (f) Piedra lisa y pequeña que se encuentra en las orillas y cauces de los ríos y arroyos.

ocultarse sobre los pelos de la barba. Luego hizo señas para que me acercara. Me arrimé a él y dijo por lo bajo:

-Tiene viruela maligna. No pasará de esta noche. Aléjate y evita el contagio.

-¿Y usted, padre?

-Me quedaré a su lado hasta que Dios le llame.

-Pero...

No me dejó hablar, y dijo enérgico:

-Es una de las elegidas del Señor. No dejaré que ese espantajo convierta el acto sagrado en un aquelarre de liturgias diabólicas. Anda, aléjate.

Le hice caso a medias. Me retiré, sí, pero hacia uno de los rincones donde los reflejos de la lumbre no podían del todo con las sombras.

El *machi*, entre tanto, no cejaba en sus aspavientos. De una serie de talegos* fue sacando hierbas de distintas especies y, con ampulosos ademanes, las iba echando en la olla de agua hirviente. Un olor intenso, de materia en descomposición, se desparramó por la *ruca* hasta hacerla casi irrespirable. Cantando una melopea* se acercó al lecho y, agitando con furia las manos, hizo como si echara de allí los espíritus malignos, entre ellos el pobre fray Gerónimo, que poco caso hacía de mímicas y exorcismos ensimismado como estaba, con el crucifijo contra el pecho, en sus rezos y cavilaciones.

Yo observaba aquel despliegue de alucinantes hechicerías con aprensión. Mis manos temblaban aún sujetas fuertemente la una con la otra. La sombra del brujo transmitía sus grotescos bailoteos a mi piel estremecida. Pese a esa danza de incubos* yo no perdía detalle de cuánto estaba ocurriendo. Vi cuando fray Gerónimo retiró de su cuello el cordón del crucifijo y la sagrada imagen sobre el pecho de Lilen. ¿Hubo una ligera sonrisa en los labios de la joven? ¿Fue por eso que el brujo redobló sus frenéticas cabriolas? Con gesto brusco tomó un tambor para enseguida pasarlo por encima de la moribunda una y otra vez, mientras lo golpeaba con rápido *in crescendo*; el rostro, preso de violentos visajes y contorsiones, hacía marco propicio al canto gutural hecho de quejidos prolongados y escalofriantes aullidos. Tras el agitado despliegue, y al parecer cansado, cesó en su batahola, se enjugó al sudor, y tras respirar profundamente dio fuego al cigarro ritual y con él fue desparramando volutas a diestra y siniestra, hasta que por último se inclinó sobre la enferma y le echó a la cara una gran bocanada del pestilente humo.

De pronto, el brujo quedó rígido, con la mirada puesta en el rostro de la india. A su vez, fray Gerónimo se puso de rodillas, bendijo con la señal de la cruz el cuerpo yacente y con fervor comenzó a recitar la oración por los muertos: “Señor, recuerda a tu hija

* Talegos:(m) Saco largo y estrecho, de lienzo basto o de lona, que sirve para guardar o llevar algo.

* Melopea: (f) Canto monótono.

* Incubos: (adj) Dicho de un diablo: Que, según la opinión vulgar, bajo apariencia de varón tenía trato carnal con una mujer.

Lilen, a quien llamaste de este mundo a tu presencia...”

En el silencio que siguió a los dislates del brujo la voz de fray Gerónimo pareció navegar por un remanso de cordura. Pero no por mucho tiempo. Lanzando un alarido escalofriante por lo extemporáneo, el *machi*, con los brazos en alto, corrió hacia afuera, gritando: ¡Huecü! ¡Huecü...! Lo que siguió solo se concibe en los sueños más horribles. A las vociferantes exclamaciones del brujo se unieron otros gritos, y un tropel de indígenas, hombres y mujeres, irrumpieron igual que fieras. Me abalancé para interponerme entre los que entraban y el fraile que, indiferente a cuanto ocurría, seguía imperturbable con sus rezos. Pero antes de completar el impulso salió de mi boca un chillido desarticulado: “¡No... nooo...!” Un brazo se había levantado en medio del grupo y un puño aferraba una lanza que, violentamente arrojada, se clavó en el costado derecho de fray Gerónimo. Cayó este hacia un lado si exhalar una queja y pugnando por volver a ponerse de rodillas. De un salto llegué a él, de un tirón arranqué la punta de la lanza metida en la carne, y con ella arremetí ciego contra la indiada que retrocedió con el espanto en los rostros. Prontamente me volví hacia el fraile. Este, con el codo izquierdo apoyado en el suelo, trataba con ambas manos de contener la sangre que iba formando una mancha enorme en la estameña* del hábito. A mi lado se arrodilló el lenguaraz, para ayudar en lo que fuere. Quisimos sacarle el vestido para examinar la herida y verle la sangre. Pero se opuso diciéndonos:

-Dejad. Ya no hay remedio.

Y dirigiéndose a mí dijo con sonrisa macilenta:

-¿Te das cuenta, Fermín? Muero con uno de los estigmas de Cristo: el lanzazo en el costado...

Dejó caer la cabeza en mi hombro, pero con gran esfuerzo volvió a levantarla para decirme:

-Fermín, no quiero que castigéis al causante. No quiero... que mi muerte sea... motivo de otras muertes. Promételo.

No, no podía prometerle tal cosa. En mi corazón bullía con fuerza el deseo de venganza. Pero la voz, apenas audible, insistió:

-Promételo... Fermín, promételo.

Y con el llanto agolpado en mis ojos cedí a sus deseos. Todavía tuvo tiempo para decirme:

-Dios te bendiga... -y tras unas palabras ininteligibles, agregó: -... a Huilen...

Murió en mis brazos como muere un pajarillo. ¿Qué otra cosa fue él en vida sino un humilde pajarillo de Dios?

De la marmita puesta sobre el fuego aún salían vapores malolientes, y afuera, un silencio escarchado se retorció bajo el augurio de terribles castigos.

* Estameña: (f) Tejido de lana, sencillo y ordinario, que tiene la urdimbre y la trama de estambre.

CAPÍTULO 20

Partimos enseguida. Permanecer el resto de la noche en el tolderío nos pareció arriesgado. Envolvimos, pues, en una manta a fray Gerónimo y, sin perder tiempo, le sentamos en la yegua, entre mis brazos. Así marchamos el lenguaraz y yo, a paso de hombre, cabizbajos y sin palabras, rumbo a la colonia. Mi cabeza era un revoltijo y el corazón un redoble pertinaz de dolorosas sensaciones. La oscuridad parecía un sueño plagado de pesadillas, más el bulto leve como el de un niño decíame a cada instante que todo era real, endemoniadamente real. Quise escapar del círculo mágico y busqué mi voz. Le dije al lenguaraz:

-Mucho agradezco su ayuda y el que me esté acompañando por un camino que no conozco.

-Nada tienes que agradecer -me respondió-, de todos modos pensaba alejarme de la tribu. No es agradable morir apestando o quedar con marcas de por vida.

-Un caso de viruela no significa necesariamente una epidemia.

-No es uno, sino tres; y serán más. Esa toldería está condenada. Yo que tú pondría a los de la fundación al tanto de lo que ocurre.

-Por supuesto, así lo haré.

-Y dime: ¿cómo te arreglarás para cumplir la promesa que hiciste al pobre fraile?

Permanecí callado, dándole vueltas a la pregunta, pues la tal promesa permanecía aún en el desván de mis tribulaciones. Dije al fin:

-Supongo que deberé transmitir a don Francisco de Viedma el postrer deseo de fray Gerónimo. Aunque temo que la indignación desborde las complacencias.

-Te diré cómo enfrentaría yo la cosa.

-Adelante: bienvenido sea el consejo, si en algo ayuda.

-Convince al señor de Viedma de que no es momento propicio para tomar venganzas, por más justas que sean. El indio anda revuelto y suenan tambores de guerra. Bastaría un motivo, uno solo, para que más de un capitanejo lo usara de pretexto para malonear la fundación. Puedes decirle, también, el error de mandar hombres a un lugar donde la viruela puede hacer estragos. Antes bien: tu señor debe prohibir acercamiento a un sitio donde los demonios están de fiesta.

-Don Francisco es hombre práctico y nada le detendrá.

-Pero no querrá que la viruela se le meta entre la gente y destruya de un zarpazo sus realizaciones. Hasta tú mismo puedes ser motivo de alarma. Resultaría gracioso que te impusieran la cuarentena, ¿eh?

No me gustó nada la última observación, más simulé indiferencia y respondí:

-El intendente decidirá. Y pienso ahora que hizo usted mal en acompañarme, pues a mis paisanos se les puede ocurrir que, como yo, traiga la peste consigo.

-No iré a la colonia. Te acercaré a ella y marcharé al Norte. Hasta Buenos Aires no paro. Quiero saber cómo andan mis cosas con la justicia. Quizá, con una ayuda de la

señora de Villares... Estuve en su casa hará unos cinco meses, a escondidas y a pedirle que me arreglara el asunto aquel de la pelea. Prometió que se ocuparía de firme. ¿Y sabes? Le conté que charlamos tú y yo en la tribu de Julián. Vieras con qué interés escuchó cuanto le dije. Al separarnos me pidió que, si alguna vez volvíamos a encontrarnos te hiciera saber que ya enterró a la *Celestina*. Tú entenderás el mensaje, pues lo que es yo...

Pese a la situación, sonreí al recordar la entrevista con la prima de la señora Isabel, y los chisporroteos verbales que tuve con ella. Pero pronto la realidad me situó sin contemplaciones en la marcha por entre arbustos resecos y rechinantes llenos de sal. Debido a un tropiezo de la yegua, a punto estuve de caer, y me vi de figurillas para sujetar el cuerpo de fray Gerónimo.

-Estamos cerca.

El aviso del lenguaraz llegó a mí sobrecargado de resonancias y envuelto únicamente por el sonar de los cascos. Noté que el otro caballo se detenía.

-Aquí nos separamos -dijo el mestizo-. Continúa en línea recta y pronto darás con el fuerte. ¿Algún recado para Buenos Aires?

-Uno para la señora de Villares. Cuando la vea, díglele que entendí el mensaje... y que en usted encontré por estos lados un verdadero amigo.

-Dalo por cumplido.

Y sin más, taconeó el caballo y se alejó a moderado galope por entre las tinieblas.

.....oOo.....

No habrá necesidad de que os cuente la conmoción de mi arribo. Fray Gerónimo había sembrado en vida las mejores semillas del espíritu; muerto, recogía frutos hechos con llantos y congojas; pero también la cólera machacada con palabrotas y maldiciones, al igual que un fuego dispuesto a calcinar a cualquier tribu que se les pusiera delante. Salieron a relucir las armas, y hubo quienes, exaltados por sus propios gritos y envalentonados, quisieron correr inmediatamente a tomar la justicia con sus propias manos. Mal cariz tomaba el desgraciado asunto, por lo cual debí calmarlo poniendo en sus desvaríos el fantasma de la peste. Luego marché sin demora a encontrarme con don Francisco. Tropecé con él cuando se disponía a abandonar el "Carmen" y subir al bote, ya en antecedentes de la alteración y cuando yo me preparaba a subir al navío desde la misma barca. Al verme, cambió de actitud y me dijo, casi gritando: "Sube". Trepé por la escala, llegué a cubierta, y sentí los dedos de don Francisco hundiéndose en mi brazo. Casi grito, pero aguanté, y él aflojó la apretadura. Dijo:

-De esta no te escapas, y te juro que pasarás un año limpiando sentinas. Conoces muy bien la prohibición de acercarse a las tribus sin un permiso especial. Ahora habla.

Me soltó y se fue a la borda. Puso la manos en ella bruscamente y quedó con la vista fija en la noche que cubría el río con gelatinosa lobreguez. Nuestros cuerpos eran poco más que siluetas a la insignificante luz de las linternas de posición. Me acerqué a don

Francisco y eché el alma afuera. Nada escondí, entendiendo que solo la verdad podía justificarme, y hacer del martirio de fray Gerónimo una acción entendible a pesar del vesánico* redondel donde se produjo. Cuando llegué al punto de mi promesa de no tomar represalias, don Francisco me encaró con ira, bien visible en sus gestos y vocablos:

-¡Maldición! ¡No hay peor cosa que trabajar con santos! ¿Cómo evitar el castigo para un perro que mató sin asco a un inocente?

Entonces seguí el consejo del lenguaraz, agregándole al mismo argumentos de mi cosecha, a sabiendas de que el frailecito estaría oyéndome complacido. “Tenga usted en cuenta -le dije- que hallar el culpable rebuscado en una tribu condenada por la peste es aventura por de más peligrosa para la salud de vuestra fundación.

-¿Pero no visteis quién dio el lanzazo?

-Solo vi un brazo en alto y el puño aferrando el arma.

-¡Demonios! -exclamó exasperado-. Ven, tratemos de poner calma haciéndoles el cuco con el espantajo de la viruela.

-Es lo que hice antes de venir a verle.

Nada me respondió, y allá fuimos, donde estaba la gente reunida y preparando el cuerpo de fray Gerónimo para el velatorio. Muchos de los exaltados se habían ido retirando poco a poco, pues no hay como el miedo para convertir a los hombres en lagartijas. A poco, solo mujeres quedaron para acompañar al difunto, entre ellas la señora Mónica e Inés. Me acerqué callado a esta última, quien, al notar mi presencia, dijo mirándome de reojo:

-Ya, ya me enteré que estuviste del brazo con brujos y diablasas. Enhorabuena.

Nada respondí, pues no era momento de retruécanos, teniendo en cuenta los llantos y rezos que todo lo invadían.

.....oOo.....

Los infaustos sucesos habían impedido que mis pensamientos se mantuvieran atados a la imagen de Huilen. Mas al despertar en la mañana lo primero que hice fue alegrarme con la idea del encuentro que habría de tener lugar esa misma tarde.

El día se presentó claro, luciendo su gorro azul con motitas blancas cerquita las una de las otras igual que rebaño ovejuno.

Cuando me levanté, solo Inés trajinaba echándole comida a tres o cuatro gallinas que corrían picoteando alrededor. La señora Mónica y los gemelos estaban ocupados en rastrillar las tierras, libres ya de hierbajos inútiles. Inés me saludó con una sonrisa que puso celos al esplendor de la mañana, mientras decía:

-Vaya manera de dormir, hijo. Bien se ve que las andanzas de ayer te dejaron rendido.

* Vesánico: (adj) Perteneiente o relativo a la vesania, demencia, locura, furia.

Sospeché que algo de ironía asomaba por entre lo dicho y respondí con cierta aspereza:

-Lo que ocurrió vino sin que lo llamara. Fue el pobre fray Gerónimo quien me introdujo en ese anticipo del infierno.

Desapareció la sonrisa y, mirándome, expresó:

-Por supuesto que tú de nada tuviste culpa; y si vamos a ver, fray Gerónimo murió gracias a ti en brazos de un ser querido. Porque, Fermín... él te quiso de verdad, más de lo que mereces, te mereces mucho.

-¿Qué sabes tú?

-¡Vaya si lo sé! -y agregó con rápido gesto-. Anda, en la mesa hay una buena loncha de jamón que ayer trajo *Puchero*, y algo de pan...

.....oOo.....

Le puse los arreos a Babieca, monté en él, y me dirigí al encuentro con Huilen.

Cuando llegué al remanso donde tantas veces chapoteáramos Antü y yo bajo la mirada divertida de Huilen, bajé y, apoyado en Babieca, me dispuse a esperar tranquilo a que llegara la alborotadora de mis sueños. Pronto resonó la voz detrás mío:

-Aquí me tienes, Fermín.

Me pareció que la tarde aumentaba sus brillos, y sentí mi corazón cantando al compás de las aves, y el río, y de la brisa entre el ramaje. Vestía una blusa blanca bordada con mil colores, una falda azul, el cinturón indio cuyas puntas caían graciosamente hasta las rodillas y sandalias hechas con finísima piel. Una vincha apretaba sus negros cabellos que caían en cascada llenos de luces sobre los hombros. Yo quedé tan embobado que solo respondí al saludo con una sonrisa.

Cerca, una hierba sedosa crecía a la sombra de los árboles. Nos sentamos en ella, mirándonos a los ojos, ajenos a cuanto nos rodeaba. Hasta que a Babieca se le ocurrió probar el césped donde estábamos y rompió así el encantamiento.

-Huilen... ¿por qué os marcháis a Choele Choele?

-No lo sé. Siempre hay algún motivo que nos obliga a ir de un sitio a otro. Pero creo que esta vez la culpa es de la peste que anda por aquí. Tú lo sabes. En la tribu nos enteramos de la muerte del fraile y de los enfermos de viruela.

-Pero fray Gerónimo no murió por la peste.

-Claro que no. También el asesino decidió a mi padre a apresurar la partida. Teme que vosotros tratéis de vengaros arrasando la tribu de Julián, y cualquier otra que encontréis al paso.

-Eso no ocurrirá, puedo asegurártelo.

-Pero anda y convence a nuestra gente.

Quedamos callados. Yo, viendo cómo la luz jugaba entre las hojas, y ella peinando la hierba con los dedos. Luego pregunté sin mirarle:

-¿Me amas, Huilen?

-Sí, Fermín -me respondió sin titubeos.

-Yo también te amo, Huilen. Ya verás; uniremos nuestras vidas por toda la eternidad.

Poniendo el fervor de mis palabras al arrebató de la acción, busqué sus labios para beber en ellos la reciprocidad de nuestros sentimientos, pero Huilen desvió la cara y con una mano se cubrió la boca, mientras decía:

-No, Fermín, en los labios no. Nuestras costumbres lo prohíben. A través de la saliva pasarían los espíritus malignos del uno al otro. Si quieres darme un beso, hazlo en la cara.

Y acercó la mejilla a mis labios. Bueno estaba yo para medias tintas. Le tomé el rostro y uní mis labios a sus labios con unas ganas tremendas de que los espíritus nos traspasaran. Huilen trató de romper el beso, pero sin mayor voluntad. Yo le dije en un susurro, cuando la succión dio paso a la palabra:

-Creo, Huilen, que nuestros espíritus no han de ser tan malos, pues me pareció estar en la gloria.

“No”, respondió. Se puso rápidamente de pie con gesto enfadado y un brillo indescifrable en los ojos. Erguida, resplandeciendo de belleza contra el fondo luminoso del río, expresó:

-Dicen bien. Los *huecuvüs* no estuvieron del todo mal. Pero no lo vuelves a hacer. Me disgusta la burla en cosas que para mi pueblo son sagradas. Y me voy. Prometí no demorar el regreso.

-Espera, Huilen, espera. No quiero esta separación desafortunada. Fui impulsivo, irrespetuoso. Pregúntale a tu madre y ella te responderá que el beso en la boca significa amor. Yo quise demostrar cuán grande es el mío hacia ti. Ven. Dame la mano. Marcharemos juntos parte del camino, ¿quieres?

Y así fuimos, con Babieca detrás nuestro, callados, pues de nada sirve el diálogo cuando los corazones se entienden con silencios. Cuando Huilen lo consideró prudente, se desprendió con suavidad y dijo:

-Regresa, Fermín.

Le tomé las manos una vez más, y una vez más las acaricié con mis besos.

Se fue caminando airoso. La falda azul se movía con el aire y hacía resaltar el dibujo cautivante de sus caderas.

Monté en Babieca, pero antes de emprender la marcha, grité:

-Ven pronto... o moriré esperándote.

Giró la cabeza, me saludó con el brazo en alto y una media sonrisa llegó a mí, luminosa, celestial. ¡Ah! ¡Con qué placer hubiese corrido tras de Huilen para subirla en mi caballo y con ella volar al mundo de las maravillas! Y pensando locuras a la manera del *Quijote* en *Clavileño*, volví con paso lento y ánimo decaído a la prosaica rutina de la fundación.

Me diréis, amigos lectores (y no os lo reprocho), que el pasaje evocado peca por fútil*, y no es más que un manojo de niñerías insustanciales; ¿esperabais otra cosa de Huilen y vuestro Fermín? ¡Por Dios! “Quien esté libre de culpas que tire la primera piedra” al inicio del amor entre adolescentes; de un amor con alas de mariposa que tiemblan tras la búsqueda del ideal. Por otra parte, cuánto hizo la escena alambicada por desterrar de mis espíritus los crespones del martirio que sufrió por fray Gerónimo.

* Fútil: (adj) De poco aprecio o importancia.

CAPÍTULO 21

Los problemas comenzaron a meterse con pasos de tigre, a primera vista, sin alterar la lógica de los hechos ni al ordenado acontecer de una colonia en formación. Mas la amenaza estaba allí, oculta, pero pronta a dar los zarpazos, destructores o débiles según el valor o la inteligencia con que se enfrentaran. Mas no era fácil, ya lo he dicho, neutralizar el cercamiento sinuoso, paulatino de la incuria del virreinato cuyos engranajes administrativos se obstruían 'ordenadamente' con el tira y afloja de rencillas, egoísmos y reclamos, además de las exigencias de los nuevos que llegaban a la fundación ansiosos de medrar fuere como fuere.

Muchos eran los escollos con que tropezaba nuestro don Francisco de Viedma. Pero cuatro, sobre todo, le quitaban el sueño: su autoridad sobre el personal militar, que aunque reconocida ya por el rey, aún no había sido totalmente asimilada por los hombres bajo su mando; el pleito a distancia con don Juan de la Piedra que, de mil maneras, ponía sombras y sospechas a la conducta del andaluz y de su hermano Antonio en el accionar de sus trabajos fundacionales; la falta de medios económicos retaceados hasta el absurdo desde Buenos Aires y, por último, las amenazas siempre latentes de las tribus que veían con recelo la expansión de las tierras en cultivo. Esto en lo grande, que en las pequeñas cosas también había estiércol con que ensuciar la vida en común. Todo irá saliendo, sin permitir, descuidad que la historia puesta en libros tape altanera el registro de los que, humildes como yo, quedaron bajo en sayo del inmortal personaje.

Fue *Puchero*, cuándo no, el encargado de poner un interrogante tras otro en mi deambular por todos los rincones de la colonia.

Durante varias jornadas el viejo marinero había desaparecido de aquellos lugares donde habitualmente concurría y, extrañado yo por ausencia tan rara, comencé a buscarle hasta dar con *Besugo*; por él supe que andaba por la barranca, y allí fui, dispuesto a saber qué bicho habíales picado para convertirles en cabruno. Trabajo me costó hallarle, y de nada hubiese servido la búsqueda si no es por Rosita que, desde abajo, comenzó a llamarme con gritos y aspavientos:

-¡Fermín, Fermín, baja...!

Detrás de la niña, y surgiendo como un lagarto por entre las peñas, apareció *Puchero* con una sonrisa que no le cabía en la cara. Descendí la barranquilla por donde mejor pude, y ya frente a ellos, casi caigo rodando con la niña encima; esta se me había tirado a los brazos y, abrazándome, preguntó:

-¿Me traes la campanilla?

-No, aún no -le respondí tras ponerla en el suelo y besado sus mejillas-, pero ya verás cómo, sin darnos cuenta, se aparece el conejo del gorro colorado con la campanilla en una de sus enormes orejas.

-¿Y dejará que se la saques?

-Pues claro. Él sabe que es para ti.
 Exclamó Rosita con alegría, mirando a *Puchero*:
 -¡Padre! ¡Un conejo me va a traer la campanilla!
 -Y a mí un rico guiso de... -respondió el viejo marrullero ocultando el final de la frase con una carcajada, mientras me guiñaba un ojo.
 -¿Va a comerse el conejo? -me preguntó la niña con rostro preocupado.
 -Ni lo pienses. Esa clase de conejos no se come porque vive en el reino de la fábula.
 Tranquilizada Rosita, encaré a *Puchero*:
 -Nunca imaginé que tenías vocación de cavernícola.
 -No conozco la palabreja, pero seguramente me has llamado bicharraco.
 Pues sí: como puedes ver, estoy haciendo un nido bajo tierra. No puedo llevar a Rosita a vivir a la barraca, entre bárbaros, y me dije: “Hagamos una cueva como tantas otras y a disfrutar de un refugio decente” ¡Ven! Mira lo que llevamos hecho.
 Nos metimos en la cueva practicada a fuerza de pico y pala. No era grande, un poco más de tres varas por lado e igual de altura, más perfectamente construida con paredes de ladrillo y fuertes vigas en el techo. El piso era de tierra y arena apisonadas. *Puchero*, que no disimulaba el orgullo, explicó lo que todavía faltaba por hacer:
 -El frente llevará puerta y ventana, con jambas* de ladrillos que sostendrán el dintel en arco. La puerta y el postigo serán de gruesas tablas unidas por fuertes travesaños. Agrégale a todo un pequeño hogar, algunos estantes, una mesilla, dos catres y una cortina divisoria que tengo ya preparada con lonas en desuso, y a vivir como Dios manda. Ya ves: hasta dos banquitos hay. Anda, siéntate y bebamos un vinito especial que tengo guardao *pa'* cuando repican fuerte. Tú, Rosita, alcánzame la bota escondida bajo los trastos.
 Nos sentamos, y pregunté curioso:
 -Dime, *Puchero*, ¿cómo has podido hacer esto solo?
 -Solo no, hombre. Los amigos, que tú conoces, han puesto lo suyo. Yo mucho no hice, pues poco entiendo de albañilería, así que, *pos* bueno, con dirigir...

* Jambas: (f) Cada una de las dos piezas que, dispuestas verticalmente en los dos lados de una puerta o ventana, sostienen el dintel o el arco de ella.

CAPÍTULO 22

Escucha, Fermín -me dijo una tarde don Francisco- quiero que te llegues hasta la barraca de don Juan Gómez de la Pita. Dile que ha llegado la autorización que esperábamos, y que debe acompañarte para que juntos busquéis el lugar más adecuado donde poner la escuela.

Conocía yo a Juan Gómez de la Pita. Habita en una campo cercano al nuestro, y aunque nunca habíamos intercambiado palabra, mis conocimientos sobre tal personaje no eran poco, si bien pergeñados por distintas versiones; todas coincidían en considerarle un 'bicho raro'. Después tuve que ajustar el término a la palabra 'diferente', pues diferente era el sujeto a cuanto bicho se movía por la colonia.

Llegué a la vivienda, una barraca hecha de cualquier modo, improvisada con materiales de rezago y de espaldas al más mínimo sentido de permanencia. El maestro me aguardaba en la puerta, quizás sorprendido al ver un extraño acercarse a su poco visitado cobertizo. Cuando estuve frente a él pude observar que era un hombrecillo de complexión menuda, abundante cabellera entrecana, barba de tres días y unos ojos morunos* de mirada penetrante. Tras de fijarse despaciosamente en mí, preguntó:

-Vienes de parte de don Francisco de Viedma, ¿verdad?

-¿Cómo os habéis dado cuenta?

-Hombre, salta a la vista que siendo tú mandadero...

No me gustó lo de mandadero, mas dejé pasar y le expliqué la razón de mi presencia. Su boca se distendió en una sonrisa placentera, al tiempo que cerraba con fuerza los ojos cual si rebuscara algo dentro de sí; volvió a abrirlos esta vez con desmesura y apretando los labios. Dijo luego con sílabas golosamente saboreadas:

-Muchacho, déjame que te mire como mira la Anunciación. Un año hace que aguardo al mensajero de los dioses, y llegas tú con la displicencia de quien trae el atillo de la lavandera. Entra, entra en mi covacha para que nos oiga Mateo, mi hijo, que está en cama herido casi de muerte por un flechazo de Cupido.

No supe qué hacer: si santiguarme o gozar con el cascabeleo de sus extravagancias. Confieso que entré con aprensión en la vivienda llevando detrás mío al hombre que, exuberante, no cejaba en sus baturrillos*.

-Disimula el poco arreglo y no hagas caso al desorden, pues donde no hay mujer, todo va patas arriba. Años hace que murió la mía, y así andamos...

La claridad del sol entraba por donde quería, pues las paredes no eran tales debido a los muchos agujeros, muestras de la incuria* y abandono. En un catre estaba Mateo dándonos la espalda y sin que, al parecer le hubiese importado nuestra presencia.

Tuve que decirle el padre con engañosa recriminación:

* Morunos: (adj) moro, perteneciente al África septentrional. Alfanje moruno.

* Baturrillos (m). coloq. Mezcla desordenada de cosas que no guardan relación entre sí.

* Incuria: (f) Poco cuidado, negligencia.

-Oye, a ver si revives, pues tenemos visita y no es esta casa de herejes...

Lentamente Mateo se dio vuelta hasta ponerse boca arriba. Nos miramos, él, con una expresión de alucinado en sus ojos oscuros, y yo, pidiendo con los míos que me perdonara por irrumpir en la cueva de sus desvaríos. Daba lástima verle. Consumido el rostro, con profundas ojeras, enmarañada pelambre y tupida barba, parecía salido de una mazmorra tras años de cautiverio. Pero lo impresionante fue la sonrisa que esbozó a modo de saludo; más que sonrisa era una mueca sin vida, congelada por las nieves del tiempo. Desvié la vista para ponerla en el rostro cabizbajo del padre. Este levantó la cabeza y dijo con voz apenas modulada:

-Así está desde casi un año. No hay quién le saque del pozo donde se ha metido... ¿Quieres sentarte? De beber nada puedo ofrecerte, pues no hay dinero con qué pagar ciertos lujos. Aunque me parece mejor que vayamos a cumplir lo impuesto por don Francisco de Viedma. Por el camino iré contándote el porqué de esta miseria que nos roe hasta los tuétanos.

-¿Y le deja solo? -pregunté con referencia a Mateo.

-Solo está casi siempre. Pronto regresará mi otro hijo, el pequeño Juan, para hacerle compañía.

A paso lento emprendimos la marcha hacia el río. Iba diciéndome don Juan Gómez de la Pita:

-He oído que te llamas Fermín. ¿Puedo saber cuál es tu apellido y el lugar de donde procedes?

-Sí, señor -le respondí-. Me llamo Fermín de la Colina y soy oriundo de Zamora.

-La que “no se ganó en una hora”. Bien, muchacho, tu apellido suena a rancia estirpe y los lares de donde procedes no pueden ser mejores. Yo soy de Palencia, ciudad de gran abolengo cultural. En 1208 fue ahí donde el Rey Alfonso VIII fundó la primera universidad de España, y en ella donde aprendí el noble oficio de enseñar. Dime, ¿sabes tú leer?

-Algo -respondí con despreciable ironía-, y también escribir.

-Bien, hombre, bien. No faltará ocasión para que ejercites tu sabiduría ayudándome en la honrosa misión que Dios me ha confiado; y si aplicas, puedes llegar como yo a morirte de hambre y pellizcar a la fuerza de lo que comen tus educandos.

-Negra la pintáis, señor maestro.

-Negras las veo, querido muchacho. Cuando llegué, me bastó echar una mirada a los hombres y mujeres de esta fundación para darme cuenta de lo rendidora que sería mi ciencia en esta Patagonia que Dios confunda.

-Ya veréis que no todo es lo que parece. El que siembra, recoge y el que llora antes de tiempo es anunciador de infortunios.

-Observo que eres dado a los refranes, y está bien, pues por ellos habla la gente son tan innmerecidos.

-Los mediría complaciente, en el supuesto de conocerlos, claro.

-Los conocerás, por aquello de que no hay mejor remedio para las desventuras que ventilarlas sin vergüenza, cuando ellas no deshonran y son hijas de la mala suerte.

-Pues vengan, señor maestro, que vientos no han de faltarle, y si con ello aliviana las alforjas del espíritu...

No diré que la conversación estaba divirtiéndome, pero sí que las actitudes del señor de la Pita me distraían el ánimo. Con lo cual fue a caer en la reflexión de que si el maestro rengueaba en un costado, a bandazos iba yo con el otro; bien podíamos, en consecuencia, usar ambos el mismo paño de lágrimas.

-Salí de mi ciudad -continuó el palenciano- cargando sobre mis hombros a dos hijos: viudo y con pocos reales iba destinado a Maldonado, cerca de Montevideo, alegre, pues pensaba que al fin podría tener mi escuela y pasarla dignamente desburrando a cuanto niño se me pusiera delante. Llegué a Montevideo imaginándola tierra de promisión, y a poco, la ilusoria palabreja se convirtió en perversión por obra y gracia de ciertos papeleos que, manejados por el diablo, vinieron a complicarnos la vida. Hasta que al fin amanuenses* y curiales* de engolada verba y cerebros de cucaracha me dijeron que por no tener destino prefijado debía embarcarme para esta Patagonia... a la buena de Dios.

Calló unos instantes, pausa que aproveché para decirle:

-¿Por qué no se resistió a medida tan arbitraria?

-¡Lo hice! Un alacrán no se hubiese revuelto como yo contra la injusticia que se estaba cometiendo contra mi persona y el bienestar de mis hijos.

Mateo profundamente enamorado había hecho promesa de casamiento a una regia moza, y les reproché cara a cara que, por follones y bellacos, arruinaban la vida de mi primogénito. ¿Sabes qué me respondieron? Que la muchacha se había embarcado para estos lugares, y que aquí le encontraríamos. ¿Qué hacer? Pues meternos los tres en un bergantín dispuestos a dar con la novia. Todo fue un engaño, cruel, salido igual que víbora de entre papeles amañados, pues por más que buscamos y rebuscamos jamás dimos con Eulalia, que tal era el nombre de la moza; y ahí le tengo a Mateo hecho una piltrafa, a Juanito comiendo aquí y allá de platos ajenos, mientras este pobre viejo se la pasa hollando en una miseria que, por inmerecida, se hace intolerable y predispone al odio y la violencia. Aunque... no te asustes: suele llegarse a un punto en que los rencores y las furias pierden fuerza al caer en el cepo de la costumbre.

-Me resisto a pensar que el señor de Viedma os haya dejado en desamparo tan grande.

-No lo hizo. Trató de ayudarme y me dio campos para que los cultivara, y hasta me socorrió durante doce meses dándome el salario que por ley reciben los colonos. A fin de cuentas él necesitaba agricultores, no un maestro. ¿Mas qué podía hacer yo con el

* Amanuense: (m. y f.) Persona que tiene por oficio escribir a mano, copiando o poniendo en limpio escritos ajenos, o escribiendo lo que se le dicta.

* Curial: adj. desus. Práctico o experto. // (m.) Empleado subalterno de los tribunales de justicia, o que se ocupa en activar en ellos el despacho de los negocios ajenos.

azadón y el arado cuando en mi vida nunca cultivé una vara de tierra? Solo valgo para sembrar en las mentes las semillas del saber, sin lo cual, valdríamos menos que el más cerril de los jumentos*.

-Tienen usted razón, pero cuando no hay pan...

-... buenas son tortas, claro. Pero el ruiseñor nace ruiseñor, y el grajo*, grajo.

Caminamos un trecho sin decir palabra hasta que tratando de llevar consuelo a su ánimo alicaído le dije:

-Ya verá usted que todo tiene compostura. Por lo pronto, el hecho de que don Francisco nos haya puesto a elegir lugar para la escuela...

-Sí, me da gran alegría el que hayan hecho caso de mis reclamos, mas ya verá que el “gozo se irá al pozo” llevando a la rastra por los que se titulan guardianes de la hacienda real.

-Algo podrá hacer don Francisco.

-¿Él? No seas ingenuo, muchacho. Nuestro gran hombre está en el casillero de los trastos inútiles y no durará mucho como administrador de la colonia.

Con gusto le hubiese dado una bofetada al insolente que así se permitía hablar de tan honorable caudillo, pero los muchos años de don Juan Gómez de la Pita frenaron mi brazo, sin que por ello silenciaron mi enojo. Le dije de mal talante, deteniendo la marcha y mirándole de frente:

-Creo que os habéis ido de boca, señor maestro. Don Francisco de Viedma no merece las palabrejas soltadas tan imprudentemente.

Me observó incrédulo, cual si no acertara con la razón de mis reproches. Después, arrugando el ceño, me dijo parsimonioso:

-Según parece, hay cosas que tú no sabes, y bueno es que te las explique. Permitirme que vea con extrañeza tu ignorancia siendo, como eres, una de las personas más cercanas a don Francisco. Caminemos amigablemente y no veas en lo que voy a decirte intenciones de baja estofa...

Reanudamos la marcha sin hablar, tal vez porque los dos queríamos imponer conducta a nuestro trato. Luego, cauteloso:

-Debemos admitir -comenzó- que don Juan de la Piedra es el malo de la fábula. Yo le tacharía de atolondrado genial. Los años, o los siglos, que en esto no hay medida, dirán si el excelente marino ha de merecer lugar destacado en la historia grande, pues en el remolino actual su conducta va y viene al capricho de críticas y alabanzas. En mis largas recorridas por las covachuelas de Montevideo tratando de hallar luz en los oscuros recovecos de expedientes inacabables, fui enterándome del famoso pleito entablado por el Virrey Vértiz contra de la Piedra; litigio engorroso, pues siendo el virrey personaje de campanillas, tuvo, sin embargo, que vérselas con el marqués de la Serena, noble de gran

* Jumentos: (m y f) Asno.

* Grajo: (m. y f) Ave muy semejante al cuervo, con el cuerpo de color violáceo negruzco y la base del pico desprovista de plumas.

predicamento en la corte y protector de don Juan de la Piedra; y siendo nuestro navegante gladiador empedernido y chicanero, metió en el proceso a don Francisco de Viedma y a su hermano Antonio. Busca así disimular sus zafarranchos cargándolos en las espaldas de los Viedma, a quienes tilda de ineficaces y chapuceros, y al mismo tiempo se abre camino en el intento de quitar estorbos y hacerse él con el gobierno de las fundaciones, que tantos esfuerzos y desventuras están costando a la familia Viedma. Con lo dicho, Fermín saca conclusiones. Antes de embarcarme era voz corriente que de la Piedra estaba resultando ganador en el asqueroso pleito, y de ser verdad, don Francisco de Viedma tiene los días contados. Mi nombramiento se ahogará entonces en el oleaje de cambios traídos por los mandones de turno. ¿Mas a qué afligirse? Verás a Viedma puesto en lugar más alto, pues “los de palacio” no son tontos saben muy bien exprimir a los hombres de valía; y puede resultar que don Francisco te lleve con él a destino más auspicioso.

Calló el maestro. Yo caminaba con la cabeza gacha y el ánimo confundido. Nunca imaginé que don Francisco de Viedma sería alguna vez apartado de sus luchas, de sus ideales, de sus ansias por hacer de la Patagonia una gema para engarzar en la corona del imperio; una joya salida del trabajo fecundo, sin las sombras malditas de la esclavitud o el exterminio. ¿Es que el trapo sucio de la corrupción sería capaz de cubrir los gloriosos estandartes del genio español? Miré al viejo maestro de soslayo. Iba escudriñando el suelo, los hombros vencidos, macilentos* y envuelto en ropas de mendigo. ¡Oh, Dios! ¡ Con qué claridad vi entonces el inevitable eclipse de la vieja España!

-¿Te irías con don Francisco si él te lo propusiera? -me preguntó, haciendo un corolario a su anterior fraseología.

-No -le respondí- me lo impide el mismo mal que aqueja a Mateo.

Se detuvo de golpe y me miró a la cara con un gesto de horror que hubiese resultado cómico de no estar de por medio la figura lastimosa del hijo.

-¿Qué dices? -explotó-. ¿Es que tú también...?

-Sí, señor. Enamorado estoy, con la novia lejos y el peligro de eterna ausencia.

-A ver, a ver... -dijo con cierta ansiedad-. Cuéntame tu desgracia, pues siendo yo académico en el tema, puede que te halle los remedios que no pude conseguir para Mateo.

-La única medicina para este mal es el que cese el absurdo de la madre empeñada en separarnos y no está en usted ni siquiera la posibilidad de hacer el milagro.

-¿Tú qué sabes? Cuando menos piensas, salta el hilo de *Ariadna* y con él sales del laberinto. Supones que yo he perdido las esperanzas de que Eulalia se nos presente de pronto y le diga a Mateo: “Anda, fuera del pozo, pues aquí me tienes dispuesta a ser la madre de tus hijos”. Solo la muerte tiene el privilegio de dictar la última sentencia. Mientras ella no apure... Veamos: ¿dónde está tu novia?

* Macilentos: (adj) Flaco y descolorido.

Como antes dije, uní mis rengueos a los rengueos de don Juan. Así, le pinté a grandes rasgos las tribulaciones de mi enamoramiento, aunque con el énfasis propio de una espontaneidad cercana al regodeo (¡Oh paradoja del amor herido!). Me oía el pobre maestro casi sin respirar, me daba cuenta yo de mis habilidades para armar el tinglado del suspenso, y los dos parecíamos vulgares polichinelas* de proskenio* contra el fondo de dramáticas desgarraduras americanas. Y estando así, ambos de pie y embebidos en el decir de nuestras respectivas miserias, oí que desde abajo subía un ronroneo insistente, prolongado. Presté atención, y don Juan Gómez de la Pita, con mediana vergüenza aclaró el tema:

-No hagas caso, hijo. Son mis tripas, empeñadas en pregonar que no como desde ayer a la mañana.

Pues señor, cerca estamos de mi casa, y siento ya la hora del almuerzo, permitidme que os invite a compartir nuestra comida.

Ensayó trabajosos reparos, insistí y enfilamos al fin hacia la barraca, con más apuro por parte del maestro de lo que aconsejaba la buena discreción; que el hambre no entiende de subterfugios ni está hecho a la diplomacia.

Llegamos al rancho y encontramos a Inés revolviendo un guiso casi a punto, con olor a chorizo, carne y legumbres. Tan bueno era el aroma que el maestro se fue de bruces a oler lo que en la marmita se cocía, momento que aproveché para explicarle a Inés que teníamos a don Juan en calidad de invitado. Tan pronto entendió la chiquilla la razón del convite que, tomando un pedazo de pan, lo remojó en la salsa y se lo alcanzó al maestro, diciéndole:

-Llega usted justo, señor, para que me digáis si al guiso le falta sal. Probadlo, por favor...

Debo señalar que don Juan Gómez de la Pita no se comportó cual perro frente al ansiado mordisco. Tomó al pan con delicadeza y tras decir: "con mucho gusto", se lo llevó a la boca. Cerró los ojos, saboreó un pedacito, lentamente, y dijo, abriendo los párpados al máximo:

-Está a punto. Sabe a gloria, niña, ¡a gloria! -Y ya sin ningún resguardo se zampó el resto del pan.

Previsoriamente apartadas por Inés las raciones que debían llevarse a la señora Mónica y los gemelos, apenas si la muchacha y yo probamos el guiso, pretextando falta de hambre o poco aprecio a tal clase de comida; y aunque el invitado insistió en dos o tres ocasiones: "Comed, hijos, que esto está muy rico", nosotros poco caso hicimos del almuerzo, satisfechos de verle matar el hambre sin dejar sobras.

* Polichinelas: (m.) Personaje de la farsa italiana y del teatro de marionetas, jorobado, de carácter chocarrero y fanfarrón.

* Proskenio: (m.) Parte del escenario de un teatro más inmediata al público.

CAPÍTULO 23

Casi seis meses habrían transcurrido desde que partiera a Choele Choel la tribu de Chololaquin; tiempo de sobra para que el ánimo se columpiara en docenas de proyectos cual más fantasioso y disparatado: desde montar en Babieca y plantarme de un tirón frente a Huilen, hasta el de formar una banda con *Puchero* a la cabeza para ir al rescate de la 'princesa' en cautiverio; tampoco escapé a la romántica idea de disfrazarme de fraile y meterme entre los indios en simulacro de evangelización. Claro que la imagen de Mateo hundido en la más horrible de las depresiones mucho tuvo que ver con las imaginadas locuras.

Una comezón extraña no me dejaba en paz recordando la figura de Mateo. Con gusto hubiese corrido hasta la covacha para decirle sin contemplaciones: “¡Arriba! ¡Recorramos el mundo hasta dar con tu Eulalia y yo con Huilen! ¿O crees que encogido en el camastro vamos a lograr el reencuentro? ¡Maldito sea! ¡Sacúdete las pulgas del abandono y rastrillemos América! Aparecerá, Mateo, ¡aparecerá! Y si no le hallamos... ¡con rabia gritaremos su nombre a los cuatro vientos! Cualquier cosa será preferible a que sigamos mordiéndonos los codos mientras lloriqueamos sus nombres...” Así, empujado por la marea de un sentimiento espontáneo, candoroso quizás, infundido por semejanzas sin fundamento, mezclando situaciones a tontas y a locas, me hice el firme propósito de rescatar a Mateo de la ciénaga donde estaba metido. De qué manera, no lo sabía, pues no era del caso andarse con pequeñeces...

No ha mucho habíame separado de don Juan Gómez de la Pita tras elegir el lugar para la escuela, e iba camino de mi casa batallando con las reflexiones antes dichas, sin que por ello descuidara en el fuero interno la esperanza de que Inés tuviera para darme un trozo de pan y una lonja de lo que fuere para calmar los plañideros rezongos del estómago, quien seguramente no había visto con buenos ojos la generosidad de su vecino de arriba; mas como el egoísmo se paga, debió amolarse*, pues la señora Mónica e Inés aparecieron de pronto en un recodo del camino, con andar presuroso y agitado revoloteo de faldas. Al verme, dijo la señora Mónica:

-¡Qué bueno, Fermín! Apareces a tiempo. Íbamos en tu busca, y ya ves...

-¿Ocurre algo, madre? *To' los* campesinos hemos sido llamáos por don Francisco, y quiero que vengas con nosotras.

-Yo vengo del fuerte, y nada oí.

-La reunión es en la cubierta del “Carmen”. Anda, vamos, pues no me gusta andar tarde.

-Con pesar, pues el hambre apretaba, di media vuelta y ajusté mis pasos al caminar resuelto de las mujeres. No habíamos andado gran cosa del camino, cuando Inés, alcanzándome un atadillo, dijo, sonriendo maliciosamente:

* Amolarse: loc. interj. Coloq.: hay que fastidiarse.

-Pensé que tendrías hambre. Ahí tienes pan y algo de tocino. ¿Hice bien?

-¿Bien? ¡Dios! No veía la hora de hincar el diente.

-Eso pasa por dar sin medida -comentó la señora Mónica-. Barrer casa de otro sin antes limpiar la propia... cosa es de tontos.

Yo nada respondí, pues desatar el pañuelo era mi principal preocupación. Pero Inés dijo mirándome a hurtadillas:

-Fácil es, madre, dar lo que nos sobra; y usted misma habría hecho lo que hicimos de haber visto al pobre maestro con semejante tembladera...

-Hambre que pide hartura no es hambre pura... y el buen repartir quiere tino. No es que os regañe, pues prefiero que exageréis por dadivosos a que pequéis por tacañería. Pero es que el tal Gómez de la Pita...

No acabó la frase y nada hicimos para que la completara. Yo masticaba a dos carrillos e Inés, al mirarme con descarada complacencia, parecía decirme: “Anda, atragántate, que si no es por mí...”

Llegamos al “Carmen” cuando casi todos los colonos estaban reunidos, expectantes por conocer la razón de la convocatoria. Se arrimó la señora Mónica a uno de los corrillos formado por mujeres, e Inés y yo fuimos a recostarnos contra la banda de estribor.

La tarde nos envolvía con tibieza de madre buena, y las oscuras aguas del río desmenuzaban en grises brillantes la dorada refulgencia del sol. El murmullo de los labradores se mezclaba con el canto de los pájaros y el suave rechinar del maderamen en el aire caliente. Mis sentidos, no sabía por qué, estaban agonizándose de manera extraña, como si el entorno mágico preparara un juego de sorpresas. A mi lado, Inés era una figura inmóvil, callada, con la blusa amarilla, dibujando sus senos pequeños y al viento el cabello castaño enmarcando el óvalo de su cara trigüeña, con sonrojos vivaces en los pómulos y la barbilla. Toda ella era una mancha de luz en la luz exultante de la siesta. Entretanto, las peregrinas sensaciones crecían en mi alma al igual que un prodigio. Tan notable era, que no me habría asombrado si de pronto a Inés se le hubiere ocurrido transformarse en flor, o en nube... o en duendecillo capaz de involucrarme en ese juego de ocultos vaticinios, picarescos o graves, fantasiosos o dramáticos según el tenor de sus inspiraciones. Al fin le dije en voz baja y sin mirarle:

-Oye, brujita... ¿qué está ocurriendo? Algo me tiene inquieto, desasosegado; huelo... pues no sé... ¿no te ocurre lo mismo?

Respondió susurrante:

-Todo está escrito en el libro del Señor. Ábrelo y lee...

Y soltó una risita mordaz, a la cual contesté simulando enojo:

-Además de brujita, pitonisa. Pues sí que las has completado.

-¿Pitonisa? Fea es la palabra, y no la entiendo. Pero no me estás insultando, lo sé. Por lo tanto sabrás que lo que aquí ocurra será difícil de entender, por una sencilla razón: los hilos de la Historia están por demás enredados, y lo estarán por los siglos de los siglos.

¿A qué, entonces, preocuparse?

-Mi presentimiento, sin embargo...

-... Te estará diciendo que esperes. Algo dirá el señor gobernador a fin de que tú participes de las locuras del *Triste Caballero* y su inigualable *Dulcinea*.

-¿Estás bromeando?

-No, Fermín, ahora no.

Callamos, yo confundido; y ella mirando lejanías. Luego, expresó sin moverse:

-¿Por qué nunca me has hablado de Huilen?

No supe contestar. Quise huir del embrollo con palabras ligeras y entré en lo insustancial, agravando así el envaramiento* de mis juicios.

-No creí que pudieran interesarte mis relaciones con la muchacha india -respondí titubeando- ¿No eres aún pequeña para hablar de amores y amoríos?

-¿Ignoras, acaso, mi condición de mujer? ¿No has visto en mí lo que un salvaje vio? ¿O necesitas que ande medio desnuda para darte cuenta? ¡Cuán ciego eres, Fermín!

Oía cuanto estaba diciéndome profundamente acongojado, con una sensación de pérdida donde la imagen angelical de Inés iba desmenuzándose entre duros reflejos. No fue capaz de comprender el pudor de la rosa que entregaba el encanto de su persona y seguía siendo rosa. Pero Inés continuaba con tono denso, vacilante, cual si en ella se hubiese entablado una lucha entre el decir y el callar:

-Nunca confiaste en mí de la manera que yo lo hice contigo. Aún ahora, estás imaginando celos en mi actitud, ¿verdad? Piensas que estoy herida por aquello que amas... A ver si me entiendes, a ver... Difícil será, cuando ni yo mismo doy con el acertijo. Quizás todo es por culpa del don que pusieron en mí, y que yo quisiera que fuera también tuyo, pues así nos veríamos el uno al otro sin el estorbo de la carne... ¡Dios Mío! ¡Vaya enredijo*!

-En mal callejón te has metido, pequeña.

-¿Sigues tratándome igual que a una chiquilla?

Ganas tuve de alzarla en brazos y darle unos apretujones. En cambio, le dije, mientras ensayaba un gesto duro y una mirada represiva:

-Si un don te dieron, Inés, ten por seguro que se equivocaron en grande. Nunca ha de ponerse el mar en cántaro pequeño, por más hermoso que este sea. Pero a lo hecho, pecho, y ya que lo tienes, úsalo con medida y no te metas en la camisa de once varas; pues si conmigo desordenas las cosas, imagínalas con otros de mayor fuste y poco corazón.

-Sabes que solo tú participas de mi secreto.

-Pues déjalo así, que entre nosotros quedará bien guardado. En cuanto a Huilen, nada te diré, pues lo sabes todo; tal vez más que yo, por ser tú mi brujita que lee de atrás para adelante.

* Envaramiento: (m) Acción y efecto de envarar o envararse.

* Enredijo: (m) coloq. Enredo, maraña de cosas que se traban.

-De Huilen, sin embargo, debo decirte...

-En otra ocasión. Mira. Don Francisco de Viedma viene hacia cubierta.

En efecto. El superintendente descendía por la escalera. Su cara reflejaba honda preocupación. Se detuvo en el primer peldaño y echó una mirada despaciosa a los allí reunidos. Luego, mostrando unos papeles con el brazo en alto, dijo con voz recia:

-Les he llamado para decirles que han venido órdenes de España. Ellas me obligan a abandonar los establecimientos patagónicos, incluido este del río Negro. Consideran que los mismos resultan gravosos para la Real Hacienda, exigida por la guerra contra Inglaterra y la sublevación de Túpac Amaru en el Perú.

Un rumor sordo se elevó de entre las personas que, formando un semicírculo, enfrentaban con ojos de asombro a don Francisco. Este, a su vez, posaba la vista en uno y otro de los campesinos, aguardando la réplica inevitable. Juan Manuel Crespo fue el primero en alzar la voz:

-A eso lo llamo yo recibir una puñalada por la espalda. Señor de Viedma, bien sabéis que nos hemos matado para llenar de trigo y cebada los almacenes del fuerte. Sesenta y dos fanegas* he sacado de mis tierras.

-Y yo, con mis gemelos, sesenta y cinco -gritó indignada la señora Mónica- ¿Qué esperan de nosotros? ¡Esto no es el Potosí, señor gobernador! Cada fanega nos ha costado muchos sudores y sacrificios...

-Entre yo y Bernando Bartuille -sumó José Guerrero-, hemos cosechado ciento diez fanegas. Díganos, señor: ¿cuántos costales hay depositados para la Real Hacienda?

-Mil cuatrocientos cuarenta fanegas -respondió el andaluz.

-De esas, nueve son mías -cacareó don Juan Gómez de la Pita-. Poco ha sido, pero si contáis el desbrozar, extraer pedruscos y recoger hierbajos... más enseñar la cartilla...

La acotación del maestro arrancó la risa a más de uno y ello vino a distender en algo el enrarecido encuentro, cosa que aprovecho don Francisco para decir:

-Dura ha sido la faena de todos vosotros y no seré yo quien la desmerezca. Tomás Texedor, Dámaso Marcos, Manuel Alonso, la viuda Josefa Lorenzo...

Mientras los nombraba, iba señalándolos con el dedo.

-... Francisco Corral, Juan de Ureña, Juan González, Ángel Otero, Nicolás Frayle...

Tuve la impresión de que don Francisco pronunciaba cada nombre como si en él prendiera una medalla, tal cual hacen los jefes militares a sus héroes de guerra. Inés me susurró al oído:

-Me agradecería que nombrara a mis hermanos, se lo merecen.

Sin pensarlo dos veces, lancé al aire:

-Santiago y Fidel Cañizo...

Me miró don Francisco y vi en sus ojos un brillo de alegre comprensión. Dijo:

* Fanegas: (f.) Medida de capacidad para áridos. // Medida agraria. Porción de granos, legumbres, semillas o cosas semejantes que cabe en una fanega.

-Sí, también ellos han hecho lo suyo, y si no están aquí, ya sabéis cuál es el motivo.

-Mira a mi madre, Fermín -me señaló Inés- parece una gallina contoneándose junto a sus polluelos.

-Sé que muchos de vosotros -continúo el gobernador- estáis enfurecidos por la medida imprudente de la Real Hacienda; y estoy con vosotros. Prometo que no ahorraré esfuerzos hasta que la medida se anule. Daré aldabonazos a diestra y siniestra hasta que me oigan y entienden que no estamos en tierra de pobres, que la riqueza también se logra con manos fuertes y conciencias limpias. Escuchad bien esto que os digo: si a los personeros reales no les satisface del todo el rendimiento de vuestros campos, en compensación les mandaremos sal, bodegas repletas de sal que sacaremos de la salina puesta por Dios a nuestro alcance. Seguid, pues trabajando. Responded a la incompreensión con los frutos de esta tierra bendita. Que ya es vuestra...

No fue una arenga, pues el discurso lo dijo con entonación sosegada y reflexiva. Menudearon los diálogos en voz baja y tonos distintos, lo que dejaba entrever disconformismos en unos y en otros. Mas el enérgico “escuchad” del superintendente cortó de cuajo los cuchicheos.

-Escuchad -repitió cuando el silencio se impuso-. Tengo algo más que deciros, tal vez de importancia superior a lo que ordenan estos papeles. Me han llegado noticias de que algunas tribus, azuzadas por ciertos capitanejos, se disponen a robar nuestras vacas y caballos aunque para ello tengan que arrasar la colonia. Exijo, pues, que salgáis a los campos con armas de fuego, un solo disparo bastará para dar en aviso y corramos en vuestra ayuda. Afortunadamente no todas las tribus son enemigas, y recurriremos a las leales para que nos sirvan de escudo. Entiendo que nuestra política de negocios y no contender a la larga darán mejores resultados.

Cuanto antes iremos a conversar con el Cacique Negro y también con Chololaquin, que ha partido hacia Choele Choel.

-Ahí lo tienes -me plantó Inés sacudiéndome un codazo en pleno estómago.

-... Me agradecería contar con vuestro apoyo -seguía diciendo don Francisco- para lo cual, debéis obedecerme, evitar las rencillas y obrar como hasta ahora para derrotar las adversidades. Nada más. Id a vuestras labores, y que Dios y la Virgen de Carmen nos protejan.

Mi cuerpo estaba tenso, igual que la cuerda de un arco puesta a disparar. Iríamos a ver a Chololaquin. ¿Cómo dudar que yo sería de la partida? La voz de la señora Mónica instándonos a que fuéramos con ella me sonó lejana, sin consistencia. Inés me apretó el brazo. Le miré a los ojos y oí que me decía, rubricando lo anterior:

-Era eso. El encuentro con Huilen. Quise decírtelo, pero no me dejaste... Nadie podrá ahora impedirte que arremetas contra lo imposible y vayas con tu *Dulcinea*. Anda, sacude el pasmo, que madre espera y no es de las pacientes.

Reaccioné de inmediato. No me iría del “Carmen” sin averiguar primero qué se planeaba con respeto a Chololaquin. Le dije:

-No me veréis hasta que haya aclarado ciertas cosas; y ayúdame con tus premoniciones, pues no es cuestión de andar a ciegas por entre espinos. ¿Lo harás, brujita?

Amagó una cachetada, sacó la lengua burlonamente y se fue tras de su madre con paso ligero, dejándome la impresión de que en torno a su cuerpo retozaban todos los brillos de la tarde.

La cubierta del navío pronto quedó desierta, si se exceptúa a los dos marineros que montaban guardia. Los gritos de los colonos se perdían a lo lejos. La naturaleza era una eclosión de vida zumbando de mil modos, y mis nervios saltaban con ímpetus de urgencia. No era solamente la posibilidad cierta de verme con Huilen. Había algo más, un fuerte malestar en mi ánimo: la decisión del rey de abandonar a su suerte a los pobladores del río Negro.

Me separé de la borda y marché hacia el bote. Remaba despacio, más atento al péndulo de mis conjeturas que a las razones de mis desplazamientos. Llegué a la orilla, amarré el bote y me puse a caminar bajo los sauces hasta el sitio adecuado para sentarme y meditar sin que me interrumpieran. Había decidido no irme al asalto de don Francisco. Y decidido el punto principal, entré de lleno en la preocupante amenaza de una colonia sentenciada a muerte. ¿Para qué los sufrimientos, las angustias, las ilusiones de una vida mejor? Cerré los ojos y comenzaron a desfilar las terribles vicisitudes de la travesía, la sed y las enfermedades en Puerto San José, los miedos alucinantes frente a la amenaza india, las inundaciones, la langosta, el vivir miserable en un aislamiento de fin del mundo... Sueños y más sueños que se rompían bajo el simple rasguído de una pluma estampando un nombre... para mí la aventura no había sido más que eso: una aventura de muchacho ansioso por estrenar ropajes extraordinarios hechos con lentejuelas y colorines de ilusión. Mas, ¿y las parejas con sus hijos en brazos, abandonando para siempre familiares y amigos tras una gesta a punto de convertirse en quimera? ¿Qué de la señora Mónica, Inés y los muchachos sordomudos? ¿Y don Juan de la Pita con sus ansias de maestro y el peso de sus hijos atados a sus cuartillas? ¡Dios! ¿De qué había servido la muerte santificada de fray Gerónimo? ¡Cuántas preguntas sin respuestas! ¡Quién le diera a uno el poder de manejar los acontecimientos! Y fue en ese punto de mis reflexiones cuando una lucecita apareció entre las nubes cargadas de malos presagios. Débil al principio, se fue agrandando más y más a medida que el ingenio iba precisándose en mi conciencia... ¿Era o no era yo el espía de don Juan Manuel de Gálvez en los asentamientos patagónicos? ¿Y no era mi querida sor Verónica el puente para que mis informes llegaran libres de sospechas a las manos de tan insigne personaje? ¡Bendito sea Dios! Lo que en la casa parroquial me había parecido tarea de villanos inspirada por el Ministro General de Indias, me pareció allí, sentado a orillas de río Negro, un regalo de la más alta Providencia que bien podía influir en las decisiones de la corona para bien de la fundación. Por mí, nada quedaría en el tinero, y las eminencias a decidir, que se prepararan, pues el chubasco no iba a andar con pequeñeces, ni los

reproches con muleta, ya que, puesto a decir verdades, que fueran estas municiones de alto calibre. ¡Vaya! Si en mi cabeza comenzaban ya a formarse locuciones explosivas capaces de conmover al más duro de los cortesanos.

Contento y libre de incómodas indecisiones, vi de pronto el problema de Mateo. Me había prometido ayudar al infeliz enamorado y no quise desentenderme de la difícil tarea. Ensayé caminos, imaginé atajos, y Eulalia me desbarataba los unos y los otros poniéndome delante el misterio de su desaparición. “Hallemos a Eulalia -me dije- y todo quedará resuelto”. ¿Cómo? Pues acudiendo otra vez a las cargas, ahora en ejercicio de rastillaje. La viuda de Villares y don Francisco de Paula Sanz se encargarían de hallar la novia perdida...

Abstraído, no advertí la presencia del perro hasta el hocico en uno de mis pies. El animal era de pelaje blancuzco con manchones negros, orejas colgantes y un rabo que sacudía la hierba tímidamente. Ni chico ni grande. Nos miramos. Parecía sonreír con la boca entreabierta y la lengua rosada asomando apenas entre respetables colmillos. Le acaricié la cabeza, y la cola respondió con muestras de regocijo.

-¡Diablos! ¿De dónde has salido?, le pregunté, y por respuesta se incorporó y puso una de las patas sobre mi pierna; de haberle dejado me hubiese lamido la cara, pues intenciones no le faltaron. “Debe ser el perro de algún colono”, pensé, y ello me provocó cierta pena, inexplicable si no tenemos en cuenta que entre ambos había nacido lo que suele llamarse 'amor a primera vista'. No taches, amigo lector, de sensiblería barata lo que estoy expresando, y ten en cuenta que jamás pude tener perro propio; sí, el deseo, posiblemente, había permanecido oculto, y ahora... más ¿por qué tantas explicaciones? Éramos dos abandonados que se encuentran en la confluencia de un camino, y basta...

Me puse de pie y emprendí el regreso hacia la casa. El perro caminaba a mi lado con toda naturalidad, cual si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Le llamé Tizne, nombre que surgió espontáneamente asociado a las manchas negras del pelaje.

Habíamos caminado breve trecho entre los árboles, cuando Tizne se detuvo de pronto, rígido y amenazante. Miré hacia atrás y vi dos indios con clara muestra de querer alcanzarme. Esperé con la mano en el bolsillo donde guardaba la navaja. Cuando estuvieron a dos pasos observé que uno de ellos era casi viejo y el otro, un muchacho más o menos de mi edad. Se quedaron quietos e hicieron un saludo con la mano en alto, mientras el perro se deshacía en ladridos. Le hice callar, y el hombre dijo:

-Tú, Fermín...

Asentí con la cabeza. Entonces, metió la mano en la cintura y sacó un papel doblado que me entregó sin titubeos. Le miré a los ojos, interrogantes, y él me dijo:

-Yo conocerte -y agregó, señalando el papel-. De Huilen.

Me apresuré a desdoblarlo. Mi corazón sonaba igual que tamboril en fiesta. Leí: “Pronto estaremos juntos. Te quiero. Huilen”. Tuve que hacer gran esfuerzo para no ponerme a saltar como un loco. Guardé el papel en el bolsillo y dije, aparentando seriedad:

-¿Es todo?

-Nosotros ver a tu cacique -respondió.

-¿A don Francisco de Viedma?

-Sí. Chololaquin mandar.

-Venid conmigo.

Caminamos en dirección al “Carmen”. El bote estaba donde lo había dejado. Les pedí a los indios que esperaran y, subido a él, remé hasta el navío, donde subí prestamente; con igual apresuramiento fui a golpear con los nudillos la puerta del despacho. Abrió el mismo don Francisco. Dijo, simulando fastidio:

-¿Tú de nuevo? Has oído lo de entrevistar a Chololaquin y vienes a martillar sobre caliente.

-No, señor, vengo a desiros que hay dos mensajeros de Chololaquin esperando en la orilla.

Eché el cuerpo hacia atrás, sorprendido, y preguntó:

-¿Qué seguridades tienes? ¿Son en verdad hombres de nuestro amigo?

Saqué el papel de bolsillo y se lo entregué.

-Conozco muy bien la letra de Huilen.

Lo leyó de un vistazo y, al devolvérmelo, expresó tajante:

-Tráelos inmediatamente.

Pronto estuve con ellos de vuelta. Don Francisco nos esperaba paseando con las manos atrás, cual era su costumbre. Hizo entrar a los dos indios y, al advertir que yo emprendía la retirada, dijo:

-Quédate, Fermín.

Y allí quedé, ansioso por oír el mensaje del cacique. No tuve que esperar mucho. El indio que había llevado hasta entonces la voz cantante metió una vez más la mano en la cintura y, sacando un pliego doblado en tres, lo entregó a don Francisco. Este, al desplegar, dejó traslucir en su cara un gesto de sorpresa. Levantó la vista:

-El escrito no es de Chololaquin -me dijo-. Lo firma doña Encarnación de Rosas y Galán.

Mientras don Francisco leía el mensaje de manera lenta, reflexiva, la impaciencia me comía por dentro. Cuando hubo terminado, preguntó a los indios:

-¿Hay algo más para comunicarme?

-No -respondió el de siempre-. Danos señal para saber que cumplimos.

-¿Un acuse de recibo? Sería una imprudencia... un riesgo que no debemos correr.

Dio unos pasos por la estancia. Tras breve reflexión, me dijo:

-Anda. Contesta tú la misiva de Huilen. Esa ha de ser la señal que esta gente pide.

Me senté a la mesa y en un papel escribí cuidadosamente: “Espero tu regreso loco de alegría. Te amo. Fermín”. Se lo entregué al gobernador quien, sin leerlo, lo dobló en cuatro y lo puso en manos del indio. Este lo guardó bajo sus ropas y expresó de manera lenta, cual si rebuscara las palabras:

-Nosotros irnos. Sin caballos tardar mucho.
-¿Vinisteis a pie? -inquirió don Francisco con extrañeza.
-Sí -respondió el indio-. Con caballos ser vistos más pronto.
-Comprendo -dijo el gobernador-. Podéis marcharos.
Y dirigiéndose a mí, ordenó:

Procura que vayan bien provistos de tabaco, yerba y comida. Nada de alcohol, pues necesitarán andar lúcidos para tan largo y peligroso viaje.

Me fui, llevando los indios hasta la despensa, donde les proveyeron con abundancia de todo lo necesario. Pronto los dejé en la orilla. Tizne estaba esperándome. Al verle, un agradable cosquilleo me dijo que el perro llegado quién sabe de dónde era ya mío... y yo de él. Los indios no se despidieron. Con amplias sonrisas y, a paso ligero, marcharon en busca del bosque tupido, con el deseo, seguramente, de no ser observados. Pero antes, el joven indio dijo en un castellano asombrosamente correcto:

-Te esperamos. Debes venir con nosotros.

Comprendí que solo en la carta de doña Encarnación tendría las respuestas a los interrogantes que me acosaban, y presuroso volví a la cámara de don Francisco. Me recibió cual si estuviera esperándome. Mas no habló. Con la carta en la mano recorría el despacho meditativo y con ceño torvo.

Mi ánimo, predispuesto siempre a palpar lo extraordinario aún en los pequeños roces, vibraba en la espera, captando matices y revolviendo acertijos. Mas el andaluz transitaba lo suyo y algo se le ponía delante, impidiéndole de una vez por todas que me largara el amarre. Al fin, se plantó de frente y, poniendo la carta bajo mis narices exigió impaciente:

-Lee. En voz alta.

Tomé el pliego, lo abrí con gesto rápido, y comencé la lectura:

-“Excelentísimo señor don...

-Ahorra nombres y títulos; ve a lo que importa -reclamo el andaluz.

“Una situación surgida de manera extraña me obliga a recurrir a vuestra generosidad. Seré breve, pues la ocasión lo pide. El Cacique Chololaquin está con sus mejores guerreros tratando de poner paz en sus grandes dominios, más allá del País de las Manzanas. Tal circunstancia me impone una estadía sin tiempo definido en este Choele Choel, pues debo esperar el regreso de mi esposo para el traslado sin riesgos hacia el asentamiento cercano al fuerte. Algunos capitanejos rebeldes nos hostigan y hacen peligrosa cualquier salida. Pero la situación mencionada no admite espera. Os ruego, pues, que mandéis al joven Fermín de la Colina cuanto antes, ya que se le necesita en menesteres difíciles de explicar en tan breve mensaje. Los dos hombres que os mando son de mi absoluta confianza, y ellos se encargarán de que vuestro ayudante llegue aquí sano y salvo. Por último,

pido al caballero español, señor de Viedma que, una vez leída, convierta esta carta en cenizas, pues no quisiera que mi nombre ande rodando en días futuros entre memorias y legajos inútiles.

Encarnación de Rojas y Galán”

Cuando acabé la lectura un silencio pesado invadió la estancia. Yo estaba sobrecogido, girando en un remolino de confusiones. La voz de don Francisco, áspera, perentoria, se impuso a mi desconocimiento:

-¿Qué opinas?

-Pues... no hay duda de que la carta refleja a pleno el clásico decir de la cacica. En cuanto a complacerle: sostengo que ha de resultaros difícil no hacerlo, pues se halla en juego la amistad de nuestro principal aliado...

-... Y tú en la gloria, claro, pues se cumpliría así el sueño dorado de reunirse con Huilen.

-Sí, señor.

-¿Para qué te querrán en la tribu? No creo que sea para entregarte a Huilen en matrimonio... ¿o sí? Tal vez la niña se ha puesto mala y, según los brujos, la presencia del 'príncipe' resulta necesaria para que el color vuelva a los labios de la caciquilla... y, colorín colorado... Hombre, siempre tienes algún lagarto en el bolsillo para que nos muestre la lengua.

No me gustó el tonillo de la chanza, ni estaba yo para bromas. No obstante, tragué saliva y respondí:

-Quizá, señor, no estéis tan desacertado al pensar en un encantamiento. En cuanto al lagarto, bicho es de nigromantes y alquimistas, y no es bueno andar con él de paseo.

Sonrió don Francisco, mientras decía:

-No veo la manera de soslayarlo.

-Hay una: quemar esta carta y hacer de cuenta que no la he recibido. Es mucha mi responsabilidad. ¿Cómo justificaría tu muerte si ella sucediera?

-Os ruega, señor, que carguéis sobre este irresponsable enamorado la locura de desobedecer vuestras órdenes. La señora Encarnación debe tener poderosas razones para actuar así, tan compulsivamente. Le conozco muy bien. Hay un pez muy gordo en la red del insólito mensaje...

No del todo convencido, don Francisco dio todavía unos pasos y, enfrentándose luego, dijo de modo cortante y enérgico:

-Sea. Pide la armas necesarias y los caballos que mejor te parezcan. Ve, Fermín. Dios vaya contigo.

Loco de alegría saludé a lo militar y, con paso rápido, erguida la cabeza, marché al encuentro de los indios que esperaban ocultos en las sombras.

CAPÍTULO 24

Partimos en la madrugada, apenas la luz comenzó a dibujar el contorno de las cosas.

Iba yo medio dormido. Parte de la noche la había pasado escribiendo a la viuda de Villares y a don Francisco de Paula Sanz. Las dos cartas partirían con el primer navío que saliera para Buenos Aires.

Me di cuenta enseguida de que nuestra marcha, al principio lenta, pues la escasa luz no permitía lanzar los caballos al galope, no siempre se ajustaba a la línea del río, sino por el contrario: una especie de zig-zag, a veces con desvíos prolongados, conseguía meternos a cubierto de miradas peligrosas, pues siempre las arboledas nos protegían; en tanto el terreno blando silenciaba el golpeteo de las herradas cabalgaduras. Tal comprobación puso en mí la certeza de que los baquianos indios eran de confiar. La madre de Huilen había elegido lo mejor para llevarme sin tropiezos hasta los toldos.

En un momento en que el enmarañado bosque nos obligara a marchar muy lentamente, tuve la ocasión de poner a Babieca junto al caballo que montaba el joven indio, pudiendo así ejercitar mi inveterado fisgoneo. Le dije:

-Dime tu nombre. El viaje será largo y es bueno que por lo menos sepamos cómo llamarnos.

-José -me respondió-. José Aguelén. *Aguelén* significa 'cola de caballo'. Feo, ¿verdad?

-Sé que las traducciones no deben tomarse al pie de la letra. 'Cola de caballo', estoy seguro, no significa exactamente eso, sino las virtudes que para el animal tiene en su función de espantar lo indeseable. Anda y dile a mi zaino que se avenga a que le quites de encima eso tan 'feo', y tendrás sus coces por respuesta.

Rió José por lo bajo, y al advertir yo que el compañero tocado en suerte era accesible a mis parloteos, me animé a continuar con las indagaciones:

-¿Cómo aprendiste a hablar el castellano tan perfectamente?

-De una cautiva española -me contestó con un dejo de tristeza en la voz-. A mi padre no le conocí, y mi madre murió al nacer yo. Desde entonces la cautiva me tuvo a su cuidado criándome igual que a un hijo. Ella hizo que me bautizaran y me pusieran nombre de cristiano. Murió hace dos años a consecuencia de una paliza que le diera el salvaje que le tenía por esclava. Escapé para no correr la misma suerte. Pero jurando que un día volvería a la tribu para cobrarme la salvajada...

-Entonces... ¿no perteneces a la tribu de Chololaquin?

-Mi tribu está asentada al pie de los cerros del Tandil, en plena pampa. Caí por casualidad en los toldos del gran cacique, y al oírme hablar con Antü en español me tomó a su servicio para utilizarme como lenguaraz. Me encariñé con la familia de Chololaquin, y respondiendo ella a mis sentimientos, me hice el propósito de serle fiel y servirle aún a costa de mi propia vida... hasta el momento en que me sienta fuerte y

maduro para la venganza. ¡Que vendrá, ten por seguro que vendrá!

Las últimas palabras salieron de José Aguelén envueltas por una inflexión teñida por un odio difícil de explicar en palabras.

No es vana la presentación del muchacho indio. El jugó importantísimo papel en la tragedia que destrozó mi vida para siempre. Recordadlo.

.....oOo.....

Apresuramos la marcha cuando el sol comenzó a llenar de brillos la mañana. Con un galope sostenido, sabiamente ejecutado por mis compañeros de aventura, cuidadoso y gatuno como solo el indio posee en grado superlativo, fuimos acercándonos a la ansiada meta. Cerca del mediodía observé que José detenía su caballo y me señalaba con ademán divertido:

-¿Quieres decirme qué haremos con aquello?

Miré y vi a Tizne que, lejos aún, venía a nuestro encuentro. Pronto llegó con la lengua colgándole de un costado y sacudiendo la cola descaradamente. José debió notar mi desconcierto, pues dijo, mostrando al sonreír su blanquísima dentadura:

-Seguidor, ¿no?

-Realmente, ¿qué hacer con él?

-Dejarle que nos siga, si quiere. Oliendo nos encontrará cuando se canse y no puede seguirnos.

-¿Qué remedio queda...?

Divisamos la tribu ya avanzada la tarde.

.....oOo.....

El primero en acudir a nuestro encuentro fue Antü. Al verme gritó cual si en ello fuera la vida:

-¡Fermín! ¡Es Fermín, papai ('mamita')! ¡Y también José!

Cuando bajé de Babieca me abrazó apretadamente. Respondí a sus impulsos, mientras le apremiaba:

-¿Huilen? ¿Dónde está Huilen?

No fue necesario que me respondiera. Desde una de las carpas le vi correr hacia donde estábamos. Me separé del chiquillo y me adelanté a fin de recibirla en mis brazos. Nuestros cuerpos, ceñidos por primera vez el uno al otro, temblaban consustanciados por los mismos movimientos y una idéntica pasión, mecidos por el maravilloso vaivén de la inocencia y la magia de los deseos; un instante donde la suprema felicidad se preanuncia con sensaciones de gloria. Todo a nuestro alrededor había dejado de existir: Antü, José, el viejo baquiano, las mujeres y los niños que nos observaban con la diversión pintada en las caras. Y doña Encarnación que, detrás mío, dijo con voz firme:

-Dejaos de representar esa zarzuela delante de todo el mundo. Tú, Huilen, ve a ordenar que apuren la comida para dar a estos hombres que deben estar cayéndose de

hambre. Y tú, Fermín, ven conmigo, que el tiempo apremia. Luego me contarás cómo os fue en el viaje.

Sin aguardar respuesta marchó con paso decidido hacia el toldo más cercano, el mismo de donde había salido Huilen. Caminé a su lado con la intriga rebullendo en mi cabeza.

La *ruca* era apenas un cobertizo armado a la ligera y con el único propósito de evitar el sol y los vientos del Sur. Entró doña Encarnación, y yo fui detrás. La luz penetraba de lleno por el hueco sin reparo, lo cual me permitió ver el cuerpo tendido sobre unos cueros cobijado bajo una manta india. Era un hombre viejo, con cabellos y barba totalmente blancos. Tenía los ojos cerrados.

-Duerme -me susurró doña Encarnación-. Tratemos de no despertarle. Acércate y mira si le conoces.

Me arrimé hasta la cabecera del lecho y, poniendo una rodilla en el suelo me incliné hacia la cara del anciano. La revelación no llegó a mí repentinamente. Fue poco a poco, a medida que mis ojos desencajados iban descubriendo las facciones de mi amado maestro bajo los mechones blanquísimos.

Caí de rodillas, con las manos fuertemente unidas sobre las piernas, mientras sentía las lágrimas corriéndome por la cara. Un sollozo que en vano traté de retener me sacudió sin contemplaciones, y una alegría inmensa, inmensamente triste (valga el contrasentido) hacía de todo mi ser un revoltijo. Con suavidad cariñosa puse mi mano en la manga del hábito, el mismo que un día me mostrara ufano en la iglesia del pueblo; así quedé, sin medir el tiempo, con la vista clavada en la cabeza del padre Rafael...

Sentí la mano de doña Encarnación en mi hombro. Recién entonces la vi sentada a mi lado, mirando con extraño arrobamiento el rostro envejecido del sacerdote. Al notar que la observaba, dijo con cierto balbuceo:

-Vamos, Fermín. Dejémosle descansar.

Nos pusimos de pie y salimos. Una vez fuera retomó su actitud de mujer fuerte, aunque me preguntó con inocultable emotividad.

-Le quieres mucho, ¿cierto?

-Mucho, señora.

-Pues no te preocupes demasiado. Rafael es indestructible.

Al tiempo que me sorprendía por el "Rafael" tan familiarmente expresado, me vinieron a la memoria las mismas palabras dichas con igual intención por don Francisco de Paula Sanz, cuando advirtió mis congojas en el "Princesa", motivadas por el alejamiento del cura en el barco negrero: "Rafael es indestructible". Con gusto hubiese rebuscado "el porqué" de tan rara coincidencia, mas preferí hollar caminos menos escabrosos, preguntando:

-¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Le encontramos casi muerto de hambre y de sed en un pastizal quemado por el salitre, y le trajimos con nosotras. Está muy débil, apenas puede caminar, y de seguir

estas vicisitudes es probable que no llegue vivo a vuestra colonia. Quiero que se salve, y es por ello que envié el mensaje a don Francisco de Viedma.

-Y... cómo supisteis que yo...

-El padre Rafael en sus entresueños repite una y otra vez tu nombre: Fermín. De ahí mi pedido de que vinieras. Ahora serás tú quien debe explicarme qué hacía el padre Carranza en este desierto.

Suscintamente le conté los grandes deseos que el sacerdote tenía de evangelizar en la Patagonia, y de qué manera la peste le desvió de sus propósitos, yendo a parar al Caribe.

-Lo cual quiere decir que ha recorrido toda América para llegar a la Patagonia -y luego de una pausa me dijo reflexivamente- ¿Qué otra cosa podía esperarse de un reverendísimo loco?

CAPÍTULO 25

La luna comenzó a subir: un disco enorme, rojo; una hostia cabalística que llenaba de misterios el andar puntilloso de la noche inminente. No resultaba fácil aceptar que era la misma que yo veía, desde la ventana de mi cuarto, allí, en la torre de la iglesia, ascender por detrás de los viejos tejados. Ahora aparecía como una vieja amiga para decirme que no hiciera caso de su mágico realismo. Yo también, como ella, seguía siendo el de entonces, pese a estar rodeado de un místico quijotesco y vagabundo, de un noble con ínfulas imperiales, y de la cristalización de un sueño en la figura de Huilen. Solo y de pie bajo el plenilunio, mirando el río que reverberaba suavemente, no conseguía sustraerme del todo al embrujo de sentirme partícipe de mundo tan extraño y por completo diferente al que yo imaginara con perfiles de gloria en mis divagaciones infantiles.

El hambre roía las entrañas. Debido al agitado fluir de los acontecimientos nadie, ni yo mismo, tuvimos en cuenta al clásico personaje que, desatendido, hace de nuestra vida un drama y del diario acontecer rimero* de infortunios. También el sueño traía de las suyas, y por temor a dormirme, no me atreví ni a sentarme. La noche metíame por ojos y orejas los más variados trucos de su repertorio: un bicho moviéndome entre los pastos, el revoloteo de algún visitante nocturno o un animal jadeando junto a mis piernas. ¡Tizne! Vi sus ojos brillantes, sus manchas negras en el blanco pelaje y sentí la agitación de su alegría cuando me agaché para abrazarlo. Una sombra se detuvo a nuestro lado:

-¿Qué hace aquí ese perro?

La pregunta partió de la madrileña. Le respondí:

-Es mío, señora. Dejadme que os lo presente. Se llama Tizne, y ha hecho su buen recorrido hasta encontrarme.

-Y si te fijas, no ha venido con la boca vacía. Pues supongo que esa liebre, o vizcacha, pues no se distingue bien, no será obra de tus habilidades.

Miré detrás mío y allí, casi pisándolo, un bulto con patas, hocico y rabo se destacaba sobre el tinte de la hierba; y aproveché la ocasión:

-Sin duda el perro adivinó que no como desde el amanecer y ha querido remediar tan largo ayuno.

-Pero ... ¿cómo? ¿No te dieron nada cuando llegaste?

-Nada, señora. Pero no hay que afligirse, pues es de héroes y santos el pasar sin dar trabajo a las moledoras, y ya veis, lo más campante.

-Déjate de ironías y come lo que he traído.

Y uniendo la acción a la palabra puso en mis manos un cuenco con dos trozos de algo que no pude distinguir claramente. Me dijo:

* Rimero: (m) Montón de cosas puestas unas sobre otras.

-Poco es, pero hay muchas bocas y escasez de alimentos. No andes con melindres*, y come ...

Lo de 'melindres' puso en mí ciertos reparos y demoré un tanto el darles a los dientes. Mas al fin lo hice empujado por el personaje que me atormentaba. No sabía mal. Mastiqué con ganas y con ganas fui metiendo al garguero lo indefinible. Cuando hube terminado devolví el cuenco acompañado de un “gracias, señora”, aunque la comida tuvo sabor a poco. Me atreví a preguntarle qué me había dado y ella me respondió picarescamente:

-Culebra hervida, hijo. Pero eso sí, bien desollada y enriquecida con hierbas olorosas.

El estómago se me contrajo y a punto estuve de echar por la borda cuánto había en la sentina, pero haciendo un esfuerzo puse el cerrojo al espasmo y comenté con forzada naturalidad:

-Vaya. Pues ha estado de rechupete.

-Hay veces, muchacho, en que hay que cerrar el entendimiento para matar el hambre.

-Es cierto, señora. Mi abuelo, o quien acepté por abuelo, llamado don Evaristo Saavedra, me adoctrinó cierta noche sobre la necesidad de que el soldado tiene de enterrar los escrúpulos, si de comer se trata.

-Quisiera contarte, Fermín, las que yo he pasado al respecto. Pero hay cosas de mayor importancia....

Iba a retirarse doña Encarnación, cuando vio a Huilen correr hacia nosotros.

-Madre -dijo esta, sofocada- el padre Rafael quiere levantarse y no puedo detenerle.

-Toma este cuenco y lleva la liebre que tienes a tus pies. Tú, Fermín, acompáñame a ver si entre los dos logramos calmarle.

Seguí a la mujer, no sin antes plantar un silencioso y rápido beso en la mejilla de Huilen. Entramos. La luz de la luna hacía posible que distinguiéramos al padre Rafael, sentado y esforzándose por ponerse de pie, mientras decía vocablos incomprensibles, donde el castellano y el latín se mezclaban en rara jerigonza. Doña Encarnación se acuclilló y dijo con una bondad que no le conocía:

-Rafael...

Yo, sentado junto al cuerpo del sacerdote, miraba aquella cara tan conocida con el corazón oprimido, deseoso de apretarle entre mis manos y ponerla contra mi pecho cuando le oí decir claramente:

-*¿Mors ultima ratio? Quosque tandem... ¡Deu!*

Lo cual traduje, casi vocalizando las palabras:

-*¿La muerte es la razón final? Hasta cuando... ¡Dios!*

El torso del padre Rafael se enderezó, puso su mirada en mis ojos con ansiedad, como si en ellos buscara una respuesta, y dijo titubeante:

-Fer... Fermín...

* Melindres: (m.) Delicadeza afectada y excesiva en palabras, acciones y ademanes.

El juego había puesto coherencia en las enredadas percepciones de su espíritu. Me tendió la mano temblorosa y yo la apreté entre las mías. Sentí los párpados humedecidos por las lágrimas al ver su piel pegada a los huesos cual si fuera una momia de tres mil años de antigüedad. Las cejas dibujaban líneas blancas sobre unos ojos hundidos, de pupilas brillantes, afiebradas. La barba nívea parecía el agua de un manantial deslizándose al claror de la luna. Pero en aquella figura casi fantasmal se reflejaba la vida empujada desde adentro, como lo hace el fuego en las entrañas de la roca. Habló, sin dejar de mirarme:

-Tengo sed.

-Voy por agua -decidió la cacica incorporándose y saliendo rápidamente.

La mano del padre Rafael descansaba entre mis manos. La sentía huesuda, de largos dedos callosos, y no pude menos que recordarla elevándose con el pan eucarístico en una consustancialidad perfecta, allí frente al altar pueblerino. ¿En qué trabajos perdió su gracia, hecha para el misterio de la Consagración? ¿Por cuales caminos fue dejando la esbeltez de su figura ascética hasta convertirse en aquel anciano, cuya vista había dejado prendida a mis ojos de manera obsesiva, atrapante? ¡Oh, Dios, un viejo de apenas cincuenta años! En medio de estas reflexiones me llegó su voz, una voz que todavía conservaba el timbre de un hablar elegantemente cultivado:

-Eres ya un hombre, Fermín... ¡todo un hombre!

-¿Por qué tardó tanto, padre? Le he necesitado mucho, y sin su merced, nada hice ...

-¿Tú que sabes? Dime... ¿estoy en la Patagonia?

-En el umbral de la Patagonia.

-¡Dios sea loado! Lo conseguí, pese a todo...

En esos momentos llegó doña Encarnación con un vaso de barro. Nuevamente en cuclillas, acercó el recipiente a los labios del sacerdote.

-Toma, bebe. Ojalá pidieras con el mismo gusto el alimento que tanto necesitas. ¡Pero qué! ¿Dónde se ha visto un santo sin ayunos y abstinencias?

Bebió el cura una y otra vez del agua que la mujer le ofreció delicadamente, y yo, por si fueran pocos los conflictos que me sacudían por dentro, agregaba a los mismos la intriga de aquel tuteo tan naturalmente aceptado por don Rafael; y juré no parar hasta descubrir el misterio; más aún, cuando escuché a este decir con tono resignado:

-Calla, Encarnación... y no desvaríes, pues bajo este hábito no hay otra cosa que un pecador empedernido. Para santo estoy yo....

-¿Quieres más agua?

-No, mujer, no. Guarda tu cacharro y déjame a solas con Fermín. Hay cosas que debemos tratar de hombre a hombre.

-Me voy: pero cuida de lo que hablas, pues el cura indiscreto más cerca está del infierno que de la gloria.

Salió a ventilar su arrogancia en la noche enjoyada de platerías, y el padre Rafael me pidió que le ayudara a ponerse de pie y le sostuviera hasta un sitio donde poder orinar.

-Hace un buen rato que me retengo, pues no era cosa de pedirle a Huilen favor tan

indecoroso.

Accedí a lo que pedía, pero las piernas no le aguantaron, visto lo cual, le tomé en brazos cual si fuera un niño, y así le conduje hasta detrás del cobertizo. ¡Qué poco pesaba, mi Dios! Sin esfuerzo ninguno le sostuve hasta que terminó de orinar y le llevé nuevamente a la cama. Le cubrí con la manta, pues había refrescado bastante debido al fuerte viento del Sur.

El padre Rafael, boca arriba, con los ojos cerrados y respirando sosegadamente, parecía dormir. Iba a retirarme, cuando su voz llegó a mí, impregnada por la quietud que nos envolvía:

-Fermín... conozco a Encarnación desde que éramos niños, y jugábamos juntos. Ya grandes... el amor carnal anduvo rondándonos, hasta que ella entró en un convento y yo marché a Nápoles. ¿Con lo dicho, queda satisfecha tu insaciable curiosidad?

Nada contesté, pues me sentí corrido por la sagaz intuición del querido maestro. Sin esperar respuesta, continuó:

-Solo América es capaz de urdir estos milagros: Encarnación convertida en cacica y yo hecho un cura vagabundo con la pasta de un *don Quijote* dispuesto a evangelizar los 'molinos de viento'. Y a propósito: ¿qué has hecho de tu inigualable novela?

-La tiene Inés, guardada cual si fuera una reliquia.

-Inés... Inés... ¿la pequeña que viajó con nosotros en el "Princesa"?

-La misma, y que usted convirtió en mi hermana adoptiva.

-Oh, esa fue una adopción de mentirijillas.

Sentí la vaga sensación de que estábamos rozando la entrada de embarazosas sugerencias, y me apresuré a señalar:

-Está abusando de sus fuerzas, padre. Debe descansar, pues nos espera un largo camino.

-Es el cuerpo quien falla, no la lengua.

-La lengua es parte del cuerpo.

-¿O la herramienta del Verbo, con mayúscula? Un instrumento de la Verdad, hijo. Por algo en Perú quisieron arrancármela.

CAPÍTULO 26

Me sonrió doña Encarnación, y aproveché para preguntarle si podía visitar a don Rafael, a lo cual accedió, mas pidiéndome que le dijera a Huilen que se le necesitaba en los quehaceres de la tribu.

-Mientras estés con el enfermo, bien puede ella ayudar a las otras mujeres, ¿no te parece? -expresó medio zumbona y con la ironía chispeando en el verde de sus ojos-. Sin responderle me dirigí hacia el toldo.

Huilen estaba sentada y en animada conversación con don Rafael. Vi también algo que me llenó de asombro: Tizne, con la panza contra el suelo y la cabeza en la falda de Huilen, me miraba sin que se le moviera un pelo. Por lo visto, el sinvergüenza había encontrado a alguien más en quien poner sus arrumacos. No pensé, no, que la inmovilidad del perro obedecía quizás al recelo de que yo me sintiera traicionado al verlo en tan descarado romance. Dije simulando asperezas:

-¿Qué hace aquí este vagabundo?

-¿No lo ves? -respondió ella- Está conmigo. ¿O sientes celos de que me quiera?

-Vaya tontería...

-Pobrecito -dijo Huilen acariciándolo-. Se sintió solo al notar que no le hacías caso y se acercó buscando en mí lo que acaso creyó perdido.

El padre Rafael nos miraba con la sonrisa asomándole entre la barba, callado, y asintiendo por turno a lo que decíamos. Cumpliendo el encargo de doña Encarnación expresé a Huilen:

-Deja el perro y ve con tu madre. Me pidió que te dijera que debes ayudar en las tareas propias de las mujeres.

-Me iré, pero con el perro. Vamos, Tizne.

La siguió un corto trecho. Luego, dándose vuelta, se detuvo y me miró, mientras su cola probaba un tímido bailoteo. Me acerqué a él, lo apreté un instante contra mí y le dije: "Anda, Tizne, ve con ella".

Se marchó corriendo, agitando el rabo gozosamente. Cuando me senté junto al maestro le vi que reía de manera tenue. Complacido, le pregunté:

-¿Qué os alegra, padre?

-Vuestra dichosa ingenuidad. Ni tú ni Huilen os dais cuenta que el perro siente en vosotros dos una sola persona.

-¿Cómo es eso?

-Tú sabrás; y no pongas esa cara, pues te conozco de sobra y sé cuándo finges o caes en marrullerías. Ocultar lo inocultable cosa es de tontos.

Bajé la cabeza y él, tras ligera pausa, continuó:

-Estoy en la edad de meter la nariz donde no debo. Mas déjame decirte que Huilen es

una joven con virtudes extraordinarias, pero igual a la madre en genio y figura. Tendrás que aprender a conocerla, y ese aprendizaje durará toda la vida. No caigas en el mismo error en que yo caí con respecto a Encarnación. Ahora cuéntame en detalles el tenor de la carta que esta enviara a la colonia... y los rozamientos con un tal Nahuel que os tiene acorralados...

-Usted sabe... -dije alzando la cabeza y mirándole confundido.

-Todo. Yo me hice el lelo para no preocuparlas, fingiendo que dormía, unas veces, y otras imitando estados de inconsciencia. Hasta que tú llegaste y no pude seguir con las simulaciones, pues estas me hubiesen impedido gozar del encuentro.

-Pues armó usted la función magistralmente; y yo... creyéndome a pies juntillas que mi llegada y nuestro juego de latinazgos le habían enderezado los sesos.

Reímos ambos, pero enseguida el padre Rafael asumió una actitud de concentrada seriedad.

-Bueno... cuando me hallaron desvanecido en el salitral la escena no tuvo nada de truculenta y quiso Dios que fuera precisamente Encarnación quien me encontrara. Ahora cuéntame lo tuyo, empezando por el final, pues tiempo tendremos de entretener mis vicisitudes con tus aventuras.

Por largo rato estuve hablándole de cuanto ocurriera con ajetreos y desventuras de la fundación. Ignoro si mi relato fue del todo coherente, pues el sueño me vencía y apenas entendí cuando el padre me dijo: “Anda, recuéstate a mi lado y descansa...”

.....oOo.....

Desperté con la cabeza y medio cuerpo acurrucado en los cueros, junto al padre Rafael. Mi viejo maestro me había tapado con la manta india, quedando él únicamente con el hábito franciscano. El sol anunciaba la mañana. Al observar que el enfermo dormía, me levanté cuidadoso y le puse la manta encima. Después salí, ansioso por saber cómo andaban las cosas.

.....oOo.....

A los tres días llegaron a la tribu cuatro guerreros de Chololaquin con una tajante disposición del cacique: todo el poblado indio debía trasladarse enseguida al sitio anterior, cercano al fuerte. No daba las razones del mandato, pero los mensajeros dejaron entrever que la tribu corría grave riesgo de sufrir un ataque masivo por parte de los capitanejos sublevados.

.....oOo.....

Formábamos una larga fila. La cacica había dispuesto que los hombres llegados el día anterior flanquearan la marcha con sus cabalgaduras. El padre Rafael iba sobre Babieca, al que yo llevaba de la rienda, y José en el suyo, incómodo, pues nadie le hizo caso cuando pretendió que, por lo menos, uno de los ancianos montara el animal; el muchacho indio sufría al verse bien llevado mientras las mujeres arrastraban sus harapos

y lastimaduras por una senda salpicada de matojos y cansadoras desigualdades.

La marcha era tediosa. Se acercó la cacica llevando un gran bulto sobre los hombros, a fin de preguntarme si el padre Rafael soportaba sin angustias el sofocón del traslado, respondiéndole yo: “Ahí le tenéis, sin una queja y erguido como cuadra a un hombre de su temple”, y ella dijo dubitativa y en voz baja que “no debe confiarse en las apariencias, pues curas así son capaces de entregar el alma a una oración e írsenos sin que nos tengan en cuenta”.

-Encarnación... mira que te estoy oyendo -salto el padre con voz firme-. No husmées en mis fortalezas, y busca guiar a tu pueblo de manera segura.

Sonrió la hermosa madrileña, me guiñó un ojo picarescamente, y dijo con desenfado:

-Vaya: pues mira qué bien le ha salido al antiguo capitán del rey, sus aires de mandamás. No se preocupe el caballero, que llegaréis para penitencia de nuestros pecados.

Y sin más, se fue doña Encarnación a reunirse con las otras mujeres.

.....oOo.....

Serían las dos y media de la tarde cuando por fin la cacica dispuso que descansáramos.

Ayudado por José, desmontamos al cura y lo pusimos sobre una manta, bajo el árbol que nos pareció con mejor sombra. Aún estábamos acomodándole cuando aparecieron Huilen con una taza, y Antü sosteniendo entre sus manos una cazuela con abundante comida.

-¿Qué miras? -me preguntó la enredadora de mis sueños- Anda: haz que el padre se siente y apóyalo contra el árbol, así podrá darle de comer.

Obedecí de inmediato y ella, arrodillándose, le dio a beber del agua que la taza contenía y, enseguida le proporcionó una cucharada tras otra del alimento indígena. Don Rafael comía despaciosamente, la vista puesta en el cielo y sin decir palabra. Antü hablaba con José sobre la caza del avestruz, y yo, de pie al lado de Huilen miraba a la muchacha rematadamente embobado. Después, me fui a dar una recorrida por el campamento.

Doña Encarnación no se daba descanso atendiendo a unos y a otros, ingeniándose de mil maneras en el reparto del exiguo alimento, o sacudiéndose con bondadosa energía los niños que se aferraban a sus faldas pidiendo más, cuando ya habían comido lo propio y lo de sus madres. Permanecí breve rato observando el cuadro y sintiendo la afrenta de aquella injusticia. Cuando la cacica me vio con los hombros caídos, los brazos cruzados y el mirar torvo, se acercó a mí con una fuente sacada de no sé dónde y me la puso en las manos:

-Esto es para ti -dijo-. Cómelo sin desconfianza, pues no he podido conseguir culebras.

En la escudilla se destacaban hasta la mitad presas fácilmente reconocibles. Miré a doña Encarnación.

-Anda, come. Es la liebre que trajo tu perro, convenientemente cocida y adobada. ¿O es que no te gusta?

Nada respondí. Fui a sentarme bajo un árbol, tomé uno de los pedazos, y aún no lo había llevado a la boca cuando me vi de pronto rodeado por cinco o seis pequeños que ansiosos miraban el contenido de la escudilla. Trató doña Encarnación de espantarlos, pero yo le contuve y fui dándoles a cada uno las tajadas hasta que el recipiente quedó vacío. Me puse de pie, devolví la escudilla y me marché, sin hacer caso a las palabras dichas por doña Encarnación a mis espaldas:

-Eres tonto, Fermín... Anda, anda aprendiz de santo.

Huilen y el padre Rafael conversaban. Ella sentada en el suelo y él aún apoyado contra el tronco, exhibiendo sin pudor el hábito descolorido y lleno de remiendos, mientras la refulgencia del sol ponía brillos saltarines en la blancura de sus greñas.

Eché una mirada al improvisado campamento. La tribu bullía entregada a un sinnúmero de tareas; y yo, sin saber qué hacer, me tendí a todo lo largo sobre un manchón de hierba. Una agradable frescura llegó a mi piel a través de la ropa, y estaba por entregarme al sueño cuando Tizne vino a lamerme al mano. Le miré de reojo.

-Ya era tiempo de que te acordaras de mí. ¿Por dónde has andado?

No esperé que respondiera, naturalmente; me puse boca abajo e intenté adormilarme. Lo habría logrado si el perro no se hubiese empeñado en lo contrario, metiéndome el hocico bajo el brazo y empujando hacia arriba.

-¿Qué quieres? -le reproché de mal talante.

La respuesta llegó casi instantáneamente. Afirmado en las cuatro patas y moviendo la cola con entusiasmo, quiso meterme por la cara algo que colgaba inerte de sus fauces: ¡una respetable culebra! Di tal respingo que, a no dudar, en la fracción de un segundo estaba de pie y gritando como un 'poseído':

-¡Lleva esa mierda de aquí, asqueroso! Fuera o te...

Me contuve, pues doña Encarnación venía hacia mí casi corriendo, dando voces y señalando al perro:

-¡Ese animal es un ladrón! ¿Eres tú quién le enseña estas malas costumbres? Demonios...

Y acercándose a Tizne le sacó la culebra de entre los colmillos, no sin cierta rebeldía del infractor. Conseguido el rescate, la cacica se volvió por donde había venido, llevando el reptil colgando airoso de su mano.

Tizne y yo quedamos inmóviles viendo a la mujer alejarse, en tanto que Huilen, un poco más allá, contenía la risa tapándose la boca y mirándonos de reojo. Haciéndome el desentendido me fui hacia donde estaba José conversando con el viejo guía.

.....oOo.....

Anduvimos toda esa tarde y gran parte de la noche. La luna continuó prestándonos su brillo y, conducido por José que iba a la cabeza, logramos acortar distancias sin mayores sobresaltos. Indudablemente Chololaquin se había anticipado a cualquier movimiento de las facciones enemigas.

Llegamos por fin a la primera angostura, que era como decir a casa propia.

Estaba yo sentado junto al padre Rafael, quien, puesto a todo lo largo sobre una fina piel de guanaco, dormía plácidamente. Ojalá hubiese podido yo gozar del mismo sueño tranquilo. ¡Pero qué! La tristeza me andaba por dentro como procesión en Viernes Santo. No era fácil, no, asimilar el enfrentamiento de una separación indefinida. Me sentía como el héroe a quien se le niega la corona del vencedor; el príncipe capaz de arrancar de las fauces del dragón el cuerpo sin igual de la princesa, para después experimentar el “¡ahí te quedas!”, cual si lo hecho fuera la barrabasada de un majadero. De tal manera iba a los tumbos por el barranco de las vanidades, cuando advertí la mirada de don Rafael fija en mi rostro; me sobresalté un tanto, por el temor a que el sagaz cura hubiese estado viendo el trasluz mis sentimientos. Pero no:

-Dime, Fermín, ¿dónde pensáis meterme cuando lleguemos a la colonia? -me preguntó. No quisiera convertirme en carga para nadie, ni entra en mis planes el ser uno más de los curas de misa y rosario. Para eso, con quedarme en el pueblo... ¿me entiendes?

-De sobra. Me gustaría tenerle conmigo, en una choza que construiríamos junto a la que ocupa la familia Cañizo, que es donde ahora vivo; y cuando se encuentre con fuerzas para valerse por sí mismo, hará lo que usted quiera, sin dar cuenta a nadie, y llevándome a mí como escudero de sus evangelizaciones, que para eso vinimos a la Patagonia.

-Detente, Fermín, detente. Gustoso aceptaré el abrigo que me ofreces, pero eso de llevarte prendido a mi sotana...

-¿Que habrá de malo en ello?

-De malo, nada... pero contravendríamos los planes que Dios ha trazado para contigo.

-Eso está bueno. Por donde vengo a enterarme de que el Señor ha puesto los ojos en esta humilde persona...

-Todos somos instrumentos de Dios, Fermín, y si Él ha dispuesto que seas una semilla más en el vientre generoso de América, por algo será.

-A ver, a ver, padre... páselo en limpio, pues no entiendo nada. ¿A qué viene eso de la semilla y el vientre de América?

-Ya te lo explicaré más adelante, cuando estemos más sosegados y mi cabeza no caiga en posibles desvaríos. Sabrás, entonces, que en lo dicho hay toda una filosofía, o como quieras llamarle, apuntando al porvenir de los dos mundos: el viejo y el nuevo. Lo sé, pues no en vano he recorrido dos continentes. No obstante, te daré una clave para que descubras por ti mismo el meollo de la cuestión. Bastará con una sola palabra:

Huilen.

Mi buen maestro no me tomó de sorpresa. Desde el momento mismo en que empezó con lo de la “semilla y el vientre” la punta del ovillo había saltado a mis manos; y con agudizar el entendimiento... lo cual no impidió que yo pusiera cara de asombro y mirara a mi viejo maestro cual si yo fuera el bobo del pueblo. Hasta me di el lujo de preguntarle:

-¿Huilen? ¿Y qué hace Huilen en el guisado?

-Vaya pregunta... Y la manifiestas con tal desparpajo que pareciera ser yo el tonto de capirote*. Anda, hijo, saca el bulto que está debajo del guanaco, pues me está moliendo la espalda, y dejemos por ahora un juego de palabras carentes de sentido mientras le tengamos fuera de lógica y despojado de sus atributos esenciales.

-Pero Huilen... -le dije en tanto retiraba el molesto terrón.

-Huilen... Mira, allí viene con la comida. Madre e hija están empeñadas en cebarme y de nada vale que me resista, pues capaces son de meterme la cuchara por la nariz o por los ojos. Benditas sean. ¡Ni que fuera yo el pavo de la boda!

Festéjé con placentera risa su propia ocurrencia, de la cual no hice caso, pues mi atención estaba puesta exclusivamente en la figura que, seguida por Tizne, venía hacia nosotros derrochando gracia en su porte y una sutil sensualidad en el movimiento de las caderas. ¡Mi Dios, cómo no amarle!

Nos miró el cura despaciosamente; primero a los ojos de Huilen, y con la misma lentitud, observó los míos; luego dijo con la picardía bailándole en los labios:

-El amor os está poniendo a prueba, y el tal personaje gusta de embrollar las cosas y disfrazarse de mil modos...

Y don Rafael no terminó la frase, pues llegaba doña Encarnación a marcha forzada. Al vernos a los tres callados como momias no se le escapó a la madrileña que su llegada había interrumpido nuestra conversación, y con las manos en la cintura le dijo al padre Rafael:

-Oye... ¿es que a estos dos les estás enseñando la doctrina?

-Qué doctrina ni ocho cuartos, mujer. Les estaba instruyendo sobre el amor, con minúscula.

Bufó doña Encarnación, le arrebató la escudilla de las manos a Huilen, la puso en las mías con gesto brusco y exclamó enfadada:

-Dale la comida al padre; y tú, Huilen, ve, que hay mucho por hacer. En cuanto a ti, Rafael, déjate de tonterías y prepárate para la marcha.

Dicho lo cual, dio media vuelta y se fue tras de su hija.

Mientras le ayudaba a sentarse, me dijo el padre Rafael con entonación pensativa:

-No aflojes y enfrenta a Encarnación decididamente. En mi largo camino he visto muchas veces al amor ponerse de rodillas frente a las intransigencias y ambiciones desmedidas, cuándo no criminales; y al doblegarse el amor, se irguieron las infelicidades y las tragedias.

* Tonto de capirote: Coloq. Expresión burlona referida a los penitentes que usaban en las procesiones un capirote o gorro en forma de cucurucho para indicar que eran pecadores .

CAPÍTULO 27

Caía la tarde cuando nos detuvimos a unas dos leguas del fuerte. La cacica dispuso que fuese aquel el lugar del asentamiento. La barranca, en suave declive, permitía fácil acceso a la orilla y una magnífica arboleda brindaba excelente resguardo. La decisión me llenó de gozo, pues tendría a Huilen a 'un paso' de mis impaciencias. Mas no siempre las cosas han de salir con holgura. ¿Por qué poner en tela de juicio si el padre Rafael debía quedarse en la tribu o marchar conmigo a la colonia? Argumentaba doña Encarnación que nadie mejor que ella y Huilen para cuidar del cura, y yo que, habiendo salido los dos juntos de España, unidos seguiríamos en la Patagonia, hecha por Dios (enfaticé) a la medida de nuestras evangelizaciones; y se produjo el encrespamiento de la cacica.

-¿Qué sabes tú de evangelizar -me dijo- si aún no has aprendido a limpiarte el moco? ¿Crees que basta llevar un crucifijo delante de los morros para que los indios caigan a tus pies?

-Cuidado, Encarnación, que desbarrancas -le oí decir al padre Rafael.

-¿Qué desbarranco? -salto la madreña. Sois vosotros los que rodáis al precipicio de la soberbia. El orgullo os ciega y no veis el odio que sembráis: odio con frutos de ira envenenando años y más años.

-No falta razón a lo que dices, mujer -contemporizó don Rafael. Pero no pontifiques ni te creas con derecho a la profecía. Dios dispondrá qué ha de hacerse con esta América. Él nos permitió descubrirla para que el cristianismo no se ahogue en el muladar* de una Europa corrompida hasta los tuétanos, y Él nos indicará el modo de salvarla.

-¿Ahora vienes con esas? ¿Olvidas cuando tú afilabas la espada para venir a la conquista de honores y riquezas? Rafael... no me saques de quicio, pues me voy de boca fácilmente y no soy de las que guardan las verdades en barbecho.

-Conozco tu genio... y porque lo conozco, iré donde yo quiera. Anda, Fermín -concluyó el padre. Tira el ronzal* y vayámonos de aquí.

-Rafael...

Nos fuimos dejando a las dos mujeres con gestos apesadumbrados, aunque doña Encarnación trataba de disimular los suyos irguiendo la cabeza y cruzándose fuertemente de brazos. Tizne nos siguió de mala gana echando lastimeras ojeadas a Huilen.

.....oOo.....

* Muladar: (m) Aquello que ensucia o inficiona material o moralmente.

* Ronzal (m) Mar. Cabo que sirve para cargar los puños de las velas mayores.

Los meses transcurrían con lentitud desesperante. El hastío iba ganándome poco a poco sin que yo hiciera esfuerzos por espantarlo. Pero no era yo solamente quien estaba sufriendo la carga de fantasmales intuiciones, llevadas y traídas por nubes revueltas, cargadas de agorerías. Andaba don Francisco de Viedma cabizbajo, Villarino desparramando mal humor, los campesinos, artesanos y tropa con el ánimo por los suelos, y yo... sin recibir contestación a las cartas remitidas a Buenos Aires. ¡Por Dios! ¿Quién iba a hacer caso de un mozalbete con ínfulas de protector?

Así andaba, alicaído y sin ganas de escuchar al padre Rafael, quien con los mejores propósitos trataba de aligerarme de cuitas y berrinches: “El tiempo, me decía, se encargará de poner sosiego al trajinar de juveniles arrebatos, pues es de mi oficio mostrar la realidad sin hacer caso de inútiles espejismos”. Mucha verdad había en los comentarios, pero mis diecisiete años ardían inquietantes, a tal punto que hasta las relaciones con Huilen se me antojaban opacadas en el discurrir de los días aletargados por la inercia.

Y, sin embargo, como veréis, la calma era el preludio de la tempestad.

Volvía yo caminando por el borde de la cuesta tras una de las tantas entrevistas con Huilen, cuando tropecé con *Puchero*. Me saludó con ademán desgarrado, señal de que también él sufría el mal de todos.

-Ven conmigo -me pidió displicente-. Te convidaré con el tintillo que ya conoces, y no pararemos hasta darle fin, pues el alma necesita de vez en vez un zamarreo *pa'* que se mareé y nos deje en paz.

Le seguí, y ya en la cueva, puso *Puchero* dos jarros marineros sobre la mesa y un botijo con excelente vino de Toro. Llenó los jarros, se acomodó en un banquillo, hice yo lo mismo, nos echamos un trago al garguero y, tras limpiarse los labios con el dorso de la mano, empezó:

-Bueno... el momento viene bien *pa'* hablar sobre algo que me regüelve las entrañas, pues Rosita anda haciendo unos recados y no quiero que la pequeña se entere de lo que me anda por dentro... verás...

Bebió de un golpe el vino que aún le quedaba y, mirándome a los ojos, prosiguió:

-A ver, a ver si este tintillo me da vela *pa'* decirte... *pa'* decirte que estoy *enamorado* de Mónica... y, bueno, tu dirás...

Le miré fijo sin entender del todo el baturrillo endilgado entre guiñadas y titubeos. Al interpretar torcidamente mi desconcierto, reaccionó como crío sorprendido en falta.

-Sí, sé lo que estás rumiando, ¡maldito sea! Soy un calzonudo con pretensiones de mozuelo, ¿verdad? Dilo, y no andes con varaduras.

-Pero... puede saberse de cuál Mónica estás hablando -pregunté.

-Pues de la única viviente en estas tierras, congrio. De Mónica Aguirre, viuda de Cañizo. Y cierra esa bocaza. No tengo el mismo derecho que los otros a carenar* el

* Carenar (tr) Añadir accesorios ornamentales, aerodinámicos o funcionales a una motocicleta o

desquicio de mi vida.

Lo que él llamaba “bocaza” era el reflejo de un interrogante: ¿De dónde había sacado *Puchero* la viudez de la señora Mónica? ¿Qué sabía él de la trágica muerte del viejo Cañizo? Y dispuesto a escarbar dije con doblez maniquea:

-Tienes todo el derecho del mundo a enamoraros, pero no de mujer casada. “Viuda de Cañizo”. ¿De dónde sacáis semejante barbaridad?

-De la muerte del marido, hombre. Pues ¿quién duda que el condenado Cañizo ha muerto a mano de los indios, de sed en el desierto o en un encontronazo con algún paisano de su laya?

-¿Y con tales deducciones piensas proponer matrimonio a mi madre adoptiva?

-No yo, tú; en mi nombre, claro que es de amigos el ayudar en salvatajes como este, pues habrás notado que me falta lastre y ando a la buena de Dios. Y estando Rosita por llegar, dime que no me dejarás navegando al garete* y hablarás de mis buenas intenciones a esa gran mujer, puesta delante mío *pa'* que yo recale en aguas tranquilas hasta que la muerte nos separe... ¿Lo harás, Fermín?

-Difícil lo veo, si no pruebas la muerte del viejo. Necesitarás por lo menos dos personas que atestigüen haber visto al tal Cañizo de cuerpo presente.

-¿Dos? Cuatro dirán lo que yo quiera. El viejo Cañizo, *atravesao* por media docena de lanzas o *degollao* en el desierto, entrará en magín* de todos igual que un sacramento de la Santa Madre Iglesia. Palabra de Anselmo Perea.

Rosita subía cantando por las pedregosas desigualdades de la cuesta. Me despedí, no sin antes prometerle a mi amigo que haría cuanto pudiera a favor de su querencia.

Mientras escalaba el barrancón, la lógica y la moral comenzaron a los topetazos en mi espíritu, sin que una y otra, hasta el día de hoy, definieran claramente el singular entrevero.

.....oOo.....

El padre Rafael ejercitaba las piernas con andar lento y trabajoso. Inés, a su lado, servíale de apoyo, midiendo sus pasos y oyendo atentamente lo que mi maestro le decía. Calló este cuando advirtió mi presencia e Inés le dijo con naturalidad:

-Siga, padre. Fermín conoce todo lo mío. Para él soy su 'brujita'.

-Bien, hija... ya somos tres, y ruego a Dios que nadie más se nos agregue. Ven, muchacho, acompáñanos y participa entonces del enigma que nos plantea una Inés hecha a imagen y semejanza de un lirio... o de un ángel.

-De ambas cosas, padre -dijo sonriendo-. Pero tenga usted cuidado, que también es maliciosa y dada a lo burlesco.

a un coche de carreras.

* Garete: loc. adv. A la deriva.

* Magín : (m) coloq. Imaginación.

-Completísima es la cosa, y me gusta, pues desconfío de lo absoluto cuando es humano el molde que lo contiene.

-Vaya; se han juntado maestro y alumno para doctorar sobre los padecimientos de esta pobre campesina que nada entiende de lirios ni de ángeles. Anda, Fermín, ayuda a que el padre no trastabille, que yo iré a preparar la cena antes que llegue mi madre y me ponga de mil colores.

-Espera, Inés -le dije, impidiendo así que se retirara-. Quiero pedirle a don Rafael que me aconseje sobre algo que tú debes saber.

Y eché afuera, sin rodeos, el enredijo* que yo estaba haciéndome con la lógica y la moral.

-*Puchero* acaba de decirme que quiere casarse con tu madre y me ha cargado a mí con el mochuelo* de que le represente en tan peliagudo requerimiento.

Contra lo esperado, lanzó Inés una risita juguetona y se plantó sin misericordia:

-Mira la novedad que nos traes. Conozco las intenciones de tu amigo desde hace tiempo. Sí, hombre, sí; de haber observado tú los ojos de *Puchero* cuando mira a mi madre...

-Pero, sabes...

-¿Qué? ¿Vas a decirme que ante los ojos del mundo mi madre aún no está viuda? Pues anda, consulta con el padre Rafael y él te dirá cuánto hay de bueno en los propósitos de Anselmo Perea.

Y sin más, dio media vuelta para marchar a sus quehaceres, no sin antes agregar con gracia y cierto chisporroteo retozándole en las palabras:

-Ahí se lo dejo, padre. Vea usted si tiene arreglo.

Mi maestro reía por lo bajo.

-Vamos a nuestra choza, Fermín -me dijo-, pues ya debo sentarme y es necesario que tú pongas algo de orden en los altibajos de la conciencia; sin apurar, que no estoy para correr, aunque toquen a rebato.

Refrené mis impulsos y lentamente fuimos hacia la cabaña que construyéramos junto a la vivienda de los Cañizo. Entramos, se sentó don Rafael en su catre, yo en el mío y, frente a frente, destapamos nuestros respectivos calderos para echar al aire lo bueno y lo malo de los reconcomios* en fermentación. Empezó el cura:

-Las mujeres intuyen mejor aquello que nosotros solemos pasar por alto; y es así como la chiquilla se dio cuenta del enamoramiento de Perea y vio también que a su madre no le desagradaban las encendidas miradas del marinero, con lo cual es fácil colegir que el matrimonio es cosa hecha, si Dios quiere y ayudamos en la intención.

-Supongo que será usted quien les imponga el sacramento...

* Enredijo: (m) coloq. Enredo, maraña de cosas que se traban.

* Mochuelo: (m) coloq. Asunto o trabajo difícil o enojoso de que nadie quiere encargarse.

* Reconcomios: (m) Desasosiego o agitación por una molestia moral o por un deseo persistente.

-¿Qué remedio queda? Soy el único que puede dar fe de la muerte de Jonás Cañizo.
-Entonces, Inés le contó...
-Todo, Fermín, todo; y no en confesión, precisamente.
-Con lo cual los gemelos irán a la picota culpados de un crimen horroroso.
-Eso no ocurrirá. He visto a Jonás Cañizo degollado por los indios más allá del río Colorado.

Le miré fijo, pensando que mi maestro había perdido la chaveta. Sostuvo la mirada y una sonrisa triste apareció en su rostro. Después, con tono pausado, acariándose la barba, me expuso las razones de su determinación.

-La realidad, o lo que solemos llamar realidad, suele vestirse con el ropaje mágico de lo inexplicable. Ocurre cuando... el azar baraja los hechos y nos hace trampa... ¿Me sigues?

-No del todo. La muerte de Cañizo fue condenadamente real, y fueron los gemelos los autores del crimen.

-¿Los dos al mismo tiempo? ¿O fue Santiago? ¿O Fidel? ¿Quién se atreverá a señalar con el dedo al verdadero autor del parricidio? ¿Tú? ¿Inés? ¿Mónica? Porque entiendo que ninguno de vosotros fuistéis testigos presenciales del asesinato. Los únicos que podrían describirlo son los gemelos. Pero ¿cómo indagar certeramente a dos sordomudos? ¿Qué juez de este mundo se atrevería a dictar sentencia cuando la duda salta desde un muro de silencio?

-Bien, pero de ahí a señalar que visteis el cadáver del condenado Cañizo degollado en la mitad de la pampa...

-La mentira tiene sus cargazones*, cierto, pero es un peso que llevaré con resignación si con él libro a Inés y a ti de ser imputados como encubridores, ya que enterrastéis el cuerpo del delito y nada dijisteis, en tanto que Mónica y Perea podrán unirse en matrimonio sin sobras de sacrilegio. En cuanto a los gemelos... bueno, bastante tienen con la condena de por vida en la cárcel de sus desgracias; y ¿qué tanto amolar con la muerte del aborrecible Cañizo? Solo Dios sabe cuándo hay delito, y cuándo justicia en la conducta de los hombres.

-No me atreví a contradecirle, pues no era yo quién para reprochar a mi maestro el malabarismo de sus esguinces morales. Callé, para luego decir con huidiza intención lo primero que me vino a la mente:

-¿Por qué no se encarga usted de transmitir a la señora Mónica las pretensiones de *Puchero*? Yo no sabría cómo empezar, ni qué argüir, si ella me sale con desplantes que, ya lo sabéis, emplea con singular desparpajo.

-Haré lo que pides; y ya que el tiempo apremia, hoy mismo iremos a la carga.

-Bueno, tampoco es para andar corriendo.

* Cargazones: (f) Pesadez sentida en alguna parte del cuerpo, como la cabeza, el estómago, entre otras.

Metió la mano en el bolsillo del hábito y sacando un pliego doblado me lo entregó, mientras decía:

-Es una carta que me entregó esta misma tarde don Francisco de Viedma. Aquí le tuve, sentado sin remilgos donde tú estás ahora... Anda, lee.

Era una carta remitida por el Obispado de Zamora, donde ordenaba al padre Rafael viajar cuanto antes a España; allí le comunicarían las razones del traslado.

Terminada la lectura clavé la vista en los ojos de mi maestro, sin disimular la congoja que me embargaba.

-Ese papel me ha seguido por toda América; una consecuencia de los muchos alegatos contra mis ansias de evangelización. ¿De qué crímenes no me han culpado los virreyes, regidores y capitanes al servicio de la corona? Porque has de saber, Fermín, que allí donde los indios, pocos o muchos, se rebelaban frente a la explotación y la esclavitud, estaba yo con mis gritos junto a los gritos de los desamparados, esgrimiendo la única arma que podía usar: el crucifijo. Sufrí cárceles, interrogatorios del Santo Oficio, calumnias infamantes y amenazas de muerte de aquellos que se consideran a sí mismos dueños y señores de vidas y haciendas...

Por breves instantes bajó la cabeza y se mantuvo en silencio. Hasta nosotros llegó la voz de Inés entonando una canción con versos de Lope de Vega; y con el delicado fondo de aquella vieja melodía, siguió diciéndome el padre Rafael:

-Pero ahora no vienen al caso mis desgarramientos durante la marcha por entre el fuego de infernales apetitos e inútiles rebeldías. No faltará tiempo para que hablemos detenidamente sobre la gran tragedia americana; la que, tal cual señalara doña Encarnación, ensombrecerá por siempre la sublime epopeya del Descubrimiento. Ajustémonos, pues, al hecho inevitable de mi traslado.

-Por largo tiempo no estará usted en condiciones de hacer solo tan largo viaje -le expresé con desmañada energía.

-Es que no iré solo -me respondió-. Inés vendrá conmigo.

Aquello colmó el revoltijo de mis desconsuelos. ¿Cómo admitir el alejamiento de Inés sin que el alma se me partiera en dispares y confundidas sensaciones? Erguí el cuerpo y apreté los puños. El padre Rafael apoyó su mano en mi rodilla.

-Ten valor, hijo.

-Me revolví en una maraña de vocablos que pugnaban por exteriorizarse sin hallar camino, hasta que pude balbucear:

-Pe... pero la señora Mónica quedará sin ayuda, y... y con la carga de los cultivos, los gemelos y la casa...

-¿Olvidas a Perea? ¿Te das cuenta ahora por qué este cura enredador quiere oficiar de casamentero? Escucha, hijo, lo que voy a decirte. Por más que rebusquemos en los tratados filosóficos y en los vericuetos de la teología, siempre habrá algo que escape a nuestro entendimiento. Inés (y de ella quiero hablarte) es una criatura que no pertenece a este mundo. Ella misma me ha pedido que la salve de la vida vulgar, que le pesa y entorpece sus aspiraciones. Mucho he conversado, y en el transcurso de las pláticas tuve

siempre la impresión de hallarme sumergido en una esfera de luz... Inés ofrece el milagro de la transparencia, del agua cristalina que surge naturalmente del manantial... pero ocultándonos las fuentes soterradas en lo profundo, en el misterio, en lo sobrenatural, dicho esto sin religiosas especulaciones...

Interrumpió sus conceptos sobre la personalidad de Inés, que a mí estaban dejándome indiferente, pues de sobra conocía yo las cualidades de mi “brujita”; y aprovechando la pausa ensarté mi comentario, traído de los pelos a fin de vanagloriarme neciamente de cuanto sabía sobre el particular:

-Afirma que su don le fue impuesto por un anciano peregrino.

-Sí, también me explicó su encuentro con el extraño personaje; el mismo que yo conocí tras un duelo en una callejuela de Nápoles.

Di un respiro. Danzando frenéticamente se trenzaron en mi memoria con claridad meridiana, punzantes, el relato del *monsieur*, las miserias morales que les sirviera de fondo, el viejo caminante marchando a la par de la pequeña Inés y mi maestro, sentado allí, en el catre, evidenciando una presencia que por momentos se diluía en la encrucijada de un mágico caleidoscopio de sueños. ¿Qué había en la hondura de aquel cúmulo de circunstancias?

Por un instante olvidé las tristezas provocadas por el anuncio del viaje y me introduje de lleno en el fascinante laberinto que el padre Rafael estaba construyéndome con la simplicidad de lo cotidiano.

-Mas para decirte cuánto hubo de prodigios alrededor de tan increíble personaje es preciso que cumpla la promesa que te hiciera en el “Princesa” antes de marcharme al barco negrero; un episodio ocurrido entre el hijo natural del rey y este, tu maestro, cuando ambos echábamos al basural de nuestros instintos los mejores años de una juventud brillante, pero desquiciada. Escucha, ya que tal vez nuestra separación sea para siempre y no haya oportunidad de volver sobre el asunto...

El canto de Inés se había convertido en melancólico tarareo, acorde con la menguante lucidez del crepúsculo. También las palabras del maestro fueron tomando el declive de los recuerdos renuentes a salir; pero entre suspiros don Rafael no cejó en sus tironeos.

-Hay amistades entre hombres tan profundas y excluyentes -rememoró- que desafían al juicio mejor asentado: Ciegan las compuertas del entendimiento, traban los engranajes de la voluntad y tergiversan el sentido del verdadero amor. Están hechas de egoísmos y endemoniadas exaltaciones. Tales eran los sentimientos que nos ataban a Francisco y a mí. Ahítos* de fáciles y lujuriosas conquistas queríamos probar el submundo de la pasión doblemente prohibida. La negrura del abismo llegó a tentarnos casi hasta el delirio, mas un hecho inesperado rompió el hechizo y puso fin a los peligros de la caída. Mi amigo habíase enamorado positivamente de una dama de gran belleza y alta alcurnia, y yo quedé como segundón de sus aprecio. Me atormentaron los celos hasta el extremo de arrojarme en brazos de la traición. Era yo, para mi desgracia, de figura esbelta,

* Ahíto: (adj.) Cansado o fastidiado de alguien o algo.

espadauchín temerario y dado a emular las hazañas del legendario *Don Juan*, cualidades que en gran medida faltaban en Francisco de Paula. No tuve mejor idea que servirme de mis dotes de galán ducho en el oficio para conquistar a la doncella de marras, poniendo así a Francisco al borde de la desesperación y clavado al hazmerreír de toda Nápoles. Juró este vengar la afrenta. Tropezamos una noche en miserable calleja, discutimos airadamente, salieron a relucir las espadas y en un instante en que estuve a punto de atravesarle el pecho, mi brazo quedó rígido, inmovilizado, sin acabar la estocada. Francisco, en cambio, se tiró a fondo y me hirió gravemente en un costado...

La voz del padre Rafael iba tiñéndose de una grave tristeza. Yo le oía consciente del enorme esfuerzo con que me abría las heridas para mostrar sus miserias. Continuó:

-No caí... La sangre me humedecía la ropa. Francisco de Paula intentó socorrerme, pero lo rechacé. Simulando entereza dirigí mis pasos calle arriba, hacia una iglesia humilde que encontraría a unos cien metros de allí. Estaba desangrándome y no quería morir sin confesión. Trastabillando logré llegar hasta los escalones de piedra, pero no pude subirlos y quedé en el primero, hecho un ovillo y tratando de contener la hemorragia con las manos. Noté que alguien me enderezaba y tuve conciencia de que unos brazos me sostenían por la cintura. Un calor suavísimo entró en mí, hecho de caricias y fluidos vivificantes. Alguien me susurró bondadosamente:

-No morirás, hijo. Dios quiere que sigas en este mundo...

Miré a quien así me hablaba. Era un anciano de cabellos y barba blancos, vestido de peregrino. A su lado tenía un cayado y unas alforjas casi vacías. No me preguntes cómo pude ver tales cosas en la oscuridad, pero una especie de clarividencia, naciendo de mí, enfocaba cuánto había alrededor. Pregunté con voz apenas modulada:

-¿Quién sois...?

-Un caminante -me respondió- condenado a peregrinar hasta el fin de los tiempos.

Se puso de pie, me alargó la mano y, tomando la mía, exigió:

-Levántate y ven conmigo.

-¿Cómo complacerle? Yo estaba mal herido y... pero él insistió.

-Vamos, ¿por qué hacerle esperar?

Me levanté. Sentí apenas un ligero mareo, pero ningún dolor. Llevándome él de la mano subimos los escalones y penetramos en el templo. Un haz de luz nos dio de frente. Venía a través de un rosetón ubicado por encima del altar, con la claridad de un día a pleno sol. Miré al anciano que aún me sostenía. En torno a su cabeza la luz reverberaba tonalidades suavísimas, nunca vistas por mí.

-Sigue esa luz -me dijo-. Cuando ella desaparezca, arrodíllate. Otro resplandor te iluminará por dentro.

-¿Vendrá usted conmigo?

-No. Yo seguiré caminando por los senderos de la eternidad.

-Obediente a una suave presión de su mano, marché con la vista puesta en el redondel por donde manaba el fulgor...

La cara del padre Rafael, que al principio del relato dejara traslucir honda consternación, se mostraba ahora plácida, casi alegre. Me miró fijamente y, esbozando una sonrisa que no era para mí, prosiguió:

-Tras andar cierto trecho la luz fue desvaneciéndose, a semejanza del ocaso que precede a las tinieblas. La noche me rodeó, y solo el punto rojo de la lámpara junto al sagrario me indicó que estaba frente al altar... Y ocurrió, Fermín. Sentí que todo mi cuerpo ardía por dentro; mi corazón se transformó en pavesa* inextinguible que, sin quemar, quemaba. Una sensación de Amor vivo convirtió mi alma en un puro sentimiento de entrega, tan fuerte, arrebatador, que me puse a llorar desconsoladamente, en silencio. ¡Qué hermoso es el llanto cuando lo provoca la dicha suprema de amar! Y esa dicha provenía a su vez de una impresión tremendamente lúcida: los horribles pecados se desprendían de mi ser cual escamas de un reptil inmundos. Allí estuve hasta que el amanecer pintó de rosa las ventanas laterales del templo. No vi rosetón alguno. Me levanté, aún temblando por cuanto me ocurriera y a paso firme, decidido, salí a la calle.

-¿Y la herida, padre?

-Desapareció arrastrada por los escamosos detritos* del pasado aborrecible.

Sentía que las fantásticas revelaciones estaban provocando en mí la sensación del remolino que nos envuelve y no deja que veamos la realidad inmanente; sin la distorsión del lenguaje que se escurre igual que una lagartija de luz en lo inaccesible, en lo inabarcable. Me vi impotente, en el intento de levantar velos y de alcanzar lo imposible. Sin embargo, tuve en claro, a modo de una idea superpuesta a otra idea, que mi aliento salía del puente que hasta entonces uniera la niñez con la pubertad. Mi maestro, quizás sin proponérselo, me hizo hombre al ponerme a las puertas de esa alquimia hecha de lodos inmundos y resplandores de estrellas; y aunque intuía que la puerta última de la revelación me estaba prohibida, tal vez porque abierta me hubiese dejado como la mujer de Lot, mudo y convertido en sal para siempre, mi nueva 'edad' tuvo la virtud de arrancarme lo fútil, la candidez que hacían de mi espíritu un teúrgo* cargado de ilusorios e inútiles espejos. Y aunque en esos momentos, lo que aquí leéis no era otra cosa que un amasijo de espontáneas y confusas elucubraciones, pasando el tiempo pude mirar con otros ojos los cauces de la vida interior capaces de producir la poesía viva y sacrificante de fray Gerónimo, las angelicales y trascendentes premoniciones de Inés y la milagrosa y explosiva religiosidad del padre Rafael, además de pulir la gracia que me permitió aferrar con las manos lo pequeño y lo grande de un universo hecho para asombro del hombre.

Mi maestro adivinó sin duda mis reflexiones, pues dijo recalcando cada palabra:

-No busques poderes mágicos en los sucesos que acabo de contarte, Fermín. La

* Pavesa: (loc. verb) coloq. Ser muy débil y apacible.

* Detritos: (m) Detritus. Resultado de la descomposición de una masa sólida en partículas.

* Teúrgo: (m) Mago dedicado a la teúrgia.

magia apunta hacia abajo, lleva a los abismos más oscuros de la conciencia. Solo sirve, mirándola con benevolencia, para que ciertos espíritus enfermos se liberen de algunas presiones, rompiendo la relación entre causa y efecto.

-Bien, padre, pero me pregunto en qué casillero debo poner las extraordinarias experiencias por las que pasasteis.

-En el de la plegaria; o en la de la poesía, si es que no quieres entrar en recovecos dogmáticos. Ambos apuntan hacia arriba, a una elevación dispuesta a identificarse en el conocimiento del Dios Único. ¿Qué es la poesía de San Juan de la Cruz sino una sublimación de la plegaria?

-Habláis así, padre, porque Dios os señaló con el dedo y estalló la luz. Pero yo no hago otra cosa que barajar interrogantes en un singular juego de adivinanzas; y perdonad mi osadía si planteo dos de esos enigmas que para mi entender son las piezas clave del enigma: ¿Supo alguna vez quién era el anciano peregrino? ¿Fue realmente el mismo de Inés?

-Nunca volví a encontrarlo y en cuanto a quién era, siempre tuve el convencimiento de que es la revelación encarnada de la fe.

-¿Le contasteis a Inés cuanto me habéis confiado?

-¿Con qué objeto? Ella ya lo sabía...

-Perdonad... pero, ¿cómo entender que una chiquilla...?

-No trates de penetrar en ciertos misterios, pues te darás con la puerta en el hocico. Nadie, escúchame, nadie podrá jamás cruzar las fronteras de lo absoluto, pues siendo nosotros de condición finita, es imposible que podamos abarcar la infinitud que lo ha creado. Tal cual señalara San Agustín, resulta imposible meter en un agujero de arena la grandiosidad del mar. Y en cuanto a Inés, sigue considerándola como la encantadora chiquilla que todo lo dice sin precisar cosa alguna. Aunque quizás puedas tú, que bien la conoces, aclararme qué ha pretendido decirme al señalar como al descuido: “Tiempo es ya de que vuelva con sor Verónica de la Cruz”. ¿Dichas palabras, tienen para ti algún significado?

Absorto bajé la frente y con la cabeza dije “no”. Pero dentro de mí surgió por tercera vez la imagen de sor Verónica fundiéndose con las facciones de Inés, cuando esta iba a ser entregada por su padre al bárbaro capitanejo...

Un pesado silencio nos encerró a los dos en un cúmulo de agitadas cavilaciones.

“Vamos, bestia, apura el paso si quieres el morral”. Era la señora Mónica hablándole a la mula. Ella y los gemelos regresaban de los sembradíos.

CAPÍTULO 28

La noticia invadió toda la colonia igual que el viento Sur, cuando este llega exhalando nieves, ahíto de soledades: don Francisco de Viedma y Narváez, columna vertebral del asentamiento en la Patagonia, había recibido la orden de trasladarse a Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba, en el Alto Perú, con el título de capitán general y gobernador intendente. El anuncio, agregado a los propósitos de la corona de abandonar el tutelaje de la fundación, tuvo efectos desquiciantes en todo el valle inferior del río Negro.

Esto lo supe por el padre Rafael, pues debo confesar que en ese entonces estaba yo más atento a mis amores con Huilen, hartos complicados, que a los acontecimientos de la incipiente población. No repetiré lo ya dicho en anteriores páginas sobre los sacrificios y miserias de aquellos que, deseando cultivar tierras propias, abandonaron sus hogares y vinieron al fin del mundo confiando en que podrían realizar el gran sueño; y ese sueño se deshacía ahora por obra y gracia de un gobierno al que le importaba un higo borrar con el codo lo escrito en proclamas prometedoras. Pues bien recuerdo al pregonero que, con su mensaje real, encendió en el cura y en mí los fuegos que nos llevarían a la Patagonia para enseñar a los indios las verdades de la fe. No dudé jamás que mi maestro hizo lo suyo con sus negros atrapados por el cólera y los indios engrillados por la inhumana explotación de las famosas encomiendas. ¿Y yo? ¿Qué hice yo con los proyectos idealizados por la soledad de mis noches, allí, en el cuartucho de la torre? Pamplinas, nada más que pamplinas con *Don Quijote* a la espalda y el alma en el burladero.

-Deja de acusarte si no quieres que los demás agarren tus palabras y te muelan a palos -dijo don Rafael.

Estábamos sentados en unos taburetes junto a la puerta de nuestro albergue, calentándonos bajo el solcito mañanero de un día de agosto de 1783. Por ser domingo, la familia Cañizo andaba de aquí para allá buscando en qué entretenerse. Todos habíamos concurrido a la misa oficiada en la capilla del fuerte, con don Rafael montado en la mula, los gemelos con las greñas peinadas y ropa limpia, las mujeres con sus mantillas en la cabeza y, todos, hablando sin orden aunque unidos los unos a los otros por sentimientos sin gorguera*; sencillamente, con la alegría de vernos juntos en el andar sin premuras cuando aún no sabíamos del sorpresivo decreto. Ya de regreso, nuestras conversaciones fueron ciñéndose al tema que había rodado de boca en boca antes y después de la ceremonia, de modo tal que puso en la mayoría de las gentes pesadumbres y desconsuelos; y digo la mayoría, porque no en todos la noticia del traslado causó el mismo efecto; hubo quienes consideraban injusta la rectitud de don Francisco, y su trato

* Gorguera :(f.) Adorno del cuello, que se hacía de lienzo plegado y alechugado.

con los indios un modo de coartarles la manera de enriquecerse intercambiando bebidas alcohólicas por pieles y ganado. Yo estuve con los que vieron en él al hombre que no ahorró sacrificios ni desvelos en el servicio de su patria, de su Dios ni de su rey; y así lo expresé a mi maestro.

-Pienso lo mismo que tú -me respondió-. Poco he hablado con él, mas debo admitir que me agradan sus maneras simples y correctas, sin alharacas ni sospechosos rebuscamientos. Sin embargo, debemos aceptar que no siempre es oro todo lo que reluce, y en la naturaleza de los hombres perdura latente la semilla del mal. Nuestro don Francisco de Viedma no es excepción, y por ello (según palabras de doña Encarnación) jugó a lo Maquiavelo en su política con los indios, haciendo suyo el “divide y triunfarás” para que los grandes caciques se agarren entre sí de los pelos y no interfieran en sus propósitos colonizadores.

-Con lo cual logró mantener la paz en la región.

-La paz que nos convenía, es cierto. Pero cuidado con la paz impuesta por ambiciosos conquistadores que no titubean en prostituir la santa señal de la cruz; y no lo digo por don Francisco, sino para que cuides el real valor de los vocablos. La paz verdadera nace de la justicia, y esta a su vez de las conciencias honradas... Mas dejemos el tema, que da para mucho, y veamos qué nos trae tu amigo Perea; allí viene, balanceándose cual si estuviera navegando.

En efecto, *Puchero* se acercaba trayendo de la mano a Rosita y, sobre el hombro, un abultado saco de lona. Cuando estuvo cerca saludó con un “buen día nos dé Dios” que le salió retozando por entre una sonrisa empinada hasta las orejas. Respondimos en parecidos términos, mientras Rosita se apresuraba a darnos un beso, para enseguida correr al encuentro de la señora Mónica e Inés que salían al escuchar la voz del marinero.

La señora Mónica lo encaró con un párrafo no del todo inocente: “No os vimos esta mañana en la misa”, a lo que respondió *Puchero* con suficiencia: “Importantes servicios me lo impidieron, señora. A don Francisco de Viedma se le ocurrió encomendarme... cosas reservadas, y que, puestas al descubierto...”

-Calla, Perea, calla -le interrumpió el padre Rafael- que llevas paso de poner al descubierto lo que debes guardar.

-No; si no iba a ir más allá, señor cura. Dios me libre de echar trapo cuando la tormenta arrecia... y vaya si es tempestad la que tenemos encima...

El padre Rafael se sujetó la barba y meneó la cabeza, pensando quizá que mi pobre amigo no tenía remedio. Pero yo, estaba riéndome por dentro, juntamente con Inés, conocedora igual que yo, cómo las gastaba el marinero. Y a fin de evitar una jovial irreverencia, corté por lo sano:

-¿Qué traes en esa bolsa? Por el tamaño y el peso debe ser uno de los cañones del fuerte.

-No, hombre. Mira si voy a desgarnecer las troneras. Aquí hay lastre *pa'que* no andemos livianos de bodega, pues eso de agregar tripulación sin reforzar los paños...

Ven, Inés; y tú, Rosita. Id llevando.

Abrió el costal y fue poniendo entre los brazos de las nombradas: “Un solomillo de cerdo, cuatro longanizas, medio jamón, una horma de queso, dos panes de a libra y una botella de vino; y *pa'* usted, señor cura, unas castañas en almíbar que dicen comedme; y *na'* más...”

-¿*Pue'* e saberse de dónde habéis sacao tanta grandeza? -preguntó zumbona la señora Mónica-. Que yo sepa aún, no habéis recibido vuestro título de “virrey de los candiles”, o de las lu... lumi... o como se diga...

-”Virrey de las luminarias”, madre -socorrió Inés a punto de estallar.

-Basta con que sepáis que nada de esto es *robao* -dijo *Puchero*-. Lo demás, corre por mi cuenta, y no es cuestión de poner al descubierto lo que debe guardarse, ¿verdad, señor cura?

-Verdad, hombre -ratificó el padre Rafael a punto, como Inés y yo, de soltar la risa.

E intervino Rosita: “Mi padre compró todo con un doblón de los que tiene guardados para casarse”

Quedamos suspendidos de la resonancia que, igual a un invisible hilo de seda, ató en todos la inocente voz de la niña.

-A ver si te callas -le reprochó *Puchero*-. Lleva esas cosas *pa'* dentro y no aparezcas hasta que te llame. Entrometida.

Se marchó Rosita con la cabeza gacha y labios temblorosos. Por unos instantes el silencio se adueñó de nosotros, hasta que la señora Mónica dijo con voz donde la ansiedad trataba de ocultarse tras una fingida indiferencia:

-Pues vaya que lo teníais bien guardao, señor Perea; y no lo digo por los dinerillos, sino por eso del... casamiento. ¿Se *pue'* saber quién es ella? Aunque si es un secreto...

-¡Qué secreto ni qué pajaritas! -botó *Puchero* con la frente en alto y dispuesto a todo-. ¡Bien que lo sabéis, señora! ¿O no visteis nunca lo que mis ojos os gritaban a la cara? Quiero que seas mi mujer, Mónica; tal como lo manda el Señor y con la bendición del cura, que bien cerca le tenemos...

Dicho lo cual, y libre por dentro, dio un respiro y me plantó por lo bajo: “Salió sin querer, pero a mar *regüelto*...”

Por primera vez veía a mi madre desconcertada, dudando entre quedarse o disparar hacia el interior de la barraca; optó por lo segundo con la cara arrebolada y a grandes trancos. Quedamos en suspenso, hasta que el padre Rafael nos sacó de tan incómodo trance, diciendo:

-Saliste de entre bambalinas antes de tiempo, Perea; mas no importa, haz de cuenta que no ha pasado nada y deja que yo dirija el libreto. Esta misma tarde hablaré con Mónica, y el final resultará a gusto de todos. Y tú, Inés, ve y apura la comida, pues me acosan los duendecillos del hambre. Qué vamos a hacerle: mi estómago se ha entregado a la buena vida y no hay quién lo vuelva al redil de la templanza.ç

.....oOo.....

Mientras preparaba la mesa *Puchero* y yo nos fuimos a caminar un poco, pues mi amigo no quería encontrarse casi a solas con la señora Mónica después de “haberse hecho el galán -según él- antes de tiempo” porque mira que fui bruto -me decía- al gallear delante de todos, sin cresta, aunque con buenos espolones. Dios quiera que tu maestro sepa llevarla a aguas tranquilas y pueda yo arrimármela sin que me sacuda un sartenazo. Estaba yo pergeñando la mejor manera de templarle el ánimo, cuando dio un respingo y exclamó:

-¡Hombre! Casi olvido lo principal. Veo a Mónica y mis sesos entran en un tifón...

Mientras así hablaba, desabrochó su blusón de marinero y retirando de su interior dos cartas de regular tamaño, me dijo:

-Toma, son para ti. don Francisco me ordenó que te las diera. Yo mismo fui a buscarlas juntamente con otras encomiendas al “Santísima Trinidad”, pues el bergantín sigue hacia el Sur sin entrar en el río. Por eso no pude estar con vosotros en misa.

Yo no lo escuchaba. Mi atención se atenía al emocionado propósito de abrir los pliegos y enterarme de quiénes lo enviaban. ¡Dios Santo! Uno era de la viuda de Villares y el otro de don Francisco de Paula Sanz. Vencí las ansias tremendas de leer los mensajes allí mismo y, simulando tranquilidad, los guardé en el bolsillo. *Puchero*, contra su costumbre, no intentó averiguar el origen de las cartas ni mi mal encubierta expectación. Bastante tenía él con su Mónica.

Cuando *Puchero* fue a reunirse con los que estaban ya sentándose alrededor de la mesa, escapé a la cabaña y, a solas leí lo que las cartas me decían. Según la viuda de Villares, Eulalia había sido hecha cautiva por los indios durante un viaje que hiciera con su padre hacia un pueblo del Oeste. Y agregaba: “Ninguno de los que iban en la diligencia vivió para contarlo. Mucho hicimos por hallar a la novia de tu amigo, esclavizada seguramente en algunos de los tolderíos regados por la inmensa soledad de la pampa. Yo, por mi cuenta, y a fin de complacerte, he movido cielo y tierra, mas todo ha sido inútil. Tendremos que resignarnos y pensar que Eulalia ha 'muerto', pues cosa de todos los días es que las cristianas cautivas se niegan a volver, aunque pudieren, pues se lo impiden la vergüenza y el temor al escarnio...”. La buena mujer terminaba la carta incitándome a dejar la Patagonia para vivir en la civilizada Buenos Aires. En cuanto a la carta de don Francisco de Paula Sanz, parecía copia de la otra, señal de que mis atentos corresponsales habían andado juntos en la tarea de aclarar la misteriosa desaparición de la muchacha. No obstante, y como final del escrito, me pedía que le hiciera saber cualquier noticia que yo tuviere sobre “la vida y obra del padre Rafael Carranza”.

Guardé las cartas. Mi pensamiento comenzó a pintar con trazos lúgubres la recurrente imagen de Mateo tirado en su camastro. Sin voluntad para asistir al almuerzo, me eché en el catre y di rienda suelta al corcoveo de preguntas que atormentaban sin piedad mi entendimiento. ¿Decir o callar? ¿Dejarle a Mateo la ilusión inacabable del retorno? ¿Volcar en su imaginación la figura de una Eulalia sumida en bárbaro cautiverio? No era cosa fácil elegir el camino. Y estaba así, forcejeando, cuando Inés se

presentó en la puerta, y me dijo: “Fermín: estamos esperándote para almorzar”. Me levanté con pocas ganas. Inés me observó con mirada seria:

-¿Te ocurre algo? Tienes mala cara...

-¿Cuándo la tuve buena? -respondí, tratando de escapar risueñamente al escrutinio-, ya te contaré lo que me preocupa. ¿Has tenido alguna vez un monigote haciendo cabriolas sobre un alambre?

-Muchas veces. Pero son monigotes, ¿no? ¿Y quién hace caso de ellos?

Nada respondí, pues nos acercábamos a una mesa rodeada de impacientes. Pero en mis adentros estaba ya escogida la personita que habría de ayudarme a salir de la encrucijada.

.....oOo.....

Íbamos Inés y yo caminando hacia el río. El sol invernizo entibiaba el aire y encendía esperanzas de brotes nuevos en los árboles y plantas del sendero. Pese a las preocupaciones, la tarde incipiente reiteraba en nosotros la felicidad de sentirnos atados por una misteriosa afinidad, más allá de la carne, en la comunión de un mismo engarce trabajado por un orfebre invisible a la luz de intocables sortilegios. Mas no hagáis caso, amigos lectores, de este decir mío que tratando de explicar lo inexplicable se mete en el atolladero de una metafísica con sofocones de poeta; es que intento explicaros con absoluta certeza lo que Inés significaba para mí... y yo para ella, en el ámbito de una Patagonia salvaje, fantástica, puesta en la cruz de los instintos más desenfundados.

-¿Qué piensas hacer con estas cartas?

Salí de la red que yo mismo había estado tejiendo. Acababa Inés de leer los pliegos que yo le diera, y a los trompicones* respondí la pregunta. Le dije: “No lo sé. Explícamelo tú... si es que puedes”.

Siguió caminando con la vista en el suelo y las cartas en la mano. Luego, mirándome de soslayo expresó:

-El padre Rafael es el indicado para resolver la cuestión, ¿no crees?

-El me aconsejará con razones confesionales, y yo quiero un parecer salido del corazón. ¿Quién mejor que una muchacha para dar en el clavo? Sería lo que en medicina llaman revulsivo, vamos.

-¿Empiezas a doctorar?

-No, ¡por Dios! ¿Quién podría aventajarte, si vuelas más alto que una Teresa de Ávila... o un Tomás de Aquino? Y no me burlo, preciosa, de que la gran sabiduría está en lo que se entiende, ¡y vaya que tú hablas claro!

-Deja de blasfemar y volvamos a casa. Ve tú a encontrarte con Mateo; y si quieres, iré contigo, pues en la familia de don Juan de la Pita no hay mujeres y mi presencia pueda tal vez impedir lloros y corajinas; por aquello de la vergüenza, si me entiendes.

* Trompicones: (m)Tropezón o paso tambaleante de una persona.

-¿Tan solo por eso? Cuando te vea Mateo te reconocerá que en este mundo hay doncellas superiores a las Eulalias capaces de revolver el seso... sin que luego se atrevan a enfrentar las consecuencias.

-¿Qué pretendes decir?

-Algo que de pronto se escurrió por entre el fraseo. ¿Por qué la tal Eulalia no defendió a dientes y uñas su derecho a seguir a Mateo fuere donde fuere?

-Por la sencilla razón de que no todas podemos convertirnos en “monjas guerrilleras”. ¿O podrías tú, así porque sí, meterte en los hábitos de un Francisco Solano, el del violín?

-Tienes razón. Vayamos a ver a Mateo.

-Primero a casa, pues debo contar con el permiso de mi madre.

.....oOo.....

La distancia entre nuestra vivienda y la del maestro de párvulos no era mucha; la recorrimos con paso ligero, aspirando golosamente el aire tibio con olor a tierra trabajada. Inés llevaba por las asas un bolso de lienzo que iba y venía al ritmo cadencioso de sus pasos, bolso que motivó mi comentario: “lo que llevas ahí -dije- solo alcanzará para una muela, pues el pobre maestro está siempre con hambre”, a lo que respondió Inés recogiendo ligeramente de hombros: “Madre no quiso dar más. Dijo que aparentar abundancia cuando no la hay es pecado de orgullo y desprendimiento de tontos, y esto que traigo lo debemos a la generosidad de tu amigo, no a la nuestra”.

-Ocurre que tu madre -señalé riéndome- empieza a ver como propio lo que a *Puchero* pertenece.

-Si piensas así, no la conoces -respondió enfurruñada*.

-Fue una broma, Inés. Anda, sonríe, pues ya llegamos y no es bueno que descubran por adelantado a qué venimos.

Estaba don Juan de la Pita encogido en un asiento hecho con cuatro ladrillos sin revocar; al vernos se puso de pie y corrió a recibirnos con grandes muestras de simpatía.

-¡Hijos, vaya gozo que me dais! Venid y alumbrad con vuestra presencia el tugurio de una familia dejada de la mano de Dios. ¿Cómo está esa gran mujer a quien tenéis de madre?

-Bien, señor maestro -respondió Inés-. Ella os manda estos bocadillos para que los disfrutéis en su nombre. Poca cosa es, pero...

-Lo poco es mucho cuando la intención es buena, niña. A ver, a ver qué hay...

Y mientras ávidamente extraía el regalo, observé que Mateo aparecía en la puerta y quedaba mirándome con un desinterés rayano en lo patético. Pálido, con profundas ojeras y negra barba crecida sin arreglos, vestido de cualquier modo y descalzo, era la exacta representación de hombre que emerge de oscuras profundidades; un minero

* Enfurruñada: (adj) coloq. Enfadada.

puesto a cavar y cavar en sus propias entrañas, sin nociones de tiempo. Me dirigí hacia él, despacio, con retorcijones en la conciencia por lo que iba a hacer... y quizás no hiciera. “¿Cómo estás?” -le pregunté tontamente cuando estuve a su lado-. Levantó los hombros y su mirada quedó fija en un punto distante, lejos, muy lejos... don Juan e Inés venían hacia nosotros; y no dudé.

-¿Quieres saber qué le ocurrió a Eulalia?

De a poco fue desviando la vista y acabó por detenerla en mi cara. Le repetí: “¿Quieres?” Respondió con un “sí” apenas audible. Saqué las dos cartas del bolsillo y, poniéndolas frente a él, le dije: “Toma, lee”.

Mateo vacilaba. Un ligero temblor le recorría el cuerpo y los puños le apretujaban el pecho. Advertí en sus ojos una especie de súplica. No quería saber. Estaba mejor así, metido en la oscuridad, amparado contra la luz de un mundo sin Eulalia; y en contraposición mi alma se hizo indócil, contumaz*, empecinada ante la resistencia de Mateo a salir. Le grité, exasperado:

-¡Lee, por el amor de Dios, lee! ¡Hazte hombre de una vez!

Con manos agitadas agarró bruscamente los pliegos y, desdoblándolos, se puso a leer. Comenzó con el de la viuda de Villares. A medida que avanzaba la lectura, su rostro iba tomando un tinte cadavérico y agarrotábase en una mueca de rabia y desesperación. Cuando terminó, echó un vistazo a la escrita por don Francisco de Paula Sanz. Diose cuenta de que decía lo mismo que la otra. Se irguió con una carta en cada puño, respirando agitadamente, los ojos cerrados. De pronto, apartándose con rudeza corrió hacia el lado del río. No había dado veinte zancadas cuando se detuvo, alzó los brazos y un grito aullante, prolongado hasta el delirio se desgarró en la tibia refulgencia de la tarde hasta acabar en invectivas furiosas: “¡Malditos! ¡Salvajes malditos! Juro que os mataré a todos, a todos, a tooodos...!”

Don Juan y yo le mirábamos con el alma en un hilo; temerosos de que aquello terminara en un ramalazo de locura. Inés, en cambio, veía las reacciones de Mateo con la placidez de quien otea signos de salvación.

Y entonces ocurrió lo inesperado. Mateo, con los párpados rebasados de lágrimas, se llegó hasta donde estábamos su padre y yo. Luego se paró frente a Inés para mirarle intensa, angustiosamente las pupilas y, yendo con paso decidido hacia la cabaña, entró en ella, salió con un enorme azadón, y yéndose hacia los esmirriados cultivos comenzó a trabajar en ellos con ahínco, fogosamente, como quien intenta rebotar de sí los demonios que le habían entenebrecido el alma durante tanto tiempo.

-Está curado -dijo Inés con extraña seguridad-. Vamos, Fermín, aquí ya no hacemos falta.

Don Juan de la Pita nada entendía. Seguramente le interesaba más el contenido del bolso que dar con el acertijo de tan extraordinarios sucesos.

* Contumaz: Adj. Rebelde, porfiado y tenaz en mantener un error.

CAPÍTULO 29

Estaba cepillando a Babieca en un pequeño corral ubicado al arrimo del fuerte, cuando llegó el indio José con su caballo al trotecito corto y saludándome brazo en alto. Su presencia me pareció rara, pues no obstante vivir en la tribu de doña Encarnación, muy poco frecuentaba la colonia. Es por eso que le recibí con un aprensivo interrogante en la mirada. Pero mis recelos menguaron al verle en los labios una amplia sonrisa, el distintivo principal de su figura. “Huilen me encargó que te diga que no vayas a los toldos hasta que ella misma avise”, me notificó sin demora, y a la cual inquirí: “¿Sabes por qué?” Dudó un momento, pero la discreción abrió paso a la amistad que nos unía:

-Hubo chispas entre Huilen y su madre. No conozco el motivo de la discusión, pero sí que tu nombre anduvo en el chisporroteo.

-¡Maldito sea! -exclamé- ¿cuándo esa mujer nos dejará tranquilos?

-Cálmate y espera.

-¿Esperar? ¿Dices esperar? Ya mismo iré a cantar cuatro frescas. Baja y ayúdame a poner los arreos a Babieca, ¿quieres?

-Sí, hombre, como querer, quiero; pero en tu lugar dejaría que pase el chubasco. No es doña Encarnación hembra que se deje manear fácilmente.

-Ni yo un calzonudo para aguantarse cuanto a ella se le ocurra...

Y así hablando fuimos colocándole a Babieca los aperos indios. El caballo se “moría” por correr. Montamos, y en cuanto salimos del vallado le aflojé la rienda y no paró hasta verse en la salina. José me seguía sin apremio, señal evidente de su disconformidad con mi modo de revolver el avispero. No estaba él en mi pellejo ni era conocedor de la guerra que la cacica había desatado contra el amor, la pasión, el vía crucis, llameantes como hogueras, en el alma de Huilen y en la mía. Daos cuenta; las ansias de evangelización se habían consustanciado en un solo ser, y era este ser el compendio de todas las maravillas, aventuras, quiméricas andanzas y apostólicos trances, puestos en las alforjas de mis juveniles exaltaciones. ¿Obra de quienes me incitaron a recorrer un mundo plagado de alucinantes espejos y ensoñadoras grandezas? ¡Pobre España, fascinada, corrupta, creadora de pueblos, heroica, artífice de sabias culturas y sofismas* enloquecedores! ¿Así era yo? Y era Huilen la síntesis mágica de los nuevos tiempos, según los desvaríos del pobre fray Gerónimo. Ciertamente, no lo sabía. Mas algo significaba mi ciega carrera hacia el poblado indio...

Estridentes ladridos acompañaron el ingreso de Babieca entre los toldos, y no acabó hasta que se detuvo levantando polvo junto a Huilen, de pie y dispuesta a encender el fuego para la comida. Tenía ella un trozo de leña en cada mano, y su cara gesticulaba graciosamente a causa de la sorpresa. ¡Dios, qué hermosa se le veía! Me tiré del caballo y la enfrenté decidido:

* Sofismas: (m) Razón o argumento falso con apariencia de verdad.

-José cumplió tu encargo -le dije- .Me indicó que no viniera hasta que avisaras, y aquí estoy...

Levantó el brazo derecho. Nunca supe si fue para arrojarme el leño a la cabeza o con la intención de darle mayor énfasis a sus palabras.

-¡Debes estar loco! ¡Y por loco mereces que te sacuda a golpes la mollera! ¿No entendiste, bruto, que algún motivo habría para mandarte a José?

-¡Claro! ¡Y yo tranquilo con el mensaje! ¿Explícame sin rodeos por qué me das con la puerta en las narices, quieres?

-Para evitar que sea mi madre quien lo haga, tonto. Mi padre está por llegar y...

Se interrumpió al oír la voz de la cacica que, detrás nuestro, se dejó oír imperiosa, aunque en tono bajo.

-¡Fermín de la Colina...!

Mal íbamos si la altanera mujer empezaba tratándome con nombre y apellido. Me di vuelta y le respondí ceremoniosamente: “a sus pies, señora”, a lo cual contestó con inflexión dura y arrugando el ceño: “Déjate de simplezas y dime a qué has venido. Pues entiendo que Huilen cumplió mis órdenes, es decir, que deben cesar tus visitas a la tribu... o a mi hija, para que mejor lo entiendas.

Traté de encarar la situación con el mayor de los respetos, pero sin someterme a la soberbia de doña Encarnación. Le dije, pues, sin vacilar:

-Ruego a usted me aclare las razones de tal medida, pues si las mismas obedecen a una irreverencia de mi parte, de seguro sabrá disculparme de acuerdo con la gravedad de la ofensa, que no será mucha, pues sabéis cuán es el apego que siento hacia vuestra familia.

Noté que doña Encarnación titubeaba, lo cual me alegró, pues tuve la seguridad de haber elegido lo correcto; y hubo algo más: Huilen, como quien no quiere la cosa, estaba arrimándose a mí, cual si dijera: “Sigue, sigue que vas bien. Estoy contigo”. Insignificancias, diréis, pero un grano de arena en la uretra de Cromwel cambió la historia de Inglaterra, y un tal Gutenberg con un simple invento llenó el mundo de libros; y como cada cual se rasca donde le pica, esas pequeñeces se agigantaron y di por ganada la batalla. Craso error, la madrileña se me vino encima con la elocuencia aplastante de las visionarias, la más nociva, por estar hecha con muchas fantasías y pocos razonamientos.

-Recordarás lo que te dije un día: “Permitiré tu amistad con mis hijos mientras ella no estorbe mis planes futuros; y se ha dado el caso de que el señor Chololaquin me ha hecho saber que un gran cacique quiere a Huilen por esposa...

Iba a responder indignado, pero ella me contuvo con gesto autoritario y palabra medida:

-... Calla, y déjame terminar. El casamiento sellaría la alianza capaz de otorgarnos el dominio absoluto sobre toda la Patagonia y gran parte de la pampa, donde actualmente reina el Cacique Negro y sus secuaces. ¿Entiendes? Nada ni nadie podrá entonces

privarnos de poner vallas al avance español y de crear un gran Imperio Araucano, o mapuche, si lo prefieres; y estando nuestro cacique a punto de llegar, no quiero que te vea por aquí rondando con aleteos de pretendiente. Dicho está. Haz el favor entonces de irte por donde has venido y deja de acariciar imposibles.

Yo hervía. Observé a Huilen: su cara era la de una esfinge que miraba hacia adentro. La angustia comenzó a trepar y se unió a la rabia sorda que enceguecía mis percepciones, impidiéndome de tal modo hallar un término justo a mi protesta. Solo atiné a preguntar: “¿Tú qué dices?”. Y Huilen, sin abandonar su mirada introspectiva habló clara, despaciosamente.

-Mi madre me pone en la misma situación en que ella estuvo cuando decidió hacerse monja. Creo debe pensar que soy su hija y puedo con todo derecho ejercer lo heredado. De otra manera no sería digna de merecer su estirpe ni de ostentar yo la misma nobleza que le obligó a rebelarse.

Doña Encarnación sintió la estocada, y, aunque levemente, se abatieron sus hombros. Mas reaccionó enseguida: “Cuida lo que dices, Huilen. A mí quisieron venderme por dinero, y tú, en cambio, puedes llegar a ser la soberana de un imperio”. A lo que respondió la hija sin cambiar de tono: “Son la misma cosa, madre. En ambas el poder hace su juego, y es cuestión de tome y traiga”.

-Nunca imaginé que fueras capaz de enfrentarme tan descaradamente -saltó la cacica a punto de perder el control-. Siempre estuviste de acuerdo con mis ideas.

-He crecido, madre; lo cual no significa que ahora reniegue de cuánto me enseñasteis. No quiero que me usen, es todo.

Mi Huilen hablaba como los dioses. Ganas tenía de estrecharla en un abrazo y cubrirla de besos; buena tremolina hubiese armado. No es que me faltaran arrestos para tomar a Huilen, ponerla en mi caballo, y juntos escapar a donde fuere, dejando así a “la monja guerrillera” con dos cuartas de narices. ¿Mas por qué recurrir a episodios de novela barata habiendo en nuestro idioma variantes de las mejores cepas? No obstante, estaba ya harto de ser el convidado de piedra en diálogo de mujeres, y al sentirme molesto con papel deslucido quise agrandar mi participación de cualquier modo, que esa manera mejor de hacer el ridículo, y metí baza sin medir las consecuencias. “Estoy contigo, Huilen -le dije-. Jamás hay que poner el alma en subasta de feria”.

-Tú te callas -me apostrofó la cacica-. Eres el menos indicado para terciar en el asunto. ¿Qué solución puedes aportar si no tienes dónde caer muerto?

-Señora, el amor...

-Cuidado, no vayas a caer en lo risible.

Y comenzamos la seguidilla: “Ofendéis gratuitamente”, le dije. “Tú lo buscaste -me respondió-. Quédese el pobretón en sus andrajos y nadie le motejará de estorbo”; a lo que contesté: “Hay quienes llevan los andrajos por dentro, y como no se ven...”, frase que al parecer le picó sobremanera, pues resopló malherida y, señalando hacia el fuerte, voceó enojada.

-Retírate y no vuelvas sin que te llamen.

-Os complaceré gustoso si Huilen me lo pide -y agregué mirando a la muchacha-. Tú dirás...

-Ve, Fermín. Aún no es tiempo.

Callado, despacioso, monté en Babieca y me dispuse a emprender la marcha, pero me detuvo doña Encarnación poniendo su mano en mi rodilla. Dijo con un matiz de voz que no le conocía:

-Fermín... hubiera dado media vida por tener un hijo como tú... en el momento preciso.

Dio una nueva palmada a Babieca, quien, así estimulado, se puso en camino a paso lento. Oí que la cacica le decía a Huilen:

-Enciende ese fuego de una vez, o el almuerzo se convertirá en cena.

.....oOo.....

Me alejé pensando que doña Encarnación era una mujer de carácter imprevisible, sin ataduras, pero encerrada en un caracol de realidades absurdas. Había hecho con una gran verdad, el andamiaje de un sueño en espiral, arremolinado por efecto de su carácter indómito, semejante al que abrazara de incongruencias el accionar de los grandes conquistadores. Lo malo para mí residía en que me hallaba en la ambivalencia compuesta por la verdad y el ensueño, con todas sus perturbaciones. Las palabras de doña Encarnación eran avispas zumbándome en el cerebro: “Quédese el pobretón en sus andrajos y nadie lo motejará de estorbo”, me había dicho a modo de bofetada. ¿Cómo refutar la exactitud del reproche? ¿Quién era yo para pretender el amor de Huilen?, una princesa hecha a genio y figura de los espejismos de su madre. Tan solo Fermín de la Colina, un andador de caminos que llevaban a ninguna parte.

Así, cabizbajo y mecido por el moroso andar de Babieca, iba yo camino del fuerte tal como *Don Quijote* por los campos de la Mancha: corrido por la incompreensión de sus locuras, puestas a los pies de la sin par *Dulcinea*. Hasta que a mi lado sonó la voz de don Francisco de Viedma, que, jinete en un caballo de regia estampa andaluza, se había puesto a mi lado.

-Pareces un galán a quien han dado calabazas -me dijo sonriente-. ¿Qué ocurre, Fermín? Andas deshilachado y pensativo hasta el punto de no advertir que seguía tus pasos, o a los de Babieca, si nos ajustamos a la gramática.

-Pues eso, señor: que me han dado calabazas.

-Hombre, lo dije por decir, a manera de broma. Anda, cuéntame la picardía que le has hecho a Huilen para que la hermosa te haya arrojado del paraíso.

-No fue Huilen quien me dio el portante, sino la muy noble doña Encarnación de Rojas y Galán.

-¡Zambomba! ¿Después de lo que hiciste por ella?

Y lógicamente hube de contarle mis cuitas de la mañana; sin reparo alguno, pues

nadie como don Francisco sabía desde el principio los avatares de mi enamoramiento; a lo cual respondió, tras escucharme atentamente:

-No hagas caso, Fermín, a los desplantes de mujer tan singular. Mira si la hija te quiere y lo demás échalo al hombro como costal de penitente. Es ella quien barre hacia adentro al no reconocer tus virtudes; y no lo digo por decir, pues tanto aprecio esas virtudes que no dudo en proponerte que vengas conmigo a Santa Cruz de la Sierra, donde podrás hacer de tus estudios escalera para obtener grandes beneficios.

-¿Y Huilen? ¿Qué hago con ella?

-La raptamos al mejor estilo esclavista, o bien entramos en negociaciones con Chololaquin.

-No conocéis, señor, la pasta con que está hecha la hija de un gran cacique y de una mujer de tal linaje. Huilen me odiaría si llegase a emplear recursos de tan baja estofa. Y aunque os parezca raro, jamás entraré en refriegas que perjudiquen u ofendan al cacique o a doña Encarnación, aunque en ello me vaya la vida.

-¿A tanto llega tu amor por Huilen?

-No es solo por ella. También sus padres y hermano me han permitido comprender que la nobleza no está solo en el oropel de la hipocresía ni en la pompa plagada de vanidades.

-En pocas palabras: te quedas en la Patagonia.

-Si es que Dios no dispone otra cosa. No toméis mi negativa como desmerecimiento a vuestra indulgencia, y dejadme deciros que en parte sois el culpable de que mi decisión parezca un ultraje a vuestra generosidad.

-Explícate mejor, hombre, pues no te entiendo.

-Es muy simple. Vos pusistéis en mi alma el amor por este río, y estas tierras, y el mágico hechizo de su inmensidad, aunque todo ello pierda solidez con vuestro alejamiento y la amenaza de la corona a dejarnos sus defensas.

-Lo último no ocurrirá, Fermín. Juntamente con las cartas a tu nombre llegó otra donde el señor virrey me informa que, por disposición de su majestad, y refrendada a su vez por el Ministro General de Indias, se deja sin efecto la anterior disposición de abandonar el puerto, con lo cual todo seguirá como hasta ahora.

Mi corazón dio una voltereta de alegría.

El puerto estaba a la vista, macizo, con la torre de la capilla señalando a lo alto y los cañones en sus baluartes. Frenó el jefe su caballo y se puso a mirar la fortaleza con los ojos entrecerrados, cual si el sol los molestara. Hice yo lo mismo sin saber por qué, aunque las palabras del gobernador explicaron enseguida la razón de la parada.

La verdad, se hace difícil echar a un lado lo que tanto costó levantar, y no lo digo solo por ese fuerte, aunque bien puede considerarse el símbolo de todo lo realizado. Gran parte de la mañana la he pasado recorriendo el vértice de la barranca, observando aquí y allá, llenándome de imágenes que han de perdurar mientras viva; sintiendo que no me equivoqué al señalar con el índice el lugar del asentamiento. “Aquí”, dije; y aquí

fue, apuntando al suelo con la mano que siembra y no con la espada del conquistador. Me iré dentro de un mes. Puesto a quedarte, procura que en tu imaginación se haga carne y espíritu la idea señera que tuvo el trajinar de mis realizaciones: Sirva la espada como reja de arado, y solo se convierta en arma cuando la vida del pueblo cristiano esté en peligro.

Respondí con un: “sí señor”, dicho con brío, magnetizado por el hombre que tan sencillamente me entregaba en herencia el caudal de sus convencimientos. Pero algo más caló hondo en mi conciencia cuando, ya reiniciada la marcha, expresó con cierta nostalgia:

-Tuve una vez un sueño en el que yo me veía como el gran negociador en la tarea de librar cautivos de uno y otro lado. Fue maravilloso. Un cristiano por un aborigen; un aborigen por un cristiano. Quizás lo hubiese podido realizar de no haberse interpuesto la real ordenanza que me obliga a partir...

Sentí la reminiscencia de don Francisco a la manera de una ventana que se abre de pronto para inundarnos de aire y de luz; una abertura para que yo encontrara el camino que sí habría de llevarme a alguna parte; y deslumbrado por la concepción humanística de la idea, dije entusiastamente:

-Permitidme, señor, que haga mío vuestro sueño. Vine a la Patagonia con un mandato de evangelización, pero nunca acerté con la punta del ovillo. Gracias a vos he visto claro, y a esa clarividencia entregaré mi vida.

No dije más. Fue don Francisco de Viedma quien, cual si me entregara la antorcha, exclamó:

-Adelante, Fermín. Convierte esta Patagonia bendita en un ejemplo donde se mire el resto de América. No faltarán hombres y mujeres que te ayuden en el rescate.

No dijimos más. A punto de entrar en el puerto, puedo asegurar que tanto él como yo íbamos a los tirones en un revoltijo de sentimientos sin estrenar. A punto de separarnos y ya adentro de la fortaleza, me preguntó don Francisco:

-¿Sabes que Inés y el padre Rafael viajarán conmigo?

-Sé que ellos viajarán a España -contesté-, pero ignoraba cuándo y con quién.

Y notando en mí una expresión de tristeza quiso consolarme diciendo:

-Te prometo que no les perderé de vista. Serán mis invitados de honor mientras dure el viaje -y tras ligera vacilación me formuló algo realmente insólito-: “Quisiera decirte, si no lo tomas a mal, que le entregues a Inés tu *Don Quijote de la Mancha*, a fin de que nos entretenga con su lectura durante los ratos de ocio, que no serán pocos en tan larga travesía”.

-Lo haré con gusto, señor. Para mí será un motivo de regocijo pensar, cuando esté solo, que algo mío les acompañará de manera grata y divertida.

Al escribir estas líneas tengo delante el libro de Cervantes Saavedra, que entonces pusiera en manos de Inés cual prenda de la devoción que por ella sentía. ¿Qué hubiera sido del magnífico volumen rodando en el vértigo de mis desgracias? ¿Hubo una

premonición de salvataje en la ocurrencia de don Francisco de Viedma? ¿O mi “brujita” consultaba en esos instantes las páginas del tiempo leyéndolas de atrás para adelante? Demasiados signos de interrogación. Dejé que se apañaran por sí mismos y no me opuse a que Babieca marchara tras el aristocrático tordillo andaluz de Jaén, habría dicho Martín Heredia, el carretero.

CAPÍTULO 30

Las semanas corrían sin darme tregua, dejando en mí huecos tristes, con sombras imprecisas, desalentadoras. Tan solo la boda entre la señora Mónica y *Puchero* puso regocijo en aquel despliegue de ausencias y soledades; escaso regocijo, pues todos nos sentíamos atados por la idea fija de que Inés se marchaba para siempre. Agregad las partidas del padre Rafael y don Francisco de Viedma, más la prohibición de verme con Huilen, y decidme si había motivos de sobra para achucharme al estilo de Mateo. Con tales congojas a cuestras entregué a Inés el *Don Quijote de la Mancha*.

Estábamos junto a la mesa, dentro de la cabaña; ella remendando las bragas de uno de los gemelos mientras yo observaba el cielo de un azul increíble. El padre Rafael, sentado al sol, leía un libro de rezos.

-Nunca vi un ángel zurciendo a destajo -expresé sin dejar de atender la gloriosa luminosidad de la tarde, como quien echa un requiebro.

Me sorprendió el modo en que Inés levantó la cabeza: rápidamente, mostrando en la cara un extraño sonrojo y en la mirada un brillo indefinible compuesto con el oro amarronado de sus pupilas y la refulgencia del atardecer. Mas pronto volvió a su tarea, mientras preguntaba burlonamente:

-¿Qué sabes tú de ángeles? ¿Viste alguno, acaso?

-Pues vaya: no pocos en las estampas y esculturas.

-Los que has visto no son ángeles, sino imaginerías. No tienen alas y son pura luz.

-Lo dicho: ¿Qué eres tú sino el sol que todo lo embellece y llena de colores a cuanto nos rodea? A ver: trata de contradecirme.

-Déjate de pamplinas, Fermín, pues no encajas en el oficio de poeta, y dime por qué te desprendes así de un libro que tanto aprecias.

-Porque estará mejor en tus manos. Además, él servirá para que recuerdes a este pobre Fermín, que dejas abandonado en el desierto y a merced de los salvajes.

-Das lástima, la verdad; mas nada de lloriqueos, pues no seré yo quien seque tus lágrimas; tienes ya la persona que ha de hacerlo con muchísimo gusto.

-Ni a ese alguien puedo apelar -dije-; sabes (sin que nadie te lo haya contado) que fui excluido de la tribu sin consideración alguna.

-No será por mucho tiempo.

-¿Lo dices con tus premoniciones activadas?

-Me lo asegura el sentido común. ¿No dicen que el amor todo lo puede? Aunque...

La palabra quedó en el aire... Vi que arrugaba el ceño y algo debió observar en el zurcido, pues agachó la cabeza a fin de mirarlo detenidamente.

-Aunque... ¿qué? -le dije acuciosamente.

-Nada, Fermín -respondió evasiva y cabizbaja-. Y agregó: "Ocurre... que tal cual nos sucede a todos, te han marcado un camino y debes seguirlo". Puso las manos en el regazo y sus ojos en los míos. Me habló dulcemente, como nunca lo hiciera; y con

términos venidos de lejos, temblorosos en el cordaje de una emoción contenida.

-No es fácil sacar afuera aquello que se esconde y no se deja atrapar; está hecho de esencias... humo en las manos, sombras que se muestran a través de un velo que nos está prohibido recorrer. ¡Dios, mi Dios! ¡Cómo quisiera agarrarte de las manos y juntos penetrar el misterio! Pero no puedo, Fermín, no puedo; y es que ni yo tengo la respuesta que habría de explicar por qué soy como soy. No basta el anciano peregrino para resolver la cuestión. Tal vez el viaje obedezca a mi necesidad de quitar el velo...

-¿Metiéndote a monja?

-Pienso que sería la manera de volver... de recuperar la plenitud de ser yo misma. Pero vendré a ti toda vez que me llames. Para los ángeles no hay tiempo ni espacio -agregó sonriendo angélicamente para terminar diciendo-, y para que todo resulte más fácil, bueno sería que aprendieras a leer de atrás para adelante.

No supe adentrarme en sus pensamientos. Inés iba siempre más allá de los límites marcados por lo vulgar, dejándome así en posición sanchopancesca.

.....oOo.....

Los gemelos dormían con el sueño de los cuerpos molidos por el trabajo duro. Allí estaban, en los catres que fueran trasladados desde la cabaña a la choza tras el alejamiento del padre Rafael, y ante la conveniencia de brindar a los nuevos esposos la privacidad del caso; aunque no completa, pues Rosita pasó a ocupar la cama de Inés, puesta en un rincón discretamente resguardado por una lona. Así fue como los hermanos se convirtieron en mis compinches de ronquidos, de sonoras ventosidades y sobresaltos de pesadillas. Yo, contento, pues si bien la comunicación oral resultaba imposible, no eran pocos los diálogos del silencio armados con señas y miradas. Así, debo confesar que la compañía de los sordomudos llegó a ser un calmante en el escozor de las tristezas.

.....oOo.....

Una vigilia pertinaz me tenía con los ojos abiertos y revuelta la sesera, mientras Fidel y Santiago, tal cual lo señalara, dormían en medio de 'fuelleríos' potentes y desacompasados. La luna llena inventaba fantasmas con los árboles y la ropa puesta en el tendedero. Un gruñido llegó hasta mí desde suelo. Tizne, hecho un ovillo en la tierra apisonada, extrañaba como yo las presencias de Inés y de Huilen.

¿Qué otra cosa podía hacer yo que no fuera darle pasto intelectual al malhadado insomnio? Horquillas a granel tenía para entretenerlo hasta que amaneciera, pues los acontecimientos se apretaban igual que uvas en el racimo.

.....oOo.....

Un incómodo problema se me vino encima tras el retiro de don Francisco de Viedma. don Pedro Alonso había quedado al mando de la colonia, desempeñándose como ministro de las reales cajas don Francisco de Igarzábal. Este último no perdió tiempo en anular el estipendio que el padre Rafael pusiera a mi nombre y que, hasta entonces,

había sido entregado religiosamente a la señora Mónica. “Vuelto a España don Rafael Carranza -me dijo Igarzábal- la administración no puede hacerse cargo de tu manutención”. Al responderle yo que tal medida me arrojaba al mayor de los desamparos, sugirió que me incorporara a la soldadesca del fuerte; eso, o convertirme en mozo de labranza. Inútiles fueron mis protestas aduciendo que mis estudios me capacitaban para empresas de mayor fuste y responsabilidad. “Pues ve allí donde haya lugar para tus conocimientos -me respondió desabridamente-, pues las cátedras o empleos de campanillas los tendrás aquí cuando los sapos tengan pelo”.

Se hundían así los encumbrados proyectos de rescatar cautivos y hacer buena letra en las campañas de evangelización.

.....oOo.....

Sin otra cosa que hacer en el desolado transcurrir de las horas en blanco, me puse a elucubrar sobre los modos de saltar el muro interpuesto entre Huilen y este vuestro escriba por las ambiciosas especulaciones de doña Encarnación y su marido, pero todas las tácticas morían ante las reiteradas negativas de Huilen a enfrentarse con la tenaz oposición de sus progenitores. “Debemos esperar, Fermín; de nada vale rebelarnos contra lo que aún está por verse. ¿Ganamos algo haciendo que los hechos se precipiten? Díganme mis padres que debo unirme a tal o cual, y entonces sabrás quién es la muchacha en la que has puesto los ojos” -me repetía una y otra vez durante las raras ocasiones en que Huilen desafiaba la prohibición de vernos-. “Sí -le respondía enfurruñado-, mas esto de vernos furtivamente me saca de quicio y empuja a romper por lo sano”. “Romperás tú -me increpaba-, pues yo nada haré hasta que aclare”. Y con tales porfías desaprovechábamos la natural predisposición a los arrumacos y besuqueos sin hacer caso de los impertinentes *huecuvüs*.

.....oOo.....

El sueño pudo al fin meterse entre la desalisada trabazón de los acontecimientos que se agolpaban en los desvelos y medias tintas del hechizo lunar. De nada sirvió el escondite, puesto que allí me siguió el agitar de los pensamientos, agravado por el onírico* cabalgar de enigmáticas fantasías.

Yo sabía, sin razón para ello, que la luz era Inés; la luz hecha de colores imprecisos, carente de formas, aunque insinuando la configuración de un cuerpo pequeño, donde únicamente el rostro y las manos se destacaban incorpóreas en la eclosión que hacia mí venía. Pero era Inés. Sabía que era Inés.

Iba yo por la llanura de tierra colorada, lisa y completamente vacía hasta la línea sin estorbos del horizonte. A mi derecha la planicie terminaba en un muro larguísimo, colorado como el desierto y sin nada que indicara puerta o pasadizo.

* Onírico: (adj) Perteneciente o relativo a los sueños.

Cuando la luz estuvo a mi lado (era Inés, no cabía la menor duda) sentí en mi cuerpo, frío por la soledad de la estepa, una calidez suavísima, acentuada en la diestra, cual si una de las manos que antes viera a manera de esbozo hubiese sujetado la mía.

-¿Por qué te has convertido en luz, Inés?

-No lo sé.

-¿Qué haces por aquí?

-Tampoco lo sé. Fui enviada porque estabas tú, perdido en esta encrucijada del mundo.

-No estoy perdido,

-¿Qué haces, entonces?

-¿Ves esa pared? Pues busco en ella una salida que ha de llevarme al otro lado.

-¿Y qué piensas hallar en el otro lado?

-¿Quién lo sabe? Tal vez un mundo nuevo.

-No lo encontrarás.

-¿Por qué?

-Aún vistes el ropaje del mundo viejo. Y para hallar la puerta debes cumplir con la mudanza de la mariposa.

Callamos. Mis pies no dejaban huellas ni producían sonidos. De pronto me detuve: casi piso una flor caída como de un milagro en la tierra encarnada. Un lirio blanco. Lo recogí. Sus seis pétalos estaban tersos, húmedos de rocío, inexplicable en la desmesura del sequedal.

-Deja esa flor donde estaba, Fermín. ¿Por qué arrancarle al desierto la simiente que engendrará tal vez la pureza que ha de salvarlo?

Asombrado dejé el lirio en el suelo, delicadamente. Mi asombro no obedecía al sentido de las palabras sino a la voz; al inolvidable decir de sor Verónica de la Cruz.

-Creí que era usted Inés, madre -dije tembloroso-, sin vocalizar, tal cual suele ocurrir en los artilugios del ensueño.

-Inés y yo somos una sola persona; o si lo prefieres, la misma fulguración sin ataduras de tiempo y espacio. Ven, yo te mostraré la puerta que ha de permitirte atravesar el muro...

Me preparaba a ser llevado, cuando el vozarrón de *Puchero* rompió el encantamiento.

-¡Arriba, holgazán! ¿O quieres, por llegar tarde, empezar con un castigo tu primera comparencia como soldado? Y sacude a esos dos *pa'que* se espabilen, o tomarán la sopa helada...

Me vestí rápidamente, zamarreé a los muchachos y marché a desayunar junto a *Puchero* y la señora Mónica, que estaban dando fin a sus raciones. Saludé con “buen día nos dé Dios”, y en silencio di pronto acabado a la sopa, para enseguida despedirme y enfilarse presuroso hacia el fuerte. Conmigo iban, aunque ya desdibujadas, desarticuladas, (aunque todavía conservando la sugestión de su fingida realidad) las oníricas escenas con la carga de recónditos vaticinios y debo decir, aunque parezca tonto, que la transfiguración de Inés en sor Verónica era lo que más hería mi tendencia a convertir lo fabuloso en verdadero, obra quizás de mis soledades infantiles, entretenidas con

imaginarios personajes e inverosímiles aventuras. Aunque también (reconozcámoslo), no era poca la responsabilidad de Inés en las ficciones que trastabillaban en mi espíritu, dada su personal manera de ver y expresar las cosas, ya fueran del revés o del derecho.

.....oOo.....

En aquella mañana del mes de febrero de 1784, el fuerte hervía a los borbotones con los comentarios más agudos y contradictorios; nada extraño en la tropa, dispuesta siempre a enhebrar sucesos y repetir chismeríos con que distraer aburrimientos y soledades. Pero este día abundaban en ellos condimentos fuera de lo común y a gusto de quienes preferían rodearse con pronósticos henchidos de espumarajos y calamidades. Habían llegado anuncios dando cuenta de situaciones capaces de alterar la buena marcha de la fundación, y yo hacía guardia extra ante el peligro de ataques sorpresivos.

Era voz de todos que tras el retiro de don Francisco de Viedma las tribus vivían intranquilas y recelosas. Faltaba la política del andaluz que había hecho de la paz el “primer mandamiento” de sus desvelos fundacionales. También los españoles, a su vez, no dejaban de advertir los peligros que dicha ausencia podría generar, pues ella quitaba respetos y conveniencias en el fluir de las relaciones con los caciques, siempre molestos ante el progresivo avance de los colonos. La zozobra y el miedo hicieron presa de los pusilánimes y era raro el día en que no hubiese pedidos de relevos basados en supuestas enfermedades que les permitieran regresar a Buenos Aires. En cuanto a los agricultores, muchos hacían con los riesgos tapaderas de holganza y sumideros de reclamos, aunque también estaban los dispuestos al sacrificio con tal de expandir sus dominios, pese a la amenaza india o los quebrantos producidos por las sequías, el arrasamiento de la langosta y las devastaciones de heladas y granizos. ¿Ejemplo? La señora Mónica, los gemelos y *Puchero* (ahora Anselmo Perea por imposición a rajatabla de mi madre adoptiva), que al fin accedió a cambiar los remos por azada, aunque siempre dándole al trabajo la gracia de sus dichos que hacían doblar de risa a la mujer, o regalando a los gemelos mímicas o pataletas de payaso a fin de quitarles la condición taciturna que los distinguía.

Me resultaba imposible huir del círculo trazado por las experiencias revividas durante la noche y los sucesos de la mañana. Al verme allí, firme como un poste, vistiendo la guerrera y con el arcabuz en los brazos, a la espera de órdenes que tardaban en llegar, empecé a medir la distancia entre los ideales extraordinarios que me empujaron a la gran aventura, y la realidad de sentirme como el peón de un ajedrez aburrido y sin gloria. ¿Por qué no me había marchado con Inés y el padre Rafael? Quizás lo hubiese hecho si el amor hacia Huilen no significara el nudo de la sinrazón, hecho de misterios y erizado de garfios que se revolvían en mis pobres sentidos. ¡Y cómo torturaban esas puntas el furioso despertar de los instintos! Cuán fácil habría sido entregarme a la lujuria de los otros, violando, o bien consiguiendo entregas dóciles a cambio de un espejillo o unas cuentas de colores. Pero Huilen era... Huilen, con sus aires de princesa y la hermosura de su cuerpo, de sus facciones, de sus límpidas y verdes pupilas. ¡Mi Dios, cuánto la deseaba! Y puesto el corazón en el potro de un sentimiento

sin atenuantes, ¿qué hacer sino permanecer allí, junto al río y atento a dar con la salida? Tal vez la salida buscada en el muro colorado del sueño.

Adivino vuestras sonrisas cuando leáis lo que acabo de escribir, pues negar a esta altura de mis años la ramplonería* que rezuma cada una de sus letras, cosa es de simples dados a la vulgaridad de las coplillas o a los entremeses de plazuela. Pero así veía yo el estreno de aquel idilio desbordante, y así lo dejo. Culpad, si cabe, al tempranero quiquiriquí de mis lecturas, que atiborraron de amores y amoríos una imaginación sin límites, suelta a lo salvaje en el vacío de mis soledades.

* Ramplonería: (f) Cualidad de ramplón, vulgar, chabacano.

CAPÍTULO 31

Don Juan de la Piedra se instaló en el fuerte cuando finalizaba el mes de septiembre del año 1784. Fue un arribo sin alharacas. Solo los obsecuentes, que nunca faltan, le recibieron con muestras sobrecargadas de pleitesía. Su aspecto era el mismo que yo le conociera en Puerto San José, e iguales la rudeza en los gestos y su tajante vozarrón.

El mismo día quiso de la Piedra inspeccionar la tropa. Formamos cuando el sol apuraba su marcha hacia el poniente. Arrogante, ceñudo, el flamante comisario inspeccionó uno por uno los hombres que, no sin motivo, aguardaban sus reproches por el desarreglo de los vestidos, el aspecto ruinoso del calzado (mezcla rara de albarcas*, alpargatas y zapatos), enmendados con remiendos y costurones. Mas nada dijo de la Piedra, pues bien sabía este que el deterioro era culpa de quienes calculaban con ojos de avaro los recursos destinados a la Patagonia. Cuando llegó hasta mí, me observó de arriba a abajo y dijo sonriendo burlonamente:

-¿Tú aquí? ¿Cómo es que no te fuiste con Viedma? Eras uno de sus favoritos.

-Me gusta la vida de soldado, señor.

-Pues descuida. Trataremos de no defraudar tu vocación.

-Gracias, señor.

Y siguió revisando atentamente la soldadesca, que procuraba disimular la pobreza de los uniformes con la bizarra ostentación de sus posturas.

Cuando rompimos filas, en un lado y otro se formaron grupos donde los comentarios andaban revueltos como en reunión de comadres. En todos ellos el nombre de don Juan de la Piedra relucía en diversos tonos y por cualquier motivo. Por mi parte, marché en cuanto pude a cenar a con mi familia, acostarme y, en la quietud de la noche, sacar de paseo las añoranzas que algo hacían en mi corazón para evitarme la negrura del desconsuelo.

Crucé el anchuroso río. Ese día el encargado del bote era el viejo *Besugo*, de poco decir, pues el tiempo de las palabras lo llenaba con un silbido entre dientes, monótono, siempre el mismo, hecho al compás de los remos. Cuando llegamos a la orilla me despidió desgadamente con un ligero levantamiento del brazo, que respondí de igual manera.

Como todos los días, Tizne me aguardaba contorsionándose y revoleando la cola sin descanso. Lo acaricié distraído, pues otros pensamientos hacían de mi mente plazuela de ofuscación.

En el ocaso, nubes de un gris sucio parecían montañas picudas, cual si las hubiese pintado un aprendiz de telones. Sobre mi cabeza, otras dos, quietas, macizas, colgaban de hilos invisibles en un cielo brumoso, triste. ¿O era yo que todo lo veía a través de

* Albarcas: (f) Calzado de cuero o de caucho que cubre solo la planta de los pies y se asegura con cuerdas o correas sobre el empeine y el tobillo.

melancólicos celajes* y persistentes congojas? Apuré el paso. Tizne me siguió sin alardes, tal vez porque intuía mi estado de ánimo.

La señora Mónica estaba sola y preparando la cena. Al preguntarle por *Puchero* y los gemelos, me dijo: “Por ahí andan con Rosita, dando vueltas *pa'distraer* las impaciencias del hambre. Siéntate, Fermín; te daré un pedazo de pan pringao* en salsa, *pa'que* hagas boca”.

Hice lo que me pedía y aguardé el tentempié. Ella siguió hablando.

-Esta casa, hijo, ya no es la misma. Inés se ha *llevao* todo lo bueno que *entuavía* nos quedaba...

Se me acercó con el pan humeante y prosiguió, mientras ocupaba el asiento arrimado a la cabecera.

-Cuidado, no vayas a quemarte.

Soplé el pan y, con tiento, lo metí en la boca. Tras saborearlo, le dije: “Está muy rico, madre”.

Bajó la cabeza. Un gesto apenado le cruzó la cara... Elevó la vista para decirme:

-“Madre”.... He ahí una palabra que solo tú dices ahora; pero sale forzada, Fermín. No la sientes. Oh, no te incomodes, pues es natural que ahí sea.

-¿Cree usted que no le quiero? -le respondí conmovido-. Pídame la vida y se la daré, si con ello puedo convencerle del cariño que siento hacia usted. No me avergüence suponiendo que hay en mí ingratitud o desapego.

-Perdona, hijo; no quise darle tanta hondura a mis decires. Es que... ¿sabes?, siempre extrañé la palabra “madre” en las bocas de Fidel y Santiago.

Se levantó nuevamente para separar el caldero de las brasas; de espaldas, indecisa, continuó diciendo:

-Es hora de que sepas por lo que ha *pasao* esta familia durante años. Sabiéndolo sin tapujos serás de verdad el hijo que yo deseo...

Regresó al asiento, pensativa, sin apresurarse...

-Quiero que comulgues con los dolores sufridos por mí y los gemelos. De otra manera siempre serás algo... impropio. ¿Comprendes?

Yo le escuchaba, callado, temeroso de que un gesto inoportuno o una palabra fuera de lugar impidiese lo que estaba a punto de mostrarse.

-Empezaré hablándote de Jonás... El era un hombre trabajador y alegre como pocos. Tenía mucho de Anselmo Perea, y esa semejanza fue quizás la que hizo aceptara a este por esposo. Pues bien... Jonás cambió cuando nacieron los gemelos y nos dimos cuenta de que eran sordomudos. Yo, tal vez porque así somos las madres, acepté la carga que Dios quiso poner sobre nosotros. Para mí fue una prueba. Para Jonás, una catástrofe. Pareciera que juntamente con la desgracia de los hijos un demonio se le había metido en el cuerpo. La... bondad se le transformó en odio, el trabajo en castigo y la alegría en una rabia siempre agazapada, cruel, sin dar resuello...

* Celaje: (m) Aspecto que presenta el cielo cuando hay nubes tenues y de varios matices.

* Pringao: (f) Rebanada de pan empapada en pringue.

La voz carecía de altibajos; monocorde, con un dolor añejo, profundo, cual si pasara a través de un enrejado confesional. Yo escuchaba reteniendo impulsos, tímidamente silencioso. Así me mantuve, solemne, estatuario, sin atinar con la actitud justa frente a las confidencias trabajosamente formuladas.

-En medio de sus locuras nacieron dos hijos más. Otro varón... a quien puse en las manos de Dios para salvarle de la muerte, pues Jonás había jurado matarle; e Inés, que por milagro fue la única capaz de adormecer al maligno que su padre llevaba adentro; y, pese a ello, ya viste cómo Jonás pretendió entregarla a un salvaje.

Lejos se oía la voz de *Puchero* y el jolgorio de Rosita.

-Ya vienen -dijo la señora Mónica-. Ayúdame a tender la mesa y borra el pesar de tu cara. Toma con calma lo *contao* y deja que repose; que de nada vale zarandear la paja cuando el grano está ya en el molino, por si me entiendes. Lo *pasao*, *pisao*, Fermín; pero tenía que decírtelo, como se lo dije a tu amigo Perea antes de casarnos... juntamente con otras que no vienen al caso.

-¿Cómo lo tomó *Puchero*?

-Pues me pidió que rezara mucho por Jonás. “Después de todo -me dijo- enfermó de locura, y no podemos cargarle porque sí todas las culpas.

-Mi amigo está siempre con los pies sobre la tierra y las manos tendidas.

-Lo mismo creo. Que por mucho tiempo me dure su apoyo, y él tenga el mío, como dos *güeyes ataos* al mismo yugo. Ganas tenía, hijo, que alguien me dijera: “Ala, mujer, que basto yo *pa'tirar* de la coyunda*; y tú a la casa”.

Aún tuve tiempo para decirle:

-Gracias, madre, por haberme confiado secreto tan delicado.

-¿Es que Inés nunca te dijo ni un tantico así de las borrascas?

-Jamás. Los ángeles fueron hechos para proteger. Nunca para pregonar.

-Dices bien. Quién sino un ángel pudo aguantar sin pudrirse los sofocones enviados por Satanás.

Entraron los cuatro y, prontamente, ocuparon sus lugares alrededor de la mesa. *Puchero* olisqueaba con gestos cómicos el tufillo de la comida, reía Rosita las exageraciones de *Puchero* y los hermanos miraban complacidos cuanto ocurría frente a ellos. Preguntó la cocinera con mohín picaresco y los brazos en jarra:

-¿Qué esperáis?

-¡Vaya! Pues a que venga el condumio* -respondió el marinero mientras abría los brazos exageradamente- ¿No oyes los gemidos de nuestras bodegas, sin lastres y a punto de írsenos a pique? Anda, mujer, y no juegues, que desmayamos.

Bien dispuesta y alegre atendió los reclamos la señora Mónica, se acomodó esta junto a nosotros, y transcurrió la cena dentro de un ambiente acogedor, sin palabras de más ni de menos, sencillo y sano. Cuando acabó la cena me levanté, diciendo que iba a acostarme.

* Coyunda: (f) Correa fuerte y ancha, o sogá de cáñamo, con que se uncen los bueyes.

* Condumio: (m) coloq. Manjar que se come con pan, como cualquier cosa guisada.

-Quédate a jugar una brisquita*, hombre -me instó *Puchero*.

Argumenté hallarme cansado y prefería la cama a los naipes.

Me zambullí en la noche plagada de sombras y estrellas. La luna aún no había salido, y el viento constante llenaba de rumores los álamos y los sauces. Allí, mirando en torno, sentí la impresión de estar inmerso en una soledad inquietante, pese a las amables voces de *Puchero* y la señora Mónica que a mí llegaban desde el interior de la barraca. Di unos pasos, pero de nuevo me detuve. Una vez más percibí mi orfandad en los recovecos de mi alma, el agudo desconsuelo de no pertenecer a nadie: pieza sin fundir en el todo de una identidad plena, con raíces entrelazadas hondamente en la genealogía del ser, del Tú sin cortapisas y del Yo indubitable.

Eché un último vistazo en derredor: la luna encendía ya en el oriente resplandores rojizos, los grillos ensayaban el cri-cri de sus conciertos sobre el fondo de vida silvestre, y en lo alto lucía la siembra de las constelaciones.

Me fui a la cama sabiendo que el sueño tardaría en llegar, bajé el candil encendido. Los gemelos buscarían prontamente, como yo, el cobijo de las mantas. Así fue: entraron sigilosos al suponerme dormido, se desvistieron a prisa y, apagando el candil, se tendieron a lo largo entre suspiros de bonanza.

Como lo había supuesto, el sueño comenzó a reñir con las cavilaciones que, saltarinas, obcecadas, aparecieron por entre los huecos dejados por lo que dijo durante la charla la señora Mónica, y sus esfuerzos por cubrir esguinces y disimular evidencias. Fácil resultaba entrever algo más que el demonio haciendo de las suyas en el alma de Jonás, o en el niño “entregado a Dios”... ¿Era motivo suficiente para tanta locura el nacimiento de dos hijos sordomudos? Y así, barajando preguntas, auscultando oquedades*, esgrimiendo sospechas, me revolvía en el jergón* o, boca arriba, miraba sin ver la luna incipiente entrando por la puerta mal cerrada; hasta que los párpados comenzaron a ceder; mas dejándome aún el tiempo para que yo me prometiera desvelar los enigmas que me encerraban en un círculo de angustias.

-Apúrate, Fermín, o la luz se apagará y no hallaremos la puerta.

Y me llevaba, dándome la mano; la misma que antes me infundiera calidez en aquella vastedad horriblemente vacía. Iba ella palpando el muro envuelta en un resplandor blanquecino con reflejos dorados. Y aunque no le veía la cara, yo sabía que era Inés.

Sí, era el portalón de madera con sus grandes clavos. A su costado pendía el cordón claramente visible contra el fondo rojizo del muro.

-¡Empuja, empuja, Fermín, o no podrás ir del otro lado!

Me solté de la mano y empecé a empujar con todo mi cuerpo, pero la ancha puerta resistía a mis desesperados impulsos. Una y otra vez de topetazos sin control, tratando de mover los maderos; hasta que, enfurecido, tiré del cordón. Vino del otro lado del

* Brisquita: (f) Juego de naipes parecido al tute, en el que se reparten tres cartas a cada jugador y se descubre otra que indica el palo de triunfo.

* Oquedad: (f) Insustancialidad de lo que se habla o escribe.

* Jergón: (m) Colchón de paja, esparto o hierba y sin bastas.

muro el tañir de una campana que se desgranó en ecos sonoros, y la puerta se abrió. Traspuse el hueco de un brinco y el portalón se cerró detrás mío. Estaba solo. Llamé a Inés lanzando gritos, esos que en los sueños carecen de resonancia, pero el cuerpo hecho luz había quedado en la llanura escarlata...

Desesperado comencé a gritar sin oírme: ¡Inés, Inés, Inéees... !

Me desperté sentado en el catre, manoteando contra Fidel y Santiago que trataban de calmarme en la forma que mejor sabían: dándome empujones que a punto estuvieron de dar con mis huesos en el piso, mientras Tizne ladraba enfurecido al confundir salvataje con agresión. Al momento llegaron la señora Mónica y *Puchero*, a medio vestir, con susto en las caras y aún medio dormidos. Amanecía.

.....oOo.....

Eran las cuatro de la tarde de un día caluroso, con ráfagas de viento patagónico que arrastaba arenillas resacas, incapaces sin embargo de barrer el enjambre de moscas que revoloteaban mi cabeza y se tiraban después, zumbando, para mordirme en la cara y en las manos. Mordían, sí, ansiosas por chupar el sudor de mis carnes, pero atentas a los palmetazos que me propinaba para ahuyentarlas, sin conseguirlo. Durante toda la tarde me tuvo el sargento Bores de guardia en una de las almenas del fuerte. Estaba yo irritado, de mal humor, pues el tiempo transcurría monótono, alargándose de manera inusual, indiferente al trajinar de los hombres y al panorama que ofrecía el río al deslizarse por entre los apelmazados verdes ribereños. Claro que no se me ocultaban los símbolos inescrutables, contradictorios... Pero también estaba dando golpes contra el almacén de las ideas el propósito firme de sonsacar a la señora Mónica lo que aún le faltaba decir con referencia al drama enquistado en la familia Cañizo. Por tales vericuetos andaba cuando Mateo, que como yo había decidido engancharse, subió a reemplazarme y pude al fin dejar el fuerte.

Llegué a los cultivos cuando todos disponían el regreso a las casas. Adrede hice que la señora Mónica se demorara hablándole sobre lechugas y repollos; y gustosa ella de explicar cualidades y enaltecer sus tesoros, dio tiempo, sin malicia, a que los demás adelantaran camino y quedáramos solos, alabándome entusiasmada la excelencia de los sembradíos, y yo, buscando la manera de abordar el tema que me obsesionaba. Temeroso de que llegáramos a la casa sin resultados, me fui de bruces sobre la cuestión:

-Bueno, madre: dejémonos de tomates y patatas -le dije-, y complete usted lo que anoche quedó sin decir.

Sus zuecos parecieron estancarse en la grava del camino, y su cuerpo pareció achicarse, gacha la cabeza y caídos los hombros. Sentí que la compasión me arañaba el pecho, y apretándole contra mí, le expresé:

-He sido imprudente y vanidoso. No haga caso de cuanto le he dicho, madre. ¿Quién soy yo para andar escarbando en su conciencia? Vamos, juntemonos a los demás.

-Espera... Eres ya un hombre con toda la barba y no debemos andar con... bueno...

-¿Gazmoñerías*?

-Eso: gazmoñerías. Desde ayer ando “igual que mula de noria dando vueltas entre síes, noes y quizaes”. Pues ya basta. Lo sabrás todo, y que Dios me perdone si, pensando hacerte un bien, caigo como la burra del cuento en coces y rebuznos. Ahí va, y mientras hablo, llevame así, apretada; por cualquier flojera, ¿Sabes?

Fijó la vista en lo alto y, durante un trecho, estuvo observando las nubes que iban al encuentro de la noche.

-Era yo moza codiciada por los chavales del pueblo. Pero entre todos elegí a Jonás. Nuestro noviazgo fue alegre, sin mayores rencillas, limpio como la patena del altar. Hasta que... Ocurrió cuando los hombres festejaban en las bodegas la terminación de la vendimia apurando el vino viejo. Era noche de excesos y barbaridades, sobre todo entre los jóvenes...

-Iba yo dejando atrás las últimas cepas, contenta de llevar a mi casa la cestilla llena con racimos dorados, de la mejor cosecha, cuando de pronto fui atacada por tres hombrazos. Dos de ellos me arrastraron al interior de la viña y, pese a mis rabiosos forcejeos, me taparon la cara con el faldón *pa'que* no los reconociera e hicieron conmigo lo que les dio la gana. Creí morir, hijo, y pensé que ya lo estaba cuando acabaron uno tras otro sus cochinas. Pero aún faltaba el tercero. Oí, ya cerca del desmayo, decir a uno de ellos: “A ti te toca, hombre, no andes con remilgos”. Sentí el cuerpo del último aplastarse contra el mío, y hubo un quejido; tan solo eso, un quejido, pero suficiente para que yo dijera apretando los dientes y llorando de rabia, de dolor, de asco: “¡Jonás, maldito seas!” Se agarrotó el cuerpo que encima mío estaba sin haber consumado el atropello, me sacó la ropa de la cara y dijo desesperado: “¡Tú, Mónica, eres tú!”. Se tiró a un lado, junto a mí, con las manos agarrándose la cabeza y llorando igual que una criatura. Los otros, al oírle, echaron a correr por entre las cepas. Durante un rato lloró Jonás hasta cansarse, mientras yo me reponía poco a poco. Me sentía asquerosamente sucia, y juré que jamás hombre alguno tocaría mi cuerpo. Jonás se puso de pie y con el llanto en la voz me dijo, tendiéndome las manos: “Vamos, Mónica. Te llevaré a tu casa...”. Rechacé su ayuda, como Dios me dio a entender, marché lentamente hacia el pueblo, con Jonás a mi lado, sin hablarnos... Pero antes de entrar a mi casa, él me dijo: “Casémonos, Mónica. Mañana mismo si tú quieres”. No le respondí. Entré, saludé a mis padres y, pretextando un fuerte dolor de cabeza, fui a mi cuarto, me tiré sobre la cama y lloré a mares, mordiendo la almohada para que no me oyeran...

Mi brazo ciñó sus hombros más fuertemente, pero con suavidad. A ella le temblaban los labios, lo cual no impidió que siguiera diciendo:

-A la fuerza he debido contarte estas miserias, pues ignorándolas nada entenderías de lo que después ocurrió... Pronto supe que había quedado embarazada; y me aterrorizó. Ni a mis padres habíales dicho nada sobre el atropello. ¿Sabes, Fermín, lo que significa parir soltera en un pueblo de pocas viviendas y muchas habladurías? Llamé a Jonás y le conté lo que estaba ocurriéndome. “Si no has cambiado de idea -le dije-, quiero que nos

* Gazmoñería: (f) Afectación de modestia, devoción o escrúpulos.

casamos cuanto antes”. “Mañana mismo, te dije, y lo sostengo”, me respondió, para agregar: “No he dejado de quererte ni un tantico así, mujer. Solo falta que vaya por ahí besando *ca'una* de tus pisadas, con que mira si veré con gusto que nos plantemos ante el señor cura”. Y nos casamos, Fermín. Nos casamos sin renegar yo de mi juramento, y resignado él a sufrir el desapego en la esperanza de que el tiempo ayudara, sino a olvidar, por lo menos a resistir mis vómitos ante el acto matrimonial. Nacieron los gemelos, y al poco tiempo comencé a barruntar* el cambio en las actitudes de Jonás. Empezó por decirme: “Los marranos no pueden quejarse. Les has dado a cada uno lo suyo. Bien que estarán riendo... ¿eh?” Y el odio fue creciendo en él a modo del torrente que inunda sin reparar en daños, arrastrando animales muertos, podredumbre, venenos; una marea incontenible que llegó hasta las nubes cuando advirtió que los mellizos eran sordomudos. Enloqueció. Por la fuerza hizo valer sus derechos y tuve el hijo que, aún siendo suyo, lo maldijo tal cual lo hacía con Fidel y Santiago. Después llegó Inés, y con ella pareció que la ira desatada por el demonio en su alma disminuía, pero poco, muy poco, Fermín... Hasta que al fin resolvimos venir a la Patagonia. Tú fuiste testigo de sus locuras y está de más recordarlas.

Íbamos acercándonos a los demás, que demoraban su andar a fin de que marcháramos todos juntos. Pero yo aún tenía una pregunta que hacer; y la hice:

-¿Qué fue del niño, madre? Usted me dijo ayer que lo había puesto en las manos de Dios...

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Lo sentí en mi brazo con una intensidad tal, que tuve miedo a que desmayara. Mas reaccionó de inmediato y dijo con voz casi normal, alta la cabeza y mirando nuevamente a lo alto:

-Lo puse en el torno del Convento de la Colina. Todo un día caminé desde mi pueblo para dejarlo al cuidado del Señor, o de las monjas, que es lo mismo... Sí, Fermín: tú eres realmente mi hijo.

Fui yo entonces el que sintió la sacudida en mis nervios, en el alma, en la raíz de los cabellos. Pero nada dije. No por sospechada, la verdad dejó de clavarse como algo nuevo en mis entrañas. La apreté aún más contra mí. Luego me detuve, la puse de manera que pudiera verle la cara a pleno, y le planté un beso en la frente, apretado... posesivo... Por sus mejillas corrían dos lágrimas que se me antojaron eran goterones del Paraíso. “Vamos, madre, -le dije- los demás aguardan... pero antes una pregunta más: ¿Sabe Inés cuánto me has contado?

-Nunca se lo dije: sin embargo estoy segura: ella conoce todo de pe a pa... No obstante, ¡cuánto sufrí, Dios mío, temerosa de que fuérais a enamoraos uno del otro...!

-Imposible, madre. Inés no pertenece a este mundo. ¿Cómo concibe usted un ángel enamorándose de este bruto?

Reímos ambos, suavemente, felices de haber hallado la manera de afrontar los recovecos de la vida.

* Barruntar: (tr) Prever, conjeturar o presentir algo por alguna señal o indicio.

CAPÍTULO 32

Si un hacedor de milagros me hubiese dicho: “Quede tu vida quieta en este repliegue del tiempo”, con cuánto placer habría aceptado el mandamiento... Pero Huilen aguardaba en una encrucijada de sueños, y la milicia me imponía sus despóticas obligaciones. Dejemos, pues, que el relato evoque sus terribles vicisitudes, y a seguir, que el tiempo apremia y la muerte acecha tras la puerta. O creéis no me engolosina la idea de solazarme contando la dicha de poder decirle 'madre' a mi madre, ¿así, sin artificios o rebusques sentimentales? Pero la historia obliga y a ella nos debemos.

.....oOo.....

A las once de la noche, estando de guardia tras los portalones* del fuerte, mi amodorramiento fue sacudido por recios golpes dados en la parte de afuera.

-¿Quién vive? -grité sobresaltado.

-Antonio García.

-Dámaso Marcos.

-Bernardo Bartuille.

Los tres nombres, dichos uno tras otro con seguimientos de urgencias, en cierto modo me tranquilizaron, pues de sobra conocía yo a los colonos que llamaban tan a destiempo. Respondí:

-Estas no son horas de visita.

-Abrid, por amor de Dios -dijo uno de ellos- .¡Nos persigue el indio!

Oído lo cual, lancé cuatro gritos capaces de poner los pelos de punta al más valiente. Hubo corridas, luces encendiéndose, y yo, firme, obediente a no abrir sin previa autorización. Creo que no habría pasado un minuto, y ya el alférez Piera estaba a mi lado dispuesto a tomar las riendas del zafarrancho, que no era tal, pues libre la entrada se constató que los indios existían... solo detrás del miedo que los colonos llevaban en el alma, o en la parte inferior de sus calzones. ¡Oh, Dios! ¿Por qué lo ocurrido esa noche no quedó así, enmarcado por una anécdota risible? ¿Cómo podía yo sospechar que mis gritos iban a deshacer el nudaje de acontecimientos trágicos, consecuentes con las “genialidades” de un virrey con delirios de grandeza y la vesánica predisposición de don Juan de la Piedra, obligado a cubrir el pago de los favores hechos por el Marqués durante el proceso judicial que le tuvo a los saltos? Lo cierto que en la petaca del nuevo comisario alacraneaba la célebre “tenaza” puesta allí por la “talentosa” estrategia del señor virrey: una forma de emplear la felonía* con los pobres indígenas, y eliminarlos con la sangre y fuego cuando los tuviesen bien engañados: claro que encubierto bajo el eufemismo tan “sabiamente” esgrimido por los personeros reales en sus despachos a la corona. Así empezó todo. Y no es cuestión de cargar las tintas a las denuncias de García, Marcos y Bartuille, de haber sido víctimas de un robo, pues no era fácil sustraerse a la

* Portalón: (m) Mar. Abertura a manera de puerta, hecha en el costado del buque y que sirve para la entrada y salida de personas y cosas.

* Felonía: (f) Deslealtad, traición, acción fea.

sugestión que los salvajes ejercían sobre los cristianos, con sus costumbres y leyendas, esclavos y cautivas. ¿Pero cómo no aprovechar las circunstancias para someter a prueba los proyectos del virrey? Y don Juan de la Piedra impartió las órdenes al sargento.

.....oOo.....

En las primeras horas de la mañana salimos del fuerte armados cual si fuéramos a vernos con todo un ejército. Veintisiete hombres íbamos al mando de Bores, quien llevaba instrucciones precisas de apresar a los aborígenes responsables del “ultraje” y, en caso de resistencia, castigarlos a manera de ejemplo.

Cabalgaba yo en Babieca casi codo a codo con Mateo. Una cierta aprensión me entristecía al caer en cuenta de que marchábamos en dirección a los toldos de Chololaquin.

El golpear de las herraduras contra la grava del camino era un lúgubre repique de presagios.

Pronto llegamos a Potrero Chico, a cuatro leguas del fuerte, donde según los tres colonos, acamparan los autores del pillaje. Creció mi angustia, pues el sitio pertenecía a la tribu de Chololaquin, asentada en pleno un poco más allá. Ocultos tras las arboledas pudimos observar dos toldos y algunos caballos. Unas indias alimentaban el fuego recién encendido, y cuatro niños perseguíanse juguetones por el espacioso terreno. Oí al sargento:

-Usted, cabo Torralba, vaya a cortarles la retirada por el lado del río. Cuando carguemos, que los peones se encarguen de la caballada.

No pude contenerme y, veloz, pese a Mateo que quiso sujetarme tomándome del brazo, puse a Babieca junto a la yegua de Bores. Pregunté sin hacer caso de jerarquías y charreteras:

-¿Es que piensa atacar contra mujeres y niños?

Me miró furioso y, propinándole a Babieca una patada, gritó por lo bajo:

-¡Fuera de aquí, o juro que te arrancaré las orejas!

No supe qué hacer. La obediencia a un superior vivía buena o mala en nosotros, hecha carne, por una guerra de siglos. Vi el instinto propio del indígena. Un torbellino de locura nos envolvió en sangre y fuego. Hecho un energúmeno el sargento comenzó a dictar órdenes:

-¡Usted, cabo, ocupe rápido la salida! ¡Que nadie escape tirándose al agua! ¡Los demás a la carga...!

Quedé paralizado, viendo a los jinetes ir tras el sargento a la atropellada. No podía concebir lo que estaba presenciado. Mateo hizo lo de todos dando mandobles a diestra y siniestra. Los indios, las mujeres y los niños miraban aturdidos. Aquello debió parecerles un montón de diablos saliendo de una caverna horrorosa. Abrió fuego el sargento... empezaron a caer inermes* los aborígenes, sin distinción de sexos y edades.... Piqué a Babieca e irrumpí al galope gritando: “¡Basta, basta, bárbaros!” Pero mis gritos

* Inerme: (adj) Que está sin armas.

se perdían en la batahola de las armas, el pifiar de los caballos y los chillidos de los indígenas acribillados sin compasión. Tiré de las riendas y me detuve a fin de evitar que Babiéca aplastara los cuerpos caídos en el suelo arenoso, encima de grandes manchones de sangre que brillaban bajo el sol incipiente de la mañana. Una sensación extraña me invadió: mientras una parte de mi cuerpo se retorció en espasmos de rabia y espanto, la otra sumaba insensible los mapuches sacrificados: cuatro indios, once mujeres y cinco criaturas... Jamás pude explicarme tal ambivalencia. Pienso que, tal vez, fue un recurso del alma para no desembocar en irremediable locura.

El juicio volvió pronto, lúcidamente, en la confusión de mi cerebro: medí el peligro en que se hallaba el asentamiento mayor de Chololaquin si el sargento Bores continuaba con sus macabros “escarmientos”. Imaginé a Huilen víctima de tales salvajadas y, echando una mirada en torno, busqué el modo de escapar para así correr y prevenirle y, de ser necesario, dar la vida por ella. Detrás mío, un bosquecillo me ofrecía la oportunidad de escurrirme hacia una arboleda mayor, tupida y capaz de ocultarme mientras escapaba hacia los toldos. Arriesgándome, hice recular el caballo y entré en la espesura, para luego meterme en el umbrío* bosque plagado de espinos que herían mis carnes y torturaban a Babiéca. Pronto retomé el camino aquietado de sauces, lejos ya de los compañeros ensoberbecidos por las órdenes de un demente. Cerca de la tribu (desvalida, pues el jefe andaba con sus guerreros recorriendo los territorios cercanos a la cordillera buscando alianzas y marcando haciendas), apresuré el galope. De pronto, vi una figura de mujer con atuendos indios escurriéndose ligera por entre los árboles. Me asaltó un agudo presentimiento. ¿Y si fuera Huilen? Sea quien fuere iba al encuentro de la tropa. Dando media vuelta, hice que Babiéca galopara veloz tras la india, joven, por los movimientos ágiles, graciosamente desenvueltos de quien, al reparar que le seguían, giró hacia mí la cabeza y, al ver que era un soldado el perseguidor, buscó darse prisa; pero sus pies se enredaron en la raíz de un arbusto y cayó a lo largo. ¡Santo Cielo! ¡Era Huilen! Azucé el caballo y al momento estuve junto a ella. De un salto habíase puesto de pie y me enfrentaba con un palo en la mano, la cara distorsionada en un gesto de furia. Me tiré de Babiéca y, tratando de acercarme, le dije:

-Soy yo, ¡Huilen! ¡No temas...!

-Sé que eres tú -me respondió con los dientes apretados- pero si tratas de acercarte, ¡juro que te mato! Eres un asesino, ¡una alimaña asquerosa, un puma cebándose con la sangre de mujeres y niños! Anda, ven, ¡y romperé este palo en tu cabeza!

-¿Cómo sabes... ? -balbuceé sin acertar con la respuesta que podría haber disipado la deformación que de los hechos hacía.

-Por un muchacho que logró escapar y vino a contarnos. ¡Fue horrible maldito seas! Ese vestido que llevas muestra a las claras quién eres: ¡un sucio traidor en el que yo puse los ojos y... !

-Estás equivocada Huilen -le interrumpí mientras daba un paso hacia ella. Me contuvo levantando el garrote.

* Umbrío: (adj) Dicho de un lugar donde da poco el sol.

-¡Da un paso más y te rompo la cabeza!

Pero la furia mitigábase en sus facciones y unas lágrimas iban humedeciendo sus ojos; unos ojos que yo hubiese besado en esos instantes arrebatado por el hechizo de verle allí, enfrentándose decidida, valiente y horrorizada por los crímenes de los cuales me creía partícipe. Pero al mismo tiempo agrandábase en mis instintos el peligro que nos amenazaba. En cualquier momento el pelotón se haría presente para ser testigo de nuestro absurdo tira y afloja, en mitad de la huella. Resuelto a que ello no ocurriera adopté la decisión de tomar al toro por las astas, y me tiré hacia Huilen sin darle tiempo ni siquiera a levantar la mano. La apreté contra mi cuerpo, le inmovilicé los brazos, y le dije:

-¡Quieta...! No tuve nada que ver con esos crímenes perversos. Me escapé para venir a avisarles, pues posiblemente sigan con ustedes lo que empezaron en Potrero Chico... ¡Quieta!

-¡Suéltame! ¡Animal! ¡Asesino! ¡Asesino! -me gritaba al tiempo que se debatía tratando de soltarse dándome patadas en las piernas y tirándome mordiscones a las orejas, a la nariz, a cualquier parte que lograra pillar con las embestidas de su hermosa cabeza. Entre sus gritos y el ruido de una lucha que estaba resultándome agotadora (Huilen mostrábame el temple de una raza indomable), alcancé a oír el sonido aún lejano de voces y el trotar de la caballada que venía hacia nosotros. Como pude, y a riesgo de que Huilen lograra soltarse, di un recio puntapié al caballo y, afortunadamente, Babieca echó a correr, perdiéndose entre los sauces. Debido a que Huilen seguía gritando y pateando sin tregua, la alcé en brazos y, llevándole hasta un alto y macizo pastizal, la arrojé en él; sin soltar el abrazo me le tiré encima, quedando así inmovilizada bajo mi cuerpo. Resultaron oportunas mis rápidas ejecuciones, pues Bores y los suyos estaban ya casi a nuestra vista. Faltaba silenciar los improperios de Huilen, que los emitía cual si estuviera en brazos del demonio. No tuve otro remedio que taponarle la boca con mi boca, de tal modo que aquello más parecía un beso apretadamente apasionado que una maniobra de “alta escuela militar”. Apenas dos minutos tardó en llegar la tropa a solo cuarenta pasos de donde estábamos. Oí la voz del sargento diciendo:

-Hacia la tribu del Cacique Francisco, Torralba...

-Queda más cerca la de Chololaquin -respondió el cabo.

-He dicho a la tribu de Francisco. ¡Carajo!

Y se alejó entre el ruido de los cascos sobre el pedregullo.

Yo, midiendo abstraído los segundos que transcurrían recargados de agudo nerviosismo, no tuve en cuenta la quietud de Huilen. Aún mi boca sellaba la suya y mis brazos la ceñían fuertemente, pese a lo cual manteníase inmóvil, sin intenciones al parecer de articular palabras. Sus ojos puestos en los míos con fija ansiedad me desconcertaron, al punto de que mi cuerpo fue abandonando poco a poco su apretadura a medida que se alejaban los soldados. Sin duda Huilen había oído igual que yo los gritos y las órdenes, dado lo cual su actitud era otra; una calma laxa, con señales de agotamiento dejó a sus miembros en paz, voluntariamente sometidos. Iba a incorporarme, dispuesto a dejarle libre, cuando... ¡Oh Dios!, con ambas manos me sujetó

la cabeza y sus labios se unieron a los míos esta vez en un beso febril, absorbiéndome el alma de tal manera que todos los sentidos fueron uno solo a la búsqueda del Cielo aún sin conocer, aunque próximo, a mi alcance... Sentí bajo mi cuerpo otro cuerpo del cual emanaban ahora fragancias inconcebibles que se unían en un maridaje arrebatados a los olores de la naturaleza salvaje que nos servía de lecho, y de cámara nupcial las generosas ramas de los sauces cayendo alrededor, cubriéndome el entorno, haciendo del lugar un nido de pájaros puesto allí por obra de milagro. Yo palpaba a Huilen, y descubría tesoros insospechados; con sus estremecimientos en plenitud, abandonada en una entrega total, sintiendo lo que sentía, dos en uno solo, aislados en un país sin fronteras, exclusivo, con horizontes de eternidad...

Poco a poco fuimos desuniendo las recíprocas sensaciones, mas de modo tal que, estábamos seguros, cada uno retenía en su corazón lo que al otro pertenecían; y allí quedaron, bajo las siete llaves de un secreto celosamente custodiado.

Uno junto al otro, en silencio, con las percepciones caladas por sutiles arrobamientos, oíamos los trinos y las chicharras, el juego del aire entre las hojas, el leve canto del río, todas las sonoridades de una mañana de primavera con pregones de verano. Una clarividencia prodigiosa se probaba ropajes nuevos en nuestras conciencias, borrando así de un plumazo los siniestros fantasmas del genocidio; o parecían borrarse, que el amor, bien lo sabemos, engaña con sus verdades a través de espejismos y caleidoscopios, única forma de subsistir cercado por las miserias y calamidades de este pícaro mundo.

Un sollozo, hondo, intenso, derrumbó de pronto cuanto estaba experimentando con mis fútiles razonamientos. Huilen se abrazó a mí sacudida por un llanto convulso, bendecido con lágrimas, que trató de ahogar apretando su cara contra mi pecho. Comprendí entonces, respondiendo a su abrazo con un abrazo mayor, pero distinto, la realidad sin tapujos filosóficos no ensoñaciones de poeta. ¡Oh Dios! Allí me había puesto el Altísimo un alma para guardar en mi almario hecho cáliz, para cuidarle y reverenciarle por el resto de mis días...

.....oOo.....

Encontramos a Babioca pastando plácidamente en el camino hacia la tribu. Al vernos, escarbó con una pata y gesto alegre la blandura del suelo, dándonos de tal modo la bienvenida. Sin esperar órdenes se puso en posición para el montaje. Subí rápidamente y, con igual prontitud, se acomodó Huilen en la grupa. Abrazada a mi cintura, la cabeza presionándome la espalda, llegamos al tolderío, muy alterado por las terribles noticias de la masacre. Corrió Huilen al encuentro de su madre que le aguardaba con ceño adusto y claras muestras de impaciencia, allí, en la entrada de la *ruca*, rodeada por mujeres y ancianos. Yo piqué a Babioca y partí a todo galope a fin de llegar cuanto antes a la tribu del Cacique Francisco. Tenía la esperanza de poder agregarme a nuestro contingente sin que mi desertión fuera notada.

Llegué en pleno jaleo, cuando el sargento y sus hombres acribillaban sin asco. Me mantuve oculto entre los árboles, a la espera de que todo acabara y pudiera cumplir yo los propósitos de fingir mi participación en aquel exterminio brutal y sin seso.

Fue cediendo la satánica barahúnda* y los jinetes comenzaron, ahítos ya de matar por matar, a reagruparse para emprender el regreso al fuerte. Era el momento de hacer mi entrada en la representación. Empuñé el sable, despeiné mis greñas, puse cara fiera y, dirigiéndome a la barraca, di un rodeo y galopando aparecí como un rayo entre mis compañeros. Quiso la mala suerte que en mi apresuramiento llevara casi por delante a la yegua del sargento Bores, quien al verme caracoleando en mis esfuerzos por sofrenar a Babieca, me espetó de tal modo:

-¿De dónde coños vienes?

-De perseguir a un indio -le respondí-, nada pude hacer, pues se tiró el agua antes de que lo pillara.

-¿Cuándo ibas a mostrar algo bueno? Anda con este y reúnan los caballos para llevarlos con nosotros.

“Este” era Mateo que, pálido y sudoroso, me miraba sin entender mis actitudes.

Cuando nos dirigíamos hacia el corral, no pude desentenderme del espectáculo que ofrecía el potrero con los cadáveres de hombres, mujeres y niños caídos aquí y allá en posturas inverosímiles, donde el rojo de la sangre predominaba en aquella escenificación del espanto. Le dije a Mateo, sin mirarle:

-Tu odio hacia el indio tuvo al fin su desahogo, ¿verdad?

No respondió enseguida, pero sentí sus ojos fijos en mi cara con dolorosa insistencia.

-Estás loco, Fermín... si me crees capaz de haber participado en la matanza -dijo masticando rabia-. ¿Yo, que nunca pude ni siquiera apedrear un pájaro? ¿O te crees el único diestro en representar una comedia? En medio de la lucha desigual y asesina, lo que hice fue lanzar mandobles al aire, mientras lloraba en silencio igual que un crío débil y asustadizo. ¡Y grité, Fermín, grité como los otros para que vieran en mí un coraje que no existía!

Calló, y opté por tragarme las palabras que, faltas de juicio, rebuscaban argumentos que de nada servirían.

.....oOo.....

“Mi madre tenía los atributos de la mujer castellana; rígida como coraza de gladiador, esposa fiel, dueña absoluta del hogar y una tibieza sin retaceos en el regazo dispuesto siempre al amparo cuando sus hijos íbamos a ella con aflicciones y descalabraduras... Mi padre, mi padre vivía y vive soñando en medio de hambrunas, en permanente desasosiego, con los estigmas propios del maestro de párvulos siempre mal pagado y peor reconocido.

Para él las guerras acabarán, nadie sufrirá miserias y la felicidad será un bien de todos... ¿Sabes la receta? Pues por el simple procedimiento de enseñar a leer y a escribir al mundo entero. “¡Dejadme utilizar la cartilla como palanca y moveré el mundo!”, suele gritar con voz de barricada. Y aquí me tienes, Fermín, balanceándome entre la voluntariosa mujer que fue mi madre y las fantasías sin pies ni cabeza de mi padre...”

* Barahúnda (f) Confusión grande, con estrépito y notable desorden.

Estábamos Mateo y yo tendidos boca arriba en un ribazo* de arena a orillas del río. Se apagaba el sol en una puesta herida por los púrpuras y escarlatas de un pintor monstruoso, entre nubes grotescas, enormes, que parecían gigantes atravesados en un asesinato cósmico, por lanzas de oro. Aún perduraban en nosotros las tétricas visiones del genocidio, y en tanto en mí un mutismo sin relieves, amargo, con 'ensayaduras' confesionales.

“Imaginarás entonces -prosiguió- la batalla en que tuve que verme por culpa del odio homicida contra los salvajes que me arrebataron a Eulalia, y el espectáculo de los niños y mujeres puestos a mi alcance cual títeres moviéndose inermes bajo nuestros sables. Por momentos quedé ciego, sordo, inmóvil en el tembladeral junto al abismo. Después grité y grité, dando mandobles al vacío y haciendo creer a los comparsas* del perverso rigodón* que mis alaridos eran de coraje, cuando en verdad significaban tan solo el horror de verme allí, con el odio implacable, vengativo, colgando en pingajos de todo mi cuerpo...”

La voz de Mateo, monótona, sin inflexiones, ajena al aparecer con el drama puesto en escena, vívido y brutal, se interrumpió y el silencio pesado, sugiriendo espectros, habló en la tarde agónica cortejada ya por el lucero y algunas estrellas aún indecisas. Un grillo rompió de pronto el embrujo de nuestras almas con un cri-cri perfectamente ensayado muy cerca nuestro, y una pluma revoloteó suavemente, enviada desde un nido cobijado entre las ramas. La tomé entre mis dedos y con ella acaricié mis labios, al recordar que fray Gerónimo las recogía para utilizarlas como señaladores en sus libros. Luego dije:

-Mateo, cuéntame lo que sucedió en la tribu del Cacique Francisco.

-¿No lo viste, acaso?

-Sabes que llegué a último momento. Cuéntame el principio, ¿quieres?

-¿Para qué? Mejor olvidar, Fermín. Nada remediamos rascándonos las llagas.

-Necesito saberlo todo, sin los ocultamientos que seguramente han de venir para deformar los hechos.

No quise explicarle mis razones. No todavía. Y es que el esbozo de una idea agitaba reiteradamente mi cerebro; comunicar a sor Verónica y al Ministro Universal de Indias don José de Gálvez las barbaridades ocurridas en el asentamiento patagónico. Estaba seguro de que mi querida monja haría de mi carta un pendón* de justicia bien alto en las cortes de España. Así, pues, apuré a Mateo:

-Necesito saberlo. Empieza.

Tras largas vacilaciones, dio media vuelta y me preguntó incisivo, cortante:

-¿Todo, Fermín? ¿Absolutamente todo?

* Ribazo: (m) Porción de tierra con elevación y declive.

* Comparsa: (f) Grupo de personas que, ataviadas de forma similar, frecuentemente con intención jocosa o sarcástica, participan en una fiesta popular.

* Rigodón: (m) Cierta especie de contradanza.

* Pendón: (m). Insignia militar que consistía en una bandera más larga que ancha y que se usaba para distinguir los regimientos, batallones, etc.

Asentí con la cabeza. Mateo, sin embargo, resistíase a desenterrar lo que tenazmente estaba dispuesto a cubrir para siempre a cal y canto. Pero al fin empezó a desenvolver el trajinar de los hechos con la vista tercamente puesta en los ramajes salpicados ya de oscuridades:

-Cuando acabamos con la “heroica” misión en Potrero Chico, la partida siguió hacia la tribu del Cacique Francisco que, como sabes, está a unas treinta leguas del fuerte. Iba yo en avanzada acompañado por otros dos soldados y un baquiano, registrando todos los potreros, con el pretexto de hallar al desertor que huyera días atrás hacia las tolderías. Lo que hacíamos, en verdad, era asegurarnos que no dejábamos detrás nuestro cacique. El sargento quería saber de cuántos hombres disponía el jefe indio antes de ponerse a cumplir sus propósitos. Ten por seguro que desde nuestra salida del fuerte la estrategia del engaño y el disimulo viboreaba en la mentalidad retorcida de Bores... ¿Estoy cayendo en pequeñeces, Fermín? ¿Quieres que vaya sin vueltas al meollo...?

-Adelante con todo, Mateo, con todo. Así, cuando quieran deformar lo verídico en expedientes y descargos, podré desmentir en conciencia a los follones* e hipócritas que se me pongan delante.

-Ignoro qué sueños y locuras tienes en mente, pero ahí va: Inmediatamente después del mediodía, el baquiano divisó dos jinetes indios. Los seguimos y, tras revisar las armas, el total de la tropa irrumpió en la tribu. El cacique, al oírnos, salió de uno de los toldos con la sonrisa en la cara y la mano en alto, mientras exclamaba: “Amigos”. Respondió Bores con manifiesta perfidia diciéndole que “buscábamos al desertor”, y a renglón seguido hizo un montón de preguntas. Así supimos que había muy poca gente en el potrero, pues casi todos los hombres boleaban guanacos lejos de allí. Le pidió entonces autorización para revisar los corrales, pretextando que dejaríamos en ellos la caballada para seguir a pie hasta Choele Choel en permanente rastrillaje. Además le solicitó un baquiano, a lo que el cacique accedió complacido, sin sospechar el pobre la suerte que le esperaba.

Exhaló Mateo un suspiro... o un quejido, pues no tuve evidencias claras si era una cosa o la otra. La noche se nos venía encima con sus iluminarias. Las aguas sostenían misteriosos diálogos con los pastizales, acariciados suavemente por la brisa, y, encima nuestro, el amor era un susurro de píos y revoloteos, mientras los grillos se “hablaban” con el cordaje secreto de sus violines. La verdad sea dicha: tanto Mateo como yo sentíamos la urgencia de que el relato acabara y se perdiera de una vez en la noche calma, rebosante de mágicas resonancias. Pero mi amigo prosiguió con la tortura de sus visiones.

-El sargento empezó a desarrollar enseguida sus estratagemas bajo la mirada atónita del cacique. Colocando algunos soldados de trecho en trecho munidos de boleadoras, hizo que voltearan los caballos de los indios que intentaban huir, para matar a estos últimos una vez en pie. Así murieron varios. Luego, el sargento mismo se puso a dirigir el bloqueo en la margen del río, para evitar el escape por el camino de las aguas. Pero

* Follón: (adj) Vano, arrogante, cobarde y de ruin proceder.

uno de los indígenas casi logra cobrarle su crueldad: al intentar Bores balearle, se le abrazó, impidiéndole el uso de las armas. El mapuche, hombre fuerte, decidido, pretendía arrastrarlo consigo hacia el escarpado declive de la barranca, y lo habría hecho sin la oportuna intervención del cabo Torralba, que llegó a tiempo a atravesar al indio por la espalda, salvando a Bores de una muerte segura. Y aquí, Fermín, suelta uno de mis inexplicables contrasentidos: ¿por qué, pese a mis odios y deseos de venganza, sentí alborozo al ver que el indio, con su herida, había logrado salvarse nadando hasta una de las islas? ¿Puedes explicármelo? No lo intentes, pues solo encontrarás un gigantesco signo de culpa, uno más, en mis reacciones y sus consecuencias, pues el episodio de marras* puso en el corazón del sargento la furia de mil demonios aullando, despotricando, ordenando la matanza de la tribu entera. Una bala atravesó el pecho del viejo cacique, que miraba con horror cuanto sucedía. Junto a él fueron muertos siete indios, aparte de los sacrificados al comienzo; tres mujeres y cuatro criaturas... Conoces de sobra cuánto ocurrió tras la masacre: incendio de toldos, requisa de la caballada y el apéndice macabro de arrojar los cadáveres al río Negro, en una segunda edición de lo acontecido en Potrero Chico... Y basta, Fermín. No, espera. Déjame decirte lo siguiente: ¡por vida llevaremos el oprobio de nuestra vergüenza como estandarte de la infamia!

Por un buen rato nos mantuvimos callados, de espaldas en la arena, vagando con nuestros pensamientos por los bordes de un abismo amenazador; anticipo, quizás, de las horribles pesadillas que, por largos años, harían de nuestro dormir un recogedero de inquietudes exacerbadas. De pronto oí un sollozo, y pregunté preocupado:

-¿Lloras, Mateo?

De un salto se puso de pie y, erecto, mirando al río teñido de sombras, gritó en un arranque de furia y sollozos:

-¡Sí, lloro, maldito sea! ¿Es que no entiendes? ¡Juré a Eulalia matar a cuanto indio se me pusiera delante! ¡Para eso me hice soldado! ¡Le fallé, le fallé! ¡Solo supe dar sablazos al viento, cobarde, hecho un infeliz de la peor especie...!

-Espera, Mateo, espera -le reconvine impresionado por el dolor que rezumbaban sus palabras- ¿Hubieses preferido ser un Bores asesino y salvaje?

-Sabemos, acaso, ¿por qué el sargento Bores hizo lo que hizo? ¡Quizás él, como yo, tuvo una Eulalia y...!

No terminó la frase. Casi corriendo trepó por la barranca en dirección al fuerte. Sin atreverme a seguirle, quedé allí, tendido en el ribazo, tratando de hallar dentro de mí algo en qué sujetarme... Solo encontré la lúgubre sensación de que, tal vez, muy cerca, cuerpos de mujeres y niños iban corriente abajo mecidos por las acariciantes y piadosas aguas del río...

* Marras: (loc. adj) Que es conocido sobradamente.

CAPÍTULO 33

De regreso a casa iba examinando por el camino los altibajos de la charla que mantuviera con Mateo.

Divagando por terrenos resbaladizos, y hechos a la medida del *Quijote*, iba acercándome a la casa. La impaciencia apuraba mis pasos, pues quería comenzar esa misma noche las cartas destinadas a sor Verónica y a don Francisco de Paula Sanz con el relato de las tragedias ocurridas con los pobres mapuches.

Tras la cena, me retiré desoyendo las sugerencias de *Puchero* para que le acompañara en la sobremesa. Parte de la noche estuve escribiendo a la luz de unas velas, mientras los gemelos dormían profundamente, roncando sin estridencias y rebullendo de tanto en tanto para mejor acomodar sus corpachones. Cuando hube terminado salí a que el aire de la noche me refrescara la cabeza. La bellísima Cruz del Sur marcaba mas o menos las dos, y los huesos exigíanme sin excusas la blandura del colchón. Me desvestí mirando los despachos bien plegados, con los sellos protectores correctamente sujetos y la clara letra diciéndome a quienes estaban dirigidos. Apagué las velas y pronto el sueño me otorgó su inconsciencia, sin tironeos ni pesadillas.

Puchero nos despertó en la mañana dando voces y zamarreando a los gemelos. Ya sentado en la cama, le pregunté, señalando los despachos puestos encima de la mesilla:

-¿Cuándo cree usted que podremos mandar esa correspondencia?

-A ver, a ver... -dijo rascándose con el índice la cabeza-. El jueves, creo, llega a la Boca el bergantín que viene de San Julián, si es que no ha sido hundido por las tormentas del Sur.

-¿Podría usted encargarse de que las cartas viajen sin tropiezos? Conoce mejor que yo a quien confiarlas. Es preciso que vayan seguras, sin demoras inútiles...

.....oOo.....

Con el paso de los días el ánimo de todos iba tornándose menos hosco y proclive a echarse atrás el desagradable ronroneo de la conciencia. Mateo esperaba, cosa indudablemente mejor que andar en las tinieblas de un vacío sin esperanzas. *Puchero* había puesto en buenas manos los informes dirigidos a sor Verónica y a don Francisco de Paula Sanz; con ellos en viaje, también yo aguardaba la explosión del polvorín colocado bajo los pies de don Juan de la Piedra y del sargento Bores. Entre tanto, las ataduras con Huilen se fortalecían en encuentros casi diarios en el refugio hecho de pastos y colgaduras de sauce. Allí estábamos, en horas de la siesta, contemplando de espaldas el sol radiante que jugaba entre las hojas, cuando una sombra invadió el “nido” y una voz enérgica dijo en tono bajo, sin estridencias:

-¡Afuera, antes que os saque de los pelos!

Era doña Encarnación de Rojas y Galán. Cruzada de brazos y un gesto duro en la cara. Respondiendo a la orden imperativa me puse de pie rápidamente. Huilen lo hizo

sin alterarse, para enseguida enfrentar a la cacica y decirle sin rebozos:

-¿A qué viene ésto, madre? Una sola pregunta habría evitado escena tan desagradable...

-Calla y ven a casa. Tu con nosotras -me dijo dándose vuelta y caminando hacia la tribu...

“Ven a casa”, había dicho; no “a la tribu” o “a la *ruca*”... Doña Encarnación de Rojas y Galán se deshizo así del cacicazgo y asumido altanera su linaje. La vestimenta india, el aspecto de mujer hecha a los avatares de la vida primitiva, año tras año, no fueron capaces de borrar lo heredado de sus mayores; ése timbre también Huilen evidenció al enfrentar con dignidad de princesa la ríspida postura de su madre. Sí, mi muchacha lo era, sin duda: una princesa por partida doble, pues su sangre poseía las dos corrientes encauzadas por liderazgos de siglos. ¿Qué significaba yo en aquel andarivel de los elegidos?

Dudé entre quedarme allí, desobediente y cerril a las imposiciones de doña Encarnación, o marchar con ellas. Huilen me sacó del balanceo tomándome de la mano para conducirme tras los pasos ligeros de su madre. Lo hizo con tal naturalidad que el resistirme hubiese parecido una irreverencia. Así unidos, sin decir palabra, llegamos al poblado indio.

Nada había variado en el interior de la *ruca*: las mismas pieles finas, la distribución de los aposentos, el orden cuidadoso de los bártulos, seguía igual a la última vez que en ella estuve. También la limpieza resultaba ejemplar en un medio donde las polvorientas ventolinas eran constantes.

Me ubiqué en el asiento que doña Encarnación me indicara; a mi lado lo hizo Huilen, la mirada fija en su madre y el cuerpo tieso. Cuando doña Encarnación nos vio así, quietos y a la espera, dijo en tono forzado, contenido:

-Huilen, tu padre estará con nosotras dentro de dos o tres días. ¿Has pensado que decirle sobre éste ... romance tan imprudente y absurdo?

-Toda la verdad -respondió Huilen sin vacilaciones.

-La verdad suele tener muchas caras, hija. Ojo, no vaya a mostrarse en forma que tu no quisieras.

-La verdad es una sola -dijo Huilen y agregó-. Estás, madre, negándote a ti misma; siempre me afirmaste lo contrario de lo que dices ahora.

Calló la madreña a fin de asimilar el bandazo*, como diría *Puchero* en su jerga marinera, y dijo incisiva, con cierto retintín en la voz:

-No hay duda que has crecido, hija. Bien, ahora responde: ¿Qué harás si tu padre exige que abandones el... desvío, digamos, que se ha producido en tu comportamiento?

-Pues simplemente obedecería sus órdenes.

Pegué tal respingo que Huilen hubo de aquietarme poniendo su mano en el dorso de la mía, para agregar sonriente:

-Oh, madre. ¿A qué pensar que el gran cacique, el hombre respetado por su espíritu

* Bandazo: (m) Cambio brusco de rumbo o de actitud.

justiciero, vaya a traicionarme a mí, su hija, enviándome al sacrificio? Tampoco usted lo haría, pues de hacerlo. La nobleza que trató de inculcarnos no sería otra cosa que escudo de barro expuesto a los vaivenes de las conveniencias.

-¡Dios! ¡La que así hablaba era mi Huilen! Ni Teresa de Ávila habría dicho mejor lo que ella dijo, serena, la frente alta y el ademan reposado. Yo le miraba absorto, cual si hubiese visto un diamante brillando entre cenizas. ¿Y doña Encarnación? Pensad en una madre que de pronto ve surgir de su vientre semejante “fenómeno”, y tendréis a la cacica con la boca abierta y el asombro retozando en la mirada. Le dije:

-Suele ocurrir, doña Encarnación. Hay conocimientos que no se aprenden, nacen con uno y a la buena de Dios. Tengo una hermanita que aprendió sola a leer de atrás para adelante, y anda por el mundo como si tal cosa.

Al vuelo pescó la noble madrileña el cabo que sin querer estaba tirándole para salir del atolladero en que su hija nos metiera, y preguntó cáustica:

-¿Una hermanita? Vamos, Fermín: ¿No eres un expósito dejado igual que un paquete a las puertas de un convento? ¿O nos tenías engañadas?

-Jamás he mentido. ¿O cree usted que los milagros solo ocurren en su familia? He dado con mis verdaderos padres, y desde hace muy poco tiempo puedo asegurar que soy hijo legítimo de doña Mónica Aguirre y de don Jonás Cañizo. Pero a no ilusionarse, doña Encarnación: nada tienen de duques, hidalgos o cosa que se le parezca. Campesinos. Eso son. Vulgares campesinos que nacieron nobles por el simple recurso de ser honrados. Huilen conoce la historia. Quizás un día pueda contársela a usted, y verá de que modo suelen hacerse realidad las “Novelas Ejemplares” de Cervantes... Pero basta de circunloquios. Ahora quiero, exijo, que escuchéis lo que tengo encerrado en el pecho desde el momento mismo en que usted se nos apareció igual que un duende en el bosque...

-¡Insolente! ¿Me estas llamando bruja? Me increpó tras una deliciosa sonrisa.

-No, señora -le respondí-. Es usted demasiado hermosa para compararla con semejante esperpento. Quiero decir que estoy cansado de representar el papel de un convidado muco, sin arte ni parte en un diálogo de sordos. Escuchad, que también tengo algo para deciros.

-Pues anda, hombre -respondió la cacica a mi dilatado prólogo-. Quizás logremos descubrir el milagro de la chispa en el pedernal.

Pasé por alto la ironía, miré a Huilen, intrigada por mi sorpresivo arranque, enfrenté a doña Encarnación y, tras una pausa sabiamente medida, largué cuanto me estorbaba por adentro:

-Ahí va: Huilen será mi esposa pese a quien pese y cuando ella así lo decida. Me importará un cuerno que el señor Chololaquin se oponga, o que doña Encarnación de Rojas y Galán sueñe el ver a su hija dueña de un imperio. Nada tengo y nada valgo, salvo la vida que pondré a los pies de Huilen por el resto de nuestras vidas. ¿O qué pretende, señora? ¿Verme convertido en un padre Rafael sin agallas para luchar con los poderosos, y que dejó ir a la doncella que fue y será la luz de sus ojos? ¡Conoce la historia, verdad, señora?

-Calla, Fermín -musitó la cacica- ¿Qué sabes tú...?

-Esta vez no sera usted quien decida -agregué sin hacer caso de sus palabras-. Ni el gran cacique podrá impedirme hacer lo que él hizo con el empuje de su raza indomable y el corazón hecho un volcán; arriesgándolo todo: poder, orgullo, tradiciones, con tal de hacer suya la mujer que otro, mitad hombre y mitad santo, no se atrevió a seguir con espíritu de rescate.

Me puse de pie y, dirigiéndome afuera, agregué antes de trasponer la abertura:

-Huilen queda a su cuidado, doña Encarnación. Que nada le ocurra, o sabréis de lo que es capaz un vasallo cuando está de por medio la mujer de su vida.

Y me fui caminando con paso rápido hacia el fuerte, pues se acercaba la hora de tomar servicio.

.....oOo.....

Aún debía recorrer un buen trecho para avistar los muros de la ciudadela, cuando vi un caballo con su jinete que venía a mi encuentro. No tardé en percatarme que el jinete era Mateo y el caballo Babieca. Cuando estuvo a mi lado, desmontó Mateo sin esperar a que Babieca cesara del todo su galope, y me enrostró casi sin respirar:

-¡Huye, Fermín! He traído tu caballo para que no entres en el fuerte. Quieren apresarte... no se porqué, más el asunto pinta muy fiero.

Tomé las riendas y permanecí de pie, mirando a Mateo sin acertar con los motivos de semejante aspaviento. De pronto me pareció que daba en la tecla: Habían descubierto, me dije, mi abandono de la tropa cuando la 'operación masacre'. ¡Maldito sea! Aquello iba a causarme más de un dolor de cabeza. Pero al hacerle partícipe de mis temores, Mateo negó enfáticamente con enérgicos cabezazos, mientras decía:

-¡No, Fermín, no es eso! Se trata de algo mucho más grave.

-Estás loco. Salvo esa falta grave de por sí, nada pueden achacarle a mi conducta.

-Se habla de alta traición, algo parecido. Mi apuro por avisarte me impidió escarbar a fondo.

-¡Alta traición! -exploté furioso- ¿Sabes tú lo qué significa *alta traición*? Esto he de aclararlo aunque me cueste la vida. ¡Alta traición! ... ¡Alta traición! ...

Y farfullando las palabras, indignado, ofuscado, monté a Babieca de un salto y dije a mi amigo: “Disimula nuestro encuentro y no te mezcles en el asunto, sea cual sea”.

-¡Mierda! -me gritó al arrancar yo en desahogada carrera y, haciendo bocina con las manos, aún pudo hacerse escuchar, plantado allí, abierto de piernas en la mitad del camino- ¡Cuenta conmigo, Fermín! ¡Somos amigos... carajo!

La última expresión batió el aire con prolongaciones de clarinada. Mateo aprendía a rebelarse, aunque para ello tuviese que recurrir a palabrotas. ¿Acaso no iba yo masticando insultos y maldiciones mientras Babieca tragaba el camino galopando, galopando cual si mil demonios trataran de engullirnos? De pronto tiré las riendas, poco a poco, hasta lograr un trote sosegado, de romería... ¿Por qué llegar al fuerte con la imagen de la desesperación pintada en mis actitudes? “No, Fermín, no. Tranquilo, tranquilo...; tomarás el puesto con la naturalidad de siempre, y que vengan a endilgarte

infamia tras infamia... Ya te encargarás tú de convertirlas en humo, en castillitos de arena...” Y hablando así conmigo mismo llegué hasta el corral, puse en él a Babieca e hice mi entrada al estilo de los triunfadores, exagerando quizás, pues resulta difícil dar con el término justo cuando el baile anda por dentro.

-¡Alto! -resonó una voz detrás mío cuando apenas había dado veinte pasos.

Me detuve. El sargento Bores apareció a mi derecha, paseó su mirada por todo mi cuerpo, y flemáticamente dijo:

-Por orden del superintendente quedas arrestado. Irás al calabozo y en él quedarás hasta que se te pudran los huesos.

-¿Cuáles con los cargos? -interrogué aparentando serenidad.

-Lo sabrás cuando nos dé la gana decírtelos, no antes. En marcha...

Y así cargué con una de las tantas experiencias que, si bien enriquecieron el morral de mis peregrinajes, consiguieron en cambio hacer de mi guarida de fantasmas y cobijo de tristezas inacabables.

El calabozo era un cuchitril terminado a la ligera, con ventanillo enrejado junto al techo de paja y tirantería de sauce. El camastro, con jergón sin almohada y desnudo de todo cobertor, iba de pared a pared, reduciendo el espacio al punto mínimo de un cuerpo sin pretensiones de largueza.

Me senté en la cama y, al hacerlo, las resacas espadañas crujieron lastimosamente, viéndome así, sujeto en aquel ataúd de ladrillos sin revoque, falto de luz y aislado, comprendí porque los reclusos escapaban, prefiriendo someterse al indio antes que verse encerrados en semejante agujero.

No obstante, puesto a examinar aquello de arriba a abajo, curioso ante la novedad de verme preso (todo un personaje gozado muchas veces en truculentas lecturas o relatos de ciegos trashumantes), no había aún medido lo que estaba ocurriéndome; no plenamente. O si queréis, del modo en que se vive un error que ha de aclararse sin consecuencias. Solo cuando las horas fueron pasando una tras otra, y la luz del ventanillo se diluyó hasta ser una sombra más en las sombras del calabozo; cuando los sonidos exteriores se amortiguaron y desaparecieron en un silencio inquietante, húmedo, oliendo a mi cuerpo y a los cuerpos que se acostaron antes que yo en la tarima, empecé a meditar seriamente en las palabras dichas por Mateo: “Alta traición”. ¿Qué había hecho para merecer oprobio de tal magnitud? ¡Aquello carecía de sentido! Y como no tenía sentido, ¡a cagarse en los idiotas capaces de inventar barbaridades! Comencé a despotricar dando puñetazos al jergón y patadas contra la pared. Viendo que la furia iba imponiéndose dándome a cambio la moneda falsa de la sinrazón y la torpeza, amainé la bronca y me puse a pensar cuerdamente en las actitudes de un Fermín de la Colina, víctima de infundios, calumnias o lo que fuere... De una cosa estaba seguro: jamás abandonaría el compromiso firmado con la corona. Así me ahorquen, ¡maldito sea! Tras un rato de cavilaciones dispares, me dije a modo de consuelo: ¿A qué desesperarme cuando tengo a Huilen llenando a pleno la vastedad de mis sentimientos? ¡Pues a pensar en ella! Y así diciendo, me eché en el camastro, puse los brazos bajo la nuca, y me obligué a repasar los mejores momentos vividos por Huilen.

Estaban por cerrárseme las escotillas, como diría *Puchero*, cuando una llave chirrió en la cerradura y, abriéndose la puerta, apareció una linterna con una luz mortecina y, detrás, la cara del alférez Piera, cejijunto y solemne, dando claras muestras de que el oficio de carcelero no iba con sus preceptos. Me dijo, apurándome y deseoso de abandonar cuanto antes el tugurio:

-Levántate y ven conmigo.

-¿Adónde?, pregunté sin moverme.

-A la capilla -respondió como si aquello fuera la cosa más natural del mundo.

Me levanté y, dispuesto a seguirle, dije achicando los ojos y frunciendo los labios: ¿Conque confesión tenemos? Confesión y ejecución riman admirablemente, ¿no?

-Déjate de tonterías y evita los ruidos. Hay órdenes de no alborotar el gallinero. Tú, delante, vamos.

Callé, pues todo aquello sobrepasaba mi capacidad de asombro. Un airecillo suave me abanicó quitándome los olores del encierro. Oí a Piera decirme: “aguarda. Debo hablarte”.

Me detuve y él se acercó hasta casi tocar mi cuerpo. Tuve que esforzarme para entenderle, pues su voz fue apenas un susurro. Expresó:

-Sabes que te aprecio y, para tu bien, deseo prevenirte. Ocurra lo que ocurra, en adelante domina tus impulsos, por demás levantiscos. Si actúas con prudencia nada te sucedera.

Me disponía a responderle, o interrogarle, no lo sé, pero me contuvo apretándome el brazo:

-Calla -me dijo-. Hay orejas por todas partes. Camina en silencio hasta la capilla.

Impresionado por aquel despliegue de misterios, me dirigí cautelosamente hacia el templo y entré en él. Detrás mío lo hizo Piera, quien, dejando el farol en el suelo, cerró la puerta con sumo cuidado. Me indicó. “Sígueme”.

La capilla, iluminada únicamente por la luz mortecina del farol y la roja del altar, se recogía en un reverbero de sombras. No, no me equivoco: las sombras, impregnadas de incienso, vibrando aún en la diafanidad litúrgica de las plegarias, soltaban fosforescencias inexplicables. Tal vez algún místico pueda aclarar el misterio, que no yo, pues el éxtasis era ajeno a mi idiosincrasia y Piera estaba diciéndole a una figura sentada cerca del altar:

-Aquí está Fermín de la Colina, señor.

-Bien, Piera. Deje la linterna aquí, y dígale al muchacho que se acerque. Usted vigile la puerta y procure que nadie entre.

¡Era don Juan de la Piedra! Si algo faltaba para agregar a esa noche de brujas, allí estaba alguien para rematarla. Y debéis creerme, porque el farol, alumbrando desde abajo ponía a la figura del comandante tintes fantasmagóricos; agregadle a ello la sugestión de un templo sumido casi en las tinieblas, y decidme si los detalles no son de figurar en las ficciones de las más disparatadas fantasías.

Obediente a las señas del alférez me acerque receloso a de la Piedra.

-Siéntate a mi lado -dijo mientras señalaba un esmirriado banquillo-. Deja que termine mis oraciones, que no son muchas, pues jamás tuve tiempo sobrado para entregarme a beaterías*...

Y se encerró en un silencio interrumpido de vez en vez por breves bisbiseos*, hasta que, soltando un suspiro, trazó sobre el pecho la señal de la cruz. Seguidamente, sin desviar la mirada puesta en el altar, preguntó por lo bajo:

-¿Quien es sor Verónica de la Cruz?

Dí un respingo. Lo que menos esperaba yo era un interrogante de tal naturaleza. Le expresé con toda la llaneza de que fui capaz:

-La monja que me crió siendo niño e hizo de mí lo que soy.

-¿Qué relaciones hay entre ella y el señor Ministro General de Indias?

-Las comunes entre la superiora de un convento y un gentilhombre del rey.

-¿Y tú, qué tienes que ver con el actual Intendente de Buenos Aires, don Francisco de Paula Sanz?

-Nos conocimos en el barco “Princesa” durante la travesía a Buenos Aires.

Las preguntas hechas por el señor superintendente empezaban a llenarme las narices. Me sentí igual que un hereje sobre el banquillo. Empecé a sospechar que la escenografía y el interrogatorio eran más propios de un inquisidor escarbando en la conciencia del acusado que de un jefe reconviniendo faltas. No obstante, pensé en los consejos del alférez y me mantuve en silencio, prudente, aunque la ofuscación estaba adentro.

-Ahora dime: ¿Estas cartas las escribiste tú?

De un brinco abandoné el banquillo. ¡No podía creerlo! ¡Eran las mías, las destinadas a sor Verónica y a don Francisco de Paula Sanz! La indignación trabó mi lengua y tardé en responder. Lo hice al fin dirigiéndome a una figura estática, manchada de oscuridades y manteniéndose muda frente a mis reacciones.

-El abrir cartas ajenas cosa es de, de... -exploté-, mascullando el término que se negaba a salir. Lo expresó él, con indiferencia rayana en el insulto:

-De sinvergüenzas y embrollones, ¿no? Anda, siéntate.

Permanecí de pie, dispuesto a desatar la lengua y hacerle blanco de las invectivas que se me atragantaban cerriles, obstinadas... Pero don Juan de la Piedra echó al cesto mis propósitos insistiendo con voz autoritaria, mandona, propia de quien está acostumbrado a ser obedecido:

-He dicho que te sientes... no me obligues a emplear la violencia en la casa del Señor.

Me senté. ¿Qué remedio tenía? Yo era un simple soldado y él comandante en jefe. Y así, quieto, con un mutis en los labios y mirando de reojo las cartas con que de la Piedra golpeaba sus rodillas, esperé, con más ganas de arrancárselas furioso que de aparentar una obediencia impuesta por la fuerza. Dijo al fin, tras larga pausa y tono sosegado:

* Beatería: (f) despect. Actitud de la persona beata o muy devota.

* Bisbiseo: (m) Acción de bisbisear, musitar

-Te habrás preguntado por qué razón esta entrevista tiene lugar en un templo, de noche, a la luz de un farol que apenas alumbra los zancajos*, y a solas, ¿verdad? Pues te lo diré enseguida. Quiero que jures, Fermín de la Colina, ante el Santísimo Sacramento, que cuanto dices en estas cartas es verdad, toda la verdad... ¿Has comprendido?

Si me hubiesen dicho... pero no; si mi cerebro... tampoco, no... ¡Mierda!, me dije sin respetar, Dios me haya perdonado, el lugar en que me hallaba. ¿Qué responderle a un sinvergüenza que viola cartas y lo confiesa descaradamente? ¿Qué escondía don Juan de la Piedra con su actitud plagada de misterios más propios de melodramas baratos que de un hombre con sus cargos y prebendas? ¿Dónde hallar la respuesta? Porque eso de jurar por jurar... Viendo que tardaba en contestarle me dijo de manera desabrida:

-Bien... le temes al juramento. Ello indica que cuanto dices aquí (golpeaba los pliegues con el índice) son invenciones de un pillo enredador y sin merecimientos para estar al servicio de su majestad, nuestro rey. Retírate. Tu lugar no es otro que el calabozo de donde vienes... y al cual volverás por largo tiempo.

-Aguarde, señor de la Piedra. Nunca juraré a pedido de follones y cretinos, aunque amenacen con la horca -dije sin titubeos y mandando al diablo las advertencias del alférez-. Confíese ante Dios su entrometimiento en la privacidad de los otros y yo juraré cuanto me pida.

-Sabía de tus soberbias y desparpajos, mas nunca pensé que fueran tantas. Por todos los diablos, haré que te arrepientas de haberlas pronunciado. Escucha:

Disimuló un bostezo a todas luces fingido, copiado seguramente de los petimetres* de la corte (una manera de ocultar la falta de sesos con desabridas pedanterías aunque no fuera este el caso de don Juan de la Piedra), y continuó:

-Me resulta difícil ponerme a la altura de tus escasos conocimientos. Pero Cristo, que nos contempla desde el tabernáculo, será testigo del esfuerzo que haré para que tú y yo hablemos de igual a igual...

No le creí, ¡pero cuán fascinante resultaba escuchar a don Juan de la Piedra metido en un atolladero! Sin embargo, me pareció advertir en sus palabras un tono de sinceramiento que, aún forzado, me exigió el empleo de todas mis facultades. Me dispuse, pues, a no perder ripio del aderezo que preparaba entre carraspeos y vacilaciones:

-Has de saber... que cuando se ejerce un alto mando es inevitable mantenerse en él a fuerza de agarrarse a los faldones de ineptos sin escrúpulos; de arribistas faltos de moral, de honor y de conciencia. ¿Qué hacer para evitar la caída? Pues jugar el mismo juego de la intriga, la traición y el disimulo de todos ellos. Encontrarás esos personajes entre los altos dignatarios de la Iglesia, los empingorotados* señores de la corte y los más zafios*

* Zancajo: (m) Hueso del pie que forma el talón.

* Petimetres: (m. y f.) Persona que se preocupa mucho de su compostura y de seguir las modas.

* Empingorotados: (adj) despect. coloq. Dicho de una persona: Elevada a posición social ventajosa. Aplicado especialmente a quien se engríe por ello.

* Zafios (adj) Dicho de una persona: Grosera o tosca en sus modales, o carente de tacto en su comportamiento.

covachuelistas dispuestos a falsificar escritos o perder expedientes por dos miserables doblones. Pese a toda esa cáfila* de buitres que acechan picoteando... basura, será posible mantenerse en el cargo únicamente si descubrimos deslealtades y hacemos de ellas armas sutiles con que defendernos. Todo es lícito en ese bailoteo de Judas y Pilatos. Es cuestión de ponerles anteojeras a los melindres interiores y... adelante, Fermín de la Colina, adelante...

-Y así llegamos a la violación de mis cartas. ¡Bonita manera de dar explicaciones!

-Jura ante Cristo que cuanto dices en ellas es verdad, y tal vez encontremos la otra pata del gato.

-¡Como si no supiera usted que mis informes son verdaderos!

-¿Por qué habría de saberlo? La verdad tiene muchas caras; es cuestión de saber cuál de ellas se acomoda a tus principios.

“La verdad tiene muchas caras...”. Por segunda vez en el día escuchaba definición tan absurda. Era la misma que utilizó doña Encarnación frente a Huilen. Me apresuré a refutarla con la misma dignidad con que lo hizo la hija del gran cacique:

-“La verdad es una sola” -y agregué sin respirar-. Las otras caras se pintan para engañar a... los distraídos.

Sin dar señales de haber recibido la estocada se rascó parsimoniosamente la nariz, y luego, calmo, pachorriento, habló cual si lo hiciera para sí mismo:

-Se que fuiste preparado para ocupar grandes destinos, pero a ninguno llegarás si te encaprichas en sostener preceptos fuera de una realidad que nos muerde el trasero y confunde nuestras mejores intenciones. He dicho que la verdad tiene muchas caras, y lo sostengo mal que te pese. Tiene tantas como culturas hay en este podrido mundo. Los mahometanos, los budistas, los protestantes viven cada uno su propia verdad y a ella se atienen. Anda y diles que la verdad verdadera es la nuestra. Se reirán de ti como de un loco. Afírmales a los araucanos, a los charrúas, a los guaraníes que sus creencias están viciadas del más asqueroso paganismo; que deben ajustar sus costumbres y las costumbres de sus antepasados a las revelaciones de nuestra fe; verás qué te ocurre. Yo he visto cabezas de españoles en la punta de las lanzas indias, y tropelías contra los niños y mujeres de esta tierra. A ver: dime en cuál de las dos caras está la verdad. Pero dilo al margen de la apologética* que te enseñaron abriendo libros y cerrando conciencias. ¿Sabías que casi todos los hombres que participaron en las barbaridades que olímpicamente relatas en tus cartas sufrieron en carne propia y en las de sus familias el saqueo, los degüellos de los malones indígenas en los campos de Azul y de Luján? ¿Qué esperabas que hicieran a impulso de los gritos que les salían de adentro reclamando venganza? ¿Ponerse a razonar cuál es la civilización y cuál, la barbarie...?

Debo reconocer que oía a don Juan de la Piedra con la boca abierta y mis facultades hechas un enredijo. Tal vez, sin él darse cuenta, estaba endilgándome el más puro

* Cáfila (f). coloq. Conjunto o multitud de gentes, animales o cosas, especialmente las que están en movimiento y van unas tras otras.

* Apologética: (f) Conjunto de los argumentos que se exponen en apoyo de la verdad de una religión.

eclecticismo, y yo lo escuchaba igual que un tonto de capirote*. Tal era mi vanidad, que no distinguí entre una postura filosófica y su escepticismo; un escepticismo hecho a la medida de sus peligrosas incursiones por las más inhóspitas y terribles geografías de la Tierra; mal pagado, sin recompensas honorables, sujetándose a los faldones de cortesanos con muchos títulos y poca cabeza. Comprendí que yo mismo trastabillaba en el discurso del superintendente, y traté de afirmarme, diciendo:

-Ahora, señor, ¿me podría decir para qué ha de servirle mi juramento? La verdad que sostengo, no es una cara más entre las muchas que, según usted, ostentan todas las verdades enumeradas por sus respetables conocimientos.

Pescó al vuelo la velada ironía de mis palabras y respondió de mal talante:

-Déjate de monsergas*. Con tu verdad y la verdad de los otros lograré la verdad verdadera. ¿Por qué no ha de ser cierto lo que Bores y su tropa afirman jurando sin vacilar cuanto les pido? Ya me cansé de aguantar tus impertinencias. Jura, o a dormir. Tú al calabozo y yo en la cama que me espera desde temprano.

Comprendí que había llegado al límite, y solo una obcecación sin sentido era capaz de prolongar diálogo tan absurdo. Después de todo... ¿qué me perjudicaba un juramento hecho ante Dios si el mismo era sincero? Pero quise jugar la última carta:

-Si juro -dije despaciosamente-, ¿permitirá que esas cartas cumplan su destino?

-Esa es harina de otro costal -me respondió con igual parsimonia-. Mas no te preocupes... cuando te dé las razones de mi negativa serás tú quien pedirá que las quememos.

Dejé el banquillo y, a paso reverencioso, fui hacia el altar. Me arrodillé en el primero de los dos escalones y en voz que pudiera ser oída por don Juan de la Piedra dije después de persignarme:

-Juro ante Nuestro Señor Jesucristo, presente en el Sagrario, que todo cuanto escribí a sor Verónica y a don Francisco de Paula Sanz es verdad, lisa y llana, sin deformaciones ni inventivas fuera de la más absoluta realidad.

Tras el juramento permanecí arrodillado, con las manos enclavijadas una con la otra y mirando devotamente la rústica cruz puesta por encima del altar. Hasta mí llegó la voz de don Juan de la Piedra:

-Ven, hijo... Siéntate a mi lado un poco más.

Así lo hice. El banquillo no me pareció ya el de los acusados.

-Bien, muchacho -me dijo el famoso navegante-. Estas cartas tendrán el destino que tú quieras. Pero ten por seguro que si las mismas llegan a las manos del rey, esta colonia será desmantelada, la guarnición militar que la protege quedará deshecha y todos los afanes puestos en la fundación los veremos convertidos en agua de borrajas. Son muchos y poderosos los intereses que pugnan por hacer de la Patagonia tierra de nadie.

La mecha del farol comenzó a temblequear y nuestras sombras parecieron movedizos

* Capirote: (loc. adv) coloq. Usada para intensificar la expresividad de ciertas voces despectivas a las que sigue.

* Monsergas: (f) Exposición o discurso fastidioso, pesado o repetitivo, y en ocasiones reprensivo.

fantasmas sobre las paredes y el techo de la capilla. Agachándome regulé la llama. De pronto, noté que el cuerpo de don Juan se doblaba hacia adelante mientras su mano derecha se asía de la chaqueta convulsivamente. Su respiración se hizo dificultosa. Sin pérdida de tiempo me arrimé a él y, tomándole del brazo, le requerí:

-¿Ocurre algo malo, señor?

No respondió enseguida, pero echándose hacia atrás aspiró con ansias unas bocanadas de aire. Insistí:

-¿Llamo al médico?

Me dijo “no” con la cabeza y lentamente fue recuperándose. Luego expresó con sonrisa macilenta:

-El médico... ¡bah! Estará durmiendo la mona. Nada lograremos con llamarle. Sus tisanas y mejunjes me resultan ya ineficaces. En fin... por suerte, solo muy de tanto en tanto se le ocurre a este sorprenderme con sus jugarretas.

No quise responder con trivialidades y opté por ocupar de nuevo el banquillo, atento a lo que mi jefe quisiera mandarme. No tardó mucho en ponerse de pie con cuidado, fija la mirada en el altar y ensayando un primer paso.

-Ven, Fermín -me dijo tendiéndome la mano-. Toma el farol... y andando. Tendrás que ayudarme, pues el caminar se me hace difícil.

Tomé la linterna y me arrimé a él. Apoyado en mi hombro, recorrimos a paso medido la capilla. Afuera esperaba el alférez sin sospechar lo que ocurría. Le dijo de la Piedra sin detenernos: “Esperad un poco, alférez, el muchacho me acompañará hasta mi aposento y enseguida podréis encerrarlo en el calabozo”.

Y mientras caminábamos comentó el superintendente: “Al pobre Piera le toca siempre lo peor: amañar, amañar, amañar...”

Cuando llegamos a su cuarto encendí la lámpara puesta sobre la mesilla de noche, le ayudé a desvestirse y se acostó suspirando con evidente complacencia. Iba a retirarme, cuando se le ocurrió el consejo:

-No andes a solas por el fuerte -me dijo- y permanece encerrado hasta mañana. Alguien puede caer en la tentación de cerrar tu boca con un navajazo por la espalda. Anda, y no comentes con nadie, ni aún con Piera, mi indisposición. ¿Entendido?

Mientras iba al encuentro del alférez alumbrándome con el farol, pensaba en las últimas indicaciones del comandante: “Conque allí residía una de las razones del misterio: mi seguridad”.

Cuando llegué junto a Piera este se hizo cargo de la linterna y me indicó tajante: “Marcha adelante, rápido, pero en silencio”.

Pronto llegamos al calabozo, abrió Piera la puerta y, cuando hube entrado, me entregó el farol.

-Es mejor que lo tengas tú -me dijo y agregó indeciso- ¿Quisieras ayudarme mañana a redactar el expediente dando cuenta de lo ocurrido en los toldos? Sé que hallarás mejor que yo la forma de presentar la verdad deslindando culpas.

-Lo último que faltaba -pensé-; que el alférez venga a remacharme el clavo. Pero le di el consentimiento, a lo que respondió:

-Mejor así; te convendrá que vean tu buena disposición para salvar a los culpables.

Se fue asegurando la puerta con llave y cerrojo.

Me senté en la tarima con la cabeza entre las manos y los codos sobre las piernas. La linterna daba al calabozo tintes sórdidos, irreales, a mi cuerpo sombras deformes, absurdas. La entrevista con de la Piedra me había dejado sedimentos que en otras instancias hubiese repelido con ira, empleando, claro está, los subterfugios de una bien aprendida apologética. En cambio ahora, los resabios de un nihilismo trasnochado puestos por de la Piedra igual que naipes sobre una mesa de juego, turbaban y confundían la génesis de todos mis aprendizajes. Los deseos de llevar en alto el pendón de las evangelizaciones, ¿en qué se convertían? ¿El rescate de esclavos y cautivas, la defensa del indio explotado y corrompido, la justicia plena de la Ley de Indias, el rechazo a los encomenderos sin Dios y sin conciencia, todo, todo, no era otra cosa que viles mamparas para cubrir la basura de la Conquista? ¿De una Conquista “elegida por Dios para enaltecer Su Nombre y el de su Iglesia”?... Oh, Señor, necesitaba una síntesis, una señal algo que me mostrara la Verdad, sin sofismas ni acomodos. Tal como afirmara Huilen, que no significara un “escudo de barro expuesto a los vaivenes de las conveniencias”. Huilen... fue Huilen quien lo dijo con el aplomo del profeta. Era en ella, en Huilen, donde se conjugaba la verdad verdadera, la síntesis, la divina causalidad de la conquista. Ella era la encarnadura de una significación trazada por el transcurso de los siglos. La alquimia trascendente... Primero fue Chololaquin y doña Encarnación. Ahora Huilen... y yo, Fermín de la Colina. ¿No lo señaló acaso fray Gerónimo con sus predicciones de santo? “Huilen y tu sois el símbolo de la América por venir”. ¡El amor, sí, don Juan de la Piedra; el amor que justifica el parto doloroso de un Mundo Nuevo...!

... Y Dios metió sus manos en el barro, y en el barro sopló un poco, un poquitito para darle un alma, y el alma llenó de luz el ánfora... y la luz fue AMOR. ¡Dios así lo quiso!

¡Santo Cielo, en un cuchitril poblado de fantasmas había descubierto yo, esa noche, nada menos que un Secreto de Dios!

CAPÍTULO 34

Al día siguiente quemé las cartas. Y como en alguien tenía que confiar mostrándole los espantajos* de la noche de brujas que aún bailaban su aquelarre en mi cerebro, conté a Mateo lo sucedido desde el momento en que lanzó su “carajo” en medio del camino hasta la mañana siguiente, cuando libre ya del calabozo me presenté a tomar servicio. Relatados los más importantes “capítulos” de las novelescas peripecias ensartadas en el rosario del absurdo, solo respondió: “vaya broma”, y siguió con la vista en un madero semihundido y aprisionado por los arbustos de la orilla.

-¿Es cuánto tienes que decirme? -interrogué decepcionado.

Desvió Mateo su atención del palo que le embelesaba, y dijo mirándome:

-No se me ocurre otra cosa. Bueno... lo que has contado parece un cuento de viejas para espantar a los niños. Perdóname, pero no veo a don Juan de la Piedra convertido en personaje de ultratumba. Hoy andaba gritando a todos igual que una mula dando coces, bien real, sin las alas de murciélago con que le has pintado. ¿Quieres un consejo? A nadie cuentas esos disparates, pues te harán pasar por loco, a la manera del *Quijote* que tanto nombras.

Calló, tomó un guijarro y lo arrojó contra el madero, intentando así librarlo de las matas. Erró el tiro, y antes de que repitiera el intento le reproché de mal talante:

-¿Quién empezó el baturrillo? ¿Olvidas que fuiste tú quien se presentó en el centro del camino con las dos palabras “alta traición” levantadas a lo alto a la manera de un banderín infamante? Pero tienes razón: estas cosas no pueden decirse a cuerdos que no ven más allá de sus anteojeras si pueden concebir lo extraordinario. Los misterios se cuentan por millones y las realidades por docenas... ¡so brutos!

-Sí, sí, bueno, está bien -me respondió cual si me atara-. Creo cuanto me has dicho, Fermín. Ocurre que no lo entiendo, ni lo entenderá nadie...

Callamos por breve tiempo, los ruidos se hicieron notables en nuestras disminuidas percepciones, más atentas a las resonancias interiores que al bullicio de la vida estallando en voces lejanas, aleteos, zumbidos y el rumor sosegado del río. Después, sin mirarme, reflexionó Mateo:

-Pienso que caíste en una trampa. No puedo concebir, conociéndote, que te hayan engañado con un juego de luces siniestras y palabras rebuscadas. O de los aberrantes sucesos ocurridos en los toldos; una cáscara que se tira cuando se ha comido el fruto...

Miraba a Mateo, sin pestañear, asombrado por su decir sin volteretas. Cuando dejó un hueco por donde colarme, le reprendí:

-Antes no tenías palabras y ahora pareces un sacamuelas. Para, hombre. No soy cáscara inútil ni nadie me ha comido el alma. Simplemente, no he hallado aún las verdaderas razones de la parodia montada entre gallos y media noche. ¿Qué ha visto en

* Espantajo: (m) Cosa que por su representación o figura causa infundado temor.

mí de la Piedra para tomarme el pelo y hacerme representar el rol de tonto?

-¿Pero de verdad no te das cuenta? ¿De verdad no caes de la burra?

Negué enfáticamente con la cabeza, y Mateo dijo, poniendo en cada sílaba un doble, un triple subrayado:

-Han descubierto que tú eres un agente del Ministro General de Indias, el personaje todopoderoso, la mano derecha del rey, y quieren anularte o bien ponerte del lado que mejor les cuadre. ¿Está claro?

Quedé confundido, sin saber qué argumentar. Mateo había puesto el dedo en la llaga, y yo no podía develar el secreto urdido entre sor Verónica, el ministro y este, vuestro servidor. Vaya espía que hubiese resultado si desparramaba a voces la misión que me encomendaran. Pero algo tenía que decir y lo dije de modo ambiguo, livianamente:

-Mateo... amigo Mateo, jamás imaginé que fueras a desvariar de tal manera. Mis confidencias a sor Verónica, llamémoslas así, no son otra cosa que el encargo puesto por ella en mis bagajes para bien de nuestra fe: la defensa del indio.

-Lo cual no quita que tus comunicaciones hayan llegado a manos del ministro. Pensándolo como lo pienso yo, un bruto en política y más bruto aún en los enjuagues del poder, ¿no ha de suponerlo don Juan de la Piedra, un lince en esto del espionaje y en el buscar en aguas turbias? Algo han conseguido ya de vital importancia para sus propósitos: que tú les creyeras y quemaras por propia voluntad las cartas, traicionando así tus principios y la promesa contraída con sor Verónica. Te voy a dar un asomo para que veas de qué modo te pusieron el cencerro...

-Oye, oye, que a mí...

-Metiéndote miedo, simulando que una terrible venganza pendía sobre tu cabeza. Pues bien: yo, que he andado husmeando por todos los rincones de la guarnición, jamás advertí ni una mínima señal referente a tu supuesta injerencia en las culpas de los hombres que actuaron en la masacre; y la explicación es sencilla: nadie duda que tú participaste con ellos en la danza macabra. Fermín, he andado pregonando a quien quisiera oírme que estuviste conmigo, codo a codo, haciendo alardes en la matanza; cruel, salvajemente, sin piedad. Dime, ingenuo: ¿por qué en ningún momento se le ocurrió a don Juan de la Piedra amenazarte por la desertión durante la lucha, nada menos que para ir a solazarte con una indígena? Puedes dar gracias al enceguecimiento que el odio puso en los hombres para que tu heroica estrategia pasara desapercibida.

-Y a tu ayuda, Mateo.

-Mi actitud carece de importancia. ¡Mierda! ¿Somos o no somos amigos?

Tras lo dicho, Mateo agarró otra piedra y, con exacta puntería, dio en el madero, librándolo así de los arbustos que lo sujetaban.

Nada le dije del epílogo que resumía la prodigiosa trascendencia de esa noche que, absurdamente grotesca en su conjunto, acabó en un abanico de señales reveladoras: una América pariendo su destino en el espacio cósmico y ajena a la medición insignificante de los hombres. Pensando que no me entendería, prefería callarme. A Mateo le faltaba la palabra clave para descorrer el velo: Huilen.

.....oOo.....

Estábamos ella y yo juntitos sobre la hierba en medio de un calvero* borracho de sol, rodeados por añosas arboledas y saboreando una frugal merienda que Huilen llevara en una cesta india adornada con vistosos colores. Cumplíamos así con el rito de festejar todos los meses la fecha del memorable forcejeo, nuestro encuentro... el encuentro en el estallido de una burbuja de sueños hechos realidades por la consumación de una paradoja sobre el eterno pecado. La charla, sin embargo, nada tenía que ver con lo tantas veces comentado y repetido; más nos preocupaba en esos instantes los rumores achacados a correr por la colonia y por las tribus: ruidos sordos, opacos, de río subterráneo que horada las rocas y sale a la superficie en furiosos borbotones, para esconderse presto en procura de pasar inadvertido. Me decía Huilen, olvidando por momentos la comida:

-Mi padre está muy preocupado; y mi madre le sigue en sus inquietudes como un perrillo medroso, ella, que a nada le teme.

-¿Tan grave es la cosa, Huilen?

-No es que sea de inminente peligro. ¿Pero has visto cuando una gran tormenta oscurece los cielos y amontona nubes a baja altura, gordas, negras, amenazantes? Pues así ve mi padre los movimientos nerviosos de las tribus y la rebeldía de los capitanejos, que se mueven intranquilos. No hay duda de que las barbaridades cometidas por ustedes en Potrero Chico y en los toldos de Francisco mucho tiene que ver con la situación. El odio ha crecido y es aprovechado por los rebeldes para exigir la guerra contra el *huinca*.

Huilen hablaba con tono bajo. Había en su figura una idealidad ambigua; no eran solo, no, las alarmantes perturbaciones señaladas con innegable pesadumbre. Era algo más: ¿un ensueño prendido en las pestañas? ¿Cierta nostalgia traducida en ademanes imprecisos, asomándose desde adentro a modo de secretos que se resisten a la revelación? ¿Impresiones más brotadas de un segundo plano? Mi principal propósito consistía en no perder vocablo de lo que Huilen expresaba, ya que la inquietud de las tribus era la inquietud de todos. Pero ella apenas daba a sus comentarios el empaque requerido por una situación tan escabrosa. El ensueño en sus pestañas... Y, sin embargo, era la Huilen de siempre, con sus maneras sencillas y manejando el habla sin afectaciones inútiles, lejos de las réplicas inspiradas por el hostigamiento de su madre. ¿Era miedo? ¿El mismo de doña Encarnación, fruto de las hondas preocupaciones de Chololaquin, pero disimulándose en la hija para no causarme desasosiegos? Terminé por preguntarle, sin pensarlo mucho:

-¿Qué temes, Huilen? Dilo sin rodeos.

Bajó la cabeza y no respondió enseguida. Cuando lo hizo, fue para levantar la frente, echarla hacia atrás y expresarme con los párpados entornados:

-Sí, Fermín. Estoy temerosa, casi aterrada...

-¿De qué, por Dios? -le dije con sonrisa tranquilizadora, y agregué-. Esto de las revueltas indias se da cada tanto y nada ocurre.

Abrió los ojos y sus pupilas, húmedas, se prendieron a las mías. Pero era como si no

* Calvero: (m) Paraje sin árboles en lo interior de un bosque.

miraran. El ensueño seguía allí, mas tratando ahora de rebelarse. Yo, desconcertado, simplemente esperaba, sin saber qué. Por último dijo en medio de un suspiro, con la respiración contenida:

-Es que voy a ser madre, Fermín...

Tardé en asimilar lo que me decía. Con la boca abierta le miraba sin entender plenamente el significado de aquel “voy a ser madre” dicho entre sonrisas tímidas y el pudor pintando de rosa sus mejillas morenas. De pronto me tomó las manos y hundió la cara en ellas; y las llenó de besos y lágrimas; y yo sin reaccionar, a lo bruto, con mi preclara inteligencia en los talones. Dije, chapurreando torpemente:

-Si tú... vas, vas a ser madre, quiere decir que yo...

-Sí, sí... -me alentaba con el “sí” repetido y la cabeza subrayando lo innegable.

-¡Dios!... -grité cuando la idea iluminó plenamente mi cerebro- ¡Voy a ser padre, Huilen! ¡Voy a ser padre!

La tomé en mis brazos, le puse encima de mis piernas y la estreché contra mi pecho al tiempo que le llenaba de besos. Ella hacía por soltarse dando pataditas al aire, mientras riéndose me advertía:

-¡Cuidado, Fermín! ¡Vas a lastimar a tu hijo, detente...!

Dominé los impulsos y le puse a mi lado, sobre la hierba blanda, sedosa. Le pregunté, no sin antes rodear su cintura con mi brazo, de manera posesiva:

-¿Cuándo lo supiste?

-Esta mañana. Estoy en la cuarta luna. Pude saberlo antes, pero no quise que mi gente se enterara sin estar segura.

-¿Tus padres lo saben?

-Mi madre, por supuesto. Ella se encargará de hacérselo conocer a mi padre.

-¿Qué dijo doña Encarnación ante el hecho consumado?

-Nada. Conociendo nuestras relaciones es lógico que esperara un anuncio de tal naturaleza en cualquier momento.

-Debe estar odiándome.

-No, Fermín. Desde el día que te pusiste firme y le hablaste del padre Rafael y de ciertos amores contrariados, su opinión de ti cambió mucho. Desde aquel instante ya no fuiste para ella un muchacho; te vio hecho un hombre, resuelto, con agallas... Es mi padre quien ahora me preocupa. Confío sin embargo que ha de saber comprendernos.

-Quiero que nos casemos, Huilen.

Ella me respondió apretándose contra mí. Por un rato largo nos mantuvimos callados, cada cual entretenido con sus propias meditaciones. Fui yo quien habló primero:

-Ahora dime por qué tienes miedo.

-Por nuestro hijo, Fermín. No debe extrañarte. Será el miedo que todas las mujeres sienten al echar un hijo al mundo. Y esta amenaza que nos rodea permanentemente, con las comunidades indias revueltas y la colonia mal defendida, no ayuda a pensar en un futuro sin riesgos.

-No te preocupes demasiado -dije sin poder evitar que mis palabras sonaran a hueco-. En menos de un año habré cumplido con la contrata, y seremos libres para elegir

nuestros destinos. El hijo o la hija, pues no sabemos qué será, ha de crecer tal cual Dios manda, sin peligros que le turben y rodeado de lo mejor. Es mi promesa, Huilen. Y juro que la cumpliré aunque tenga que enfrentar al mundo entero. Me crees, ¿verdad?

Su respuesta fue estrecharse más contra mí, y supe interpretar ese silencio lleno de elocuencia, el rasgo de su estirpe y de su raza.

Con pesar nos separamos, pues era tiempo ya de concurrir a mis obligaciones.

.....oOo.....

Encontré a José esperándome cerca del fuerte, a fin de transmitirme el insólito mensaje:

-Chololaquin quiere que le veas mañana en la tarde.

.....oOo.....

-¿Te resultó dificultoso el conseguir la autorización para que me visitaras?

-No, señor. Don Juan de la Piedra se mostró muy honrado de poder complaceros.

-Nada de frases diplomáticas, ¿quieres? Mantengamos una conversación directa, de hombre a hombre; o de padre a hijo, si lo prefieres.

Sí, allí estaba yo, enfrentando a Chololaquin bajo el toldo tan caro a mis sentimientos. Doña Encarnación estaba sentada junto a su marido, hilaba tesoneramente de un rueca india, con engañosa inmutabilidad en su atractivo rostro y luciendo joyas de mapuche rica: la guirnalda de medallones de plata repujada alrededor de la cabeza y una gargantilla haciendo juego; lo cual me decía que la reunión no era común, y ello inquietaba mis asentaderas. Huilen y Antü no aparecieron en toda la tarde y la notoria ausencia pintaba en mi cara, aún más, los rasgos de un conejo asustado. No obstante, respondí al gran jefe con un aplomo salido no sé de dónde:

-Señor, usad conmigo el lenguaje que os parezca mejor -y agregué-; esto que digo no sale de una mente diplomática sino del corazón, guiado por el cariño que siento hacia vuestra familia.

¿Fue una sonrisa aprobatoria la que se insinuó en los labios ligeramente pintados de la señora cacica? Tratándose de ella, no puedo asegurarlo, pero tuve por lo menos el consuelo de verle alzar la vista y sostenerla en mis ojos con el brillo pícaro de siempre. Parecía decirme: “Sigue, sigue que vas bien”. De pronto, la pregunta de Chololaquin fue a clavarse en mi entendimiento con la fuerza de un puñetazo:

-Pues bien: entonces hablemos claro. ¿Qué piensas hacer con mi hija encinta y qué diré yo cuando vean a Huilen deshonrada por un soldado enemigo de mi pueblo?

Tardé en reaccionar. El cacique utilizaba la táctica de la sorpresa, tan sabiamente ejercida por los guerrilleros indios. Si me empequeñecía, ¡la derrota! Y entonces me agrandé en una forma no esperada por Chololaquin. Dije con el tono de un *Cid Campeador* también dado a las escaramuzas y no menos ducho que los caciques en el modo de atizar mandobles por asalto:

-Nadie con más autoridad que vos para aconsejarme. ¿No pasasteis por el mismo trance con doña Encarnación? Si os unisteis a ella, ¿por qué no puedo hacer lo mismo

con Huilen?

Un silencio espeso, cargado de expectativa, cundió por la *ruca*. De repente, una risita incontenible salió por entre los labios de la madrileña. Era un repicar de campanillas que cesaban para volver a empezar, sin control, rebeldes pese a la mirada de Chololaquin, de reajo y regañona.

“Sabes que la mujer del cacique tiene prohibido hablar, -dijo- y menos reírse en cualquier ceremonia por pequeña que sea, ¡qué diablos!” Y por alguna razón oculta en el alma de la pareja, volvió la hilaridad a tentar a doña Encarnación. Como la insólita escena tenía que acabar de alguna manera, se calmó. Pero lo inesperado quiso continuar el juego. Vi al cacique tomar una de las manos de la madrileña y llevarla a sus labios para dejar en ella un largo beso. Fue todo un espectáculo ver al temido jerarca indio en un desahogo tan romántico. Luego, volvió hacia mí su rostro serio, inescrutable, y me dijo ceremoniosamente, inspirado más por la costumbre que por los sentimientos:

-Huilen será tu esposa. Hablé con ella y, como siempre, nada me escondió. Pero exijo que mi hija continúe con nosotros, soltera, hasta que tú dejes la milicia. No es un capricho el que te impongo. Hay mucha presión en las tribus para que andemos agregando leña; pues no otra cosa sería dar a los revoltosos motivos para las críticas envenenadas y pasto para los argumentos que me señalan como un aliado de los odiosos conquistadores. Que lo soy, pero a mi modo: buscando, tal cual te lo explique en cierta oportunidad, la paz de mi pueblo que, de no ponerse a la altura de los tiempos, acabará en un exterminio total. Es mucho lo que vosotros podéis darnos, y bienes infinitos lo que mi raza os entregará a manos llenas. Mi esposa es española y yo indio; y sin embargo nos amamos como Dios manda y nuestros ancestros tuvieron el buen tino de inculcarnos. ¿Por qué un pueblo y otro pueblo no pueden hallar en el amor la razón suprema de una mutua supervivencia?

Permaneció callado largos instantes, que yo aproveché para asimilar en toda su grandeza los conceptos vertidos por el gran señor de la Patagonia. También debo apuntar mi poca habilidad para sustraerme a la rara situación de ver a un hombre así, criado en un ambiente primitivo, hablar de manera tan culta, casi libresca. No cabía duda de que la madre de Huilen supo hacer de un diamante en bruto una joya de facetas bellísimas. El mito de *Pigmalión*, a lo hembra, estaba a la vista; bien podía ella sentirse orgullosa y enamorada de su obra. La pregunta de Chololaquin diluyó mis reflexiones:

-¿Has visto clara la razón que tengo para exigirlos la espera?

-¿Qué opina Huilen al respecto?

-Está de acuerdo con mis imposiciones.

-Pues yo haré lo que ella quiera. Os agradezco, señor, que me permitáis entrar a formar parte de vuestra familia. Juro que no os arrepentiréis de haberlo hecho.

-Estoy seguro de que así será. ¿Cómo podríamos negarte a Huilen si ella te ama? Mas debo decirte algo muy importante: hasta que yo pueda deshacerme del capitanejo Nahuel, Huilen y tú corréis graves riesgos. Ha jurado por toda su parentela, viva o muerta, que mi hija no será nunca tuya, pues ha de matarte en la primera oportunidad que se le presente. Y lo intentará. ¡Vaya si lo intentará!

-Tal vez sea él quien caiga primero. Yo también he jurado por mi Dios y por mi espada que le atravesaré el pecho en el primer enfrentamiento.

Se puso de pie el cacique y doña Encarnación hizo lo mismo. Yo les imité dispuesto a montar en Babieca y alejarme sin poder hablar con Huilen. Me disponía a salir, cuando la cacica se me acercó sonriente y, empujándose, me besó en la cara. Y dijo:

-De parte de Huilen.

Me alejé con la emoción rebullendo en el alma. Aquel beso de la “monja guerrillera” tenía sabor a pan recién horneado, a caricia de madre...

.....oOo.....

Ese mismo día acudí presuroso al llamado de don Juan de la Piedra. Estaba él en su despacho reunido con don Basilio Villarino, el alférez Piera, el alcalde de la zona Norte, Lino de Buruaga, y el del Sur, Juan de Ureña; todos de pie, inclusive el superintendente, quien al verme preguntó de sopetón, con mirada inquisitiva:

-¿A qué hora volviste de la tribu?

-Tan solo hace un rato, señor.

-¿Por qué no comunicaste tu regreso?

-No lo creí necesario. La entrevista con el jefe indio tuvo carácter personal. ¿Olvida, señor, que usted me otorgó franquicia por todo este día?

-Yo no olvido nada. Tu deber era ponerme al tanto enseguida de lo conversado con Chololaquin. Se supone que cualquier reunión entre un soldado al servicio de su majestad y un importante cacique puede prestarse a muchísimas conjeturas.

-Pareciera, señor, que sus palabras tuvieran ciertos matices de sospecha en lo que a mi lealtad hacia la corona se refiere.

El diálogo, ríspido y altanero, estaba repercutiendo en el ánimo de todos. Mas en el de Villarino, al tanto como ninguno de mis relaciones con Huilen; lo cual le llevó a terciar cautamente, diciendo:

-Perdonad, señor gobernador, pero considero a este soldado incapaz de una felonía. Hace mucho tiempo que le conozco.

-Yo también sé cómo piensa y actúa -le interrumpió de la Piedra-. Fue ladero de don Francisco de Viedma e hizo siempre sus caprichos: hasta desobedecer las órdenes que prohíben los contactos con las muchachas indias. ¿No ven ustedes que la situación no da para bollos y puede resultar peligrosa una barrabasada del tal calibre? ¡Nada menos que con la hija de un cacique, de un cacique, señores, a quien tenemos que sobar el lomo de continuo para que no se encabrite! Pero vayamos a lo que importa. Dinos, Fermín de la Colina, qué movimientos has percibido en los toldos; cuántos indios andaban por allí en son de guerra y, por último, qué trató de sonsacarte el gran cacique en lo que a esta guarnición se refiere. Desembucha, vamos.

Nunca me habían arrojado tanta mierda en la cara. Ni poca ni mucha, jamás, os lo aseguro. Estaba por explotar cuando miré los ojos de don Juan de la Piedra; en ellos descubrí de golpe el drama inconfesado del caudillo en el límite del infortunio, de la soledad, de un acorralamiento sin fisuras; vi la imagen del hombre acabado, del héroe

que se juega al todo o nada en el ajedrez de la historia; el que batalló contra las más terribles inclemencias en los mares y costas del Sur; con sus hielos y tempestades, las cerrazones preñadas de témpanos gigantescos. Le avizoré en las Malvinas, cercado por peñascales y vientos aulladores, y suelos inhóspitos; *Islas Baratarias* significando migajas de sueños en una avarienta plenitud de gloria. Pude visualizarlo en su continua pelea con los grotescos fantasmas de la envidia y la ignorancia displicentes de los poderosos. Como en un vislumbre que me fuera dado en un arranque de piedad surgido no sé de dónde, le hallé por último tratando de juntar los restos de sus naufragios en el intento final por trasponer los pórticos de la fama. Así le vi: cual si Inés me hubiese prestado la introspección genial de sus dotes extrasensibles. Y tuve lástima de aquel ser enfermo que aún pretendía adornar sus apariencias con los penachos ajados en el ir y venir de humillantes obsecuencias. Caí entonces en la trampa, en el óbolo fácil del ladrillo que se agrega a los contrafuertes de la piedad.

-La verdad que tenéis razón, señor comandante. En la tribu noté movimientos sigilosos, rumores de gente armada -dije con un tonillo, a mi pesar, de irónicos titubeos-. Y Chololaquin insistió más de una vez en sus exigencias de percatarse si estábamos en condiciones de resistir un ataque masivo de las tribus... enemigas.

Me miraba Villarino con expresión incrédula. Piera asentía perplejo con rítmicos movimientos de cabeza, los alcaldes tragaban mis palabras crédulos y espantados, y don Juan de la Piedra erguía triunfal, exultante.

-¿No os decía? ¡Se preparan para atacarnos por dos flancos! Chololaquin, por uno y el Cacique Negro, por el otro -exclamaba con mímicas de tribuno- ¡Y este fuerte sitiado por el hambre y la sed como la antigua Numancia!

-Un momento, señor -exclamé alarmado ante el cariz equívoco que de la Piedra daba a mis palabras-. No he dicho que Chololaquin intente atacarnos, pues ese está, me atrevo a jurarlo, al servicio de la corona y contra el Cacique Negro y sus levantiscos capitanejos; ellos son los lobos disfrazados con piel de oveja...

-¡Pues lo dicho! -me interrumpió temeroso de que le robara su protagonismo- ¡A evitar el cerco! Igual que *Don Quijote* saldremos a recorrer nuestros campos de la Mancha. ¡Ay de quienes se nos pongan por delante!

¡Santo Cielo! -me dije tragando saliva-. Aquí tenemos nuevamente al *Caballero de la Triste Figura* en la milésima edición de sus disparates.

-... Utilizaremos la famosa "tenaza" del virrey. Ella nos servirá para meter a los salvajes en un círculo de fuego, por allí las fuerzas de Buenos Aires; por aquí las nuestras -decía recorriendo con el índice las líneas de un plano imaginario puesto sobre la mesa-. Y cuando los tengamos aquí, aquí, en el punto estratégico de Sierra de la Ventana, los eliminaremos de manera total para que no vuelvan a joder con sus detestables malones.

-Decidme, señor -metió baza el alcalde Juan de Ureña con la vocecita humilde de quien no sabe nada, reflexivo, con la lógica inocente de un *Sancho Panza*- ¿Cómo haréis para llegar a esa sierra del ventanuco sin tropezar con las guerrillas del Cacique Negro y sus aliados? Perdonad, pero veo la cosa muy peliaguda.

-Me extrañan vuestros reparos, señor alcalde. ¿Y nuestras armas? ¿Y el poderoso contingente que podremos formar con todos los hombres de la colonia? ¿Olvidáis a Hernán Cortés y a Pizarro que ayudados por cuatro valientes pusieron a grandes imperios de rodillas?

-Los tiempos han cambiado, excelencia -volvió a decir *Sancho*-. Para aquellos indios los blancos eran dioses, mientras que ahora solo ven pobres labriegos echando los hígados sobre los terrones.

-Además -agregó el alcalde Lino de Buruaga-, no contéis con los campesinos para semejante aventura. Será tiempo de cosecha y no creo que se avengan a dejar la hoz por la espada.

-Y si los indios atacan, ¿qué haréis?

-Lo de Numancia, señor, lo de Numancia. Moriremos en lo nuestro.

Tomó don Juan de la Piedra un papel que estaba sobre la mesa y, abriéndolo totalmente, dijo apretándolo con el puño:

-Pero se da el caso, señores, que las órdenes del virrey son terminantes. Aquí me ordena salir con todos los hombres que dispongamos hacia Sierra de la Ventana a reunirnos con las fuerzas de la capital, ¡y la orden será cumplida pese a quien pese!

-En ese caso -respondió flemático Juan de Ureña-... ¿A qué viene el llamarnos cuando los surcos esperan y los animales se la pasan rumiando en lugar de trabajar?

-Ved, señor -agregó el otro alcalde con una sonrisita a medias burlona- ¿cómo salís del atolladero de la guerra; que para vuestros súbditos lo primero es lo primero? No tratéis que hagamos de nuestra capa un sayo, digo yo.

-¿Y vos, qué opináis? -preguntó de la Piedra a Villarino, que meditaba, baja la cabeza, con la vista puesta en un lugar indeterminado del suelo-. No me saldréis, supongo, con respuestas a lo alcalde con muchas plumas y sin vuelo, igual que los ñandúes.

No cayó muy bien a los colonos lo dicho por el superintendente y hasta uno de ellos abrió la boca con intenciones de responder al insulto, mas optaron por callarse y aguardar. La espera fue breve, pues de la Piedra les señaló la puerta con ademán displicente.

-Marchaos a proseguir con vuestras labores. Sabiendo cómo opináis, ¿a qué teneros de plantón? -dijo el comandante, y añadió- Villarino, espero me respondáis.

Mientras salían ambos alcaldes en silencio pero con la cabeza en alto, don Basilio alzó la vista y dijo con simpleza estudiada que de ningún modo daba paso a polémicas inútiles:

-Estoy al servicio de su majestad y a sus órdenes me atengo. Mandad y obedeceré siempre que vuestro mandato no afecte mi buen nombre o lastime mi conciencia.

-Muy bien, señor Villarino. Siempre me gustó la manera con que respetáis las jerarquías. Ahora, tomad y leed. Son las instrucciones del virrey para enfrentar la emergencia. Mientras tanto, yo hablaré con este jovencito...

-El soldado Fermín de la Colina, señor -le respondí gallardamente.

-Me rectifico: el soldado Fermín de la Colina -dijo con un matiz ribeteado de burla, y

prosiguió con seriedad, con una seriedad llena de contrastes-. Mas se da el caso, Fermín, que no puedo imponerte obligaciones en asunto tan delicado, en un planteo donde la persona, la privacidad, digamos, escapa a la cadena de mandos. ¿Me entiendes?

-Ni pizca, señor.

-Pues al grano: harás para mí lo que hacías a pedido de don Francisco de Viedma. Te nombré... confidente en todo aquello que haga a los contactos entre la colonia y el Cacique Chololaquin. ¿Entiendes ahora?

-Ni pizca, señor.

-No te hagas el tonto. Sabes bien de lo que hablo. Se hace imprescindible que estemos al tanto, día a día, de lo que el jefe mapuche haga o deje de hacer. Tienes a la esposa y a la hija. Ellas te servirán de puente para cumplir tu misión, de importancia vital para la corona.

Mi indignación estaba al rojo. Tenía dos caminos para apaciguarla: uno, tomar el pesado tintero puesto sobre la mesa y arrojarlo al testuz* del gobernador; el otro, seguir haciéndome el idiota hasta hallar una salida, o por lo menos la encrucijada que podría salvarme de cometer un desaguisado que me costara la libertad o el fusilamiento, pues todo era posible en el maniobrar de la araña y la mosca. Opté por el segundo. Era cuestión de andarme con cuidado y hacer de la esgrima verbal el sostén de mis defensas. Terminé diciendo con la inocencia del párvulo:

-Ya, ya, señor. Queréis que haga de espía, ¿verdad?

-No te pido tanto, hombre. Tan solo de confidente. Algo entre tú y yo, ¿sabes?

-No puedo, señor.

-¿Por qué no puedes?

-Tengo prohibido concurrir a la tribu. Hoy mismo me echó de ella Chololaquin y me dijo que si volvía iba a dejar mi cuerpo convertido en carroña, para alimento de buitres.

A de la Piedra le costaba tragar el anzuelo. Tenía por fuerza que cambiar de carnada y hacer más creíble la mentira. Aunque pensándolo bien, el embuste no era tanto, pues el padre de Huilen me había cortado las alas mientras anduviese con ropa de soldado. Simplemente estaba deformando la verdad, y ello no era tan grave si pensamos que la artimaña me guarecía de un pecado mayor: la traición canallesca a la que pretendía sujetarme la tortuosa propuesta de don Juan de la Piedra. La pregunta inevitable llegó con el esbozo de una sonrisa sarcástica:

-¿Y por qué esa prohibición?

Bajé la cabeza, hice con la bota un garabato en el suelo, y respondí con la timidez propia del bisoño pialado en falta:

-Perdone, señor, pero se trata de un asunto muy personal y no creo que... que, bueno...

Estábamos jugando al gato y al ratón. Por los retruécanos y los conceptos usados por ambos en la noche de brujas, frente al altar de la capilla, mis actitudes de ahora solo servían para distraer el cogollo de las definiciones, y estoy seguro de que el marrullero

* Testuz: (m. o f). En algunos animales, frente, parte superior de la cara.

de don Juan de la Piedra gozaba en grande de aquel duelo de fintas y quites teatralmente simulados. Pero don Basilio Villarino nada imaginó de las engañifas que de la Piedra y yo estábamos practicando a sabiendas. Oído el diálogo me consideró en apuros y quiso auxiliarme recurriendo a la distracción. Con indiferencia olímpica ante el diálogo de que era testigo, volvió el mensaje a don Juan mientras decía con voz grave:

-Está claro lo que pide el marqués de Loreto. Usted dirá el modo de organizar la operación Sierra de la Ventana.

-¿Está usted en un todo de acuerdo, señor Villarino?

-Mi opinión de nada vale, señor. No soy estratega y solo puedo ofreceros mi lealtad, que siempre estuvo al servicio de España.

-Lealtad que tengo en muy alta estima, señor Villarino... Pero es hora de que os deje en libertad. Por mi parte debo atender asuntos de mucha urgencia.

-Me retiro, señor gobernador, pues no quiero ser un estorbo en sus quehaceres. Buenas tardes.

-Ve tú también, Fermín. Ya hablaremos más detenidamente sobre tu misión.

La urgencia por librarse de nosotros olía mal. Le observé con cuidado y advertí que se apretaba el pecho con la mano crispada. don Juan de la Piedra sufría un nuevo ataque. Cerré la puerta silenciosamente y apresuré el paso a fin de ponerme a la par de don Basilio. Cuando salimos del fuerte le pregunté a quemarropa:

-¿Cree usted, señor Villarino, que vayamos a cometer el disparate de esa expedición a Sierra de la Ventana?

-¿Qué duda cabe? Ellos no miden la gravedad que significa meterse en el avispero de las tribus confederadas. Que Dios nos ayude Fermín. En cuanto a ti, ¿quieres decirme de qué modo pensabas escapar del atolladero en que te metiste? Si no salgo en tu ayuda...

-Pues no lo sé, don Basilio. Pienso que siempre hay un ángel dispuesto a sacarnos de apuro.

-Trata de que él nos guíe en esa barbaridad planeada por unos locos con ínfulas de Viriato.

CAPÍTULO 35

La expedición a Sierra de la Ventana se diluía en el olvido. Durante cuatro meses a partir de la reunión en el despacho de don Juan de la Piedra, nada nuevo se produjo. Los que estábamos en el secreto preferimos no incursionar en él, temerosos quizás de que el remover la “olla” diera al traste con la quietud del demonio dormido en el fondo de proyecto tan irracional. En cuanto a mí, de la Piedra había olvidado de sus objetivos, es decir, ponerme como alcahuete junto al Cacique Chololaquin; pasaba al lado mío cual si no me conociera, y en la revisión de la tropa ningún caso hacía de mi atuendo; tanto era así, que Mateo, conmigo en la fila, comentó con voz casi inaudible:

-Mira al zorro. Pasa ignorándote. ¿Esperará que alguna vez te conviertas en gallina?

Tuve que morderme para no festejar la ocurrencia con una carcajada.

El verano había estallado con mediodías de fuego y frescos atardeceres, algo común en una región que arañaba los hielos antárticos, y los vientos eran señores empeñados casi diariamente en revisar sus dominios. Los surcos, henchidos de haber satisfecho las esperanzas del labriego, aguardaban las hoces y los cánticos cuyo regocijo subiría a los cielos para agradecer al Creador la venturosa cosecha.

También Huilen, esperando en silencio, sentía la madurez final del fruto acurrucado en su vientre. Estaba gorda, porque nuestro hijo le exigía espacio para así crecer a gusto y anunciarse al mundo con la potencia de los triunfadores. Nuestras entrevistas, frecuentes, pues a nada obedecíamos que no fuera al llamado de nuestro amor, eran un permanente arrobamiento, una ensoñación circumscripita en torno a lo que aguardábamos. Los impulsos del erotismo que antes nos arrojaban el uno en brazos del otro habían quedado revoloteando sobre nuestras cabezas en un milagro de tiempos sin inquietudes. “Rafael, Rafael, Rafael...” Solo él importaba. Porque dábese el caso de estar plenamente seguros de que era “Rafael” quien se movía algunas veces cual si nos oyera y ansiara desde ya conocernos. No sé si todos los padres son así en iguales circunstancias, mas Huilen y yo vivíamos la magia del advenimiento con intensidad cercana a la epifanía.

.....oOo.....

Las órdenes llegaron como relámpagos que cruzan los cielos horadando nubes tormentosas. Debíamos reunir nuestros equipos, enjaezar* los caballos, permanecer en el fuerte... La expedición a Sierra de la Ventana era un hecho. Tendríamos un solo día para ocuparlo con nuestras respectivas familias y despedirnos de los amigos. No era fácil soslayar las órdenes: o se desertaba refugiándose entre los indios (algunos lo hicieron), o atenerse a la disciplina del soldado con sus marchas interminables, el acosamiento permanente, y las peleas con enemigos escurridizos que conocen el terreno y saben moverse con tácticas guerrilleras. Por eso era una locura atravesar media pampa con una tropa pequeña, comparada con los miles de indios unidos en una confederación y dispuestos a luchar con ventajas incalculables. Bien podía yo eludir tanta enajenación,

* Enjaezar: tr. Poner los jaeces a las caballerías.

escapar a una “epopeya” elucubrada por mentes enfermas sin el más mínimo sentido de la estrategia a emplear contra un enemigo inferior en armamentos, sí, pero con ventaja en cien por uno en cantidad de combatientes. Con pedir protección a Chololaquin hubiese bastado. Pero tenía yo lo que a otros les faltaba: el orgullo de permanecer leal a un juramento, aunque con él me fuera la vida. Huilen y doña Encarnación jamás verían en mí la sombra de la traición. ¿Y mi hijo? ¿Qué decirle cuando viniera al mundo a juzgar la conducta de su padre? ¡Por Dios, no; antes la muerte que el baldón* infamante del cobarde, esponjoso a cualquier indignidad! Tenía que ir a la tribu, eso sí. Imposible marcharme sin ver a Huilen y explicarle las razones de mi alejamiento. Para ello necesitaba un permiso de mis superiores, pues en situaciones como aquella la visita a los toldos podría ser considerada de manera equívoca, y más, al tener que concurrir con ropa de paisano, dada la prohibición de Chololaquin. Y como el tiempo apremiaba, me fui inmediatamente a pedir una entrevista con don Juan de la Piedra. Cuando le expliqué al alférez Piera lo que yo quería, me respondió escandalizado:

-¿Te has vuelto loco? ¡Te meterá en el calabozo hasta que partamos!

-Estoy dispuesto a correr el riesgo -le respondí-. Pero no me iré con la fuerza sin antes visitar a mi futura esposa, a la madre de mi hijo. Usted, alférez, conoce bien todos los entretelones de mi relación con la hija del cacique. Le ruego me ayude. Estoy dispuesto a ser uno de la partida, pero de manera honrada; con la vergüenza de quien sirve a su majestad, nuestro rey. Dígale al señor de la Piedra que hay una carta mía en un lugar seguro dando cuenta al señor Ministro General de Indias, señor de Gálvez, lo que ocurre en esta colonia y el peligro que corre este seguro servidor. Dígaselo, señor Piera, y veremos qué sucede con mi solicitud.

Espero que Dios me haya perdonado la mentira que no fue calculada de antemano, sino que se me ocurrió en el mismo instante de solicitar la entrevista. Con esa mentirijilla a nadie perjudicaba, ya que mis propósitos eran sanos y ninguna ventaja de servicio se ocultaba en ella. Lo cierto es que Piera me miró con la boca abierta y, pestañeando, dijo:

-Espera aquí un momento.

Y entró casi corriendo al despacho de don Juan de la Piedra. Salió al minuto diciendo: “Pasa. Te empeñas en cargar tu vida sobre mi conciencia, pero allá tú. Por si acaso iré a buscar las llaves del calabozo”.

Don Juan de la Piedra estaba sentado detrás del escritorio, esperándome. Tenía en la mano la imitación de una pequeña daga de las que se usan para despegar los lacres de las cartas. ¡Cosa rara! Su rostro con señales de risa no del todo dominada me desconcertó. Cuando entré y me puse firme esperando que me dirigiera la palabra, se quedó mirándome; fijo, callado, divirtiéndose con mi figura plantada allí igual que estaca en el desierto. ¿Es que estábamos destinados el uno y el otro a jugar la comedia absurda del enfrentamiento? Mi boca permanecía muda, pues un solo vocablo hubiese significado una transgresión a la más elemental disciplina cuartelera. Y él, sabiéndolo

* Baldón: (m) Injuria o afrenta.

sobradamente, me zahería sin lástima. ¡Cuán poco conocedor era de mi resistencia! Cuando se ha vivido desde la más tierna infancia rodeado de muchas madres empeñadas cada una de ellas en imponerme sus propios métodos correctivos... A ver cuánto aguantas, don Juan de la Piedra -dije para mis adentros- acostumbrado estoy a las penitencias y, de seguir así, aquí estaremos hasta el juicio final. Ignoro si le transmití el pensamiento, pero indicándome la silla puesta frente a él, me dijo con un tonito de burla apenas disimulada:

-Soldado Fermín de la Colina, le ruego tome asiento y me diga a qué obedece su persistencia en ocupar mi tiempo en momentos tan difíciles para la buena marcha de esta guarnición...

Decía con lentitud, en voz baja, alargando la frase para no avalarla con palabras más. Yo le miraba tranquilo, escuchando paciente, cual si su retórica fuera dictada por el más excelso de los sabios. Terminó con un “habla, hombre” en medio de un suspiro teñido de aburrimiento. Y hablé:

-Necesito un permiso para concurrir hoy mismo a la tribu del Cacique Chololaquin, vestido de paisano. Antes de partir a Sierra de la Ventana es preciso que me despida de mi futura esposa, la madre de mi hijo que, por desgracia, nacerá mientras yo me juego la vida en una lucha que a usted, mi comandante, cubrirá de laureles, y a mí de piojos. Nada más.

-Y si no accedo a tus pretensiones -dijo sin cambiar de tono y esbozando un sonrisa cargada de ironía-, llegará a palacio una carta que revolucionará todos los estamentos de la corte. ¡Terrible amenaza, soldado! Juro que estoy temblando de miedo, y hasta pensando en la conveniencia de pasáros el mando, y allá os arregléis con las órdenes del marqués de Loreto.

-Colijo -dije tratando de no perder el empaque- que no creéis en mi amenaza, ¿verdad?

-No. Y digo que me cago en esa carta que falsamente ha servido para forzar mi puerta. ¿Qué carajo crees poder conseguir con embuste semejante?

-Ved, señor, que no es poco. Sé que estáis ocupado con mil problemas, mas “París bien vale una misa”, ¿no os parece? Si un engaño en cierto modo inocente era capaz de abrirme vuestra puerta, ¿por qué no servirme de él?

La clara admisión de la mentira aminoró en mucho el encrespamiento de don Juan de la Piedra. Me observó fijo, puso a un lado el abrecartas, e hizo la pregunta que yo tanto deseaba:

-¿Qué quieres?

-Lo dicho, mi comandante. Despedirme de quien será mi esposa, si es que no muero en la aventura. Necesito un salvoconducto de su puño y letra. En estas circunstancias, naturalmente, la prohibición de visitar los toldos se agudiza y el transgredirla se consideraba como traición.

-¿No basta mi palabra?

-No, señor. En caso de ocurrirle a usted algo...

-Comprendo. Temes que un nuevo ataque...

-Dios no lo quiera señor. Mas comprendedme, por Dios. Esperamos el niño con una ilusión rayana en el delirio. Y yo no estaré aquí cuando nazca. Permítame, al menos, despedirme de él, aunque no le vea. Mi comandante, os aseguro que lo mío no es capricho de un soldado simplemente enamorado.

-¿Y si me negara a tus deseos?

-Me colocariáis en una encrucijada: resignarme, o desertar. Fácil me sería obtener la protección de Chololaquin; sus dominios abarcan toda la Patagonia.

-¿Sabes que la amenaza a un superior, en vísperas de maniobras militares, merece consejo de guerra?

-Tanto lo sé, que estoy dispuesto, si así lo ordenáis, a encerrarme yo mismo en el calabozo. Ello es demostración de que mi solicitud no peca de frívola ni es voluble en su fundamento.

-Bueno, Fermín, basta. Dejémonos de jugar con naipes marcados. Mi autorización la tenías aún antes que hicieras uso de una mentira por demás novelesca. Sin embargo, desbarrancas, Fermín, al solicitarme el salvoconducto que ha de ampararte contra contingencias imprevisibles; y para que no dudes de mis intenciones, has de saber que, antes de trasponer esa puerta, me preparaba a llamarte para que me sirvieras en una misión de suma importancia: presentarte en la tribu de Chololaquin...

Al oír aquello me revolví incómodo, pero al advertir de la Piedra mi sobresalto, se apresuró a tranquilizarme, diciendo:

-No, no se trata de eso. Escucha bien: informarás al cacique de nuestra marcha a primera hora hacia Sierra de la Ventana; que confío en su buena amistad para que proteja a la colonia y al fuerte de cualquier ataque de los capitanejos y caciques que pretendan aprovecharse de la indefensión que sobrevendrá con nuestra ausencia. ¿Entendiste? Piensa si no confiamos en tu futuro suegro, la expedición se va al diablo.

-Señor -respondí prontamente-, si la misión no es más que esa tened por seguro que vuestro mensaje será fielmente transmitido.

-Ahora dime: ¿Por qué debes ir a la tribu con ropa de paisano?

-Es una imposición del cacique. No quiere que su hija despierte celos en la tribu al exhibirse con un soldado *huinca*.

-Es muy razonable la actitud de Chololaquin. Anda a cambiarte la ropa, y regresa. Piera te entregará el salvoconducto debidamente redactado y firmado para que vayas y vuelvas con absoluta libertad.

Me puse de pie y, tras el saludo de práctica, salí presuroso a cambiarme la ropa.

.....oOo.....

Eran las cuatro de la tarde. Cuando llegué a la tribu cabalgando en Babieca, el calor se hacía sentir en oleadas, razón por la cual casi toda la gente se había refugiado bajo los toldos. Muy pocas personas advirtieron el paso lento del caballo sobre un polvo que, de trecho en trecho, se arremolinaba a impulso de un airecillo venido del Norte, que, lejos de aminorar la canícula, ponía en ella molestas sofocaciones. Frente a la *ruca* del cacique llamé alzando muy poco la voz, pues supuse a la familia durmiendo la siesta:

“Huilen, Antü”, y esperé. Enseguida apareció el chiquillo con una sonrisa amplia adornada con sus dientes blanquísimos y los pelos negros y lacios caídos sobre los ojos. Con hábil salto me tomó una de las manos, puso el pie descalzo en mi alpargata y, de un envión prodigioso, se enancó en Babieca, le pregunté por Huilen, y respondió:

-Enseguida sale. Tarda mucho en levantarse. Cada día se pone más gorda.

No bien se apagó la voz de Antü, hizo su aparición Huilen, moviéndose con manifiesta torpeza, las manos sobre el abultado vientre y una mueca de burlona risa en su cara abotargada por el embarazo. Bajé de un salto dejando a Antü dueño de Babieca, y corrí para estrecharla en mis brazos.

-¿A qué vienes? -preguntó curiosa-. Mira cómo me encuentras; fea cual un bicho canasto, despeinada, y con tu hijo dándome puntapiés seguramente enojado por la interrupción de su siesta. Veo que vienes con ropa de paisano. ¿Estás libre ya de la milicia?

Yo nada respondí. ¿Cómo hacerlo y al mismo tiempo besarle las manos, la cara, el cuello...? Solo después de haberle plantado un beso en sus labios llenos, jugosos, le dije:

-Sabes que tu padre me ha prohibido entrar a la tribu con ropa militar. Vengo a hablar con él, si es que está, y contigo, principalmente.

-Está, pero descansando. Quiero que duerma un rato más. Llegó ayer tras recorrer algunos asentamientos tribales. Espera, iré a buscar un asiento, y, a la sombra de aquel árbol, me dirás que te ocurre.

-Anda, trae donde sentarte y lo sabrás todo.

Tratando de simular el balanceo de su cuerpo, entró en la *ruca*. Y al momento vino hacia mí cargando un banquillo tijera hecho con un cuero firme, sin desbastar. Corrí hasta ella y le saqué el asiento. Con paso ágil, pese al embarazo, me llevó bajo la copa de un frondoso “llorón” y, tras acomodar el asiento, le ayudé a sentarse.

-Ya me resulta dificultoso levantarme del suelo, por eso mi padre encargó me hicieran esto... Siéntate, Fermín, al lado mío, y habla rápido. Me muero por saber qué traes a hora tan intempestiva.

Me senté en el césped, puse mi espalda contra el tronco acogedor, abracé mis rodillas con las manos enclavijadas, y traté de encontrar los primeros vocablos de una explicación que se me hacía dificultosa...

Antü daba vueltas por la tribu jineteando a Babieca; nadie le estorbaba, pues el calor no disminuía y los toldos eran refugios bien dispuestos a soportar las variantes del clima nor-patagónico.

Por fin arranqué: “Traigo un mensaje de don Juan de la Piedra para tu padre...” Y tras esas primeras palabras le enteré cuánto había ocurrido ese día, y cómo estaba yo sufriendo por culpa de nuestra inminente separación. Huilen no perdía ripio de mis comentarios, sin intervenir en ellos. Cuando nada tuve ya que decirle, dijo sin mirarme:

-Después de todo, mis miedos no eran infundados...

Había en sus palabras intenso dolor, más notable debido al silencio que siguió a la frase al parecer inacabada.

Doña Encarnación asomó en la abertura y con un gesto pidió que nos acercáramos.

.....oOo.....

-¿Eso es todo lo que don Juan de la Piedra encargó que me dijeras?

-Todo, señor.

-Pues es poco considerándolo con la gravedad que ello implica -dijo Chololaquin con expresión adusta y en voz baja-. Ese hombre no sabe lo que hace.

El cacique, sentado en el montón de cueros suaves como felpa, se masajeaba la barbilla fuertemente. Doña Encarnación nos oía arrodillada junto a su marido, con igual gesto de inquietud en sus hermosas facciones. Huilen estaba a mi lado, en la banqueta plegadiza. Los cuatro teníamos en las caras la expresión de quienes regresan de un entierro.

Después de meditar con la vista baja y el ceño fruncido, Chololaquin me miró intensamente, y expresó:

-Escucha, Fermín, lo que has de informar a tu comandante: Todos mis recursos estarán al servicio de la defensa de la colonia y del fuerte. Pero entiéndase bien: he dicho en la defensa, no en el ataque. Impediré cualquier acto de bandidaje o de ofensiva directa contra la guarnición y las posesiones de los colonos, pero no habrá ninguna lucha que signifique enfrentamientos entre indios y *huincas*. Más aún. Le garantizo vía franca durante el trayecto hasta Sierra de la Ventana. Nadie le atacará, pues mis hombres estarán atentos y preparados para intervenir. Pero una vez en Sierra de la Ventana tendrá que valerse por sí mismo contra el Cacique Negro y sus aliados. Es todo. ¿Entendiste, Fermín?

-Sí, señor. Su mensaje llegará a don Juan de la Piedra sin que falte en él un punto ni una coma. Tengo buena memoria.

-Me alegro, pues una simple coma ha sido muchas veces causa de peligrosas equivocaciones. Ahora hablemos de ti. Una vez transmitido el mensaje, ¿qué piensas hacer?

-Integrar mañana la columna que marchará al mando de don Juan de la Piedra.

-Si quieres, utilizaré todos los medios a mi alcance para que tú y Huilen se trasladen mañana mismo a mis posesiones del Neuquén, allí donde nace el *Curru Leuvu*. Estaréis seguros y vuestro hijo nacerá sin que nada ni nadie estorbe su llegada. Deseo que mi hija sea feliz y no corra el riesgo de quedar viuda antes de contraer matrimonio.

Doña Encarnación, lo mismo que Huilen, tenía sus ojos puestos en mi persona cual si fuera yo la razón de sus vidas o el veredicto de una sentencia. No esperaron mucho. Dije con voz calma y enfrentando la mirada expectante del cacique:

-Señor, juré por Dios y por mi patria servir a la corona aún a costa de mi propia vida. No veo a Huilen orgullosa de saber que su hijo tiene un padre capaz de cometer una villanía, ni vos, señor, el tener un yerno que hace de su honor instrumento de perfidia. Perdonad, pero no nací con vocación de perjurio.

-Así contesta un caballero español bien nacido. ¡Bendito sea!

Fue la madrileña quien exclamó sorpresivamente la entusiástica frase, con el cuerpo

erguido y los ojos brillantes. Le miró Chololaquin, y sonriendo le dijo con ironía mal disfrazada:

-No pensabas lo mismo cuando no hace mucho soñabas con un Imperio Araucano.

-Eso fue antes de que pasaran por aquí dos hombres santos, y mi hija se enamorara de un *huinca* con empaques y un corazón a la medida de mi Huilen.

-Y a mi promesa, mujer, que nunca tomaste realmente en serio. Fermín: -dijo el gran cacique mirándome con sugestiva firmeza-, cuando me bautizaron y agregué a mis dioses tradicionales vuestro Dios, me propuse dedicar mi vida a unir en una sola a dos razas con raigambre de siglos. Huilen: -dijo, esta vez dirigiéndose a su hija-. Siempre viste en mí el cacique todopoderoso a quien todos obedecen cual si fuera el más grande de los gigantes, hijo del Sol, y de la Tierra, cuyo nombre implantó a nuestra raza: mapuche; y sin embargo, desde entonces me sentí pequeño, insignificante comparado con el Gran Hacedor de todas las razas sin distinción de credos ni de colores. Y aprendí, hija mía, que el mucho poder corrompe a cuanto nos rodea y convierte en fangal nuestras conciencias. Espero -agregó pasando su mirada entre Huilen y este, su futuro yerno- que mis palabras sean para vuestra descendencia algo así como una divisa que la distinga y ennoblezca. Mas dejémonos de sensiblerías indignas del emperador que soñó doña Encarnación de Rojas y Galán, y tú, Fermín, escúchame lo último que debo decirte: Mañana lleva contigo a José Aguilén, el muchacho que tanto te aprecia.

-Somos muy amigos -agregué yo complacido.

-Pues él llevará un salvoconducto para que atravesase la pampa desde cualquier lugar y en toda circunstancia. El seguirá tus pasos y ha de avisarme si necesitas ayuda. Conoce como pocos el territorio y, de ser necesario, te guiará por pasos secretos que solo nosotros conocemos. Algo más: siguiéndote los talones irá siempre el capitanejo en rebeldía que aún pude atrapar: Nahuel. No te descuides y abre siempre los ojos donde ataquen, pues allí estará él tratando de darte caza. Nada más tengo que decirte.

-Yo sí -dijo doña Encarnación seria y reconcentrada-. No te preocupes de tu familia mientras estés ausente. Velaremos por ella y nada le faltará. Es la promesa de una noble de España, ¿qué te parece?

-Si de algo debo dar gracias a Dios es, sobre todo, el haberme dado en este rincón del mundo la familia que no merezco, pero que haré por merecerla con toda mi alma, señora.

-Ve, Fermín -dijo por último el cacique-. No quiero que andes de noche el camino hasta el fuerte. Hija, acompáñalo hasta la salida de la tribu.

-Así me despidió Chololaquin; y doña Encarnación, empujándose como la última vez que nos vimos, me estampó en la cara el beso del adiós; de un adiós cuyo significado tuvo para mí señales de catástrofe. Nunca más les volví a ver. No supe intuir, ¡Dios mío!, que aquella despedida era la última. Antü, Chololaquin, doña Encarnación pasarían desde ese momento a convertirse en trozos de la gran catástrofe. ¿Por qué en el microcosmos de cada cual han de producirse con fidelidad absoluta todos los cataclismos universales?

.....oOo.....

Salimos Huilen y yo cuando ya el sol alargaba las sombras de los sauces y la gente se movía sin sofocones preparando leñas para encender las lumbres. Marchamos por el centro del tolderío sujetos de la mano, sin pronunciar palabra. Todos los habitantes de la tribu me saludaban al verme, con sonrisas en los labios y gestos de simpatía.

Al llegar donde comenzaba la espesura nos detuvimos. Huilen me preguntó:

-¿Dónde está Babieca?

-Paseando al gran cacique de la Araucaria. Babieca quedará aquí, contigo, para que lo cuides. Resultaría criminal llevármelo a un matadero de locos.

Ella me miró a los ojos intensamente. Estaba procurando con heroicidad manifiesta evitar un adiós de novelesca sensiblería. Con labios temblorosos me dijo:

-Recuerda lo que una vez te expresé: allí donde vayas, iré yo. Nada ni nadie podrá separarnos.

Y toda su entereza se quebró en un llanto que trató de ahogar contra mi pecho, abrazándome, refugiándose entre mis brazos de manera convulsa y sin rebozos.

Las últimas palabras de Huilen fueron tomadas por mí, claro, como una manifestación de deseos.

De lejos me llegó la voz de Antü, que decía:

-¡Olvidas a Babieca, Fermín!

Me separé de Huilen diciéndole: “Anda, explícale que Babieca quedará a vuestro cuidado”; y besando sus labios rápidamente emprendí el camino casi corriendo, sin darme vuelta una sola vez.

CAPÍTULO 36

Amanecía el 3 de enero de 1785 cuando salimos del fuerte con miras de llegar cuando antes a Sierra de la Ventana. Allí quedaba, para defender la ciudadela, un pequeño grupo al mando del teniente don Isidro Bermúdez.

La columna estaba formada por doscientos hombres entre peones, tropa y presidiarios, e íbamos sin cuidarnos mucho del orden que tanto gusta a la plana mayor; y aunque los sargentos se desvivían por llevarnos de a tres en fondo, los accidentes del terreno conspiraban a cada paso con sus buenos deseos. Pronto se aburrieron de trabajar en vano y nos vimos libres de imposiciones absurdas, lo cual permitió que nos juntáramos en la marcha Mateo, José y yo. Al frente marchaban don Basilio Villarino, los alféreces Francisco Xavier y Domingo Gabriel Piera, el alférez León Ortíz de Rozas, el médico Juan de Cormis y el capellán fray Francisco Montañés. El comandante en jefe don Juan de la Piedra encabezaba la columna, solo, callado, tratando de mantener sobre la montura una pose digna de su título y de su fama.

Un sol naciente desprendíase poco a poco de los celajes que le impedían alumbrar a pleno, y el mal llamado desierto despertaba así henchido de vida, con las hierbas verdegueando* alrededor de árboles escasos, húmedas por el rocío.

Pero aquí y allá los blancos manchones salitrosos decían que todo era ilusión, y el desierto un brujo maligno que mata a quienes se aventuran a recorrerlo sin conocer sus acechanzas. El aire iba tornándose caliente y los insectos zumbaban amenazadores. Comentó José:

-Será un día bravo. Miren el sol... desde ya se ha convertido en brasa y el viento del Norte le ayudará a calcinarnos.

Mateo y yo le oíamos atentos, pero nada dijimos. No bastaba con los pensamientos que ponían crespones oscuros a nuestros ánimos. ¿Empequeñecidos por el desgarramiento que, a cada paso de las cabalgaduras nos alejaban más y más de los seres amados? ¿Qué importancia tenían los augurios de José? ¿Acaso desconocíamos que éramos conducidos no solo al infierno de soledades inhóspitas, sino también al centro de una lucha inane, fútil, con hondas raíces en el tenebroso resumidero del mal? Me vinieron a la memoria las predicciones de Inés acerca del osario gigantesco en que se convertiría la pampa por obra de preeminencias endemoniadas; y miré a mi alrededor: dilatados horizontes, espacios inconmensurables, miles y miles de leguas extendiéndose a todo lo largo y ancho de un territorio baldío, con sus caudales y lagunas de inusual belleza; el bien llamado desierto, no por su aridez, sino por la ausencia del hombre, prolongábase sin embargo en una Patagonia capaz de albergar países enteros dispuesto a extraer de aquel emporio señalado por el dedo de Dios como bienestar para millones de familias; y no obstante allí íbamos, oteando distancias en la búsqueda de otros hombres

* Verdegueando: (intr.) Verdear. Mostrar el color verde que en se tiene.

a fin de trenzarnos en peleas donde el horror y la muerte serían los únicos gananciosos.

Transponiendo lomillas y hondonadas, evitando chañares, chapoteando en aguas salitrosas y metiéndonos en pastizales que arañaban los vientres de las cabalgaduras, íbamos acercándonos al mediodía. El sol era una bola de fuego en el firmamento sin nubes, quemando, encegueciendo, empapando de sudor nuestras ropas y, lo peor de todo, la sed, que convertía en pasta la saliva y reseca las bocas. Habíase impartido la orden de no tocar las reservas de agua hasta llegar al río Colorado, y el mandato respetábase a rajatabla. Pareciera que los tres íbamos elucubrando idénticas reflexiones, pues José Aguilén dijo con apagada voz:

-Tenía yo razón, ¿verdad? El día será bravo y sin agua...

-Pero dime -saltó Mateo- ¿no hay por aquí algún arroyo o lagunita para calmar esta sed? Que, si no la paramos...

-Don Juan de la Piedra no quiere perder tiempo -agregue con entonación desganada-, tiene un plan y quiere cumplirlo aunque muramos todos. Él está hecho así, con pasta de los antiguos conquistadores.

-O cree estarlo -terció Mateo-, que es la forma más simple de la locura...; simple mientras ella no involucre a otros en sus devaneos y disparates.

-La locura de *Don Quijote*, por ejemplo... -quise arquetipar con las mejores intenciones-, pero Mateo me interrumpió bruscamente:

-No empieces a joder con tu *Don Quijote*. Desde que nací vengo aguantando a uno que si no es un calco de tu héroe favorito, poco falta para igualarlo.

-¿Tu padre?

-El mismo: el loco más simple e inofensivo que ha dado la madre España. Un ideal transparente hecho carne, pero del corazón, Fermín, ¿comprendes? Un loco tan, pero tan simple, que resulta imposible dejar de quererle. Es más, querido amigo. ¿Puedes entender que yo me sienta orgulloso de él, cuando siempre nos mató de hambre e hizo de nuestras vidas un calvario? Pero don Juan de la Piedra...

Callamos, y cada uno se metió a revolver sus propios interiores. El calor, que cada vez apretaba con mayor fuerza, nos impedía el solaz* de romper con diálogos amistosos la tediosa marcha por el desértico e inacabable territorio. Así, me puse a rememorar las escenas provocadas por las despedidas a mi madre, a *Puchero*, a los gemelos y Rosita. Cuánta emoción, ¡Dios mío! Fueron adioses patéticos, pues cada uno tratamos de quitarle hondura dramática al alejamiento escondiendo las lágrimas tras sonrisas forzadas, con valientes actitudes y frases inconexas...

Con tales reminiscencias revoloteando en mi cerebro, escuché la orden proveniente de la comandancia: "comer lo que cada uno lleva consigo sin detener la marcha".

Resultaba evidente que don Juan de la Piedra quería llegar antes de la noche al río Colorado, y eran explicables los propósitos del comandante. Había que dar de beber a las bestias y hallar refugio entre las arboledas durante la noche. Pero marino al fin, el superintendente no supo dimensionar el hecho de conducir doscientos caballos durante

* Solaz: (m) Consuelo, placer, esparcimiento, alivio de los trabajos.

un largo día sin darles de comer y de beber bajo el suplicio de un sol inclemente y llevando encima hombres y armas, además de los bultos propios de una excursión de tal envergadura. Fue inútil que Villarino y los Piera, más avezados a corretear distancias, trataran de convencerle de que se hiciera el trayecto por etapas. De la Piedra rechazó las sugerencias y siguió marchando, con la vista al frente, dando la impresión de que iba tras un sueño, o de una idea fija, erecto y firme en su caballo, sin ninguna otra cosa que le distrajera o importara.

No puedo explicar por qué de pronto me saltó la angustia de sentirme parte de una caravana de condenados, conducida por un genio maligno hacia las orillas del Aqueronte.

.....oOo.....

Varios días tardamos en llegar al colorado río, que debe el nombre a las arcillas rojas que tiñen su aguas. don Juan de la Piedra no hacía sino renegar por la demora impuesta necesariamente por el lento desplazamiento de una tropa que, debido a su pobre entrenamiento, avanzaba cual cuerpo adiposo, torpe malparado. ¿Qué podían saber los peones y presidiarios que allí iban, como borregos a la rastra, de disciplinas militares? Nosotros mismos (me refiero a Mateo y yo), ¿qué otra cosa éramos que bisoños* aprendices en el arte ecuestre o en maniobras guerreras? Solamente José sentíase como pez en el agua, riéndose de nuestros apuros, hecho desde que naciera a recorrer el desierto como quien anda en casa propia.

Corrió a lo largo de la columna la noticia de que al fin habíamos llegado. A poco andar vimos el verdor de los sauces destacándose a lo lejos. Ello nos alegró sobremanera, y desde ya nos prometimos chapuzones y sombras hasta el hartazgo. No sabíamos que las intenciones de don Juan de la Piedra eran muy distintas. No bien dimos de beber a las bestias, montados aún, pero dispuestos a desensillar cuanto antes, llegó la orden de cruzar el río por el vado que don Basilio indicara... ¡y a seguir! Opinaba el comandante que, siendo tan solo media mañana, no podíamos desperdiciar el tiempo entregándonos a la molicie, cuando urgía llegar a Sierra de la Ventana. El contacto con las fuerzas provenientes de Buenos Aires era el objetivo primordial, y a él debíamos atenernos. A marchar, pues, con las ropas mojadas por el sudor y los cuerpos oliendo de una punta a otra de la caravana a toda la gama de lo rancio: a pocilga, a sobacos, a entrepiernas que el aire caliente nos arrojaba a tufaradas contra las narices.

Con los ánimos por el suelo habríamos andado no más de un cuarto de legua cuando se interpuso en nuestro camino un conjunto de toldos, con aborígenes que, al vernos, sonrieron con tímidas señales de bienvenida. Algunos hombres sorbían de unas cañitas puestas en pequeñas calabazas, mientras otros desbastaban con largos cuchillos varas de sauce para usar, tal vez, en el apuntalamiento de sus míseras viviendas.

Llegó de pronto la orden inconcebible, sorpresiva, que desató una vez más la ordalía de sangre y fuego, el asesinato sin control de mapuches en una repetición dantesca de lo

* Bisosños: Ya buscado.

ocurrido en Potrero Chico y en la tribu del Cacique Francisco.

Perdonad, amigos lectores; pero me abstengo de volver a utilizar la pluma para describir tanta maldad. Solo diré que la mayoría de nuestros hombres vivieron aquello como se sueña una horrible pesadilla. Había en sus miradas la fijeza, el pasmo, la impresión doliente de sentirse cómplices de la masacre. Solamente don Juan de la Piedra observaba inmutable, erecto en su caballo que, percibiendo el olor de la sangre, movíase intranquilo, con las patas delanteras insinuando, quizás, un intento de fuga. Sí, reparar en nimiedades pareciera cosa sin sentido; pero era la forma, lo he dicho antes, de no caer en la demencia, en el impulso fácil de huir hacia el desierto, de perderme en él y... Un sollozo, un grito prolongado interrumpió de repente el violento fluir de mis emociones. José, con las manos crispadas entre las crines del caballo, lloraba emitiendo un sonido ronco, de fiera herida en las entrañas. Le vi espolear su montura y dirigirse hacia donde estaba don Juan de la Piedra. Le seguí procurando detenerle pues adiviné su intención de atacar al comandante; pero se detuvo a mitad de camino con una frenada magistral, a lo indio, y haciendo que el caballo diera vuelta en redondo, corrió a todo galope hacia el Colorado. Le seguí. Nunca como entonces extrañé a Babieca; por más esfuerzos que hice me fue imposible acercarme al caballo que corría adelante como una centella. “¡José... José... !” -le gritaba, pero ni una vez se dio vuelta para mirarme-. Le alcancé cuando llegó a orillas del río y se puso a buscar el vado, ansiosamente, ciego a mi presencia. Solo cuando puse mi caballo delante del suyo y le impedí de tal modo ir hacia al centro de la corriente, me miró enajenado, cual si no me conociera. Su cara estaba empapada de lágrimas y tenía la boca fruncida en una mueca de dolor intenso, de rabia... Al reconocerme gritó enfurecido: “¡Déjame paso!” Hice como si no le oyera y, sujetándole el caballo por el cabestro, le llevé hasta la orilla, mientras le hablaba en tono reflexivo:

-Razonemos, José; luego te irás donde quieras. No es mi intención detenerte; pero antes déjame que te diga algunas cosas: como amigo y como hermano de la fe, que nos une a pesar de todo.

-¡No me hables de Cristo! ¡Todos vosotros sois demonios perversos escondidos tras una mentira!

-No, José, no te hablaré de Cristo; pero deseo que me escuches. Explicarte...

Poco a poco había conducido su montura bajo la sombra de los sauces. Allí, frente a frente, él en su caballo; yo en el mío, le hablé con voz cauta, temeroso de soltar alguna palabra que lo exacerbara y diera por tierra mis propósitos; que no eran cierto el sujetarle a nuestra marcha de lobos esteparios. Le dije:

-No quiero que vuelvas a formar parte de la tropa. Eso terminó; pero sí que regreses a mi amistad, que es sincera, José, te lo aseguro. Lo que te horrorizó, igual que a mí, ha sido obra de asesinos que merecen la horca y que sus cenizas sean echadas al viento para que desaparezcan por los siglos de los siglos. Los que así matan no merecen llamarse hombres, ni cristianos; solo sirven para deshonorarnos; llevan colgados de sus cuellos el infamante rótulo de “íncubos”... ¿Sabes qué quiere decir “íncubo”?

-No -dijo rotundamente.

-”Íncubo” significa el demonio que toma forma de hombre y actúa cual si lo fuera. “Íncubos” son los cristianos que tú viste masacrando sin piedad, con el alma en pingajos y ahítos de sangre...

Callé unos instantes. Me pareció que estaba llevándole, gracias a Dios, al José de siempre... o al José de casi siempre; pero saltó el muchacho mientras esbozaba una sonrisa torcida, amarga:

-Dime, Fermín, ¿estás tratando de enseñarme la doctrina? Estuve mucho tiempo escuchándola y no tuve necesidad de palabras difíciles para entenderla. Ahí te quedas. Trata de no convertirte tú también en uno de esos... íncubos, y consérvate limpio para poder asegurar a Huilen que se lleva un verdadero hombre, sin letreros sobre el pecho...

Y así diciendo se metió en el vado dispuesto a ganar la orilla opuesta. Antes de que se alejara le pregunté, casi gritando:

-¿Adónde vas? -y me respondió con la cabeza dada vuelta:

-A cumplir lo mandado por Chololaquin. Seguiré tus pasos desde lejos y correré a informarle sobre cualquier apuro en que te encuentres.

-Ve con Dios -le dije.

-Iré, pero con el mío -respondió ya sin mirarme.

Encogióse de hombros, apuró el paso y sin mirarme hizo un saludo amistoso con el brazo en alto. Me quedé allí viéndole alejarse al trote cansino de su caballo indio, petizón este, pero incansable y duro en sus correrías por el desierto, esperanzado yo de haber conseguido mantenerle en el redil de los corazones sin odios, tuve la seguridad, válgame Dios (y perdonadme mi inveterada sensiblería), que la cautiva española que hiciera de madre con José, aprobaba sonriendo mi aprendizaje en la empinada cuesta del apostolado. Deseché enseguida la palabra, sí señor... “apostolado” era un término que me quedaba grande y no cabía en mi pobre y reducida humanidad.

Inconscientemente me resistía a dejar la sombra acogedora de los sauces para enfrentarme con los resultados funestos de lo ocurrido rato antes. Así estaba, cuando detrás mío apareció Mateo, cejijunto. Le pregunté abatido y ahorrando palabras:

-¿Terminó todo?

-Sí, vengo de parte de don Juan de la Piedra para averiguar por qué te fuiste sin previa autorización. José se marchó, ¿verdad?

Al responderle yo con un cabezazo, comenté:

-Ha hecho bien. ¿Cómo continuar al servicio de gente que asesina sin misericordia a individuos de su pueblo?

-José no estaba a nuestro servicio. Era a Chololaquin a quien obedecía.

-Bueno... ven conmigo y piensa qué explicaciones darás al gran “Atila”.

.....oOo.....

Le dije lisa y llanamente: “Mi ausencia obedeció al propósito de alcanzar a José que, horrorizado por la matanza, huyera a campo traviesa. No le alcancé -mentí encogiéndome de hombros-. Cruzó el Colorado y se esfumó en los pastizales”.

-Por una estupidez perdimos un baquiano y lenguaraz sumamente útil.

Le miré a la cara, resistiéndome a creer lo escuchado. Le dije con palabras inseguras, temblequeantes, no sé si trabadas por la indignación o el espanto:

-¿Llama estupidez al horror de ver... inmolar a su gente sin piedad alguna?

-Estorbaban el paso de la tropa, ¿no lo viste?

Lo dijo con la expresión de siempre, sin señal alguna de arrepentimiento, indiferente, cual si la orden de matar no hubiese emanado de él. Me fijé en la vacuidad de sus pupilas; en la pétrea rigidez de sus rasgos... ¡Y entonces comprendí! La revelación hizo trizas mi rabia; la furia que había estado creciendo torrentosa en mí se convirtió en ardoroso espumarajo sin solidez, ajeno a cualquier raciocinio esclarecedor... “¡Dios Mío! ¡Don Juan de la Piedra está loco! ¿Cómo es que no lo vi antes?”

-En fin; ya nos arreglaremos sin ese estúpido muchacho. Anda, monta, pues partiremos de inmediato.

Obedecí cual si yo, en esos momentos, me hubiese transformado en un muñeco de trapo, sin voluntad, libre de los resortes de mis nervios. No obstante, aún tuve fuerzas para decirle:

-¿Y todos esos cadáveres? ¿No les damos sepultura?

-Mira; aquellos se encargarán de hacer la limpieza -respondió mientras señalaba a los buitres que en lo alto se cernían sobre nuestras cabezas-. Apúrate y no perdamos tiempo.

Monté el caballo con movimientos y actitudes de autómatas, y esperé que la columna se pusiera en marcha. Mateo se colocó a mi lado y preguntó:

-¿Fue duro contigo, Fermín?

Le miré sin oírle. Advirtiéndome mis vaguedades me tomó del brazo y, zamarreándose con suavidad, me dijo:

-Oye, tienes mala cara, ¿qué te ocurre?

-Déjame, Mateo -le respondí de soslayo-. Ya te contaré luego, cuando en la noche hagamos alto. Ahora debo pensar.

Acuciado por los gritos de los sargentos, pronto se recompuso el batallón y reinició la marcha. Yo iba sobre el caballo más atento a las convulsiones del espíritu que a los detalles de la caminata. Mateo me dejó tranquilo; bien sabía él, por haberlo experimentado, de ataduras interiores a interrogantes sin respuestas. Pronto advertí que el rítmico andar del caballo me ayudaba a distinguir, una a una, las distintas partes del jeroglífico que en mi ser se habían marcado por obra de la inesperada revelación. Las incoherencias solo eran engaños en el tejido de los sucesos; bien miradas, una hebra llevaba a otras, y a otras, y todas juntas hacían en la trama la figura del aparente misterio. Examinemos -me dije- la evidencia primera, ¿aquella que me saltó a la cara con la fuerza de una catapulta, y que no supe ver engañado por... mi vanidad, o el juego dialéctico que me engolosina desde que tengo uso de razón? ¿El espionaje de mis cartas, la encerrona en el calabozo, la teatral armadura del grotesco entremés en la iglesia con sus sacrílegos juramentos, no eran las muestras cabales de una mente enferma? ¿Las disociaciones en las actitudes del pobre Juan de la Piedra no significaban acaso el desequilibrio de una mentalidad sin los sostenes lógicos de la razón? ¿O el juego de la esgrima verbal que mi candidez admitía como recurso para mitigar sus soledades? Tan

loco era el uno como el otro: *Don Quijote* y *Sancho* complementándose en la fiesta de los disparates. ¿Por qué Mateo vio claro y no yo? ¿Dónde debía rebuscar para descubrir los fundamentos de mi ceguera? Mejor no embarullarme -pensaba-. Cuando se aquieten las aguas cenagosas podré quizás hacerme un examen de conciencia y... mas entretanto, ¿cómo debo actuar? Porque no había duda de que la imagen en cierto modo literaria comparando a la caravana con una legión de condenados en camino al Aqueronte, dejaba de ser ficción para convertirse en una realidad estremecedora. Íbamos al desastre de la mano de un loco. ¡Dios! ¿Qué hacer? ¿Gritar a los cuatro vientos la insanía de Juan de la Piedra? Solo Mateo me creerá -meditaba- para los otros el loco era yo, y con cuatro balas en mi cuerpo todo se acabaría. Nos acercábamos hacia el final de la tarde. Encerrado yo con mis reflexiones, y Mateo, procurando no interrumpirme con chácharas inútiles, anduvimos largas horas sin intercambiar una sola palabra. Recién cuando el sol se escondió en el horizonte tras un incendio de nubes carmesíes, dijo con voz opaca, que no fue más allá del ruido hecho por los cascos de nuestras cabalgaduras:

-¿Sabes, Fermín? El batallón entero marcha preocupado, casi con miedo.

Le miré sin captar del todo el sentido puesto en sus palabras. Mateo aclaró entonces su comentario:

-La gente que asesinaron pertenecía a un desprendimiento de la tribu de Chanel, y el que allí estaba era hermano del poderoso Cacique Negro. ¿Recuerdas al que se adelantó para saludar amigablemente a don Juan de la Piedra? ¿Entiendes lo que digo, Fermín?

-Y la tropa teme ahora que el gran cacique de la pampa tome represalias y venga al degüello contra nosotros, ¿es eso?

-Sí. Los temores son grandes, y cualquier cosa los sobresalta.

-¿Tú cómo vas?

-Pues igual que ellos; una bandada de pájaros levantando vuelo, o el agitar de matas en los altos pajonales me llenan de congoja y agarrotan mis nervios.

Callamos, y por largo trecho permanecemos así, en silencio, rumiando cada cual sus propias cavilaciones. Dije luego con tono replegado en la prudencia:

-Cuando te explique lo que he descubierto esos miedos te parecerán cosas de niños.

-¿Puedes adelantar algo?

-No. Ten paciencia hasta encontrarnos solos, bien lejos de los demás.

.....oOo.....

La noche nos sorprendió en medio de una llanura salitrosa donde solo crecían unos arbustos raquíticos y resecos espinos que, en la semioscuridad, semejabán retorcidos y fantasmales esperpentos; ellos nos proveyeron, sin embargo, de leña para el fuego que nos sirvió para darles calor a nuestros cuerpos, pues la noche era fría con amenazas de lluvia. Sin luna ni estrellas, solo las llamas de las esmirriadas hogueras permitieron que nos viéramos las caras; y sin descuidarnos, pues la fácil combustión del ramaje acababa pronto en brasas insignificantes. Mateo y yo procuramos tomar buena distancia de los otros, y así pudimos hablar tranquilos, aunque en voz baja y escudriñando la oscuridad, por si alguien se acercaba. Parecíamos conspiradores tramando zancadillas políticas. Así

pude contar a Mateo las borrascosas sensaciones vividas tras percibir la demencia de don Juan de la Piedra. Me oyó de cabo a rabo, sin interrumpirme. Cuando hube acabado y me pareció que nada había quedado por decir, un silencio cargado de aprensiones nos ató a los dos, por tan largo rato, que tuve al fin que romperlo, preguntando:

-¿Qué? ¿Nada tienes para decirme?

-Déjame pensar -exclamó dándose puñetazos con su derecha contra la palma de la izquierda.

Me encogí de hombros y esperé. A la luz de las llamas la cara de Mateo se veía crispada, aparentando la configuración de un tapujo con los contornos desdibujados, al modo de una carátula griega. Eché más ramas en el fuego y se reavivó de inmediato. Tras la refriega desatada en mi espíritu, la somnolencia iba ganándose lentamente. No había dudas de que el haber volcado en mi amigo la confesión de los problemas mucho hizo para calmarme y adormecerme. Pasó un buen rato hasta que Mateo pronunció mi nombre: “Fermín...” “Te escucho”, -le dije- y él largó una parrafada sin rodeos:

-Mi padre solía decirme: “Cuando camines el mundo procura ir con ojo puesto en la tierra, y el otro sin dejar de ver el cielo, de forma tal que no tropieces con peñascos que te arrojarán de bruces en el infierno, ni pierdas la visión de una eternidad salvadora. No sé de dónde habrá sacado dicho consejo; tal vez de sus elucubraciones, pues le gusta inventar máximas y aforismos a troche y moche. Pero se me ocurre que no vendría mal que la aprovecháramos en situación tan delicada como la presente. Cuidémonos de los peligros sin por ello descuidar nuestra honra; y callemos, pues de nada servirá que le pongamos a de la Piedra el cencerro de la locura.

-¿Pero los otros, Mateo? ¿Les abandonaremos a su suerte dejándoles caer en la encerrona?

-No veo otra solución... Es duro, Fermín, ¿mas qué hacer? Llegué a los oídos del comandante en jefe (que llegará en cuanto abramos la boca, pues siempre hay genuflexos y miserables), y quedaremos en el desierto convertidos en carroña para hartazgo de buitres y sabandijas.

-Creo, sin embargo, que algún medio habrá para salir del atolladero -comenté reflexivo y convicción dubitativa.

-¿Cuál? Hemos perdido la facultad de recurrir al “oráculo” que significaba Inés para nosotros.

-No la hemos perdido del todo, quizás... -me detuve, pues no era momento de agregar un misterio más a los arcanos* que nos liaban igual que telarañas diabólicas.

Tenía hambre. Rebusqué en la talega* el resto de galleta y queso que nos dieron al mediodía, y me puse a comer, no sin antes ofrecer a Mateo participar del “banquete”.

-Gracias -me dijo- no tengo hambre. Me ocurre lo que a ti durante el almuerzo. ¡Y pensar que achaqué tu desgano a las barbaridades presenciadas... o a la huida de José...

* Arcanos: (adj) Dicho especialmente de una cosa: Secreta, recóndita, reservada.

* Talego: (f) Saco o bolsa anchos y cortos, de lienzo basto u otra tela, que sirven para llevar o guardar las cosas.

o a la cola del diablo que en todo se mete para envenenarnos la vida! ¡Maldita sea esta barrabasada del marqués de Loreto, de don Juan de la Piedra, de los imbéciles que están haciendo de España habitáculo de mujer pública!

-Detente, Mateo, y no cargues en la noble matrona las canalladas de quienes se limpian en sus gloriosas vestiduras las manos tintas en sangre.

-¡Felicitaciones por tu genial alegato! -y poniéndose de pie, comenzó a dar patadas por doquier. A punto estuvo de endilgarme un zapatazo, que me habría dolido, pues su furia era auténtica y no paraba en la repartija. Al fin le dije en tono sosegado y sin dejar de moler en la boca la dura galleta y el queso desabrido:

-Siéntate y no jodas con arrebatos que de nada sirven. Siéntate, hombre, y deja que termine la cena en paz. ¿Acostumbras a decir alguna oración antes de dormir?

Me miró perplejo, con los puños en la cintura. Me contestó tartamudeando las palabras:

-¿Ahora vienes con eso? Me parece que tus incoherencias se parecen mucho a las del comandante, que Dios confunda.

-Si acostumbras a rezar, y no lo dudo, reza, hombre, reza... y has como yo. En cuanto termine este bocado pediré de rodillas, en medio de esta inmensidad que nos circunda, obscura como un pozo y sumida en soledad aterradora, que Dios nos ilumine...

-Buen sermón, fray Fermín -exclamó Mateo sarcástico e incrédulo ante mis sugerencias. Sí, recurramos al auxilio divino para que don Juan de la Piedra recobre su cordura y convierta esta noche en aleluya. ¡Déjate de chirinadas*, hombre!

-¿Chirinadas? ¿Qué es eso?

-No lo sé. Pero sirve muy bien para dar a la frase una excelente puntuación. Mi padre dice que las palabras nuevas en odres viejos enriquecen el idioma.

La ocurrente y académica salida de Mateo me resultó impactante: un salto de arlequín irrumpiendo en medio de una representación dramática; de tal forma, que la risa me asaltó franca, sin disimulos. El autor de la 'farsa', mirándome indeciso, me increpó ásperamente:

-¿De qué mierda te ríes?

Ello aumentó mi hilaridad, hasta que Mateo diose cuenta al fin de su chirinada y se agregó al jolgorio, sin estridencias. Eramos jóvenes, y está visto que a esa edad la pesadumbre dura lo que un suspiro. Acabado el jubiloso paréntesis, retomé el discurso:

-Pues sí: lo dicho. Pediré de rodillas que Dios oiga mis ruegos... y que también Inés nos escuche; y no olvidemos a fray Gerónimo, Mateo, a fray Gerónimo. Quizás todos ellos, juntos, nos inspiren para encontrar una salida.

Quedó Mateo firme, sin hablar, y luego, parsimoniosamente, fue a sentarse en el mismo lugar que antes ocupara. Me pareció ver en sus ojos un brillo, no del todo claro, destacándose en la mortecina luz del fuego.

En ese momento empezaron a caer las primeras gotas.

* Chirinada: (f) Asonada inútil, motín frustrado.

El trueno resonó como un trallazo* gigantesco; un relámpago iluminó el cielo y la tierra con claridad estremecida, que vino de frente, de atrás, de los costados, envolviéndonos en fogonazos propios del cataclismo genesíaco*, de blancura enneguecedora y verdosos centelleos. A un trueno le siguió otro, y todos rodaron por el espacio infinito desgranándose en ecos que se perdían en agónicos refunfuños. Nos pusimos de pie e instintivamente nos juntamos, sobrecogidos por el espectáculo que nos ofrecía la llanura desértica sacudida por la furia de un Dios revestido de culebrillas fosforescentes, teúrgicos* y estrepitosos estallidos. A nuestro alrededor las cosas se mostraban en suspenso: calma ilusoria, pues de pronto un viento frío bajó del cielo con turbulencias cargadas de lluvia torrencial; y la lluvia y el viento azotaron nuestros cuerpos y nos amenazaron con llevarnos a la rastra por el páramo vacío, fantasmal, sin refugios que nos protegieran e inundado por resplandores vivísimos que no cesaban y truenos que lo sumían en una caja de resonancias con proyecciones desmedidas. Mateo me aferró del brazo y voceó en mi oído: “¡Los caballos!”. Miramos en torno y los vimos cerca, bajas las cabezas, firmes las patas, aguantando el temporal con mejor predisposición que sus amos. Corrimos tambaleantes hacia ellos, y tomándolos de las riendas, los sujetamos temerosos de que se escaparan y nos dejaran en aquella soledad anárquica, desquiciante. El aguacero, tupido, arremolinado, nos empapó las ropas y por nuestras caras el agua bajaba a raudales, entorpeciéndonos las vistas y metiéndose por todas partes para lavar, benevolentes, los cuerpos que tan mal olían. De pronto el frío me caló hasta los huesos y hube de recurrir a la manta puesta bajo la montura del caballo. Con ella me tapé desde la cabeza cuanto pude. Mateo siguió mi ejemplo e hizo lo mismo. Nos pusimos del lado del animal (*Puchero* habría dicho a estribor) para que nos protegieran en algo de la lluvia y el viento. ¿Qué otro remedio nos quedaba? No me atreví a sugerirle a Mateo que fuéramos a encontrarnos con el grueso de la tropa, pues correríamos el riesgo de equivocarnos el rumbo y perdernos en la uniformidad de los pajonales. Mi amigo seguramente pensó igual, pues nada dijo que significara un cambio de situación aunque la misma nos tuviera inquietos y... con miedo, ¿por qué no decirlo? Sí, yo tenía miedo; Mateo no sé, pues sus reacciones resultaban siempre imprevisibles. Le miré; me miró; y cuando menos lo presentía mostró en su cara una sonrisa de oreja a oreja, al tiempo que me gritaba: “¿Rezaste ya?” Le respondí con otra sonrisa que apenas estiró mis labios y un marcado encogimiento de hombros. Lo dicho: Mateo era imprevisible...

Así como vino, la tormenta cesó de repente, aplacando sus iras en un ronroneo largo, decadente, de fiera domada... ¡Ah, si todas las calamidades que nos asaltan en la vida terminaran así, a la manera de una “hecatombe” veraniega!

* Trallazo: (m) Golpe o ruido violentos.

* Genesíaco: (adj) Perteneciente o relativo a la génesis.

* Teúrgico: (adj) Relativo a la teúrgia, especie de magia de los antiguos gentiles para comunicarse con la divinidad.

CAPÍTULO 37

Pernoctamos con las ropas mojadas y cubiertos por mantas que de nada servían, pues también ellas quedaron chorreantes; pero al menos protegieron nuestros cuerpos del viento frío que sopló toda la noche, persistente, aburridor, tan aburridor como el silbido monótono del cabo Menéndez que, a nuestro lado, se empeñaba en la modulación de ciertos aires montañoses, asturianos por más señas. Porque debo aclarar que, guiados por las voces, habíamos decidido al fin incorporarnos al grueso de la tropa, y así aguardar sin sobresaltos la luz del día.

-Oiga, cabo: ¿por qué no silba una muñeira*? -sugirió Mateo, seguramente fastidiado como yo por el sonsonete* que no cesaba; a lo que respondió el silbador:

-Hombre, eso no es de mi tierra. ¡Ja, una muñeira!

Y, ¡oh milagro! al conjuro de tales palabras comenzó un poco más allá una silbatina de canciones gallegas y, replicando a estas, un tararear de jotas aragonesas detrás nuestro; oído lo cual, el dichoso cabo arremetió con mayor brío generalizándose de tal modo un concierto cada vez más reñido, hasta que una voz surgió de entre aquellas disonancias como nacen los gorjeos del ruiseñor en medio de graznidos y cloqueos; un canto abaritonado, melodioso, de una guajira o habanera que hizo callar repentinamente a todos. Quedamos en suspenso, oyendo las notas salidas de aquella garganta que, a la noche desértica, prendía el sortilegio de un arte llevado a esferas insospechadas. Terminó la canción y pregunté sin dirigirme a ninguno:

-¿Quién es?

-Un negro que vino entre los presidiarios -respondió el cabo-, cubano él y, según cuentan, un rebelde huyendo de la esclavitud.

-“Otra, otra...” se oyó aquí y allá, pidiéndole de tal manera al inesperado cantor que volviera a lucir sus aptitudes; y este accedió, pero esta vez entonando una melodía triste, dicha en un idioma para nosotros desconocido; pero igualmente bella, pues no necesitó de palabras para hacerse entender: el alma habla siempre en idioma universal.

No volvió el cubano, a lo que fuere, a regalarnos su arte por más que insistimos. Pero en el aire quedó flotando la mágica sensación de algo imposible de explicar con vulgaridades.

El cabo se había puesto a silbar nuevamente; pero en tono bajo, muy bajo..., que no me molestó, pues aún persistía en mi sensibilidad el prodigio que el esclavo negro nos brindara tan generosamente.

.....oOo.....

Despertó la mañana meciéndose en un cielo plomizo. Montamos, y el escuadrón se puso en marcha hacia el objetivo final. Fue un andar y andar sin que nada ocurriera.

* Muñeira: (f) Baile popular de Galicia.

* Sonsonete: (m) Sonido que resulta de los golpes pequeños y repetidos que se dan en una parte, imitando un son de música.

Hasta que, tras diecinueve días de fatigoso recorrido, llegamos a las estribaciones de la sierra, donde nos establecimos a orillas del río Sauce. Era el 2 de enero de 1785.

Desde el primer día se hizo notoria la falta de una mente clara, bien predispuesta a organizar con sabiduría un asentamiento militar en tierra enemiga. Pues se daba el caso de que las fuerzas prometidas por Buenos Aires no mostraron ni el rabo. ¿Dónde estaban? ¿Quién o quiénes eran los culpables de tan flagrante descuido? ¿Se había anticipado don Juan de la Piedra o el marqués de Loreto remoloneó más de la cuenta? Fuere de quien fuere la falta, el buen tino aconsejaba fortificarse y esperar. Pero no: nuestro jefe hizo de la prudencia un trasto y allí fue, a repetir los éxitos que tan fácilmente lograra en excursiones anteriores: masacrar tribus y obtener botines más propios de míseros bandidajes que de un ejército con pretensiones de primacía sobre toda la pampa y la Patagonia. Por supuesto: era yo el menos indicado para opinar sobre estrategias, pero el sentido común estaba diciéndome que, de seguir machacando sin cordura, la vida de doscientos hombres sería inmolada sin pena ni gloria.

Habíamos procurado mantenernos el uno junto al otro en aquella ciudadela rodeada por fantasmas, pues no otra cosa eran los numerosos aborígenes escondidos en los más inverosímiles refugios, esperando el momento para echársenos encima; táctica -ya nos lo había dicho José- aprendida a la perfección desde el instante mismo en que abandonan la teta.

No habíamos acabado de armar la carpa, cuando el alférez Piera se plantó frente a mí para decirme de manera brusca, cejijunto:

-Preséntate enseguida en la comandancia.

Y sin más, dio media vuelta y se fue por donde había venido.

Nos miramos Mateo y yo como si aquello tuviera algo que ver con un presagio, ¡oh los malditos cuernos de Belcebú! Pero marché corriendo a cumplir lo ordenado por el alférez.

.....oOo.....

En la tienda de campaña, dispuesta con poco esmero y absoluta precariedad, don Juan de la Piedra se hallaba de pie conversando animadamente con el alférez León Ortiz de Rosas y el médico Juan de Cormis. “A sus órdenes, mi comandante”, dije yo en voz alta aparentando un empuje que no sentía; tras lo cual esperé firme en la entrada a que se le ocurriera mirarme; pero él siguió hablando indiferente al anodino subalterno que detrás suyo rabiaba por saber lo que le tenía reservado; sin impedirme, claro está, que mis orejas captaran ansiosas lo que allí se decía, o, mejor dicho, decía don Juan de la Piedra con voz engolada y ampulosos ademanes:

-... He ordenado, sí, señores, que esta noche salga una fuerza que comandará don Basilio Villarino para reducir unas tolderías distantes cinco leguas. Usted, Ortiz de Rosas, y el alférez Piera secundarán a Villarino, y espero que esos toldos sean barridos totalmente a fin de que sirvan de ejemplo a las tribus que nos rodean.

-¿De cuántos hombres dispondremos, señor comandante? -preguntó el alférez con un desgano fácil de advertir en sus palabras.

-Además de fray Francisco Montañes -que será de la partida- y Domingo Javier Piera, irán veinte infantes, trece dragones, peones y presidiarios hasta completar noventa y ocho hombres.

-¿Tantos para batir unos cuantos toldos? -preguntó Ortiz de Rozas al tiempo que esbozaba una sardónica* sonrisa.

-Será una demostración de fuerza, hombre, una demostración de fuerza.

-Pero... -se contuvo el alférez-, mas el comandante le instó a que prosiguiera: "Diga, diga usted".

-Creo comprender a don Ortiz de Rozas, intervino entonces el médico a quien hasta ese instante no le había oído una sola palabra. Es casi media guarnición la que saldrá y quizás ello signifique una imprudencia al debilitar de tal modo la defensa del campamento. ¿No es eso lo que piensa, alférez?

-Dice usted bien, doctor. Opino que....

-Oh, a qué tanto miedo -interrumpió don Juan de la Piedra y agregó-: Con cien hombres bastará para sacudir los moscardones indios que pretendan atacarnos.

Y dando media vuelta clavó en mí el fuego de sus ojos; un fuego avivado vaya uno a saber por cuáles vientos, si es que vientos quedaban aún en su cerebro desquiciado. Me preguntó cuál si yo fuera un esperpento entrometido:

-¿Qué haces tú aquí?

-El alférez Piera me dijo...

-Ah, sí -se detuvo bruscamente y, poniendo sus puños en la cintura se agachó para acercar su cara a la mía y decirme vociferante- ¡Soldado de la Colina, tentaciones tengo de bajaros del apellido con una patada en el trasero! Me han informado que tu inocente indio José anda merodeando el campamento. Espiándonos, ¿sabes? He dado orden de ejecución inmediata en cuanto le pillen. Y si tú llegas a interferir, también tendrás tu merecido.

La ira, surgida desde lo más profundo, me dejó sin habla; pero reaccioné violentamente y grité enfurecido, descontrolado:

-Si el señor hace daño a José Aguilén, os juro, señor, que todos los guerreros del Cacique Chololaquin vendrán para vengarle. ¡Estáis loco! ¡Por una sospecha estúpida nos echaréis encima el único cacique poderoso que nos queda como aliado!

Y callé; sobrecogido de espanto, pues de repente me di cuenta de que al hablar así delante de testigos había dictado mi propia condena: la horca, o un encierro de por vida. Pero nada ocurrió. Don Juan de la Piedra me miró como se mira un fenómeno de feria y, atusándose el pelo con una de sus manos, me dijo con tono compasivo:

-¡Pobre Fermín de la Colina! Está peor de lo que suponía. Necesario es que te vigile personalmente. Desde este momento no te moverás de esa entrada. Ahí quedarás, del lado de afuera, como un perro guardián... encadenado, sí, encadenado por tu mismo sentido del honor, que no te falta a pesar de todo.

Y dirigiéndose a los dos hombres que le miraban cual si el fenómeno fuera él, dijo:

* Sardónica: (f) Ágata de color amarillento con zonas más o menos oscuras.

-Perdonad, señores, esta escena de familia... que no es otra cosa dado el afecto que me liga a este muchacho. Id a cumplir las órdenes, y espero que las mismas se cumplan según lo establecido.

Salieron el médico y Ortiz de Rozas sin pronunciar palabra; al verme firme junto a la entrada me observaron cual si realmente fuera un ejemplar rarísimo de perro guardián. Juro que me dieron ganas de lanzarles unos cuantos ladridos. Detrás salió don Juan de la Piedra a fin de recorrer el campamento y constatar *de visu* *si estaban cumpliéndose las disposiciones que él mismo dictara, no sin antes recomendarme con severo acento: “No te muevas de ahí y cuida de que nadie penetre en la tienda”. Y se alejó con la cabeza en alto y a paso medido.

Poco después, Mateo se detuvo a unos tres pasos de donde estaba yo, y preguntó sonriendo socarronamente:

-¿Qué haces ahí?

-¿No lo ves? -respondí sin moverme. Soy el perro Cerbero cuidando las puertas del infierno. Si te acercas mucho... te dejaré en el trasero las señales de mis tres bocazas.

Cloqueó Mateo una risita para enseguida asumir una actitud grave; dijo:

-No te quejes, Fermín. El hacer de perro guardián te ha librado de integrar el destacamento que marchará esta noche para aniquilar varias toderías. No he tenido la misma suerte que tú. Saldremos a las diez para así atacar las tribus no bien amanezca. ¿Qué opinas?

-Nada, Mateo. Lo hemos comentado ya hasta el cansancio. Compartimos la celda de un loco y nadie nos librará de sus malos humores y disparatadas trapisondas. Siento que nos separen, de veras... ¿Y si yo hablara con don Basilio Villarino? Quizás...

-No lo hagas, Fermín. De ningún modo quisiera aparecer ante los otros con el baldón* del cobarde o el timorato. ¡Qué diablos! Seamos hombres hasta el fin, pues si a soldados nos metimos no es cosa de imitar a los conejos que buscan la madriguera ante el primer ladrido.

-Dices bien: antes la muerte a que nos llamen “cagones”. ¿Sabes que os lleváis media guarnición? Si el Cacique Negro es inteligente, y no dudo que lo sea, se morirá de risa al advertir la estrategia de don Juan. ¿Quién le impedirá someter este campamento con el grueso de sus fuerzas y atacar luego a la que salió en tren de inútil bravuconería? “Divide y triunfarás”, aconsejó Maquiavelo; mas nuestro comandante interpretó al revés frase tan manoseada. Bueno... Es mejor que te vayas, Mateo; si “*Escipión*” nos pesca en tan animado palique*, fácilmente imaginará que estamos planeando un amotinamiento.

-No exageres, hombre.

-¿Sabes tú qué puede ocurrir en una mente trastornada?

-No dudo que domines el tema tras codearte durante años con *Don Quijote de la Mancha*. Hasta la vuelta, Fermín.

* De visu: locución latina que significa literalmente «con los propios ojos»

* Baldón: (m) Injurio o afrenta.

* Palique: (m) coloq. Conversación de poca importancia.

-Ve con Dios... y con los que tú sabes.

Se alejó Mateo y yo quedé firme, mirando pensativo las cumbres de la cordillera empeñada en retener los últimos resplandores de la tarde. En el pico más alto se veía el hueco rectangular a modo de ventana que, traspasando las rocas, diera el nombre a la sierra, testigo inminente de nuestras amargas tribulaciones.

.....oOo.....

Esa noche apenas pude dormir una hora. Don Juan de la Piedra me tuvo al sereno vigilando la entrada de la tienda, mientras él dormía quejándose y hablando en voz alta; los sueños estaban jugándole indudablemente, muy malas partidas. En lo que a mí se refiere, en ningún instante pasó por mi cabeza la idea de reprocharle el castigo que me impusiera, pues el pecado pasaba por mucho el tamaño de la penitencia.

Nada rebullía en el campamento. Solo, y muy de tanto en tanto, se oían las voces de los centinelas respondiéndose los unos a los otros: “Por mi patria y por mi rey”, tal era la consigna. Yo me entretenía contando estrellas. ¡Cosa más tonta! Pero qué hacer en el transcurso de las horas desiertas y rodeado de una oscuridad que se pegaba a mi cuerpo igual que una mancha viscosa, gigantesca... Una lechuza me indicó con su chillido que la noche le pertenecía, pero un “Fermín” soplado muy tenuamente me dijo que el bicho no era un bicho, sino la imitación perfecta del nocturnal avechucho. Casi inmediatamente se destacó a mi lado (una sombra más entre las sombras), la silueta del muchacho indio, no porque yo le reconociera, sino por decírmelo él mismo con su boca casi pegada a mi oreja: “No hagas ruido y escúchame. He venido a prevenirte. Al amanecer habrá una carga contra el campamento. Entre los primeros en atacar estará Nahuel, dispuesto a matarte. Cuídate...”

Desde adentro llegó como un trallazo la voz de Juan de la Piedra, preguntando: “¿Quién anda ahí?”

-Soy yo, Fermín de la Colina, comandante -contesté tratando de que mis palabras sonaran con absoluta naturalidad, y agregué- estaba rezando, y no pensé que mis oraciones fueran a perturbarle.

-Pues reza más bajo, demonios. Dios tiene buen oído.

Por largos instantes permanecimos callados. Luego, José me tomó del brazo y juntos nos alejamos prudentemente de la tienda; detrás de un sauce terminó José con lo que fuera a decirme:

-Debes saber que Huilen está cerca, viviendo con una familia amiga que tiene su toldo en plena sierra...

Al oír aquello di un respingo y, tomando a José por los hombros dije en un tono más alto de lo que la sensatez aconsejaba:

-¿Qué dices? ¿Estás loco?

Me tapó José la boca con su mano y en un susurro hizo que me callara.

-Habla bajo. Si llegan a pescarme aquí me degüellan. Huilen no corre ningún peligro. Está lejos para que le molesten, y cerca tuyo, por si necesitas ayuda. Yo sabía que cabalgaba detrás nuestro, pero tenía prohibido el decírtelo.

-¡Pero en su estado...! ¡No concibo semejante barbaridad! ¿Cómo Chololaquin y doña Encarnación lo permitieron?

-Parece que no conoces bien a Huilen. ¿Has tratado alguna vez llevarle la contraria?

En esos precisos momentos el vozarrón de don Juan de la Piedra resonó afuera: “¡Fermín! ¿Dónde coños estás?

Salté desde atrás del tronco que nos ocultaba y simulando el ajuste del pantalón, aunque seguramente la oscuridad hacía inútil el despiste, corrí al encuentro del superintendente, mientras decía:

-Aquí, mi comandante. Tenía que orinar, pues solamente a los ángeles de la guarda les está permitido no caer en la bajeza de ciertas necesidades...

Yo hablaba y hablaba sin parar, en alta voz, a fin de cubrir cualquier posible ruido de José al escurrirse por entre el bosque en dirección al río.

-Ah, qué tranquilo queda uno después de... perdón, mi comandante... ¿Quisiera usted hacer lo mismo? Permítame, entonces, acompañarle, pues la oscuridad es mucha y el suelo por demás escabroso.

-Si cumplieras las órdenes como manejas la lengua. Dije que no te movieras de aquí, y debiste obedecer aunque te mearas encima. ¡Vaya centinela que resultaste! Cumple como es debido o quedarás desorejado de por vida. Esta vez la cosa va en serio, ¿entiendes? ¡Atención, pues! Da la voz de alarma si algo notas fuera de lo común y despiértame, si es que me duermo, al despuntar el día. Está claro, ¿no?

-Sí, mi comandante. Por mi honor os juro que cumpliré vuestras órdenes al pie de la letra.

Mis palabras eran sinceras, os lo aseguro. Jamás hubiese podido traicionar al hombre aquel tan lleno de contradicciones, pero con un pasado que pocos podrían igualar en arroyos y heroicidades de epopeya. Lástima grande que todo acabara en un corazón al borde del colapso y en una mente perdida en crueles alucinaciones.

Entró don Juan en la tienda, y al rato le oí roncar sin estridencias, aunque, igual que antes, rebullendo en inquietos suspiros y rezongos incomprensibles.

Dejé a un lado los juicios sobre la enigmática personalidad de don Juan de la Piedra. Una brasa incrustada en mi cerebro afiebraba todos los resortes del raciocinio, y una angustia punzante me impedía pensar coherentemente. El saber que Huilen estaba cerca, a una hora, quizás menos de un buen galope a caballo, mi función de centinela se me hacía inaguantable. ¡Con qué placer hubiese abandonado mi puesto para correr a reunirme con ella! ¿Pero adónde ir? Al escapar desbocadamente, José se había llevado el secreto. Huilen estaba en plena sierra, entre roquedales, aguardando el momento en que yo le necesitara, mientras este, vuestro servidor, era un trasto inmóvil velando el sueño de un irresponsable, de un enfermo que a punto quizás de una rendición de cuentas ante Dios, mata, incendia, acribilla a mansalva a niños, mujeres y hombres buscando la gloria a través de los caminos más horribles de nuestra condición humana. Y mezclándose al obstinado bailoteo de tan endemoniadas concepciones, la imagen de Huilen atravesando media pampa día tras día, montada a caballo con su vientre próximo a parir, ofreciéndose en una prueba de amor que no olvidaré mientras viva. “Allí donde vayas

tú, iré yo”, me dijo cierta vez con sus manos unidas a las mías, fijos sus ojos en mis ojos, transportados ambos a uno de esos instantes en que nuestras almas se transformaban en una sola; y vaya si cumplía su promesa, ¡mi Dios!

Me inquietaba, además, el anticipo de José: el inminente ataque de los indios. ¿Cómo prevenir a la tropa de lo que iba a acontecer? Fácil me hubiera resultado esquivar tamaña responsabilidad de haber contado con la presencia de don Basilio Villarino, pero este iba en camino hacia los toldos junto con los Piera, en quienes también podría haber depositado mi confianza. En cuanto a don Juan de la Piedra, imposible ponerle sobreaviso sin traicionar a José Aguilén, condenado al fusilamiento si le pescaban rondando por el lugar. A permanecer atento, pues, y lanzar el “alerta” a toda voz ante cualquier indicio sospechoso.

Por una de esas mutaciones tan frecuentes en el desierto, lo que en la mañana anterior pareciera a la manera de un monje con hábito gris y encapuchado de nieblas, amanecía ahora con anuncios de un cielo resplandeciente, vestido con los ropajes chillones del payaso dispuesto a llenar el mundo con su alegría. Lástima grande que mi espíritu mirara de reojo aquella empírea* manifestación; la anunciada amenaza de José era el péndulo fatídico en el transcurso sin pausa del amanecer; aprensivo, sentencioso, agobiante...

Pocos minutos habían pasado desde el momento en que, cumpliendo sus órdenes, despertara a don Juan de la Piedra. Le escuchaba rebullir dentro de la tienda, andar con los cacharros de las abluciones* y los resoplidos al lavarse la cara: sonoridades insignificantes dentro del bullicio de un campamento que empieza a desperezarse. Yo no hacía otra cosa que mirar a un lado y a otro, esperando, atento a cuanto pudiera significar un grito de alarma de los centinelas que, para mi nerviosismo, vigilaban con negligencia suicida, esperando impacientes qué fueran a relevarles. Pero la mañana iba desplegando sus brillos sin que nada ocurriera. ¿Se había equivocado José, o la indiada había retrocedido en sus planes? Ni una cosa ni otra: la barahúnda estalló horrisona, con alaridos que todo lo envolvían como oleajes incontrolados, de modo tal que la tropa apenas si atinó a empuñar sus armas y hacer frente a la emergencia. Vi que hacia la tienda venía un grupo de jinetes aullando igual que demonios desbocados, cual si su objetivo fuera precisamente la tienda del comandante o mi persona, pues observé que, desde lejos, era yo el punto de mira de sus lanzas. Con las piernas abiertas y empuñando el sable esperé firme el arrollador avance de los jinetes indios, dispuesto a jugarme entero en la atropellada. A mi lado don Juan de la Piedra, con el sable también en alto, aguardaba como yo el inevitable encontronazo. Me gritó sobreponiéndose a la gritería infernal del indiaje:

-¡No aflojes, Fermín! Vendamos caras nuestras vidas... por España y por Santiago, ¡maldita sea!

* Empírea (m) En la cosmología antigua, cielo o esferas concéntricas en que se mueven los astros.

* Abluciones: (f) Rel. Lavatorio ritual del cuerpo o de una parte de él con el fin de purificarlo.

Pero de pronto noté de soslayo que trastabillaba, mientras con el puño izquierdo se oprimía el pecho en un gesto donde la rabia y el dolor iban juntos. Aún atinó a decirme antes de caer hacia adelante:

-El corazón... Fermín... Perdóname...

Una angustia suprema puso en mi alma un amago de parálisis, al tiempo que los sucesos se sucedían a velocidad vertiginosa, sin darme tiempo a coordinar mis reflejos con la acción de una voluntad en crisis. A mis pies el cuerpo de don Juan de la Piedra se hallaba tendido a lo largo, con el puño aferrado firmemente al pomo del sable; y yo sin poder asistirle, pues los jinetes indios estaban prácticamente encima mío dispuestos a ensartarme con sus lanzas. De manera borrosa alcancé a divisar a Nahuel que pugnaba por ser él, el primero en acercarse. Mas de pronto, a mis espaldas oí varias maldiciones en castellano, y un grupo numeroso de soldados rebalsando el sitio donde me encontraba, arremetieron decididos contra la horda vociferante dando mandobles a diestra y siniestra, sin importarles un bledo si eran los caballos o los jinetes los que recibían el castigo. Yo les acompañé en el ataque, libre ya del sopor que por segundos me entumeciera el ánimo, procurando, sobre todo, de avistar la figura de Nahuel, si es que no me había engañado un casual espejismo. Pero muy pronto volví atrás, y arrodillándome junto a don Juan de la Piedra constaté que nada podía hacerse ya por el insigne marino que, como pocos, recorriera los azarosos mares del Sur con el pabellón de España a manera de divisa.

Mientras escribo estas líneas me pregunto que dirá en el futuro la historia grande sobre la vida de don Juan de la Piedra. ¿El lamentable desquiciamiento de su mente atenuará el desempeño de sus otros actos ornados con laureles de gloria? Si así ocurriere, ¿dónde irían a parar los nombres de un Cortés o el de los Pizarro? Solo Dios podrá con soberana justicia dar a cada uno lo que se merezca. Y sigamos con el relato, pues si nos ponemos en el análisis filosófico de los hechos relevantes de la Conquista...

El arrojo del alférez Gómez evitó que el ataque indio acabara para nosotros en un desastre total. Ver a nuestro comandante muerto y ponerse al frente de nuestras fuerzas fue todo uno. Gritando órdenes, mientras combatía con singular denuedo, fue capaz de poner concierto en el caos que sobrevino al inesperado ataque. ¡Un oficial oscuro, a quien nunca tuvimos en cuenta, estaba dándonos un ejemplo colosal de valentía y serenidad en aquella barahúnda* de soldados de a pie! Pues dábase el caso de que el enemigo, como primera medida, procuró despojarnos de la caballada, previa eliminación, a lo felino, de los hombres que la custodiaban. Habiendo dejado el cuerpo de don Juan de la Piedra al cuidado del médico, que prontamente acudiera por si algo podía hacerse en favor del extinto, no cejé en propinar sablazos a todo lo que se me ponía por delante, fuera hombre o animal, que la desesperación y la rabia no distinguen los bultos que se abalanzan contra uno dispuestos a mandarnos de paseo al más allá. ¡Dios me haya perdonado! Por primera vez sentí la fiera rebullendo dentro, alegrándose matando, haciendo del sable molinete de exterminio y de la sangre derramada una roja

* Barahúnda: (f) Confusión grande, con estrépito y notable desorden.

exaltación de victoria; ¿pero qué otra alternativa le quedaba a la bestia? Y allí iba yo rechazando a la indiada al lado del hombre providencial que, a la manera de un héroe surgido de la nada, la diosa fortuna puso a nuestra disposición a fin de que no cayéramos igual que liebres en las fauces de una jauría. Mas no comparéis mis ardorosas cualidades de combatiente primerizo con una borrachera proclive a la inconsciencia. Dentro de mí, la voz de José diciéndome: “Entre los primeros en atacar estará Nahuel, dispuesto a matarte. Cuidate...”, resonaba con la regularidad de un campanazo en medio de la tormenta; y mis ojos no hacían más que buscar con mirada de lince al indio maldito, no fuera a ensartarme con su lanza a la manera de un pollo destinado al asador. Hubo momentos en que deseé con ansias que nos encontráramos frente a frente para dilucidar de una vez nuestras rivalidades. ¿No era aquel el instante propicio, estando yo ensordecido por una lucha sangrienta, con la rabia y el odio saltando a borbotones por entre los recovecos más oscuros de la conciencia? Pero no le vi.

De pronto, cual mutación imprevista en las secuencias de una obra teatral, y obedientes a un oculto director de escena, con rapidez pasmosa, la mitad del elenco desapareció entre bastidores (los sauces, en nuestro caso) y “se hizo humo” por vericuetos que él solo conocía. Y ¡oh sorpresa! cuando buscamos los indios muertos y los caballos despanzurrados, me pareció que, en verdad, como en el drama ficticio, todo fue una representación de mentirijillas para solaz de invisible platea, pues nada hubo que nos mostrara el encarnizamiento de una lucha sin cuartel donde nuestras vidas se jugaron enteras e hicieron alarde de arrojitos dignos de los más ínclitos paladines. A no reírse: para nosotros el combate fue enteramente real, y si tan solo hubo heridos, fue a causa de que el enemigo no hizo otra cosa que defenderse de las arremetidas que les propinamos sin tregua y sin pausa. Sí, amigos lectores: supe, pasado el tiempo, que los indios tenían la obligatoriedad impuesta por el Cacique Negro, de apoderarse de la caballada, matar a don Juan de la Piedra y proceder luego a un repliegue inmediato para evitar así bajas fatales en uno y otro bando. La estrategia del jefe tehuelche fue cumplida a la perfección. Tras apoderarse de los caballos y comprobada la muerte repentina del odiado *huinca*, utilizaron la estratagema de una lucha engañosa mientras reculaban ordenadamente hasta reagruparse y hacer abandono del campo con premura y sin caballería que fuera detrás. Al mismo tiempo nos pusieron en la imposibilidad de acudir en socorro de las fuerzas al mando de Villarino y Piera cuando estas fueran atacadas, esta vez de manera contundente y sin reparos. Visto lo cual (en lo que a mí respecta) fácil me resultó colegir el porqué Nahuel habíase esfumado de mi tenacidad por enfrentarle; la táctica impuesta por el Cacique Negro de no matar, a él también le concernía; y no era el caso de desobedecer al gran caudillo por más capitanejo que fuere.

Sepultamos a don Juan de la Piedra sin hacer mucho caso de los honores reglamentarios, pues el “horno no estaba para bollos” y, reconociendo a Lázaro Gómez como jefe natural del campamento, nos pusimos sin demora a obedecerle. Pronto dio muestras el providencial alférez de sus condiciones relevantes como organizador inteligente, justo en sus reclamos y respetuoso con los hombres bajo su mando. Se hizo querible de inmediato y logró, como primera medida, que nos pusiéramos sin desmayos

a levantar una cerca alrededor del campo con puntiagudas estacas de sauce. No salió muy bien el trabajo, pues la mayoría éramos gente bisoña en aquello de construir defensas, pero la empalizada mereció el beneplácito del comandante autoconvocado; sí, pero con méritos suficientes para que nadie le discutiera el liderazgo.

Juntamente con otros me pusieron con un fusil en los brazos y el sable colgando del cinto en el servicio de vigilancia fuera de la cerca y alejado de la misma unas trescientas varas, a fin de alertar con un escopetazo cualquier movimiento que se produjera en las cercanías. Cosa que no ocurrió en ningún instante hasta mediada la tarde, en que dos jinetes perseguidos al parecer por mil demonios dieran motivos para que uno de los centinelas lanzara al aire la temida descarga. Siguiendo el ejemplo de los otros me mantuve a pie firme, escudriñando, barriendo con la vista los roquedales que marcaban las primeras estribaciones de la sierra; mas solo percibí el vuelo de pájaros y el moverse de matorrales acariciados por el viento suave del Oeste.

Los jinetes eran de los nuestros, que venían sin duda alguna a informarnos de la exitosa campaña de Villarino. No pude individualizar a los mensajeros, pues la entrada al campamento se hallaba del lado contrario a donde yo ejercía la vigilancia. Hube de esperar casi una hora a que fueran a sustituirme, y así poder enterarme de las novedades.

Mateo me aguardaba junto al portalón. Al verle quedé boquiabierto por la sorpresa, lo cual no me quitó la capacidad de observación: su cara tenía todas las muestras de aquel que ha sufrido a conciencia los tormentos del Santo Oficio: ojos hundidos, boca exangüe y una palidez cadavérica en sus facciones, ¡mi Dios! Si era un guiñapo* solo comparable al Mateo metido en el hoyo de la desesperación por la pérdida de su amada Eulalia. Le dije:

-Entiendo que eras tú uno de los que vinieron reventando caballos... ¿Qué ocurrió, por Dios?

Sin pronunciar palabra movió lentamente la cabeza, aceptando así la veracidad de mis suposiciones. Luego, de manera sorpresiva me estrechó en sus brazos y rompió a llorar con la frente apoyada contra mi hombro, haciendo inútiles esfuerzos por dominarse. Respondí conmovido a su abrazo y dejé que descargara de tal modo las apretaduras que, sin duda, estaban haciendo de él un furioso hervidero de emociones. ¡Dios! ¿De dónde venía Mateo? De qué abismo regresaba para que su entereza se hubiese resquebrajado hasta el punto de convertirle en un chicuelo lloroso. Mas hechas las reflexiones transcritas, me dije que de nada servirían los paños tibios para calmar fiebre tan aguda, y, tomándole de los brazos le sacudí sin piedad, al tiempo que le clavaba el aguijón de mis reprobaciones:

-Vamos, Mateo... Déjate de lloros, que no sirvo para ama de cría, ni nos cuadra representar ahora el entremés* del Cristo y la Magdalena. ¿Qué mierda te pasa? ¿O te crees el único en sufrir los coletazos de la locura? Aquí también hubo una remolina de

* Guiñapo: (m) Persona moralmente abatida, o muy débil y enfermiza.

* Entremés: (m) Pieza teatral de carácter cómico y de un solo acto, que originalmente se representaba en el entreacto de una comedia.

esas que hacen época. Cálmate, Mateo, y cuéntame, pues estoy ansioso por saber lo ocurrido con vuestra expedición a los toldos...

No estuve mal. Dio mi amigo un paso atrás, e hipando entrecortadamente se limpió con la manga de la chaqueta las señales del llanto y expresó, no sin cierta vergüenza:

-Perdóname, Fermín, pero tenía que llorar en brazos de quien fuere... ¿Y quién sino tú? Siempre quedan en uno resabios de la niñez, ¿verdad?

-Afortunadamente, pues de otro modo estaríamos perdidos -respondí-. Es estúpido pensar que el gimoteo no es cosa de hombres. Si hasta Nuestro Señor lloró con desconsuelo en el Monte de los Olivos.

-Y al eccehomo* le pintan con lágrimas...

-¡Un Dios llorando! ¡Vaya lección, amigo! Ven, Mateo, sentémonos en un lugar tranquilo y desembucha lo que te escuece adentro. Yo cumplí ya la tarea y a nadie tengo que dar cuenta de mi tiempo... si es que a los indios no se les ocurre venir a darnos la cencerrada.

.....oOo.....

-¿Qué fue de Villarino?

-Degollado.

-¿Y Piera?

-Degollado.

Las respuestas fueron lacónicas, al modo de una tragedia griega. Faltaba al coro, que bien podía sustituirse por los aullidos endemoniados de las hordas bárbaras.

-¿Quiénes otros murieron?

-Que yo sepa... el sargento Bores, quien una vez más habíase lucido en las masacres llevadas a cabo en las tolderías. El ataque fue tremendo, Fermín. Regresábamos después de haber barrido totalmente las tribus enemigas, sobrecargados con el botín de guerra y contentos de tan exitosa campaña, cuando en el camino aparecieron de golpe y por todos lados los jinetes indios, dando alaridos estremecedores y rodeándonos de tal forma que nada pudimos hacer, salvo entregarnos cual mansos corderos a sus furias, convencidos de que nos había llegado la hora. ¡Qué diablos! ¡Iban a pasarnos la cuenta por nuestros desatinos! Pero no: el plan de los salvajes quedó claro con la inmolación exclusiva de los jefes y el sargento Bores.

-Está claro -agregué yo- el Cacique Negro y sus hermanos se vengaban así de las parcialidades de Villarino y Francisco Javier Piera a favor de las tribus enemigas del omnipotente señor de las pampas. Y dime, Mateo: ¿Cómo pudiste escapar de semejante hecatombe?

-De entre nosotros, no todos estábamos dispuestos a dejarnos avasallar como borregos, y en un conato de resistencia, un sargento cuyo nombre no recuerdo nos gritó a los dos que tenía más a mano "tratad de escapar a todo galope y ver si podéis lograr que de la Piedra nos mande en lo posible el campamento entero". A correr como diablos,

* Eccehomo: (m) Imagen de Jesucristo como lo presentó Pilatos al pueblo.

¡maldita sea! Y dando regios fustazos a las ancas de nuestros caballos partimos con la vista al frente, sin mirar a los lados, cual si tuviéramos anteojeras. No me preguntes de qué modo rompimos el cerco de los jinetes indios, o si fueron estos quienes “amablemente” se hicieron a un lado para que pudiéramos pasar sin estorbos. Solo recuerdo que a nuestras espaldas quedaron flotando gritos y carcajadas cual si algo muy gracioso estuviera pasando. Asómbtrate, Fermín. ¿Sabes quién era mi compañero de carrera? Nada menos que el negro cantor que tanto nos deleitara aquella noche en el desierto.

-Cómo no reírse de vosotros, angelitos de Dios -comenté no sin cierta inquina- si estaban al tanto de que vuestro esfuerzo de nada serviría, pues este campamento había quedado parálítico y sin patas. ¿Sabes que murió Juan de la Piedra?

-Me enteré de todo lo ocurrido aquí mientras tú hacías guardia allá afuera. Ahora respóndeme, Fermín: ¿Cómo te encontrarías tú después de haber presenciado una vez más los crímenes aberrantes contra las poblaciones indias, a la manera de una pesadilla recurrente, obsesiva, roja de odios y negra igual a las escorias del infierno? ¿Y enfrentarte después con la muerte a dos pasos y el degollamiento de dos personas tan queridas, pues tales eran don Basilio Villarino y el alférez Francisco Javier Piera? ¿Y creerte un héroe que logra cruzar las filas enemigas y advierte luego que fue víctima de una burla? Y cual si todo ello fuera poco, la impotencia, Fermín, el sentimiento de verte imposibilitado para correr en auxilio de los compañeros a quienes imaginas sufriendo las de Caín... ¡No, Dios Santo, no! Soy un débil de espíritu, un pusilánime que aún se asusta de las sombras, que llora como un niño perdido en los dédalos* de un mundo que no ha sido hecho para él. ¿Sabes, Fermín? Nos enseñaron a ser buenos... y aquí nos tienes, atados de pies y manos a una rueda que gira y gira sin que atinemos a detenerla...

Mateo estaba al fin desahogándose de las presiones. Hasta se atrevía ya a filosofar sobre ciertos misterios que no entenderemos nunca, pues ellos hacen a la esencia sobrenatural que no pertenece al mundo en que vivimos; o quizás sea la estrella prometida brillando en el crepúsculo iniciático de nuestra eternidad...

Estábamos Mateo y yo rodeados de sombras, en silencio; él, con la cabeza baja imbuido en el revoltijo de sus pensamientos; yo, mirando la claridad lechosa de la Vía Láctea y la Cruz del Sur, que se destacaba entre miríadas* de soles cual si fuera el signo trazado por el dedo de Dios en la pizarra del infinito. La voz de un centinela gritó el santo y seña y otro le respondió; y a este el otro...

-¿Qué te parece, Fermín, si comemos algo y nos metemos bajo las cobijas? Tengo hambre y sueño.

-Sí, Mateo, vamos...

Y mientras caminábamos hacia el pequeño toldo que nos servía de refugio, iba pensando en qué nos depararía la jornada siguiente.

* Dédalos: (m) laberinto; cosa confusa y enredada.

* Miríadas: (f) Cantidad muy grande e indefinida.

CAPÍTULO 38

La noche se anunciaba ya alargando las sombras en el atemorizado campamento; los árboles, las tiendas, todo cuanto pertenecía a una realidad concreta sin altibajos morales ni metafísicas especulaciones, gozaba con el crepúsculo la prometida pausa reparadora. Solo los hombres nos movíamos igual que fantasmas, silenciosos, temiendo los ruidos que pudiesen distraernos de otros ruidos llegados de afuera cual avalancha de tempestades teñidas de rojo, abarrotadas de muerte.

Pasamos la noche casi en vela y al amanecer el malón se nos vino encima. Lanzando alaridos estremecedores arremetió desde distintos lugares de la valla. A la manera de centauros aulladores galopaban de pie sobre los caballos a fin de saltar sobre los puntiagudos maderos de cerca. Mateo y yo corrimos hacia el alférez Gómez con el propósito de ayudarlo a repeler a los invasores, y junto a él luchamos contra los primeros indios que se atrevieron a penetrar en el campamento. Todos los hombres de la guarnición estaban en pie de guerra, dispuestos a matar o morir. Los hechos se sucedían a una velocidad alucinante, sin pausas y en un juego macabro de toma y daca que no daban lugar a pensamientos ociosos, calculados, especulativos. Los bárbaros no cejaban en sus voceríos, y todos nosotros no íbamos a la zaga en aquella estrategia de emitir chillidos aterradores. Don Lázaro Gómez no quedó atrás y gritaba las órdenes con su voz de clarín resonando por doquier, acudiendo aquí y allá con prontitud de pelota y brincos de saltimbanqui. De pronto, obedeciendo a órdenes que sin embargo no oímos, la indiada desistió del acoso y al galope de sus caballos desapareció con la misma rapidez con que había llegado. Un solo grito unió a los cien hombres de la guarnición, que así festejaron la huida de los terribles enemigos. Mateo, que como yo respiraba agitado tras el baile fenecido, me comentó por lo bajo:

-Esta vez conseguimos ahuyentarlos. ¿En la próxima será igual?

-Lo dudo -respondí pensativo-. Resulta fácil comprender que solo fue un tanteo para probar nuestro espíritu de lucha y la capacidad de nuestras defensas. ¿Observaste la demostración que hicieron de su destreza con los caballos? De pie sobre las cabalgaduras en pelo, ni uno solo trastabilló. Me pareció cosa de milagro el verles galopar tan hábilmente.

-No perdí detalles de un ejercicio digno de los mejores aplausos. Y tú, ¿viste en algún momento la figura endiablada de Nahuel?

-No. Vendrá, pienso yo, cuando se decidan a un ataque masivo. Entonces tratará de acercarse a mí en medio de cualquier batahola. Pero te juro que seré yo quien ha de buscarle para partirle el cuello de un sablazo. ¡Qué ganas le tengo!

-Si en la lucha ando yo cerca, avísame, pues te aseguro que habrá entonces dos espadas atravesándole el pecho.

.....oOo.....

Teníamos que descansar, pues resultaba imposible sostenerse en un andarivel de tensiones y vernos al mismo tiempo listos para enfrentarnos a una lucha cruel, y en medio de perfiles diseñados por una pluma mojada en los abismos de la locura, en las fuentes de la imaginación más disparatada.

A mi vera dormía Mateo cubierto por su cobija y respirando pesadamente, moviéndose de vez en vez, en un continuo despertar, para enseguida volver a los regazos del sueño. Yo permanecía en el linde de la vigilia y el sopor, percibiendo las pequeñas resonancias del campamento como a través de un velo compacto; experimentando la rara percepción de los cuerpos sumergidos bajo el agua, tal cual la sentí cuando casi me ahogo en el río, y Huilen acudiera para salvarme. El aullido de un perro llegó a mí de manera clara; cosa extraña, pues en el regimiento no venía ninguno; pero lo inopinado del suceso bastó para que, boca arriba, empezara a elucubrar con la mente abierta y el espíritu inquieto, sobre una panorámica reminiscencia de hechos extraviados en los recovecos de la memoria, y que, en esos instantes percibía yo con misteriosa agudeza. Así, diose el caso de que el alma penetrara en el círculo del pasado y se entremezclase con la dolorida realidad del presente en un maridaje imposible de explicar con vulgares definiciones.

.....oOo.....

Ocurrió en el amanecer de ese mismo día. Así como el trueno sucede al resplandor del primer relámpago, vino el malón arrollando centinelas, aullando, jineteando demonios que con las patas al aire derribaban cercas, esparcían el terror, confundiendo, exhibiendo la superioridad del centauro a expensas del pobre infante desvalido y sin aliento cuando apenas había empezado la cruel barahúnda. Trabajo le costó a don Lázaro Gómez ordenar el desconcierto en un mísero y alucinante guerrear de pacotilla; ridículo si se mira por el lado de la estrategia tan zarandeada por los genios de la Conquista.

Pero el trueno y los relámpagos, así como tienen su primera estridencia, suelen también acabar en el caprichoso exhibicionismo de una nube de verano; fuera porque los indios se atuvieron al mandato de no imitar las masacres de don Juan de la Piedra, o que vieran en nosotros la decisión de morir peleando, lo cierto es que la virulencia del combate decreció, y se redujo a tres o cuatro focos donde la lucha aún subsistía alimentada por el recalentamiento de los rivales; y fue en el sector en que Mateo y yo combatíamos al lado del alférez Gómez y de otros más dispuestos a jugarse el todo. Pero solo yo sabía por qué allí, especialmente allí, la refriega habíase convertido en una furiosa dilucidación particular. Nahuel con su grupo estaba tratando de acercárseme, y el sable en mi puño habíase convertido en un molinete rabioso tratando de llegar hasta el maldito capitanejo. Oí a Mateo preguntarme en un grito: “¿Nahuel?”, y le respondí con un “sí” mordido, silbante, hecho de fiebre homicida y fiereza de animal en celo. Pronto vi que Mateo se me interponía para escudarme, juntamente con otros compañeros que, con habilidad manifiesta, siguieron el accionar de mi amigo; cual si aquel echarme a un lado obedeciera a un plan preestablecido, a una confabulación secreta, a malabarismo de logia urdido a mis espaldas. Y ¡oh, Dios!, vi y escuché, para completar mi confusión, a José tirándome del brazo: “Ven, ven”, me decía con la urgencia del miedo y el horror de

la pelea, al tiempo que enhebraba al “ven” un desesperado grito repetido una y otra vez, y que en mis oídos resonó igual que una clarinada: “¡Huilen, te espera. Esta ahí, ahí... Huilen está ahí, afuera, en peligro. Vamos, Fermín, vamos....!”

Dejadme reposar, amigos lectores; permitidme una pausa en este trajinar de los recuerdos: que aquiete un tanto la desprolija nerviosidad de mi prosa, pues fueron muchos los años de enterramiento que, como pronto sabréis, me aislaron del mundo. Con tiempo de sobra para entonar plañideros “pésames” al rememorar la traición a mis principios, tan pregonados por mi espíritu y puestos luego en la picota por la debilidad de la carne. Mas digo, cual confesión *in extremis**, que no fueron pocos los tironeos que se necesitaron para correr al encuentro con Huilen. Dicho lo que antecede, retomo el hilo y tiro de él a fin de no perderme en los meandros de la historia.

De qué manera salí del campamento no lo recuerdo. Solo sé que el muchacho indio corría delante mío desarmado, saltando aquí y allá igual a una gamuza, y yo le iba detrás dando mandobles sin mirar a quién, hasta que vimos a Huilen montada sobre Babieca bajo unos sauces de abundantes colgaduras. Nos miró con ansiedad manifiesta y me dijo presurosa:

-¡Por fin! ¡Anda, sube en el caballo de José y salgamos de este infierno! ¡Ya!

-Eché una mirada interrogativa a José; este subrayó con un cabezazo

-Sí, monta y escapa. Por mí no te aflijas.

Entonces enfrenté a Huilen. Dije sin reparar en gestos y echando a vuelo mis prerrogativas masculinas:

-¡No iré contigo! Vuelve despacio a donde estabas y no arriesgues la vida de nuestro hijo. ¡Por Dios, Huilen! ¡Observa tu vientre! ¡Está a punto de reventar! Yo regresaré al combate, junto a mis compañeros...

Su mirada pareció que iba a atravesarme de parte a parte y, con indignación, sostuvo decidida su postura:

-¡Pues marcharé detrás tuyo! ¡Te lo dije una vez: “Allí donde tú vayas iré yo”, y juro que cumpliré lo pactado! ¡Con este (gimoteaba ahora dándose cuidadosas palmadas en el vientre), para que oiga cómo pierde a su padre a mano de bandoleros y asesinos! Porque debes saberlo: no serán los guerreros del Cacique Negro quienes acabarán contigo, sino el grupo a las órdenes de Nahuel. ¡Anda, ve; y sacrifica a tu mujer y a tu hijo!

-Huilen tiene razón Fermín -terció José-. Si te encaprichas, perderás la vida y tu mujer será una esclava de Nahuel...

No había elección. Eché una mirada al campamento donde la batahola continuaba, abracé con fuerza a José y, montando la yegua, dije decidido:

-¡Vamos! Pero antes de partir, mi fiel amigo me aleccionó señalando al Oeste, diciendo:

-Si marcháis hacia allá, encontraréis la caravana de carretas que van hacia las Salinas Grandes.

Y tras un gesto afirmativo seguí a Huilen que galopaba ya en dirección al punto señalado.

* In extremis: (loc. adv) En los últimos instantes de una situación peligrosa o comprometida.

CAPÍTULO 39

El cielo, abierto, sin una sola nube, permitía que el sol ensayara sobre la inmensa plenitud de la pampa el cósmico sortilegio de sus hechizos. Los caballos, aún con galope parejo, elástico, sostenido, iban dejando atrás las pedregosas faldas de los montes; pareciera que también ellos, igual que Huilen y yo, marcharan impacientes por alejarse más y más de los trágicos acontecimientos.

Desde nuestra partida y tras haber atravesado sin percance alguno el cerco de los jinetes indios, pues al ver a Huilen nada hicieron por detenernos, ninguna palabra intercambiamos durante la carrera sin pausas. Huilen iba delante sorteando con singular destreza los obstáculos que se nos presentaban. Era ella hija del desierto, y el desierto le acogía con la familiaridad consiguiente. Yo iba detrás con un humor de los mil diablos, tironeando de una conciencia empeñada en rechazar mi actitud ante las imposiciones de Huilen. Reprochábame sin miramientos la debilidad de haber cedido; y en mi conciencia se enroscaba la responsabilidad que me cabía en ese galopar por las escabrosidades de la sierra. Una rodada de Babiéca, y Huilen con su hijo serían víctimas de mi culpable flojera. Traté con un grito de espantar la angustia del desbarajuste interior:

-¡Huilen! ¡Aflojemos la marcha pues a este paso los caballos van a reventar!

Poco a poco fue tirando de las riendas hasta conseguir que Babiéca quietara su paso en un andar sosegado. Puse la yegua a la par del tordillo y expresé con tono autoritario:

-No solo los caballos quedarán reventados; también tú sufrirás las consecuencias de tan disparatada carrera...

Sin mirarme aceptó el reproche con un movimiento de cabeza, y el gesto puso de relieve el cansancio que le embargaba. Yo agregué, al tiempo que detenía la yegua totalmente:

-Huilen... desmonta y descansa un rato tendida en la hierba. Yo te ayudaré a bajar.

A punto de tirarme de la yegua, me detuvo diciendo:

-No, Fermín. Sigamos hasta encontrar una pequeña laguna de agua dulce que, si no me equivoco, encontraremos por aquí. Tengo sed, y supongo que también los caballos querrán beber tras el esfuerzo. Iremos al paso, si tú no dispones otra cosa.

-Está bien -respondí-, al tiempo que, acercándome, estreché con mi mano el dorso de la suya. Me miró sonriente, y dijo, mientras taconeaba con suavidad a Babiéca:

-Fermín... debes entender que la hija de un cacique tan importante como lo es mi padre, sabe cosas que el común de las mujeres indias desconocen. Por lo tanto, puedo decirte con absoluta certeza que existe un compromiso entre los caciques de la pampa y el de la Patagonia, que les obliga a respetar la vida de los soldados *huincas*, mientras el pacto no signifique riesgos de muerte para los pueblos indígenas. Solo exterminarán a los jefes y oficiales que hayan cometido acciones repudiables contra nosotros. Debido a dicho convenio es que vuestras fuerzas han sido respetadas, tanto las que regresaban del ataque a los toldos como las que se mantenían en el campamento. Mis temores, pues, se

mantuvieron atenuados hasta que tuve conocimiento de los propósitos de Nahuel: aprovechar la embestida a la guarnición con el único objeto de matarte. Entonces el terror se apoderó de mí, y en un plan urdido con José fuimos a rescatarte, a secuestrarte casi, con el visto bueno de los capitanejos fieles al Cacique Negro. ¿Cómo suponer que iba yo a quedarme quieta sabiendo qué se tramaba contra ti?

Calló Huilen y por largo rato permanecimos en silencio. La luz entraba a raudales en mi cerebro, enfocando sin distorsiones los enigmas que me ataban a la confusión estéril, engeguecedora, paralizante.... Una bandada de pájaros revoloteó sobre nuestras cabezas, y por breves momentos fue un jolgorio de plumas y píos llenando la mañana. Cuando el alegre tumulto se alejó bajo las reverberaciones del astro que empezaba a hacernos sentir sus rigores, le expresé a Huilen con engañosa indiferencia:

-¿Crees que Nahuel se ha dado por vencido? No es de los que cejan en sus propósitos.

-De habernos perseguido, ya estaría sobre nosotros; y ya ves, nada indica que le tengamos cerca.

No quise contradecirle, pero azuzando la yegua le hice trepar un promontorio de lajas rojizas y pastos secos. Una vez arriba, eché una mirada hacia el Este, pero ninguna presencia humana distinguí por más que esforcé la vista. Cuando bajé y me puse al lado de Huilen, le vi pálida, con un rictus doloroso en sus facciones. Le pregunté alarmado qué le ocurría, y ella, con sonrisa forzada me respondió:

-Es tu hijo haciendo de las suyas... ¿Es que pretende salir antes de tiempo? Pero no falta más de un mes para que nazca. Ven, Fermín. Ayúdame a bajar y tiende la manta para que me recueste. Será hasta que pasen los empujones...

Desmonté presuroso y retirando de la yegua la manta que servía de montura, la extendí en el suelo y sobre ella hice que Huilen se recostara. Quedé a su lado, de rodillas, observando sus más insignificantes movimientos.

Con los ojos cerrados permaneció quieta, respirando agitada, con ligeras contracciones en los músculos del cuerpo y de la cara. Yo tenía el alma encogida por el miedo; por un cúmulo de temores que me empujaban a salir corriendo, a gritar solicitando auxilio. Eché una mirada en torno y sentí entonces mi soledad en medio del desierto inconmensurable, con Huilen sufriendo las primeras señales del parto. Porque no me engañaba; muchas veces oí hablar sobre nacimientos prematuros y los peligros que ellos entrañan para la vida de la madre. Tímidamente le acaricié el brazo y le pregunté con voz plañidera:

-Huilen... Huilen, ¿qué te ocurre? Por favor, contéstame.

Abrió los ojos, y al ver mi cara, contestó sonriente.

-¡Vaya! ¿Es que no has visto nunca una mujer a punto de parir?

-¡Jamás! -le respondí algo aliviado-. No así, perdidos como debieron estarlo Adán y Eva en situación parecida. ¿Quieres decirme qué haremos si Rafael tiene la ocurrencia de presentarse en estas soledades? ¿O has notado en mí condiciones de comadrón?

¡Gracias a Dios! Al escuchar mis palabras lanzó al aire el cascabeleo de su risa, de manera tal, que espantó de un plumazo los nubarrones acumulados en mi conciencia.

Luego, aplacados los alegres tintineos, quedó por largos instantes mirándome fijamente, para después acariciarme una mejilla y decirme con tono suave:

-No estamos solos, Fermín... También cuenta en el aislamiento que nos aflige lo que llevo aquí, en mis entrañas... Y nuestro amor, nuestro amor que basta para llenar el mundo. ¡Tú sabes lo que siente una mujer que ha ganado la gloria de verse amada por un niño y su hombre! Todo lo demás no existe. Vive con la sensación de estar dentro de un capullo, libre de adversidades, poseedora de un don sobrenatural que vibra en las voces y las presencias de esos dos seres queridos... cual si fueran ellos el principio y el fin de todas las cosas.

Yo le escuchaba embobado y sin ganas de interrumpirle. No obstante, le pregunté con voz indecisa, cual si al hacerlo estuviera atentando contra un prodigioso encantamiento.

-Dime... quién te enseñó ese decir tan hermoso, tan, tan...

-Mi madre -me interrumpió-. Mi madre, Fermín, que de esto sabe mucho.

Y cambiando el matiz de sus palabras agregó mientras me palmeaba el brazo con delicadeza:

-No vuelvas a desesperarte. Desde muy niñas aleccionan a nuestras mujeres en el modo de asistirse a sí mismas en el caso obligado de un parto a solas; y son muy frecuentes las oportunidades que nos brindan de presenciar distintos alumbramientos. Yo no estaré sola. Tú me acompañarás. ¿Quién mejor que tú? Anda: ayúdame a montar. Parece que Rafael se ha dormido y es posible que nos dé tiempo de llegar hasta las carretas.

Hice lo que me pedía. A poco estuvimos sobre las cabalgaduras tratando de avizorar la laguna que, según Huilen, encontraríamos prontamente. La sed nos apretaba y era preciso calmarla cuanto antes.

Sin embargo, tras larga marcha, solo un gran charco apareció ante nosotros, pero el agua era salitre puro, y seguimos, bajo un sol de mediodía castigándonos sin misericordia. No obstante, Huilen iba sobre Babieca con el cuerpo erguido y buscando con la mirada cualquier señal que nos indicara la esquivada laguna que, pese a todo, era cosa tangible en nuestras esperanzas y en el inconsciente balbuceo de las plegarias, que no fueron inútiles, pues de pronto los caballos levantaron al unísono las cabezas y, oliendo distancias, dieron un tirón de riendas y marcharon por cuenta propia con rumbo distinto al que seguíamos, obstinados en un trotecillo rápido y obedientes a sus instintos de bestias acosadas por la sed. Huilen me gritó:

-¡Déjalos que busquen y mantén las riendas flojas! ¡Ellos saben lo que hacen!

Al ratito apareció el espejo de agua con sus orillas repletas de juncos y espadañas. Al fin pudimos dar de beber a los animales y saciar hasta el hartazgo la sed que nos torturaba.

.....oOo.....

Montada Huilen en Babieca, subí yo en la yegua y, abriéndonos paso por entre los juncos, retomamos la dirección que, según nuestro entender, nos llevaría al deseado encuentro con los salineros. Iba ella callada. Yo le observaba de reojo. Su figura,

semiencongada y puesta su mano libre contra la protuberancia de su vientre. Huilen, pensé, tendría al fin que ajustar su reloj a la voluntad de nuestro cachorro; y a continuación de un rápido encogimiento expresó lo que me temía:

-Fermín... busquemos lugar donde acostarme. Las contracciones se suceden cada vez con mayor frecuencia...

Con la angustia obstruyéndome el habla eché un vistazo al contorno y solo vi pajonales ressecos, enanos, muriendo en una tierra yerma invadida por el salitre. “¡Dios mío!”, grité sin pronunciar palabra. “¿Tenía que ser aquí, aquí...?” Y taconeando a la yegua eché a correr, no sin antes decirle a Huilen con tono desencajado: “¡Espera, por la Santa Virgen, espera!” Y cual si estuviera poseído por una legión de ángeles o demonios galopé enloquecido hacia adelante, para torcer luego en derechura a unos montículos rocosos, desprendimientos tal vez de la sierra que aún se divisaba en el lejano horizonte. Hice que la yegua trepara por entre predregales y, ya en la cima, miré sin poder aceptar lo que veía: un ombú elevándose como un milagro a corta distancia. De más está decir que, sin pérdida de tiempo, regresé “desbocado” hasta donde Huilen aguardaba con el alma en un hilo, pálida, acostada casi sobre el cuello de Babieca. Al verme llegar se enderezó un tanto y, advirtiéndome mi alegría, preguntó sonriendo forzosamente: “¿Encontraste el lugar?”, a lo que respondí contándole con singular alborozo el fortuito hallazgo del ombú. Mis aspavientos tenían, por supuesto, el propósito de infundirle mayor animosidad, y lo conseguí, pues exclamó con un nuevo brillo en los ojos:

-Fermín, ¡Dios se ha puesto de nuestro lado!

-Crees que habrá tiempo de...

-¡Sí, mi amor, sí! -me interrumpió-. ¡De otro modo el ombú no sería otra cosa que una burla sin sentido! Vamos: aprovechemos la pausa que Rafael nos brinda. Tu hijo está demostrándonos que será un niño bueno...

-¡Oh la dulce y maravillosa ilusión de la madre joven! Perdonad amigos lectores que mi pluma se empape un tanto en las vulgaridades del melodrama. Es que estoy tratando de reubicarme en el alma de aquel joven que fui yo, y revivir de tal manera la cargazón de romanticismo que inficionó* los canales literarios de mi tiempo. No puedo, sin embargo, dejar de emocionarme recordando a aquella aventura inconcebible de un alumbramiento en la soledad pampeana. Y no echar al olvido que, si bien el yermo permitió que conociéramos a fondo el verdadero caudal que nos unía, supo también cobrarnos con usura la exaltación experimentada en los trágicos acontecimientos por venir. Sí, notaréis que mi pluma temblequea al ir describiendo los sucesos. Pero nada me detendrá, ni aún los garabatos, en mi firme propósito de llegar al fin de la historia. Tened paciencia, pues no falta mucho para que ello ocurra.

Decía, antes de perderme en los circunloquios precedentes, que Huilen recibió con ánimos renovados la buena nueva del ombú puesto en medio del desierto para anclaje de nuestra salvación. Al verle tan decidida tomé yo las riendas de Babieca y conduje al noble bruto a que escalara con tiento los pedregales de la loma.

.....oOo.....

* Inficionar: (tr) Infectar.

Bajo el frondoso follaje del ombú crecía una hierba finísima entremezclada de tréboles y manzanillas. Sobre ella tendí la manta e hice con mi chaqueta y espigas de un pajonal cercano una rústica almohada donde Huilen apoyó con gusto su cabeza. Los caballos, convenientemente sujetos, no tardaron en aprovechar el delicioso banquete que el suelo les ofrecía. Acostada Huilen y sentado yo sobre una de las monumentales raíces del ombú, dejamos por un rato que la bendita sombra refrescara nuestros cuerpos; en silencio, dimos gracias Dios de haber escapado de un sol de mediodía que estaba convirtiendo a la pampa en un horno gigantesco. Después, Huilen me dijo sin alzar la voz:

-Fermín, debemos hablar sobre cómo enfrentar el parto. Nuevamente siento las contracciones. Escúchame sin interrumpirme pues el tiempo de espera toca a su fin...

Con voz calma y estremecida por los dolores que, sin pausas ya aceleraban su respiración, me instruyó de modo conciso sobre mis deberes de improvisado partero, sin olvidar los riesgos que pudieran presentarse. A medida que avanzaba en sus explicaciones, el miedo y la angustia iban creciendo en mí con aterradora insistencia: de nada valían los intentos por serenarme. Aquello era el resultado de no haber crecido en un hogar donde los nacimientos eran sucesos normales, comentados por los mayores que nos cuidaban, como las monjas, el principio sagrado de la castidad. No obstante, las explícitas advertencias de Huilen quedaron marcadas a fuego en mis entendederas, pues ya que Dios me había puesto en el trance de una paternidad plenamente ejercida, a no defraudarlo cometiendo vergonzosas claudicaciones.

-¿Entendiste? Me preguntó cuando hubo terminado -y al responderle con un "sí" categórico salido no sé de dónde, agregó suspirando aliviada, complacida sin duda por el engañoso brío que yo le demostraba- Fermín... te amo, ¿sabes?; nunca imaginé que pudiera amarse... tan plenamente. Pienso que cuanto nos está sucediendo ha de trascender en el tiempo... no sé, quizás a modo de un signo secreto que se nos escapa...

Tras el dichoso monólogo quedó Huilen callada, con los párpados entornados y la respiración en calma. Solo de tanto en tanto recorrían su cuerpo súbitos espasmos, inocultables encogimientos me decían que el niño también estaba sufriendo los aprontes de una inminente parición.

El sol marcaba su acercamiento al mediodía en un cielo de verano, tórrido y limpio de nubes. Una vez más di gracias al Todopoderoso por haberme otorgado el refugio invalorable del ombú. Me aterraba pensar lo que hubiera sido de nosotros expuestos a tan despiadada canícula.

Había yo acumulado experiencia de sobra para intuir, sin embargo, que el sosiego que nos rodeaba debido al calor intenso que impelía a todo bicho viviente a refugiarse en las madrigueras, unido al adormecimiento de Huilen, era la calma chicha del océano preparándose para ensayar sus furiosas embestidas. Un airecillo del Norte ponía en la desmesura pampeana el martirio del fuelle que aviva la fragua...

.....oOo.....

Hora y media después, el grito de Huilen zamarreó mis sentidos e hizo que me incorporara de un salto:

-¡Fermín... por Dios! ¡Retira el tapadillo y sujétame las manos, como te dije...!

No podía pensar: igual que un autómatas le quité el blanco pañal que ocultaba su sexo, y agarrándole las manos, de rodillas, le sostuve para que pudiera concentrar todas sus fuerzas en la compulsión del hijo. Así empezó el batallar inacabable de un parto que, aún hoy, llena de congojas innominadas mi espíritu, hecho a todos los avatares de la desgracia en sus más inverosímiles sojuzgamientos. Permitidme callar los detalles de tan infausto suceso; no me obliguéis a reabrir heridas y revolver en ellas la engañosa quietud de los recuerdos, pues ellos están vivos aún, enormes como la pampa que fuera testigo y actora de tales miserias. Iré a lo fundamental del relato, si así no lo hiciera, el desenlace se convertiría en un articulado montón de piezas sin objeto ni sustancia.

Pujaba Huilen una y otra vez en intentos inútiles, empleando la totalidad de sus fuerzas en medio de contracciones dolorosas, mordiendo sus gritos agitada por una respiración convulsa y sin pausas. Pero Rafael no aparecía. Yo estaba atento, preparado para poner en práctica las enseñanzas de Huilen, anhelante, sufriendo en el alma los ahogos y los aprietos que a ella le sucedían. Hubo un momento en que, viendo yo que sus fuerzas iban agotándose, le dije apretadamente: “descansa, Huilen; a este paso te agotarás sin remedio...”, a lo que respondió con voz entrecortada: “No... no puedo detenerme... está ahí... atascado.... Ay, no puede salir... ¿Soy yo quien no le deja...?”

Parte de la siesta transcurrió sin que los ímpetus involuntarios de Huilen se tradujeran en resultados favorables. “¿Qué hacer, Dios, qué hacer?”, me decía sin lograr respuesta. Así, perdíame en un mundo de reflexiones desconcertantes que saltaban de un sitio a otro igual que manteados muñecos de trapo sin seso ni consistencia. De pronto Huilen, en un chillido agudo me sacó del atolladero diciéndome presurosa:

-¡Saca la navaja y corta, Fermín! ¡Anda, no pierdas tiempo!

Yo no entendía, aunque por un acto reflejo extraje del bolsillo la susodicha navaja, y, con ella en la mano, miré absorto los ojos de mi adorable compañera. Ella urgió impaciente:

-¿Qué esperas, Fermín? ¡Corta, por favor, corta!

-¿Cortar qué? -Pregunté contrito y balbuceante.

-¡Abajo, amor mío! Agranda con el cuchillo la salida. ¡Morirá, Fermín, morirá si no le ayudamos!

-¡Tú estás loca, Huilen! ¿Quieres que te asesine? ¡Morirás desangrada si hago lo que pides!

-¡Si no lo haces moriremos el niño y yo! ¡Anda, corta, en el nombre de Dios, corta!

-¡No! ¡Dejemos que Él resuelva! -exclamé con el llanto impregnando las palabras.

-¡Trae aquí! -explotó al tiempo que me arrebatava la navaja- ¡Lo haré yo! ¡Nuestro hijo no ha de perecer asfixiado! ¡Apenas se mueve, Fermín! Ha perdido las fuerzas.

Mientras hablaba, dobló su cuerpo de manera inverosímil y, manipulando en su entrepierna, hizo lo que proponía sin emitir una queja, pálida, con los ojos rebalsados en lágrimas. Luego se acostó boca arriba, tratando de reponerse del brioso procedimiento.

No soltó la navaja ensangrentada, y tuve yo que retirarla de su mano.

¿Y ahora qué? ¿Aguardaba Huilen nuevas contracciones que ayudaran a que el niño naciera? Quedé mirándole desolado, metido nuevamente en un hueco de dudas que me impedían la búsqueda de una solución cualquiera... aún la más extravagante y extraña. ¿A fin de cuentas, no estábamos sufriendo los delirios de una pesadilla ajena a toda racionalidad y cordura? Nada, sin embargo dio luz a mi entendimiento ni me condujo fuera del túnel. Huilen había caído en un sopor inquietante; un sudor frío empapaba su rostro pálido y grandes ojeras se habían formado alrededor de sus párpados... y Rafael, pese a la heroica determinación de su madre, no daba señales de vida. Un miedo atroz puso en mi alma aleteos de locura, al tiempo que una maraña de rezos y maldiciones iba colmando su capacidad de fácil discernimiento. Lo que sigue, no puedo explicarlo con arreglo a un juicio normal: Debido a uno de esos juegos extraños de la mente, saltó a mi memoria una frase de Inés escrita en su última carta: “Cuando te encuentres en apuros, llámame; al instante acudiré en tu ayuda...”

¡Oh, Dios! Recordar sus palabras y ponerme de pie de un salto fue todo uno. ¡Inés! ¡Inés...! ¡Ven, por favor! ¡Te necesito, hermanita...! ¡Inés...! Y así a los gritos iba de un lado a otro estrujándome las manos, extraviada la vista en el cielo, en el horizonte, en los resecos pajonales... Mi impotencia exigía un milagro... pero también resonaba en lo profundo de la conciencia palabras lacerantes: “¡Insensato! ¡Insensato...! me decían burlonas y escépticas. ¿Tú pidiendo un portentoso? ¿Qué has hecho para merecerlo?” Mas yo seguía invocando la presencia de Inés, ahora con voz apenas modulada, medio encogido y exhausto por la desesperación. Un gemido de Huilen me llamó a la realidad. Corrí junto a ella y, cayendo de rodillas, le tomé de las manos... ¡y vi...! ¡Oh, Santo Cielo! ¡El niño estaba saliendo sin que Huilen hiciera un solo esfuerzo! ¡Pareciera que alguien desde adentro le empujara suave, delicadamente...! De inmediato recobré la sensatez y puse en práctica todo lo que Huilen había me indicado. No paré hasta que tuve a mi hijo cabeza abajo y oí su llanto resonando como cántico de gloria en la tarde tórrida y salvaje del desierto. Envolví a Rafael con el blanco pañal de su madre y, con el niño en brazos, ya calmados sus berrinches, lo acosté junto a Huilen...

-Mira... -le dije acariciándole la cara con suavidad-. Mira a nuestro hijo, Rafael está con nosotros...

Haciendo un esfuerzo sobrehumano movió la cabeza y su mirada lánguida, de párpados apenas entreabiertos, se posó en la carita y en los bracitos diminutos ocupados en dar, con movimientos recién aprendidos, manotazos al aire. Una sonrisa inefable, aunque mortecina, se dibujó en los labios de Huilen...

Murió mi esposa (pues lo era bajo la bondad infinita del Padre) una hora después. Permitidme que me abstenga de explicar con palabras vulgares, que bien pudieran parecer morbosas, el trágico final del amor que fue único en mi vida; os pido solamente que imaginéis mi desolación y permitáis el bloqueo absoluto de los agónicos sentimientos experimentados en aquella siesta jamás olvidada. Pero si os digo que hubiese preferido morir antes que aguantar los martirios de una ausencia insostenible... Mas allí estaba mi hijo, nuestro hijo... y a él me debía.

Lo que sigue bordea los límites del absurdo. Lloraba yo acurrucado junto a Huilen, cuando sentí la presencia de una figura de pie a mis espaldas. Enderecé el torso y, al mirar hacia arriba, vi a Nahuel. Estaba erecto, amenazante, con la lanza apuntando hacia arriba, estático cual una escultura puesta allí para despertar mis temores; que no los hubo, pues mi espíritu permaneció insensible a todo cuanto no tuviera relación con mi desgracia. Solo mis instintos de padre obraron cautelosos y, alzando a Rafael, le mantuve apretado livianamente contra mi pecho. Nahuel y su lanza, la aventajada estatura tehuelche, su físico privilegiado, la célebre fiereza de sus actos criminales: todo, todo ello cayó en la nebulosa indiferencia que, a manera de coraza, excluía a mi espíritu del bagaje emocional que hasta ese entonces me dominara. Mas algo inaudito estaba sucediendo: también él dio un paso atrás y quedó allí, quieto, firme, sin la enorme lanza que había dejado caer a modo de un trasto inútil. Aclaro que cuanto digo llegaba a mí a través de un velo sutil, fantasmagórico, sin consistencia aparente. Solo más tarde, pude rehacer los hechos y, con los años, explicarme aquella sensación de vacío, de insondable perplejidad. Pero debo reconocer que la presencia de Nahuel también obró como revulsivo inconsciente para zamarrear el sentido de mis responsabilidades inmediatas: dar sepultura a Huilen y poner a mi hijo a resguardo de vicisitudes inesperadas; y pronto, si no quería perderlo en la vorágine hostil del baldío inconmensurable.

Me puse de pie y, con el niño en mis brazos, enfrenté al indio. Lo que vi en su cara me desconcertó, pese a la vacuidad que aún persistía en mi entendimiento; sus ojos nublados por lágrimas contenidas y el rictus doloroso de sus bárbaras facciones decíanme con elocuencia turbadora que el amor de Nahuel por Huilen no había sido jamás obra de caprichosas veleidades ni engendro de pasiones canallescas. Por largos instantes nos miramos fijamente, un relámpago de odio cruzó por mi cabeza al pensar que aquel hombre era el responsable de cuanto había ocurrido a Huilen; de nuestros actuales sufrimientos en aquella fragua gigantesca. Pero el relámpago se convirtió en fugaz chisporroteo de artificio. Ya ni fuerzas para aborrecer al inmundo salvaje quedaban en mi alma.

Sin romper el silencio, acosté al niño junto a Huilen, me puse a buscar terreno blando bajo el fresco ramaje del ombú. Encontrado el sitio, con mis uñas y la navaja fui cavando, cavando sin pausas y ahincadamente la tierra esponjosa. Se hacía preciso llevar cuanto antes a Rafael donde pudieran asearle y atender sus más urgentes necesidades. De pronto vi a Nahuel arrodillado igual que yo, y como yo, abrir con su enorme cuchillo y sus rudas manazas la triste sepultura. Siempre en silencio, taciturno, sin mirarnos...

Montado en Babiéca, librada la yegua de su atadura y a merced de Nahuel; apretado el niño contra mi pecho, a paso ligero, encaminé el tordillo hacia el Este. No había andado cien varas cuando detuve a Babiéca y miré hacia atrás. Quise despedirme una vez más de Huilen. Allí quedaba, mi Dios, bajo grandes piedras que habíamos colocado como defensas contra las aves de rapiña, y una cruz de palo que yo hiciera con ramas secas del ombú. Nahuel, con su lanza apuntando hacia lo alto, de pie junto a la sepultura, permanecía firme, observando inmutable nuestro alejamiento.

Con el sol echándonos de frente su aliento llameante, recorrimos sin descanso legua

tras legua esperando encontrar cualquier signo de vida humana, pero el desierto solo nos mostraba áridos paisajes, los salitrosos esteros bordeados de matas reseca, espinosa, mortecina y pajonales sin término donde Babieca entorpecía el andar y tropezaba a cada paso con escondidas madrigueras. Una inquietud de perfiles agudos, extremos, iba minando sordamente mi entereza. ¿Dónde diablos estaban las carretas que por centenares se dirigían a las Grandes Salinas? ¿Dónde la multitud de soldados encargada de vigilar la extensa caravana? ¡Santo Cielo! ¿Cómo podía saber yo que justamente ese año al señor virrey había ocurrido prohibir tan importante expedición debido al peligro de las tribus en conflicto? ¿Y dónde, dónde hallar una laguna o un rancho mísero pero con una cabra de ubres generosa? Rafael aún vivía recogido en mi brazo. De tanto en tanto lloraba plañidero, suavemente, cual si no tuviera fuerzas para gritar su desamparo. Y ello me sumía en la desesperación más angustiosa. Es que también él estaba destinado a ser presa del monstruo que nos ceñía para ofrendarnos a sus demonios principales: ¿el calor y la sed? Mi cabeza era un nido de grillos; y el sostenerme derecho en el caballo una proeza difícil de soportar...

Las riendas habían escapado de mis manos; solo atinaba a sostener el niño, a evitar que cayera a tierra para ser comido por los asquerosos pajarracos que nos seguían dando vueltas y más vueltas allá arriba, en la atmósfera ardiente de la tarde. Babieca iba a paso tranquilo, cauto, cual si entendiera la situación por la que estábamos pasando...

Comencé a delirar: en mis oídos la voz de Huilen me repetía una y otra vez con tono mendicante: “Por el amor de Dios, no le dejes caer; mira los buitres, los buitres...”

De repente, una cortina negra como la noche más oscura se extendió ante mis ojos. Después... nada, nada...

Amigos lectores... no seré yo quien os diga lo que ocurrió a posteriori. Y veis... el pulso me temblequea y, hay que aclararlo, no fui testigo consciente de mi vida... sin vida. Aquí tengo a sor Inés más que dispuesta a tomar la pluma para relataros lo sucedido tras mi caída en aquel pozo de honduras incalificables... Gracias a Dios, aún está ella para que continúe enseñándonos a leer de atrás para adelante...

EPÍLOGO

Me persigno y ruego a Nuestro Señor que me saque sin descalabraduras del compromiso en que Fermín me ha puesto, con la mejor intención, pero sin medir mis escasas limitaciones. ¿Quién soy yo para dárme las de escritora cuando ni siquiera me siento capaz de remitir cuatro líneas bien trazadas a mis hermanas de la Orden? ¿Mas cómo esquivarle a Fermín la rúbrica a sus esfuerzos? Porque testigo soy de su laborioso forcejeo con la memoria. Faltar a la caridad sería negarle a él, y quitárselo a nosotros, el consuelo de ver la palabra “FIN” puesta correctamente. Además (y que Dios me perdone si caigo en pecadoras vanidades), no es justo que yo, personaje desde el principio, me diluya en un esbozo inacabado y sin textura. Y basta de prolegómenos...

Cuando sintió que una cortina negra como la noche más oscura se extendió ante sus ojos... Fermín pisaba ya los extremos de la inconsciencia. Cayó, pues, sobre las crines de Babieca con el niño apretado fuertemente contra sí; una postrera reacción de sus instintos paternos... si es que no pensamos en designios más Altos.

Siguió el caballo a paso lento comprendiendo también él que era parte en el difícil salvataje. El desierto iba librándose poco a poco de las vaharadas de fuego que lo achicharraban inmisericorde, y una brisa del Sur, apenas incipiente, auguraba las clásicas frescuras del ocaso pampeano. Mas Fermín y el recién nacido nada supieron del cambio sutil que estaba produciéndose en el ánimo del “verdugo”...

A esas horas un carretón de enormes ruedas y toldo de cuero vacuno traqueteaba con estridente ruido de cacharros por una huella desigual, proclive a insólitas aventuras y estancamientos. Cuatro bueyes tiraban del adefesio, y un gitano de luengas barbas negras, ridícula chistera, y un levitón verdinegro, el conductor que, con voz de bajo y en raro idioma, iba poniéndole a la pampa un milenario encantamiento. Junto a él iba su mujer, una figura bizarra, de busto generoso y una cabellera brillando con reflejos de oro bajo la luz del atardecer. En sus faldas dormía una niña sin destete.

El gitano y su mujer habían hecho de aquella carreta monumental hogar y comercio, a la manera de los trashumantes que, en la Europa Central, recorrían los caminos con baratijas y telas multicolores. Ellos iban de tribu en tribu, ofreciendo ollas, sartenes y otras cacharrerías por el estilo a cambio de pieles finas y tejidos artesanales, sin miedo alguno, pues los indios los veían como preciosos instrumentos de intercambio. Los tales salvajes no eran tontos: ¿A qué matar la gallina de los huevos de oro? Y allí, encima de la carreta, soñaban con establecerse un día en lugar seguro con el dinero ganado a fuerza de andar y andar los caminos, azuzando bueyes, y con el “ay” en la boca cuando la niña daba señales de no sentirse bien...

“Mira”, dijo de pronto la mujer interrumpiendo el canto del marido. “Aquel caballo... viene hacia nosotros muy despacio, cual si llevara encima... Detén los bueyes...”

-No. Puede ser una emboscada”

-¿En estas soledades? Para, hombre. Algo me dice que ese tordillo trae un cristiano herido... o muerto.

Hizo el gitano que los bueyes se detuvieran, pero, por si acaso, puso a su alcance una pistola convenientemente cebada. Esperaron. Babioca llegó junto a la carreta y se mantuvo quieto resoplando con suavidad.

Es un soldado español, dijo la mujer con la respiración contenida. Y... tiene en sus brazos...

No abundaré en detalles que serían rémora para el pronto desenlace de la historia. Diré, sí, que nuestro Babioca había al fin llegado a puerto seguro. Hicieron lugar en la “casa” y acostaron a Fermín, que no daba señales de vida; pero su corazón decía otra cosa. En cuanto Rafael, tuvo en la gitana todo el alimento que quiso y el aseo conveniente dentro de las limitaciones lógicas de las que el matrimonio errante sufría. En Azul consiguieron que las autoridades militares del fuerte se hicieran cargo de Fermín y su hijo. Los gitanos vendieron su carga y se echaron de nuevo a rodar los caminos, persiguiendo una esperanza que jamás abandona a los limpios de corazón. Esta humilde monja suele recordarles frecuentemente en sus oraciones.

Diez años transcurrieron sin que nada supiéramos de Fermín.

Ocupadas sor Verónica y yo en los quehaceres del convento, no advertimos el revuelo que, sin motivo aparente, estaba ocurriendo en el locutorio. Hasta que una novicia, en veloz carrera, vino a reclamar nuestra presencia en el enredijo. Allá fui, sin sor Verónica, pues su ceguera le impedía seguirme con prontitud. Lo que vi me llenó de asombro: la señora Isabel, con enérgicas brazadas y vehementes reclamos, pedía le dejaran paso para buscar por cuenta propia y sin inútiles protocolos a sor Verónica: “¡Dejadme, por Dios! ¡Esta carta sonará en sus oídos cual trompetas de ángeles! ¡Y seré yo, yo, quien la ponga en sus manos! ¡Quitaros delante...!” Y mientras así decía, agitaba por sobre su cabeza unos papeles. Cuando me vio dijo rogando y exigiendo a un tiempo: “¡Tú, Inés! ¡Llévame enseguida a la madre superiora! ¡Se trata de Fermín...!”. Al escucharle, mi corazón dio un vuelco y, tomándole de la mano, le arrastré, si así puede decirse, hasta la huerta donde sor Verónica aguardaba. Cuando estuvimos frente a ella, la señora Isabel, sin regüello, pues los años no pasan en vano, me entregó los papeles y me dijo casi sin habla: “Toma, lee tú...”

Era una carta de la señora de Villares donde le comunicaba a su prima que Fermín y su hijo habían sido encontrados con vida y en “perfecta salud” en una estancia muy cercana a un pueblucho llamado “Azul”. Terminé la lectura llorando a coro con sor Verónica y la señora Isabel. Las prodigiosas cuartillas (tres en total) daban cuenta someramente de las circunstancias azarosas del hallazgo. La redacción, sin embargo, plagada de “quizaes” y otras expresiones dudosas, pusieron en mí, pese al inmenso placer que sentíamos, lunares oscuros, sugerencias imprecisas, interrogantes sin respuestas...

.....oOo.....

Según el mensaje, Fermín y Rafael eran desde tiempo atrás huéspedes de la señora de Villares.

Huelga decir que inmediatamente me entregué guiada por sor Verónica, a la tarea de poner en juego todas las influencias capaces de traer sanos y salvos a Fermín y a su hijo. Porque dábase el caso (y en ello radicaba una de las preguntas más filosas y peor respondidas) que nosotros queridos personajes nada podíamos hacer por cuenta propia, y no por falta de medios, sino por razones que...; y ahí la ambigüedad que todo lo ensombrecía. Pudimos al fin lograr que dos franciscanos, llamados a España por órdenes superiores, se hicieran cargo de Fermín y Rafael sin ahorrar comodidades y en servicios médicos, si ellos fueran necesarios. ¡Dios mío! A tal punto de sugestión habíamos llegado sor Verónica y yo, que hasta les veíamos en parihuelas* e incapaces de valerse por sí mismos. Os preguntaréis qué había hecho yo de las facultades extrasensoriales de otrora... o como le llamen los entendidos en esos entretelones del espíritu. Intenté, sí, muchas veces, comunicarme con la mente de Fermín, pero siempre tropecé con un vacío sobrecogedor, con la nada absoluta....

.....oOo.....

Acompañada por una joven novicia fue a esperarles al puerto de Cádiz, donde el navío que les transportaba haría escala para después proseguir viaje a Roma, destino de los religiosos encargados de Fermín y Rafael. Dos días hubimos de esperar en un convento el arribo del barco, pero al fin tuve la dicha de verles bajar por la planchada sin ayuda alguna y precedidos por los franciscanos que, sin protocolos ni demoras inútiles, les pusieron a mi cargo. Uno de ellos me dijo con una sonrisa de oreja a oreja: “Aquí les tenéis, hermana; os aseguro que siento en mi corazón una gran pena al tener que separarnos de compañeros tan agradables como Fermín y Rafael. Cuidadle mucho, pues merecen lo mejor. Nosotros elevaremos a Dios nuestras plegarias para que la luz penetre en el entendimiento de Fermín...”.

Cuando quedamos solos besé ansiosa a Rafael, quien enseguida se aferró a una de mis manos con los mismos anhelos con que yo le besara; ya no pude expresarle mayores afectos, pese a que sus ojos me comían la mirada; toda mi atención, los sentidos, la inteligencia perdida en vaguedades imprevistas, todo mi ser, en fin, se hallaba concentrado en la cara de Fermín: su inexpresividad golpeó mi espíritu con la dureza del mármol y sus pupilas de estatua, sin vida, dolorosamente vacías, me dijeron por breves instantes que aquel no era Fermín, sino la copia sin alma de mi hermano. ¿En qué recodo del camino la había perdido? Pero su voz, gracias a Jesucristo, era la misma de siempre, con su timbre tan particular, aunque solemne ahora, y triste, patética, cual si arrastrara con ella el dolor de un paraíso perdido en la trágica confluencia de tiempos plagados de adversidades. No pude contener las lágrimas al escuchar su pregunta: “¿Es usted sor Inés del Niño Jesús? Sírvase, le traigo una carta de la señora viuda de Villares...” ¡Oh, mi Dios! ¡Tal era su desvarío que no me reconoció...!

* Parihuela: (f) Camilla. Cama portátil.

.....oOo.....

Sor Verónica, al proyectarse las refacciones del nuevo convento, quiso que en la huerta se hiciera una réplica exacta de la casita donde el pequeño Fermín viviera algunos años junto a don Evaristo Saavedra. En ella les pusimos y en su casa rústica estoy ahora, cargada de años y de innúmeras responsabilidades, escribiendo estas líneas por encargo del viejo, cojo e imitador impenitente tanto en genio como en figura, del famoso *Don Quijote*. Y estando mi vista de común acuerdo con mis achaques, le doy un breve descanso que aprovecho para dar una ojeada a cuanto me rodea. Tendréis así una muleta para vuestra imaginación, y un Pegaso que nos permitirá volver hacia el pasado semioculto en los recovecos de la memoria.

Recordad: una estancia, y en ella, un hogar enorme donde arden manojos de sarmientos y rescos trozos de encina; al calor de la lumbre, un escaño que invita al descanso, y en el medio, la mesa de pino; en un costado, dos camitas puestas junto a la ventana que mira al huerto, y entre ambas, una mesilla con las palmatorias y su vela, además del libro de cabecera que Fermín pusiera a mi cuidado: el de las inmortales aventuras imaginadas por Cervantes; por último, dos anaqueles apretados de libros donde campean los más granados e importantes tesoros de nuestra lengua castellana. Puesto el escenario, es hora ya de que en él se desenvuelvan los personajes, convencida en lo que a mí respecta que el diseño trazado mucho tuvo que ver con el desenlace de la trama. Pareciera que sor Verónica hubiese entrevisto desde imaginarios bastidores lo por venir, para que tan fielmente reprodujera el anterior aposento de Fermín y don Evaristo.

Nada de aquella escenografía influyó, sin embargo, en la ceguera mental de Fermín. Como no hizo, tampoco, Castañar del Río con sus viejas casas, ni la antigua iglesia, ni el vecindario donde la señora Isabel era reina, ni la colina con su ruinoso convento, y sus pinos, y sus almendros... Todo ello quedaba fuera de sus retinas cual si una coraza invisible se interpusiera para no dejar pasar ni un ápice de aquello que significara algo para el recuerdo. Baste decir que ni sor Verónica pudo derribar ese muro, pese a su tenacidad hecha de rezos desesperados y llorosas lamentaciones. Murió sin la dicha de ser reconocida por su Fermín... Yo sabía que una sola persona hubiese sido capaz de devolvérmolo: Huilen. Pero, ¡ay!, Huilen había quedado bajo las ramas piadosas de un ombú, en medio de la pampa inconmensurable...

.....oOo.....

Pasaron los años. Rafael fue creciendo a nuestro lado, hasta que un día nos salió con la novedad de que su vocación le obligaba a seguir la carrera militar en Madrid, junto a un condiscípulo del Colegio San Carlos de Buenos Aires, del cual se hiciera amigo; se llamaba José de San Martín, y era hijo de un matrimonio paisano y conocido del padre Rafael. Y allí está, metido hasta el cuello en el ejercicio de las armas y... ¿por qué no decirlo? Enrolado en la masonería puesta tan de moda en los círculos políticos del Reino. Allá él; que bastante tengo con las tareas de la superiora del convento, con que me ataron tras la muerte de sor Verónica, para andar preocupándome por las ideas de mi sobrino; y en vigilar a Fermín, que, sin que nadie le obligue, se mata trabajando en el

cuidado de la huerta. En ella quedó cojo tras caer de un árbol al que estaba podando. Porque debo señalar que, salvo la cerrazón de su mente, en todo lo demás no desmerecería de las cualidades propias de cualquier hombre; y puestos a comparar, debe decirse que a muchos les aventaja en altas virtudes y noble figura. Que Dios me perdone si prejuizo sin fundamentos, mas una comezoncilla viene de tanto en tanto a poner en mi alma disparatadas sospechas. Me pregunto: ¿no pasó Fermín por el mismo trance que *Don Quijote*? Este, de tanto leer libros de caballería imaginó ser un nuevo *Amadís de Gaula* llegado al mundo para emular sus proezas... Y Fermín, de tanto meter sus narices entre las páginas del inmortal caballero, cayó donde tenía que caer... Sor Verónica lo dijo muchas veces: “Fermín es un soñador de aventuras... que tanto puede llegar a darnos mundos nuevos a la manera de Cervantes, como volver lleno de miserias y aporreado por todos; a gemir, vencido, con la cabeza puesta sobre la falda rotosa de su madre que, habiéndose dado el lujo de parir GIGANTES a montones para la Gran Historia, les ve llegar revolcados por los molinos de viento. Y agregé a mi suspicacia: sor Verónica, ¿no habrá imaginado a su vez hacer de sí la vieja España dispuesta siempre a enjugar el fracaso de sus hijos? ¿Con qué otra idea hizo de la casita el refugio de quien fatalmente volvería a él para curar sus heridas? Medito acerca del esotérico círculo de la serpiente tragándose la cola, y me estremezco al presentir las videncias de nuestra querida monja... ¡Dios mío! ¡Ved en qué marañas me han puesto mis inveteradas fantasías! Perdonadme la digresión. No ocurrirán otras desviaciones...

.....oOo.....

Fueron muchos, lo repito, los esfuerzos desesperados que hicimos sor Verónica y yo por rescatar a Fermín de su encierro. Incontables médicos le vieron y le trataron, desde los más famosos de España y sus Indias hasta los charlatanes que nunca faltan en tales ocasiones. ¿Para qué, Señor? ¡Si allí, a una legua escasa del convento estaba lo que anduvimos buscando por todos los “Madridres” y “Salamancas” habidos y por haber! Don Miguel Azcona, el hijo de la señora Isabel, el Miguelito a quien Fermín solía entretener para que comiera, pues el pobre no daba con su alma por encanijado* y enfermizo. Lo recordáis, ¿verdad? Pues se daba el caso de que el tal Miguel Azcona habíase convertido en médico célebre, reconocido como eminencia científica en las más adelantadas capitales de Europa, que no en España, donde el refranescos “Nadie es profeta en su tierra” es letra viva y condimento de todos los desaguizados nacionales. Por eso andamos como andamos... Perdón, “otra vez la burra al trigo”. Dicho “mediquillo” habíase especializado, para nuestra fortuna, en las enfermedades del cerebro. Pues (¡Bendito sea el Señor!), en una visita que hiciera de sopetón a su madre, se enteró por esta de la probable encefalitis de Fermín. Corrió enseguida a verle. Para mi hermano fue un médico más en la lista de los que le trataron en los largos años de su cautiverio. Para don Miguel de Azcona, no. Anuló de un plumazo todos los compromisos que le ataban en el extranjero y se radicó en Madrid, de modo que pudiera

* Encanijar: (tr)Poner flaco y enfermizo, más comúnmente a los niños.// Enfadar, enojar.

visitar con frecuencia a Fermín y quedarse en el pueblo si las circunstancias lo exigían. La señora Isabel, de más está decirlo, chocha con su “pequeño” visitándole de continuo...

.....oOo.....

Ocurrió un día de primavera. Uno cualquiera, con la huerta vestida de brotes nuevos, y el arroyuelo que le atravesaba saltando cantarín por entre guijas*, y un sol repartiendo caricias sin ton ni son... ¡Dios mío! Si aquello parecía el sueño del mejor poeta. La inspirada acuarela de un eximio paisajista... Apresuré los pasos para ir a decirle a Fermín que saliera a ver, pues la huerta se había vuelto loca... En esos momentos abandonaba la casita don Miguel de Azcona. Al verme me dijo sonriente y con un chisporroteo de malicia en sus ojos: “Entre, madre Inés, a ver si usted puede dominar a ese energúmeno”. Y, sin decir más, se alejó canturreando una tonadilla impropia para tal personaje. Lo que vi al penetrar en la vivienda me llenó de asombro; pero de tanto, tanto asombro, que casi caigo de espaldas. Fermín, sentado en el escaño, sujetábase la barriga y reía, reía sin contención, él quien durante años no tuvo ni un asomo de sonrisa en sus labios mustios, ni la más mínima expresividad en los ojos. Me invadió, Santo Cielo, la idea terrible de que Fermín habíase vuelto loco, como la huerta. No atiné a otra cosa que a sentarme junto a él y mirarle aprensiva, desconcertada... Cuando pudo por fin articular los vocablos, me dijo entre sacudimientos de hilaridad apenas contenida:

-Decidme: ¿a quién mandásteis ahora? ¿Qué es eso? ¿Un médico o un payaso?

-¿Por qué lo dices? -le pregunté sin dar en la tecla.

-¡Vaya médico! ¿Jamás he visto a un cómico de la legua imitar con tanta perfección el rebuzno del burro, el relincho del caballo, el cloqueo de la gallina! Le hubiésteis visto dar coces y aletear un quiquiriquí con tanto garbo y estiramiento. ¿Y el mono? Debe haber tratado muchos para lograr copia tan exacta....

La comprensión de lo que había ocurrido entró a raudales en mi cerebro. Me puse a reír y a llorar. Tomándole de las manos puse en ellas un beso mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. A Fermín le correspondía ahora ser el confundido. Sin apresurarme, con la vista clavada en sus pupilas y teniendo por fondo el alegre bullicio de la primavera que irrumpía a modo de bendición por la ventana, le hablé, como se le habla a un niño que recién empieza a vocalizar palabras:

-Ese médico a quien tu llamas payaso es Miguelito, el niño a quien tu salvaste de morir un día haciendo morisquetas e imitaciones de animales... Las mismas, Fermín, que él hiciera hoy para arrancarte de los malditos demonios que te aprisionan la mente. Si Fermín pudo volverme a la vida con métodos tan reñidos con la Ciencia -se habrá preguntado el célebre doctor Miguel de Azcona- ¿por qué no aprovechar la lección e intentar curarle con iguales recursos...? Y ahí tienes la razón de tantas payasadas. ¿Me entiendes, Fermín? Reíste, y la risa es patrimonio del hombre-dios y de los ángeles que nos custodian.

* Guija: (f) Piedra lisa y pequeña que se encuentra en las orillas y cauces de los ríos y arroyos.

Bajó Fermín la cabeza y durante un rato se mantuvo en silencio. Después, mirándome indeciso, fue anudando sus palabras a una lenta conformación de la idea:

-Miguelito... un niño que se ceñía a mí como una garrapata... Su madre... ¿no se llamaba Isabel...?

El prodigio había comenzado...

.....oOo.....

El restablecimiento de Fermín no ocurrió de un día para el otro. Era frecuente que pasaran semanas sin que diera señales de progreso. Yo aguardaba expectante cada chispazo, el más mínimo relampagueo en las negruras de la mente de Fermín; y cuando ello ocurría, ¡cuánta felicidad al entrever los reverberos de la memoria!

Estábamos sentados en un banco de piedra, en la huerta, cuando ya la primavera despedía entre crepúsculos multicolores y el calor se anunciaba con un airecillo del Sur perfumado de espliegos y tomillos. ¡Cuánta paz, Dios mío! No me percaté enseguida de que Fermín tenía puesta en mí su mirada con insistencia perturbadora. Advirtiéndolo, nada hice por romper el sugestivo silencio ni la inmovilidad de su figura. Permanecí quieta, esperando, pues algo me decía que se avecinaba uno de los momentos cruciales. A poco me preguntó con tono ávido, inseguro, de niño que intenta averiguar, cometiendo una imprudencia:

-¿Tú eres Inés...?

-Sor Inés del niño Jesús -le respondí sin mirarle.

-Ahora. Pero antes fuiste la pequeña Inés, mi hermanita... ¿Verdad que sí? -me insistió con gravedad titubeante.

No pude contestar enseguida, y, cuando lo hice, fue con la voz trabajada por un sollozo de esos que nacen en lo más profundo...

-Sí, Fermín. Soy aquella a quien tú llamabas 'mi brujita'... Siguió observándome intensamente, forzando su inteligencia a fin de comprender en plenitud lo que le estaba sucediendo. Luego, otra vez sus labios se distendieron en una sonrisa amplia, la misma que yo conociera bajo los sauces, allá, en las orillas del río Negro. La segunda pregunta fue una sorpresa más en el entrevero de sus reacciones. Si el hombre cargado de años y sobreviviente de una catástrofe espiritual era el Fermín de antes, pensé, él comprendería que al fin de cuentas, lo que iba a decirle se lo había dicho ya, aunque con menos alambiques y rebuscamientos. Así expresé con la vista puesta en las nubes teñidas de rosa:

-Me preguntas si alguna vez volví a encontrarme con el anciano peregrino: pues sí, Fermín, muchas veces. ¿Quieres oír la nueva versión de tan feliz encuentro? Ahí va, y si ella te inspira las mismas o parecidas bromas de que te servías en aquel entonces para hacerme rabiar, hazlo, hazlo sin tapujos, que lejos de incomodarme me pondrán en la grata certeza de que al fin estás reconociendo el camino...

Carraspeé igual que el orador dispuesto a endilgar su mejor discurso, y empecé:

-Sabrás que el anciano peregrino de larga barba blanca y aureola de plata es un

personaje que vive dentro de cada uno de nosotros. ¿Qué raro es, entonces, que le encontremos a cada paso? Ocurre que muchos no le ven porque están hechos a la rutina de su eterna presencia. Se llama fe, Fermín, fe.... ¡Qué raro! Fe se pronuncia con las primeras letras de tu nombre...”

-Si has hecho de aquella hermosa experiencia una página de catecismo, lo siento, Inés. Me gustaba más el cándido relato de la niña capaz de hacer de sus sueños verdaderos milagros...”

-Espera, hombre, espera... -le dije relamiéndome de gusto, pues si “de la discusión nace la luz”, el retruécano de Fermín prometía todo un radiante amanecer- “¿Quién ha dicho que no pienso igual que antes? Soy la misma Inés sosteniendo iguales virtudes, o dones, si así lo prefieres... Pero más vieja, Fermín, mucho más vieja... He aprendido a transformar los espejismos en verdades. ¿Supones, acaso, más bella la imagen de aquel ser sobrenatural semiborrada por el tiempo, que esta, intrínsecamente venerada día tras día? Yo rescaté, Fermín, un gran sueño de mis sueños... ¡imposibles!

Ambos permanecemos en silencio por breve rato. Luego, cautelosamente, sin desviar mi vista del espacio infinito, hablé como si lo hiciera conmigo misma...

-Aquella nube parece un ángel dispuesto a emprender el vuelo... sin embargo no es otra cosa que un puñado de niebla vagando en el espacio. Mira, Fermín... ¿la ves? Tan solo un puñado de nieblas... pero un haz de luz la mantiene iluminada y se ha convertido de pronto en una magnífica flor crepuscular... Cuando el anciano peregrino se apartó de mí, yo que hasta entonces no había sido otra cosa que un puñado de niebla gris, experimenté lo que esa nube, allá arriba, debe estar sintiendo: el milagro de la luz que el buen anciano echó en mi espíritu a la manera de un don sobrenatural, y que yo llamo FE... porque me da la gana de llamarla así. ¿Eso explica mi determinación de meterme a monja? No lo sé, ni lo sabré nunca. Tampoco el padre Rafael pudo jamás resolver el enigma y optó por el sacerdocio tras haber sido puesto por el mismo anciano frente a la luz.

Al nombrar al padre Rafael pude observar en Fermín un sobresalto, imperceptible casi, pero notorio para mis sentidos en acecho. No le hice caso, y continué:

-La idea de ver la luz corporizada no es bien de todos. Pero el anciano peregrino pasea por nuestras almas como Pedro por su casa, y debes saber que tú, a quien la luz le importa un bledo, también la tuviste cerca, muy cerquita, cuando frente a la iracundia de don Braulio, el médico, te empeñaste en imitar a todos los animales del Arca con bailoteos de payaso... Y estuvo de igual modo en el espíritu fosilizado del eminente doctor don Miguel de Azcona que, copiándote, pudo lograr lo que no consiguió con todo el bagaje de sus conocimientos científicos. Hoy obtuvo el diploma de 'brujo', o de 'tonadillero', que no otra cosa parecía sonando alegre como castañuelas en el camino al pueblo... Ahora dime si hay mucha diferencia, entre la 'brujita' y esta monja que tienes al lado.

-Por supuesto que hay diferencia... y mucha..., respondió sin mirarme, puestos sus ojos en la nubecilla rosa que iba apagando sus brillos en la progresiva declinación del atardecer. Y agregó: “ Mi 'brujita' tenía el privilegio de 'ver', de predecir, de echar por la borda todas las limitaciones impuestas por una preceptiva arcaica de sacristía, y capaz de responder a mi llamado instantáneamente, pese a que tú estabas aquí y yo... yo... allá”.

Calló sin atreverse a mencionar su purgatorio en el desierto, ni a Huilen, ni a Rafael... Yo también me contuve, temerosa de tapiar, sin quererlo, la abertura que estaba agrandándose en su mente cada vez más. Escogí el sesgo que me propuso el tema de mis dones suprasensibles:

-¡No te equivoques, Fermín! El hecho de haberme consagrado de por vida que mi espíritu sabe ahora cuando debe responder al llamado; además tal respuesta se produce en un estado especial de vigilia, cuando el alma se despoja de sus ataduras carnales... Somos actores, Fermín, actores sujetos a un libreto escrito por... ese anciano peregrino a quien yo llamo fe, y a quien tu podrás denominar con el nombre que prefieras. Tu 'brujita' actuaba en aquel entonces con la ingenuidad de la chiquilla que no sabía aún medir responsabilidades. Ahora, curtida por los años, sé que la herramienta es peligrosa en manos inexpertas y me cuido, me cuido mucho, Fermín. Por otra parte, hace años que no participo en ese juego caleidoscópico de la nube que cambia de color y forma según el viento que la sopla. Desde que mis intentos por penetrar en tu cerebro fracasaran una y otra vez... Porque sor Verónica y yo sabíamos que no habías muerto en el desastre de Sierra de la Ventana. Pero, ¡ay!, siempre tropecé con un muro infranqueable hecho de rocas duras como el granito; sin una sola rendija por donde yo pudiera atisbar, y viendo, hallar la forma de rescatarte...

-¿No comprendiste que tal vez era yo quien no quería ser salvado? ¿Que empleaba todas mis pobres reservas en la intención de permanecer en la NADA?

-¿Cómo entender que me negaras el paso? No, Fermín: No eras tú quien ponía trabas a mis ataques. Otra cosa actuaba con su propio libreto en el escenario sumido en las tinieblas...

La risa tenue de Fermín se desmenuzó áspera y un tanto irónica en la dulce quietud del ocaso; un arroyo arrastrando pedruscos después de la tormenta... Luego la frase breve, perturbadora, tras el engañoso regodeo:

-Así habló Zarathustra...

No supe qué decir; mas enseguida me sobrepuse a la provocativa intención que la metáfora encerraba, y expresé lo que nunca debió salir de mis labios:

-Eso... eso es plagio, Fermín. Usaste el título de un libro que aún no se escribió y que escribirá Federico Nietzsche en la segunda mitad de este siglo, el diecinueve, y que tendrá influencias nefastas en los acontecimientos satánicos del veinte... ¡Un filósofo que aún no nació y que morirá loco...! Pero, ¿quién te introdujo, dime, en el insondable recinto de la cábala?

-Tú. ¿Acaso no fue la pequeña Inés quien me inició en la esotérica habilidad de leer de atrás para adelante?

No cabían dudas: Fermín estaba ya maduro para iniciar las recomendaciones...

El relato de su vida en el papel era parte de la terapia para su total restablecimiento, mejor. Sus viejas mañas reaparecían, y no era cuestión de darles tiempo para andar escarbando en terreno “prohibido”.

.....oOo.....

Mientras iba yo llenándole la sesera y el espíritu con ditirámicos* elogios al culto de la escritura, procuraba con disimulado empeño despertar en él todo aquello que uniera las distintas partes en un todo. Así, cada tanto enhebraba un abalorio* tras otro en el rosario de recuerdos; y no era poco el placer que yo sentía al responder sus preguntas, pues con ellas también yo abrillantaba memorias teñidas un tanto con la herrumbre del tiempo.

-Dime, Inés... ¿qué ha sido de nuestra madre, y de *Puchero*... y de nuestros hermanos? -me interrogó cierto día con la ansiedad reflejada en sus ojos.

-Madre y *Puchero* murieron hace mucho, convencidos de que tú desapareciste para siempre en Sierra de la Ventana. En cuanto a los gemelos, con la venta de las tierras, los animales y los útiles de labranza, pagaron la dote que les permitiera vivir en paz en un convento franciscano de la ciudad de Córdoba. Allí ejercitan su pasión favorita: el cuidado de los jardines. Me consta que juntos son felices.

Apenas diez días después indagó:

-Cuéntame de Mateo, anda. ¿Salvó la vida en la fatal encerrona?

-Sí. Guardo para ti muchas cartas que él me escribió regularmente. Hay dos para ti, pues sabes que vives y estás conmigo. Se casó y tiene cuatro hijos. Parte de su fortuna, ganada con muchos esfuerzos y sacrificios enormes, la emplea con don Bernardo Bartuille en el rescate de cautivos, tanto de una parte como de la otra. En una de esas cartas dice: “si con mi obra gano el Cielo, a mi gran amigo Fermín se lo debo”. Tú sabrás a qué se refiere...

Solo los nombres de Huilen y de Rafael quedaban encerrados en un mutismo hosco, empecinado; y por mi parte nada hacía por acercarme a esa especie de tabernáculo ante el cual (estoy segura de ello) mi hermano oficiaba el ritual de su adoración a la mujer-niña. Rafael y su madre eran una misma cosa: hablar de uno significaba para Fermín descorrer los velos de la otra; y así, durante años, Rafael fue solo un niño, un niño más entre los tantos que revoloteaban a su alrededor.

.....oOo.....

* Ditirámicos: (adj) Perteneciente o relativo al ditirambo, composición poética, comúnmente de carácter laudatorio.

* Abalorio: (m) Cuenta o pieza taladrada que se ensarta con otras o se cose sobre ciertas prendas como adorno.

Adrede guardé para el final lo que podría llamarse el nudo gordiano del dramático desenlace: Rafael.

Se había metido Fermín en el empeño de querer, en poco tiempo, actualizar sus conocimientos sobre la revoltosa situación del mundo en que vivíamos. No fueron pocos mis sudores al tener que salir de mi convento para llevarle de la mano por los peligrosos andariveles de la política. Digna era de verse esta monja vieja, curtida de rezos y ansiosas meditaciones trascendentales, actuando en un tablado que no era el suyo: que la Revolución Francesa con la caída de la Bastilla, por ejemplo, que el descalabro de Inglaterra en el Norte de América, pasando por las invasiones de los eternos piratas contra Buenos Aires, y siguiendo con nuestra Gesta Libertadora para quitarnos de encima las pulgas de Napoleón..., todo, todo fue puesto como en mostrador de botica ante los ojos asombrados de un Fermín que no hacía caso de mis limitaciones y se empecinaba en llevarme por un terreno hortigoso, con pedruscos extraños a la vida recoleta. Y ahí fue el acabóse. La lucha de las colonias hispanoamericanas por quitarse de encima la política de un rey inepto, deseosos de valerse por sí mismos. Pues se dio el caso de que en el corazón de Fermín brotara un españolísimo contexto, y se puso en el bando que veía como traición todo lo que no oliera a rancios laureles teñidos con el rojo y gualda* de los colores nacionales. No sabía el pobre que su hijo Rafael estaba en el Perú combatiendo codo a codo con su amigo José de San Martín por la libertad de los pueblos americanos. Y no sabiéndolo...

.....oOo.....

La carta de Rafael llegó a sus manos sin darme tiempo a protegerle contra el chubasco. Enterado mi sobrino de la progresiva recuperación del padre (pues siempre le tuve yo enterado de cuánto ocurría) le vinieron ganas de escribirle para expresar con frases encendidas de amor filial su dicha al saberle redimido de los padecimientos que le aquejaban, diciéndole al mismo tiempo de sus desvelos por lograr que las colonias bajo el dominio de España pudieran vivir un día libres de un tutelaje maternal que ahogaba y entorpecía su natural desarrollo.

Al caer yo en su vivienda por casualidad y sin saber de la carta, le vi demudado, con los pliegos tremolando en su diestra, y golpeándose con el otro puño la pierna que ninguna culpa tenía de su indignada exaltación.

-¿Qué ocurre, Fermín? -pregunté.

Tardó en responderme. Cuando lo hizo, fue para entregarme la dichosa carta, mientras apostrofaba con palabras embebidas de rencor:

-Lee, y entérate de quién tienes por sobrino: a un mal nacido, un masón; un revolucionario a lo Robespierre que le hace el juego a los enemigos de España... Mi hijo, el hijo de Huilen, traicionando a la patria...

-¿A la patria de quién? -le pregunté con sorna mientras en mi gozo secreto daba

* Gualda: (adj) De color gualdo, amarillo.

brincos desaforados, al pensar lo que la palabra “Huilen” en boca de Fermín significaba: la caída del muro que hasta entonces le había impedido la normal comunicación entre su trágico pasado y un presente prometedor de dichas nuevas y nuevos refloramientos.

-¿A qué patria estás refiriéndote? ¿A la tuya o a la de Rafael? -remarqué con desabridas interrogaciones-. Pues tengo entendido que mi sobrino es americano, y americana fue su madre, Huilen, y Chololaquin, el abuelo, rey de un territorio donde España vendría a significar tan solo una Zamora puesta en la textura total de nuestra querida península. Conque a ver cómo te arreglas para responderme...

Hacía yo esfuerzos por quitarle trascendencia a la caída del muro, mientras Fermín me observaba confundido al percatar que hablábamos de Huilen, de Rafael, de Chololaquin, tan naturalmente. Mas no quería que Fermín resbalara en la escurridiza trabazón del personal planteo; retrocedí entonces hacia el tema que le apasionaba de manera punzante: la guerra civil, donde madre e hijas tirábanse de los pelos por la primacía de sus intereses y libertades. Le dije: “Escucha, Fermín, lo que cierto día me contara el padre Rafael sobre la realidad americana, que dominaba el tema como pocos, tú bien lo sabes. Es una fábula...” -y sin aguardar su consentimiento, empecé:

“Hubo una vez en la antigua Grecia un artista famoso que durante años trató de plasmar en la piedra un sueño atormentador. Logrando la realización del ideal, su nombre se elevaría hacia una gloriosa perduración de siglos... Pero, ay, el sueño se resistía a dejarse encerrar en la cárcel de mármol, y el pobre artista destrozaba a mazazos, una tras otra, los repetidos intentos y desesperantes fracasos. Pero un hijo suyo, compadecido, tomó el cincel y la maza, y se encerró en secreto con un enorme bloque de mármol. Por largo tiempo trabajó noche y día hasta ver el sueño de su padre hecho realidad en la plenitud de una belleza inenarrable. Llamó entonces al anciano y le mostró la obra. Este no daba crédito a sus ojos, transportado por su júbilo por la gloriosa exaltación de la forma. Ya calmado, reflexivo, se acercó a la estatua y triste, y hasta con un poquitín de envidia, se preguntó: “¿Por qué me alegro? ¡Es mi hijo quien ha de perdurar en el tiempo!” Mas levantando orgullosamente la cabeza reaccionó, diciendo: “¡... Pero yo, yo le di las herramientas!”

Ningún comentario puso moraleja a la fábula. El silencio se adueñó de la casita que sor Verónica mandara construir para aprisionar en ella la realización de su sueño.

Se puso Fermín de pie, y, callado, descolgó el bastón de un perchero y apoyándose en él, traspuso la puerta y se alejó envuelto por las medias luces de un atardecer en agonía. Aún permanecí un ratito sentada en el escaño, pensando, pensando en todo cuanto sucediera en tan breve lapso. A mi lado estaba la carta de Rafael; un rectángulo blanco destacándose en una oscuridad incipientemente acogedora. Llamaban a maitines...

Al marchar hacia el convento vi a Fermín sentado en el banco de piedra, con el bastón entre las piernas y las manos apoyadas con blandura en el puño del cayado.

Recé los maitines con los nombres de Huilen, Rafael y Fermín atesorados en mis intenciones y rogativas....

.....oOo.....

He concluido: a tiempo, pues oigo el tac-tac del bastón. Fermín regresa de su periódica visita a lo que le llama el “punto fijo” de Pascal; la colina desde la cual miró siempre el largo y difícil transcurso de su vida, y donde fueron pergeñadas las principales páginas del libro que descansa en vuestras manos. Sin levantar la cabeza veo a Fermín parado en el hueco de la puerta, con su flaca figura, la barba gris cuidadosamente recortada, y su mostacho a lo Cervantes. Sostiene en la diestra, ¡oh, Dios!, una flor. ¡Cosa más rara...! Desde donde está me dice con engañosa displicencia:

-Mira, Inés... Entre las ruinas de la que fuera celda de sor Verónica ha crecido un rosal de rosas blancas...

FIN

